



Pedro Valtés

(Circular stamp)

Pasa a su hijo Francisco, en P. de

Novio de 1833

COMENTARIOS
DE LA GUERRA.
DE ESPAÑA,
E HISTORIA DE SU REY
PHELIPE V.
EL ANIMOSO,

DESDE EL PRINCIPIO DE SU REYNADO,
hasta la Paz General del año de 1725.

DIVIDIDO EN DOS TOMOS.

POR D. VICENTE BACALLAR, Y SANNA,
Marquès de San Phelipe, Vizconde de Fuente-Hermosa,
de el Consejo de su Magestad Catholica, su Cavallerizo
Mayor del Reyno de Cerdeña, Governador, y Reformador
de los Cabos de Callèr, y Gallura; Alcayde de la Gran Torre,
y Embiado Extraordinario à la Serenissima Republica de Genova.

TOMO PRIMERO.

En Pamplona,

1725

COMENTARIOS
DE LA GUERRA
DE ESPAÑA
E HISTORIA DE SU REY
PHILIPPE V.
AL ANIMOSO

DESDE EL PRINCIPIO DE SU REYNADO
HASTA LA PAZ GENERAL DEL AÑO DE 1763
DIVIDIDO EN DOS TOMOS

POR D. VICENTE BACALAR, Y SANNA,
Madrugador de San Felipe, Vizconde de Fuencaliente,
Cofre de la Capilla de San Felipe, en la
Real Academia de San Felipe, y de la
Real Academia de San Felipe, y de la
Real Academia de San Felipe, y de la
Real Academia de San Felipe, y de la

TOMO PRIMERO

En Madrid

SEÑOR.

Entregò Dios el Mundo à la ambiciosa disputa de los Mortales: De ella fuè el primer objeto la Dominacion; pero como esta es regalìa de Dios, se glorian en vano las Artes, el Valor, los Arrojos, el Merito, y los Derechos de el logro de una Corona. Dios la ciñe al que con arcana providencia eligiò, para substituirle en el Dominio de la Tierra, que directamente, solo es de quien la creò. Con heroica, sublime, è inimitable virtud despreciò V. M. su Diadema: Ciñola un dignissimo Successor, cuyo adorable nombre no tiene aliento de repetir el dolor; pero mas oculta providencia se la conservaba à V. M. en las Reales sienes, aun quando menos lo advertia, y aun quando huyendo de sus brillanteces, se negò V. M. à los ojos de el Mundo, entregado à los divinos òcios de un retiro. El fatal mo-

tivò bolviò à V. M. al Mundo, al Solio, y al Gobierno; pero no facò V. M. su corazon de el retiro, aprendiendo en èl à tratar con acierto el Mundo, que admirò otra vez à V. M. Sabio en el magestuoso Trono; Recto en el sublime Tribunal; Esforzado en la sangrienta Campaña; Indefenso en las nunca intermitentes fatigas; Constante en las triplicadas adversidades; Moderado en las bien sudadas dichas, y triumphos; Sublime, descendiendo voluntariamente de el Trono; Docil à la obligacion, y mayor Rey de si mismo, bolviendole à ocupar repugnante.

Con estas señas específicas de V. M. le restituyo Yo tambien al Orbe en estos Comentarios de la Guerra contra V. M. que pongo à sus Reales pies, escritos tan ingenuamente, y sin los villanos traydores humos de la lisonja, como Obra, que se havia de presentar à Principe tan amante de la verdad. Ella es el alma de la Historia, y la firmisima base, en que funda la noticia llegar à ser erudicion: Por esso, ni mi obligacion, ni mi amor à V. M. ha contaminado la pluma, que yà que offé escribir, debí conservarla indiferente, y por la

infelicidad de los tiempos, y compasiva.

No defraudo à las heroycas acciones de Amigos, ò Enemigos el lugar elevado, que les compete: Enalzando à estos, sus mismas brillantes descubren las feas sombras, de que se tiñeron los menos amantes de su honra, y de su obligacion.

En la cadena de los hechos, como no se puede interrumpir la misma dependencia de los engarces, trae à la noticia lo heroyco, y lo vil. Indignense contra si los malos, si ven (con horror, ò con mas reflexion) de que materiales quisieron construir su fama: Sin critica alguna, ni censura escrivo los hechos; si la pertinacia del proprio dictamen los quiere todavia defender como buenos, no me toca impugnar, sino referir: El Mundo queda por Juez, y la Posteridad; algunos quedaràn problematicos, y no serà poca dicha. Lo malo, que no publicò su proprio Autor, lo callo, y callo mucho; por esso escrivo Comentarios, y no Historia, cuyas leyes, por lo exacto de las noticias, son mas rigurosas. En guerra de intereses tan varios, y complicados; de acciones, por politica, ó por pas-

cion,

infe.

sion, con tanta diversidad referidas, mucho ignoraré, aunque lo he procurado indagar con diligencia, y aplicacion, buscando el fundamento, no sin comunicacion de los que hacian mucha figura en este Theatro.

Mejores Plumas escribirán los heroycos hechos de V. M. en las Chronicas de España, ò en su particular Historia: Entretanto verá el Principe nuestro Señor, en estos Comentarios, quanto tiene que imitar en su glorioso Progenitor, que es otra obligacion, no inferior, ni menos dificil, à la que trae consigo el Reynar. Espero, que la vida de ambos ha de dilatar Dios, hasta dar nuevos assumptos à la admiracion, y à la Fama.

COMEN.

COMENTARIOS DE LA GUERRA DE ESPAÑA,

DESDE EL PRINCIPIO DEL REYNADO
DEL REY PHELIPE QUINTO,
HASTA LA PAZ GENERAL.

TOMO PRIMERO.

CON la Paz de Risvuich descansò la España: poco el Rey Carlos II. fatigado de tan repetidos infortunios, y de Guerra tan infeliz. Para apartar de sí la nota de ambicioso Luis XIV. gloriosissimo Rey de Francia, restituyó à la España quanto en la ultima Guerra la havia ganado: Luxemburgh, Contray, y otras Plazas en Flandes, y à Barcelona. Era mas vasta la idea, y para correr mejor el espacioso campo de ella, se aligerò de los despojos de sus enemigos. Al Trono aspiraba de España, no olvidando los derechos de su familia, viendo al Rey sin succession, y con fama (aunque no muy cierta) de inhabil à la generacion. Este secreto, como era en sí, descubrió al Rey de Francia Maria Luisa de Borbon, primera muger del Rey: guardole exactamente, y reservò su intencion Luis XIV. hasta tiempo mas oportuno, porque tenia, con tan dilatada guerra, exasperados los animos de los Españoles: su felicidad fundò en ellos una averfion indeleble, como en la Europa toda un justo temor de que no se agigantasse mas su poder.

der, cada dia mayor con los prosperos acaecimientos. Manteniase armado; y para no perdonar diligencia, recurrió à las Artes, que aprendió con el largo uso de reynar.

Era à este tiempo Presidente de Castilla, y favorecido de el Rey, el Conde de Oropeza; y pareciendole oportuna esta aparente quietud de la Europa, tratò de elegir Successor à la Monarquia, para gloriarse Autor de Obra tan grande, y assegurar su autoridad, y su poder, si se debia à su industria la eleccion. Esto era para el Rey de suma molestia: nada oia con mas desagrado, que las disputas de los derechos, que pretendian tener à la Corona el Emperador Leopoldo, el Rey de Francia, y el Hijo del Duque de Baviera. (este era el menos aborrecido) No se le escondian los afectos del Rey al Conde, y con su permiso, vencido blandamente el animo, formò una Junta de escogidos Ministros de el Consejo Real de Castilla, y Aragón, para que consultassen, quien de los referidos tenia mas accion al Trono. Orò elegantemente por el Delphin de Francia Don Joseph Perez de Soto, hombre ingenuo, recto, y gran Jurisperito. Probò con energia: „ No tener derecho „ alguno los Austriacos, que reynaban en Germania, en virtud de las Leyes Municipales de España, favorables à las „ hembras, confirmadas por el Testamento del Rey Don Fernando el Catholico, y la Reyna Doña Isabel, que llamaban „ al Reyno à su hija Doña Juana, muger de Phelipe el Hermoso de Austria, de quien nació Carlos V. cuyo viznieto Phelipe „ IV. casò à su hija mayor, la Infanta Doña Maria Theresa, „ con Luis XIV. de Francia, de quien nació el Delphin Luis de Borbòn, investido de los derechos de la Madre, legitima „ heredera de España, muriendo sin succession Carlos II. su hermano. Expresó, quan injusto era despojar de ellos à la „ Reyna Doña Maria Theresa, y passarlos à la Infanta Doña Margarita, su hermana menor, casada con el Emperador Leopoldo; y por ella, à su Nieto, Joseph Leopoldo de Baviera, hijo de la Archiduquesa Maria Antonia, nacida de la Emperatriz Margarita; siendò de ninguna consideración los Testamentos de los Austriacos sobre la España, porque no era suya, „ sino de la Reyna Doña Juana, que llamaron la Loca, y reynò despues de la Reyna Doña Isabel, su Madre, sirviendo esta „ succession de exemplo à su posteridad. Ni tenia fuerza alguna

„ la Cession, à que obligò Phelipe IV. à su hija la Infanta „ Doña Maria Theresa, quando casò con el Rey de Francia, „ porque no nacia de ella originalmente el derecho, sino „ por ella se derivaba à sus descendientes; y si havian de valer estas violentas Cessiones, tambien la hizo la Archiduquesa Maria Antonia, quando casò con Maximiliano Manuel, Elector de Baviera, Padre de Joseph Leopoldo. Este fuè el parecer de Don Joseph Perez, seguido de pocos, porque los mas votaron por el Principe de Baviera; ò engañados de su proprio dictamen, ò corrompidos de la adulacion, y del miedo, prevenidos los mas del Conde de Oropeza. Passò al Consejo de Estado la Consulta, y tuvo la misma felicidad el Principe Bávaro: no asistieron à el el Cardenal Don Manuel Portocarrero, ni Don Sebastian de Toledo, Marqués de Mancera; porque penetraron la voluntad del Rey, propensa al Bávaro, y ellos se inclinaban al Delphin. Persuadido el Rey à que hacia justicia, declaró Heredero de sus Reynos (muriendo sin succession) al Principe Joseph Leopoldo; y durando su menor edad, Governador de ellos à su Padre; y mientras este passasse à España, al Conde de Oropeza, que solo con el Secretario del Despacho Universal, Don Antonio de Ubilla, concurrieron al Decreto, hecho con el secreto mayor, porque no lo penetrassen la Reyna Maria Ana Neoburgica, ni el Almirante de Castilla Don Juan Thomàs Henriquez, acerrimos parciales de la Casa de Austria; la Reyna, por amor à los hijos de su hermana; y el Almirante, por adulacion à la Reyna, de quien era favorecido. Dificil de guardar un secreto, al qual precedió tanta disputa, se penetrò en la Corte, y llegó à la noticia del Conde de Harrach, Embaxador de Alemania en España, que participandolo à su Amo, encendió la ira del Cesar, hasta el immoderado exceso de meditar la venganza. Fingió ignorarlo el Rey de Francia, y dexò que corriessen las quejas por los mismos Austriacos. Aprobaron la resolucion del Rey Catholico el Rey Guillermo de Inglaterra, y los Olandeses, y ofrecieron sus armas, para que tuviesse su execucion, emulando el immoderado poder de los Austriacos.

Permanecian aùn los Plenipotenciarios en Rísvuich, hasta perficionar algunos Articulos, poco importantes, y dar tiem-

po à que se executassen los de mayor entidad; y no pudiendo disimular mas su enojo el Emperador, despues que se apartaron del Congreso los Españoles, propuso la division de la Monarquía de España entre Varios Principes, de ninguno entonces bien escuchada, antes tratada la propuesta con desprecio de los Ingleses, y Olandeses. El Rey de Francia respondió, que no era tiempo de disputar sobre unos derechos intempestivos, viviendo el Rey, y alentò la discordia entre el Emperador, y el Duque de Baviera, sin haver menester mucha maña, porque estaba radicada desde la muerte de la Archiduquesa Maria Antonia, Muger del Duque, è Hija del Emperador Leopoldo, à quien con instancia pedia el Bàvare reintegracion de los gastos, hechos por la Casa de Austria en la ultima guerra de Ungria. Fenecido el Congreso de Risvuiich, reformaron los Principes sus Tropas, menos el Francès, que las dividió por las Plazas. Embió à España por embaxador al Duque de Harcurt, hombre prudente, sagaz, y que se explicaba con felicidad. Quexòse blandamente con el Conde de Oropesa, de la injusticia hecha al Delphin, declarando Succesor al Principe de Baviera; la respuesta fue grave, y no prolixa: *Que lo havia hecho el Rey, con dictamen de sus Consejeros de Estado, y Justicia, desnudo de afecto, y de temor: Que havia consentido Luis XIV. à la cession de su Muger, la Infanta Doña Maria Theresa: Que por esso havia passado el derecho à su Hermana la Infanta Doña Margarita, Abuela del Principe de Baviera.*

Firme en su esperanza Luis XIV. Mandò à su Embaxador, que cultivasse la amistad, que tenia con el Cardenal Portocarrero, el Marquès de Mancera, el Inquisidor General Rocaberti, y el Padre Froylan Diaz, Confessor del Rey; no tanto, porque sabia eran sus parciales, quanto por enemigos del Conde de Oropesa, de cuya caída, si acontecia, como es ordinario à los mas favorecidos, esperaba mejor fortuna. Esto mismo deseaban la Reyna, el Almirante, y el Embaxador Austriaco, fiando vencer al Rey à revocar el Decreto de la Succession, si faltasse Oropesa. A este tiempo se esparció una voz, alentada, mas de la malicia, que de la verdad, que estaba el Rey hechizado, para assentir sin replica à el ageno dictamen, dando por Autores de tan execrable hecho à la Rey-

na, à el Almirante, y à el Conde de Oropesa: diò assenso à esta falsedad Froylan Diaz, ò por odio, que à los mas allegados al Rey tenia, ò maravillado de su demasiada docilidad, de su flaqueza de animo, è inconstancia, (alguna vez con injusticia) y verle padecer congojas, y deliquios, con indicante de mas alto origen, que de causas naturales; y assi determinò usar de los remedios, que prescribe la Iglesia, y de los acostumbrados exorcismos. Aprobaron este dictamen el Cardenal Portocarrero, y Rocaberti, no sin la siniestra intencion de que publicasse el mal el remedio, y se avigorasse el odio del Pueblo contra los que el Rey favorecia. Llevaba esto muy mal la Reyna, y los que governaban; pero no se atrevian à embarazarlo, por no parecer se resistian al que se juzgava remedio de las dolencias del Rey, y acreditar con su repugnancia la falsa voz, que trascendió, hasta conseguir el credito de no pocos, que nunca lo son en el Vulgo los que le dan à lo peor. El Rey, sin alientos à la rëplica, permitiò los conjuros, con los cuales excitò la aprehension una profunda melancolia, horrorizado de los fuertes, y expressivos terminos con que hablaban los Exorcistas, creyendose posseido del maligno Espiritu. Este quebranto le consumia mas, y le reduxo à tan deplorable estado, que la que empezó en sus Vassallos compassion, degenerò en desprecio, anublada la Magestad. No comprobada de señal alguna la sospecha de Froylan Diaz, desistió del intento; però no bastò à que se aquietassen Portocarrero, y Rocaberti, fiando à nuevas diligencias sacar à luz la verdad, porque de ella esperaban la ruina de sus èmulos. Supieron, que havia una Vejada en Cangas, Villa de Austrias, y dispuñeron, que mandasse Froylan al Exorcista, preguntasse al Demonio esta duda, y la verdadera causa de la dolencia del Rey, y de su remisso animo. Obedeciò, malogrando la imprudente diligencia: respirò mil falsedades, y mayores dudas el Padre de la mentira: dixo, que estaba echizado el Rey, callò los Autores, despues nombrò muchos, y porque quiso hacer mal à tantos, le hizo à ninguno. Esto se acriminò como delito despues à Froylan, que le ocasionò muchos trabajos, porque la Reyna, irritada de persecucion tan iniqua, hizo, que el Rey le despidiesse, y se le diò por Confessor al Padre Fray Nicolas Torres Palmota,

de la misma Orden de Predicadores, amigo de el Almirante.

No se havia olvidado Don Manuel Arias, Freyle de San Juan, de la Presidencia de Castilla, que en gobierno ocupò algun tiempo, y uniendose con el Cardenal Portocarrero, y Don Francisco Ronquillo, que havia sido Corregidor de Madrid, con popular aplauso, determinan perder al Conde de Oropesa, y à el Almirante, que los miraban como embarazo à su exaltacion. Ronquillo no descuidò de esparcir por el Vulgo lo que podia irritarle; fingia compassion de sus males, alguna vez lagrimaba; favorecia à su designio la casual esterilidad de aquel año, por la qual se aumentaron los precios de la Harina, y el Aceyte; clamaba el Pueblo, y todo se atribuía à que permitió el Conde de Oropesa extraher Trigo à Portugal, y que havia la Condesa su Muger mandado comprar, por negocio, todo el Aceyte de Andalucía, para que fuese arbitra del precio la Avaricia de una mano. Estas quejas traían encadenadas otras de no menor entidad: „ Que „ estaba desterrada la Justicia, haciendo venales los empleos: „ Que tenian engañado al Rey, y que solo reynaba la tyrania, hasta introducir el hambre, la pobreza, y la miseria; y „ que se havian desterrado los mas zelantes Ministros, y Padres de la Patria, para no oponerse à la barbaridad con que „ se trataban los subditos. Sin recato decia, y mormuraba todo esto el Pueblo: Aconteció, que maltratada en la Plaza Mayor de Madrid, por un Alguacil, una Verdulera, prorrumpió en baldones contra el Corregidor Don Francisco de Vargas, que se hallaba presente. Bolvió este las espaldas con prudencia, disimulando lo que oía: siguióle la Plebe, y lo mas infimo de ella, con oprobios, y maldiciones: traxo la curiosidad, ò el rumor mas gente, y en desconcertadas voces creció la multitud, y la insolencia, hasta formarse un tumulto, alentado del crecido numero, y del exemplo. Para fundar su razon, pedian *Pan*; y al parecer, defendidos con decir: *Viva el Rey*, pedian la muerte del Conde de Oropesa. El ciego impetu, con que procedian, los llevo à la Plaza del Real Palacio. Amedrentóse el Rey, encerróse en lo mas retirado de él la Reyna; tomaron las armas las Guardias, y ocuparon las puertas; no era la intencion del Pueblo violarlas: piden, que

se affomè el Rey à un balcon; y aunque estaba ceñido de toda la Nobleza, que luego concurrió à Palacio, parecióle darles aquella satisfaccion. Dexóse ver; repetia el Pueblo: *Pan*; y respondió el Conde de Benavente, Sumiller de Corps, que buscassen al Conde de Oropesa, à cuyo cargo corria. Entendió el enfurecido Pueblo, que con esto, no solo se le permitia, pero se le ordenaba el delito. Passan con impetu feròz à la casa del Conde, aplican fuego à las puertas, claman por su muerte, y hirieron su nombre con las mas graves injurias. Defendian la casa los Criados, y algunos familiares, que previendo este desorden, havian acudido à ella: defendiendo la entrada mataron algunos del Pueblo, que se enardecìó mas con el estrago. Huyò el Conde con su muger, è hijos, por el texado mas vecino. Supolo el Rey, y para aplacar el furor de la Plebe, permitió, que pudiesse entrar à buscarle. No hallando al dueño, se cebaron en las alhajas; reynò mas la ira, que la codicia, porque no fue saqueo, sino destrozo. Oyóse en el tumulto clamar contra la Reyna, y su Confesor, Padre Gabrièl Chuifa, de la Orden reformada de Capuchinos, de Nacion Alemàn; mas cruelmente contra el Almirante: huvieranlos querido víctima de su furor; pero como nadie governaba la confusa multitud, ignoraban como executar los delirios de la rabia. Entróse por el tumulto à cavallo, con un Christo en las manos, para sossegarle, Don Francisco Ronquillo, al qual nuevamente, por instancia del amotinado Pueblo, havia nombrado el Rey Corregidor de Madrid. Ni con esto se aplacaron, ni con haber sacado el Señor Sacramento los Religiosos, que asisten al Convento de las Monjas de Santo Domingo el Real, (puesto en la misma plaza de la casa de Oropesa) hasta que salió con arte del Palacio una voz, que acometerian à los sediciosos docientos Cavallos, que el Rey tenia junto à la Corte: Este medio, y las sombras de la noche deshicieron el tumulto, y lentamente se retirò à sus casas el Pueblo. Al siguiente dia suplicò el Consejo Real de Castilla al Rey permitiesse acudir à él su Presidente el Conde de Oropesa, siendo lo contrario injurioso à la autoridad Real; no sin el peligro, que viendose contemplada, tomasse mas cuerpo la insolencia del Pueblo. El Rey, mas medroso, que politico, desterrò al Conde, y à el Almirante: fue Au-

tor de este Decreto el Cardenal Portocarrero, exagerando al Rey riesgos, que estaban lexos de lo posible; pero fue facil rendirle à qualquier resolucion, porque estaba consternado, y aun fuerzas naturales le faltaban à la replica. No perdió un apice de la oportunidad que le ofrecia la fortuna el Cardenal: dispuso dar la Presidencia de Castilla otra vez, en gobierno à Don Manuel Arias, y se confirmó Corregidor à Ronquillo. Yà era otro enteramente el semblante de las cosas, otros los que ascendieron al favor, y al mando, yà vencida la Reyna, porque del tumulto quedó desfavorida.

En este estado de cosas murió tempranamente en Bruselas Joseph Leopoldo, Bávaro, el que, como diximos, se havia nombrado Heredero à la Corona. Divulgòse el falso rumor, que le havian envenenado los Alemanes. Esto acrecentò el odio del Duque de Baviera contra los Austriacos. Cobró nuevas esperanzas el Francès, alentados de que eran sus parciales los que actualmente mandaban. El Rey bolvió à las molestas dudas, y necesidad de elegir Successor: Nada le costò mas afanes, porque sobre ser tan grave el negocio, era su animo naturalmente irresoluto: creian los que no tenían perfecto conocimiento del Rey, que luchaba con sus passiones, y no las tenia vehementes: Amaba poco à los Austriacos, ni aborrecia con gran odio à los Borbones; pero le fue siempre molesta su felicidad. Sin noticia del Rey formò en su casa una Junta el Cardenal Portocarrero; fueron los llamados el Marquès de Mancera; Don Pedro Velasco, Marquès del Fresno; Don Federico de Toledo, Marquès de Villafranca; y Don Francisco de Benavides, Conde de San Estevan del Puerto, Magnates de España, y del Consejo de Estado. Traxeronse à disputa los derechos del Delphin, y de los Austriacos, y adhirieron todos à aquel, como hicièsse la renuncia en su segundo hijo Phelipe de Borbon, Duque de Anjou: De este mismo dictamen fue Don Manuel Arias. Discurrían, que esto convenia à la Monarquía, que havia menester un Restaurador, y de familia alguna le podían elegir mejor, que de la de Luis XIV. Principe potentissimo, feliz, y sin igual en su siglo. Conjuraronse à defender esta razon, apoyada de las legales, que explicó con elegancia Don Joseph Perez. Lo contrario defendían la Reyna, Don Rodrigo Manrique de Lara, Conde de

Frigiliana, y Don Balthasar de Mendoza, entonces Inquisidor General, que estaban por los Austriacos, pero no tenían poder. El Almirante, desde su destierro, mantenian con Cartas en este dictamen à la Reyna. Oropeza se mostraba indiferente: haciale fuerza la razon de los Borbones, pero la contrastaba su voluntad, propensa à los Austriacos. El Conde de San Estevan tomò à su cargo tentar el animo de la Reyna, para traerla à su opinion, aunque la mantenía, con quantas artes le era posible, el Embaxador Cesareo, Conde de Aufbergh. El Cardenal Portocarrero tuvo ofensiva de representar al Rey la indispensable necesidad de bolver à elegir Heredero: oyòle con desagrado, porque su Confessor Nicolàs Torres le mantenía inclinado à los Austriacos, y le presentò unos Papeles, que à favor de sus derechos escribieron Don Sebastian de Cortes, y Don Pedro Guerrero, Consejeros de Castilla, hombres sabios, pero lisonjeros. El Duque de Harcourt, Embaxador de Francia, no perdonando diligencia, introduxo con la Reyna à la Duquesa su muger, que blandamente la propuso las bodas del Delphin, muriendo el Rey. Creyeron algunos, que no lo escuchasse la Reyna con desagrado, pero la respuesta fuè grave, y digna de la Magestad. Esto mismo dispuso Harcourt, que inspirasse à la Reyna Don Nicolàs Pignatelli, Duque de Monteleon, su Cavallerizo Mayor, y muy favorecido. La Reyna siempre se mostrò indiferente, aunque con ocultas persuasiones conservaba à el Rey averfo à la Casa de Francia; y para fomentarlo mejor, y echar de la Corte à Harcourt, revelò el secreto de haverla propuesto, de su orden, las bodas del Delphin, faltando el Rey, que gravemente herido de tan intempestiva propuesta, y de ver meditaban mucho en su muerte los Franceses, mandò à su Embaxador en Paris, Marquès de Casteldosrius, que llevasse con la mas viva expressión al Rey estas quejas contra su Ministro, al qual apartò de Madrid, y del Ministerio Luis XIV. por complacer al Rey, y le sucedió, con caracter de Embiado, el Señor de Blecourt. Antes de partir de España el Embaxador, esparció en Idioma Castellano un Papel sedicioso, que con demasiada energia explicaba el infeliz estado del Reyno, y los derechos à el de los Borbones. Traxo à la memoria las passadas desgracias de los que le governaron; y no perdonò, ni al

sagrado de la Reyna. Poco indulgente la politica de muchos, hacia al Rey de todo noticioso, cuyo quebrantado animo, y debilidad, daba señas de poca vida. Esto obligò à el Consejo de Estado à representar los inconvenientes de no elegir Succesor. El Rey, ò por tomar mas tiempo, ò por satisfacerse mas, consultò la duda con el Sumo Pontifice Inocencio XI. passaron los Despachos por mano del Duque de Uzeda, Embaxador en Roma. Esto escrivia el Rey al Pontifice: „ Que „ ya casi sin esperanzas de succession, era necessario elegir „ Heredero à los Reynos de España: Que recaen por dere- „ cho en una Casa Estrangera, aunque la obscuridad de las „ Leyes havia hecho dudosa la razon, siendo ella el unico „ objeto de su cuidado, y que para encontrarla havia hecho „ particulares rogativas à Dios: Que solo deseaba el acierto, „ esperandole de su sagrado Oraculo, despues que confriese „ el negocio con los Cardenales, y Theologos, que juzgasse „ mas sinceros, y de mas profunda doctrina, y reconociesse „ los Papeles, y documentos, que embiaba, que eran los „ Testamentos de sus Predecesores, desde Ferdinando el V. „ y la Reyna Doña Isabel, hasta Phelipe IV. Las Leyes de „ la España, hechas en Cortes Generales, y las que se esta- „ blecieron contra las Infantas Ana Mauricia, y Maria There- „ sa, casadas con los Borbones: Los Capítulos Matrimonia- „ les, Pactos, y Cessiones, y la feria de los Austriacos, des- „ de Phelipe el Hermoso, para que examinados con la mas „ exacta atencion estos Instrumentos, se formasse recto juicio, „ y dictamen: Que no estaba el Rey poseido de amor, ni de „ odio, y que aguardaba el Decreto del Sumo Pontifice, pa- „ ra que diesse norma al suyo. Recibidos por Inocencio estos Despachos, con el mayor secreto (pues aun ignoraba su con- tenido el Embaxador) formò una Junta de tres Cardenales, Francisco Albano, Bandino Panciatici, y Fabricio Spada: Pro- puso la question de Derecho, y la heroyca Carta del Rey, desnuda de afectos: vieronse los Papeles varias veces, y despues de quarenta dias uniformes votaron por el Delphin, sin tener consideracion alguna à la Cession de la Infanta Doña Maria Theresa, su Madre; porque esta no podia rescindir los Estatutos Patrios, ni derogar la fuerza de la Ley, autorizada con tantos exemplares. Otras muchas razones dieron, que

omittidos, y las estendió en una bien explicada, y docta res- puesta el Pontifice, que la guardò el Rey en su Archivo se- creto, sin haverle leído otro, que el Cardenal Portocarrero. Para assegurarle mas, mandò, que diesse su parecer el Conse- jo Real de Castilla, donde, por pluralidad de votos, se juz- gò à favor del Delphin; sin haverle hecho al Rey fuerza un Papèl, que escriviò Don Juan de Santa Maria, Obispo de Lerida, à favor de los Austriacos. Con gran secreto pidió tam- bien su parecer à Don Fernando de Moncada, Duque de Montalto, à Don Juan Pacheco, Duque de Escalona, y à Don Joseph de Solis, Conde de Montellano, separadamente, sin saber uno de otro: porque tenia hecho de ellos gran con- cepto, y todos declararon à favor de la Casa de Francia. Esto mismo dixeron al Rey varios Jurisperitos, que en las Univer- sidades mandò consultar. Por fin se llevó el negocio al Conse- jo de Estado, que, aunque era materia meramente legal, que- ria el Rey satisfacerse, de que no fuesse contra la razon de es- tado el Decreto, porque el Padre Torres era de opinion, que la conveniencia pública era superior à la Ley, y que por ella podia el Rey, como Supremo Legislador, derogar la que fuesse perniciosa à el Estado. Componiase entonces el Consejo del Cardenal Portocarrero, Marqueses de Mancera, Fresno, y Villafranca; de los Condes de Frigiliana, y San Estevan; de Don Juan Claros Perez de Guzmàn, Duque de Medina Sido- nia, D. Antonio de Velasco, Conde de Fuenzalida, y Don Christoval Portocarrero, Conde de Montijo. Fue muy reñida la question, y dieron su voto por escrito el Cardenal, el Conde de San Estevan, el Marqués del Fresno, y el de Man- cera, casi de un tenor; la substancia era „ Que necesitaba „ el Reyno de no vulgar reparo, destruido de tan perseveran- „ te rigor de la fortuna, y amenazando ruina: Que tenia pe- „ ligro la dilacion de elegir Heredero; porque si en este esta- „ do faltasse el Rey, cada Principe tomara un giròn del Solio: „ arderia la Monarquia en guerras civiles, con la natural aver- „ sion de Aragoneses, Cathalanes, y Valencianos à Castilla; y „ que caeria la Magestuosa pompa de tan esclarecido Trono, „ victima de la tyrania, y de la ambicion: Que no bastaba ele- „ gir Succesor, si no fuesse tal, que pudiesse sostener la ruina- „ la maquina de tan vasto Imperio, y que tuviesse derecho à

„ el, pare que no provocasse la sin razon á la desgracia, y def-
 „ tituido de derecho el poder se equivocasse con tyrania: Que
 „ entre tanta confusion de males, solo un remedio havia de-
 „ parado la Providencia, que era la Casa de Borbon, potentif-
 „ sima, feliz, y que tenia legitimo derecho á la succession. De
 „ otra manera se destruiria la Monarquia, y sujetados sus Rey-
 „ nos con la fuerza, seria Provincia de la Francia la España
 „ Que luego se debia elegir por heredero de ella al Duque de
 „ Anjou, para que en tiempo alguno recayessen en una sola
 „ mano ambos Cetros, y con el nuevo Rey renaciesse la eclip-
 „ sada gloria de los Españoles, no solo quitandose un enemigo
 „ tan perjudicial, pero buscando un Protector tan poderoso.
 „ Siguieron este sentir el Marqués de Villafranca, el Duque de
 „ Medina-Sidonia, y el Conde de Montijo. El de Fuenfalida ha-
 „ blò obscuro, y dixo: „ Que era intempestivo nombrar Succes-
 „ sor, estando ocupado el Trono: Que se previnieffen Exerci-
 „ tos, y Armadas, para defenderse de la violencia, en caso de
 „ qualquier Decreto del Rey, ò de verse precisados à èl los
 „ Reynos, para que sin temor, y con libertad lo pudieffen
 „ executar. Este parecer estendiò con palabras mas asperas, y
 „ expressivas el Conde de Frigiliana: „ Confirmò, que se arma-
 „ sen los Reynos, para que tuvieffen libertad de elegir Rey,
 „ en caso que no lo hiciesse el que todavia ocupaba el Solio. Y
 „ añadió: Que ni los derechos de los Austriacos, ni de los Bor-
 „ bones eran tan claros, que no estuviessen embarazados de
 „ muchas dudas, y litigios: Que no se debia olvidar el Con-
 „ gresso de Caspe, en que los Jueces diputados dieron Rey à
 „ Aragón: Que era iniquidad, è insolencia obligar al Rey al
 „ Decreto, acafo de industria disiriendole, para dexar à los
 „ Reynos la libertad de elegir: Que lo que decretarian en Cas-
 „ tilla, no lo aprobarian los Reynos de Aragón, eternos emue-
 „ los de la Grandeza de aquella, con lo que seria infalible la
 „ guerra civil. Despreciaron este dictamen los demás, y se
 „ confirmaron en el suyo. Comovido Frigiliana, levantando-
 „ se, dixo: *Oy destruissteis la Monarquía.* De todo, segun su serie,
 „ se diò cuenta al Rey: sepultò en el silencio su intencion, y no
 „ se resolviò por natural flaqueza, embarazado en lo mismo
 „ que queria determinar. Tenia vencido el entendimiento, pero
 „ le faltaba valor para rendir las repugnancias de la voluntad:

padecia los impetus de las persuaciones incensantes de la Rey-
 na, y de Don Antonio de Ubilla, Secretario del Despacho
 Universal: que le apartaba de la ultima resolucion, lifongean-
 dole, que ningun mortal achaque le amenazaba la muerte:
 Con esto ganaban tiempo, y le fugirieron, que mandasse à D.
 Luis de la Cerda, Duque de Medina-Coeli, Virrey de Napoles,
 que admitieffe, y diese Quarteles en aquel Reyno à las Tro-
 pas, que embiaria el Emperador Leopoldo; pero Medina-Coeli
 jamàs; con varios pretextos, diò cumplimiento à esta orden.
 Embiòse à Mantua, desde Milàn al Questor D. Isidro Casada,
 para persuadir al Duque Carlos Gonzaga, admitieffe Presidio
 Alemàn. Dispusieron tambien, que Sancho de Scolemergh,
 Embiado de Ingleses, y Olandeses en España, ofrecieffe al Rey
 las Armadas de Inglaterra, y Olanda, para que libremente, y
 segun su dictamen, diese Successor à su Monarquía.

Nada de esto ignoraba el Rey de Francia, bien si la res-
 puesta del Pontifice, porque no la revelò el Cardenal Porto-
 carrero, y en Roma guardaron con gran cuidado el Secreto,
 por no tener que xoso à el Emperador. No fiandolo todo à las
 Armas Luis XIV. usò de su acostumbrada sagacidad; y sin co-
 municar lo verdadero de su intencion, mas que al Delphin, al
 Mariscal de Villarroy, y al Marqués de Torci, Secretario del
 Despacho Universal, dispuso la division de la Monarquía de
 España, para quitar à la Europa el miedo, que deseaba poner
 à los Españoles, amenazando con el golpe mas cruèl, lo sober-
 vio, y altanero de aquellos animos. Excita la ambicion de mu-
 chos Principes, haciendose servir de la codicia de los mismos,
 que repugnaban à su oculto designio. Tomòlos por instrumen-
 to, y con arte insigne (aunque no nueva) para conservar en-
 tero el cuerpo, le mandaba dividir. No confiando, que entra-
 rian en el Tratado los Austriacos, convocò à los Ingleses, à la
 Republica de Olanda, y al Rey de Portugal; y llamados con
 otro pretexto sus Plenipotenciarios otra vez à Risvuich, tuvo
 aceptación la propuesta. Como Arbitrios del mundo, le divi-
 den à su gusto: faltabales para esso autoridad, y derecho, pe-
 ro se le daban à la fuerza. Convinieronse, en que, muerto el
 Rey Catholico, la mayor parte de la America, y de sus Puer-
 tos se diese à Guillelmo de Nassau, Rey de Inglaterra: lo de-
 más de las Indias à los Olandeses, porque de la Flandes Espa-

siola se les havia de señalar, à su arbitrio, una Barrera: dabanse Napoles, y Sicilia al Rey Jacobo Estuardo: Galicia, y Estremadura al de Portugal, Castilla, Andalucía, Valencia, Aragón, Asturias, Vizcaya, Cerdeña, Mallorca, Ibiza, las Canarias, Orán, y Ceuta, al Archiduque Carlos de Austria, segundo hijo del Emperador Leopoldo: Los Presidios de Toscana, Orbitelo, y Plumbin, à sus Dueños: El Ducado de Milán, y el Final, al Duque de Lorena: Sus Estados, con la Cathaluña, y lo que quedaba de Flandes, y Navarra, al Rey de Francia. Todo esto baxo la condicion, si nombraba el Rey de España Heredero à la Corona à alguno de los Austriacos, ò no nombraba Heredero. No hicieron mencion alguna del Duque de Anjou los Franceses, con arte: Los demás, no persuadidos à que podia llamarle à su Trono Carlos Segundo. En este Congreso hizo el Rey de Francia pompa de su moderacion, y amor à la quietud publica, porque la proferia à los derechos de su hijo el Delphin: con esto alucinò à los Principes, y à la Europa. Formose la Liga para el cumplimiento del Tratado, y permitiose al Rey de Francia, que se mantuviese armado, como el mas proximo à invadir la España à su tiempo: Creian con esto los Principes dexarle el peso de la guerra, y se enganaron. Luego embió Tropas à la Navarra Baxa, mandadas por el Duque de Harcurt: otras al Rosellón, y Cerdeña, las mas à los confines de Italia, con el Mariscál de Catinat, y diò Quarteles de Invierno à las restantes en la raya de Flandes, y la Alsacia. Muchos siglos ha, que no havia tenido Principe alguno tantas Tropas, porque con las que quedaron en las Plazas, llegaban à treientos mil hombres veteranos, gente exercitada, y triunfante. Previnò en Tolón una gruessa Armada el Almirante Luis de Borbón, Conde de Tolosa, hijo natural del Rey: otra se prevenia en Brest, y las Galeras en Marsella. Este formidable poder era el terrot del mundo. Para justificarse, mando formar un Manifiesto, dando las razones de esta division de la Monarquía de España, olvidando sus derechos, para dar una eterna paz à la Europa. Mandó, que su Ministro en Madrid lo significasse assi al Rey, diciendole: *Moriria con esto en paz, sin cuidado de elegir Heredero, porque importaba al bien publico desbacer lo vasto de esta Monarquía, à que tantos espiraban, y que unida à qualquier Principe, resultaban mil inconvenientes.*

no dandole à la Europa equilibrio. Lo mismo mandò insinuar al Pontífice, y à las Republicas, y Principes de Italia, y al Gran Sultán, que ofreció armarse contra los Austriacos, è invadir la Ungria, porque no llegassen à ocupar el Trono de España. Esta resolucion fue grata al Sueco, Dano, y Moscovita, y à los Electores del Imperio, y mas al Duque de Baviera, por el odio natural, que tenia à los Austriacos.

Ninguna fatal noticia hiriò mas vivamente el animo de Carlos II. ni le consternò mas: entonces mostrò, que era capaz de afectos, y se le acrecentò la aversion, que à los Franceses tenia. De esto tomaron ocasion los que adherian à los Austriacos para avivar en el Rey las llamas del odio; lo que à los Borbones, para exaltar el riesgo, y el temor, si no se nombraba Heredero al Duque de Anjou. Estas disputas transcendenian alguna vez con immoderacion à las Antecamaras de Palacio, donde enfervorizados los animos, passaba mas allà de lo justo la posia, porque los mas de los Grandes, y Criados del Rey estaban por los Austriacos; y assi ordenò, no se tratasse, ni por conversacion, de la succession de los Reynos, ni se propusiese la duda en los Tribunales.

Esta ira del Rey inflamò las esperanzas del Cesar: mandò, que le cortejasse mas su Embaxador, y se previno, quanto le fue posible, à buscar amigos, y Aliados para el caso. Tenia treguas con Mustafa II. Emperador de Constantinopla, y dispensò con los Electores algunas gracias, con mas despotica politica, que jurisdiccion: tentò quantas artes le fueron posibles para traerlos à si; adhirieron secretamente muchos: nunca el Bávaro, ni su hermano Joseph Clemente, Elector, y Arzobispo de Colonia, ni Principe alguno de Italia, à los quales nada era mas grato, que esta division, porque los Principes chicos aborrecen la inmoderada grandeza de los que Dios hizo nacer mayores.

Esto acaeciò hasta el año de mil seiscientos noventa y nueve del Nacimiento de Christo.

AÑO DE M.DCC.

Ponían los mayores esfuerzos para perfeccionar su intento, y daban la mas estudiada eficacia à sus palabras los Magnates, que en España adherían à los Austriacos; pero tenían mayor autoridad en el Gobierno los Contrarios. El Rey no sabia determinarse: inspiraban aquellos, que se armasse el Reyno, y se embió al Marquès de Leganès à Andalucía, para que hiciesse levas, y abasteciesse de viveres, y municiones las Plazas: Lo proprio se ordenò al Principe de Uvademont, Governador de Milan. Esto tenía con expectacion al mundo: Era la España el assumpto de todas las conversaciones en la Europa: Todos sabían, que estaba el Rey mas vecino à la muerte, que à la determinacion de nombrar Heredero. Estas dudas, è incertidumbre de su intencion transcendieron hasta Roma, donde por la muerte de Inocencio XII. estaban en Conclave los Cardenales, nunca mas divididos en encontrados pareceres, y desunidas las facciones; siendo esta, que parece discordia, instrumento de la Soberana Providencia, que se vale de las mismas repugnancias de la libre voluntad del hombre, para executar su altissimo Decreto; uniendo distantes extremos à un fin, que no entiende nuestra ignorancia. Havianse por siglos unido los Cardenales Españoles, y Alemanes; pero ya afloxaba este nudo, y producía recelos la quebrada salud del Rey, y lo vario del dictamen en sus Vassallos.

En estas dudas, que tenían embarazada gran parte de la Europa, enfermò el Rey mortalmente: acometieronle vivissimos dolores, que excitaron una disenteria, dando evidentes señas de lo maligno del humor el desconcertado pulso: se apresuraba mas la muerte, que la resolucion de hacer Testamento; y este, que deseaban ambos partidos, era mas poderoso, y de mayor opinion con el Rey el que adhería à los Borbones. Con nunca intermitente vigilancia le ceñían, pretextando cuidado, y amor, el Cardenal Portocarrero, el Duque de Medina Sidonia, el Marquès de Mancera, y D. Manuel Arias, atentos à que no se hiciesse violencia, y sacassen sugestivamente algunas palabras, que pareciesen Decreto, y no tenían la mayor confian-

stiaza en el Secretario del Despacho Universal Don Antonio de Ubilla. Oían claramente, que el Confessor Nicolás Torres, y el Inquisidor General Mendoza, le traían siempre à la memoria su casa, y sus parientes, inducidos de la Reyna, que, no embarazada del dolor, profegua en su idea, y en su empeño. Todo lo miraba el Rey, y lo entendía: tenía de sus Vassallos entero conocimiento: no ignoraba sus dictámenes, y la lid de las encontradas pasiones, que alguna vez prorumpían en mal refrenada disputa; porque con la decadencia del Rey, cobró mayores brios la osadía de los Vassallos, declinò la autoridad de la Reyna, à quien ofreció el Conde de San Estevan del Puerto, que si desistía de su solicitud, y dexaba en entera libertad al Rey, sería bien atendida en sus intereses, y que los tomaba à su cargo. Porque no estuviesse todo lo moral en manos del Confessor, mandò el Cardenal venir otros Religiosos los mas doctos, y exemplares, para ayudar al Rey à enfervorizar sus afectos, y disponerse à morir con resignacion, y con todos los Sacramentos, que la Divina Clemencia ha instituido, para facilitar con la gracia la justificacion del pecador. A vueltas de esta loable caridad, estaba el rezelo, que obligasse el Confessor al Rey à alguna resolucion, conforme al dictamen, que muchas veces le havia dado. Vinieron luego los llamados, y con la mayor blandura defengañaron al Rey de poder vivir; porque la reverencia, ò la lisonja de los Medicos, no le quitaba la esperanza, por no avivar la aprehension (vulgar infelicidad de los Principes, à quienes acompaña hasta el Sepulcro la adulacion, y el engaño.) Esto sirvió de que el Rey escuchasse mas atento; para que viendo le faltaba el tiempo, se aplicasse à executar, quanto era indispensable à un Monarca, y à un Catolico. „ Propusieronle los riesgos à que exponía sus Reynos, dexandolos sin Sucessor, y que de nada haría con Dios „ tanto merito, como de evitar, con su ultimo Testamento, y „ libre declaracion de su voluntad, los daños, que amenazaba „ una guerra civil inevitable, dexando confuso el Trono: Que „ eran de Dios los Reynos, à quien se havian con resignacion „ de restituir, haciendo justicia; porque ella essencialmente residia en Dios, que esperaba yà à su Tribunal Supremo al „ que llamaban en el Mundo Rey, Padre, y Juez: terminos, „ que significaban la mas estrecha obligacion, y no concedi-

dos sin ella, la qual hasta el postrer aliento permanecía: Qué el Rey debia prescribir, y disponer la forma, y methodo del gobierno, en que havian de quedar sus Vasallos: El Juez, despues de ponderadas las razones, y examinadas las leyes, hacer justicia, dando à cada uno lo que le pertenece: el Padre, mirar con amor, y interessarse en el util, y conveniencia de los que le havia adoptado Dios por hijos, precaviendo sus daños, quanto à la humana comprehension le es permitido, que aunque se excluye de nuestra ignorancia lo venidero, rige con lo presente, quanto puede lo futuro la providencia del hombre: Que el inmortal espíritu, que nos anima, crizado de Dios à su imagen, y semejanza, solo con las heroycas virtudes se ennoblece, y se ilustre, no con vanos apellidos, y abolorios; porque al alma no le eran, ni parientes los Austriacos, ni enemigos los Borbones, siendo essas terrenas impressiones, que con la muerte se desvanecen: Que en sí era el negocio de la mayor entidad, pero que ya estaba ventilado, y definido, y por esso quedaban por fiadores de la justicia los que havian dado su dictamen, al que se debia (adhiriendo al mayor numero) conformar el Rey, porque era mas segura opinion la mas comun: Que la mas noble porcion del hombre, era la que debia deliberar, sin que se escuchassen bastardas voces de naturales afectos, que engañan con el alhago, cuyo fomento quedaba en el sepulcro resuelto en cenizas; pero el Autor del Decreto, que era la razon, que residia en el Alma, havia de dár estrechissima quenta de él.

Esto excitó la atencion del Rey, cuyo corazon pio, y religioso, luego se desprendió de lo caduco: mandó llamar al Secretario del Despacho Universal, y apartando los circunstancias, (menos al Cardenal Portocarrero, y D. Manuel Arias) hizo su Testamento, confiriendo antes à D. Antonio de Ubilla la autoridad de Notario, para que no faltasse circunstancia alguna legal. Nombró por Heredero, y legitimo Successor de sus Reynos à Phelipe de Borbón, Duque de Anjou, segundo hijo del Delphin de Francia, aprobando, y prefiriendo à todos el derecho de su Abuela, la Reyna Maria Theresa de Austria. Derogó qualquier ley en contrario, y mandó à sus Subditos admitir por Rey el que elegia. Explicó la mente de sus Mayores de excluir la Casa de Francia, porque no se uniesen en una

ma:

mandó ambos Cetros, y confirmó esta circunstancia como condicion precisa. Nombró Governadores (mientras llegasse su Heredero) à la Reyna, al Cardenal Portocarrero, al Presidente de Castilla D. Manuel Arias; al de Aragón, Duque de Montalto; al de Italia, Marqués de Villafranca; al de Flandes, Conde de Monterrey; à Don Balthasar de Mendoza, Inquisidor General: por el Cuerpo de los Grandes, y la Nobleza, à Don Pedro Pimentel, Conde de Benavente; y por el Consejo de Estado (despues en un Cobdiculo) al Conde de Frigiliana. No se dió à la Reyna mas autoridad, que de un voto, y à la pluralidad de ellos se reservó el Decreto. Ordenó se alzasse el destierro al Almirante, al Conde de Oropesa, al Duque de Montalto, Conde de Monterrey, y Conde de Baños: esto se obedció luego; pero el Cardenal excluyó à Oropesa: no tenia entonces authoridad para esso, mas nadie se atrevió à replicarle. Señaló por alimentos à la Reyna cien mil doblones, y que pudiesse vivir en la Ciudad de España, que quisiesse, con el gobierno de ella. Esto fue lo principal del Testamento, que leído en alta voz por Ubilla, le ratificó, y lo firmó el Rey. Cerróse con siete sellos, y por defuera firmaron otros tantos Testigos.

Este es el Decreto, y ultima disposicion, que tanto agitó el Corazon de los Principes, cuyas dudas hicieron tan vigilante la ambicion. Este el que enderezandose à la publica quietud, ovio guerras tan sangrientas, y embolvió en mil tragedias la Europa. Esto executó el Rey libremente, no sin repugnancias, y la voluntad, vencida de la razon: no le era de la mayor satisfaccion, pero le pareció lo mas justo, rendido al dictamen de los que tenia por sabios, è ingenuos, y al amor à sus Vassallos, à quienes creyendo dár una perpetua paz, dexó una guerra cruel. (tanto yerra el hombre en sus juicios, tan poca luz tiene de lo venidero, que las medidas mas ajustadas à la prudencia, falsèan) Despues de esto se le rasaron los ojos en lagrimas, y dixo: *Dios es quien dá los Reynos, porque son suyos.* No pudieron de ternura contener el llanto los circuntantes: congojóse mas el Rey: encargó mucho la vigilancia, y rectitud al Presidente de Castilla, y à todos la pureza de la Religion, y la Paz. Porque no parasse el curso de los Negocios, dió con otro Decreto al otro dia, suprema potestad de gobernar al Cardenal, mientras durasse la enfermedad, y se le entregó.

Tomo I,

D

19A

ron los Reales Sellos. (nunca otro Vassallo consiguió tanto)

Esto llevaron muy à mal los Magnates de la contraria faccion, y mucho mas la Reyna; à la qual queria incluir en la autoridad de este interino Gobierno Portocarrero; pero el Rey no quiso, porque yà, desprendido de lo terreno, prevalecia, contra el disimulo, la sinceridad (miserable condicion de el hombre, que guarda solo à los ultimos periodos de la vida la verdad, desembozando el animo, que por tan largo espacio vistió la mascara del disimulo, y del engaño!) *Ta nada somos*, repitio con amargura el Rey: estas eran luchas del amor proprio, pero yà defengañado, pidió los Sacramentos, que recibió con la mayor edificacion de los que admiraban en los extremos de la vida, constante un animo tan remisso, y debil. Agravaronse los accidentes, y en primero de Noviembre, dos horas despues de medio dia espirò. Vióse en aquella hora, con general reparo, brillar la Estrella de Venus, opuesta al Sol: los menos entendidos en la Astronomia lo admiraron como portentoso; aun no fenecida la lifonja al todavia tibio cadaver, sacaba favorables congeturas para la eterna felicidad del difunto Rey. Hallóse, acafo en aquel instante, perygeo el Lucero, y quando es posible distante del Sol, que mirandole en recto, le hizo brillar mas; por esso parecia, y porque estaba declinando, con menos actividad el Sol. De la muerte, y Testamento de el Rey avisò luego, con Expresso, el Cardenal al Rey de Francia, y otro Correo le despachó su Ministro el Señor de Blecoque.

Antes de llevar el Real Cadaver, con la acostumbrada pde el pa al Panteon del Escorial, en presençia de los Grandes de España, y de los Presidentes de los Consejos, mandò el Cardenal abrir, y leer el Testamento: Publicose por Heredero al Duque de Anjou. Aplaudieronlo todos, y se conformaron à la voluntad del Rey. Algunos fingian: otros, embarazados del acutillado dolor, confundian dos causas en un afecto; porque los mas allegados, y familiares del Rey, deseaban Principe Austriaco, criados con esta aprehension, ò conservando à la Francia un odio, mas heredado, que justo. Embióse copia del Testamento al Marquès de Castelfosius, para que le presentasse al nuevo Rey, à quien, y à su Abuelo Luis XIV. escribieron los Governadores. Firmò la Reyna estas Cartas, cuyos exemplares esparcidos, con arte de los Franceses, por la Europa, parecieron

poco conformes à la delicadèz del animo pundonoroso de los Españoles; porque era demasiado expressivo el ruego, explicando ser posible, que dexasse de admitir la Casa de Borbón otro Trono mas vasto del que poseia; y para que esto no sucediesse, se hicieron rogativas en Madrid, con alguna mas que desaprobacion de los Estrangeros; porque esto era haver creido, que la division de los Reynos, que hizo en Risvuich el Rey de Francia, fuesse sincera, y con animo executivo. Poco despues se determinaron à embiar al Rey en nombre de los Reynos, uno, que prestasse allà la obediencia, dexòse la eleccion à la Reyna, y la hizo en D. Joseph Fernandez de Velasco, Condestable de Castilla, hombre ingenuo, sincero, è incapaz de poner en el Rey sinestra impresion contra alguno. El Conde de San Estevan pretendia este encargo para el Marquès de Villena: ofreciolo la Reyna: despues, inducida del Conde de Frigiliana, mudò de dictamen, de que ofendido San Estevan, hizo dexacion de la Mayordomia Mayor de la Reyna, la qual, irritada de este, que la pareció desayre, pasó sus queexas al Rey, con mas viveza, que felicidad; porque protegido el Conde del Cardenal Portocarrero, tuvo la Reyna respuesta poco agradable, y de ninguna satisfaccion. Desde entonces empezó la civil discordia entre los Governadores, y declinò tanto la autoridad de la Reyna, que se veian claros preludios de las consecuencias fatales de su desgracia.

El Rey de Francia, para justificarse con los Principes de la ultima confederacion, y dar satisfaccion à sus Vassallos, mandò, que el Parlamento, y su Consejo de Estado deliberassen, si debia admitir para su Nieto la Corona. Los que sabian las artes, que à este fin havia usado, y los Exercitos, que tenia prevenidos en los confines de España, conocieron, que era afectada la duda; y aunque eran de opinion, que le convenia mas à la Francia la division de aquellos Reynos, que el empeño de sostener en ellos à un Principe de la Real Estirpe, se adhirieron à la voluntad del Rey, y respondieron casi uniformes: „ Que „ debia admitirla, sin temer la nota de haver faltado al pacto „ de la division, porque en esta solo se estuvo de acuerdo, en „ el caso, que huviesse Carlos II. nombrado Heredero à un „ Principe Austriaco, ò muriesse sin nombrarle: Que el presen- „ te caso no estava prevenido, ni hecho mencion de el, y que

„ así sería tyrania , quitar de su Familia un Reyno , que con
 „ las mas obsequiosas expreſſiones le aclamaba. Reconocióſe
 Rey de España , despues de esta consulta , el Duque de Anjou;
 prestòle obediencia el Embaxador Marquès de Casteldofrius, y
 le besaron la mano los Españoles , que allí se hallaban : dióſe à
 las Cartas de los Governadores la mas urbana , y obligante res-
 puesta ; y otra Carta escribió de su mano al Cardenal Porto-
 carrero el Rey de Francia , con clausulas , que le manifestaban
 agradecido , y ofrecian el Real patrocinió en qualquier ocur-
 rencia ; y lo que era mas grato al Cardenal , que se governaria
 siempre su Nieto por su dictamen. Aclamóſe con la mayor
 pompa en Madrid , y en toda España al nuevo Rey , à quien re-
 conocieron luego el Duque de Saboya , y demàs Principes de
 Italia , las Republicas , de Venecia , Genova , los Cantones Esgui-
 zaros , Luca , y Ragusa , y (lo que no se esparaba) la Olanda. Tam-
 bien el nuevo Pontifice Clemente XI. (antes Cardenal Albano)
 Lo proprio executaron los Reyes de Suecia , Polonia , Dinamar-
 ca , Prusia , Portugál , y el Rey de Inglaterra Guillelmo de
 Nassau. De los Principes del Imperio solo los Electores de Ba-
 viera , y Colonia , el Duque de Lorena , y el de Brunsvich.

Este no esperado accidente hirió en extremo el ánimo del
 Emperador Leopoldo , y de toda su Familia. Divulgóſe en
 Viena , que havia sido violantado el Rey à este Testamento,
 con las artes del Cardenal Portocarrero : algunos decian , que
 era supuesto , y fingido : otros , que no estaba el Rey en sí , quan-
 do le hizo. Todo era respirar por la herida , y cargar de inju-
 riosos epithetos el nombre del Rey de Francia. No havian que-
 dado menos irritado el Rey de Inglaterra , y los Olandeses ; pe-
 ro no podian desde luego mostrarlo , porque estaban desarma-
 dos , y havia Luis XIV. retirado sus Tropas de los confines de
 España , y dado Quarteles junto al Rin , y la Olanda. „ Escri-
 „ vióſe una Carta artificiosa , dando las razones de esta ines-
 „ cusable determinación , y que era el medio mas ajustado à la
 „ quietud de la Europa , porque no se moveria jamás la Espa-
 „ ña à empuñar armas , sino en caso de defensa ; y que de no
 „ executar así , sería la Francia su enemigo mayor , y la que
 „ procuraria contenerla en sus limites , y en estrecha alianza
 „ con sus antiguos Amigos. Que con esta condicion havia dado
 „ à su Nieto à los Españoles , al qual procuraria defender con

„ todas sus fuerzas , contra qualquiera , que intentasse turbar
 „ la quietud de su Trono : Que le huviera sido mas util à su
 „ Reyno la división de los de España ; pero que yá , una vez es-
 „ ta resuelta à llamar Rey para toda la Monarquia , no era fa-
 „ cil dividirla : Que las Leyes de España , y el Testamento del
 „ ultimo Rey Austriaco , prohibian , con repetidas precau-
 „ nes , el poderse en algun tiempo unir las dos Coronas ; y que
 „ en essa inteligencia , en que estaban de acuerdo todos los de
 „ su Real Familia , havia cedido el Delphin , y su Primogenito
 „ el Duque de Borgoña , sus derechos à la Corona de España
 „ al Duque de Anjou ; y este los suyos por la de Francia : Que
 „ el Testamento le havia hecho Carlos II. obligado de las Le-
 „ yes , y de la incontrastable razon de los Borbones , donde , si
 „ huviera tenido arbitrio un Principe Austriaco , no huviera
 „ excluido à su Casa de tan preciosa herencia : Que con dolor
 „ permitia saliese un Ramo de su Real Estirpe à ilustrar otro
 „ Solio ; pero que no havia podido faltar à la justicia , negando
 „ à la España su legitimo Dueño : y en fin , que tenia las armas
 „ en las manos contra su Nieto , si intentasse novedad ; y por el,
 „ si le disputassen su derecho. Una Carta del mismo tenor es-
 „ cribió al Rey de Portugál. Respondieron muy tarde los Olan-
 „ deses , y mucho mas el Rey de Inglaterra : la respuesta fue casi
 la misma , porque la hicieron de acuerdo ; pero explicaba mas
 su ira con amagos de amenaza el Inglés , y se confessaba bur-
 lado. Vieronse algunos Papeles de incierto Autor , que se roza-
 ban con satyra al Rey de Francia , tratandole de falaz , viola-
 dor de la palabra , y juramento (estas despreciables armas les
 quedan à los infelices , y à los mordaces.) De estas apariencias
 nadie dudaba se havia de encender nueva guerra , y mas , quan-
 do retirò de Madrid , y Paris el Emperador sus Embaxadores , y
 pidió al Duque de Baviera , Governador de Flandes , que se le
 entregasse , el que respondiò , no podia faltar al prestado Ome-
 nage al Rey de España , por cuya orden la entregò al Marquès
 de Bedmar , y se retirò à sus Estados. Esto enconò mas al Cesar
 contra el Duque , y se avigoraron las passadas discordias.

Estas fueron las primeras disposiciones de la guerra , que
 aunque mas lenta , no menos cruel estaba yá encendida en Ma-
 drid , porque el Cardenal Portocarrero , ó para acreditar mas
 su zelo con el Rey , ó para establecer firme su autoridad , en-

sangrentò contra muchos la pluma: fueron los primeros objeto de su furor la Reyna Viuda, el Almirante de Castilla, el Conde de Oropesa, y el Inquisidor General, Don Balthasar de Mendoza: sus nombres manchò con impiedad: descubrioles los defectos del animo, ó los fingia, para apartarlos de la voluntad del Rey, imponiendoles nota, aun mas que de defaectos, casi de fediciosos, y que eran las Cabezas del Partido Austriaco. Esto exaltò con tales terminos, que llegò el Rey à recelar de una guerra civil, y adhirió al dictamen del Cardenal, de confirmar el destierro de Oropesa, è imponerle à Mendoza, y que luego se retirasse à su Obispado de Segovia. Tambien escribió à la Reyna, eligiesse la Ciudad, en que, segun disposicion de Carlos II. debia vivir. La Carta contenia reverentes expresiones, y persuadia el retiro, para que con la nueva Magestad no se anublasse la suya, y viviesse mas sossegada fuera de los embarazos de la Corte. Cogió à la Reyna de improviso esta novedad: turbose mucho con ella, y dilataba resolverse, porque yà havia dexado el Palacio Real, y vivia en casa del Duque de Monte-Leon, su Mayordomo Mayor; pero no pudiendo sufrir mas los defayres, que el Cardenal la hacia, se pasó à Toledo, (assi trata à los mortales la fortuna, sin que exceptue de sus mudanzas el grado mas sublime) Al Almirante se le quitò el empleo de Cavallerizo Mayor, que tenia en tiempo del difunto Rey; y para el nuevo nombrò el Cardenal en su lugar al Duque de Medina Sidonia, y Mayordomo Mayor al Marquès de Villa-Franca. Reformò todos los Gentiles Hombres de Camara con exercicio: bolviò à nombrar algunos, y añadió otros, ò adheridos à su persona, ò no aun, por su juventud, peritos de los engaños, y astucias de los Palacios: Estos fueron, D. Felix de Cordova, Duque de Sessa; D. Francisco Giròn, Duque de Ossuna; D. Balthasar de Zuñiga, Marquès de Valero; Don Martin de Guzman, Marquès de Quintana; Don Antonio Martin de Toledo, Duque de Huescar; D. Agustin de Velasco, Primogenito del Marquès del Fresno; y confirmò Sumillèr à el Conde de Benavente. De toda la Real Familia reduxo los Criados, y Oficiales à un numero, casi indecente: todo lo executaba para acreditarse zelante, y estrechar, quanto era possible, al Rey à que tratasse con pocos. Este duro systema del Cardenal no se executò sin consentimiento, y parecer de Don Ma-

nuel

nuel Arias, cuyo genio, no menos aspero, estaba propenso à lo severo. No faltò quien creyesse, que con arte diò al Cardenal esse dictamen, para hacerle odioso; que aunque eran en la apariencia amigos, la ambicion del mando, sobre qualquier afecto prevalece.

Esta agigantada autoridad del Cardenal, y su aspereza, llenò de descontentos la Corte: à estos los llamaba Austriacos, sin reparar, que el amor proprio no se puede acomodar al daño, y à la injuria. Estas noticias, que las alcanzaban exactamente en Viena, los alentaba à la guerra, porque ya el mismo rigor del Gobierno descubria, quales eran sus parciales, y fundaban su esperanza, mas en la dissension civil, que en la violencia de las armas.

Assi lo expuso al Parlamento, que mandò juntar à este efecto el Rey de Inglaterra. ,, Despues de haver ponderado el
 ,, ultrage de su Real nombre, padecido en la falta de fee del
 ,, Rey de Francia, cuya ambicion (dixo) no se contenia en los
 ,, terminos de la Europa, mostrò los perjuicios, que resultaban
 ,, al Comercio, y que serian los Franceses dueños del de Indias,
 ,, del Mar Mediterraneo, el Adriatico, y Jonio, y se aprove-
 ,, charian, con nuevas Fàbricas, de las Lanãs de España: Que
 ,, le amenazaba inevitable riesgo à la Olanda la union de estas
 ,, Monarquias, no haviendo olvidado la España sus Derechos:
 ,, Que menos estaba segura la Gran Bretaña, y su Religion, am-
 ,, parado Jacobo Estuardo de dos poderosissimos Principes; y
 ,, que assi, antes que la dilacion los excluyesse de la oportuni-
 ,, dad del remedio, era preciso aplicarle. Este fuego de la ora-
 ,, cion del Rey, no encendiò los ànimos de todos; como preten-
 ,, dia, porque el Mariscàl de Talart, Embaxador de Francia nue-
 ,, vamente en Londres, esforzaba las razones de su Amo con de-
 ,, licadèz, y cautela, por no enojar mas al Rey, al qual no pudo
 ,, aplacar, y havia yà determinado armarse, porque verdadera-
 ,, mente entrò en la aprehension, que unidas estas dos Coronas,
 ,, y no embarazadas, ó distraidas en otra guerra, podian restituir
 ,, al Trono al Rey Jacobo; y en todo trance, queria la seguridad
 ,, de su Casa, y por esso cuidaba tanto de los Olandeses, temien-
 ,, do, que yà, mas poderosa la España, fuscitasse sus antiguos de-
 ,, rechos: por todo esto les persuadia, se previniessen à la guerra,
 ,, y dispusiesse facar de sus Estados, sin estrepito, al Conde de
 Brior, Ministro de Francia, Erao

Eran superfluas las persuaciones del Rey Guillermo, porque ya havian concebido bastante temor los Olandeses, para no descuidar, y les acordaba siempre su riesgo el Emperador, por medio de sus Ministros, no descuidando al mismo tiempo de encender el animo de los Principes de Alemania, y propuso la guerra en la Dieta de Ratisbona. „ Expuso alli los riesgos, „ que era justo precaver, por las vecinas agigantadas fuerzas „ del Francés, que ya no ocupado en la guerra contra España, „ convertiria sus armas al Rhin: Que se debia formar una Li- „ ga, y que entrarian en ella los Ingleses, Olandeses, y el Rey „ de Portugal, ofendidos del engaño, y los Principes de Italia, „ temerosos de perder su libertad: Que todavia no se havia „ olvidado la España del blando gobierno de los Austriacos, y „ que tenian muchos Parciales en ella, atentos á la oportuni- „ dad, y ocasion de declararse: Que nada embarazaban los „ movimientos de Polonia, pues aunque contra el Rey Federa- „ rico havia tomado las armas Carlos, Rey de Suecia, le de- „ fendia el Moscovita: Que el Othomano observaria religiosa- „ mente su tregua mal reparado de las passadas desgracias: Y „ que en fin, era causa comun el peligro de qualquiera en el „ Cuerpo del Imperio. Estas razones, á quienes daba mayor fuerza la autoridad del Cesar, y los particulares fines, movieron el animo del Prusiano, Hannoveriano, y Neoburgico, á ofrecerle Tropas Auxiliares, pero no entrar en Liga, porque no pudieron los Austriacos conseguir, que esta se declarasse Guerra de Circulos, no teniendo el Imperio interès con la España, no habiendo movido las armas el Rey de Francia, ni iniciado la guerra: con todo, perseveraba el Emperador en solicitar los Principes, y mantener en España sus Parciales, valiendose del dictamen de D. Francisco Molès, (Napolitano) Duque de Pareti, que havia sido Embaxador de Carlos II. en Viena; y aunque reconoció al Rey Phelipe por Cartas, y se le mandó, se restituyesse á España, como ya tenia intencion de servir á los Austriacos, con el motivo de la oposicion, que le hacian sus Acreedores, se quedaba en aquella Corte, y para salir de ella, pidió tan exorbitante suma de dinero, que se conocia era estudiado pretexto para lo que despues executó.

Esto no dexó de ser perjudicial á la quietud de España, porque mantenía el Duque algunas correspondencias en ella,

no

no habiendo aun declarado su determinacion, y con esto tenia noticias de quanto passaba, por cartas del Almirante, y otros, que lamentandose del presente Gobierno del Cardenal Portocarrero, se explicaban descontentos, y todo avivaba la esperanza de los Austriacos, que passaban estas noticias á las Cortes de Inglaterra, y Olanda, para alentarlos á la Liga.

Aunque el Reyno de Napoles havia dado la obediencia al Rey, le negó la acostumbrada Investidura el Pontifice, por contemplacion al Emperador: Instaba por ella el Duque de Uzeda, Embaxador de España, y el Cardenal Jafson, que lo era de Francia; pero confirmaba en su resistencia al Pontifice el Cardenal Vicente Grimani, (Veneciano) acerrimo Parcial de los Austriacos, hombre resuelto, y atrevido, que tenia la confianza del Emperador, y el patrocinio: esto le hacia mas ofendido, para que no hiciesse representacion sin amenaza.

No era necessaria la Investidura por la possession del Reyno; pero lo era para que aprobase el Pontifice los Derechos del Rey con aquel acto juridico, (formalidades, que alguna vez importan para el vulgo) pues aunque havian jurado al nuevo Principe todos los Reynos, que componen la Monarquia de España, no faltaba en los Pueblos quien disputasse sobre la legitimidad de los derechos á la Corona; y como havian tenido seis Reyes Austriacos, de quienes en el largo curso de mas de dos siglos, havian recibido innumerables honores, y mercedes, permanecia en muchos el amor á la Familia, y esto hacia disputar, aun á los ignorantes, lo que no entendian. Los mas cuerdos, disimulaban: En fin, nació un problema, pernicioso á la quietud de los Reynos, porque los que no penetraban la fuerza del prestado juramento de fidelidad, y obediencia, y la indispensable obligacion en que los constituia su propria honra, llevaban mal el dominio de un Principe Francés, cuya Nacion era, por gloriosa, aborrecida. Ni se descuidaban los Austriacos de sembrar estas reflexiones en el vulgo, porque no havia Reyno, donde no tuviesen sus secretas inteligencias.

En este estado de cosas partió el Rey para España, acompañado, hasta Burdeos, de sus hermanos el Duque de Borgoña, y el de Berri, y de gran numero de Magnates de aquel

Tomo I,

E

Rey.

Reyno; pero nadie pasó la Raya de Francia, porque mandó prudentísimamente Luis XIV. que ningún Vassallo fuyo entrasse en España, menos el Duque de Hareurt, que bolvia á ella por Embaxador. Con esto explicaba entregar enteramente el Rey al dictamen de los Españoles, y que ni los zelos de su favor, ò el mando turbassen la pública quietud. Aquí espiró el año, y el siglo. De la narracion de estos hechos componemos el principio de este Tomo: los de más dividimos en cada un año de los siguientes, conforme al tiempo en que las cosas acaecieron, para la claridad del que quisiere escribir la Historia, y valerle de estos Comentarios.

AÑO DE M.DCCI.

CON poca intermision en las jornadas, aun en la mas rigida estacion del año, entró el Rey en sus Dominios. Cesó luego, en quanto á la formalidad, el gobierno del Cardenal Portocarrero, pero no su autoridad, ni sus influxos; y aunque no fue declarado Primer Ministro, gobernaba absolutamente como tal, porque el Rey, instruido de su Abuelo, seguia su dictamen, hasta, que la edad, y la experiencia le diesen mayor luz. Hallabase en Barcelona por Virrey de Cataluña el Principe Jorge de Armeñad: era Alemán, y algo pariente de la Reyna, y de la Emperatriz: por esso se desconfiaba de él; y aunque hizo los mayores esfuerzos para que se le confirmasse el Gobierno, no pudo conseguirlo, y se le nombró por Successor á Don Luis Portocarrero, Conde de Palma, Hermano del Cardenal, hombre aspero, tardo, y facil á la ira, no á propósito para suceder al Principe, cuya afabilidad, blandura, y liberalidad se concilió los animos de los Cathalanes, mas de lo que era conveniente al Rey. Hallabase bien en Barcelona, porque tenia empleada la voluntad en una Dama, y le dolia con extremo apartarse de ella: por esso, despechado de la repulsa, viendo le mandaban salir de España, dexó tramada una conjura, y tuvo el encargo de adelantarla esta Muger, que herida sensiblemente de la ausencia del Principe, lo executó con la mas exacta diligencia, y

con.

con la facilidad, que ofrecia el genio de aquellos naturales, inclinados á la rebelion, empezó el perverso designio entre pocos, los mas allegados al Principe: despues contaminó el error tanta muchedumbre, que quedaron pocos leales. Antes de partir escribió á la Reyna, y á el Almirante: Aquella respondió por mano del Secretario del Despacho Universal Ubilla, con solas expresiones de Urbanidad: Nadie vió la respuesta del Almirante; (dudase si la hubo) pero sea fingida, ò verdadera, cierto es, que la mostró despues en Viena el Principe; y yá que hacia ostentacion de ella, no dexaria de ajustarse á su intencion. Quando para embarcarse en la Nave, se puso en la Lancha, en el muelle de Barcelona, dixo en alta voz: *Que bolveria con nuevo Rey á ella*: todo esto alentaba los alevosos animos, que mal hallados con la quietud, solicitaban su ruina.

Havia yá el Rey pasado los Pyrinéos, y concurrían á verle de muy distantes parages los Pueblos. La aclamacion, y el aplauso fue imponderable, llenóles la vista, y el corazon un Principe mozo, de agradable aspecto, y robusto, acostumbrados á ver un Rey, siempre enfermo, macilento, y melancolico: ayudaba al popular regocijo la reflexion de la gloriosísima Casa de Francia; y muchos, sin mas fin, que distraídos de su proprio alborozo, le acompañaron hasta Madrid, donde entró el dia diez y ocho de Febrero por la Puerta de Alcalá, con tanto concurso de Pueblo, y Nobleza, que fué tragica para muchos la celebridad, porque estrechados en la confusion, murieron algunos. Esto tuvieron, ò ponderaron como mal aguero los defaectos, que no faltaban entre los primeros hombres: asomóseles á algunos por el rostro el animo, y el temor, rezelando, no seria este Principe tan culpablemente benigno, como el pasado, y que tenia riesgos de ser abatido el inveterado orgullo de los Nobles. No podian luego amarle, y le temian: el amor á los Reyes es justo, y es obligacion; pero no se engendra verdadero, sino con el trato, con los beneficios, y por las virtudes del Principe.

Aunque el Rey tenia battantes para ser amado, parece, que procuraba lo contrario con su aspereza el Cardenal Portocarrero, y se debia reflexionar sobre el temor, con tal arte, que quedasse respecto, y no degenerasse en avercion; pero

E 2

del-

despreciando esto el Cardenal: que no sabia ser Politico, exasperò los animos de muchos, hasta enagenarlos enteramente del Rey. Al amor sigue el miedo; pero si se radica este fin aquel, se hace odio. Apartò al Rey de todos, para que nadie se infintuase en su animo, y con cuidado estrechò el Palacio à pocos, y aun con ellos le mantenía siempre difidente, trayendo por pretexto, que se havian apoderado tanto de Carlos II. que llegó à ser mas Esclavo, que Rey. En medio de tan zelosos ardides, para mantener unica su authoridad, errò el modo, porque introduxo al Gobierno à los Franceses, con tanto perjuicio suyo, que despues le echaron de el, como veremos: hizo, que el Rey formasse un secreto Consejo de Gavinete, y que entrasse en el el Duque de Harcurt, que se resistió, hasta tener orden de su Amo: ni lo permitió el Rey de Francia, hasta que interpuso segunda vez sus ruegos el Cardenal.

En esta Junta, en que presidia, y despachaba el Rey, no entraban mas que el Cardenal, el Presidente de Castilla Arias, y el Embaxador de Francia, à cuyo voto se tenia la mayor consideracion, porque se velan disposiciones para la guerra, y se conocia el Cardenal incapáz de manejar solo tan gran negocio. Desde entonces tomaron tanta mano sobre los de España los Ministros Franceses, que dieron mas zelos à los Principes, viendo estrechar la union à un grado, que todo se ponía al arbitrio de Luis XIV. de cuyas vastas ideas rezelaban su ruina los vecinos Reynos. El mayor temor le concibieron los Olandeses, haviendose ordenado al Marqués de Bedmár, Governador de Flandes, obedeciesse en todo al Rey de Francia; y salió una falsa voz, esparcida con arte de los Austriacos: Que esto era, porque se trataba en España de recobrar la Olanda, con Tropas Auxiliares Francesas, y al fin de esta guerra, dar à la Corona de Francia la Navarra Alta, y la Cathaluña; pero esta orden solo tuvo origen en la adulacion del Cardenal, que aplicaba quantos medios le sugeria su ambicion, para conservarse en el mando, y le parecia, que solo el Rey de Francia le podia sostener: Por esto invigilaba tanto, con nunca visto rigor, contra los que imaginò eran Parciales Austriacos, y ponía en el numero de ellos à los que vela tristes, queixosos, apartados de la Corte, ò que

deixaban algun empleo: estos los notaba yà por traydores; y llegó à tanto la infelicidad de aquel tiempo, que nadie se atrevia à suspirar, ò nombrar à Carlos II.

Esta opression, y tyranía del Cardenal, ayudada con la rigidéz de Don Manuel Arias, diò al Archiduque Carlos de Austria mas Parciales, que esperaba, y yà perdidos algunos por el injusto concepto, meditaban su seguridad con un delito, adhiriendo secretamente à los intereses de los Enemigos, y disponiendo llegasse su nombre à Viena. Este numero de los defectos crecía cada dia, aunque los mas cuerdos, y los hombres mas cautelosos lo disimulaban; pero no havia quien no llevasse mal, que tuviessen tanta mano en el Gobierno los Franceses; y mas que ellos, estaban aborrecidos el Cardenal, y Arias, visibles instrumentos de las que se padecieron desgracias, porque aumentò su rigidéz el contrario Partido, confirmò à los indiferentes, y entibiò, aun à los que havian sido mas Parciales del Rey. Algo havia en que se debía invigilar, pero con menor severidad, y sin tanta inquisicion, porque algunos males de la Republica se curan mejor con el afectado descuido, y fingiendo ignorarlos: perseguidos algunos vicios del animo con demasiado rigor, se hacen pertinaces: nunca se deben claramente permitir, pero no todos se pueden remediar: causaria infalible muerte, el que pretendiesse evacuar del cuerpo humano todos los malos humores.

Havia se determinado, en tiempo del Gobierno del Conde de Oropesa, reformar parte de la muchedumbre de Oficiales de la Contaduria, y Secretarias, y aun de Ministros en los Tribunales, y Consejos, pero como muchos no tenian otra forma de vivir, y aquel era su oficio, se tuvo consideracion à su pobreza, y assi no se executò: poco compassivo el animo del Cardenal, lo puso por obra, y creyò, con ahorrar doscientos mil pesos al Real Erario, remediar la Monarquia. Esto acrecentò de genero las queixas, y los lamentos, que mudò semblante, con la infelicidad de tantos, la Corte.

Era verdaderamente crecido, y superfluo el numero de Consejeros; pero nada havia mas facil de remediar, fiandolo al tiempo, pues con no proveer las Plazas, que vacassen en diez años, no hauria Supernumerario hablando acaso de cosas

finido numero, sin asfígir, y constituir en extrema pobreza tantas familias, quando se dexaban en pie los abusos mas perniciosos à la Real Hacienda, no solo en el modo de arrendar los Derechos Reales, sino en el rigor, y numero de Comisarios para la exaccion de los tributos, que doblaban el coste à los Lugares, y Comunidades, cargando gastos, y dietas sin tassa, y al arbitrio de los que tenian anticipado el dinero por las Rentas, porque en la estrechèz de la Monarquia era preciso valerse de ellos, tomando el dinero à daño.

Esta intempestiva providencia, corta para remediar tanto abuso, y demasia, porque empobrecia tantas casas, le concitó un odio mortal; parte de el, inculpablemente, resultaba contra el Rey, y contra los Franceses, porque à ellos atribuía el Cardenal todas las resoluciones, por disculparse. El Rey difería à su dictamen, yà por la precisa inexperiencia, yà porque no sabia de quien fiarse, porque el Cardenal, à pocos dexò entera la opinion.

Mostró el Rey, desde luego, un entendimiento claro, comprehensivo, y serio; un animo sosegado, capaz de secreto, y silencio, y nada contaminado de los naturales vicios de la juventud; antes religioso, modesto, y amante con admiracion de la castidad: eran sus delicias el juego del Mallo, la Roqueta, ò el Volante; mas la Caza, y alguna vez los Libros, porque possèia una erudicion, no vulgar en los Principes, y le havian en Francia educado con la vigilancia mayor. Estas virtudes del Rey no las viciò jamàs el poder, ni la soberania, antes las hizo mas robustas, y echaron raices con la experiencia, y los trabajos.

Estos desordenes del rudo genio del Cardenal, y claros perjuicios de su conducta, llegaron à oídos del Rey de Francia, por Cartas de su Embaxador, y aunque comprehendía quan poco ajustado à la razon era aquel methodo, se holgaba, que fuese Español el Instrumento de abatir la vanidad de algunos principales Magnates, acostumbrados à ser los Idolos del Reyno, y despoticos en el, sin tener à la Justicia, y à la Magestad aquel respeto, que es toda la harmonia del Gobierno; y assi, jamàs desaprobó al Cardenal su rigidèz, ni otra operacion alguna; porque los Ministros Franceses, fiados de su Rey, creían allanarlo todo:

no se amedrantaban con las amenazas de la guerra, y hallaban su interés en el desorden de la España; porque mal regulada, la tenían mas dependiente, estudiando su Política dexarla defarrmada, y sin militar experiencia, porque no le compitíesse el poder; pues conocian, que bien regida esta Monarquia, no tiene igual.

Aun mayores perjuicios se podian esperar, si no se huvieran defunido Portocarrero, y Arias, porque este era mas acepto à los Franceses; y yà el Cardenal, por su incapacidad despreciado, concibió sospechas no mal fundadas, que pretendian disminuir su autoridad; à lo qual concurría con ambición de adelantar la suya Dòn Francisco Ronquillo, que contra ambos, se insinuò en la gracia del Duque de Harcurt, cuyo dictamen prevalecia en todo. La Reyna tocò el desengaño de las Bodas del Delphin, por advertencia del Padre Chiufa, que descubrió ser enredo de los Franceses, y del Duque de Monte-Leon, de los quales hablaba con alguna irreverencia. Este fue el motivo de desterrar el Rey à Chiufa de los Reynos de España; y viendo el Duque yà perdido el favor de la Reyna, y declinada su autoridad, hizo dexacion del empleo de su Cavallerizo mayor; pero mas fuè por contemplacion à los Franceses, de quienes estaba reciprocamente aborrecida, y aunque no los amaba mucho el Duque, los temia.

A este tiempo llegó un Olandes, como para sus dependencias, à Cadiz, porque no estaba prohibido aun el Comercio: Este le embiaron para avisar à los Negociantes de su Nacion, que residian en España, à que retirassen sus efectos, investigar el estado del Reyno, sus fuerzas, Tropas, y preparativos de guerra; informarse de las Fortificaciones, y Plazas, y del sistema de aquellos Pueblos, su genio, y el numero por mayor de los Parciales Austriacos, y de su calidad; porque exaltaba la fama el general descontento mas allà de la verdad. Cumplió este con su encargo; y para hacerlo mejor, pasó hasta la Corte, donde le diò en su casa hospedage el Ministro Olandès, Sancho de Scolemburgh. Allí tomò mas exactas noticias, y mas verdaderas, y examinò, que todo dependia de la aversion, no al Rey, sino al Gobierno. Tratò familiarmente con el Almirante, que con la mayor cautela, con palabras equivocas, propalò su animo, como hablando acaso de cosas

actuales con el Estrangero; y por conversacion, alabando la Andalucía, dixo ser la llave de el Reyno, y por donde, si aquella se rindiese, se subverteria el Trono: no callò el descuido, y desaliño de las Plazas, y no ser de la moderna militar arquitectura, y presentó à el Olandès un Mapa de la España, exactamente delineado, explicandole la topographia del lugar, con todas las circunstancias, que pudieron hacerle capaz de lo que pretendia inquirir.

El Olandès regalò al Almirante con un Relox de repetición, y le dixo: *Acordaos de mi quando suene la Campana.* Esto pasó, entendiendose ambos, y ambos reservandose: assi se tramò una tácita conjura, comprehendiendo el Forastero Explorador, que se debia atacàr la Andalucía, y que no seria el Almirante el postrero à declararse por los Austriacos: assi lo refirió à su buelta al Gobierno de la Olanda, y se participò al Rey Guillelmo, con menos secreto del que era menester, porque lo penetraron los Franceses, y empezaron à desconfiar mas del Almirante, à cuya noticia llegó las que se tuvieron sobre esto en París.

Para dár alientos à los Principes de su faccion, ordenò el Emperador al Principe Eugenio de Saboya, hiciesse por todos sus Estados Hereditarios Reclutas, y aquartelò sus Tropas lexos del Rhin, como descuidando de la Germania, porque los Principes de ella avivassen el temor, y el cuidado, publicando las embiaria à Italia. Bolvió à embiar Ministros Extraordinarios à las Cortes de Inglaterra, y Olanda, ponderando el riesgo de la Europa con la union de dos poderosissimas Coronas, y que entraria en la Liga con qualesquiera condiciones, como se quitasse el Cetro de España de manos de quien le possèia; porque ya no era la question sobre la legitimidad de los derechos, sino sobre salvar la Europa de los peligros, que la amenazaban, en lo que debian todos interessarse. Que la misma vastidad, y riqueza de la Monarquia de España, daba esperanzas, mas que probables, de compensar los gastos de la guerra, y que no bavia Principe en la Europa, que no adhiriera à ella, buyendo la servidumbre, que intentaban ponerla los Franceses; y que assi, havia determinado el Cesar empezar las hostilidades, porque era indecoroso ballarse oprimida su justicia en brazos de la inaccion, y del ocio; y si experimentaba adversa

la fortuna tendria por blasón sacrificarse generosamente por el bien publico, y ellos el sonrojo de no assistir al que tenia dictámenes tan heroycos, enderezados à la seguridad comun.

Esto decian los Ministros del Cesar en las Cortes del Norte; y por las de Italia el Conde de Castel-Barco, empezando por Venecia, donde se hallaba el Ministro del Rey de Francia, persuadiendo con eficacia al Gobierno: *No permitiesse baxar Tropas Alemanes à la Italia, porque solo su seguridad era toda la idèa del Rey, y que biciessen sus Principes una Liga, para prohibir viniessen Tropas Estrangeras à turbar su quietud. Que en tal caso tampoco baxarian las suyas, ni Franceses alguno passaria la raya, ni los terminos de los Montes, como un Exercito, formado à expensas de los Principes de Italia, defendiesse de todos el País, y que contribuiria el Rey de España à estos gastos, por lo que le pudiera tocar, como Rey de Napoles, y Duque de Milàn. Que eligiessen un Capitan General de comun acuerdo para este Exercito, que se llamaria de la Neutralidad de Italia, cuyo solo objeto seria defenderla. Que cotejassen estas razones con las del Emperador, y viesse quales eran mas ajustadas à publica utilidad; si apartar la guerra de Italia, y prohibirla à todos, ó permitir los estragos de ella en sus propios Estados. Que aunque se quiesse conservar indiferentes, padecerian los daños, solo con entrar en Italia dos opuestos numerosos Exercitos, cuya militar licencia no se contendria en los limites de la razon, y subscitaria las del Imperio Leopoldo, si por suerte quedaba en Italia Superior. Que el Rey de Francia tenia à los terminos de Italia prevenidos ya treinta mil bombres, para ampararla, si lo quiesse, ó para defender los Estados del Rey de España, si baxassen sus Enemigos, en cuyo caso era preciso ocupar los Lugares, y Plazas mas convenientes, à hacer con ventaja la guerra.* Esto decia à los Venecianos el Ministro de Francia, à los Romanos el Cardenal de Jafson, à los Genoveses, y demás Principes de Italia el Señor de Iberville.

Otras eran las razones del Cardenal Grimani, y Conde de Castel-Barco; decian: *Tener ya los Borbones hecho entre si la division de la Italia, por la qual podian despues aspirar à la universal Monarquia. Y à vengarse de las repulsas, y agravios, muchas veces en la Italia padecidos, donde mostraba la*

experiencia, que no florecian los lirios; pero que ahora con los Derechos, Armas, y Estados de los Españoles, tenían otro fundamento sus esperanzas, las cuales solo las podía hacer vanas el Cesar, si los mismos Italianos le ayudassen à propulsar la violencia, que les amenazaba infalible, antes, que se ballassen con la cadena de irredimible servidumbre. Que aunque emprebendiera la guerra Leopoldo, debian considerar à quantas partes era preciso distraer sus Armas, embarazada en sangrientas disputas la Alemania, sobre el Trono de Polonia, adonde las Armas Auxiliares de Moscovia, y Suecia hacian mas peligrosa la guerra, que lo fuera entre solo Federico, y Stanislao, nuevo pretendiente de la Corona. Que el Rbin, y la Mosela estaban ocupados de Enemigos, habiendo cargado azia estos parages sus fuerzas el Frances; y con todo, como olvidado el Cesar de sus Estados hereditarios, baxaba yá con treinta mil hombres à defender la Italia, porque no fuesse víctima infeliz de la ambicion de los Borbones, sino es que ella voluntariamente queria ser esclava. Que eran bien distintas las ideas, y metodo de los Franceses, y de los Austriacos, habiendo mostrado la experiencia, con quanta benignidad estos han tratado la Italia, y sus Principes, dexandolos pacificamente gozar de sus Feudos, y Privilegios concedidos por los Emperadores, baxo cuya proteccion viven tantos siglos las Republicas, à quienes faltára proprio poder para defenderse, si la autoridad del Cesar no fuesse fiadora de su libertad; y que assi, para mantenerla, debian tomar con los Austriacos las Armas, contra el que se declara yá comun Enemigo.

Esto proferian los Ministros, y Parciales Austriacos, y esparcieron algunos Papeles injuriosos à la Francia, que nada movieron el animo de los Italianos, resueltos à quedarse neutrales, y dexar à cada uno la libertad de la guerra, porque no podian embarazar, sin grave dispendio, è incierto éxito, que baxassen Franceses, y Alemanes; ni formar Exercito proprio, superior al de dos Principes tan poderosos, con que resolvieron aguardar el decreto de la fortuna, sin provocar la adversa con estudiadas diligencias; ni era facil unir tantos Principes, y Republicas de tan distintos intereses. Conociendo esto, resolvieron empezar los Austriacos solos la guerra, por si algun fausto acaecimiento ponía en credito sus Armas, y los grangeaba la felicidad amigos. La Italia fue el

el primer Theatro de ella. Baxa el Conde Guido Starembergh con treinta mil hombres à los confines del Tiròl: con diez mil Franceses mas el Mariscál de Tefsè à Fenestellas. No se movieron los Esquizaros, y renovaron su Liga con los Venecianos, que viendo cerca la llama, presidiaron à Verona.

Antes de empezar las hostilidades, bolvió à embiar el Emperador à las Cortes de Italia al Cardenal Lambergh, y el Rey de Francia al mismo Ministro; y aunque aplicaron cada uno por su parte, para traer à la Liga los Venecianos, y Genoveses las mayores diligencias, todas fueron vanas. La oculta propension de los Italianos era el Cesar, pero pesaba igualmente en su balanza el temor à los Franceses. No aborrecian à los Españoles, cuyo blando imperio experimentaban por siglos; pero verlos unidos con los Franceses, les hacia participar del odio, casi comun. Temian igualmente al Cesar, como à Luis XIV. si alguno quedasse superior en Italia, y assi, à nadie querian unir sus fuerzas, por no hacerle mas poderoso, y perder el patrocinio del otro, que los dexaria gemir baxo el tyrano yugo del Vencedor. Ni para la promptitud de la resolucion tenían estas Republicas Tropas Veteranas; ni ellas pueden con precipitacion hacer un Decreto, que depende de tantos, y tan varios dictámenes en un Gobierno Aristocratico.

Los Genoveses miraban mas lexos de sus Estados la guerra, que los Venecianos: por esso afectaron ocio aquellos, estos cuidado: Juntaron algunas Tropas, y hicieron General à Alexandro Molino, fortificando à Lañano: yá veian ser pocas las fuerzas para resistir la violencia; pero buscaban el aplauso de advertidos, yá que no podian tener la felicidad de respetados. El Mariscál de Tefsè, encaminándose à los confines del Tiròl, fortificò, y presidiò à Chusa: no podia ser mejor la conducta, si hubiera perseverado en ella; pero pareciendole se alexaba mucho de poder recibir socorros, y que empleaba en este Presidio mucha gente, le desamparò, contra el dictamen de los mas experimentados.

El Duque de Saboya no movia sus Armas, solo trataba de reclutar, y tener sus Regimientos completos, porque estaba adelantado el Tratado del Matrimonio de su segunda hija, Maria Luisa Gabriela, con el Rey Catholico: esto lo

promovió en París Maria Adelayde, su primera hija, Duquesa de Borgonia, persuadiendo à el Rey de Francia, con promessa de traer, à una confederacion à su Padre. Se embió formalmente à Turin por Embaxador Extraordinario al Marqués de Almonacid, para pedir esta Princesa por Esposa del Rey; y celebrados los Capítulos Matrimoniales, se proclamò Reyna de España, y se hizo el Tratado de la Alianza, que era la Dote principal. Ofreció el Duque dar quince mil Veteranos, al sueldo del Rey Christianissimo, para que sirviesen en Italia solamente, cuyo Exercito mandaria el Duque, y que solo obraria defensivamente, sin insultar Estados de otro Principe; y que sin consentimiento de los tres, que concurrían à esta Liga, España Francia, y Saboya, no se pudiera jamás hacer la Paz. Esto alentò à que entrasse tambien en confederacion con España, y Francia el Rey Don Pedro de Portugal: Formaronse en Lisboa los Capítulos con el Ministro Francés, Ofreció Don Pedro, prohibir sus Puertos à qualquier Enemigo de la España, y que solo en defensa de su Estado havian de servir sus Tropas, unidas con las de España, que el Rey Catholico embiaria. Ofreció el Francés una Esquadra de Navios, para guardar las Costas; y se les amplió à los Portugueses el Comercio de las Indias desde el Rio Janeyro, à Buenos Ayres, cediendo la España la Colonia del Sacramento, y sus adjacencias. Confirmóse en todos sus Artículos la Paz, hecha entre España, y Portugal en tiempo de la Reyna Doña Maria Ana de Austria, en la menor edad de Carlos II. y quedó acordado, que solo de comun consentimiento se trataria la Paz con qualquiera, que moviesse guerra.

Estas dos Ligas, que parece confirmaban el Trono de España, y asseguraban su quietud, fueron su ruina, porque, sobre haver sido poco duraderas, burlaron, con gran perjuicio, la confianza, descuidóse del continente de España, y de sus Fronteras: todas las fuerzas echò à la Italia el Francés, donde tenia ya sesenta mil hombres, antes que pisassen los Alemanes los limites de ella, sin que se atendiese à fortificar, y presidar las Plazas Maritimas de Andalucia, Valencia, y Cathaluña, que eran las llaves del Reyno; el qual, como si no se disputasse de él, yacía sepultado en el ocio. Ruinosos los muros de sus Fortalezas, aun tenia Barcelona abiertas las

bre:

breñas, que hizo el Duque de Vandoma; y desde Rosas, hasta Cadiz, no havia Alcazar, ni Castillo, no solo presidado, pero ni montada su Artilleria. La misma negligencia se admiraba en los Puertos de Vizcaya, y Galicia: no tenían los Almacenes sus provisiones; faltaban Fundidores de Armas, y las que havia, eran de ningun uso. Vacios los Arsenales, y Artilleros, se havia olvidado el arte de construir Naves, y no tenia el Rey mas, que las destinadas al Comercio de Indias, y algunos Galeones; seis Galeras, consumidas del tiempo, y del ocio, se ancoraban en Cartagena.

Estas eran las fuerzas de España; estos los preparativos de una guerra infalible, con evidencias de pertinaz, y fangrienta. Ni los Reynos, que del continente dividia el Mar estaban con mas vigilancia tratados: No tenia en todo el Reyno de Napoles seis cabales Compañias de Soldados, y effos ignorantes de la Guerra, y Arte Militar; ò de ella olvidados con la quietud de tantos siglos. A Sicilia guarnecian quinientos hombres, ducientos à Cerdeña, aun menos à Mallorca, pocos à Canarias, y ningunos à las Indias. Las Milicias Urbanas creían poder suplir en la ocasion, sin tener mas disciplina militar, que estar sus nombres por fuerza asentados en un Libro, y obligar à los Labradores, y à rusticas Guardas del Ganado, à tener un arcabuz. Ocho mil hombres havia en Flandes, seis mil en Milán; y si se contassen todos los que estaban al sueldo de esta vasta Monarquia, no passaban de veinte mil. Las fuerzas maritimas de los Reynos Estrangeros eran trece Galeras, y seis daba en asiento en Genova Juan Andres Doria Carreto, Duque de Turis, y otra Estevan de Doria. Assi dexaron este Reyno los Austriacos, y assi le dexaban aora los que governaban en España, si no huviera sido erudición la desgracia.

Nada embarazado el Francés de este desaliño, tomò el empeño de sostener el desfarmado Cuerpo en el Reyno, cuya misma vastidad, y grandeza hacia casi imposible la defensa; y para mostrar, que no le arredraban las amenazas de los Enemigos, mandò, que de repente, y à un mismo tiempo, entrassen Tropas Francesas en las Plazas de la Flandes Española, que presidaban, por antigua convencion, los Olandeses, que echados sin hostilidad, ni daño, se quedó Guar-

ni:

nicion Francesa en ellas; y porque esto se executasse sin rumor, y seguridad, ordenò el Mariscal de Bufters, que con un buen numero de Tropas se acercasse à Lila. Executose todo con quietud, y felicidad; pero no sin gran quexa de los Olandeses, que la hizo mayor, haver esse mismo tiempo el Governador de Gueldres hecho represalia de unas Barcas, que por el Rio Mosa passaban cargadas de municiones de guerra, por lo que conocian, que la estaba esperando, no desprevenido, el Rey de Francia; y aunque expusieron sus quexas, no era con tanta sumission, que no ponderassen la violada fee, y explicassen, se verian precisados à unirse con el Emperador. Havianse yà resuelto à esto por el Tratado, que estaba perficionando el Rey Guillelmo; pero para adormecer un tanto la ira de Luis XIV. (porque no estaban todavia prevenidos) propusieron condiciones de ajuste, y que no entrarian en alguna Confederacion, *si se les daba por Barrera à Venlo, y San Donato, y casi otras veinte Plazas, en las quales se incluian Ruremunda, Stevambert, Luxemburg, Namur, Charle-Rey, y Mons, para que estuviessse seguro el passo desde Mastrich: O si no queria el Rey de España darles estas Plazas, que diessse su Flandes Española, y el Ducado de Milàn al Archiduque Carlos.* Esto fue con desprecio oïdo de el Rey de Francia, y la respuesta fuè injuriosa, y soberbia; dixo: *Que si querian ser neutrales, restituiria las Guarniciones Olandesas à las Plazas de que las havia echado; y les añadiria, para que las presidiasen, las que, vecinas à sus Estados, ganaria de los Enemigos, y doblaria en la Mosa, y Mosela las Tropas para su seguridad.* Nada de esto escucharon los Olandeses, y obstinados en la resolucion de la Guerra, apresuraban las prevenciones. El Frances acercò Tropas à Gueldres: esto avivò à la Olanda el cuidado, y aclamò à la Inglaterra por socorros, representando con repetidos Ministros el peligro; pero el mayor Agente de ellos era el mismo Rey Guillelmo, que propuso, con energia, al Parlamento, el riesgo de los Olandeses, y que por la antigua Convencion se les debia embiar Tropas Auxiliares: consiguiò esto, y se determinò passassen diez mil hombres con la mayor brevedad, aunque no affintieron à que formalmente declarasse la Guerra.

El Rey, para buscar otro Aliado, que añadiesse eficacia

à sus instancias, propuso elegir Sucessor à la Corona, despues de la muerte de Ana Stuarda, Princesa de Dinamarca, llamada al Solio en falta de Guillelmo. Esto moviò grandes disputas, los que adherian ocultamente al Rey Jacobo, dixeron, no havia necesidad de apresurarse à elegir otro Heredero, porque esto debia diferirse al Reynado de Ana, que no estaba todavia incapaz de tener hijos: los Parciales de el Rey consintieron con su dictamen, ponderando los riesgos à que se exponia la quietud del Reyno, si muriesse Ana sin nombrar Heredero; y que siempre era util tener este Protector mas el Decreto de que reynasse la linea Protestante; y assi, por mayor numero de votos, despues de Ana, fue elegida Sucessora al Trono de la Gran Bretaña Sophia Luneburgica, Viuda de el Elector de Hannover Ernesto Augusto, nacida de Federico Palatino, y de Isàbel, hermana de Carlos I. de Inglaterra, ampliada la eleccion à sus Sucessores. Havia otros Principes, que le podian competir el derecho à la Corona, y aun le tenian mejor; pero se tuvo consideracion à la Religion Protestante, que Sophia professaba, y adelantò sus razones el Cesar; porque le pareciò interessar al Duque de Hannover en esta guerra, y ligarle con este nuevo beneficio, sin que à Leopoldo le hiciesse fuerza, no ser Catholico, ni poner en peor estado la infelicidad del Rey Jacobo; porque en los Principes (es menester proferirlo con dolor) prevalece muchas veces la razon de estado, al zelo de la Religion.

Aunque Guillelmo estaba tan inclinado à mover esta guerra por sus particulares interesses, por dár satisfaccion al Parlamento, que no queria entrar en ella, respondiò al Mariscal de Talard, que le pedia positiva respuesta de las proposiciones, que para el ajuste havia hecho su Amo el Rey Christianissimo: *Que no romperian los Ingleses la paz, si se les daba à Ostende, Dunquerque, y Neoport, y se satisfaciasen los derechos, que el Emperador tenia à la España.* Aunque esto era abiertamente negarse à ser amigo de la Francia, contuvo Luis XIV. las Armas, porque esperaba la resulta de los movimientos de Escocia, que daban por nula la eleccion de Sophia, por no haver intervenido à ella; y por los de Alemania, donde el Sueco, favoreciendo à Stanislaò, traxo à sí al Rey de Dinamarca, para que no socorriessse à Federico de Saxonia,

expulso casi del Reyno, y procurando restablecerse. El Cesar indiferente, por no entrar en guerra tan dispendiosa, y que tanto le distraía de la que empezaba en Italia, solo persuadía la Paz, quando la Francia, por ocultos emisarios, alentaba al Sueco con focorros de dinero à la guerra, y no descuidaba, que los Rebeldes de Ungria pudiesen en nueva aprehension al Emperador, despues que huyó de la prision del Neustad el Principe Ragotzi, que con barbaridad indigna havia intentado dar veneno à toda la Casa de Austria. Juntò este algunas Tropas, y las aumentaba el concurso de Calvinistas Franceses, que tomaban partido en ellas: focorria con dinero la Francia, pero no podian ser grandes los progressos de Ragotzi; porque el Turco no quiso adherir à sus ideas, y las Guarniciones de las Plazas de Ungria bastaban à contener los Sediciosos.

No embarazado de estas dificultades el Emperador, ordenò, baxasse à mandar el Exercito de Italia el Principe Eugenio de Saboya, uniendo las Tropas, que havia juntado Comercio: Guido Starembergh emprehendiò con las suyas, el primero vencer lo arduo de los Montes, y los passos, que guardaban con mas gente, que vigilancia los Franceses, que ya tenian doce mil hombres mas de Tropas del Duque de Saboya, y ocupaban la llanura, que pertenece à Cremona.

Estaba en Ripalta el Mariscal de Telsè bien fortificado: el Principe de Vaudemont en los Collados, entre el Lago de Garda, y el Adda, con un grueso Destacamento: el Mariscal de Catinat mas adelante, teniendo el Lago à las espaldas, y à Chiufa enfrente, y cerrados los passos, desde el Tiròl al Athesis, con doce mil Infantes.

Si queria evitar un peligroso, è infeliz combate Starembergh, pocas sendas le quedaban, y essas asperas, montuosas, y embarazadas de peñascos, por las quales nadie creía se atreveria à emprehender la marcha, pero burlando, ò la confianza, ò el descuido de los Franceses, conduxo, con el silencio de la noche, y gran cantidad de Gastadores, sus Tropas à Rovereto, Lugar yà de Italia, en el Estado Veneciano: esta fue en esta guerra su primer hazaña, y no la menos importante; porque luego el Principe Eugenio, echando, un Puente en el Tartaro, à vista de Catinat, plantò su Exercito en los

Cam

Campòs de Ferrara. Lo escabroso del Lugar, y la desigualdad de los Montes, impidieron antes la batalla, y no pudo despues la Cavalleria Francesa embarazar este hecho, porque yà havia ocupado las orillas del Rio el Principe, y era tan cenagoso, lleno de turbales, y pantanos el terreno, que dividia ambos Exercitos, que comodamente, y sin apresurarse, pudo passar el fuyo el Alemán, no sin hacer alguna burla de los Franceses, como dixeron los Desertores.

Quisieron despues passar el Adda; pero Catinat, que estaba con sus Tropas en Verona, assentando Artilleria à la otra parte del Rio, lo impedia: esto embarazaba las ideas del Principe Eugenio, y recurrió à la maña. Dispuso, que se quexasen los Venecianos del largo tiempo, que estaban los Franceses en Verona, y adhirió à esta queixa el Pontifice, por suggestion de Grimani, diciendo, se havian arruinado Casas, y Heredades de muchos Ecclesiasticos, y que podia Catinat elegir otro Campo para sus Tropas. Despreciando los Franceses el inferior numero del enemigo Exercito, se apartaron de Verona.

El Vice Legado de Ferrare, parcial de los Austriacos, dispuso, dexassen los Pescadores sus Barcos à la orilla del Rio, que poseian los Alemanes, como acaso; los quales, valiendose de ellos, passaron en una noche su Gente. Quexóse el Rey de Francia al Pontifice, y diósele por disculpa la que el Vice-Legado havia dado, de haver sido una mera inadvertencia, y casualidad, que durmiesen los Pescadores aquella noche à la otra parte del Rio. Sin perder tiempo, vigilantissimo Eugenio echò un Puente en Castel Baldo al Athesis, y dexandole guarnecido, se encaminò al Pò, cuya contraria orilla la hallò ocupada de los Franceses, que la guardaban con muchas Tropas, y Artilleria. Estaba el Rio tan crecido, que no era facil de noche vadearle, ni havia bastantes Barcas para passar un Exercito observado del Enemigo; y assi ambos marchaban por su Ribera, midiendo el passo los Franceses al de los Alemanes, cuya Vanguardia guiaba, con un Destacamento de Cavalleria, el General Palfi, àzia Carpi, donde havia fortificado su Campo con Tropas Españolas Phelipe Spinola, Marquès de los Balbafes; pero con menos vigilancia en las Centinelas, y Granguardia de lo que era

Tomo I,

G

jus

justo; porque la noche del dia 10. de Julio, antes del Alva, se acometió tan de insprovifo, y con tan feróz impetu el Principe Eugenio, que muertas las Centinelas, puso en confusion el Campo, donde los mas dormian à sueño suelto: como la resistencia fuè poca, lo fuè la Batalla: vencidos los Españoles, apenas acertaban à huir: entrò las Lineas el vencedor, y pasó à cuchillo à quantos, embarazados de la obscuridad, y de la confusion, no se rendian promptamente prisioneros. Muchos hombres de distincion huyeron medio vestidos hasta Mantua, y otros hasta Milàn. La accion, aunque no de gran consequencia, engrandeciò à los Alemanes, porque era la primera, despues de haver passado con tanta dificultad los Montes, y el Mincio: todo acrecentaba su fama, y ponía en credito las Armas Ausriacas, que era lo que pretendia el Emperador, para traer à la Liga muchos Principes, y poner mas aprehension al Francès, paraque cargando Tropas à Italia, no pudiesse hacer la Guerra en el Rhin, porque los Tudescos no la querian en casa propria.

Estos malos sucessos se atribuian entre sí, con no pequeña dissension, los Generales Catinat, Tese, y Wademon: cada uno queria echar de sí la culpa, que cargaba al otro, y trascendiò tanto la discordia, que ya se introducía en los animos la pertinacia, y desaprobacion de todo lo que no era el proprio dictamen; porque estos tres Generales, independientes uno de otro, ni al Duque de Saboya obedecian, de lo que nació otra desunion con Catinat, que no queria estar subordinado al Duque. Diò este sus quejas en Paris, diciendo, se le faltaba à las condiciones de la Alianza, porque no se le havia entregado el mando de las Tropas de Italia, y daba esso por pretexto de su inaccion, y estar como indiferente mirando la Guerra: todo era arte, porque no queria, que acertassen los Franceses, y como los vela mas poderosos, amaba su error, deseando el equilibrio, y que nadie quedasse en Italia dueño absoluto de ella. Por esso alentaba la discordia, y no aconsejaba lo que se debia executar, aún sabiendo mas que todos: obraba como Principe, no como Amigo: esto censuraban los que no entienden la necesidad que tiene un Principe, de no fiar de nadie su seguridad, y que en ellos la razon de estado prevalece à todo.

Esta politica del Duque no se escondia de la penetracion de Catinat, y daba cuenta de ella, con reflexiones muy justas, al Rey Christianissimo, pero estaba en aquella Corte siempre vigilante por su Padre la Duquesa de Borgoña, à la que adheria Tese, y por esso se mostraba mas obsequioso al Duque, que pretendia apartar à Catinat del Exercito, porque era quien mas le entendia; y aunque era un General de los de mayor experiencia, y valor, que tenia la Francia, el Rey, por satisfacer, y contemplar al Duque, con muy honroso pretexto le sacò de Italia, y sucediò en su lugar el Mariscal de Villa-Roy, hombre alentado, y zeloso, pero infeliz. Los Alemanes, para adelantarse, passando el Mincio, ocuparon à Gofredo, y Castillon, plantando su Campo à los confines del Estado de Milàn, y le fortificaron tanto, que intentando los Franceses romper sus lineas, no lo pudieron conseguir, y desistieron del intento.

Pasò à Caneto el Principe Eugenio, Lugar veinte millas distante de Mantua, y Cremona, para distraer con dos cuidados la atencion de los Franceses, y fortalecidas las Riberas del Atheis, bloqueò à Mantua, quanto bastaba à no poderla entrar socorros, ni provisiones. Tenia la Ciudad Guarnicion Francesa, porque Don Isidro Cafada (valiendo-se del Marqués Berreti Landi, favorecido del Duque) pudo conseguirlo. Estaba dentro el Mariscal de Tese con doce mil hombres: No era facil con esta Guarnicion emprehender el Sitio de una Plaza, la mas fuerte de Italia por su situacion, y otras circunstancias, que la hacian inexpugnable: Retiraronse por esso los Alemanes (sin dexar el Bloqueo) à Briselli, y Mirandula, y dieron Quarteles de Invierno à las Tropas en los Estados de Parma, y Modena: el Principe Eugenio puso sus Reales en Luzara. Tambien se retiraron à Quarteles los Franceses: Vaudemont, con parte de las Tropas, à Milan: otras se dividieron por el Estado; y Villa-Roy, con ocho mil hombres, se quedò en Cremona. Assi se concluyò en Italia la Campaña.

Como la Oficina de la Guerra es la Corte, no faltaba en ella otra lid, si no sangrienta, à lo menos perniciosa: bolveremos à Madrid, donde el Cardenal Portocarrero, mas obruído de la dificultad de los Negocios, y cansado de los

Franceses inspiró al Rey, se llamassen otros Ministros al Consejo Secreto del Gavinete, y entraron en él (à mas del Presidente de Castilla, y el Embaxador de Francia) el Duque de Montalto, Presidente de Aragón, y el Marqués de Mancera, del de Italia. El peso de la Guerra, y la disposicion, se dexò enteramente en manos de los Franceses, que pedian mas sumas de dinero, que podia suministrar el Real Erario: Pretendian, que se impusiesse nuevos tributos; pero repug-
nò el Cardenal, diciendo, tenia bastantes Rentas el Rey, si las administrassen bien; y para que se les diessè una forma mas prompta de cobrarlas, y de inquirir en los abusos, pidió de la Francia un Intendente General de ellas, y se le nombrò à Juan Horri, hombre practico, inteligente en administracion de caudales, de buena razon; pero impetuoso, è impaciente.

Esto no se llevó bien en España: disimulabase el dolor, y con la nueva planta, que queria dár el Francès, se enagenaban mas cada dia los animos. Esto hizo discurrir à los Magnates, y Padres de la Patria, que seria conveniente juntas Cortes Generales en Castilla, con las quales se daria assiento, de comun consentimiento, à muchas cosas, y confirmarian el omenage al Rey los Pueblos. Autor de este dictamen fuè el Marqués de Villena, hombre, por su sangre, de los mas illustres, ingenuo, erudito, y sincero; decia: *Importaba corregir muchos abusos, y establecer nuevas Leyes, conformes à la necesidad de los tiempos; y que promulgadas estas de aduerdo con los Pueblos, no solo tendrian inviolable execucion, pero se podia prometer al Rey mayores tributos, y con mejor methodo cobrados, porque nadie ignoraba las estrecheces del Real Erario, para una Guerra, que se preveia infalible, dentro, y fuera de España: que era razon observasse el Rey los Fueros, y que esto lo creerian los Subditos, quando con nuevo juramento los autorizasse, sin añadir otros, porque en Castilla, aunque havia pocos no se tenia ambicion de ellos, como en los Reynos de la Corona de Aragón; y que assi, podia el Rey sin peligro, juntar las Ciudades à Congressò, que sin duda confirmaria los animos en la fidelidad, amor, y obediencia à su Principe.*

Esta proposicion, examinada en el Consejo del Gavinete, se embió, sin resolver al Rey de Francia, que no quiso dar

dar su dictamen, con el motivo de que no podia entender las cosas peculiares de la España, sino quien huviesse nacido en ella, y que debia el Rey conformarse en esto con el Consejo de Estado, y el parecer de los Ministros del Real de Castilla.

Vista, y discurrida menudamente en ambos Consejos la materia, no tuvo aceptacion: Pocos siguieron el dictamen de Villena; los mas dixeron: *Que no convenia remover en tiempo tan turbulento los animos, y exponer los Pueblos à que entendiesen lo que pueden, quando se juntan, pareciendoles entonces estàn como en un parentesis el poder del Principe, el qual se venera mejor menos tratado, y de lexos, sin dár ocasion à disputar sobre Privilegios, ó Fueros, ni pedir otros, que enflaquecen con la effempcion, no solo la Real Autoridad, pero aun la justicia, porque se abre como una Feria para la ambicion, y codicia de mercedes, las mas veces desproporcionadas al merito, y perjudiciales, exaltando los mas insolentes, y que inspiran en los Pueblos inobediencia, y tenacidad de sus Leyes, aun perdiendo el respeto de la Magestad: Que el segundo juramento no ligaria mas, que el primero, yà prestado quando se proclamò al Rey: Que si le hacia mas solemne, sobre la observancia de las Leyes, creerian, poder poner despues en disputa qualquier Decreto, si le interpretaban, ó le entendian contrario à sus Patrios Estatutos, y se daba fomento à las quejas, las quales serian, aun antes de acabar el Congressò, infalibles, porque no se podrian llenar las vastas medidas de la ambicion, y en vez de buscar obligados, seria crear descontentos: Que de su propria voluntad, jamás contribuirian los Pueblos con mas dinero, antes pretenderian aliviarnos de tributos, que impuestos por tiempo; nunca llegó el de quitarlos.*

Este parecer fuè mas del agrado del Rey, y de sus intimos Consejeros, y se hizo un Decreto, que no convenia por aora juntar Cortes. Algunos Magnates, y Ciudades quedaron disgustados en esto, porque yà se havian publicado posibles, creian, que negarlas era opression; y assi se dixo, se havian solo diferido, porque debia salir el Rey de la Corte hasta Cathaluña, para encontrar à la Reyna, como lo executò en el mes de Setiembre. Muchos fueron de opinion, que no saliesse el Rey tan lexos, ni de los terminos de Castilla;

lla; pero el Cardenal Portocarrero se lo persuadió vivamente, para quedarse mandando en la Corte, y el Embaxador de Francia, Conde de Marsin, para tener mas autoridad, viniendo al Rey solo en la jornada. Burlò esta ambicion el Cardenal, y le diò al Rey por Consejeros al Duque de Medina Sidonia, y al Conde de San Estevan del Puerto: de ambos y de Marsin se componia el Consejo de Gavinete del Rey, y Portocarrero se quedó en la Corte, con tan amplio poder, como le havia dado Carlos II. en tiempo de su ultima enfermedad.

Esto hirió sumamente à los Tribunales, y à la Nobleza, porque bolvian à depender unicamente del duro, y desapiadado génio del Cardenal, que comunicando solo con D. Manuel Arias, y en su casa con un tal Urraca, Criado suyo, era facil conseguirle una audiencia; y si de passo la daba, no se podia aguardar mas respuesta, que obscuros, è imperceptibles acentos: ni havia à quien acudir, porque todo el peso del Gobierno cargaba sobre dos solos nombres, austeros, que huian la humana sociedad. Añadióse à esto, que el Cardenal, por adulacion, molestaba al Rey de Francia, consultando, aun cosas de la menor importancia, y esto dilataba tanto los expedientes, que llamaba à la impaciencia; pero la fidelidad de los Castellanos, y su amor al Rey lo toleraba todo.

Haviase yà desposado en Turin el dia 11. de Septiembre la Reyna con el Principe de Carignan, su Tio, que tenia los Poderes del Rey, y luego partiò para Niza, donde se havia de embarcar en las Galeras del Duque de Turfis: debia encontrar alli à la Camarera Mayor, Maria Ana de la Tremouilla, Viuda del Principe Ursini, que estaba en Roma, muy de esclarecido linage, prudente, y capaz de entender, y manejar qualquier negocio, muy secreta, y cauta. Costò no pocas disputas esta eleccion, que cometida primero al Rey de Francia, se escusò de ella. Era su parecer, que fuese Catalana la Camarera, como lo havia sido siempre; pero lo repugnò tenazmente el Cardenal Portocarrero, diciendo: Serà bolver à poner el Palacio en el desorden, en que lo tenia Carlos II. por el dispotico dominio de las mugeres; y que si Española de la primera Nobleza adquiria la grande autoridad que lleva consigo este Empléo, siendo los Reyes tan juvenes,

introduciria en la gracia, y favor à sus parientes, y allegados: Querria entrar en todas las dependencias, y mandar con sola su recomendacion en los Tribunales, porque procuraria participasse su casa, y sus parientes de la favorable oportunidad, gozando de los primeros honores, y empleos, quiza con injusticia, y con riesgo: Que no bauria secreto, porque la Camarera sabria las resoluciones, y seria arbitra de la reparticion de las gracias: Que una Estrangera, sin allegados, ni inclusiones de sangre, aun quando mas ambiciosa, no tendria que mirar mas que por si; y no teniendo casa, ni faccion en la Corte, no tendria tanta osadia, quanta la sugeririan los suyos à una Española, puesta en lugar tan sublime, como era regir, y governar una Reyna niña, à la qual doctrinaria con las artes, y maximas que quisiessè, propicias à la vanidad, y codicia de los Magnates, de los quales havia pocos de quien fiar, y por consecuencia, de las Señoras de su esfera, como era preciso que fuesse la Camarera; y que assi, para obviar tantos inconvenientes, seria lo mas acertado, que eligiessè el Rey Christianissimo una Francesa, buscando la proporcionada à tan alto empléo.

Este injusto dictamen del Cardenal, nacido de los zelos de la autoridad, heria à toda la Nacion, y al Cuerpo de la primera Nobleza, donde las mas de las Mugeres están dotadas de singulares prendas, de sólida, y christiana virtud, modestia, y prudencia: por esso lo tuvo muy secreto el Cardenal, y siempre atribuyò à los Franceses esta eleccion, à la qual no dexò de concurrir Don Manuel Arias, con el mismo temor, de que se introduxessen los Españoles en la gracia del Rey, y se hicieron este agravio à sí mismos; siendo cierto, que para este empléo, en que era preciso criar una tierna Princesa, con la etiqueta, y seriedad Española, ninguna era mas à proposito, que la que lo fuesse, y mas habiendo tantas dignissimas en que elegir.

La Princesa Ursini, que estaba con suma aceptación, y autoridad en la Corte de Roma, yà Maestra en las Artes de ella, no queria probar nueva fortuna, y se escusò de esta honra, hasta que la estrechò à aceptarla una orden del Rey Christianissimo, dada con terminos tan obligantes, que se resolvió à partir à encontrar à la Reyna, y desde Niza la sirvió de Camarera Mayor, saliendo al mismo tiempo de Madrid

drid las Damas de Palacio, para encontrarla, y fuè elegido Governador de su Casa Real, con honores de Mayordomo Mayor el Conde de Montellano, que venia de ser Virrey de Cerdeña, hombre yà de crecida edad, maduro, sabio, christiano, y politico; pero sin los enredos, y lisonjas, que confunden los Palacios. Este eligiò, de su propria voluntad, el Cardenal, porque le miraba ageno de ambicion, y que no le queria competir en la autoridad, que era todo su cuidado, y recelo.

Llevò el Conde toda la Familia de la Reyna hasta Figueras, Lugar de Cathaluña, donde tambien llegaron los Reyes, cada uno por su camino: el Rey vino de Barcelona, y la Reyna passò por tierra de Francia, dexando las Galeras, porque la molestaba mucho el Mar. Luego, que encontrò à la Familia Española, se despidiò la que la Reyna traxo de Turin, y no la quedò ni una Camarista conocida, solo la Camarera Mayor. Sintio esto mucho la Reyna; pero cediò al gusto del Rey, que lo ordenò assi, sugeriendolo los Españoles, que no olvidaban las confusiones, que suscitaron la Cantina, Camarista de la Reyna Maria Luisa de Borbòn, y la Berliz, que lo fuè de Maria Ana de Neoburgh. El Rey entregò todo el desocupado corazon à la Reyna, en quien no faltaban calidades para prenderle. Tenia solo catorce años, era de agradable aspecto, y de gracia singular, benigna, afable, y atractiva: esto le diò la Naturaleza: despues el arte la enseñò à conciliarse la benavolencia de los Subditos, y à confirmarse siempre en el amor del Rey, que nunca declinò de las primeras impresiones. Despues de tres dias passaron à Barcelona los Reyes: las exteriores aclamaciones fueron grandes; mas sinceras en la Plebe mas humilde, que aùn no estaba contaminada de infidelidad. Pidiò el Principado de Cathaluña Cortes, y las concediò el Rey, quando se havian negado à Castilla, cuyos Pueblos, no son tan arrogantes, è insolentes. Para sossegarlos, fueron de este dictamen los Consejeros, que el Rey tenia consigo, y el Embaxador Marín.

Con tantas gracias, y mercedes, como se concedieron, se ensoberveciò mas el aleve genio de los Cathalanes: la misma benignidad del Rey dexò mal puesta su autoridad, porque blasonaban de ser temidos, y pidieron tantas cosas, aun

su

superiores à su esperanza, para que la repulsa diese motivo à la queixa, y algun pretexto à la traicion, que meditaban. Deseaban mas ocasion à la ira, que al agradecimiento: por esso no reconocian los mismos beneficios, y mercedes, que suplicaban, yà prevenidos de ingratitud: todo lo perdiò, y lo malogrò el Rey; pues los mas favorecidos fueron los primeros desleales. No se estableciò en estas Cortes Ley alguna provechosa al bien publico, y al modo del Gobierno: todo fue confirmar Privilegios, y añadir otros, que alentaban à la insolencia, porque los Cathalanes creen, que todo và bien governado, gozando ellos de muchos Fueros. Ofrecieron un regular donativo, no muy largo, y bolvieron à jurar fidelidad, y obediencia, con menos intencion de observarla, que lo havian hecho la primera vez. Escribianlo todo con delinquentes reflexiones al Principe de Armeñad à Viena, por medio de los Genoveses, y se mostraban las Cartas en las Antecamaras del Emperador, que embiò copia de ellas al Conde de Uratislabia, su Ministro en Londres, para que las viesse el Rey Guillelmo, y tomasse mas alientos la Liga, que aun repugnaba el Parlamento, al qual ponderò nuevamente el Rey la injuria, que le acababa de hacer el Christianissimo, con haver reconocido por Rey à Jacobo III. hijo de Jacobo II. Rey de Inglaterra. Este havia muerto en San Germàn à los 16. de Septiembre, con tanta edificacion, y fama de santidad, que mostrò, como podia ser dichoso un infeliz, haciendo de las desventuras sacrificio, para convertirlas en Bienaventuranza eterna. Assi discurrimos piadosamente de un Principe, que enseñò con el exemplo, quanto se debe anteponer à todo la Religion.

El mismo tratamiento, y reverencia conservò en Francia su Hijo. Los adheridos al Rey Guillelmo ponderaban esto como infraccion de la Paz de Risvich, donde havia ofrecido Luis XIV. *Reconocer por legitima Successora à la Corona de Inglaterra la Linea Protestante de sus Principes, y que no se debia tratar como Rey à quien no havia empuñado el Cetro, tolerandose en su Padre, porque lo havia sido; pero yà expulso, y establecida por Ley la Linea heredera, decian, que no le quedaba derecho, ni accion à su Hijo, y que por esso se debia reputar coma agravio la resolucion del Christianissimo.* Los que ocul-

Tomo I,

H

187

tamente favorecian à los Estuardos, alegaban: *Ser insubstanciales estos reconocimientos, y que nada importaba à la Inglaterra ser Jacobo II. ó III. el reconocido: Que no debía el Rey de Francia ser Juez contra el mismo à quien havia dado refugio en sus Reynos, porque seria borrar con inutil circunspeccion lo benigno y lo magnifico: Que los titulos de que usan los Principes no inducen possession, ni derecho, porque en sus Dictados ponen lo que no poseen, apropiandose la vanidad de una aprehension, y de un titulo vano.*

El Rey Guillelmo, que todo lo abrazaba por nuevo pretexto à su resolucion, declaró formalmente à Francia, y España la Guerra: ofrecieronle socorros el Duque Jorge de Hannover, y la Princesa Ana de Dinamarca: esta con expresiones mas vehementes, porque dixo, que venderia para esta Guerra, hasta sus anillos, y sortijas. Tanto los empeñò el temor de que el poder de la Francia intentasse restituir al Trono à Jacobo. Ordenaronse en Inglaterra Levas, y se armò una Esquadra de Navios, que se entregaron à el Almirante Rooch. Luego se hizo la Liga con el Cesar: entraron en ella el Rey Guillelmo, los Olandeses, el Duque de Hannover, y el de Neoburg; y para dar las mas convenientes disposiciones à la Guerra, pasó Guillelmo à Olanda, donde ya havian llegado los 109. Ingleses Auxiliares, y dexadas sus instrucciones, bolvió à Londres. Partió Rooch con 46. Naves àzia las Costas de Francia, con mas pompa, que utilidad. Otra Esquadra se embió à las Indias con el Vice-Almirante Bembo, que tuvo la misma suerte: nada hicieron mas que dexarse ver, y gastar en vana ostentacion muchos thesoros, porque ya el Rey havia conseguido del Parlamento los subsidios.

Esto atemorizó los Reynos de España, y mucho mas los separados del continente, donde tenian los Austriacos sus ocultos Emisarios, y Parciales; pues el largo dominio de su familia havia dexado impressiõ en los mas de los Nobles, porque de ella reconocian las mercedes, y privilegios, que gozaban; y assi, solo el apellido de Austria, hacia otra mas cruel Guerra al Rey Phelipe. El primer Reyno, en quien prendió fuego la rebelion, fuè Napoles: concibióse esta en Roma; fueron los Autores el Cardenal Grimani, y Don Cesar Avalos, Marqués de Pescara. Entrò el Barõn de Saffinet

ocultò en el Reyno, y à pocos dias perficionò su Tratado con el Principe de Laricha, el Duque de Thelesia Don Carlos de Sangro, Don Tiberio, y Don Malicia Carrafa, Don Joseph Capacia, y el Principe de Macia, que acababa de llegar de España. En esta conjura entraron otros de mas obscuro nombre, y con palabras equivocadas no desalentò Don Andrès de Avalos, Principe de Monte-Sarcho, hombre de grande autoridad, y sequito en la Plebe. Ganados con dinero Nicolàs Prisco, Maestro de Esgrima del Duque de Medina-Cœli, Virrey del Reyno, y su Cochero, ofrecieron hacer lo que se les ordenasse. Quedaron todos de acuerdo, que la noche del dia 27. de Setiembre darian muerte al Virrey en Fuente-Medina, bolviendo en coche del passeio, porque todos los dias passaba por aquel parage: Que la misma noche entraria con 600. hombres armados el Principe de Caserta, y que ocuparian à Castel-Novo, donde ya tenian conjurada parte de la Guarnicion, y al Gefe de la Armeria, los quales, para abrir las puertas, esperaban por señas unos silvos.

Esta era la disposicion, creyendo, que proclamado el Archiduque Carlos, ocupados los puestos mas principales de la Ciudad por la Cavalleria de Caserta, y un Castillo, muerto el Duque de Medina, y permitido à la Plebe el saqueo de las casas, que quisessen, un delito confirmaria otro, y se sostendria, por proprio interés, la rebelion, à la qual alentaba Saffinet con los ofrecimientos del Principe Eugenio, de socorrerlos con Tropas en caso de sublevacion, y que passarian otras por el Trieste con las Galeras de Ragusa. Antes determinaron los Conjurados, que se diese principio à la obra, y se mataste al Virrey la noche del dia de San Genaro, en que sale en público, està toda la Ciudad iluminada, y hay mayor concurso de Plebe, porque querian interviniese mas gente, para tener mas sequaces; pero lo embarazò Don Malicia Carrafa, diciendo, seria hacer funesta la celebridad de aquel dia, tal vez con indignacion del Pueblo, que le tenia consagrado à un Santo Protector de la Ciudad, cuya venganza era justo temer; y assi, se aplazò para el que ya diximos; pero antes que este llegasse, un Letrado llamado Nicodemo, pariente de uno de los que entraban en la conjura, la penetrò, y declaró con todas sus circunstancias, al Duque

de Medina; y aunque esto era ya à mas de dos horas de noche, sin perder instante de tiempo, mandò prender à su Cochero, y à el Maestro de Armas Prisco, y ponerlos à question de tormento, donde, sin mucha dilacion, confessaron el proprio delito, y el ageno; porque declararon los còmplices, que sabian, pues havia otros de alta esfera, que solo se confiaron à Safinet; y ofrecieron, que seguirian, mas no empezarian la rebellion. Mandò el Virrey prender los que de prompto pudo hallar, gente no de la mayor importancia: mudò al instante la Guarnicion de Castel-Novo, la puso en arresto, introduciendo otra: ordenò estuviessen sobre las armas los Castillos, y Cuerpo de Guardia, y doblò el del Palacio Real. Llamò à los Ministros, y Oficiales de Guerra, y los Magnates, en quienes tenia mas confianza, ò exercian algun empleo: divulgada esta novedad, acudieron otros, y casi todos al Palacio, nadie parecia desleal: muchos de los que acudieron, secretamente lo eran, y uno de ellos el Principe de Monte-Sarcho, que hacia de la necesidad virtud. Consultò el Duque con los Ministros, y sus mas allegados, que se debia de prompto executar? Determinaron lo primero, poner en salvo su persona, porque en qualquier tumulto, no se expusiese la Ciudad à tan gran crimen; y que permaneciendo aquella, como no faltaba la Imagen del Soberano, andaria menos licenciosa la insolencia, y se mantendria la Cabeza de la faccion del Rey, con que desmayarian infaliblemente los Sediciosos. Juzgaron, estaria mas seguro en Castel-Novo, y por el camino secreto, que hay desde el Palacio, pasó el Duque con la Nobleza: acudiò tambien à ofrecer la suya, y la pública fidelidad el Electo del Pueblo: dixo que ignoraba la verdadera causa de este rumor; pero que sin duda seria delito concebido entre particulares, no contaminada la universidad.

Viendose descubiertos los Sediciosos, se juntaron para su propria defensa, y creyendo la harian mayor empezando el tumulto, proclamaron en alta voz, por varias partes de la Ciudad, al Archiduque Carlos: llamabanle Sexto, guardando la relacion de la serie de los Reyes Napolitanos: fueron à Castel-Novo, hicieron la seña concertada con sus sylvos, porque ignoraban se havia mudado la Guarnicion. Las Cen-

tine,

telas de las garitas de los Baluartes respondieron con el fusil: este ruido induxo mas confusion, porque todos ignoraban, que fundamento tenia esta conjura, y los verdaderos Autores parecian muchos; porque convirtiendo la desesperacion en delirio los Sediciosos, esparcian mas vivamente el aclamado nombre del Archiduque Carlos, por si el exemplo traia los animos de los que imaginaban mas tardos, por temor, mas que por fidelidad al Rey. Abrieron las Carceles, sacaron los presos: los que creian, no podian deteriorar de condicion, por la gravedad de sus delitos, abrazaron tambien este: otros se refugiaron à los Templos. El Baròn Safinet, en los Claustros de San Lorenzo erigiò una Vandera con las Armas Austríacas, y sentado ante una mesa con muchos doblones, esparcidos por ella, hacia gente, y daba de entrada lo que pedian: pocos dieron su verdadero nombre, porque no quedasse escrito: tomaron algunos partido, para ganar de prompto aquel dinero: muchos de estos desertaron luego, y se fueron à sus casas; pero siempre quedò el Cuerpo de los Sediciosos bastante à turbar la quietud de toda la Ciudad lo que durò la noche; y recogiendo quanta gente podian, acometieron el Palacio de la Vicaria, rompieron Archivos, y destrozaron papeles, fixando uno en las puertas, que pretendia probar el derecho de los Austríacos al Reyno.

El Duque de Medina, y los que con él estaban, nada de esto sabian à punto fixo; solo el rumor les daba aprehension, y las que por todas partes oian desordenadas voces, que no mostraban hecho alguno particular, ni haver ocupado, ni asfaltado alguno de los Castillos; y disputandose en lo que se debia executar, fue de parecer Don Antonio Judice, Principe de Chelemar, que nada se emprehendiese en las sombras de la noche, porque se ignoraba quienes eran los Conjurados, y desconfiaba aún de muchos, que tenia presentes: ponderò, que cumplieran los hombres mejor con su obligacion de dia, estimulados de su honra, y que no havia peligro en la dilacion, porque faltaba poco para amanecer, y entretanto se diessen las ordenes necessarias, y se previniese todo, para que al rayar del dia se acometiesse à los Sediciosos. Este prudentissimo dictamen aprobò el Duque, y ordenò, que con las Compañias que alli estaban, y la Nobleza,

se

te executasse, y dió à todos por Gefe à Don Rustiano Carratelo, Duque de Populi, General de la Artilleria, hombre de conocido valor, y experiencia, maduro, y de solida honra, y fidelidad: todo lo comprobó el exito. Salieron al amanecer à buscar à los rebeldes, y con poca dificultad deshicieron la union de la desordenada muchedumbre: murieron pocos, porque la accion fué breve. La Nobleza dió manifiesto exemplo de su fidelidad, y traxo mucha parte de Pueblo, que tomó las armas por el Rey. Desvaneciòse con la acertada conducta del Duque de Populi aquella borrasca, que daba mas aprehension de lexos, y con la obscuridad de la noche plantó la Artilleria contra la Torre de Santa Clara, y los Claustros de San Lorenzo, donde se havian refugiado los principales Rebeldes, que no se atrevieron à defender: algunos huyeron por secretas puertas al campo; otros se metieron en las cuevas, y escondrijos de las casas; y assi, à poca ruina, que empezaron à hacer, batidas las paredes, se apoderaron de todo los Soldados, y se bolvió à proclamar al Rey Phelipe. Mandaronse buscar, y seguir las principales Cabezas de tan depravado intento, y se alcanzaron en la fuga el Baron Saffinet, y el Principe de Laricha, que se embiaron poco despues à la Bastilla de Francia; tambien fué preso Don Carlos de Sangro, y à pocos dias degollado: fueron en busca de Don Joseph Capacia, el Duque de Sarno, y el Principe de la Valle, y le hallaron escondido en una Gruta de Monte Virgen, donde, despues de haverse resistido quanto pudo, se dió muerte à si mismo: llevaron su cabeza à la Ciudad, y se colocó, pendiente en una escarpia de hierro, para público espectaculo. Los Carrasas, y otros huyeron mas felizmente: mandaron ahorcar los que en el primer encuentro pudieron cogerse, y se perdonó à la multitud. Declararonse traydores al Marquès de Pescara, y al Principe de Caserta, y se confiscaron sus bienes: à este ultimo tambien le castigó con destierro el Pontifice, como à su Subdito, porque tiene Feudos en los Estados Pontificios; y reprehendió agríamente al Cardenal Grimani de tan detestable designio, improprio de lo sagrado de la Purpura.

Este exito tuvo entonces tan mal concebida, y precipitada sublevacion, que aunque la deseaban muchos, la empre-

prehendieron pocos Nobles, y no de la mayor autoridad, y conducta. Quedó ahogada en cenizas la llama; apagada, no, porque el Principe de Monte-Sarcho, y otros, conservaron, hasta mejor oportunidad, su depravada intencion, no por odio al Rey, y à los Españoles, sino cansados del tyrano, injusto, y despotico gobierno del Duque de Medina, cuya intolerable soberbia, y vanidad, trataba à todos con aspereza, y desprecio.

Haviaie traído de Roma el Duque, y tenia en su casa, con nombre de Camarera de su Muger, à Angela Georgina, que le havia costado muchos empeños, y disputas conseguirla: era muger de baxa esfera, havia sido Cantarina de la Reyna Christina de Suecia, y debia à la Naturaleza algunas buenas calidades, que las hizo instrumento de su deshonestidad. Esta, fiada en el favor del Duque, cuya voluntad poseía absoluta, tenia tanta parte en el Gobierno, que era el unico, y mas proporcionado medio para las gracias, y provisiones, aun de justicia, la qual, esclavo de sus afectos, ultrajó al Duque muchas veces, y quanto dinero adquiria (tratando sin zelo, ni atencion al Real Erario) todo servia para enriquecer à esta Muger, cuya soberbia se propasó, hasta querer igualarse à las Señoras de primera esfera, que las hay muchas, y de esclarecida sangre en el Reyno de Napoles. No desayudaba à hacer odioso al Duque otra hermana de la Georgina, que tambien tenia en casa, llamada Barbara, no menos soberbia, y arrogante, que ella. Estos, y otros desordenes le concitaron un odio comun, y se dió quenta al Rey del peligro que amenazaba aquel Reyno. Pretextando zelo, corrieron los primeros avisos por manos de el Cardenal Francisco Judice, y del Duque de Uzeda, Embaxador en Roma, que cada uno de ellos pretendia el Virreynato de Napoles; y para que fuesen mas eficaces sus representaciones, hicieron, que escribiesse contra el Duque al Rey Christianissimo su Ministro el Cardenal de Jaksón. No dexaron algunos Magnates Napolitanos de quejarse al Rey, y tanto cumulo de quejas consiguieron, que fuese llamado à la Corte el Duque de Medina; y aunque se le dió la Presidencia de Indias, enagenó del Rey, desde entonces, el animo tan pertinazmente, que se precipitó à la desgracia que despues veremos.

Los Napolitanos fueron tan advertidos, y atentos à su utilidad, que aunque se valieron del Duque de Uzeda para echar al de Medina, al mismo tiempo suplicaron al Rey, no se les diese por Successor, por su aspereza, y precipitacion, notandole otros defectos, que le quitaron este Gobierno, y se diò al Duque de Escalona, Virrey de Sicilia, à donde pasó en interin el Cardenal Judice. En este hecho tambien perdiò el Rey al Duque de Uzeda. Los que mas intimamente le trataban, conocian, adheria yà interiormente à los Austriacos; aunque havia escrito un Papel muy difuso contra ellos, con clausulas poco reverentes para Principes tan grandes, probando los derechos del Rey Phelipe; pero como los ambiciosos, y que tienen superficial la lealtad, solo sirven à sí mismos, y à sus particulares interesses, viendo burladas las esperanzas de ser Virrey de Napoles, concibió aversion al Rey reservada con tanto cuidado, que aun los pocos que lo sospechaban, no lo creian, porque fiandose al tiempo, y à la casualidad de los successos, difirió su maligna intencion quanto le fue permitido, como tambien verèmos en su lugar.

En los ultimos periodos de este año se viò un Cometa; era su figura una faxa ancha, y resplandeciente, cuya parte extrema miraba al Ocaso: la cabeza tendida àzia la parte Oriental, se sumergia tanto en el contrario Orizonte, que ni el mas exquisito Telescopio pudo averiguar su magnitud. Dixeron algunos, que era imagen periodica, porque cada sesenta años parecia, de lo qual haviendonos querido certificar en las observaciones de la Astronomia, lo hallamos falso. Si alguna vez los Cometas predicen infortunios, y calamidades, ninguno mas que este, à quien figuieron tan crueles, y sangrientas guerras, tantas defolaciones de Provincias, traiciones, motines, y delitos los mas enormes.

AÑO DE M.DCCII.

AUN permanecian las Cortes de Cathaluña, donde la Provincia havia conseguido del Rey mas de lo que podía esperar. Aun mayores cosas pretendia, para buscar pre-

texto

textos à la quèxa. Aguardaban à un tiempo las mercedes del Rey, y las promessas del Archiduque Carlos. Crearonse Marqueses, y Condes: armaronse Cavalleros en mas numero de el que era justo: propasò al merito la liberalidad del Rey, por si podia hacer sòlida la dudosa fee de aquellos Vassallos. A 14. de Enero jurò el Rey sus Leyes, Fueros, y Privilegios: tambien la Provincia jurò de guardar fidelidad, y obediencia, no con intencion de cumplirlo. Los de animo natural infiel, con facilidad se abuelven del juramento, porque no le creen acto de Religion, sino politica ceremonia, que pueden violar, quando se les antoje.

El Almirante de Castilla, que yà abrigaba perniciosos dictámenes à la publica quietud, los ocultaba con el disimulo mayor; escribia al Duque de Paredi à Viena con el mayor artificio, cubriendo de zelo las clausulas, con que informaba de lo que los Austriacos querian saber. Quexabase, ser casi todos los Nobles de Cathaluña enemigos del Rey, aun haviendo este excedido en la clemencia, y la liberalidad, por su genio benigno, y por error de sus Consejeros, que como medrosos de los Cathalanes, los havian querido ganar con beneficios, y los perdian: Que el huviera sido de contrario dictamen, huviera bien fortificado la Provincia, y puesto en ella quatro mil Cavallos: Que havia mucho, que temer àun de los Castellanos, ofendidos de haverseles negado las Cortes, concedidas à Barcelona; por esso era preciso gran cuidado con la Andalucia, desarmada, y sin Gente, de cuyas Costas era Capitan General el Marqués de Leganès, poco afecto à los Franceses, los quales, con arte, y no sin altos designios de quedar siempre Superiores, dexaban la España, como la havian hallado, sin Tropas, ni fortificadas las Plazas; y con todo esso havian determinado, que passasse à Italia el Rey, y dexasse el Reyno indefenso, y en el mayor riesgo, que podía padecer.

Tenia estrechès el Almirante con el Duque, desde que este fuè en Milàn Gran Chancillèr, y aquel Governador, y se conservò siempre esta amistad. Estas Cartas mostrò primero en Viena el Duque Moles, y se embiaron copiadas à Inglaterra, y Olanda, para que les sirviessen de luz, y aliento à la Confederacion, que en fin se concordò en Londres, entre la

Tomo I,

I

Ca-

Casa de Austria, el Rey Guillelmo, y la Republica de Olanda. Adhirieron á ella el Duque de Hannover, el Palatino, y Ulrico de Brafvich. Ofrecieron Tropas Auxiliares el Saxon, los Circulos de Franconia, y Suevia, y muchos Principes de Alemania; pero pagandofelas, ò vendiendo los Regimientos enteros, como es allà costumbre, ò tomando por ellos una determinada suma cada año.

El Duque de Baviera, con 209. hombres, estaba acantonado en las cercanias del Danubio, con las Tropas de su Hermano Joseph Clemente, Elector de Colonia: mostraban ser neutrales, y defender solo su libertad; pero en secreto, adherian á la Casa de Francia, con cuyo dinero se hicieron las primeras Levas, pero no se declaraba todavia el Bàvaro, hasta poder emplear bien sus armas en daño del Emperador.

Los Electores de Maguncia, y Treveris, tambien afectaban neutralidad, y secretamente favorecian la Causa del Cesar, porque aseguraron darle sus Tropas en caso de necesidad. Este era el dictamen de los mas de los Principes de Alamania, que siempre dependen del que ciñe la Imperial Corona.

Los pactos de la Gran Liga fueron estos: *Que se haria la Guerra á la Monarquia de España, hasta echar de su Trono á Pbelipe de Borbón, teniendo como en deposito los Reynos, ó Provincias, que ganarian los Principes de la misma Confederacion, quedando en poder del Emperador lo que se conquistaria en el Rbin, y la Italia: Lo que en Flandes, y Francia en el de los Olandeses; y que todos los Puertos de Mar ocuparian los Ingleses, aun en Indias, prohibiendo á toda Nacion el Comercio de ellas; mientras no se hiciesse la Paz, y permitiendole limitada, aun á la Olanda: Que en las Armadas Navales havia de gastar por dos tercios la Inglaterra, por uno la Olanda, y que en los Exercitos de tierra pagarian la tercera parte los Ingleses: Que todos los gastos de la Guerra, en qualquier éxito, los pagaria, al fin de ella, la Casa de Austria, y que se nombraria de acuerdo Rey á la España, parte, ó toda conquistada.*

Aún no havian declarado por Rey á Carlos, Archidux que de Austria; pero todos sabian no podia ser otro, pues por esso se hacia la Guerra, no queriendo empeñarse en el reconocimiento, y cargarse de estos gastos mas, hasta ver los

los primeros passos de la fortuna, despues de empezadas las hostilidades. Assi, á costa agena, emprehendió la Casa de Austria la Mayor Guerra, que se ha visto en muchos siglos, no tanto fiada en las Armas, quanto en la aficion de los Pueblos á su Familia. Gravemente opresso de una caída de cavallo el Rey Guillelmo, y agravandose una inveterada tyfis, murió en Londres en 29. de Marzo: Principe esclarecido, valeroso, sagaz, disimulado, y secreto; pero tyrano, porque sin derecho alguno ocupò el Trono de Inglaterra, despues de la muerte de su Muger. No se le conocia amor á la Religion alguna, todas las sujetaba á la razon de estado: por esso no conocia para el fin medio malo, porque todos los aprobaba su falsa, y ciega politica. No le agitaban tanto el animo los vicios, como la ambicion de Reynar, y de la mundana gloria. Era áspero, y lo executaba todo con blandura. (tanto havia enseñado á sus passiones, que se rindiessen á su politica!) Estimaba tanto la fama postuma, que, aun muriendo, dió instrucciones de como se havia de proseguir la Guerra, ò era querer dilatar el imperio mas allà de la vida.

A 4. de Mayo se proclamò en Londres Reyna la Princesa Ana Stuarda, Hija de Jacobo II. Muger del Principe Jorge de Dinamarca, el qual, ni desde el thalamo de la Reyna pudo subir al Trono, porque le trataban en Londres como persona privada: nunca Principe padeciò mayor desdoro, porque no tenia menor accion por su Muger, que la que diò el Rey á Guillelmo de Nassao, porque Maria, y Ana eran hermanas. Assi saben distinguirse entre los mortales los hombres de alto espiritu, y de profundo consejo. No se entibieron por esso en Inglaterra las militares prevenciones, porque la Reyna la emprehendia con mayor tesón, afectandole aún, porque creian, que la debilidad de su sexo podia padecer alguna inconstancia. Confirmò en el imperio de las Armas al Duque de Malbruch, cuya muger, grata mucho antes á la Reyna, no dexaba descaecer el favor. Renovò los pactos de la Liga, y reconociò por Rey de España á Carlos, Archidux de Austria, que llamaron tercero de este nombre. Lo proprio hicieron los Olandeses, y demás Principes de la Liga, pero se renovaron las condiciones. *En la Monarquia se reservaron para sí los Ingleses á Menorca, con Puerto-*

Mabón, Gibraltar, y Ceuta, y casi la tercera parte de las Indias; y la otra tercera parte, con una Barrera à su arbitrio en Flandes, se ofreció à los Olandeses: al Emperador el Estado de Milàn, pero incorporado de los Estados Hereditarios, como Feudo Imperial: lo demás de la Monarquía Española, y lo que quedaba de la America se dexaba al Rey Carlos.

Esta era una quimerica división. Los mismos que la establecían, entendieron, que no podía tener efecto, porque era caso imposible echar de toda la Monarquía al Rey Felipe, sin deprimir, y sujetar antes à la Francia, que havia tomado el empeño de defenderle. Ni aun sola la España es conquistable, defendiendola sus Moradores; y no ignoraban, que tenia en los Pueblos de los Reynos de Castilla asentado su partido el Rey; pero les pareció preciso à los Coligados despedazar, siquiera con la pluma, este Solio, y mudarle Dueño, para manifestar lo firme del empeño, y de la intención.

En la Italia era donde se enardecía la Guerra. Viendo el Principe Eugenio la imposibilidad de tomar à Mantua, aplicò el animo à Cremona, donde estaba el Mariscal de Villa Roy. Un Sacerdote de la Ciudad, cuya baxa fortuna le hizo discurrir en arbitrios indecentes à su estado, descubrió à los Alemanes, que un viejo conducto de agua, yá ciego, y de ningun uso, se estendia desde el Campo hasta su casa, (que estaba junto à la muralla) y que por èl era facil entrar, sin advertirlo, la Gente, que quisiessen. No se despreció la propuesta, y alentandole, mas con promessas, que con dinero, le ordenaron limpiasse el conducto, y que en el remate de èl, por donde debian entrar, hincasse un palo, que serviria de seña para abrir de noche la tierra. Executolo puntualmente, y se introduxeron por el conducto à la Ciudad, de noche, 600. hombres escogidos, que abriendo la puerta mas vecina, y matando las Centinelas, dieron passo à 600. hombres, que conducian el Principe Eugenio, y el de Comercio, apoderandose de la muralla; pero como no havia guia para saber ocupar los Baluartes, y era obscura la noche, hubo un poco de dilacion perniciosa. Resolvieronse à atacar el primer bastion, que encontrassen, y la misma resistencia de las Centinelas avisò de la novedad à la Plaza: acudieron los mas vigilantes del primer Cuerpo de Guardia, y

se empezó un combate, que aunque breve, (porque luego fueron passados à cuchillo) puso en armas toda la guarnicion, que acudió à sus puestos. Llenóse de confusión la Ciudad, y medio vestido salió de su casa desarmado el Mariscal de Villa Roy, creyendo ser disensión entre los Ciudadanos, y las Tropas. Empezóse la mas dura, difícil, y sangrienta Accion; porque por todas partes divididos los Enemigos, y por todo el Presidio, ni aquellos sabian por donde andaban, ni estos à donde debian acudir: esto fue causa de grandes yerros, porque se herian entre sí los de una misma faccion. A la densa obscuridad de la noche añadía horror la nube de la polvora disparada; y sin orden militar alguno, ni formar linea, sabian los hombres mejor buscar la muerte, que pelear. El Duque de Villa Roy dió en manos de los Enemigos: conocieronle à la voz, y le hicieron prisionero: amenazaronle con la muerte, si llamaba gente à focorrerle, y una Manga de Soldados, sacandole por la puerta, que ocupaban los Alemanes, le llevaron à su Campo. Don Diego de la Concha, Governador de la Plaza, hizo retirar muchos passos à los Enemigos; pero cargado de la muchedumbre de ellos, murió gloriosamente: hallaron al otro día su cadaver, que aún conservaba en la mano derecha la espada, y se le contaron tantas heridas, que parecia imposible haverlas podido recibir todas vivo.

El Theniente de Rey, que quedó con el mando de el Presidio, quando, aún dudosa la luz, le mostraba los Enemigos, mandó juntar toda su Gente en la Plaza, que hay entre el Castillo, y la Ciudad; y viendo no estaban perdidos los Baluartes, que caen à ella, las guarneciò con mas Gente, y formò en batalla la que le quedaba: assi, yá puesto en orden, acometiò à los Enemigos desordenados, y fatigados del trabajo, y vigilia, gran parte heridos, y en parage, que no sabian retirarte hasta que la luz iluminò à todos. No por esto cesò lo cruel, y lo sangriento, porque protegidos los Alemanes de las casas, y calles, que havian cortado, mantenian con tesòn la Batalla. Acudiò la Nobleza toda, y los mas distinguidos de el Pueblo à dár socorro à las Armas del Rey, y se viò por todas partes el Principe Eugenio cercado de Enemigos; pero siempre tenia la comunicacion con la

puerta, que ocupò al entrar, àzia donde se retiraba lentamente, porque hubiera sido la fuga su total ruina. En esta retirada adquirió mas gloria que en el atrevimiento de venir. Huviera podido salir antes; pero daba tiempo à que llegasse Carlos de Lorena, à quien havia ordenado acudiesse, con otro Cuerpo de 600. hombres, despues, que amaneciesse. Havia de passar el de Lorena un Puente, donde havian los Franceses, al cabo de el, hecho de tierra, y fagina un Castillo, que le tenian guarnecido; y mientras el Principe de Lorena perdió el tiempo en ganarle, el Señor de Praslin rompió el Puente, y fortificò los vados. Esto impossibilitò el passo al Principe Carlos, y el socorro à los Alemanes, que estaban peleando todavia en Cremona, hasta que viendo el Principe Eugenio, que yà se ponía el Sol, sacò de la Plaza su Gente, seguida en vano del Enemigo. Tuvieron en esta Accion los Alemanes mas atrevimiento, que fortuna: los Prefidiarios, no poca gloria, inferiores en numero, y cogidos de improviso.

Picado el Mariscàl de Telsè de la intentada sorpresa de Cremona, acometiò de repente à los Reales de los Enemigos, puestos en Puente-Molino; y aunque no deshizo las Trincheras enteramente, no se retirò sin haver hecho en los Alemanes grande estrago. Luego convirtiò las armas contra el General Trausmandorf, que estaba acampado entre Mantua, y Castillón, y se resistió con brio, mas fue vencido: siguieron los Franceses hasta el Puente de Languèl à los fugitivos, que le havian por equivocacion, (mal entendida la orden) cortado los Alemanes: assi, no pudiendo escapar, quedaban al arbitrio del Vencedor, prisioneros, ò muertos. Los mas atrevidos que quisieron passar el Rio, hallaban otro genero de muerte en la precipitosa violencia de las aguas. El dia, fue glorioso, para Telsè: mostrò valor, y conducta, y quedò levemente herido, tambien à su hijo le aconteció esta gloria, siendo uno de los que se distinguieron en la Accion, en la que se señalaron heroycamente el Señor de Bretomer, y el de Jurhambren.

Fenecidas las Cortes de Cataluña, les pareció à los Franceses debia el Rey Phelipe passar à ver los Estados de Italia. No eran de este dictamen los mas de los Consejeros Españoles,

les; pero adhirieron al de los Franceses el Duque de Medina-Sidonia, el Conde de San Estevan del Puerto, y el Secretario del Despacho Universal Don Antonio de Ubilla, que havian de passar con el Rey, y se determinò el viage. Dexòse por Governadora à la Reyna, con un Consejo Privado de Gavinete, que se componia del Cardenal Portocarrero, y de los Presidentes de los Consejos, Don Manuel Arias, los Duques de Medina-Coeli, y Montalto, y el Marquès de Villa-Franca. Servia en la ausencia del Conde de San Estevan la Mayordomia Mayor de la Reyna el Conde de Montellano, à quien se diò la Presidencia de Ordenes, y la plaza de Cavalerizo Mayor de la Reyna al Marquès de Almonacid: estos dos ultimos la servian tambien de Consejeros en el viage à Madrid. Ordenò el Rey, que al passar la Reyna por Zaragoza, abriessse el Sòlio de las Cortes, permitidas al Reyno de Aragón, sin mas causa, que por haverse permitido à Cataluña; y aunque podian servir de doctrina los inconvenientes, que de estas resultaron, fuè preciso confirmarse en el error, ò por no confesarle, ò por quitar este motivo de queza à los Aragoneses.

Llegò à Zaragoza la Reyna, convocò los Brazos, ò los que llaman Estamentos del Reyno, y quiso llamar al Duque de Montalto, Presidente del Supremo de Aragón, para presidir en Cortes: Opusose el Reyno, alegando el Fuero, de que no podia presidir en ellas, sino Persona Real, ò Principe de la Real Sangre. Mientras se disputaba esta duda, presidiendo la Reyna en el Solio, confirmó en 26. de Abril las Leyes, y Privilegios del Reyno; y este, anticipadamente, ofreció un donativo: hubo menester arte para conseguirle, en que trabajaron no poco Montellano, y Almonacid, y mas que todos el Marquès de Camarasa, actual Virrey de aquel Reyno. Ofrecieronle tantas dificultades, por lo innumerable de los Fueros, que no atreviendose, ni à romperlos, ni à observarlos la Reyna, prorrogò las Cortes: era la intencion, ò no fenecerlas, ò que lo hiciesse el Rey à la buelta de Italia. Dexandolas en este estado, se encaminò à Madrid, donde fuè recibida con singular aplauso, y alegria del Pueblo.

El Rey, embarcado en el Navio San Phelipe, que era el principal de la Esquadra, que gobernaba el Conde de Etrè,

Etrè, salió de Barcelona el primer dia de Mayo, y con profpero viento llegó brevemente à Napoles: despues, à 29. del mismo mes, hizo la entrada pública, acompañado de tres Cardenales, Francisco de Medicis, Jayme Cantelmo, y Todos Santos Jasson, veinte Obispos, la Ciudad, y los Tribunales, en forma, con toda la Nobleza.

De este viage del Rey à Italia escribió un Libro su Secretario del Despacho Universal D. Antonio de Ubilla, Marqués de Ribas, con exactissima relacion de todo, y así sería superfluo repetirlo. El Pontifice embió por Legado al Cardenal Carlos Barberini; pero no la Investidura del Reyno de Napoles, por contemplacion à los Austriacos. Pasó de Roma el Duque de Uzeda, y con el Duque de Escalona, Virrey del Reyno, fueron admitidos alguna vez al Consejo Secreto, que se componia del Duque de Medina Sidonia, y el Conde de S. Estevan. Nada se hizo, ni singular, ni provechoso en aquel Reyno: minoróse el derecho de la Harina, para agrandar al Pueblo; y lo que para este fue de poco, ó ningun alivio, era perjudicial à los que tenian Censos sobre esta gabela. Las mercedes que à algunos se hicieron, dexaron embidiosos à los demás; y aunque no se tenia por leal al Principe de Monte-Sarcho, para confiarle, y dividirle de su maligna intencion, fuè creado Grande de España. Dexò esto sumamente irritado à Don Marino Caraciolo, Principe de Avelino, que no lo havia podido conseguir, y creía merecerlo mas, por haver servido con singularidad su Casa en la primera rebelion de aquel Reyno: con todo esso siguió al Rey à Milán, è hizo aquella Campaña, aspirando à lo que jamas pudo lograr, y así concibió aversion à los intereses del Rey, no poco perniciosa, como veremos en su lugar.

A este tiempo se conjuraron contra la vida del Rey los Principes de Petaña, y Trebisacia, y cierto Budiani, Secretario del Residente de Venecia: se creyò fuesse Autor de esta trama el Cardenal Grimani; los mas bien informados no la creyeron perfecta conjura, sino ofrecerseles, que esto se podia executar facilmente, viendo al Rey con pocas Guardias, y estas dispuestas con negligencia en el Palacio: hablaron muchas veces en ello: Budiani lo confió al Conde Pepuli, Bolones: este lo revelò al Rey, que sin turbarse, y nada commovido

de

de noticia tan relevante, encargó la averiguacion del negocio al Duque de Escalona, despues que el Rey huviesse partido: doblaronse las Guardias, y disponiendose con mas vigilancia las Centinelas en las puertas del Palacio, no se hizo demonstracion alguna. A su tiempo empezó à instruir el processo el Virrey: prendió, baxo de otro pretexto, los Reos, y apretado en la Carcel Budiani, dixo: Que havia tenido esta conversacion por modo de decir con Trebisacia, no con animo de executar lo, ni concebida como conjura, sino propuesto como posible, al ver el descuido con que se guardaba el Rey; y que censurando esta negligencia, lo havia dicho al Conde Pepuli, como en risa: Que no se havia llamado para disposicion de esto, ni aconsejó à persona alguna, ni tratado con nadie: de Petaña no constò, ni haver concurrido à esta conversacion. Trebisacia, que tambien se mandò prender, con animo mas firme lo negò todo; dixo: Que havia hablado muchas veces con Budiani, y Pepuli de varias cosas, y aún del Rey; pero como eran conversaciones vanas, y accidentales, no se acordaba de ellas, reconviniéronle con lo que havia dicho Budiani: persistió en negar, y nunca se pudo instruir el processo con bastantes pruebas, que podamos llamarla conjura; pero lo que bastò à echar de los Dominios del Rey à Budiani, y à embiar à un Presidio de Africa à Trebisacia. Muchos creyeron, que esta idèa tenia profundas raices, y no pocos complicés; y prevenida fuè execucion para el dia que se havia de embarcar el Rey, nombraban à muchos, los que aseguran lo que sospechan; por esso se escondió entre tantas invenciones la verdad: Hemos tenido en las manos el resumen del processo, y no consta mas de lo referido.

El Rey, despues de haver estado un mes en Napoles, se embarcò para el Final, de donde pasó à Milán, y luego al Campo: mandaba las Tropas, por estar prisionero el Mariscal de Villa Roy, Luis de Borbòn, Duque de Vandoma, que havia determinado quitar el Bloqueo à Mantua. Tenia el Principe Eugenio fortificada una Linea desde Ustiano à Burgo-Fuerte, roto con varios fossos el Campo, y abiertos los canales del Agua, para que no pudiesse en todo aquel terreno pelear la Cavalleria, y mas habiendo fortificado à Ustiano con atencion. Por esso fue este el primer objeto de los

de Tomo I.

K

Fran.

Franceses; y aunque havian levantado Trincheras en las Riberas del Rio los Alemanes, las batiò el Duque con veinte piezas de Cañon, despues las forzó con espada en mano, y echando dos Puentes, se resistió Ultiano muy poco.

Pasò el Principe Eugenio à Burgo-Fuerte, y dexando todo el Campo à los Franceses, tomando estos à Caneto, Castel-Gofredo, y Goyto, se quitó el Bloqueo de Mantua. Dexando à las espaldas el Rio Mincio, en el qual erigió tres Puentes; plantó el Principe Eugenio sus Reales entre el Pò, y Burgo-Fuerte, para que le pudiesen llegar Viveres, y Provisiones de Guerra. Juntaronse todas las Tropas Francesas, y Españolas, para que tuviesse numeroso Exercito el Rey; y passando à él le encontró el Duque de Saboya. Los cumplimientos fueron pocos, porque los Españoles, y parte de los Franceses contuvieron al Rey en una etiqueta poco grata al Duque, por lo que no quedaron mas unidos los animos.

En el Consejo de Guerra se dudò, si se havia de sitiar à Brixello, ò à Guastala: contra esta se determinó el sitio, y luego se hizo en el Pò un nuevo puente. El Pabellón Real se puso en la llanura de Casàl. A 19. de Junio, passando 500. Alemanes el Oglio, y el Athesis, intentaron arruinar el nuevo puente: Defendiale el Theniente General Albergoti; y aunque fue improvisa la invasion, peleò con tanto valor el Regimiento de Don Guillèn de Moncada, Marqués de Aytón, y otros Españoles, que fueron con gran perdida, rechazados los Enemigos. En esta Accion se singularizó con su Compañia Don Geronimo de Solís, y Gante, nieto del Conde de Montellano. Tenia el Principe Eugenio 300. hombres: no se le puede negar la gloria de resistir con ellos à 800. Españoles, y Franceses, aunque divididos en varias partes, y Plazas, como lo pedia la necesidad: nadie creía, que pudiese subsistir en Italia; pero fue tal su pericia militar, y constancia de animo, que hizo facil, lo que parecia imposible.

El Principe de Vaudemont era el que mas vecino à los Enemigos se havia acampado, observando al General Vizconti, que con quatro Regimientos de Cavalleria Alemana, haviendo vadeado el Tassonio, estaba en Santa Victoria; pero con tal descuido, que mas que à guardar el puesto, atentos los Alemanes al juego, y à la gula dieron oportunidad

al

al Duque de Vandoma, à que embiando con grande secreto 20. hombres, acometiesse à los Enemigos, que fueron facilmente deshechos, y vencidos, porque los cogieron, no solo desordenados, pero paciendo libres por aquel Prado los Cavallos: juntaronse los que pudieron para resistir al impetu de Don Christoval de Moscoso, Conde de las Torres, Don Mercurio Pacheco, Conde de San Estevan de Gormaz, del Conde de Marín, Marqués de Crechi, el Señor de Boncort, y Rabèl, que fueron los que primero cargaron sobre los Enemigos. Vizconti peleò valerosamente; pero ya herido, y mal ordenados los suyos, huyó con felicidad. Esta dicha aconteció à pocos, porque estaba tan crecido el Tassonio, que no se pudo en todas partes vadear, y en ninguna sin peligro. Dos mil hombres perdieron en esta ocasion los Alemanes: esto ocasionò la negligencia. Porque no se le disminuyesse el Exercito, sacò el Principe Eugenio las Guarniciones, que en algunas Plazas tenia, y se acampó en Luzara, bien fortificado, y ceñido de una dificil Trinchera. El Theniente General Albergoti ocupò à Reggio, que hallò sin Presidio, por arte del Duque de Modena, para que no padeciesse la Ciudad los estragos de la resistencia. Tambien dexò à Modena, y se retirò à Boloña, à exemplo del Duque de la Mirandula, que havia entregado sus Estados à los Franceses. Assi jugaba con los Principes de Italia la fortuna.

El Principe de Vaudemont tomò à Vasconcello, que le facilitaba unirse con el Exercito del Rey, que mandaba el Duque de Vandoma: esto puso en gran cuidado al Principe Eugenio; y antes que se juntassen los dos Exercitos de los Franceses, determinò atacar al del Rey; bien que era por la mitad inferior en la Cavalleria, recelando tambien, que ocupassen los Franceses à Luzara, donde tenia sus Almacenes, y todo el repuesto de Viveres, y Municiones. Por esto era la intencion del Rey sitiarte, dando, si fuesse menester, la Batalla, porque los Alemanes estaban acampados en su llanura, y à un tiro de Cañon de los Muros. Uniò la fuerte los dictámenes de ambos Exercitos, para venir à las manos; porque el Rey determinò atacar las Trincheras del Principe, y éste al Exercito del Rey. Fiabanse los Franceses en el mayor numero de Tropas: los Alemanes, en que los havian de coger

K 2

de

de improvise, y assi, en el silencio de la noche, cada uno ignorando la resolucion de su Contrario, partiò à buscarle. Distaban los Exercitos quatro leguas; y como de acuerdo, en el termino de la noche, dimidiaron la distancia, marchando con igual sollicitud, y creian encontrar al Enemigo prevenido; mas con una gran diferencia, que marchaban los Alemanes ordenados, y los Franceses sin orden, juzgando, estarian los Enemigos en sus Trincheras: iban en dos columnas de muy corta frente: precedia à la Manguardia la mitad de la Cavalleria, y la otra mitad cerraba el Exercito, porque el sitio no permitia, que cubriessen los lados, no tanto por lo rudo del terreno, quanto por lo desaliñado del Bosque, poco frondoso, y cortado, para facar leña. Los que batian por una, y otra parte el Campo se encontraron, estando aun dudosa la luz de la mañana: de ellos empezò la lid: acudiò la Cavalleria: los Alemanes cargaron sobre la derecha de los Franceses, que desordenados, huvieran quedado vencidos, si no los focorriese toda la Cavalleria de la Manguardia. Con esto se retiraron unos, y otros al Cuerpo del Exercito, porque no bien explicada la luz, la sombra del Bosque prohibia descubrir todo el Campo, y cada uno ignoraba, en què forma, y por donde marchaba el Enemigo, y no havia orden de los Generales de empezar la Batalla: esto fuè al amanecer del dia 15. de Agosto.

Con este accidente acelerò los passos el Principe Eugenio, no hizo novedad el Duque de Vandoma, ni aun ordenò las Tropas: estaba desayunandose muy de espacio; y le huvieran cogido los Enemigos descompuesto, si en alta voz el Marquès de Crechi no le avisasse del riesgo: entonces mandò poner el Exercito en Batalla. Estaba yà alto el Sol; y habiendo suspendido un poco la marcha los Alemanes, por no entrar en la Accion fatigados, era yà mas de medio dia, quando empezò la Accion, habiendo sido los primeros movimientos del Principe Eugenio con tal impetu, que se desordenaron las primeras filas de los Franceses, no pudiendo ser focorridas de la Cavalleria, porque con arte el Principe (que no la tenia numerosa) diò la Batalla en el lugar mas escabroso, y por varias partes cortado. Esto impedia, que jugassen las Bayonetas, y tuviesen gran frente las primeras filas, con
que

que toda la obra estaba cometida à la fusileria; ni podian hacer grande efecto los Cañones de Campaña, porque no havia lados en que estenderse, y por la izquierda de los Franceses, corria el Pò, dexando un poco à las espaldas à Luzara.

El Rey inflamò con su presencia los Animos, tan adelantado à las filas, y baxo del tiro, que no bastando ruegos, casi con violencia le detuvieron los suyos. Enardecidos ambos Exercitos, baxaron, para estrecharse mas, una pequeña declinacion, que hacia el Campo: adelantòse el centro de los Alemanes, guiados del Principe Eugenio, y de Comerci, contra el de los Franceses, con tanto impetu, que padecieron mucho estos; y como ni unos, ni otros podian bolver atras por lo alto del terreno, se estrecharon tanto, que solo servian las Bayonetas. Murieron gloriosamente, alentando los suyos el Principe de Comerci de los Alemanes, y el Marquès de Crechi de los Franceses, à los quales focorrió con mayor numero de Infanteria, y con su persona el Duque de Vandoma, tanto, que estaban opressos de la muchedumbre los Alemanes. Entonces hubo menester el Principe Eugenio todo su Arte Militar, y su valor; porque estrechando, quanto pudo, las primeras filas, mandò, que los ultimos, sin bolver la cara, ni dexar de pelear, bolviessen à subir aquella poca ladera, que havian baxado, y que se uniesen à los Esquadrones, que estaban à la derecha ociosos, hasta formar del cuerno derecho, y del centro un solo Cuerpo, y dexando solos dos Batallones, que impedian comodamente la subida à los Franceses, tomando un poco, diò de improvise casi con todas las Tropas contra la izquierda de sus Contrarios, que estaba muy separada del centro, porque havia en medio una grande cortadura.

Hasta que los focorrió el Duque de Vandoma padecieron mucho los Franceses, y no se derramò alli poca sangre; pero dividiendo estos en dos caras el centro, con poco gyro llegaron à focorrer à los suyos, que havian retrocedido muchos passos: la Cavalleria les fue de grande alivio, aunque no podia toda pelear; y tanto esforzò su valor el Duque de Vandoma, que no solo recobraron los Franceses el terreno, que havian perdido, pero pusieron en grande aprieto à los Alemanes, hiriendolos por el flanco, porque los Franceses,

que

que peleaban en el centro, havian yá vencido aquella pequeña ladera, y explavando en la llanura mas las filas, peleaba mas gente. Los Alemanes estuvieron obligados à hacer dos frentes: con todo, perdieron casi todo el Campo por el centro, y la derecha: solo les quedaba en el intacta la izquierda, que no havia podido pelear con la derecha de los Enemigos, por lo desigual, y difícil del terreno, y del interpuesto Bosque. Heroicamente pelearon ambos Exercitos, cuya ira durò mas que el dia: ni las primeras sombras impidieron la Batalla, y para que no cessasse esta con ventaja de los Franceses, se esforzò à mantener el Campo el Principe Eugenio; y por mas de una hora de noche se quedò formado, aun despues que las tinieblas impidieron el combate. Todos permanecieron aquella noche en el Campo sobre las Armas. por esso quedò indecisa la victòria, celebrada à un mismo tiempo de ambas partes: como fuya la participò el Rey Catholico con el Duque de Bejar à la Reyna: lo proprio hicieron con Oficiales de distincion á sus Cortes el Principe Eugenio, y el Duque de Vandoma: estos Correos se despacharon la noche misma. Al otro dia se hallaron ambos Exercitos en orden de Batalla; pero havian los Alemanes mudado la Artilleria, puesta en lugar, que incomodaba mucho à los Franceses, y como nadie quedò enteramente dueño del campo, hubo una pequeña tregua para enterrar los muertos. El Rey, viendo que no daban otra Batalla los Alemanes, bolvió las Armas contra Luzara, que la ganó luego, porque sin otra Accion general, no la podian socorrer los Enemigos, aunque velan perder en esta Plaza sus Almacenes. Por esto se aplicaron la victòria los Españoles, y Franceses, porque la consecuencia de ella fué tomar à Luzara, que havia sido la primera intencion del Rey, ni con la Batalla lo havia podido impedir el Principe Eugenio. Este decia haverla ganado, porque perseverò quatro dias en el Campo, batiendo con su Artilleria el Exercito Enemigo, y que havia peleado con inferior numero de Tropas, oponiendo treinta, à cinquenta mil. Quedaronse los Alemanes en las Riberas del Po, y el Rey, para ceñirlos con sus Tropas, mandò hacer una Linea desde Guastala à Modena; mas fué en vano, porque tambien se havia fortificado el Principe Eugenio con otra, desde la Mi-

randula al Ferrarès, para poder invernar sobre el Panaro; y no se retiraba, no solo por no estar adelantada la estacion, sino porque havia tenido en Mantua inteligencia, y pretendia sorprehenderla: esto se desvaneciò, porque el que meditaba ser traydor à los Franceses, revelando al Rey el secreto, lo fué despues à los Alemanes.

Por atrevimiento insigne se debe referir el del Cavallero Davia, Boloñes, que servia al Emperador. Con quatrocientos Cavallos, vestidos él, y los Soldados con el vestido uniforme à uno de los Regimientos de Cavalleria de Francia, passò por las Espaldas del Campo de Vandoma, y desde el Parmesano marchò hasta Pavia, tomò contribuciones de la Ciudad, las que con gran prisa pudo, y algunas mas sacò de los Cartujos, usando del rigor, por lo que inspiraba la fama de sus riquezas. Adelantòse hasta Milàn, y al abrir las puertas, ocupò una; saqueò las casas mas vecinas, y rompiendo el depósito de un dinero, que procedia de una gavela, no dexò un maravedi; y porque le embarazaba el vellon, lo fué derramando por las calles à los Muchachos, haciendolos aclamar al Emperador. Hasta entonces le havian creido Francés; y quando advirtió que se comenzaba à juntar contra el parte del Pueblo, saliò de la Ciudad, y tomando el camino del Bergamasco, aunque con algun gyro, se restituyó à su Campo. Esto sintieron mucho los Franceses, que con su indignacion, hicieron mas celebre la temeridad.

Menos segura estaba la España de lo que el Rey la creia, desarmado el Reyno, descontentos del Ministerio los Vassallos, y discorde el Palacio; porque el Conde de Montellano, con el favor de la Reyna, y de la Princesa Ursini, adelantaba su poder, opuesto à las asperas maximas del Cardenal Portocarrero, queriendo suavizar los animos, para apagar tantas queexas, è introducir el amor al Rey. De este blando dictamen eran la Reyna, y la Princesa; pero el Cardenal, apoyando à los Franceses, mantenia su antigua autoridad, y havia hecho venir de Francia à Juan Orri, para Intendente General del Real Erario, al qual se permitió tanta autoridad, que declinò la del Consejo de Hacienda; porque sin contemplacion alguna pretendia Orri enmendar los inveterados abusos, y usurpaciones de las Rentas Reales. Esta era

una dilatada Provincia, y el negocio mas delicado, porque los usurpadores de las Alcaualas eran los hombres de mayor autoridad en el Reyno.

Havia Ferdinando el Catholico mandado à sus Succesores deslindar este punto: pero la floxedad de los Auftriacos nunca tuvo valor de descontentar à tantos, ni aplicarse al util de la Monarquia. Quiso hacerlo Phelipe II. que era hombre aspero, y sin compassion; pero sus theoricas embarazaban la practica de lo mas conveniente. Tambien descuidò de esto la contemplacion de los Ministros de Hacienda, ò el miedo; porque los Magnates, y los que llamamos Grandes havian llegado, en tiempo de los Auftriacos, à una autoridad increíble, y depression de la demàs Nobleza, que no havia podido llegar à aquel grado, ò por estàr lexos del Principe, ò por no haver logrado los casuales accidentes, que alguna vez engrandecen las Casas.

Juan Orri, todo lo emprehendiò, sin humanos respetos, y llegò à una despotica autoridad, que eclypsaba la de todos, y aun el Cardenal se empezaba yà à doler de su arrogancia, y competido de Montellano, regia los negocios de Estado. El Almirante, cuyas artes eran las mas propias para el Palacio, se empezaba yà à introducir con la Reyna, y la Princesa, ayudado de Montellano, que era su Amigo: esto diò los zelos mas fuertes al Cardenal, porque yà sabia, que aquel era su irreconciliable Contrario; y para apartarle de la Corte inspirò en el Rey, se debia embiar por successor del Marqués de Casteldosrius à la Embaxada de Francia; porque à aquel, despues de haverle hecho Grande de España, se le havia dado el Virreynato del Perú. Esto lo compunso con reflexiones politicas, y que se debia apartar el Almirante de España, y embiarle à donde no pudiesse hacer mal alguno. Assintió el Rey à este dictamen; y queriendo saber el gusto de su Abuelo, vino en ello el Rey Christianissimo, cuyo magnanimo corazon, y modo el mas obligante, creia atraher à sí un hombre, que no ignoraba havia sido del Partido Auftriaco. Con esto se nombrò por Embaxador al Almirante. Nada le hirió mas: creyóse ultrajado, comparandole con el antecessor, que aunque era de la Familia Samenat, muy illustre en Cathaluña, le parecia, que no igualaba à su

alta esfera. Cierito es, que hombres tan grandes como el Almirante, hà muchos años, que no havian ido à esta Embaxada como Ministros Ordinarios, pero yà ahora eran diversas las circunstancias, siendo una misma Casa de Borbon la que regia ambos Cetros. No solo agitaba al Almirante su vanidad, sino su temor, porque recelò, que baxo de algun pretexto mandasse el Rey echar mano de él, y sepultarle en la Bastilla: parecia indecoroso explicar tanto miedo, y para engañar al Rey, admitió el empléo, fiando al tiempo su remedio, y à las que no ignoraba proximas disposiciones de Guerra; las quales noticias havia adquirido por Diego de Mendoza, Embaxador de Portugal en España; y para dar mas dilacion, pidió plazo à su partida, con pretexto de tomar dinero, y facultad Real para empeñar por muchos años sus Estados, sin que nadie pudiesse penetrar quan lexos estaba de obedecer.

No havia pocos Magnates en España tan adversos como el Almirante al presente Gobierno; pero no estaban tan observados, ni perseguidos del Cardenal Portocarrero, ni tenian contra sí mismos la fama de tan grande autoridad, que fuè la que perdiò al Almirante, no solo porque le temian los que gobernaban, sino porque aun para alentar à sus Coligados, le decantaban su parcial los Auftriacos, que embiaron à Londres una nota de los Grandes de España, que adherian à su Partido, y por Cabeza de ellos estaba el Almirante. Esta memoria se esparcia con arte, la qual era falsa, porque ninguno, hasta entonces, havia dado señas de infidelidad, y todas eran presumpciones, y congeturas de Diego de Mendoza, porque oia tantas quejas contra el Gobierno, y las escrivia à Portugal, donde tomaban estas noticias el Principe de Armestad, que hacia veces de Ministro Cesareo en Lisboa, y el Chancillér Montuvin, que lo era alli de Inglaterra, los quales havian reducido el ánimo del Rey Don Pedro à la neutralidad, y trabajaban para incluirle en la Liga, no solamente porque necesitaban de aquel Puerto para sus designios, sino tambien porque les parecia, que aquella era la puerta mas facil para la España, que era la principal idèa de la Guerra.

Confirmòse en Inglaterra por General de las Tropas

Malebourgh, nuevamente creado Duque. A Peterbourgh se embió à las Indias con una buena Esquadra, y se nombró para passar à España con una considerable Armada al Duque de Ormont: juntaronse Naves de Mercaderes, que passaban el Archipiélago, y algunos Corsarios, y se hizo el numero de 150. Velas, no porque fuese necesario tanto Armamento contra las Costas de España, desprevénidas, y sin Nave alguna, sino porque importaba à la pompa, y à poner terror à los Reynos. Aunque el mando de las Tropas de desembarco le tenia Ormont, pasó el Principe Jorge de Armeftad à embarcarse en esta Armada; porque de consentimiento de los Aliados se le havia cometido la disposicion de la Guerra, yà porque le creían práctico en España, y yà porque havia fomentado en ella algunas inteligencias.

Esta poderosa Armada pareció en los Mares de Andalucía à tiempo que mandaba sus Costas, como Capitan General, Don Francisco del Castillo, Marqués de Villadarias, y todas sus Tropas eran 150. hombres veteranos, y 30. Cavallos: los que presidiaban à Cadiz no llegaban à 300. no havia Almacenes, ni Armas para dár à las Milicias urbanas, ni mas disposicion de guerra, que pudiera haver en la Paz. Esto commovió mucho à la España, turbó la Corte, pero no el animo de la Reyna, la qual, aunque estaba el Rey ausente, ayudada del dictamen de la Princesa de los Ursinos, y del Conde de Montellano, convocó à los Ministros del Gabinete, y habló con tanta eficacia, y modo el mas obligante, que no hubo quien no expusiese sus haveres, y su vida en defensa del Reyno. No omitió esta aparenta demonstracion de fidelidad el Almirante, à quien, por medio de la Princesa, rogó la Reyna fuese à defender la Andalucía con entera, y absoluta autoridad de Vicario General, negóse à esto, no porque no lo deseaba, para estar al piè de la obra, ver de que parte pendia la fortuna, y adherir à la mas propicia; pero queria ser rogado, para que no se le imputasse jamás por traicion qualquiera finiestro acaecimiento, sino por desgracia. Daba por excusa, no querer ir à perder su honra sin Tropas, ni disposicion alguna de defensa. La Reyna la admitió poco satisfecha, y determinó, que el mismo Villadarias se encargase de la defensa: entonces rogó el Almirante

para que le embiaran, y se valiò del Conde de Montellano; pero este, no queriendose hacer cargo de eleccion tan arriesgada, porque yà desconfiaba de el, mantuvo à la Reyna en la resolucion tomada. El Cardenal Portocarrero, Don Manuel Arias, y otros hicieron un voluntario donativo para los gastos precisos de aquella Guerra. La Ciudad de Sevilla, y la Nobleza toda de Andalucía, hicieron los mayores esfuerzos à la defensa, introduxeronse Viveres en Cadiz con la possible prontitud, armaronse las Milicias, la mayor parte con armas propias, y se experimentó en los Pueblos la fidelidad mayor, y eficaz deseo de defender la Corona.

A 24. de Agosto diò fondo fuera de la Bahía de Cadiz la Armada de los Coligados, no tenian seguridad alguna las Naves, pero se estendieron por la Costa; algunas echaron una ancora, otras bordeaban lentamente. El primero que saltó en tierra fue el Principe de Armeftad, diciendo con arrogancia: *Juré entrar por Cathaluña à Madrid, ora passaré por Madrid à Cathaluña.* Esparció luego con los mismos Payfanos (engañandolos simplemente) varias Cartas al Marqués de Villadarias, y à Don Felix Vallarò, que mandaba la Cavalleria, con quien havia tenido amistad en Cathaluña: el Duque de Ormont tambien escribió à Don Escipion Brancacio, Governador de Cadiz. El tenor de estas Cartas era, solicitarlos à una infamia, entretejiendo con amenazas las promessas, y exaltando el poder incontrastable de la Liga. Esto hizo ningun efecto en la fidelidad de los Gefes, antes se dieron por ofendidos de imaginarlos capaces de una ruindad. Vallarò entregó su Carta à Villadarias: este, la suya, y la del Governador de Cadiz se embiaron à la Reyna. En Rota desembarcaron 500. Ingleses: luego la rindió su Governador vilmente, y tomó el partido de los Enemigos: dióle el Título de Marqués el Principe de Armeftad, en nombre del Emperador: este ciego, y acelerado premio, era querer atraer à los demás. Otro Regimiento desembarcó en el Puerto de Santa Maria, Ciudad no fortificada, y donde cometieron los mas enormes sacrilegios, juntando la rabia de enemigos à la de Hereges, porque no se libraron de su furor los Templos, y las Sagradas Imagenes. Era la principal idea ganar à Cadiz: esto lo intentaron acercandose de Rota à Ma-

tagorda, una de las Fortificaciones exteriores mas importantes: creyeronlo facil, y acometieron en vano seiscientos hombres: con esto juzgaban, que expugnando este Castillo (que está en el continente fuera de la Isla) se quitaban un grande impedimiento para entrar en el Puerto. Levantaron Trinchera, y le batieron; pero no podian proseguir los apoches, por el fuego del mismo Castillo, y del Fuerte del Puntal, que está en el angulo de la Isla de Leon, tan insinuado en el Mar, que guarda el Puerto, y muchas millas del Mar afuera.

Mas oposicion hicieron las Galeras de España, y Francia, mandadas por el Conde de Hernan Nuñez, que estaban dentro del Puerto, y herian directamente las Trincheras, faciles de arruinar, porque estaban fundadas en arena. Baxaron hasta dos mil Ingleses à defenderlas, pero fue mas para repararlas, porque los Castillos, que levantaron en la proa las Galeras, deshacian de dia todos los trabajos de la noche. No se atrevieron los Enemigos à penetrar la tierra, porque el Marquès de Villadarias, aunque tenia tan poca Gente, levantando polvareda de dia, y haciendo varios, y distantes fuegos por la noche, fingia acampamento de un Exercito, y acercaba Partidas de Cavalleria, mezclando la veterana con la del País, para contener en la orilla à los Enemigos, nunca informados de lo que passaba en tierra, porque sobre no haver logrado Desertor alguno, se mantenian tan fieles los Naturales, que huian de los Ingleses; y si alguna vez podian hablar con algun Payfano, este con arte, y amor al Rey, exageraba los preparativos de defensa, impossibilitando ser bien admitidos en parte alguna de la España. En una de estas acciones murió Don Felix Vallaró, casi desesperado, arrojandose al mayor peligro, porque le havia dicho Villadarias, que allà estaba su amigo Armestad.

Conocer tan constantes à los Españoles, puso en aprehension à los Ingleses, y ver que pocas Tropas, favorecidas de la sombra de la noche, atacaban con imponderable valor las Trincheras, que no pudiendolas reparar à la luz por el cañon de los defensores, determinaron dexar la empreña, y se retiraron con tanta precipitacion àzia Rota, que seguidos de las Milicias del País, padecieron no poco extra-

go. Quiso la retaguardia oponerse, y fue vencida: con esto, tumultuariamente bolviendo las espaldas, y echando las Armas, solo buscaban Lanchas, en que acogerse à los Navios. Llegò à la orilla una multitud de ellas, pero no bastantes à recibir los que con panico temor se arrojaban al Mar desesperados: muchas se fueron à pique, cargadas de mas gente, que podian llevar, sin orden, ni obediencia: era la confusion el mayor peligro. Seiscientos Ingleses quedaron muertos, sin los que se anegaron. Recobróse Rota, y dexaron en tierra al Governador, que preso despues por el Marquès de Villadarias, le mandò ahorcar. Con esta noticia desampararon à Santa Maria, despues de saqueada con barbaridad. Viendo quan dificil era mantenerse en tierra, determinaron las Naves forzar la cadena del Puerto, formada de encadenadas vigas, y maderos, y echados à pique, immediatos à ella, por defuera, dos grandes Navios viejos, llenos de piedras, que de tal manera embarazaban la garganta del Puerto, que era imposible romperla, como lo experimentaron, aunque à velas llenas, con viento en popa, dos Navios se dexaron ir impetuosamente contra la cadena, porque sobre resistirse la fuerte congetura de esta, los cañonazos de las Fortificaciones exteriores, y de la Ciudad desbarbolaban las Naves. Por dos veces intentaron esta violencia, y se maltrataron tanto los Navios, que no les costò poco trabajo repararlos para poder navegar.

Desesperado el Duque de Ormont de poder salir con la empreña, juntando antes Consejo de Guerra, y Marina, determinó desistir de ella, contra el dictamen del Principe de Armestad, con quien huvo una pesada disputa, no sin palabras, que provocaban al duelo. Arguiale el Comendante Ingles de su nimia credulidad, y de haver informado falsamente à los Principes de la Liga, sobre el gran numero de Parciales, que tenia en España el Archiduque; pues en todo este tiempo, no solo no pareció uno, pero conocian con evidencia, quan de veras se tomaba la defensa. El Principe de Armestad decia: *Que las obras grandes no se hacian en pocas horas, que se debia desembarcar toda la Gente, y marchando por tierra al Puente de Suazo, tomado este, apoderarse de la Isla de Leon, y en ella levantar Trinchera contra la Ciudad, que podia sitiarse*

se perfectamente, y rendirla aún por hambre, porque no estaba abastecida: Que se debían desde tierra batir las Galeras, y echarlas à pique, y poner mejores Baterias contra Matagorda, para ser dueños del Puerto; y en fin, ir tomando à Sevilla, y las Ciudades de Andalucía, con la seguridad, que otra tanta Gente como havia en los Navios, no tenta de Soldados toda España: Que para declararse los Parciales, era menester ostentar mas fuerzas de las que hasta aora se havian manifestado, porque nadie queria buscar cierto su peligro.

El Duque de Ormont hizo Junta particular de Pilotos, y Capitanes de Navios, preguntando, si podia en aquellos Mares estar la Armada sin Puerto, y sin peligro, el tiempo que era menester para ganar la Tierra, y las Fortalezas, que impedían poderla poner en seguro? Respondieron: Que aquella era la Costa mas brava, y tempestuosa de España, donde el Oceano baxaba impetuoso al Mediterraneo, enderezandose al Estrecho: Que no podían fiar solo en las anclas las Naves, y mas si corriese furioso el Poniente; y así, que era cierto el riesgo, si grande la dilacion: Que entrar en el Puerto forzando la cadena, era imposible, sin rendir antes à Matagorda, y el Puntal, y que aún despues de esso padecería mucho la Armada por los Baluartes de la Ciudad.

De este mismo dictamen fueron los mas de los Olandeses: algunos hablaban con sinceridad, otros por adulacion à Ormont, el qual, fundado en estos pareceres, levantò el ancla el ultimo dia de Agosto, y partiò, dirigiendo la proa al Cabo de San Vicente. Diò sus quejas, y sus protestas el Principe de Armeftad, y escribió agriamente contra el Gefe Inglés à Londres, y Viena: casi le notaba de traydor, y de inteligencia con el Francès. Ni Ormont descuidò de sí, porque diò razon de su conducta, y la infelicidad del exito era un genero de aprobacion, y cargò à Armeftad de embustero, y credulo: „ Porque no se havian hallado los Parciales Auf-

„ triacos, que decantaba, ni adherido Español alguno à su

„ partido, mas que el Governador de Rota, por necesidad

„ y fragilidad de animo, despues de ser prisionero: Que se

„ havian declarado toda la Andalucía, y las Castillas por su

„ Soberano, y que en termino de pocos dias se havian junta-

„ do muchedumbre de Gente armada, que aunque imperita,

„ la

„ la práctica del País la hacia formidable, y que en defensa

„ de su propia tierra, cada uno sabia ser soldado; por esso

„ no havia querido aventurar las Tropas, internandolas en

„ el País; ni era facil tomar à Cadiz con ocho mil hombres,

„ refuelto su Governador à defenderla hasta el extremo:

„ Que sin esso, no podían las Naves entrar en el Puerto; y

„ que en fin, la Expedicion se fundaba en las que suponía in-

„ teligencias Armeftad, tan al contrario experimentadas,

„ que el Almirante de Castilla havia sido el primero à ofre-

„ cer sus haberes à la Reyna, para defender la Andalucía; y

„ que así, no le havia parecido proseguir una Guerra, don-

„ de los Alemanes hacían inutilmente gastar à sus Aliados.

Estas razones de Ormont prevalecieron à las de Armeftad

entre los Ingleses, y Olandeses; pero no en Viena, donde

entrò alguna desconfianza, que no querían aquellos hacer la

Guerra de veras.

Defengañado el Almirante de Castilla, de que se per-

dièsse entonces la Andalucía, como esperaba, pertinaz en su

error, y rendido al temor de la desgracia, resolvió buscar

otro expediente contra ella, haciendose mas infeliz con el

remedio, porque determinò, engañando al Rey, tomar refu-

gio en Portugal. De nadie fiò esta resolucion, mas que de

Diego de Mendoza, Embaxador de aquella Corona; y para

executarlo mejor, fingió la jornada para Francia: llevóse por

camaradas à Don Pasqual Enriquez, hijo de su hermano el

Marquès de Alcañizas, al Conde de la Corzana, à quien

embrió à llamar desde Asturias, y à dos Jesuitas, el P. Caf-

neri, y el P. Alvaro Cienfuegos: junto gran cantidad de

dinero, y joyas: despidióse de la Reyna, y de la Corte, y

partiò como para Francia, dexando las Letras Credenciales,

y las Instrucciones, y un Correo, que le alcanzasse con ellas,

porque havia menester de esta circunstancia su ficcion. El se-

creto fue toda la felicidad de su idea, porque à nadie lo des-

cubrió. A tres jornadas llegó el Correo, que con estos Pape-

les esperaba: nadie supo lo que traía, y así pudo fingir ira,

y enojo, diciendo à los suyos, havia recibido una nueva

orden: ni la propalò, hasta que llegando à parage, en que

se dividen los caminos para Portugal, y Francia, dixo: que

le havia la Reyna mandado passar antes à Lisboa, para asse-

gurar

gurar en la amistad à aquel Rey, y assi à grandes jornadas llegó à Zamora, y engañando con este pretexto al Governador, entrò en los terminos del Reyno de Portugal. Entonces, juntando sus camaradas, quitò el velo à su bien observado disimulo, y diò las causas para haver buscado refugio. Dixo: *Que no faltaba al Rey, pero que se retiraba de sus Reynos, hasta, que mejor informado de lo que lo estaba de sus enemigos, conociesse su inocencia: Que la embaxada de Francia se la havian dado, meditando su ruina, y su opression, siendo autores de este engaño el Cardenal Portocarrero, Don Manuel Arias, y sus allegados: Que era licito al Vassallo mostrar, desde el asilo, la pureza de su intencion, y sus quejas; siendo estas de la mayor entidad, por lo que havian ultrajado su persona, y dado credito à las invenciones, y falsedades de sus enemigos, notandole de constante parcialidad à los Austriacos, la qual ellos decantaban, para adelantar su partido con el exemplo, habiendo publicado el Principe de Armeftad, que la Expedicion contra Cadix se havia fundado, mas que en las Armas, en la amistad, que con el tenia, y en su inteligencia: Que nada de esto ignoraba el Rey, avivada su desconfianza por las artes de sus emulos; y que assi, no se podia fiar de un Principe irritado, pareciendole cosa estraña, é impropria, que fuesse sincera la confianza de hacerle su Ministro en Francia, entre tantos rezelos, que de él tenia la Corte, pues se le havia quitado el empléo de Cavallerizo Mayor, apartado de todo manejo, y tratado con desprecio: Que esta, mas que declinacion de fortuna, eran claros preliminares de una desgracia, que no tendria remedio, si se trataba con descuido: Que la ley natural queria, desde la seguridad del refugio, bolver por sí, y por su honor, manifestar al Mundo, y al Rey sus razones: Que se havia llevado aquellos amigos para consuelo de sus trabajos, y consejeros en sus dudas.*

De otra manera habló à sus Criados, y oon menos razones les diò libertad, ò para proseguir con él el viage hasta Lisboa, ò para bolverse à España. Ni todo esto pudo proferrir, sin assomarsele lagrimas à los ojos. Haviafele rendido el corazon al golpe de la desgracia, y se quexaba con una tristeza de semblante tan irregular, que tiñò de sus afectos à los que le escucharon: Alentòle el P. Alvaro, y ofreció seguirle en qualquier fortuna: los demás callaron, y menos algunos

Cria-

Criados, todos le siguieron hasta Lisboa, donde se le señalò una Casa de Campo del Duque de Cadavàl. El Rey Don Pedro le recibió con benignidad: el Almirante habló poco, y no muy desembarazado; dixo: *Que buscaba en la generosidad de aquel Principe su refugio, huyendo de la cruel calumnia de sus émulos, hasta que su Soberano estuviesse bien informado, à quien no pensaba faltar, sino manifestarle su inocencia.*

El Embaxador de España, Marqués de Capicciolato, le publicaba rebelde, y le trataba como tal, y persuadiò secretamente à su Sobrino Don Pasqual Enriquez, que se bolverie à España, como lo executò, huyendo de su Tio, contra quien, llegando à Madrid, depuso quanto en forma judicial se le preguntò por el Juez deputado à formar el processo contra el Almirante. La Reyna le recibió con agrado, y tuvo una carta muy agradecida de su Padre el Marqués de Alcañizas, que vivia en Rio Seco. El Almirante sacò un Manifiesto, que propriamente era una satyra contra el Govierno; pero siempre protestò observar la debida fidelidad al Rey, cuya benignidad imploraba. Restituyó el dinero, que se le diò de ayuda de costa para el viage à Francia, engañandose à sí mismo con el fabuloso cuidado de su honra: queria la restaurar, quando la perdia, y esclavo de sus afectos, y de su sobervia, se dexò llenar de una vanidad, que degenerò en abatimiento; porque luego trató con los Ministros de los Principes enemigos del Rey Catholico, y nombraba al Archiduque Carlos de Austria con estilo, que solo era rebeldia, porque dos Reyes de España no podia reconocer. Concluida la Causa, le declaró el Rey por rebelde, aunque no lo pregonò, y le mandò confiscar los bienes.

Este primer rebelde, como por su alta esfera en Castilla ocasionò en todos tanto reparo, sirvió à muchos de pésimo exemplo, y à no pocos ignorantes, que despues saltaron al Rey, de irracional disculpa, como si el mas alto grado de nobleza tuviesse autoridad de hacer licita una infamia, antes, à proporcion de sus quilates, debe cuidar mas de su obligacion. Esto puso en mayor desconfianza al Rey, porque las Casas de primera magnitud en Castilla, todas tenian inclusion con la del Almirante: ninguno tenia mas allegados, y dependientes, por su autoridad, su riqueza, y artificiosa afabiidad,

Tomo I,

M

20

no sin agudeza de ingenio, travieso, y de feliz explicacion. Mientras la Armada Inglesa, y Olandesa, doblado el Cabo de San Vicente, navegaba con proa incierta, esperando la Flota, que venia de la America, (porque ya havia tenido noticia, que no podia distar mucho de los Mares de España, y era su regular Puerto Cadiz) havia ya aquella llegado à Galicia; y advertida, por sus Navichuelos de Aviso, enviados à reconocer los Mares, que estaba la Armada Enemiga esperandolos, tomaron el Puerto de Vigo el dia 22. de Septiembre, aun repugnandolo el Virrey de Galicia, Principe de Brabanzòn, por lo poco seguro de aquel parage. Una Nave aportò en San Lucar, cinco en Santandér, tres de las quales pertenecian à los Franceses, que con 23. Naves de Guerra, baxo el mando del Señor de Ciaternò, escoltaban las Españolas, mandadas por Don Manuel de Velasco. Estendieronse por la Ria hasta Redondela, y le servian de antemural las Naves Francesas, dadas fondo, en forma de defender la boca del Puerto, en el qual se constituyó una cadena de fuertes leños, y hecha como una estacada, fortificaron la garganta del Puerto quanto fué possible. Este le guardaban dos antiguas Torres, llamadas Rade, y Corbeyro, pero consumidas de los siglos, que à pocos cañonazos podian resistir. Presidiaronse de gente de la Flota, y se mandaron venir las Milicias Urbanas para coronar la Ribera, y llenar, si no de Soldados, de gente los Baluartes, y Muros de la Ciudad. Havia la fortuna hasta entonces explicadose propicia, y yá en España, y en el Puerto, quanto de Indias se traia, en pocos dias se podia todo poner en tierra, pero una intempestiva, y fatal question convirtió en desgracia la dicha.

Pretendió el Comercio de Cadiz, que nada se podia desembarcar en Galicia, que eran aquellos sus Privilegios, y que se debian conservar seguras en el Puerto, cargadas las Naves, hasta que se fuesen los Enemigos. Sobre esto, no fue tan breve como pedia la necesidad la Expedicion del negocio en el Consejo de Indias, yá por la natural lentitud, y madurez Española, yá porque eran varios los pareceres: por fin, sin determinar absolutamente la duda, se embió à Don Juan de Larrèa para que facasse luego de las Naves el oro, y la plata; ni esto se executò antes de cumplido

ya

ya un mes, que havian llegado al Puerto. No se diò prisa à sacar las mercaderias, quando estas excedian à la plata en valor. Ya havia la Armada Enemiga alcanzado la noticia, que estaba en Vigo la Flota; y à 22. de Octubre, con viento favorable, llegó à aquella Costa: desembarcò quatro mil hombres, y plantando Baterias contra las Torres del Puerto, las ocupò con poco trabajo, desamparadas de los que las presidiaban, siendo imposible defenderlas, ni ser su Fabrica capaz de resistir la Bateria. Como era favorable el viento, dos Naves à un tiempo à velas llenas, armada de los acostumbra- dos picos la proa, rompieron con facilidad la cadena. Entraron al Puerto las que seguian, despreciando los cañonazos de los Baluartes de la Ciudad, que no sin fruto incessantemente disparaban. Disputaron la entrada con valor diez Naves de Guerra Francesa, (las demàs se havian buuelto à sus Puertos) y se travò una batalla cruel, con tanto tesòn de una, y otra parte, que mezclados los leños, casi era inutil el cañon: peleabase con fuegos de inhumano artificio, ollas, camisas, y bolas de betùn ardiente. Deseaban los Franceses venir al aborde, porque estaban mas bien guarnecidos de Gente de Guerra; pero los Ingleses toda la lid cometieron al fuego, y siendo en numero superiores, no podian diez Naves defenderse de tanta multitud de Leños enemigos, que suplían siempre los maltratados. Las de la Flota procuraron internarse mas en la Ria, por si podian tener socorro de tierra, y echar à ella los fardos de las mercaderias; pero los Ingleses havian ocupado la orilla, y à fusilazos embarazaban à los Españoles sus faenas, permaneciendo à pecho descubier- co contra la Artilleria de estas Naves, que se defendian valerosamente. Las que estaban mas protegidas de los Baluartes de la Ciudad, y mas vecinas à ella, desembarcaron tumultuariamente algunas mercaderias, con poco logro; porque mal guardadas en la confusion, el mismo Payfano llamado à defenderlas, las robaba. No se puede describir dia mas cruel, ni mas lastimoso, por el innumerable genero de muertes, que padecieron aquellos infelices, ceñidos de inevitables peligros en espacio tan estrecho. Los que siguieron las Naves de la Flota hasta lo mas baxo de la Ria (vencidos yá los Franceses, que hacian frente) pretendian apagar el incendio

M 2

por

por la ambicion de la presa, porque Don Manuel de Velasco, à quien no defemparò el valor, sino la fortuna, mandò quemarlas: esto mismo hicieron los Franceses, echandose al Mar la gente, que salvarse pudo. Los Enemigos ya no cuidaban sino de apagar las llamas, aunque veian, que la mayor parte de las mercaderias se havian echado al Mar. Muchos perecieron, buscando en el centro del fuego las riquezas: estos, y los que murieron en la Batalla, fueron 800. Ingleses, y Olandeses; 500. quedaron heridos, y una Nave de tres puentes Inglesa incendiada; pero tomaron trece Naves de Españoles, y Franceses, entre ellas siete de Guerra, y seis de mercaderia, aunque muy maltratadas, y medio quemadas algunas: las demàs las echaron à pique, ò las entregaron à la llama en el ardor del combate. Murieron en èl dos mil Españoles, y Franceses, y pocos dexaron de estar heridos.

Valerosamente se portaron los Gefes de la Armada Inglesa, y Olandesa, Ormont, Halemundo, y Colembergh: fueron vistos por su mano pelear en el mas estrecho riesgo. No menos esforzados, aunque menos felices, fueron el Señor de Ciaternò, y Velasco. Se gloriaron aquellos, que el valor de lo apreado subia à la suma de quatro millones de pesos; mas de ocho es cierto que perdió el Comercio de Cadiz, donde quedaban ocultamente incluidos los mismos Enemigos; y asi no era todo ageno lo que tomaron, y echaron à perder. El Rey perdió mas que todos, no solo en no quedarle Navio para Indias, y en lo que havia de percibir de las Aduanas, si se introducian todas las mercaderias; sino porque fuè preciso despues valerse de Navios Franceses para el Comercio de la América, que fuè la ruina de sus interesses, y de los de sus Vassallos. Al otro dia de la sangrienta Batalla hicieron baxar al Mar los Enemigos gran numero de Buzos, con poco efecto, porque la Artilleria de la Ciudad lo impediò; y bolviendo à embarcar su Gente, llenando de flamas, y gallardetes los arboles, cantaban con flautas, y pifanos la victoria. Asi dirigieron la proa à sus Puertos, dexando llena de tristeza, y horror aquella tierra: luego buzearon los Españoles, y se recobró lo que aún no havia corrompido el agua. De esta desgracia nacieron infinitos Pleytos en toda la Europa, porque toda estaba interesada

Al

Al Rey Catholico le alcanzò en Genova esta nõticia, donde estava magnificamente hospedado de aquella Republica en el Burgo de San Pedro de Arenas. Con esto apresurò su viage para España, embarcandose en las Galeras de Francia: era su intencion ir à Barcelona; pero furioso el Mar, y contrario el viento, le obligò à desembarcar en Antibio. Siendo la estacion tan poco à proposito para navegar, era perder mucho tiempo esperar à que se mudasse favorable; y assi emprehendiò el viage por tierra, y en breves dias llegó à Barcelona. Luego, con particular Decreto, cesò el Gobierno de la Reyna, aunque à largas jornadas se encaminaba el Rey à Madrid, adonde no pudo llegar antes, que feneciese el año de 1702.

AÑO DE M.DCCIII.

NO negaba el Rey claramente concluir las Cortes de Aragón, pero lo diferia, que era un modo no injurioso de negarlo. De esto se dolia el Reyno, y de que havia merecido menos que Cathaluña: estas quejas, nunca satisfechas, se entregaron mas al diffimulo, que al olvido.

El Rey entrò en Madrid el dia 27. de Enero, recibido del Pueblo con el acostumbrado aplauso, y alegria. Lo interior de la Corte, y la parte de ella mas principal, ardia en odios, y artificios, que inspiraba la ambicion: vino con el Rey el Cardenal de Etrè, Embaxador de Francia, con ideas de mayor autoridad, que podia tener, defendiendo la fuya el Cardenal Portocarrero, y Don Manuel Arias: ni era poca la que tenia el Conde de Montellano con el favor de la Reyna, y de la Princesa Ursini, que ya comenzaba à explicar su poder, ingiriendose en los negocios mas graves, y usando las artes posibles, para conservar amante del Rey à la Reyna, à la qual enteramente poseia.

Montellano dissentia en un todo de las maximas austeras de Portocarrero, y Arias; y aunque solo era Presidente de Ordenes (pues havia ya buuelto el Mayordomo Mayor de la Reyna Conde de San Estevan) le quedaron à Montellano

los

los honores, y la entrada en el Quarto de la Reyna: con esto se alimentaba el favor, y disponia la Princesa, que el Rey se paradamente le consultasse las mas graves materias.

El Cardenal de Etrè, por necesidad, que se tenia de la Francia, mas que por genio del Rey, resolvia lo mas principal; y dispuso, que nada despachasse en su casa Portocarrero, y que se llevasse todo al Consejo del Gavinete. Esto le empezó à commover, y mas quando viò, que no era su voto atendido: hablaba yà mal de los Franceses, y que no debian usurpar el mando à los Españoles, sin advertir, que era su adulacion quien los havia introducido al Gobierno, y que declinaba su autoridad, por donde pensò ensalzarla. Etrè, sin atender à estos respetos, obraba impetuosamente, y pretendiò le visitasse en su casa el Presidente de Castilla. El Rey se inclinaba à esto, porque le parecia, que siendo Cardenal, Forastero, y Embaxador, no perjudicaba à las preeminencias de aquel Empleo. Don Manuel Arias mostrò gran firmeza en sostenerlas, exponiendo al Rey sus razones, y suplicandole, que si en esto se hallaba mal servido, le exonerasse del cargo. El Rey nunca quiso interponer su Decreto, y Etrè se quejó de esta, que le parecia demasiada circunspeccion del Presidente, al Rey de Francia, que juzgandola cosa de poco momento para tanto empeño, le ordenò, no tratasse mas de esso, y dexasse las etiquetas, y formalidades de los Tribunales como las hallaba.

Esto espinò los animos; y aunque la Princesa no era amiga de Portocarrero, ni de Arias, se conjurò con ellos contra Etrè, con quien havia tenido una disputa, porque pretendia libre la entrada en el Quarto de la Reyna. La Princesa, como Camarera Mayor, guardando las leyes de la etiqueta del Palacio Español, lo prohibia, lo que alterò mucho el animo del Cardenal, porque se havia lisonjeado venia, no solo à hacer la primera, pero la unica figura en la Corte: por esso, aunque era Francès, le era tambien molesta la grande autoridad, que Juan Orri tenia sobre la Hacienda Real. Este, aunque, como diximos, era impetuoso, y pertinaz en su dictamen, puso en buena forma el Real Erario, y le reintegro en muchas Rentas, que le tenian usurpadas, executando sobre las Alcavalas lo que no se havian atrevido à

ha.

hacer muchos Reyes, aunque lo ordenasse en su Testamento Ferdinando el Catholico; porque el descuido de los Ministros de Hacienda, ò el poder de los que las havian usurpado, dexò inveterar el abuso. Desde que se concedieron à los Reyes por toda Castilla la Vieja, en las Cortes de Burgos, y se ampliaron para ambas Castillas en las de Alcalà, al Rey Don Alonso el Onceno, vendieron muchas Alcavalas los Reyes, empeñaron otras por tiempo limitado, algunas dieron por remuneracion de servicios, y por equivalente de pretensiones contra la Corona: otros las posseian, sin mas derecho, que un abuso envejecido por siglos, con la buena fe, que solo esto les daba accion para mantenerlas. Juan Orri, aplicando antes al Real Erario todas las Alcavalas, mandò, que cada uno traxesse los Instrumentos justificativos de su possession: formò una Junta, en que se examinaban las razones del Rey, y de las Partes, y se administrò exactamente justicia, restituyendolas à quantos tenian legitimo derecho, y quedandose el Rey con las que claramente le havian usurpado.

El Rey de Portugal, despues de haver firmado la Liga, que diximos, escrivió al Emperador, y à los Ingleses, que aquella solo se reducía à defensiva de sus Estados, y à no permitir passo para la España: que era una mera neutralidad, que no impedia la buena inteligencia, ni el Comercio. Con esta ocasion embió el Emperador por su Embaxador Extraordinario à Portugal al Conde de Vosteinak, y supò introducirse tanto en la gracia del Rey, que tuvo forma de proponerle, no solo que dexasse la neutralidad, pero que entrasse en la Gran Liga ofensivamente; pues siendo la Guerra, que por la Estremadura se hiciesse, la que mas vivamente heria el corazon de la España, reconocieran los Aliados este beneficio como de su mano, dexandole dueño de Estremadura, y de Galicia, que serian las primeras conquistas, y de Buenos Ayres en Indias. Que nada gastaria en la Guerra, aunque levantasse 200. hombres, porque lo pagarían los Aliados, de que le resultaba el beneficio, de que entrasse tanto dinero en el Reyno, y exercitasse en el Arte Militar sus Gentes. Estos ofrecimientos confirmaban los Ingleses, y Olandeses. No se acababa de determinar el Rey, aunque el Embaxador

Aut.

Austriaco le havia ganado el animo, y el dictamen de su Confessor. El Almirante de Castilla, que con el Conde de la Corzana havia abrazado claramente el Partido Austriaco, facilitaba la conquista de la España, como cosa infalible, y de ningun trabajo, no solo por lo defarmado de ella, sino por el Gran Partido, que tenia la Casa de Austria en la primera Nobleza, y los Pueblos. Ni dexaba de esparcir las mismas reflexiones el Padre Alvaro Cienfuegos, hombre de sublime ingenio, y de natural eficacia en las palabras. No faltaban en Portugal otros, que persuadian al Rey lo contrario, pero importò mucho para determinarle, lo que de Madrid escribió su Embaxador Diego de Mendoza, hombre adverso à los Españoles, poco amigo de la quietud, y embebido de especies vastas, y de ideas, superiores al poder de su Soberano.

El primer passo, que el Rey diò à impulsos de los que querian la Guerra, fuè leer las Cartas de Mendoza en una Junta particular que hizo, à la qual admitiò à los Embaxadores de Alemania, Inglaterra, y Olanda, como para ser oidos, y estos consiguieron, que interviniessè tambien el Almirante. El tenor de las Cartas era este: *Que estaban las cosas de España en el estado mas infeliz, sin fuerzas para sostener la Guerra, sin Armas, ni Tropas; ultrajada la Nobleza, è igualmente descontenta, como los Pueblos, dividido en vandos el Palacio, y los que governaban, aborrecidos los Franceses, adverso yà à ellos el Cardenal Portocarrero, desconfiado el Rey de los Magnates, quexosa la Andalucía, y haverse el Rey en Vigo apoderado de sus caudales sin puntual examen, de si eran de sus Enemigos, ó de sus Vassallos, despreciando la Consulta de el Duque de Medina Coeli, Presidente de Indias, que irritado de esto havia dexado el Empleo: Que estaba el Reyno de Aragón quexoso, por haverle negado las Cortes, que se concedieron à Cataluña, donde se contaban pocos leales; y que si se daba tiempo à que la España se armasse, padeceria Portugal, desprevenido, las primeras opressiones: Que toleraban mal los Principes un Neutral, y que yà rota la Alianza con España, se havia cargado de otro riesgo, porque era preciso haverla religiosamente observado, ó declararsele Enemigo. Que el dominio del Mar le tenían los Ingleses, y Olandeses, y que de ellos no podia defender el Francés al Brasil, y las Indias Orientales, ni aun à Lisboa, si la invadiessè,*

por-

porque sobre no tener el Francés tantas fuerzas maritimas, sostenia sola la Guerra en Italia, en el Rbin, y en Flandes: *Que estaban empeñados los Aliados en perficionar la obra, y que no tardaria en declararse por ellos el Duque de Saboya, quexoso, y atento à su utilidad: Que caeria infaliblemente el Trono de España, si se le internasse la Guerra por Estremadura, y que no podia esperar Portugal, de confirmarse poderosas estas dos Coronas, sino un eterno temor: Que quando cayessè el Trono de España, no podria dexarle de tocar algun desbecho fragmento de maquina tan vasta; pues no havia otro medio de dilatar los Imperios, que con la ruina de los confinantes, y que estando tan cercano el de Portugal, no se debia perder la oportunidad de estenderse por la Galicia, y Estremadura, porque no la ballaria semejante. Esto persuadia en sus bien compuestas Cartas Mendoza, cuyo dictamen tuvo muchos sequaces; porque havian los Aliados con dinero corrompido à muchos, y los Alemanes al descuido se dexaban entender, que casarian al Archiduque Carlos con la Infante de Portugal.*

De contrario parecer era el Duque de Cadavàl, Principe de la Real Sangre, serio, y prudente. Dixo: *Que no tenia fuerzas el Reyno para emprender una Guerra sin necesidad, que constaba solo de seis Provincias, destacadas, por accidente, de la España, con solas tres Plazas Fronteras, que si estas se perdiessè, ó arruinassè, y se debastasse con hostilidades la tierra, seria irreparable el daño: Que para la propria defensa se debia aventurar todo; pero no por intereses agenos, con soñadas utilidades, que dependian de la fortuna: Que fuesse Borbon, ó Austria, uno seria siempre el Rey de España, las mismas sus maximas contra Portugal, à quien no daria parte de sus Reynos, y mas aquellos, que le servian de antemuràl: Que havia mas que temer de los Austriacos, si bolviessè à ocupar el Solio, porque, de su dominio se havia apartado el que, siendo Duque de Berganza, se coronó Rey, y aunque aquella fuè ofensa hecha à la Magestad, que siempre es la misma, estaba de mas el acordarse, que se hizo à la propria Familia: Que no se debia aventurar la possession cierta, y la quietud por ideados aumentos, y promessas, que no quiere cumplir la soberbia del vencedor, ni puede la infelicidad del vencido: Que eran las Ligas de muchos Principes necessariamente poco duraderas, y fementidas, y que siempre quedaba peor el menos poderoso.*

Tomo I.

N

roso:

roso: Siendo cierto, que la vastidad de los Reynos de España no se podía ganar toda en muchos años á fuerza de guerra, sosteniendo el empeño la Francia, cuyo poder, por su situación, por sus naturales fuerzas, y admirable harmonía, con que la gobernaba el actual Rey, era igual al de los Aliados, sin contar el invencible, que adquiría la España, bien regida, y exercitada en la Guerra, que la haría cruel contra Portugal el envejecido odio de los Castellanos, y mas sin razon provocados; porque no la havia alguna, para romper la Paz, becha con la Reyna Maria Ana de Austria, en nombre de su hijo Carlos II. Que las maliciosas insinuaciones de casar al Archiduque Carlos con la Infante de Portugal, eran artes de Corte, para dar otro color mas al engaño, porque esta Princesa tenia solo ocho años, y muchos mas el Archiduque, que aunque era un gran Principe por su Real Linage, no se le conocia mas estados, que los que le podía dar la fortuna; y que no era razon entrar el Reyno de Portugal á aventurarse en la agena; y que si no le socorrian con muchas Tropas, no podría hacer la Guerra, y con ellas exponia su libertad á una necesaria servidumbre, y la pureza de la Religion Catholica, á que la contaminassen en los Pueblos tantos Hereses.

Este dictamen no tuvo aceptación en el Rey; y mas poseído del temor, que de la ambicion, adhirió á la Liga contra España, y se firmaron en Londres los Capítulos. Ofrecieron los Ingleses el dinero, que fuese menester para el Exercito, que havia de militar en Estremadura, dandole por Gefe á un General Portugués, al que se havian de agregar ocho mil Ingleses, y si fuese menester, hasta doce mil. Los Austriacos nada dieron, mas que esperanzas, prometieron dar parte de la Estremadura, y de Galicia, despues de haver conquistado toda la España. De las que precedieron disposiciones á esta Liga, y las que penetró en el animo del Rey Don Pedro, ya havia dado cuenta al Rey Catholico el Marqués Don Domingo Capicciolato, su Embaxador en Portugal; pero les pareció á los Españoles, no darse por entendidos, hasta que se publicassen los Capítulos de la Alianza; bien, que ya havia sacado de Madrid el Rey de Portugal á su Embaxador, y el fuyo de Lisboa el Rey de España, mientras se hacian reclutas, y baxaban Tropas Francesas.

A pocos dias se publicó formalmente la Guerra por una, y otra parte, y por ambas se fortificaron, quanto era possible, y presidaron las Fronteras. Embiaronse á la Estremadura Tropas con el Principe de Esterclaes; baxaron de Francia doce mil hombres con el Duque de Wervich, hijo natural del Rey Jacobo II. de Inglaterra, hombre de valor, prudente, y experimentado, á quien se dió el mando de este Exercito. Tambien se hacian Levas en Portugal, y se nombró por General de la Cavalleria al Almirante de Castilla: agregósele el Conde de la Corzana con el mismo grado, que tenia en España: estos fueron en esta Guerra los primeros Españoles, que tomaron las Armas contra su Rey, y los llamaban en su proprio Exercito los primeros Rebeldes.

A este tiempo, justamente atemorizado el Pontifice de los grandes terremotos, que sucedieron en sus Estados, y en el Reyno de Napoles, con desolacion de Pueblos enteros, y ruina de muchos, y magnificos edificios, parecióle aplacar en parte la Ira de Dios, si exortasse á los Principes á la Paz, y así embió varios Nuncios Extraordinarios á las Cortes mas principales, sin fruto alguno. Fué á España el Arzobispo de Damasco Antonio Felix Zondadari, que despues se quedó por Nuncio Ordinario. Fuele facil persuadir al Rey á la quietud; pero como la España, y la Francia solo se defendian de sus Enemigos, era arduo persuadir á aquellos, obstinados en su empeño, y prosiguió la guerra mas vigorosa. Para adelantar la de Italia, fortificó Guido Starembergh á Ostiglia, ante cuyos muros plantó los Reales, adelantandose con un Destacamento á cubrir á Mirandula el Principe de Lorena. Havian los Alemanes hecho diques á las aguas de el Po, junto á Ostiglia, á quien invadió el Frances: dexóle empeñar en el Sitio el Principe Eugenio, hasta abrir Trinchera, plantar bateria, y hacer brecha; y quando estaba para dar el asalto el Duque de Vandoma, soltaron tan oportunamente los Alemanes las aguas, é inundaron el Campo de los Enemigos con tal impetu, que se llevaron las Trincheras, las Tiendas, y todos los Instrumentos, y preparativos para el Sitio. Huyeron los Franceses precipitosamente, mas los seguia el agua: padeció mucho la infanteria. Los que ensalzaron el ardid de el Principe Eugenio, censuraban el error de los

los Franceses, en haver atacado à la Ciudad por la Ribera mas inferior, y pantanosa del Pó, cuyas aguas dominaban al Campo, quando, si antes huviesse tomado à Mirandula, no podia mantenerse en Ostiglia el Principe, ni tenia mas retiro, que al Estado Veneciano, y empezaria de nuevo la Guerra. Este fuè el parecer del Principe de Vaudemont, pero le despreció Vandoma. El Theniente General Albergoti assaltó el Destacamento del Principe de Lorena con tanta infelicidad, que fueron los Franceses vencidos: huviera sido mayor el estrago, si Don Mercurio Pacheco, Conde de San Esteben de Gormáz, (hombre de no vulgar valor) no huviera resistido con su Regimiento de Cavalleria Española el impetu de los Vencedores. Alternaba la fortuna las dichas con las desgracias; porque à este mismo tiempo tomó el General Torralva, Español, à Briscello.

Aunque hacia la Guerra en Italia el Francés, tenia mas altas ideas, pero dependian de la fuerte del Duque de Baviera. Havia secretamente determinado baxar contra el Tiról; y en caso de ganarle, tenia orden el Duque de Vandoma de juntar à los Bàvaros gran parte de sus Tropas: empreña, que si la prosperaba la fortuna, estaban expuestos à gran riesgo los estados Hereditarios de la Casa de Austria, y corrian los Franceses sin dificultad, desde el Rhin, hasta el talón de la bota de Italia. (que esta es su figura, que remata en Napoles) Luego que penetró tan vastas ideas el Duque de Saboya, y tan perniciosas à su seguridad, determinó secretamente apartarse de la Liga de España, y Francia, y adherir à los Austriacos, si se ponian en execucion, porque le pareció mas heroyco disputar su desgracia, que dexarla llegar. Los Franceses llevaban esto con gran secreto; pero las mismas operaciones del Bàvaro lo daban à entender, porque no se podia con otro fin empeñar en la conquista de un País difícil, estéril, pobre, y afecto à su Soberano. Contra él tenia prevenidos dos Exercitos el Emperador: uno conducia el Conde de Skilich, para infestar la Baviera, y constaba de veinte mil hombres, catorce mil introduxo al Palatinado el Conde Stirum: los Prusianos sitiaron à Rhenoberga. Ni aun estando ceñido de enemigos se amedrentó el Duque de Baviera: en quatro dias ganó à Neoburgh: intentó llevar à su Partido al

Cir. 1

Circulo de Franconia, ò que se quedasse neutral, pero ya los havia ganado el Cesar. Rindióse Rhenoberga por hambre, à tiempo, que el Mariscál de Villars havia pasado el Rhin, à un observado del Principe Luis de Badèn, que retrocedió con su Exercito, despues de haver presidado el Fuerte de Kell con quatro mil hombres. Quedó con un Destacamento el General Sibrach; pero fuè vencido de los Franceses, y seguido hasta un vecino Bosque, en que se refugió: no dexó de quitarle mucha gente le espada del vencedor, y la desercion mas.

Apartados estos dos Cuerpos de Tropas enemigas, puso Villar en contribucion quanta parte de la Germania alcanzaban las fuyas, y puso sitio à Kell, batida desde el dia 5. de Marzo con ochenta Cañones, y sesenta Morteros: era su Governador el Conde de Usbergh: hizo lo que debia, pero al fin cedió à la fuerza, y ganaron los Franceses la Plaza en pocos dias. El Principe de Hessecaesl sitiaba à Trabrach: socorrela el Mariscál de Tallard, y levanta el sitio. Creyendo ocupados à los Alemanes, cubria con una linea la Baviera el Duque; pero la forzó Skilich, y penetró en la Provincia, haciendo hostilidades tan barbaras, que excedian los estilos de la Guerra, porque esta era la que hacia con mayor animosidad el Emperador, cuyas Tropas sitiaron à Ridén, que rindieron con facilidad: con esto huvieron de incendiar gran parte de la Baviera hasta el Rio Inn, donde plantó su Campo Skilich à los 30. de Marzo. El Duque de Baviera determinó seguirle, y emprehendió la marcha en una noche sumamente fria, y cubierta de niebla, y marchando hosta el Alva, vió una partida de Cavallos ligeros de los Enemigos, que batian la Campaña: deshizolos luego, matando la mayor parte: los que escaparon, dieron à Skilich, noticia, que venia con sus Tropas el Duque; y no esperando à que llegasse, se retiró con las fuyas à Passavia, dexando, para assegurar la marcha, ocho mil Saxones, que disputassen al Duque la fuya, dispuestos en las sendas mas angostas: llegando à ellos los Bàvaros, se travó una sangrienta disputa; fueron los Saxones vencidos, quedaron prisioneros trecientos, y muertos quatro mil; mil Bavaros, y entre ellos el Conde Leopoldo del Arco. No pareciendole à Skilich estaba seguro en Passavia, la desam-

pa-

parò. No estaban de buen semblante las cosas de los Coligados, porque oprimian la Germania con duros tributos Bavaros, y Franceses, y por el Alto Rhin entrò con un Exercito Luis de Borbòn, Duque de Borgoña, pretendiendo juntarse al del Mariscal de Tallard. Los Confederados tenian tres Exercitos, y el mayor le mandaba el Duque de Malburch, Ingles, que marchaba, azia Mastrich: otro el General Overchercher, azia el Palatinado Alto: otro el General Cohoorn, Olandès, que iba contra Bona.

Mandò el Rey Christianissimo à Villars, que por la Selva Negra juntasse sus Tropas con el Bavaro, porque ya expugnados Kell, y Keutringenna, era dueño de las Riberas del Danubio. El Bavaro, despues de haver hecho no pocas hostilidades en el Palatinado inferior, determinò acometer à Stirum. Guardaba el Rio Wilso con un fuerte Destacamento el Baròn de Aspach: y mientras el Duque de Baviera marchaba al Puente, mandò, que le acometiesse el General Vechel, para que embarazados los Austriacos, pudiesse el Duque ponerse sobre Amberga. Favoreció la fuerte esta idea; porque mientras peleaba Stirum (que fuè poco despues vencido, y se retirò à Franconia) convirtió sus Armas el Bavaro contra Amberga, y la rindiò. Marchaba por caminos difíciles, asperos, y no conocidos Villars, y aunque le embió el Duque de Baviera Guias, siempre era ardua la empreffa, porque no havia podido romper las Lineas de Stolfen; y para asegurar su Retaguardia de las Tropas de Luis de Baden, dispuso, que plantasse su Campo en Offemburgo el Mariscal de Tallard, para observarle. Entrò primero en el Bosque con la Manguardia, compuesta de diez mil Franceses, el Señor da Blandvil: con poca separacion llevaban la mayor parte de las Tropas, y el centro de ellas los Thenientes Generales Legal, y Lalié, con diez piezas de cañon le precedia parte de la Cavalleria, y parte marchaba entre el centro, y la Retaguardia, en que estaba Villars: treinta, y quatro mil hombres componian este Exercito. Para embarazarle los pasos, el Principe de Fustembergh ocupò algunos collados, y eminencias; pero eran sus fuerzas pocas, y nada intentò: el General Noremborg puso tres mil Alemanes con alguna Artilleria en una pequeña llanura, à la qual havian de venir pre-

precisamente por una senda estrecha los Franceses: disputòseles el passo, con muerte de algunos; pero quedaron vencedores, y puestos en huída los Enemigos, prosiguieron su marcha, y tomaron à Vilinghen: vencido el monte, descansò algunas horas el Exercito, y se embió antes al Señor de Usòn con alguna Cavalleria à encontrar à los Bavaros, porque el General Masfey estaba con quatro mil de ellos en Fredinguen, donde con reciproco aplauso se juntaron las Tropas. Fuè celebrada la conducta, y disciplina militar de Villars, y la obediencia de los Franceses, sin desercion alguna, por caminos asperos, y bosques, siempre con las Armas prevenidas.

Esto diò aprehension à los Confederados: juntaronse Skilich, y Stirum. Embiaron los Olandeses mas Tropas al Principe de Badèn; porque, sobre haverse juntado el Duque de Borgoña con el Mariscal de Tallard, temian las vastas ideas del Duque de Baviera, con esta union de los Franceses mas poderoso. Era justo el recelo, porque se hallaba en el corazon de la Germania un Exercito de 600. hombres, mandados por dos Gefes los mas esforzados, y peritos en el Arte Militar, como eran el Duque de Baviera, y el de Villars; pero esto mismo, que tanto consternaba à los Enemigos, fuè la ruina del Duque de Baviera, yà por sus desproporcionadas ideas, y yà porque no durò la concordia, y buena inteligencia entre los dos Exercitos. Obedecia de mala gana Villars al Duque, y la Soberania de este llevaba mal la poca docilidad de los Franceses à sus ordenes. En fin, pasaron tan adelante los disgustos, que despues de tantos gastos hechos para aquella union, malogro de tiempo, y peligros padecidos, fuè preciso separarse. Determinò el Bavaro con sus Tropas invadir al Tiròl, y juntandose por el Trentino (como diximos) con el Duque de Vandoma, despojar à los Austriacos de sus Estados. Para guardar los suyos, dexò al Mariscal de Villars, y partiò à la empreffa: con poco trabajo, y oposicion entrò en el Tiròl, y executò las mismas barbaras hostilidades, que las Tropas Austriacas en la Baviera, y Palatinado; saquéo, quemò, y assolò muchos Lugares, de forma, que mas parecia venganza, que guerra. La Plaza de Kuisfen se le opuso: rindióla, y se retirò la Guarnicion al Castillo: esto le hacia perder tiempo; pero un accidente le fuè

fuè favorable: prendióse acaso fuego en la Ciudad, corria viento, y llevó las llamas al Castillo, que tambien ardió, por que se cebaron, no solo en los maderos de la Estacada, pero en otros, que havia de reserva: creció el incendio, hasta llegar à los Almacenes de Viveres, y Municiones: ocupada la Guarnicion en apagarle, se descuidò por breve tiempo en la defensa, porque no podia acudir à todo. Los Bavaros, logrando esta oportunidad, aplicaron las escalas al Muro, por donde lo permitia el fuego: distraído el Presidio en dos tan graves cuidados: que por dos partes le amenazaban, quiso defenderse de uno, y otro, pero no pudo; porque apenas venció el de la llama, quando yà estaban sobre el Muro los Enemigos, y aunque à costa de alguna sangre, ganaron el Castillo. Con esto obedeciò todo el Tiròl, y su Capital Inspruch, de donde con algunas Tropas salió el Conde Solario, y se retirò à las Montañas, para juntar Gente, que lo hizo sin dificultad, por ser toda la Provincia fidelissima à los Austriacos. El Conde de Heister, que gobernaba la Carinthia, tambien tomò las Armas con las Milicias, que pudo juntar, y de modo observaban al Exercito de los Bavaros, que no poseian mas tierra, que la que pisaban, pues solo mientras duraba la violencia, obedecian los Pueblos, de los quales no era facil sacar contribuciones, yà por la suma pobreza del Pais, yà porque dexaban antes quemar sus haberes, que contribuir al Exercito Enemigo, ni aun con Viveres; porque los que no podian defender los quemaban, para que no sirviesen à sus contrarios. Esto atajò los progressos del Duque, pues una sola Provincia le ocupaba un Exercito.

Luego que llegó à la noticia del Duque Vandoma, que se hallaba en el Tiròl el de Baviera, juntò Consejo de Guerra, para el modo, con que havia de unirle parte de sus Tropas; y dexando el mando de las que quedaban en Lombardia al Principe de Vaudemont, sin participarlo al Duque de Saboya, (antes cautelándose de él) emprendió la jornada con quinze mil hombres escogidos. Llevaban laanguardia por ambas partes del Lago de Garda los Señores de Prasin, y Bessons. Por el camino de Gargamo arriba conducia otras Tropas Medavi, y azia el Adda iban las restantes con el Duque. En Monvaldo se les opuso el General Vaubon con tres

mil

mil Alemanes, que puso en una pequeña llanura en la fenda de un monte asperissimo, y embarazado de peñas, donde un intrincado Bosque impossibilitaba el formarse. No pudiendo abrir Trincheras los Alemanes, por lo peñasco del terreno levantaron una pared de grandes piedras, y formando un vallado, contenian en él toda la Gente, puestas algunas Piezas de Cañon contra la fenda por donde havian de venir los Franceses, y aun esta la embarazaron con troncos, y peñas. De esta dificultad advertido el Duque de Vandoma, y no siendo facil penetrar por el ordinario sendero del Bosque, porque venia à rematar la garganta de él en el Campo de los Enemigos, determinò subir un Monte asperissimo, que los dominaba, y desde allí marchar, evitando la pequeña llanura, hasta parage, en que pudiesse baxar à ella formado; y apeándose el primero del Cavallo el Duque, emprendió subir la cuesta: el exemplo enfervorizó à los demás, y fuè tanto el ardor con que los Soldados executaron aquella obra, que llevaron en ombros hasta la cima del Monte las Piezas de Cañon de Campaña, y las Cureñas, no siendo possible, que mulos, ni bueyes de la mayor fuerza las pudiesen subir por un collado tan dificil, y precipitoso. En fin, vencida con gran trabajo esta dificultad, yà puestas las Tropas, y los bagages en la eminencia del Monte, dominaban el Campo Enemigo, al qual empezaron à batir con Artilleria, y baxando ordenados, quanto permitia la Selva, no aguardaron los Alemanes à venir à batalla, y dexando la Artilleria, y Tiendas, se salvaron por el opuesto Bosque. Esto facilitò à los Franceses poder llegar hasta el Trentino, y avisar de su marcha al Duque de Baviera, que alcanzò esta noticia el dia 28. de Julio: baxò luego con sus Tropas à Brixi; pero los Franceses no pudieron proseguir regulares las marchas, porque se entretuvieron en el Sitio de Trento, que con dos mil hombres defendia el Conde Solario. Estaban yà abriendo Trinchera, y faltaban pocas leguas al Bávaro para llegar à juntarse con los Franceses. En este estado de cosas, traydora la fortuna, quanto mas se les fingia propicia, los obligó à cada uno à retroceder por su camino: el Bávaro, porque tuvo aviso de haverse, con su ausencia sublevado todo el Tirol, y el Francès, porque le tuvo, con un Expreso despachado

Tomo I.

O

por

por el Principe de Vaudemont, de haverse declarado por los Austriacos el Duque de Saboya, y firmado los Capítulos de la nueva Confederacion en Roma, en casa del Embaxador Cesareo, ajustados antes en Turin con el Conde de Ausbergh, Consejero Aulico de Leopoldo, que havia venido oculto à este efecto, segun avisaban los Embaxadores de España, y Francia, que en aquella Corte residian. Con esta tan importante novedad baxò corriendo la posta el Duque de Vandoma, con pocos Oficiales, hasta llegar à su Exercito de Lombardia, y dexò encargadas à dos Thenientes Generales las Tropas, para que bolviessen por sus regulares marchas. Este exito tuvo tan trabajosa empresa, y tan irregular idea, que diò ocasion al Duque de Saboya à mudar de sistema; mas no se havia aún declarado, porque esperaba cobrar primero el dinero, que le ofrecieron dar los Ingleses, y retirar quatro mil hombres, que tenia entre las Tropas Francesas. Para esto ordenò, que yà cerrada la noche, se apoderassen los suyos (matando las Centinelas) del Puente de San Benito, y chocassen con los que estaban à la otra parte del Rio, que hallarian (sobre ser inferiores en numero) desprevenidos; y que passando à cuchillo à los que fuesse menester para abrirese passò, en la marcha de la propria noche se pusiesen en sus Estados.

Esto no pudo tener efecto, porque el dia que procedia à la misma noche, en que se havia de executar, sitiando à los Cuerpos de los Piamonteses el Duque de Vandoma, los desarmò, y detuvo prisioneros. Yà con esto, haviendose descubierta el de Saboya, arrestò en sus Casas à los Embaxadores de España, y Francia, que tenia en su Corte: por el Rey Catholico lo era Don Antonio de Arbisio, Marquès de Villamayor, cuya prision durò hasta que se diò libertad en España à un Ministro del Duque, que tambien estuvo detenido: lo mismo se executò con Francia, donde esforzaba la Duquesa de Borgoña las razones de su Padre, que yà las havia publicado en un Manifiesto, diciendo: *No havian guardado los Franceses lo capitulado en su Alianza, no solo en haverle negado el mando de las Tropas de Italia, pero en haver acometido à los Estados Austriacos, por donde juntandose con el Duque de Baviera, querian, cortando por medio la Europa, cor-*

rer,

rer, desde el Danubio al Pó, estando el Emperador distraido en tantas Guerras, que era facil desposeerle de las Provincias, que, dando passò à la Italia, le texen una cadena: Que estas vastas ideas eran contra la seguridad publica; y que teniendo actualmente el Rey Christianissimo en pié 300.000. hombres, 800.000. el Rey Catholico, y 300.000. el Bavaro, eran capaces de aspirar à la depression de muchos Principes, y de la Casa de Austria, que era la que daba justo equilibrio à las Potencias de Europa, hallandose la Germania embarazada en la Guerra de Polonia, y armado, y vencedor un Principe tan guerrero, como Carlos, Rey de Suecia, enemigo de la Germania, y del Cesar: Que si en esta ocasion le moviessè Guerra, atacado por el Inn de los Bavaros; por el Tibisco de los Rebeldes Ungaros; por el Danubio del Mariscal de Villars, por el Rbin del Duque de Borgoña, y sosteniendola en Italia contra 600.000. Franceses, estaba en manifesto peligro: no ignorando el estrecho, en que le ponian estos empeños Armet, Emperador de Constantinopla, Principe de elevado espíritu, y por esto sustituido à su hermano Mustafá, hombre remiso, y amante del ocio: Que el proprio interés pedia adherirse à la parte mas debil, para sustentar la declinante fortuna, eligiendo mejor morir armado, que dexarse oprimir inadvertido: Que no havia violado la confederacion, sino que la havia acabado de romper, violado: Que no hacia Guerra el Padre contra sus Hijos, sino un Principe contra otro: Que estaba obligado à aventurarlo todo por la quietud de sus Pueblos, encomendados de Dios, los quales anteponia à si mismo, à su Casa, y posteridad, à la qual, si con siniestros successos perseguia la fortuna, y la extinguia, siempre eran de Dios los Pueblos, y cuidaria de ellos: Que dexaria las Armas, siempre que ajustadas las cosas con peso, y valanza igual, no huviesse probablemente de que temer, ni ambicion de que recelar.

Estas razones del Duque de Saboya eran las mismas de todos los Principes de Italia; pero no tenian fuerzas para explicarias con las Armas. No dexaron con todo esso de tener sus censores, pareciendoles monstruoso empuñar Armas contra los intereses de sus hijas, y tratar confederacion secreta con un enemigo de sus Aliados; pero los desapasionados conocian, que los Principes no estan obligados à las estrechas leyes de las personas privadas, y que su unico interés es la razon de estado.

O 2

Los

Los Artículos de la nueva Alianza, en que se adhería el Duque de Saboya, à la que tenían hecha los Ingleses, y Olandeses, y el Rey de Portugal con el Emperador, fueron muchos, y estos los principales: *Que entraba en esta Liga por seis años, si antes de comun acuerdo, no se establecía la Paz: Que se le daría luego cien mil doblones para los gastos de la Guerra, y que pagarían de sus Tropas Piamontesas doce mil hombres los Ingleses: Que conquistado el Ducado de Milàn, se le daría la Plaza de Alexandria, la Lomelina, el Vigebenasco, y la Valsesia, y que se declararían inmediatos à la Linea Austriaca sus derechos à la Corona de España.* Secretamente hicieron esperar al Duque, que darían por Esposa del Principe de Piamonte à la Archiduquesa Maria Josefà hija de Joseph, Rey de Romanos. El Duque ofreció reconocer por Rey de España al Archiduque Carlos, y tener en piè 200. hombres, de los cuales pagaría los ocho.

Esto alterò mucho el estado de las cosas de Italia: cobraron brios los Tirolenses, y se levantaron contra el Duque de Baviera, que aunque acudiò à remediar el daño, no pudo. Assolò, y destruyò la Provincia, aplicò llama, hierro, y las mas horrendas barbaridades; pero no pudo rendirla, porque los amotinados, dexando las poblaciones, y retirados à los Bosques, baxaban à hacer sus correrías, y mantenían en el dominio del Emperador quanto no ocupaba con sus Tropas el Bavaro, à quien no era conveniente emplear un Exercito en poca tierra inconquistable, y dexar perder la suya, que la destruía el Principe de Badén, porque los Franceses no podían atender à tanto, ardiendo en Guerra el Rhin, y el Danubio. Luis de Badén intentò tomar à Ulma, y marchaba à ella; pero penetrado el designio por el Théniente General Legál, con los socorros de Gente, que le embió Villars, acometiò à los Alemanes, y los deshizo. No podía el Puente del Danubio recibir quantos se entregaron à la huída, y se ahogaron muchos, siguiò Legál à los vencidos hasta Munderkinguen: el ardor cegó algunos Franceses, y se entraron en la Ciudad, donde quedaron prisioneros. En esta Batalla murió un Principe de la Casa de Hannover, y otros 1500. Alemanes: los Franceses perdieron al General Heronè, y 500. Soldados. Para adelantarse mas, sorprendió

el

el Mariscál de Villars à Ocster. El Duque de Borgoña sitiò à Brisac, encargando el Sitio al Conde de Marín: por donde corre mas alto el Rhin, puso las Baterías con cien Piezas de Cañon, y quarenta Morteros, empezaron à batir à 23. de Agosto, y despues de 12. dias se rindiò la Ciudad. El Emperador hizo cargo al Governador de ella, Conde del Arco, y à Marfil, Gefe de las Tropas, por haverse muy presto entregado: formò el Proceso el Principe de Badén, y fueron degradados.

El Duque de Borgoña bolviò à Paris, y quedò el mando de las Tropas al Mariscál de Tallard en el Rhin; al Mariscál de Villars en el Danubio; y en Flandes al Duque de Villaroy, à quien havian dado libertad los Enemigos. El General Cohorn tomò à Bona: tambien se hizo cargo à su Governador, Marquès Daligre; pero se escusò con felicidad, diciendo, que yà desesperado de socorro, no havia querido quedasse, prisionera la Guarnicion, la qual, en fuerza de las Capitulaciones, quedò libre. Intentò el mismo General Olandès sitiar à Bruselas, y tomò los puestos; pero lo impedia el Marquès de Bedmár, que estaba con sus Tropas en Deuren, y le havia juntado su Gente el Principe de Esterclaes; pero como no bastaba, pidiò socorro al Mariscál de Busters, que vino luego. Dudòse, si se havia de dàr la Batalla, porque dividia ambos Exercitos una Laguna cenagosa, que impedia à la Cavallería, y havia mucha entre Españoles, y Franceses. Pareciòles, que los aguardaba el Olandès resuelto à Batalla, y sin reparar inconvenientes, la dieron. Los Españoles, que estaban à la derecha, deshicieron la izquierda del Enemigo, que se bolviò à rehacer, y duro la Accion hasta que los separò la noche; pero mostrò el dia quanto havian los Olandeses retrocedido, y que perdieron el Campo, donde hallaron los Españoles muchas Vanderas, y Carros sobre tener quinientos prisioneros: la perdida de la Gente fuè igual, y en todos murieron seis mil.

Al Marquès de Bedmár, por esta accion, le diò el Rey Christianissimo el Cordon azul del Orden del Espiritu Santo. Despues, passande el Rio junto Amberes, ocupò à Bruth à vista del Exercito Inglès: Cohorn tomò la Ciudad de Huy con facilidad, y con algun mas trabajo el Castillo, cuyo Governador

vernador era el Señor de Milón. Esvanecido de esta victoria, quiso tomar à Limburgh, sin sitiarse: embió quatro mil hombres à forzar una puerta con una Maquina Militar, parecida al antiguo Ariete: consiguiólo, y se abrió passo à la Ciudad; pero los Paysanos, y el Presidio, guiados del Señor de Reynach, hicieron frente, hasta que, saliendo por otra puerta una partida de ellos, cogieron en medio à los Enemigos, que no tuvieron poca fortuna en poder escapar los mas. Avisó el escarmiento à Cohorn, y plantó el Sitio en sus formas, abrió Trinchera, batió los Muros, y se rindió prisionera de guerra la Guarnicion: assi ocuparon los Olandeses à Limburgh.

No era sola la tierra la que infestaban las Armas Coligadas: llenose de Esquadras el Mar, y la mayor mandaba el Almirante Rooch, que constaba de quarenta Naves de Guerra, y diez de Transporte: esta cruzaba el Oceano: otra de treinta Navios baxó al Mediterraneo. Passó un Vice-Almirante à sondear los Puertos del Adriatico, que tiene la Casa de Austria, y no los halló capaces para Armada, porque los senos de aquel Mar eran angostos, y humildes: esto daba incomodidad para invernarse, porque faltandoles Puerto amigo, era preciso buscar un neutral, y no le hallaban à proposito, sino en Liorna, ò la Especia, en el Mar Ligustico, lo que llevaban mal el Gran Duque, y los Genoveses, pareciendoles era sujecion, y causa de ruidos, y empeños, tener por tantos meses en casa gente tan desordenada, y licenciosa, como la que sirve en el Mar, y mas los Ingleses, cuya arrogancia se iba haciendo intolerable. La Esquadra del Oceano se presentó en las Costas de Francia, por si los Calvinistas ocultos de la Rochela hacian algun movimiento: no dexaba de haver alguna trama, y conspiracion entre ellos; pero lo descubrió el Gobierno en tiempo, y se desvaneció el nublado. Este armamento quedó en aquella Campaña inutil, porque no tenia nada en que exercitar su poder. Una borrasca obligó à Rooch à retirarse al Tamesis. Logrando la oportunidad tres Navios Franceles, salieron de Dunquerque à encontrar en las Costas de Escocia à los que venian de su pesca del Mar Baltico, y les favoreció la suerte: encontraron docientas Barcas cargadas de Arenques, y Ballenas, escoltadas de

de quatro Naves de Guerra, mal armadas, que acometidas por los Oficiales, llegando al aborde, apresaron tres de ellas, y una echaron à pique; pero fué infructuosa la victoria, porque los que traian la pesca, quemando sus barcas, se salvaron en tierra.

Restaurada de los daños padecidos, salió otra vez de Inglaterra la Armada, y se entregó al Almirante Schiovéi con algunos Navios mas. Partió el dia 12. de Julio, y pasó al Mediterraneo, para atemorizar à los Reynos de él: navegó à vista de Almeria, y Cartagena, y su Governador Don Carlos de San Egidio coronó luego los Muros con las Milicias Urbanas: juntó sus Subditos Don Luis de Belluga, Obispo de Cartagena, y Murcia, y se armó la Ribera, porque hacian los Enemigos ademán de intentar el desembarco, que despues executaron en Altéa sin suerte, pues no pudiendose internar, porque los Paysanos se armaron, les faltaba aún agua, y Viveres, que venian escasamente de los Navios, no siendo facil acercarse à la Playa las Lanchas con la continuacion que era menester, yà por lo borrascoso del Golfo de Leon, que alli empieza, y yà porque las eminencias del terreno las ocuparon Gente del País, y alcanzaba la bala del fusil al desembarcadero. Viendo esta impossibilidad el Inglés, y que la Cavalleria infestaba à los que havian desembarcado, los retiró, y dirigió à Italia la Proa. No dexaron sus Reynos de fortalecer sus Marinas, como lo hizo en Sicilia el Cardenal Judice; en Cerdeña D. Ginés de Castro, Conde de Lemos; y en Napoles el Marqués de Villena: con tanto mayor cuidado, quanto era allí mas inminente el riesgo, porque no se havia del todo olvidado la primer conjura. Estaban todavia enconados, y teñidos de infamia los parientes mas estrechos de los que padecieron suplicio, y avivaban la llama desde Roma el Cardenal Grimani, y el Marqués de Pescára desde Viena. Haviase buuelto de Madrid à Napoles el Duque de Monte Leon despechado, y lo estaba tambien, porque no le havia hecho el Rey Grande, el Principe de Avelino: estos tenian continuas conventiculas con el Principe de Monte Sarcho, à quien hicieron mas ingrato, y desleal las ultimas mercedes del Rey, concedidas por si podia ganarle. El Marqués de Villena, aunque gratissimo à la Plebe por su integridad,

dad, y rectitud, no estaba bien visto de la Nobleza, por su natural sequedad, y distraccion: quexabanse, que no daba Audiencias, y que se entretenia mas con los libros, que en los negocios. Con esto se apartaban mas cada dia los ànimos de los interesses del Rey, lo que no ignoraba el Emperador; però aun con tan buenas disposiciones no podia emprender la conquista, porque estaba cruelmente encendida la Guerra en Milàn, y tenia el Reyno algunas Tropas Francesas. Este fuè la razon porque no se movieron los mal intencionados ni aun à vista de la poderosa Armada del Almirante Schiovel, el qual, por no quedarle diligencia que hacer, viendo en tantas partes frustradas sus esperanzas, passò à la Costa de la Provenza, y Lenguadoc, donde yà havian tomado las armas los Sediciosos Hugonotes, alentados con el dinero de Inglaterra. Concibióse esta conjura en las Sebenas entre los Calvinistas, que à pesar de la severidad del Rey Christianissimo, estaban ocultos, y otros havian venido à la desfilada de Inglaterra, y Olanda. Creció el numero, y llegaron las hostilidades hasta Montpellér, donde no les faltaban secretos parciales. Ocuparon el Puente de Lunèl, y le fuè preciso al Duque de Rocloite, Governador de Lenguadoc, juntar Tropas, que no hacian gran progreso, porque los Sediciosos llegaban à seis mil, y despues que corrian la Campaña, faqueando, y quemando los Lugares, y executando las mas exquisitas crueldades con los Catholicos, se retiraban à los montes. Hacian una guerra desordenada, porque vivia cada uno à su arbitrio, sin obediencia. Mandò el Rey al Conde de Montrevèl juntasse mas Tropas, y acometiesse a los Sediciosos: estos, aunque inexpertos, tenian la ventaja de ser gente endurecida al trabajo, y rustica; por esso, con entero conocimiento de aquellas Selvas, hacian mas difícil à los veteranos la guerra, que parecia mas irà caza de fieras, que combatir con hombres. Los Rebeldes, advertidos de su daño, que era monstruo un cuerpo sin cabeza, tomaron por fuerza al Conde Rolando, y le dieron el mando de sus Tropas, que yà mas bien ordenadas, hacian frente à las del Rey, las cuales, ignorando este modo de hacer la guerra entre bosques, y peñascos, sin poder formarse, hicieron venir del Rosellon à los que llaman Carayineros de Campaña, hombres acostumbra-

dos à vivir siempre en ella, y que entienden aquel modo de pelear, guarecidos de un tronco, ò de un risco. Nada se les escondia à los Sublevados, porque tenian por todas partes ocultos Amigos, à los quales unia el interés de su Religion, y así trataron de fortificar los Montes, cegando las veredas, y caminos, y separandolos con hondones por donde era mas angosta la fenda: entretexian entre sus propias ramas troncos, sobre los quales desgajaban las mas vecinas peñas, y así formaban como una Trinchera, que hacia insuperable la eminencia de los Montes. A pesar de estas diligencias, las Tropas del Rey los atacaron, pero en sitio tan resvaladizo, y en cuesta tan empinada, que no podian fixar el piè los Granaderos; por esso durò tanto el primer combate, porque convirtiendo la desesperacion en valor los Calvinistas, hacian valiente defensa: ni los desamparaban sus mugeres, è hijas: estas les cargaban los arcabuces, y daban municiones, les ataban las heridas, y exortaban à aplicar todo el esfuerzo: tambien ellas desprendian grandes peñascos por los derrumbaderos, y se propassaba al texo la intrepidez: murieron algunas: así se inflamaron mas los ànimos, y se hizo mas cresspa, y viva la accion.

Desengañadas las Tropas del Rey de poder vencer la cumbre, se alojaron en los Valles, tomando los passos, como bloqueando al Enemigo. Este, aunque por ásperos collados, tenia comunicacion con las Sevenas, y de Oranges, y Merendòl les venian socorros, pero pocos, y tardos, por lo remoto del parage, la falta de bagages, y lo arduo de los caminos. No podian subsistir, sin baxar al Valle; y así fuè preciso separarse en Partidas. Ocuparon à Merendòl, Lugar del Condado de Aviñon, puesto en una eminencia, que domina los campos de la Provenza; mas yà por todas partes havia Tropas del Rey, que embarazaban las correrias. Con esto entraron en conocimiento los Ingleses, que era poca diversion la de aquella Guerra, y que no havia que fiar en ella; porque habiendo publicado el Rey un Indulto general, con condicion, que saliesse de sus Reynos el que no queria ser Catholico Romano, desertaron muchos, y pidieron sus Passaportes para Olanda. El Vice Almirante Halemound, Olandés, intò, se retirasse à sus Puertos la Armada; y aun-

que lo resistía Schiové, estuvo precisado à hacerlo. A los doce de Septiembre se reconoció solemnemente en Viena por Rey de España al Archiduque Carlos de Austria por la Corte, y los Ministros Estrangeros, menos el de Suscia, y el Nuncio del Pontifice. Expusieron con esto los Coligados un Idolo á los Españoles, no olvidados de los Austriacos, y les ofrecian un Protector, abriendo, como feria á la ambicion: explicaban mas el tesón de su empeño, y daban que temer á los indiferentes, para que se determinassen. Cedieron los derechos à la España el Emperador, y su Primogenito Joseph, Rey de Romanos: diósele al nuevo Rey por Ayo al Principe Antonio de Leichtestein, hombre severo, y fuerte, de tardo ingenio, y de no muy viva comprehensión: por Consejo se le dió el Duque de Pareti, y luego partió la nueva Corte para Limbourgh, de donde pasó à Olanda, y fué recibido con demonstraciones proporcionadas á la Magestad: era interés de ellos exaltarle, para que todos se persuadiesen à que havia de ser Rey de España: diósele una Esquadra para passar à Inglaterra: hizose à la vela, pero una horrenda borrasca le reduxo al Puerto. Partió otra vez el dia 6. de Diciembre con la misma desgracia, porque otra tempestad mas furiosa, y permanente separò las Naves, y buscò cada una refugio donde lo permitian los vientos: las de mas fuerza bolvieron con el Rey Carlos á Olanda: algunas no pararon hasta Noruega; otras á Francia, è Inglaterra, haviendose sumergido solo una. Como no partió este Principe de Olanda hasta el año venidero, lo referirèmos en su lugar.

Expugnado yà Hagembach, sitiaron los Franceses à Landao: fingiendo acometer à las Lineas de Stolfen el Mariscál de Tallard, torció de repente ázia la Plaza, à la qual havia mandado embistiese el Conde de Marsin, passando por el Puente de Kell el Rhin. Para divertir à los Franceses, fortificaron unas Lineas à Spubarch los Palatinos; pero las forzó luego el Señor de Courthobon, Francés, haciendo prisioneros algunos Alamanes. A los 17. de Octubre se perficionaron las Trincheras, y se batió primero la media Luna, que era fortificacion exterior de la Puerta, que llaman de Francia: dióse el asalto, y despues de bien reñida disputa, se alojaron los Franceses en ella, Supieron por Cartas interceptadas,

rádas, que havia llegado à Spira el Principe de Hefecasél con un Exercito, para focorrer la Plaza, al Governador de la qual, Conde de Phrisia, escrivia, alentandole à la defensa. Luego, dexando encargado el Sitio al Theniente General Lauban, partió el Mariscál de Tallard con veinte y ocho Batallones, y cinquenta y quatro Esquadrones, à encontrar al Enemigo; y porque era este superior, despachò orden al Señor de Pracontál, que estaba destacado, que acudiesse con la mayor brevedad con toda su Cavalleria: executòlo tan puntualmente, marchando à rienda suelta, que llegó à tiempo, que yà estaba Tallard formando su Exercito para la Batalla, quando vió venir al Enemigo, que dió tiempo à que se aguardassen en buen parage, y yà juntos los Franceses, por no haver salido los Alemanes de Spira hasta celebrar el dia del nombre del Emperador, que era el de San Leopoldo, con gran impetu, y valor de una, y otra parte se empezó la Batalla. Pracontál acometiò à la Cavalleria Olandesa, y despues de bien sangriento contraste la puso en huida; pero con felicidad tan desgraciada, que penetrado de dos balas de fusil, cayó muerto. Los Alemanes pelearon mas à piè firme, y se admirò la destreza, y valor, con que combatió en el centro el Regimiento de Hefecasél, que hacia frente. Los Franceses, alentados con los principios del vencimiento, cargaron, sin dexar Cuerpo de reserva, con todas sus fuerzas, contra la Infanteria Enemiga, en la qual gloriosamente, alentando à los suyos, murieron dos Principes de la Casa de Nassau, y de Hefecasél. Havia estendido su Linea el Alemán, haciendola en los extremos corba, para herir por el flanco la Cavalleria Francesa, porque por su derecha no la tenia, haviendo sido deshechos los Olandeses. La Accion se enardecia cada instante mas, y quedaba indecisa; pero haviendo buuelto de perseguir à los que huyeron gran parte de la Cavalleria Francesa, esta cargò sobre la siniestra de los Enemigos; y aunque mudò figura à la orden de sus Tropas el Alemán, como no estaba cubierto de Cavalleria, pudo la de los Franceses penetrar sus Lineas, y turbarlas. Assi ganaron estos facilmente la Batalla: retiróse vencido el Principe de Hefecasél: dexó el Campo, tres mil prisioneros, y quatro mil muertos. Tantos costó à los Franceses la victoria,

y se confaron entre ellos los Generales Lavardin, y Calvert.

Esta es la funcion de Spira, que produjo la precisa rendicion de Landao, con las mismas Capitulaciones, que havian dado, vencedores, baxo esta Plaza, los Alemanes. Luego ocuparon los Franceses à Hamburgo, y Spira: el Duque de Baviera à Ratisbona; y para mayor seguridad, quitò las armas à los Ciudadanos, y Plebe. Juntaronsele mas Tropas al Mariscàl de Villars, y plantò el Campo en Donavert, donde era mas facil echar al Danubio un Puente, porque era la intencion de los Bavaros, y Franceses acometer al Conde de Stirum, aunque estaba bien atrincherado. Puestos de acuerdo el Duque de Baviera, y el Mariscàl de Villars, dieron orden al Theniente General Usòn, que acometiesse por la frente, mientras ellos con algun gyro llegaban por los lados, para que à un mismo tiempo se pudiesse forzar todo el atrincheramiento de los Alemanes. Mas presuroso Usòn de lo que era menester, acometiò solo; porque no habiendo aun llegado el Duque, y el Mariscàl, el Conde Stirum repulsò à Usòn, saliò de su Trinchera, y le hizo retirar hasta el vecino Bosque. Ni aun vencidos, dexaron enteramente la Batalla los Franceses, ni bolvieron jamàs la espalda. Para acabarlos de deshacer, facò Stirum toda su gente de las Lineas, y quando en los ultimos Batallones, peleando gloriosamente, se estaba con el favor de la Selva, defendiendose Usòn, assaltaron por las espaldas el Bavaro, y por un lado Villars à los Alemanes: cobrò con esto brios Usòn, estrechè su Linea, y avigorò por la frente la Batalla: buelven à ella los primeros Franceses, que se havian separado en el Bosque: formò Stirum un triangulo; pero mal protegido de su Cavalleria, (porque yà la havia puesto en fuga Villars) era casi imposible defenderse, aunque havia formado una bien apretada Linea de bayonetas, contra el impetu de la Cavalleria Francesa, que padecia tanto, que obligò à Villars à echarle muchos Batallones de Infanteria con las mismas armas. Hizo glorioso la desgracia à Stirum, porque ceñido por todas partes de superior numero, governò aquella Accion con tanta antrepidez, y presencia de animo, que formando de sus Tropas un angulo contra las de Usòn, y una sorta Linea contra Baviera, solo para defenderse, acometiò à Usòn con tal impetu

petu, que passando por medio de sus Tropas, se metiò en el Bosque, donde, aunque le siguieron los Vencedores, no fuè tanto el estrago, como huviera sido fuera de el; pero le hizo mas grande la desercion de los Alemanes con las sombras de la Selva, y de la noche: perdieron en esta Accion diez mil hombres, todo el bagage, y preparativos militares: las reliquias del Exercito se retiraron à Northlinguen: murieron tres mil Franceses, y mil Bavaros, y huvo gran numero de Oficiales heridos.

Viendo esta diminucion de Tropas el Principe de Baden se retirò à Ausburgh, hasta que fortificò con gran cuidado unas Lineas en Augusta. Atacòlas Villars dos veces, y fuè rechazado: la tercera lo hizo con mayor esfuerzo, pero con la misma infelicidad, porque le repulsò Luis de Baden, con gran perdida de Franceses: (tanto les costò el desengañio) assi desistieron del intento: mostrò su valor, y su conducta el Principe, y Villars padeciò la censura: de que siado en las passadas victorias, emprehendiesse un imposible. Los Alemanes, para vengarse del Duque de Baviera, ocupan à Rothemberga, Cabeza del Alto Palatinado. Exceden à la ponderacion los incendios, y estragos, que en esta Provincia se executaron. Quiso el Duque atacar otra vez con Villars los Estados Hereditarios de los Austriacos; rehusòlo este, si no se le daba orden especial de la Corte: creciò la discordia, hasta obligar al Rey de Francia à retirar à Villars, y embiar en su lugar al Conde de Marfin, no bien visto de los Soldados, porque les daba menos libertad, y porque havia en el Exercito dexado Villars muchos Parciales, y grande opinion de su valor. El Duque de Baviera, con los Franceses, no sin algun trabajo, ganò à Kempton, y obligò al Conde de Heister, que levantasse el Sitio de Kusteim: con esto bolvia el Tiròl à estàr sujeto à las hostilidades, que las padeciò increíbles: assi corria el Danubio el Bavaro; y aunque la rabia, y tesòn con que hacia la guerra, parece no permitia à los Alemanes dar Quarteles de Invierno à las Tropas, el Señor de Goor, General de los Olandeses, no quito estàr mas en Campaña, y obligò al Principe de Baden à retirarse. Con esta oportunidad tomò el Bavaro à Ausburgh; pero perdiò al mismo tiempo à Amberga. Procurò aviyar la rebelion de

Ungria, porque se havia adherido à Ragotzi el Conde Caroli; y aunque los Saxones havian ofrecido al Emperador socorros contra los Sublevados, iban tan mal las cosas del Rey Federico en Polonia, que ya estaba fuera de ella proclamado Rey Stanislaò, por las artes, y fuerza del Sueco, que traxo á sí al Marquès de Brandemburg, reconociendole por Rey de Prusia, para que no socorriese à Federico, y aun le ofreció socorros contra los Olandeses, si havia de disputar con las Armas la herencia del Rey Guillelmo, que litigaba el Prusiano con el Principe de Nassau, à quien secretamente favorecian los Olandeses, Jueces de la Causa, por estar estos Estados en sus Dominios. Havia el Prusiano ocupado por fuerza parte de aquellos Feudos; y profiguiera la guerra, si no se huviera interpuesto el Emperador, por no distraer las Armas de los Olandeses en otro empeño, que el suyo: por esto procurò apartar al Prusiano del Sueco, para que socorriendo aquel al Saxòn, se encendiese en Polonia la guerra, y no se estableciesse en el Trono Stanislaò, grande amigo, y criatura del Rey de Suecia, que tenia aversión natural à la Alemania, y le queria el Emperador entretener en la Guerra de Polonia con los Saxones, y Moscovitas.

Menores progressos se esperaban à favor de Españoles, y Franceses en Italia, habiendo mudado partido el Duque de Saboya, à quien queria unir sus Tropas, Guido Starembergh, aunque era obra tan ardua. Haciendo correrias por el Monferrato el Duque de Vandoma, tenia intencion de ocupar à Asta. Pocas Tropas le quedaban al de Saboya, pues no passaban de ocho mil hombres, y havia de presidar à Vercelli. Intentò hacer una confederacion con los Esquizaros, pero en vano. Tuvo orden el General Visconti de unirse al Duque: executò con tanto atrevimiento, como felicidad, ocupando las gargantas de los Montes, porque tenia su Campo no lexos de Asta: cierto es, que se descuidaron Españoles, y Franceses, y aunque despues le atacaron la Retaguardia el Conde de Aguilàr, el de las Torres, y el de Sartirana, esto era como una escaramuza, porque ya el Bosque favorecia la marcha, y llegó con muy poca perdida de Gente al Campo del Duque el Alemàn: sin dificultad ocuparon à Asta los Franceses. Estas fueron las primeras hostilidades contra los Estados del Piamonte.

Tessè

Tessè puso en contribucion la Saboya: el Conde de Sales, Saboyano, se retirò à Tarantasia con pocas Tropas: con esto se rindiò todo el Condado de Morienna. Con arte el Duque de Saboya dexò expuesto à Chamberi, para poner cuidado à los Esquizaros, si acaso el temor los podia traer à su confederacion; pero nada les movió, ni el Proyecto, que se les hizo, de agregar à la Republica la Saboya, reservandose el Duque solo las rentas. Aquellas gentes, acostumbradas à guardar los Montes, que les sirven de Barrera, y Plazas, no quisieron embarazarse en la llanura, ni tomar partido, porque les importaba estar bien con todos, y gozar de su libertad. Los Franceses, contra el dictamen de Vaudemont, tomaron Cuarteles de Invierno. Todo lo que baña la Sechia se encargò al Mariscàl de Bessons: Asta, al Gran Prior Phelipe de Vandoma: Milàn, al Principe de Vaudemont: la Saboya, al Conde de Tessè; y el Duque de Vandoma se retirò à Monferrato. La mayor parte de las Tropas se acuartelaron en Mantua, y confines de San Benito, otras en el Modenès; y pareciendo despues no eran precisas en Asta las Tropas de Bessons, se juntaron à Tessè. Así se dividió con tantas distancias el Exercito de los Franceses: à nadie le quedò poder para una accion repentina, que acaecer podia. El Duque de Saboya se mantuvo en Campaña, y sacò las Guarniciones de las Plazas: acampóse en Alva, para estar mas prompto à encontrar à Starembergh, que havia determinado desde la Sechia entrar por el Monferrato al Piamonte, como no haciendo caso de los Franceses. Era el mes de Diciembre, y en una noche, la mas cruèl, y tempestuosa, con exacto silencio, passò el Rio con doce mil hombres junto à Concordia: aprefurando la marcha, vadeò el Crostolo, y otros Riachuelos; que aunque de obscuro nombre, los havian las continuas lluvias engrosado.

Estaban acuartelados en lo estrecho de los Montes los Franceses, sin Centinelas, ni Guardias, entregados al juego, al ocio, y à la gula. No havia piquetes, ni en la Cavalleria disposicion para una prompta ocurrencia; y quando advirtieron que havian vencido la Montaña los Enemigos, tomaron las armas, alcanzaron la Retaguardia, y acometieron con muy poco fruto, porque sobre ser alpero, è incapaz de bata-

lla

lla el Sitio, havia Guido Starembergh interpuesto entre la Infanteria algunos Cavallos, que embarazaban la prontitud de las Armas, y el mismo gobernaba el ultimo Esquadrón: así llegó à Stradella, donde luego fortificado, no le podian desalojar mas los Franceses. Esta marcha fue para los Alemanes de tanta gloria, como para sus Enemigos de verguenza. Es tan apretada de montes, y angosta la senda, que hay de Alexandria à Pavia, que la podian defender pocas Tropas, bien dispuestas, y vigilantes; y porque no perfeccionò su obra Starembergh en este año, lo diremos en su lugar, siguiendo el método, que hemos prescrito para la claridad de los hechos, y bolveremos à referir quanta censura tuvo en esto el Duque de Vandoma, pues si embarazaba, como podia, la union de Piamonteses, y Alemanes, huviera, sin duda, echado de sus Dominios al Duque de Saboya, à quien tantos Montes, Lagos, y Rios separaban de Starembergh.

Fatal este Siglo para la Cathaluña, lo precedia con portentos el Cielo. En un dia sereno de el mes de Septiembre se viò de repente sobre Barcelona un Globo de fuego, cuyo centro tenia color de sangre, ceñido de una nube poco clara, y esta de otro gyro tenebroso, y denso, que causaba horror. Así permanecio, por espacio de una hora, el fatal metheoro adverso à el Sol. Lentamente, despues, se estendiò la negra nube por toda la Region, como obruyendola: el centro, en que ardia la llama, procurò consumir la mas proxima materia con demonstrable voracidad: Luego se oyeron ruidos, y estruendos formidables, que no eran como de truenos, sino como tiros de cañon, y fusileria, alternados, à modo de los que se oyen en una Batalla, porque si algun rato cessaba el ruido, despues crecia: yà se oian como tambores, yà como Armas disparadas, combatiendo entre si las nubes: ni por una hora se aquietò el Cielo, y aunque no se viò fuego como rayo, se veian centellas, y oian unos chafquidos, como si se echassen hojas de laurel sobre las brasas, hasta que consumida la materia, y desvanecido el fuego, se estendiò la nube, menos densa, por toda la Cathaluña. Permanecio por mas de dos horas esta sombra; que desapareciò, elevandose el vapor à la suprema Region del Ayre, con lo qual quedò nublado el dia: y quitò el horror de esta sombra la de la noche.

Este

Este presagio diò la Naturaleza; y aunque todos son vulgares Phenomenos, amenaza Dios con ellos, pues no mudando ley à las cosas naturales, les diò tal orden, y con disposiciones de tales tiempos, que sirva al presente lo que yà estuvo arreglado desde el principio. Así habla Dios en la Naturaleza, para que le oygamos los mortales. Esto diò assumpto à varias interpretaciones, segun lo vario de los afectos. El vulgo mas facilmente, por su ignorancia supersticioso, lo tuvo à fatal aguero. Dixose en Madrid, que no solo significaba la Guerra de Cathaluña, pero aùn la del Palacio Real, donde en discordia civil, no havia dos de un mismo dictamen, queriendo cada uno adelantar su autoridad, con abatir la agena; y lo que era mas maravilloso, ver al Abad de Etrè conjurado, con la Princesa Ursini, contra su Tio el Cardenal de Etrè, para succederle en el Empleo; pero el mismo caracter le mantenia, y aplicò sus artes para apartar del Gobierno al Cardenal Portocarrero, y à Don Manuel Arias, al qual yà le havia hecho quitar la Presidencia de Castilla: esto lo consiguiò con facilidad, porque vino en ello la Princesa Ursini, para darle à el Conde de Montellano, y su Presidencia de Ordenes al Duque de Veraguas, que se havia, con humildes, y casi indecentes obsequios, introducido en su gracia: esta sollicitaban casi todos, siendo la ambicion del Hombre, como el Cocodrillo, que mientras vive, crece.

AÑO DE M.DCCIV.

NO lo cruel de la estacion rigurosa del Invierno retardaba los passos del Conde de Starembergh para el Piamonte: fingiendo por las altas Riberas del Mincio, que iba al Tiròl, passò el Crostolo, y otros Rios de menor nombre, y en fin, à Stradella, y advertido del ageno error, embarazaba las sendas, que dexaba atras, yà cortandolas, yà cargando en ellas troncos, y peñascos: siguieron la Retaguardia los Franceses, y en el mismo Monte se travò una sangrienta disputa, en la que Guido Starembergh, peleando con el consejo, y con la mano: defendia la rustica Trinchera de los

Tomo I,

Q

tron,

troncos, poniendose sobre ellos con intrepidez heroica; y aunque los Franceses aplicaban, donde podian, fuego, lo gruesso, y verde de la materia, frescamente cortada, no favorecia su intento: assi tuvieron tiempo de cumplir sus marchas los Enemigos, à los quales embarazò el camino mas breve el Torrente Orbia, que con advenedizas aguas se havia inchado, y por esto les fuè preciso passarle cerca de Alexandria, donde, dilatado en la llanura, abre vado: passò todo el Exercito, y fortificò la Ribera Starembergh, quanto permitia la prisa: dexò en ella, para guardarla, y disputar el passo à los Franceses, al Conde Solario, con mil Infantes, y quinientos Cavallos, y lo executò con tal brio, que aunque murió en la Accion, entretuvo tanto à los Enemigos en ella, que tuvieron los suyos tiempo de vencer el Monte, por donde llegaron libres à Stradella, cuyas aguas passò por el camino mas breve al Piamonte, fortificando antes à Ostiglia. Esta es la gloriosa marcha de los Alemanes, de immortal honra para Guido Starembergh, como indecorosa à los Franceses, y Españoles. A quien verdaderamente se deba atribuir esta culpa, està obscuro: cierto es, que diò convenientes ordenes el Duque de Vandoma; pero ni estas fueron exactamente executadas, ni podian serlo; porque con tanta distraccion de Tropas, estava al cuidado de pocos tan gran negocio: no hay duda, que la confianza perdiò à los Franceses, cuya arrogancia tienè por costumbre despreciarlo todo.

No tuvo el Duque de Saboya mas feliz día, porque se hallaba sin Tropas, y habiendo fortificado à Verrua, Vercelli, y Villanueva, no le quedaban mas que diez mil hombres, aun habiendose añadido los que, con pessimo exemplo, estando sobre su palabra prisioneros, huyeron: algunos cogió en el Puerto de Genova el Duque de Turis, y los puso en sus Galeras; pero habiendose quejado la Republica, los mandò el Rey Christianissimo restituir. Aun estava los Franceses divididos: en Saboya estava Tese, y en Asta el Gran Prior de Vandoma. El Duque de Saboya entrò à hacer hostilidades en los Valles del Delphinado: no hizo tanto mal como queria, porque los propios Payfanos, en numero superior al Destacamento de Piamonteses, defendian sus confines. Carlos de Lorens intentò, con poca felicidad, echar los Fran.

Franceses de los terminos de Asta: hubo algunas escaramuzas: todo se reduxo à guerra de Cavalleria, sin empeñar las Tropas. Quedò el General Uvanbòn, Alemàn, para inquietar à los Franceses: acometiòle el Marqués de Estrada, y le ahuyentò tanto, que, dexando los Alemanes à Concordia, passaron à Mirandula, no sin pérdida de los que cerraban la Retaguardia. No quiso dàr Quarteles de Invierno à sus Tropas el Duque de Saboya, porque havia concebido algunas esperanzas, que le abririan camino à la Francia los movimientos de los Calvinistas; pero yà estos estava sin fuerzas: havia muerto à muchos, en un Congreso de su Religion, el Coronel Grandual, felizmente sorprehendidos, y el Mariscal de Villars, embiado á este efecto de Paris, havia persuadido à no pocos el retiro à sus casas, con un Perdon general, que el Rey mandò publicar, que tuvo el efecto, que se deseaba; pero siempre los mas obstinados se retiraron à las Selvas, obligando à ser su Gefe al Conde Rolando; y como era el mando servidumbre, le exercia con poca aplicacion: ni se les continuaban los focorros, que havian ofrecido los Ingleses, y Olandeses, ocupados en mas altas ideas, y en prevenir una formidable Armada contra España, cuyos Reynos llenaban de fugestiones, y emissarios los Austriacos, y no les faltaba en la Corte parciales, y en el mismo Real Palacio: tanto havia contaminado el error de que puede el Vassallo juzgar de los derechos del Principe, despues de haverle prestado juramento. El Conde de Montellano tenia en Gobierno la Presidencia de Castilla, y la mayor autoridad en el Palacio: havianle creado Duque, y Grande de segunda classe; y aunque era mas ingenuo, y severo, que lo que han meneiter à veces los Palacios, como tenia el Rey tanto amor à la Justicia, le eran gratos sus dictámenes: hizole del Consejo de su Gabinete, donde quedò tambien el Conde de Monte Rey, que havia entrado quando Presidente de Flandes, aunque se suprimió este Consejo por dictamen de los Franceses, para que tuviesse en los Países Baxos absoluto imperio el Rey de Francia. Esto lo llevaban mal los Españoles, lo censuraban los Descontentos con perjudiciales reflexiones, y cada dia eran mas en numero, à medida de quanto crecia la autoridad de los Franceses, porque el Cardenal de Etré, mas era Ministro

de España, que Embaxador de Francia: los mas prudentes disimulaban; y aconteció entonces la infeliz era, de que quantos no obtenian del Rey lo que pretendian, enagenaban el animo del Gobierno, y adherian à los Austriacos.

Menos dueño de sí, que otros muchos Don Fernando Meneses de Silva, Conde de Cifuentes, havia excedido en este error, y esparcia por la Andalucía (en Granada principalmente) proposiciones sediciosas, pintando injustamente horrorosa la Imagen del Rey: atribuíele defectos, que le faltaban, para engendrar odio en los Vassallos: exageraba la tyrania de los Franceses, y su ambicion, la clemencia de los Austriacos, lo incontrastable del poder de los Enemigos, y lloraba con fingida compassion la depression de la España. Era el Conde por su naturaleza elegante, y feliz en exprimir los conceptos; y como lo illustre de su sangre llamaba à la atencion, y al obsequio, traxo à su dictamen no pocos, engañados de la hermosura de las voces, sin advertir, que eran no solo sophisticas, pero envenenadas del afecto: no formò conjura, pero dispuso los animos para la ocasion. Lo proprio hizo en los Pueblos de la Mancha: lo que premeditaba se ignoraba, porque tenia autoridad para una sublevacion, que diesse cuidado, y pocos Nobles le oian con aprobacion, era conocido su genio turbulento, inquieto, y amigo de novedades, mas que por ambicion, por vanidad de dilatar el nombre, porque llevaba muy mal no ser del numero de los Grandes, siendo su Familia mas illustre, que algunos que lo eran. Estos desordenes de su voluntad, y de su proceder llegaron à oidos del Presidente de Castilla, y se embió à Don Luis Curiél, que era del Consejo Real, à formar el processò, y averiguar estos delitos con el mayor secreto, porque el Conde, aunque havia buuelto à Madrid, no estaba descuidado. Don Luis, cuya integridad, prudencia, y entendimiento se llevó la confianza del Presidente, satisfizo con perfeccion à ella, y cumpliendo exactamente con su encargo, probò las culpas del Conde, que bien examinadas, mandò Montellano prenderle. Diòse esta comission à Don Miguel Pastor, hombre valeroso, y resuelto, con orden, que despues le entregasse à una quadrilla de Alguaciles, que con Don Andres Pinto de Lara, Alcalde de Corte, esperarían à

lo lexos. Así lo executò Pastor, aunque con alguna resistencia del Conde, y le entregò à Don Andres Pinto, para que le llevasse à la Carcel de Corte. Este, ò por aficion al Conde, ò por malicia, rehusò llevarle, con pretexto de que no sucediese algun ruido en el Pueblo, y consultò al Presidente lo que havia de executar; depositòle en una pieza baxa del portal mas inmediato, guardado de Alguaciles, que apartados por el Conde, con motivo, que fingió preciso, porque ya les parecia que estaba seguro, mayormente no habiendo otra puerta, tuvo tiempo el Conde para arrancar un hierro de una rexa, que daba à otra calle, y escapandose por ella, los dexò burlados à todos. No lo advirtieron sus Guardas, hasta que llegó la orden del Duque de Montellano para que le llevassen à la Carcel, adonde irían treinta Cavallos à recibirle, y llevarle à la de Segovia. Aun queda la duda de si hubo en D. Andres Pinto malicia, ò inadvertencia: sin examinar bien su infidelidad, ò su descuido, usò el Rey de una benignidad, que le fue despues perjudicial, porque solo le quitò el empleo. El Conde anduvo errante por la España, no sin Protectores de la primera Esfera. En el Reyno de Aragón, y Valencia hallò mas facil refugio, porque encontró menor amor al Rey: despues se pasó al Partido Enemigo, y reconoció por Rey al Archiduque Carlos.

No dexò de dár aprehension à la Corte, vér, que contaminaba el defaecto à la principal Nobleza, y se excito mas el rigor con menos felicidad, que se esperaba, porque no estaban los Ministros de acuerdo, y la discordia de los animos embarazaba muchas véces la justicia. Tambien creció la desunion en el Palacio, tanto, que por arte de la Princesa Ursini fuè llamado à Paris el Cardenal de Etre: su Sobrino el Abad, unido con la Princesa, ayudò à echarle, para quedarle con el Empleo de Embaxador: (no guarda la ambicion fueros à su propria sangre) luego se hizo adverso à la Princesa, porque no ignoraba, que el Cardenal fu Tio en Paris instaba con el Rey de Francia, que la sacassen de España: esto era difícil, gozando del favor de la Reyna; pero lo supo el Cardenal disponer de tal forma, que el Rey Christianissimo se resolvió à mandar à la Princesa, que saliesse, usando del dominio, que tenia en su Vassalla. Replicò en vano la Reyna, è

hizo tantas demostraciones de sentimiento, que ecedian la proporcion de su altissimo grado. Las razones, que movieron à Ludovico XIV. para esta gran resolucion, no son todas publicas: al Rey Catholico no le diò otras, sino que convenia assi à la quietud de ambas Monarquias: cierto es, que el Cardenal de Etrè diò à su Amo relevantes motivos; y no era el menor, haverle assegurado ser adversa à los Franceses la Princesa, por ambicion del mando, y que para tenerle absoluto, procuraba la defunion de los Reynos; ó por lo menos, que no tuviesen parte en el Gobierno los Franceses. Esto ayudò à persuadir con varias Cartas el Abad de Etrè, que interceptadas por disposicion de la Princesa, le pusieron en desgracia del Rey Catholico, y pidiò, que le quitassen. Assi lo executò el Christianissimo, y en poco tiempo, impelidos unos de otros, salieron de España el Cardenal, el Abad, y la Princesa.

A 4. de Enero bolviò la tercera vez Carlos de Austria à embarcarse, y con favorable viento llegó à Inglaterra, y fue alli reconocido, y tratado como Rey, sirviendo los Aliados à su propria vanidad. Despues de ocho dias partiò con una grande Armada, que mandaba el General Rooch: levantòse otra borrasca, y se dividieron las Naves por el rumbo, que permitia lo furioso de los vientos: perdieronse algunas, bolviò à Inglaterra, y despues de reparado de un fuerte mareò, que havia padecido, bolviò, y emprehendiò otra vez su viage. A 6. de Marzo llegó à Lisboa, no sin algun infortunio, porque al tomar el Puerto, se sumergieron dos Naves, sin que se salvasse un hombre: hallò de luto la Corte por la muerte de la Infante Theresa, hija del Rey, con lo qual se quitaron las esperanzas del ideado casamiento. Desembarcaron ocho mil Ingleses, buenas Tropas, y lucidas. El nuevo Rey fue reconocido como tal, y fuè luego à besarle la mano el Almirante de Castilla: dixose, que se puso palido, turbado, y sin acertar à hablar: presentole unos Prisioneros Vizcaïnos, para que recibiesse aquel obsequio de los que le ofrecia como Vassallos: el miedo obligò à aquellos à besarle la mano; pero un niño de diez años, que havia entre ellos, lo rehusò, diciendo, que aquel no era el Rey, y que no besaba la mano, aunque le mataffen, mas que al que estava en Madrid,

Madrid, que era su legitimo Soberano. Esto dispuso la Providencia para arguir al Almirante, buscando un chico instrumento para confundir à los hombres, que se tenian por grandes. A pocos dias se hizo Consejo de Estado, y Guerra, y concurren los dos Reyes, los Gefes de las Armas, el Principe de Arnestad, y Leicestheim, el Almirante, y Diego de Mendoza, Secretario del Despacho Universal: reconocieron inferiores sus fuerzas à las del Rey Phelipe, y assi se determino estar sobre la defensiva, y guarnecer las Fronteras.

El Exercito de Españoles, y Franceses, mandado por el Duque de Bervich, constaba de diez y ocho mil Infantes, y ocho mil Cavallos, todos veteranos. Saliò el Rey à Campaña, seguido de gran numero de Nobles de primera gerarquia. Salvatierra fuè la primera empreña: tomò los puetos el Conde de Aguilar: vino el Rey à reconocer la Plaza baxo del tiro del Cañon; pero los ruegos de los suyos le apartaron: tenia de Presidio seiscientos hombres, y era su Governador Diego de Fonseca, que llamado à la rendicion antes de abrir Trinchera, viendo no la podia defender, se entregò, con toda la Guarnicion, prisionero de guerra: lo proprio hizo Segura. Idaña se defendiò con mas brio, y forzó una de sus puertas, rompiendola con hachuelas Don Joseph de Salazar; y en pequena distancia se formò una sangrienta disputa, que la vencieron con valor los Españoles, entre los quales se distingió gloriosamente Don Antonio Lopez Gallardo. Rendida la Ciudad, no se retiraron al Castillo seis Compañias de Irlandeses, que en ella havia, y quedaron prisioneros. Tambien se entregò à los Españoles Rosmarin.

Mientras el Principe de Esterclaes debastaba la Provincia de Alentejo, passò el Marqués de Villadarias el Rio Anna, y de esta forma se puso en contribucion gran parte de Portugal. Determinò el Rey sitiar à Castel Blanco, y embiò à reconocer los puetos al Señor de Thoy, y al de Jofreville, que sin mas diligencia, que dexarse vér, ahuyentaron la Cavalleria Portuguesa, que estava en los Confines de la Ciudad. Abrieronse las Trincheras, despreciando una horrible lluvia de aquellos dias. El Rey las visitò muchas veces, y algunas, despreciando la pompa, y magnificencia, comió en pié, y le sirviò un Timbal de mesa, mas pomposa, que las mas experimentada,

dida, y adornada: pudo ser vanidad el desprecio de sí mismo, pero siempre es exemplo, que no deben olvidar los Principes, y que deben tomar como reprehension los Cabos Militares, que tanto tiempo, y superfluidades gastan, componiendo sus mesas en la Campaña. Mandaba Thoy el Sitio: abrió brecha junto à una puerta, y entrò por ella: hicieronle camino los Granaderos, y hasta la Plaza de la Ciudad no hubo resistencia. Allí hallaron formadas tres Compañias con un Coronel Olandès: defendieron con valor el Sitio; pero cediendo al mayor numero, se retiraron al Castillo; pasó à el la guerra mas sangrienta, que hasta entonces, y al fin se rindieron à discrecion. Passaron las Tropas Españolas à buscar à los Generales Faggel, y Adlon à un vecino bosque, donde se havian juntado con los Portugueses los Auxiliares: à la entrada de la Selva havian levantado un atrincheramiento de troncos, y peñas los Portugueses, donde pusieron seis mil hombres. Separandose Faggel, y Adlon, dividiendo las restantes Tropas, para defender el bosque por todas partes. El Coronel Puisegur, Francès, acometiò al primero, y le ahuyentò, sin jugar armas: el Señor de Thoy marchò contra el segundo: durò poco la Accion, pero fuè sangrienta, y yà vencidos los Ingleses, rindieron las Armas, y huyó Adlon. Havia entrado por otro lado de la Selva el Duque de Bervich con el resto del Exercito; y no pudiendo resistir los Enemigos, daxaron la Provincia al arbitrio del Vencedor: saqueola con tyrania, y usó las mayores hostilidades Don Bonifacio Manrique. El Cuerpo de los Franceses se aloxò à la opuesta Ribera de el Tajo, y construido un Puente de Barcas, plantò el Rey sus Reales en Nisa: assi quedaba tributaria toda la Provincia de Alentejo, menos Puerto Alegre, Ciudad bien fortificada, y guarnecida. Formòse el Sitio, y se puso una bateria en un Montichuelo, que dominaba la Ciudad, para batir el principal baluarte de ella: à pocos dias cayò la media luna de la derecha: desampararonla los Presidarios, pero hicieron mas adentro un atrincheramiento, y una estacada, que la forzó, y deshizo con valor el Principe de Esterclaes. Clama el Pueblo, é implora la clemencia del Rey, por medio del Obispo del Lugar: conséguela, y se mandò, no hacer hostilidad contra los Payfanos, que yà rendidos, prestaron la obediencia,

y

y se hicieron mil, y quinientos Soldados prisioneros. El Marquès de Villadarias sorprendiò à San Alexo.

Estos arrebatados progresos pusieron en aprehension à la Corte de Lisboa, y mandaron, que se juntassen las Tropas del General Fagel con las del Marquès de las Minas, Governador de Almeyda, y que cubriessen à Monte-Santo: assi lo executaron, y se dexaron ver otra vez en la Campaña, formados en batalla, queriendola dar al Señor de Jofreville, cuyo Cuerpo era el mas vecino: este tuvo à menos valer rehusarla, aunque inferior en fuerzas, y con imprudente consejo formò su Gente, poniendo en la primera Linea quatro Esquadrones de Cavalleria Francesa: en el centro la Infanteria Española, mandada por Don Francisco Ronquillo, dexando parte de ella para la Retaguardia con algunos Cavallos por los lados. El primer acometimiento fuè del General Fagel, contra la frente de la Cavalleria Francesa, que à los primeros encuentros derrotò: al ver esto, sin pelear, se entregò à la fuga la Infanteria Española: no parò hasta Salvatierra, con tal desorden, que caian unos sobre otros. Buelve à recobrase Jofreville, y à ordenar los pocos, que le quedaban: atacòle el Marquès de las Minas, y le deshizo: mayor huviera sido la victoria de los Portugueses, si huvieran seguido à los que huian. Para reparar lo indecoroso de este hecho, embiò el Rey al Duque de Bervich con buenas Tropas: otras llevaba el Conde de Aguilar, con orden de buscar al Enemigo, que yà se havia retirado à la Selva de Penamacor, sin querer tentar otra vez la fortuna, bastandoles guardar la Provincia, porque despues, sino con muchas Tropas, no marchaban por ella los Españoles.

Desamparados los terminos de Castilla, los ocuparon los Portugueses, que presidiaban à Castell-David, y Marvan: assi tenian el Exercito del Rey sin comunicacion con sus Pais, de que nació carecer de las necessarias assistencias, y provisiones, de genero, que faltaba el pan. Embióse por esto al Ingeniero Elizagar para reconocer la Plaza de Castell-David: pero le pusieron en fuga los Enemigos, hasta que el Marquès de Aytona, con mas Tropas, le aseguró, y mandò abrir la Trinchera: plantose una bateria de nueva Cañones, mal situados, sobre ser pocos: no hacian efecto alguno, hasta que

Tomo I,

R

mos-

mostrò la experiencia el error. En una pequeña altura se pusieron doce Cañones, mas de Campaña, que de batir; y aunque se dirigian bien, eran de chico calibre para hacer brecha: con mas felicidad disparaba la Plaza, y arruinaba las Trincheras. Dexaron los Españoles de disparar, hasta que por orden del Marqués de Villadarias se dispusiesen mejor las baterias, que ya con mas arte plantadas, hacian la debida impressiõn en los Muros. Clamaban los sitiados, pero resistian los Ingleses, que estaban de presidio, hasta que el miedo de los Payfanos parò en tumulto, y en disension: el Presidio convirtió contra ellos las armas: refirieronlo los Desertores à Villadarias; y aunque no estaba perfecta la brecha, mandò dar el assalto, por no perder aquella oportunidad. Correspondiò al atrevimiento la fortuna; porque ayudados de la gente de adentro los Sitiadores, aun repugnandolo los Soldados, montaron la brecha, y ganaron la Ciudad. Retiraronse al Castillo los Ingleses: apretaron sin dilacion los Españoles, y se rindieron: diòseles libertad para bolver à su Patria, con la condicion de no tomar armas en un año. El Marqués de Lede tomò à Marbàn, y assi quedò abastecido de Viveres el Exercito. Era ya ardiente la estacion, y mal sanos aquellos Campos, por sus Estanques, y pequeños Rios; y assi, se retirò el Rey à Madrid el primer dia de Junio, y las Tropas à Quarteles de Verano, porque en estos parages no se puede profeguir la Campaña hasta el Otoño. Assi inutilmente, sin haver tomado Plaza alguna importante, se gastò tanto dinero, y perdiò no poca gente; y lo que es mas, la oportunidad de alguna gran empreffa, estando casi sin Tropas los Portugueses.

Mas cruel era la Guerra en Alemania. Havia tomado à Passavia el Duque de Baviera: (se dixo, que con alguna inteligencia) era su Governador el Señor de Groenfelt, y el Cardenal de Lambergh, Arzobispo; y estos discordes, atribianse reciprocamente la perdida de la Plaza, que abria el camino à las Austrias, porque solo estaba en medio Lintz, Fortaleza de poco momento. La Austria inferior estaba inquietada de los Rebeldes, y algo de Stiria: havian los frios elado al Danubio, y se podia passar por muchas partes de él à pie enjuto: de esto nació un justo temor en Viena; y si no les huviesse faltado à los Rebeldes forma de tener provisio-

nes,

nes, huvieran saqueado la Provincia; porque el Principe Ragotzi havia ocupado à Scuthea, Isla del Danubio, y por ambas orillas corria libremente, debastando los confines. El Conde de Marfin, desde Ulma amenazaba la Franconia. (fuerte diversion, para que por todas partes ceñida el Austria, temiesse su ruina) Se dudò en Viena, si havia de salir de ella el Emperador; y se resolviò exponerse al riesgo, por no confeternar los Confederados, siendo el dexar la Corte la mas ruidosa operacion, solo dispensada à la ultima necesidad.

Con el pretexto de ajustar las contribuciones, bolviò el Cardenal Lambergh à hablar con el Duque de Baviera, à quien propuso, en nombre del Emperador, los mas ventajosos partidos; pero todo fuè en vano. La misma infelicidad tuvo el Principe Eugenio con Ragotzi, pertinaz en su rebeliõn, y mas insolente, despues que tomò à Edimburgo, y Vesprin, de que padecian no poco peligro Tocay, Cassovia, y Comorra, camino llano para Viena, donde se fortificaron los Arrabales, y se presidiaron con mil y quinientos Soldados escogidos: Tambien ocupò el Bavaro à Arzol, por un tumulto de los Soldados: hizose cargo al Governador, y se le cortò la cabeza. Todo su cuidado ponian los Alemanes en guardar las Lineas de Stolfen, y la Selva Negra, porque no penetrasen en la Suevia los Franceses, contra los quales el General Tungen havia levantado como un Muro de troncos, y entretexiendo ramas, cegò las sendas con peñascos, y piedras, y sobre ellas echò gran cantidad de madera cortada, y escabrosamente dispuesta. La Material disposicion no era mala, pero faltaba gente, y por esto, ò por creer seguras estas Lineas, no parece aplicò todo el necessario cuidado para guardarlas.

Aprovechado de esta floja disposicion el Bavaro, fingiò por el Danubio acometer à Norlinga, ò Nuremberga, para que acudiendo allà los Enemigos, pudiesen los Franceses entrar en la Selva, como lo executaron; pero aun no descubriò el Mariscal de Tallard el designio de juntar sus Tropas con el Bavaro. Los Alemanes se vieron obligados à hacer unas Lineas, desde Maguncia à Francfort, y el Duque de Malburgh passò con todas las Tropas à Conflans. Tallard, para que no se le penetrasse la idea, embiò Tropas al Alto

R 2

Pa-

Palatinado, à Donavert, y Witemberga, quando le pareció oportuno, emprehendió su marcha, y porque no se le opusiese la Guarnicion de Friburgh, compuesto como para batalla, pareció delante de sus Muros el Señor de Courto-bón: assi passaron los Franceses seguros el Valle de San Pedro, solo quando importaba menos bien guardado; porque el General Tungen estudiaba cubrir con sus Tropas à Philipsburg, y à la Suevia, y para que no se opusiese à Tallard, acercó el Bavaro las fuyas à Donaschinnen.

Los Alemanes se contuvieron en Necharo: por el Danubio se les juntó el Inglés con poderoso Exercito, y sobervió tren: havia sobre infinitos bagages, dos mil Carros, y gran suma de dinero, pocas veces en Alemania visto. Este gran aparato dió cuidado al Mariscal de Tallard, y retrocedió desde la Selva Negra à cubrir à Strasburgh con vano, y errado dictamen, porque yà cuidaba de esta Plaza el Mariscal de Villaroy, y havia introducido Gente, y Viveres. Assi estuvieron ociosas tantas Tropas Francesas, hasta que assegurando à Suevia, passó à Witemberga el Duque de Malburgh.

Los Olandeses marcharon àzia la Mosa, y previnieron los Alemanes en el Rhin gran numero de Barcos chatos. Tantos Generales concurrieron en el Exercito Coligado, que se originó perniciosa disension: estaban el Principe Eugenio, el de Nassau, el de Hefecasèl, y el Duque de Malburgh: las Tropas Auxiliares no obedecian mas que à sus Gefes: estos à nadie; con que se perdia el orden militar.

En Viena se dió el expediente de hacer Generalissimo de estas Tropas à Joseph de Austria, Rey de Romanos: comprometieronse en esto, y venian las primeras ordenes de Viena dirigidas al Principe Eugenio: assi creció su autoridad, porque se le dió la de explicar sin despacho la voluntad del Rey: con esto lo mandaba todo; pero nunca à Malburgh, que se declaró, no estar subordinado mas que à su Reyna; pero era tanto el empeño de hacer la Guerra, que siempre estuvo de acuerdo con el Principe Eugenio, à quien, si no obedecia, respetaba, por su sangre, y por su militar pericia.

Parecióle al Bavaro conveniente, passando el Danubio, acamparse en Nortlinghen: ocupó los collados de Donavert, fortificó sus alturas, y con mas cuidado la de Scolemergh,

Con-

Contra esta determinó Malburgh mover las Tropas: Assintió Eugenio, y à las primeras sombras de la noche se empezó à marchar. La Manguardia se componia de doce Esquadrones Ingleses, que formados, hicieron la primera fila con la Infanteria Alemana; cuya Cavalleria ocupó los lados. La frente era mas estendida que la de los Defensores, que se contuvieron en sus Lineas; y en la parte mas expuesta estaban el Conde del Arco, Bavaro, y el General Lico, Francés, con buenas Tropas, y bien asentada la Artilleria, cargada à cartucho. Despreciando esta, al amanecer empezó à subir la cuesta el Inglés, y acometió à las Trincheras: perdió mucha gente en la subida: y yà puesto en lugar igual, aplicó los Gastadores, que protegidos de los Granaderos, para arrancar la empalizada, se travó una sangrienta Batalla: fueron al primer assalto rechazados los Ingleses: dieron el segundo con mayor impetu: estaban para ser segunda vez repulsados; pero el Principe Luis de Badén acudió con la Infanteria Alemana, y Olandesa, y los puso en el centro de la Linea que acometió, y la estendió, empleando todo el Exercito por toda la longitud de las Trincheras enemigas, de genero que las ceñia: con esto peleaban todos, y fué preciso, que los Defensores se distrajesen por todo el espacio fortificado, y eran menores en numero de los que assaltaban, con todo suplia el valor, y sustentaban la pelea, hasta que rota una parte de la Linea, por donde estaba el Principe de Badén, entró, aunque herido, en el cerco de los Enemigos: era estrecha la entrada, y perecieron muchos Principes, el de Barith, Goort, y Venchein: Quedaron heridos el de Uvitembergh, el de Frisia, y el General Stirùm.

Los Bavaros se formaron en batalla àzia donde quedaba rota la Linea: pero estando esta cada momento mas arruinada, pudo entrar cómodamente formado el Exercito enemigo por dos partes. Yá no podian resistir los Bavaros: fueron vencidos; pero con orden retiraron las reliquias del Exercito à Donavert, dexando en el Campo muertos ocho mil hombres, y mil prisioneros. Los Vencedores perdieron doce mil, catorce Tenientes Generales, y treinta y quatro Mariscales de Campo, Brigadieres, y Coronales. Brilló con admiracion el valor de Malburgh: no quedó menos glorioso

el

el Príncipe de Badèn , aunque pelearon sesenta mil , contra veinte. Mas Tropas tenia el Duque de Baviera , que no pudieron pelear. Culparonle , que aguardasse encerrado , y no fuera de sus Trincheras ; daba muchas disculpas , y la mayor era tener menos gente: cierto es , que si Tallard no se apartara inutilmente del Duque , no huvieran los Coligados logrado esta ocasion.

En odio del Elector de Colonia , demolieron à Rimberga los Olandeses , acudiò aquel al Cesar , la respuesta no fuè de Emperador , sino de Principe Austriaco , que tenia aversion à toda la Casa de Baviera. Todo atentos al Rhin los Franceses , descuidaron de la Flandes. Doce mil Olandeses , fingiendo irse à unir con Malburgh , asfaltaron las Lineas de Medorp , y Nasseingen : debastaban la Flandes Española , hasta que los echò de ella el Marquès de Bedmàr. Perseverò la rabia , y determinaron bombardear à Namùr : pidió Bedmàr socorros al Mariscal de Villars , que le embiò siete mil hombres con el Marquès Daligre. Estaban los Olandeses yà à la vista de Namur , y puestos los Morteros , hacian no poco efecto las Bombas , con ninguna utilidad de la Olanda : durò por tres dias la hostilidad : llegò el Marquès de Bedmàr , y se apartaron , passando por la Mosa las Tropas ; pero padeciò la Retaguardia , porque los Españoles siguieron con el mayor tesòn à los Enemigos.

Resuelta yà la Expedicion contra Barcelona en Portugal , partiò la Armada sin el Rey Carlos : Mandaba las Armas el Principe Jorge de Armiestad. A los 14. de Mayo diò vista à Gibraltar : Combidaba con el fausto poder à la entrega , y permaneciò en su fidelidad la Provincia. Passò el Estrecho , y puso en cuidado à el Conde de Tolosa , Gran Almirante de Francia , que con quarenta Navas estaba en Cadiz observando à los Enemigos , que tenian cinco mil hombres de desembarco. Mandò al Señor de Coetlongon , que de Marsella , y Tolòn sacasse las Galeras , y Navios , que pudiesse , y passasse à Barcelona , no rehusando la Batalla , si fuesse menester. El Conde partiò luego de Cadiz , y añadió , al tiempo de passar , seis Navios de Guerra , que estaban en Alicante: costeò la España , y no encontró à los Enemigos : dirigió à Mallorca la proa , y sus Navichuelos de Aviso le dieron noticia

cia de que venia la Armada de Rooch bordeando , entre el Africa , y Mallorca , aguardando , al parecer , viento favorable para dexarse caer contra los Franceses. Juntò el Conde de Tolosa Consejo de Guerra , y se determinò en èl , retirarse à Tolòn por la inferioridad de las fuerzas.

Libremente los Ingleses dieron vista à Barcelona : esperaba Armiestad rendirla con solo su presencia , pero no estaba maduro el negocio , ni bien estrechada la conjura ; porque havia el Principe ofrecido , que vendria con veinte mil hombres , y el mismo Carlos Austriaco á desembarcar en aquella Ribera. Eran yà los ultimos dias de Mayo , quando se presentò la Armada , y al Virrey de Cathaluña Don Francisco de Velasco le faltaba un todo para la defensa , y lo que es mas , la fidelidad del País. Avivaba la llama de la sedicion el Veguèr de la Ciudad con gran cautela , y se tenian las Juntas en casa de un Carnicero : Salieron Emisarios à commover los Pueblos , entonces con poco efecto , aunque corrieron hasta la Plana de Vich , y los confines de Aragón , y Valencia.

Algunos ofrecieron adherir à la Rebeliòn ; pero no empezarla , por no correr riesgo ; porque las fuerzas con que Armiestad venia , eran menores , que sus promessas ; y así , nadie osò ser autor de tan arriesgada obra. Por la Ribera de Poniente desembarcaron quatro mil Ingleses , con algunos Morteros , pero no Cañones : así se hacia lenta , y de ninguna esperanza la Guerra , porque toda la fundaban en la deslealtad del País , y este aguardaba mayores hostilidades , que no pudiesse la Plaza resistir. Ayudabase con cartas secretas , y esparcidos papelones Armiestad ; pero no hacian fuerza , y permaneciò traydoramente fiel la Provincia : por lo menos lo parecia ; porque todos ofrecieron al Virrey , no escusar peligro , ni galto à la defensa. El Veguèr pidió , se le diese à guardar una puerta , con la siniestra intencion de aprovecharse del éxito , y seguir el mas afortunado. No ignoraba Don Francisco de Velasco esta traycion , pero fingia ignorarla ; porque mandaba la necesidad , no explicar difidencia , quando no se podia castigar la ofidia: Algunos mas insolentes buscaban ocasion al tumulto : todo era dilacion : conociò el Almirante Rooch , que aquella Guerra era preciso hacerla

con las armas, no con papeles, y falibles inteligencias. Desistió de la empresa, è hizo vela, no sin redarguir la ligereza, ò credulidad del Principe de Armeñad, à quien agitaban tres furias, el amor, la soberbia, y el odio.

Don Francisco de Velasco, ensobervecido con la victoria, despreció el interno mal, de que la Provincia adolecía: y no haciendo caso de los desleales, dexó tomar cuerpo à la traición, que pudo (después de irse la Armada) reprimirla, con el castigo de los Autores, los quales cobraron mas brío en la floxedad de Velasco, con la noticia de una conjura, que havia en Cadiz, que ellos la creyeron mayor, pero estava concebida entre gente muy baxa, y no poderosa; y aunque fuè allà el Vice-Almirante Jorge Bings, para alentarla, porque havian los Conjurados ofrecido abrir, y entregar una puerta, después que ocupassen el Baluarte de San Sebastian: A la hora de ejecutarlo faltó valor, y gente, por que eran pocos los que à esta ruindad consentian. Los Ingleses, desengañados de que no servian inteligencias, ni promessas, convirtieron contra Gibraltar las Armas, no ignorando quan desprevénida estava la Plaza, donde solo havia ochenta hombres de presidio, con su Governador Don Diego de Salinas, y guardaban las Riberas treinta Cavallos. Púsose en cordon la Armada, y empezó el bombardèo con quatro Balandras. Consternaronse los Payfanos con la novedad del estrago. Desembarcaron al mismo tiempo quatro mil hombres, que marcharon en derecha à la Ciudad, la qual podia hacer poca defensa sin Artilleros, ni Municiones: la necesidad obligó al Governador à capitular, saliendo libre la Guarnicion, y qualquiera que no quiesse estàr baxo el yugo de otro Dueño. Fixando en la Muralla el Estandarte Imperial, proclamó al Rey Carlos el Principe de Armeñad: Resistieronlo los Ingleses, plantaron el fuyo, y aclamaron à la Reyna Ana, en cuyo nombre se confirmó la possessión, y se quedó Presidio Inglés. Esta fuè la primera piedra, que cayò de la Española Monarquía; chica, pero no de poca consecuencia. Quisieron los Ingleses, para dominar el Estrecho, tomar à Ceuta, donde estava por Governador el Marques de Gironella, Cathalàn, hombre de probada fidelidad, y valor: Presentaronse à la Plaza, la que querian rendir con per-

persuaciones, despreciadas con grande honra: era su Obispo Don Vidal Marin, sugeto exemplar, y amantissimo del Rey Catholico, que ofreció quanto possèia para la defensa, y exortaba à ella. Estaba la Plaza con su largo Sitio de treinta años, que la tenia puesto el Rey de Marruecos; y así, podian estas dos Guerras justamente dár aprehension à otro, que al fuerte corazon del Governador, que atendia à todo: se defendia de los Moros, y se prevenia contra los Ingleses, que desesperanzados de vencer, se hicieron à la vela àzia el Mediterraneo; y como en èl tenian algunas Naves, tomaron el rumbo de la Africa, para unirse todos contra el Conde de Tolosa que no ignoraban, havia salido de Tolon con una poderosa Armada, la qual à los 25. de Agosto havia llegado à Malaga, y tenia orden de sacar del Mediterraneo à los Enemigos, dando, ó recibiendo la Batalla, si fuesse menester. No la rehusaban los Ingleses, antes buscaban la ocasion.

Por una, y otra parte se despacharon Naves, para descubrir los Mares, y partiò el Conde de Tolosa de Malaga con poco viento, que casi era calma. La misma padecian los Contrarios, y à todos los llevaba la corriente, que en el Estrecho es opuesta; porque la que baxa del Oceano al Mediterraneo, va àzia el Africa; y la que del Mediterraneo al Oceano, àzia la Costa de España: por esto es tan peligroso aquel parage por las opuestas corrientes: la que guiaba al Africa, conducia à los Ingleses; à los Franceses, la que à España: no sin algun riesgo, porque tenian menos que navegar. Así estuvieron dos dias, hasta que un poco de viento de una, y otra tierra puso à vista las Armadas. Observaron una nubecita, que precedia al Sol, señal de Levante, y esto alentó à los Ingleses, porque tendrian el barlovento: por esto forcejaron à buscar el origen del viento, para dexarse caer con impetu à la Batalla: favorecialos la corriente, y aguardaron con poca vela à que refrescasse, mientras los Franceses aún estaban en calma, porque no llegaba hasta ellos el poco Levante, que corria. Refrescó al ponerse el Sol, y tuvo algun trabajo el Conde de Tolosa, para mantenerle en aquellas aguas toda la noche: buscó el Mar abierto, dando las espaldas à la España, porque no pareciese, que huia; pero bordeando se halló sobre las aguas de Malaga, à

tiempo, que corria recio el Levante; y habiendo ya amanecido le avisaron, que la Armada Enemiga venia tendidas las velas, y formada en batalla.

Mandaba el Almirante Rooch ciento y diez y ocho Naves de varia magnitud, y ocho Balandras, que puso à los lados de la primera Linea: en medio estaba la Real de los Ingleses, teniendo à la derecha al Almirante Alemundo, Olandès. La segunda Linea, solamente constaba de quarenta Navios, y los demàs estaban en la primera. Sin dilacion puso en batalla à los suyos el Conde de Tolosa: eran 103. de pocos constaba su segunda Linea, porque havia en ella quarenta Galeras de España, y Francia, que tenian orden de sacar de la Batalla los Navios, que estuviessen maltratados, y traer con el remolco otros à la Linea. Porque el viento no le diese directamente por proa, torció à la derecha el Francés sus Navés. Retardaba el Combate la Mareta, contraria al viento; y mientras se forcejaba à vencerla, se prevenian mejor para el. Estaban à tiro, y antes se oían refonar las Trompetas, y Timbales, que se jugò el Cañon. Al fin, casi à un mismo tiempo dieron los Almirantes la señal de acometer, sacando la espada, y se empezaron ferozmente à cañonear. Primero padecieron mucho los Franceses, porque el viento contrario los agitaba mas, y no heria con tanta certidumbre su Cañon, quando los Ingleses disparaban mas firmes, menos commovidos del viento en popa, y veían mejor, porque el humo cargaba sobre la Armada Francesa, la qual estrechando la Linea, deseaba llegar al abordo, porque sabia, que tenia mas Gente de Guerra. El Inglés, que de esto huía, alargò su Linea, y solo peleaba con el Cañon; y porque los cuernos de ella se iban por la fuerza del viento, à la segunda de los Franceses, mandò estrecharlos, y unirlos, quanto pudo al semicirculo, que era mucho mayor, que el del Conde de Tolosa. Impaciente este, se dexò caer con impetu sobre la Comandante Olandesa; pero le faltò el viento, y solo la abrasò à cañonazos. Havia padecido mucho el ala derecha de los Franceses, y con haver las Galeras sacado las Navés maltratadas, y conducido otras à la Linea, se fortaleció. Los Ingleses hicieron lo proprio de su segunda Linea, y dieron mas vigòr à su izquierda; de genero, que alargandolas un

poèò, casi todas peleaban; porque las que mas havian padecido, no podian retroceder. El viento, que daba en cara à los Franceses, impedia incluir en su corva Linea à los Enemigos, y assi trabajaban en vano. En la segunda cayeron algunas bombas de las Balandras Inglesas, con poco efecto, y no podian acertar à caer en ellas todas las que se dispararon, por la movilidad de las aguas. No echo menos la muerte este estrago, porque sobran peligros para ser horroroso, y fatal el dia. Tiñose el Mar; y manchadas las Navés de la vertida sangre, hizo la fortuna escarnio de los mortales. Veíanse afeados los rostros, ò ciegos, ò desmembrados, y hechos pedazos los miseros Combatientes: todo era horror; y hasta el ayre, cubierto de una espesa nube de humo, casi prohibia la Batalla. Trabajaron mucho los Pilotos en mantener la Linea, y mucho mas los Ingleses, porque el mismo favor del viento los echaba sobre la de los Enemigos; y como era esto lo que el Conde de Tolosa deseaba para llegar à las Armas blancas, se mantenía à la capa, y los Ingleses resumieron el velamen, porque se enfureció el Mar, reforzandose borrasco el viento, de genero que ambas Armadas iban perdiendo el orden. El Inglés retirò el centro de la Linea, y juntò las alas, que aún no havian peleado bien, y amainaron las velas, porque temian dar en tierra.

El Francés, no pudiendo resistir la fuerza del viento, temiendo lo mismo, torció el clavo, y navegò à orza. Esto, y la noche puso fin à la Batalla, aunque quanto durò la remisa luz, no cesò la Artilleria. Assi quedó indecisa la victoria. Los Franceses perdieron mil y quinientos hombres; y aunque no les echaron à pique Nave alguna, quedaron todas tan maltratadas, que si no huvieran tenido prompto el Puerto de Malaga, perecerian muchas. Dos perdieron los Ingleses, los Olandeses una, y de ambas Naciones murieron ocho cientos hombres, aunque hubo muchos heridos, y Navés destrozadas, y ya inútiles no pocas. Como iba entrando la noche, cessaba el Levante, y se levantaron vientos de Medio-Dia, que à tres horas de noche cobraron fuerza. Bordeando los Ingleses con grande arte, se hallaron al amanecer en las mismas aguas, en que aconteció la Accion: esto no lo pudieron executar los Franceses, porque estaban mas cerca de

la tierra, y les fuè preciso tomar el bordo mas alto. Rocchi compuso por la mañana sus Naves otra vez en Batalla, y no hallando à los Franceses, vitoreò el Triumpho. No estaban aquellos lexos, porque los que hacian la descubierta en lo alto de los arboles, los vieron como ocho millas distantes, forcejando para buscar al Enemigo. Todo lo impidiò el viento, que obligò à los Ingleses à echarse à la Costa de Africa; y de alli mas violento, juntando Consejo de Guerra, se vieron precisados à passar el Estrecho, y dexar el Mediterraneo, abrigandose de Gibraltar, y Lisboa. Por esto se atribuyeron à si la victoria los Franceses; pues solo era su intento el echarlos al Oceano. Muchas questiones se levantaron sobre esta indecisa victoria; y ni, aun habiendo leído lo que se escribió sobre esto, nos atrevémos à definirlo. En Hamburgo se decidió la question à favor de los Franceses, porque no havian estos tomado Puerto, quando dexaron el Mediterraneo sus Enemigos, los quales dicen, que no dexaron el Campo de Batalla, y que faltò de èl antes el Conde de Tolosa. Ni aun el dictamen de los de Hamburgo ha quitado al Mundo la duda. Ambos Almirantes manifestaron imponderable valor, como tambien los demàs Gefes, y Comendantes de las Galeras. Mandaba las de Francia el Marqués de Roy, y las de España el Conde de Fuencalada, à quien se agregaron las del Duque de Turfís, mandadas por èl mismo. Esta es la cèlebre Batalla Navàl de Malaga, que durò trece horas continuas del dia 24. de Agosto. Muchos no aprobaron haverla el Rey Christianíssimo permitido, porque no facaba fruto alguno de ganarla, pudiendo luego reparar el daño sus Enemigos, ricos de Naves, y era la ruina de la Marina de Francia, si la perdía, pues solo con haverla maltratado, no salió mas Armada de Tolón, y las Naves que quedaron, estaban en su rada arrimadas, y raras despues han servido, dexando libre el dominio del Mar à sus Contrarios; y era tan infalible este èxito, que lo mismo huviera sido, aun abiertamente venciendo.

Rendido en Italia por los Franceses, Brixello, convirtieron sus Armas contra Robero; y al baxar por el Po las Barcas con Tropas, le desampararon los Alemanes, y se fueron à Ostiglia, Importabales à los Franceses el tomar aun à esta,

esta, para estrechar à Mirandula: Intentaron por el Mincio invadir à Sarrabàl, y con sola esta noticia desamparò sus Estados el Duque de la Mirandula. En vano intentaron los Alemanes expugnar à Castro-Fuerte, y en vano el Duque de Saboya recobrar à Chamberì. El de Vandoma marchò contra Bercelli, y passò con tres Puentes el Pò: Quisieron impedirle la marcha los Alemanes, y se vieron obligados à retirar, con alguna perdida de gente en la Retaguardia, donde fue preso el Señor de Uvaubòn. Quedaba descubierta Villanueva: desamparòla el Duque de Saboya, y passò hasta Crescentino, fortificado por naturaleza, y arte, à cuyas espaldas corre el Rio Doria, no despreciable alguna vez: Por donde se vè à Berrua la hace medio gyro una Laguna pantanosa, y sin vado alguno, sino solamente el Puente. A un mismo tiempo emprendieron muchos Sitios los Franceses, el de Bercelli, Sarrabàl, y Susa, despues de haver tomado el Duque de la Fullada à Brunet. Quisieron socorrer à Susa tres mil Saboyanos, que rechazados, acelerò la rendicion de la Plaza, de que hizo el Duque de Saboya un fuerte cargo al Governador: Importaba esta severidad para avisar al Señor de Hay, Governador de Bercelli, lo que havia de executar. Estaba esta Plaza embestida desde 31. de Mayo con diez y seis mil hombres, y cien Cañones. Quince dias se tardaron à plantar las baterias, y ayudò mucho à promoverlas el ocultarlas el Bosque de San Francisco. Otras se pusieron contra la que llaman Puerta de Turin, à cargo de los Españoles, mandados por el Conde de las Torres. Estaba bien fortificada, y abastecida la Plaza, y aunque se resistiò quanto fuè possible, no pudiendo ser socorrida, se rindiò, quedando prisionera la Guarnicion. Dudaron los Franceses si havian de demolerla, y al fin lo executaron solo en los Baluartes, dexando las Murallas.

Viendo desesperada la defensa de Sarrabàl los Alemanes, quemaron sus fortificaciones, y passando el Tartaro, y por Castrobaldò el Atheús, marcharon al Trentino. El Duque de Saboya hizo fuertes atrincheramientos en Crescentino: tenia prevenida la retirada à Verona, y como le venian por el Pò las provisiones, fortificò la contraria Ribera del Doria. Los Franceses determinaron sitiar à Imbrea, porque no viniesen socorros por los Esquizaros: esto obligò à retirarse à los

Valles de los Alpes los Saboyanos. Debañaba la tierra el Duque de la Fullada con mas libertad, despues que deshizo un Cuerpo de quatro mil Piamonteses en el Monte de San Bernardo. Con esto le fuè facil tomar à Augusta, y cerrar las puertas de la Francia. Rindiòse Imbrea, y alentò esta victoria à los Franceses para emprehender el Sitio de Berrua, y pusieron en tanto cuidado al Duque de Saboya, que llamó con vivas instancias à los Alemanes, que estaban en Trento. No havia mas Trivial camino para que estos passassen, que los Montes de Verona; pero estaban tan cubiertos de nieve, que eran intratables, y assi se vieron precisados à passar por unos Valles pantanosos, y sin vereda. El Duque de Vandoma vino à reconocer las Fortificaciones de Berrua. El de Saboya havia hecho una comunicacion à Crecentino, de un Puente, que levantò en el Pò, y fortaleciò con diez mil hombres para socorrerla. Esta Plaza està situada entre asperos Montichuelos, cubiertos de un rudo Bosque: estos los havia fortificado todos con atrincheramientos comunicables, porque importaba vencer lo arduo de tantos Collados para plantar formalmente el Sitio. El primero, y el mas fuerte era el de Gerbiniano, no tan fortificado con arte militar, quanto con la prefencia del mismo Duque; y aunque estaba adelantado el mes de Octubre, y era lloviòso el Otoño, atacaron los Franceses las Trincheras; donde, peleando con su propria mano, hizo el Duque de Saboya maravillas, y rechazò al primer assalto à los Enemigos. Mandò dar el segundo el de Vandoma, añadiendo Tropas, y se adelantò tanto, que arrancaba con sus manos las estacas; pero fuè tambien rechazado, y no tuvo la tercera vez mejor suerte: con tanto valor, à vista de su Principe, peleaban los Piamonteses.

Retiròse el Duque de Vandoma, y recurrió à la industria. Havia una eminencia por un lado de estas Trincheras, que las dominaba: esta ocuparon los Franceses, sin que lo advirtiesen los Enemigos, y subiendo con la mayor celeridad la Artilleria, la plantaron contra las Trincheras, que ya en descubierta las desampararon los Piamonteses, y se retiraron à Crecentino. Entonces convirtiò contra Berrua toda su fuerza el Frances, y batia con felicidad el Fuerte llamado por su figura, Cola de Golondrina, que hacia gran fue-

go:

go: abriòse brecha en el, y aunque no perfecta para el assalto le mandò dar el Duque de Vandoma. Pocas veces se ha visto Accion mas viva, ni mas sangrienta en una brecha, porque con el mayor valor los Sitiados defendian la ruda, y angosta entrada, dependiendo de ella el perderse la principal Fortificacion de la Plaza. Empeñados los Franceses, à fuerza de gente, perdiendo Regimientos enteros, despues de bien reñida disputa, vencieron, y pudieron estrechar el Sitio, levantando nuevas Trincheras; pero no podia ser perfecto el Cordón, porque estaba abierta la puerta de el focorro à las espaldas de la Plaza; y las guardaba el Duque de Saboya por el Puente que havia hecho à Crescentino, el qual era menester cortar, para poder ser perfecto el Circulo. Las continuas lluvias retardaban los trabajos, llenandose los Fosos de agua: caian las Trincheras; pero tenaz el Duque de Vandoma, las mandaba reparar: disputaban la inclemencia de el tiempo, y su constancia. Plantò baterias contra el Puente, para separar al Duque de Saboya: la impresion que hacia la Artilleria, reparaban de noche los Piamonteses, y assi trabajaban ambos Exercitos de forma increíble. Prevalencia la fuerza de la bateria, porque no podian reedificar tanto en una noche, muchas veces tempestuosa, y siempre obscura. Sin perder el Puente de vista, con repetidos angulos, ya estaban los aproches mas vecinos al muro: dieron el assalto al camino cubierto, y despues de una larga resistencia, le ocuparon los Franceses: con esto acercaron las baterias, y la misma noche entrò el Duque de Saboya en la Plaza con tres mil Infantes, y dos mil Cavallos, con intencion de hacer una furida: Era la noche obscura, y tenebrosa, cubierta de niebla, y la mas fria que es imaginable, porque estaba finalizando el mes de Diciembre: Yertos se hallaron muchos en las Trincheras, porque embarazaba el hielo el movimiento, y por esso en ella havia mas quietad, que vigilancia. El Duque de Vandoma, y los Oficiales Generales estaban en la cama: este pésimo exemplo persuadiò à muchos al descanso. A tres horas de noche salió el Duque de Saboya con el mayor impetu contra las Trincheras, que, ó mal guardadas, ó bien acometidas, las deshizo: pasó à cuchillo à los que las defendian, y clavò la Artilleria, mandando deshacer las Cureñas. Todo esto logró antes que

des-

despertaffen los que dormian en sus Pavellones: al fin tomó las Armas el Exercito. Medio vestido, y desnuda la cabeza salió el Duque de Vandoma, con espada en mano: llevaba las Guardias, buscando el origen, ó lugar de esta accion, y se encontró en ella: empieza de nuevo mas sangrienta, quanto mas, por parte de los Franceses, desordenada, porque peleaban à ciegas, y el Duque con sus Piamonteses conservaba el orden, y alentaba con el heroyco exemplo al valor; y viendo que yá cargaban todas las Tropas Enemigas, estrechando el orden de las fuyas, procuraba retirar los Infantes, oponiendo la Cavalleria, despues de haver hecho una de las salidas mas gloriosas, que puede à Principe alguno acontecer: peleó con la direccion, y con la mano; no escusó trabajo, ni peligro, antes, pródigo de sí mismo, buscó los mas evidentes; y hecho en los Enemigos no pequeño estrago, se retiró, con solo la pérdida de trescientos hombres, habiendo muerto tres mil Franceses.

No se le puede negar al Duque de Vandoma el valor con que se metió en lo mas ardiente de la pelèa, inflamando à los suyos, ignorando el parage en que estaba, y quantos peligros le ceñian. La luz de la mañana mostró la padecida ruina, con gran trabajo reparada. Despreciando estos accidentes de la fortuna los Franceses, prosiguieron el Sitio, y aunque se les disputaba cada palmo de tierra con valor, ocuparon el Fosso. En este estado cessaron las baterias un poco, por falta de piezas, clavadas muchas, desfogonadas otras, y algunas desmontadas, de genero, que fué preciso mandarlas traer de Casà. Los Alemanes intentaron socorrer al Duque de Saboya; oponianse los Franceses, guardando el Adda, el Oglio, el Mincio, y el Athesis. El General Lenaghen, Aleman, estaba en el Bresciano, aguardando oportunidad, y recibiendo las provisiones por el Lago de Garda, disputadas con continuas escaramuzas. Los Franceses ocuparon à Defensano, para que introduciendo en el Lago Barcas, no viessen Viveres à los Enemigos. Callaron los Venecianos; y aunque internamente adherian à los Austriacos, mejor querian à Defensano en poder de los Franceses, no tan licenciosos como los Alemanes, porque necesitaban menos. Estas empresas dexamos imperfectas, por guardar la serie de los

hechos; pues en este estado de las cosas de Italia feneció el año. No faltaba en alguna expedicion la acostumbrada censura. Creyeron los Prácticos de la Guerra, que si los Franceses aplicaban todas las fuerzas contra el Puente, quitandole las esperanzas de socorro, antes de sitiar à Berrua, la huvieran con mas facilidad rendido.

La victoria del Duque de Malburgh en las Lineas de Scolemergh, puso en gran cuidado al Duque de Baviera; y no desesperando ser socorrido de los Franceses hizo nuevas lineas en Ausburgh. El Conde de Marsin estaba acampado en el Rio Lechen, y en los terminos de la Alsacia el Marqués Coigny, ambos Franceses: El Señor de Courtobón asseguraba el camino al Mariscal de Tallard por la Selva Negra, donde le encontró el General Froimbofart, para guiarle por los Campos de la Suevia. El Mariscal de Villa-Roy ocupaba el Valle de S. Pedro: Así distraidos en varias partes los Franceses, en ninguna tenian grandes fuerzas, hasta que de orden del Rey Christianissimo se juntaron con el Duque de Baviera, en 27. de Julio, Tallard, y Marsin. Tambien se unieron las Tropas de los Coligados, mandadas por el Principe Eugenio, y el Duque de Malburgh. La esteril tierra no podia alimentar tantá gente, y assi era preciso venir à batalla, deseada de ambas partes, è inflamados los animos de tan gran numero. Los Franceses, y Bavaros eran inferiores en él à sus Enemigos; pero lo ignoraban, porque en las Revistas, el engaño de los Comissarios, Coroneles, y Subalternos, daba à los Generales à entender mayores fuerzas de las que tenian. Fiado en ellas el Duque de Baviera, pasó el Danubio con errado dictamen: acampose en Octet, entre una Laguna, y unos Montecitos, cubiertos de Selva muy espesa. A 13. de Agosto supo que venian los Enemigos, y ordenó sus Tropas: ocupó el centro de la primer linea, y formó otra segunda, igualmente estendida, en que puso algunos Oficiales Generales à las espaldas, para que nadie retrocediesse: no distaba mucho el centro de las alas; y como en los espacios havia puesto separada alguna Cavalleria para socorrer à ambas partes, casi era continua la linea, que tocaba la Selva, y la Laguna: en aquella quiso poner seis mil hombres de reserva emboscados, para qualquier accidente que sucediesse à la

sinistra, gobernada por el Conde de Marín, porque veia venir à los Enemigos en forma de batalla, muy reforzada la derecha, que regia el Principe Eugenio: esto hicieron, porque recelaron, que en el Bosque se ocultassen Tropas; mas no lo quisieron executar los Franceses, por no privarse de tantos Regimientos, y para que peleassen todos.

La izquierda de los Coligados estaba à cargo del Duque de Malburgh, que marchaba immediato à la Laguna: tenian el centro del Exercito los Olandeses, y las Tropas Auxiliares de Alemania, con innumerables Principes, que havian venido à hallarse en aquella Accion. La derecha del Duque de Baviera la gobernaba el Mariscal de Tallard: era yà cerca de medio dia quando empezaron à cañonearse; porque para no fatigar los Soldados, venian muy despacio los Coligados; y como estaban mas bien situadas las Piezas del Exercito del Duque de Baviera, y havia elegido el Campo, todo lo que durò jugar solo el Cañon, padeciò mucho la Infanteria Alemana; porque por quatro horas no se estrechò la Batalla. El Principe Eugenio acometiò el primero à Marín: el encuentro fué feròz; mas bien sostenido de los Franceses, porque la primera Linea de los Alemanes bolviò las espaldas. Con gran brio el Principe Eugenio sostuvo la segunda; y fortificada con los que solo hasta ella retrocedieron, bolviò à pelear mientras algunos Cabos recogian los que havian huído. En este desorden perdieron los Alemanes algunas Vanderas, y Estandartes. Renovòse mas dura la Guerra, y los Franceses, que hasta la segunda Linea se havian adelantado, se contuvieron, porque para reparar el desayre, combatian con nunca visto ardor los Alemanes; pero como los Franceses havian visto la sombra de la victoria, tanto se esforzaron para que no se les huyesse, que otra vez ahuyentaron à sus Enemigos, y los hicieron retroceder hasta donde tenian una Bateria de Coñones, que la ocupò Marín. Eugenio, viendo que se le deshacia la derecha, retrocediò formado, dando media bueita, y las espaldas à su centro, hasta que se uniò al extremo de él, porque de alli esperaba socorro, y no en vano, pues se destacaron quince mil hombres, que atacaron por un lado à Marín, que tambien, dando buelta à la derecha, hizo frente; y aunque con nume-

ro desigual, sustentò fuertemente la violencia enemiga; y viendo, que padecia mucho, le socorriò la segunda Linea del mismo cuerno: con esto sustentaba bien la Accion; pero como eran mas en numero los Alemanes, pretendia recoger sus Tropas, y unirlas à su centro: Viendo esto el de los Coligados, se adelantò impetuoso contra el Duque de Baviera, para cortar à Marín, y dexarle atrás. Logrando Eugenio la oportunidad, le cargó con el ultimo esfuerzo, y le deshizo aunque no tan del todo al principio, que no procurasse juntar el residuo de sus Tropas con las de Baviera. Esto se lo prohibiò con segundo asalto Eugenio, adelantando la Cavalleria, de genero, que toda el ala sinistra de los Franceses fué derrotada, y puesta en huida, y no pudo el Bávaro socorrerla, porque peleaba, no solo con todo el centro de los Enemigos, sino tambien con la ala derecha victoriosa, y regida por tan gran General como el Principe Eugenio, que prohibiendo seguir à los que huían, quiso proseguir la victoria, y se arrojò con tanto impetu contra el Duque, que aunque este hizo de su Exercito dos frentes, y combatia por su mano con admirable esfuerzo, le iban los Alemanes derrotando, porque le faltaba la Cavalleria de ambas alas, habiendo sido vencida, y deshecha la derecha, que regia el Mariscal de Tallard, contra quien peleò con arte, y valor Malbruch; pues por aquella Laguna, que pareció à los Franceses invadible, pasó un Destacamento de Ingleses, y atacò por un lado à Tallard: este no los viò, hasta que los tuvo encima, por su cortedad de vista, y así; por dos partes ferozmente acometido, aunque diò grandes pruebas de su valor, quanto permitia, declarada contraria la suerte, fué preso queriendo bolver à ordenar las primeras filas. Con esto acabò de dár la ultima derrota à sus Contrarios el Ingles, y cargò tambien contra el Bávaro, que aún sustentaba la ardua, y difícil Batalla, y flaqueó mas, despues que todo el Exercito enemigo convirtiò contra él las Armas: havia llamado para su socorro à la segunda Linea, y mientras pretendia formar un triangulo, pusieron en tierra las Armas diez y nueve Batallones Franceses, con solo el vil exemplo de un Coronel, que lo hizo, y pidiendo quartel, se entregaron prisioneros. Ni aun con esto le faltò el animo al Bávaro, por-

que ordenò con tanta regla la retirada, que si los Franceses, que abatieron las Armas, persistieran en pelear, se hubiera reintegrado la Batalla, porque ya havia buuelto à ella Marsin con todas las Tropas, que pudo recoger; mas ya triunfantes los Alemanes, é Ingleses, se esforzaron con tal brio à perficionar la victoria, qua bolvió la espalda todo el Exercito enemigo, al qual, por espacio de un dia, siguieron los Vencedores: prohibió la noche mayor estrago, y el Duque de Baviera, y el de Marsin se retiraron à Ulma con las reliquias del Exercito: de los que huian, dos mil perecieron en el Danuvio; doce mil Franceses, y Bàvaros quedaron muertos, y fue igual el numero de los prisioneros. Infelizia para el Bàvaro! Indecoroso para los Franceses! Fatal, y pernicioso para los Españoles! El triunfo, y la gloria se reservò à los Vencedores, donde los Cabos Militares dieron evidente prueba de su conducta, y valor: perdieron ocho mil hombres. Esta es la cèlebre Batalla de Ocsted, origen de tantas pèrdidas. Voluntariamente, y no forzado la diò el Bàvaro, llevado de su destino, parque teniendo interpuesto el Danubio, podia vencer à los Enemigos, sin batalla, pues no podian subsistir en País tan estèril.

Esta es la primera desgracia que viò Luis XIV. despues de medio siglo de continuadas glorias: importò ser vencido, para que creyessen los Franceses, que lo podian ser. El Rey llevò este golpe con maravillosa igualdad de animo: mandò reclutar su Exercito, y degradar de los Militares honores, y nobleza à los Oficiales, que ignominiosamente havian depuesto las Armas en el Ardor de la Accion: estos fueron dos Mariscales de Campo, oatorce Brigadieres, veinte y tres Coronales, quarenta Thenientes, y otros infinitos Subalternos, y Capitanes, con Decreto tan riguroso, que los inhabilitò en adelante. Tambien formò processo contra los Comissarios, é Inspectores, porque pagaba el Rey setenta mil hombres, y no constaba de setenta mil el Exercito, ni havian hecho las reclutas segun las ordenes dadas, y la instruccion.

Por la Selva Negra baxaron à Strasburgh el Duque de Baviera, y Marsin, dexando à Augspurg llena de Viveres, y Municiones. Las Tropas del Cesar tomaron à Meminga, Layinga, y Braunavia, y poco despues à Ulma; y antes, que se

reparassen de el daño los Franceses, determinaron sitiar à Landau, donde estaba por Governador el Señor de Lauban. Diòse el cargo del Sitio al Principe de Badèn, con las Tropas Auxiliares de los Principes del Rhin. El Ingles invigilaba contra los Franceses, que estaban en Offemburgh; para que no entrassen socorros en la Plaza; pero burlò la diligencia de las Centinelas, y de los que guardaban los puestos el Señor de Monfort, que con una bien armada Partida de Cavallos forzó la Trinchera, y socorrió con Viveres, y Municiones la Plaza, aunque al bolver, seguido de un Regimiento de Cavalleria, peleando en la Retaguardia, dexò la vida. Añadieronfe las Tropas del General Tungen à las de Badèn, y vino à ennoblecer otra vez el Sitio Joseph, Rey de Romanos. Desde 18. de Septiembre jugaban tres baterias, y havia hecho muchas surtidas el Governador; pero fue mas feliz la de la ultima noche del mismo mes, en la qual clavò diez y ocho piezas, y matò gran numero de los Sitiadores. Entraron à las Trincheras los Olandeses, y Prusianos: diòse un assalto à la media luna del Bastion de Melac, y fuè sangrienta la disputa, pero al fin se alojó en ella el Conde de Eck: despues de dos horas le echaron los Sitiados, y queriendose resistir, quedò prisionero. Al otro dia bolvieron à recuperar lo perdido los Alemanes; pero en el mismo dia, con una salida de la Plaza, los desalojaron. Impaciente el Principe Eugenio de la inconstancia de la fortuna, vino con tres mil hombres à dár el assalto, y antes de pisar el fatal Sitio, perdió ochocientos, y los restantes, que quedaban, le ocuparon. Los Franceses estaban fortificados à la otra parte del Fosso, al qual defendian con tanto valor, y estrago de los Enemigos, que ya no podian obligar los Cabos con ofrecimientos, amenazas, y castigos, à que dieffen los Alemanes el assalto: Con jactancia encargò esto à cinco mil de los suyos Malburgh, y fue feróz la contienda, hasta que distraida el agua del Fosso, le llenaron de farnientos, y faginas: vencieron los Ingleses à mucha costa, y plantaron una bateria contra la puèrta con gran felicidad. Ya à proposito la brecha, dieron el assalto, y por tres veces fueron rechazados, pero à la quarta ganaron el angulo, y se alojaron: Alli, valerosamente peleando, murió el Principe Próspero Fustembergh

Defalentaron mucho los Defensores, quando estando sobre el Muro el Governador, le quitò la vista el ardor de una bala de cañon, que le pasó muy cercana, quemandole las niñas de los ojos; pero ni aun estando ciego apresurò la rendicion, hasta que se executasse quanto cabia en la defenfa. Despues admitiò las Capitulaciones, que dieron los Franceses vencedores, quando tomaron la Plaza al Conde de Phryfia.

A 26. de Noviembre entrò el Rey de Romanos en la Ciudad, tan variamente agitada de la suerte. Los Alemanes, é Ingleses se retiraron à Quarteles. Debastaba la Baviera el General Herbevil; y aunque se queria vengar en Ratisbona el Señor de Bexèl, Bàvaro, lo impedian los Alemanes, y havia yà ganado à Traerbach el Principe de Hefsecasèl. Estaba todavia en Mónaco, Capital de Baviera, Theresa Cunegunda Sobieski, muger del Duque; y no pudiendo defenderla, ni queriendo el Emperador, que facasse sus hijos, se los entregò con el Estado, y se pasó à Venecia: precedieron algunos pactos, pero ninguno se cumplió, porque se saquearon muchas Casas de Mónaco, y se pusieron en una Torre los hijos del Duque, no tratados, como era justo, à la celsitud de su sangre. El Duque, y su hermano, el Elector de Colonia, se passaron à Flandes, y se diò à aquel el Gobierno de estas Provincias, con Despachos del Rey Catholico.

Poco apretaba con su Sitio à Gibraltar el Marqués de Villadarias, porque venian frequentes socorros por Mar. Un imperito Ingeniero plantó junto al Molino las baterias à 21. de Octubre, sin efecto alguno, y se recibia gran daño del Cañon de la Plaza. Para abrazar con los apròches el Bastion del mar, se estendieron casi hasta el agua, aunque impedia los trabajos un Navio de los Sitiados, que disparaba Morteros cargados à piedra. Contra él se armaron algunas Lanchas: le assaltò una noche obscura el Señor de Gabaret, y le apressò, porque haviendose prendido fuego en unos Barriles de polvora, que estaban en la Plaza de Armas, la confusion embarazò la defenfa. Ni aun con todo esto estaban firmes las Trincheras, sobre la arena, porque à poco impulso las derribaba el Cañon de la Plaza, y así se trabajò en vano, con pérdida de tiempo, y de dinero. No ha-havido Sitio, donde mayores errores se hayan cometido; estos mostraron, donde se

se havian de poner las baterias: por fin se dirigieron contra el Baluarte, que mira al Oriente, y contra la puerta: entonces verdaderamente empezò el Sitio, pero tarde; porque antes de hacer buena brecha, y dar el assalto, llegó à 9. de Noviembre el Almirante Lake, Ingles con 22. Naves, Tropas, Viveres, y Municiones. Luego quemò tres de las suyas el Gefe de Esquadra Point, Francés; y una con viento en popa, trepando por los Enemigos, se salvò.

Como en cordòn plantò sus Naves contra las Trincheras Lake, pero el Cañon de la tierra le apartaba. Batian los Sitiadores el Castillo, situado en una eminencia; y aunque la brecha no era capaz de assalto, mandò Villadarias darle: Marchar à él era uno de los primeros peligros; porque havian hecho tantas cortaduras los Defensores, que era menester ir por gyros, y descubiertos. Al primer acometimiento, cansados de la subida, y en terreno no igual, fueron rechazados los Españoles: al segundo desistieron de la empreffa, baxando con modo de fuga por el precipicio. Con las mismas dificultades, è infelicidad se assaltò el Bastion de San Pablo. Intentaron los Ingleses con Lanchas desembarcar, y lo prohibiò con valor Don Luis de Solis, socorrido del Marqués de Paterna. Tambien intentaron prohibir los socorros, que venian de Andalucía en pequeñas Barcas; pero fuè en vano, porque las defendió con brio Don Joseph de Armentariz, y huvò una pequeña batalla en la orilla del Mar. Llegaron à este tiempo de Inglaterra otras diez y ocho Naves: dabales el Africa los Viveres; pero yà empezando à ser rigida la estacion, y no siendo aquel Puerto capaz de tantas, las de primera magnitud se bolvieron à sus Puertos, quedaron pocas, y ninguna de Linea. Las continuas lluvias embarazaban el Sitio: caian las Trincheras; y como las mas eran de arena, humedecida esta, cedia por sí, y la separaban los vientos, los Españoles determinaron acantonar el Exercito, y cesar de la hostilidad, fortificando el terreno delante de la Plaza: fuè poco descanso para el Soldado; porque lo riguroso del tiempo hacia incomodo el Quartel, y así perecieron infinitos, y se deshizo aquel Exercito sin guerra, y la que huvò fuè inutil.

Despues de templada la ardiente estacion del año, y retirada-

tirado (como diximos) el Rey Catholico à la Corte, salieron à Campaña los Reyes Don Pedro de Portugal, y Carlos de Austria; pero no con Exercito proporcionado à sus personas. Estaba en èl el Almirante de Castilla, que havia levantado à su costa un Regimiento de Cavalleria de Estrangeros, y algunos del País, gente nueva, è inexperta: dióles la librea como la de los Reyes de Castilla; pero todo era lisonja, y engañarse à sí mismo: sabia, que con aquel Exercito no se podía hacer progreso alguno, y se acomodaba al tiempo, mal satisfecho del corto favor, con que le distinguia el Rey Carlos, y de no tener en su Consejo la autoridad, que esperaba. El Duque de Bervich guardaba à Estremadura con quince mil hombres de buenas Tropas; y antes de hacer operacion alguna los Enemigos, se bolvió el Rey Don Pedro à Lisboa; por el poco respetoso modo de disputar que tenia el General Inglés Sconembergh, que fue llamado à Londres, y le substituyó Gallovay, un Religionario Francés, que servia à Inglaterra. Embió la Reyna nuevas Tropas à Portugal, y con esto bolvió à Campaña el Rey, que por Almeyda marchaba à Castilla: opusosele en el Rio Agueda el Duque de Bervich, y se fortificó en èl; hubo algunas acciones entre la Cavalleria, siempre à favor de los Españoles. Los Ingleses, y Alemanes querian dàr la batalla; los Portugueses no venian en esto, y lo repugnaba absolutamente el Rey: en esta contrariedad de opiniones, pasó el tiempo mas oportuno; porque Bervich estaba precisado à recibirla, y pelear con quince mil hombres, contra quarenta mil. Esta defusion fuè perjudicial à los interesses de los Coligados, que pudieron entrar libremente en Castilla, y turbarla mucho; pero el Rey Don Pedro diò luego Cuarteles de Invierno à sus Tropas. Esto llevó muy mal el Rey Carlos, y lo disimulaba, porque los Portugueses estaban verdaderamente cansados de tener en su País Tropas Estrangeras, que pretendian mandar mas, que el dueño de èl, y no dexaban de recelar algun peligro.

Ya retirados los Enemigos, pasó à Madrid el Duque de Bervich, y no fuè tan bien recibido como creía. Mandaba absolutamente el Duque de Montellano, que havia echado ya à su Diocesis al Arzobispo de Sevilla Don Manuel Arias,

Arias, pidiendo el Rey secretamente al Pontífice, que no le diese mas Breve para residir fuera de ella. Viendo fenecida su auctoridad, se fuè voluntariamente à Toledo el Cardenal Portocarrero. Tenia Montellano orden de la Reyna para hacer quanto fuesse possible, à fin de que bolviessse de Paris la Princesa Ursini; pero le faltaban al Duque medios para dexar contenta la Reyna, pues ni tenia en Francia amigos, ni Luis XIV. estaba dispuesto à esto, haviendose resistido à muchas Cartas, en que la Reyna lo pedia. Tampoco queria Montellano interiormente, que la Princesa bolviessse, porque estaba mal vista de los Españoles, y gobernaba dispoticamente, fiada en la gracia de los Reyes. Esto lo conocia la Reyna, y lo disimulaba. Los èmulos del Duque le trataban de ingrato, pues debia su exaltacion al favor de la Reyna, que le havia solicitado la Princesa; pero como era hombre de dictamen constante, y severo, y creía no convenir à la España la buelta de la Princesa, todo lo sacrificaba à esta politica, en que juzgaba servir mejor al Rey, que en esto estaba indiferente; y solo por dar gusto à la Reyna, permitia se hiciesen las diligencias mas eficaces. Estas tomó à su cargo el Duque de Veraguas, para ganar la gracia de la Reyna, y tener por firme, y segura proteccion à la Princesa, si lograba su intento.

Todavía cuidaba del Real Erario Juan Orri, queriendo formar las Guardias del Rey de otra manera, suprimió la de la Cuchilla, que era entonces la principal, y llamaban de Borgoña, fundada por Carlos Quinto. Era sola una Compania, de la qual era Capitan Don Francisco de Castelvì, Marqués de Laconi, Cavallero de Cerdeña; y aunque este era empleo de la Nobleza de Borgoña, dispensò Carlos II. en el Marqués el no ser de aquella Nacion, porque se le havia introducido con particularidad en su gracia. Como le quitaban tan grande honra, le hicieron Grande de tercera Classe. Como esto era de mucho lustre para la Nobleza de Cerdeña, se diò por ofendido de no ser promovido à igual grado Don Artal de Alagon, Marqués de Villazor, hombre de ilustre, y esclarecida Familia, y el mas antiguo Titulo entonces en aquel Reyno; era tambien de las mas nobles, y respetadas la de Castelvì, y havia pasado entre ellos la com-

petencia à perjudicial discordia, que suscitò antiguos vandos, alguna vez sangrientos; y aunque la principal Nobleza no entrò en ellos, hacia poderoso el partido de los Marqueses de Laconi el gran numero de parientes, y estar dividida en otras Casas la misma Familia.

Con haverse ido el Marquès de Laconi à Madrid, cesò enteramente la discordia, pero siempre quedò entre las dos Casas interna emulacion; y haviendose adelantado la de Castelvì à la Grandeza, quedò la otra herida de una mortal embidia, avivada de Don Joseph Meneses de Sylva, hermano del Conde de Cifuentes, que havia casado con Doña Manuela de Alagón, hija unica del Marquès de Villazor, y heredera de sus Estados, despues que el Rey Phelipe con un Decreto quitò la duda de si en ellos succedian hembras, porque pretendia el Fiscal ser Feudo riguroso, no ampliado; y aunque no se decidió por Sentencia, permtiò el Rey, que pudiesse passar los Estados à su hija el Marquès, y que en caso de su muerte, sin quitarle la possession, litigasse el Fiscal. Esto consiguió Don Joseph de Sylva (llamado por su Muger Conde de Monte Santo) por interposicion del Christianissimo, informado de los que favorecian à Don Joseph, que la Casa de Villazor podia, con su autoridad sola, defender el Reyno de Cerdeña de los Enemigos; y assi; por tener grata esta Familia, se le hizo merced tan relevante.

Hemos narrado esto difusamente, para mostrar el origen de la perdida de Cerdeña; porque ni con los beneficios obligada la Casa de Villazor, viendose, al parecer, propuesta à la de Laconi, enagenò de los intereses del Rey el animo, y tomando Don Joseph de Sylva el exemplar de su Hermano, (aunque no tan abiertamente) y herido de la desgracia, que à si mismo se ocasionò el Conde de Cifuentes, escondia (pero con grande arte) en su corazon el veneno, que explicado à su tiempo, perdiò aquel Reyno, no porque solo fuesse capaz para ello, pero hallò disposicion en los animos de muchos, en quienes aun vivia escondido el amor à la Casa de Austria.

Juan Orri formò al Rey nuevas Guardias de su Persona, y las mas principales, de quatro Compañias de à Cavallo, de à doscientos hombres cada una, Nobles, y Veteranos:

nos, dos de Españoles, una de Walones, y otra de Italianos: à las primeras se las diò por Capitanes à Don Felix de Cordova, Duque de Sessa, y à Don Ginès de Castro, Conde de Lemos: De Walones se nombrò por Capitan al Principe de Sterclaes: Y de Italianos al Duque de Populi. Tambien se formaron dos Regimientos de Guardias de Infanteria, uno de Españoles, y otro de Walones, de tres mil hombres cada uno: del de Españoles se nombrò por Coronel al Marquès de Aytona, y del de Walones à Carlos Florencio Acroi, Duque de Avre. Quedò asimismo la Guardia de los Alabarderos de Palacio, con su Capitan el Marquès de Quintana.

Tambien esto, que parece ageno de los Comentarios, lo hemos dicho, para la inteligencia de muchas circunstancias, que en ellos verèmos; y con esto feneciò el año.

AÑO DE M.DCCV.

TENIAN igual progreso el siglo, la guerra, y las desgracias: estas eran consecuencia de aquella, que se hizo ya necesaria; en los Vencidos, para redimir su opression; en los Vencedores, para perficionar el assumpto, y à todos lisonjeaba la esperanza, que fomenta lo vario de la suerte; porque se gloriaban los Franceses en Italia vencedores, aunque en Germania vencidos. La Francia, cansada de la Guerra, deseaba una Paz infame, y perniciosa: nunca admitiò esta baxo dictamen el Rey Christianissimo, ni el Delphin: todas eran sugestiones del Duque de Borgoña, no queriendo (como decia) aventurar lo proprio, para salvar lo ageno. Tenia muchos sequaces esta opinion, y por lisonja, ò por amor à la Patria. La Señora de Maintenon, que no tenia poca parte en el Gobierno, y havia sido en su juventud Dama del Rey, no se atrevia à proponerle cosa tan opuesta à su gloria, y al gusto del Delphin; pero le avia ganado de genero la voluntad la Duquesa de Borgoña, que alguna vez propuso al Rey, si no desistir del empeño, buscar forma para no proseguirle con ayre. La soberbia de los Coligados era tal, con los Prosperos successos de Ocked, y Landau, que no

daban oídos à razonable ajuste. Nada de esto ignoraba el Rey Catholico, por lo qual se viò precisado à contemplar mas à la Francia, y à mostrar entera dependencia de la voluntad de su Abuelo. Esta era una justa, y neccessaria politica del Rey, que mal entendida de los Españoles, se disgustaban cada dia mas, y crecia el odio contra los Franceses. Algunos, menos contenidos, hablaban con defacato: de esto crecia en el Rey la desconfianza, porque crecia el numero de los que con razon se debian tratar con diffidencia. El Duque de Agramont, Embajador de Francia en Madrid, llevaba muy mal el moderado animo del Rey; y como era de genio ardiente, y violento, queria se usasse de un rigor, que no era oportuno; y por esto, ò por ingenuidad del dictamen, no reparaba en notar de defaectos, aun à los principales Ministros, y se desunia mucho de Montellano, de cuya sinceridad nunca dudò el Rey. Adhiriò à Agramont el Marquès de Ribas, Secretario del Despacho Universal, porque desconfiando el Rey de muchos, creciesse su autoridad, y assi, sembraba algunas discordias, perjudiciales al Gobierno, y al bien publico, que conocidas por el Rey, le exonerò del empleo, y se le diò una Plaza supernumeraria en el Consejo de Indias.

Eligiòse por Secretario, con dictamen de Montellano, à Don Pedro Fernandez del Campo, Marquès de Mejorada, hombre de gran comprehension, ingenuo, entero, y con el largo uso de los Negocios en la Secretaria del Real Patronato, muy practico, y de prompto expediente, aunque el natural no el mas dulce. Despues, viendo, que tanta mole de Negocios era infoportable cargo para uno, se eligiò para los de Guerra, y Hacienda, por Secretario del Despacho à Don Joseph Grimaldo, hombre de gran benignidad, y rectitud, y de un singular amor al Rey. No tuvo en estas elecciones parte Agramont, lo que llevò muy mal, porque queria enfalzar sobre todos su autoridad, y por esso repugnaba tenazmente la buelta de la Princesa Ursini, contra el gusto de la Reyna, que havia encargado à el Duque de Alba, (Embajador en Paris) que aplicasse, para esto, los mas vivos officios. No deseaba mucho esto el Duque, por no descontentar à los Españoles; pero era preciso obedecer, entonces con

poco efecto, porque sostenia en su dictamen al Rey Christianissimo el Duque de Agramont, que yà reconciliado con Montellano, estuvieron ambos de acuerdo en instar à la Reyna, que nombrasse Camarera, que no lo havia querido hacer hasta entonces, no defengañada de que bolviessè la Princesa. Al fin, vencido primero el Rey, se obligò à la Reyna à admitir por Camarera à la Duquesa viuda de Bejar, Muger (sobre fer de la mas alta Esfera) llena de virtudes, y que hacia una vida retirada, y exemplar, por lo qual no queria admitir el empleo: mandoselo el Rey, y periuadida de sus parientes se rindiò, con poco gusto, porque amaba mas la tranquilidad de su casa, à la qual bolviò muy presto, habiendo usado de tantas artes en Paris la Princesa, ayudada de las instancias de la Reyna, que pudo lograr el favor de la Señora de Maintenon, la qual obligò al Rey Luis à que la permitiessè bolver à España, lo que executò luego, y fuè recibida de los Reyes con demonstraciones nunca vistas de Soberano à Subdito. Reintegròse en su officio, y se aumentò su autoridad, y su poder hasta donde no podia ser mayor. Entonces empezò à disponer à su modo otra vez el Palacio, y echar de èl à los que no la havian sido favorables. El primero fue Agramont, que no la costò mucho trabajo, porque no era del genio del Rey, y le succediò en la Embaxada de Francia el Señor de Amelot, Marquès de Gournay, varon prudente, y sagaz: era uno de los Parlamentarios en Paris, y nada ignorante; pero como entraba de golpe al manejo de un Reyno, que no conocia, pareció al principio poco à proposito à lo que le destinaba la Princesa, que era poner en èl toda la autoridad, que tenian los Ministros Españoles, pues havia dado en Paris esta palabra, para sincerarse de que queria apartar del Gobierno à los Franceses.

El Duque de Montellano, que viò declinado su poder, y yà adversa la Princesa, hizo dexacion de la Presidencia de Castilla, y no la admitiò el Rey. Instò el Duque, y la Princesa dispuso viniessè el Rey en exonerarle; pero quedò del Consejo Secreto del Gavinete. Diose el Gobierno de la Presidencia à Don Francisco Ronquillo, Conde de Gramedo, por dictamen de los Franceses, que querian uno, que les tuviesse respeto, y que conociesse su no esperada elevacion.

Era Ronquillo un hombre de singular fidelidad, y amor al Rey, tanto, que se propassaba su zelo, y por esto adquirió fama de demasiado rigido, y el temerle perdió à muchos, pero era hombre justo, y de gran verdad. Ni à los Franceses les salió la cuenta de que los obedeciese, porque no era capaz de contemplaciones, ni de grandes obsequios, poco lisonjero, y cerrado, y por esto padecia notas de rusticidad su genio austero.

Viendo tan encendida la Guerra, se aplicò todo à ella Amelot. Aun permanecia el Sitio de Gibraltar, cada dia mas arduo, porque habiendo los Ingleses renovado la amistad con Muley Ismaél, Rey de Marruecos, de alli traian los Viveres, y le ofrecieron socorro para que avigorasse el Sitio de Ceuta. Havian estendido sus Trincheras los Españoles hasta la altura del Castillo de Gibraltar, que es toda la seguridad de la Plaza: dieron un asalto, y ocuparon el Fosso: pero luego fueron rechazados: llegó al Sitio el Mariscal de Telsè con nuevas Tropas, y el Gefe de Esquadra Pointi con diez y ocho Naves de Guerra, à las quales se añadieron las Españolas, destinadas al Comercio de Indias. Defendia la Plaza el Principe de Armestad, que para distraer à los Españoles, dispuso con los Reyes de Tunez, y Argél el Sitio de Orán, luego executado, porque no quisieron los Africanos perder tan grande oportunidad. Una gran borrasca echò las Naves Franceses à las Costas Africanas: esta misma traxo con celebridad à los Ingleses, que del Tàmesis partieron al socorro de Gibraltar, los quales venian en quarenta y ocho Naves, y acaso encontraron con las del Señor de Pointi, que bolvian de Africa, que fuè obligado à pelear con tan inferior numero, y así fuè vencido, y muchas de sus Naves sumergidas, tres apresadas, y otras tuvieron la fortuna de escapar, y entraron en Talón, Malaga, y Cadiz; pero tan maltratadas, que no pudieron bolver à servir mas. Los Ingleses, explicando con pifanos, y salvas la victoria, entraron en el Puerto de Gibraltar, y socorrieron la Ciudad con cinco mil hombres. Con esto levantaron el Sitio los Españoles, dexando un Castillejo en la Montaña opuesta: presidado de dos Compañias. Este Exercito, que estaba destinado à las Fronteras de Portugal, se perdió inutilmente en este Sitio, y así de-

terminaron los Portugueses venir à recobrar lo perdido. Mandaba el Exercito de Extremadura el Marquès de Bay, Flámenco, con quince mil hombres. Baxò el General Faggel à Yelves, donde plantò su Campo: otros seis mil hombres mandaba el Marquès de las Minas, que los puso entre Almeyda, y Penamacòr: con poco trabajo recobraron à Salvaerra, aunque bien pudo hacer mas su Governador. No les sucedió así en Valencia, porque la defendió Don Alonso Madariaga, Marquès de Villa Fuerte, casi fuera de los limites de lo regular: sufrió cinco asaltos en la brecha, y se defendió despues con cortaduras, hasta que la necesidad le obligò, yà herido, à rendir la Guarnicion prisionera de guerra. Embiabanla esta à Lisboa con la Escolta de ciento y treinta Cavallos, y dexando los Españoles, aunque desnudos, y desarmados, descuidar à los Soldados, los ataron, y oprimieron repentinamente, les quitaron los Cavallos, y huyeron.

Passaron los Portugueses à Alburquerque, y en siete dias la rindieron, y despues se scamparon contra Badajòz, ocupando la Ribera del Ana; pero estaban los Españoles à la otra parte del Rio disputandoles el passo. Azia el Tajo estaba el Marquès de Bay observando al de las Minas. Juntaron Consejo de Guerra los Portugueses, è Ingleses sobre la Expedicion, que se havia de executar: los Ingleses fueron de dictamen de atacar à Ayamonte, para debastar la Andalucía; pero como era preciso passar por los Algarves, y estaba el camino aspero, escabroso, y poco cultivado, no se conformaron los Portugueses. Passò la question à que la decidiese el Rey Don Pedro, y no fuè tan prompta, como era preciso la respuesta, porque los Portugueses no deseaban aventurar la Guerra, sino segura. De esto nació alguna discordia entre el Rey Carlos, y el Portuguès; pero al fin se determinò no ir à Ayamonte, y tuvieron por instruccion los Portugueses de conservar las Tropas, sin exponerlas à grave Accion, porque ellas eran toda la seguridad del Reyno, y no temia el Rey tanto à los Enemigos, como à sus Coligados. No dexò Faggel de penetrarlo, y creció la mala satisfaccion reciprocamente. Estaba Don Pedro con accidentes tales, que habían desconfiar de su salud, aunque no se le conocia deter-

minada enfermedad, sino un tedio de sí mismo, una profundísima melancolía, inquietud, y silencio: cansado, ó con algun desorden el discurso, no estaba la cabeza habil para el Gobierno, de que nació querer los Magnates entregarle á otro; pero esta era ardua, y difícil empreña, por la variedad de opiniones: algunos se inclinaban á que por la poca edad del Principe del Brasil, fuese Governadora, con un Consejo de Ministros, la Reyna Cathalina, viuda de Carlos de Inglaterra, hermana del Rey Don Pedro. A otros, y al Duque de Cadaval, parecia impropio excluir al Principe; y estas disputas, que no llegaron á estar determinadas, fueron de grande impedimento á la Guerra, y se les dió tiempo á los Españoles para juntar mas Tropas, presidar, y abastecer á Badajoz, Alcantara, y Ciudad Rodrigo; pero habiendo entrado la estacion ardiente del Sol, que prohibe en aquel clime proseguir la Campaña, se dió Quarteles de Verano á las Tropas de una, y otra parte.

No era assi remisa la Guerra en Italia. No pudiendo el General Lenagen, Tudesco, passar los Collados de Brescia, por haverlos hecho intratables las nieves, tomó el camino del Bosque. No padecian poco los Dominios de Venecia, porque guardaban los Valles los Franceses, y como estos ocupaban á Palazoso, tenían el Rio Oglio baxo de sus armas. Los Alemanes podian libremente ir por el Vicentino, ó el camino de Trento; pero querian socorrer al Duque de Saboya, por si se podia librar á Berrua. Llegó de Viena Guido Starembergh, y se acercó mas á Verona: con esto fortificó mejor el Oglio el Gran Prior de Vandoma: llamó á las Tropas del Campo de la Mirandula, aumentó el Presidio de Robero, y Onglia, y quitando, quanto le fué posible, todos los Barcos del Pò, puso sus Tropas en Castillon Strideriente: todo era impossibilitar socorros á Berrua. Entró en nuevos cuidados el Duque de Saboya, porque el de la Fullada, habiendo passado el Varo, sitiaba á Villa Franca, que con poca dificultad la rindió: quedaban los Castillos bien presidados, y antes de atacarlos, cerró los pasos de los Montes de Genova, donde corre mas suave el Tanaro. El Duque de Saboya, temiendo atacassen á Nissa, quiso socorrerla, pero llegó tarde; porque los Franceses havian ocupado las Riberas del

del Torvia, y se les avia rendido Montalvan, y poco despues los Castillos de Villa-Franca: luego passaron al bloqueo de Nissa, presidada de mil Soldados: no pareció oportuno poner el sitio antes que se rindiessse Berrua, que tenia ya las brechas abiertas. Diferia el Duque de Vandoma dar el assalto, hasta que cayessse Crescentino, contra el qual movió sus Tropas. Desconfiando de poderle defender el Duque de Saboya, se passó á Chiva. Esto dió lugar á estrechar todo el Piamonte, porque estendieron los Franceses sus Tropas desde el Doria al Pó. Padecia Berrua otra Guerra en la falta de Viveres, y no tenia poca ocupacion el Presidio en resistir los clamores del Pueblo, que instaba la rendicion, porque empezaba el hambre, y no se admitia en el Campo de los Franceses á los que huyendo de ella salian.

En este estado de cosas, habiendo antes prevenido minas en los Baluartes, mandó el Duque, que haciendo la acostumbrada seña, se entregassen á los Franceses, y que entrando, se diessse fuego á las Minas. Fingióse Desertor un Thiente Lorenès, y expuso al Duque de Vandoma con tal energia el miserable extremo, á que estaba la Ciudad reducida, que le persuadió á no despreciar sus clamores, porque luego harian llamda. La misma fuerza, y eficacia de las palabras (ó traydor á sí mismo en su rostro el traydor) puso en sospechas al Duque: mandóle dar tormento, y confessando la verdad se libraron los Franceses del riesgo, que les amenazaba el engaño: prosiguieron la linea desde el Doria á los vecinos Collados: intimaron la rendicion, y ya no pudiendo resistir mas, se entregó la Ciudad, con 1500. prisioneros. No le quedaba al Duque de Saboya mas que Turin. Los Franceses plantaron sus Reales en Mantua. El Principe Eugenio, que nuevamente havia llegado de Viena, los puso en Verona: era su designio passar con quinze mil hombres el Mincio; y para divertir á los Franceses, atacó á los que estaban en Calcinato el General Vibra. Los Señores de Mursy, y Sampater fueron á encontrar al Principe Eugenio al passo del Rio: havia plantado este en la opuesta orilla algunos Cañones de Campaña, y á pecho descubierto resistieron los Franceses su estrago por cinco horas, no sin daño de los Alemanes, á quienes heria la bala de fusil, porque era angosta

gosta la distancia. Desistió Eugenio de la empresa, y el General Vibra no logró ventaja alguna en la suya. Determinó Eugenio, juntándose las Tropas del General Lenagen, que passasse la Cavalleria por la Montaña, y la Infanteria en Barcos por el Lago de Garda; y aunque le guardaban los Franceses, y echaron à pique tres de ellos, passaron los Alemanes, y plantaron su Exercito à la vista del Duque de Vandoma. No les pareció à ambos Generales dár la batalla, à los Franceses, porque havian determinado el Sitio de Turin, y à los Alemanes, porque solo querian juntarse con el Duque de Saboya, que hacia para esto vivas instancias, temiendo el Sitio, pues yà el de Vandoma havia elegido los puestos. El Duque de la Fullada, despues que tomó la Ciudad de Nissa, como le faltaba lo mas difícil, que era el Castillo, hizo tregua con él, para passar con todas las Tropas contra Turin, porque el Rey Christianissimo le havia destinado por Gefe de esta empresa. Era este un desdoro por el Duque de Vandoma, pero lo consiguió con el favor del Señor de Xamillar su Suegro, que era Ministro de la Guerra. Dióse por ofendido Vandoma, y rogò al Rey le admitieffe la dexacion del mando de las Tropas; y mientras no se le respondia, no aplicò el necessario cuidado à las disposiciones de la Guerra, como era preciso, y pudo el Principe Eugenio fortificarse, tirando una linea desde Gavarròn à Salòn: havia algunas escaramuzas de Cavalleria con varia suerte: quatro mil Palatinos baxaron à aumentar las Tropas del Principe. El Duque de Saboya fortificò à Chiva, puso sus Tropas en los Collados de Turin, para estàr prompto al socorro: echò un Puente al Pò, pero le arruinaron luego los Franceses: quisieron en vano al mismo tiempo sorprehender à Chiva, porque estaba bien prevenida: fueron à ocupar ambas orillas del Pò, y lo resistió el Duque de Saboya, que baxò con diez mil hombres, y hacia no pequeño estrago en los Franceses, embarazados en badear el Rio: con todo, fueron tan constantes, que le passaron: guiaba la Manguardia el Principe Delbuf, que murió gloriosamente peleando. Con esto se retirò à Moncaller el Duque, y le fortificò, derribando una sumptuosa Casa de Campo, que tenia para su diversion.

Aun persistian con poca felicidad los Franceses contra

Chi-

Chiva: havia el Principe Eugenio ofrecido socorrerla: parecia difícil, pero mas lo fiaba de su ardid, que de sus fuerzas. A 21. de Junio movió su Exercito una noche no del todo obscura, porque aunque embarazada de nubes, daba la Luna alguna luz. Eran sus Tropas veinte mil Infantes, y doce mil Cavallos: conducia sesenta Piezas de Cañon; y para ocultar su designio, se entretuvo mas allá de Mella: luego subió al Lago de Isa, y ocupó el Puente inopinadamente: torciendo por la derecha baxò à Urago, y sabiendo que se guardaba con negligencia Calcéo, con apresuradas marchas llegó al Oglio por las angostas, y escabrosas sendas, mal guardadas del descuido del Gran Prior de Vandoma. Esta negligencia entrò à la parte de la fortuna de Eugenio, que no debia esperarla; porque pocos Cañones puestos en lo estrecho del fendero, le huvieran embarazado, y mas en un lugar incapáz de formarse las Tropas. Acriminò esto à su hermano el Duque de Vandoma, que no perdonando à su propia sangre lo avisò al Rey. La ingenuidad, y justicia del Duque salvò al hermano. Los Alemanes ocuparon à Puzòl, y Calcéo, y luego à Palaceto, à quien desamparò Don Fernando de Torralva; pero sorprehendido en la marcha, quedó prisionero. Assi estaba expuesto todo el Cremonès: con mayor cuidado guardò el Athesis el Gran Prior, escarmentado de la passada negligencia. Estos accidentes apartaron de Chiva al Duque de Vandoma, en perjuicio del bloqueò, que estaba formando à Turin el de la Fullada, y havia yà ocupado los Collados vecinos à la Ciudad, y à Castaneto, dividiendo las aguas con gran trabajo del Exercito, el qual aumentó con las Tropas, que llamò de Susa à cargo del Conde de Estain. Renovòse la hostilidad contra Chiva, y passando el Oreo los Franceses, despues de tres horas de batalla, que les costò el vencer una pequeña eminencia, porque el Duque de Saboya disputaba el menor palmo de tierra, y estaba con la Cavalleria en Setimio, lo que embarazaba mucho el forrage, y era preciso hacerle con continuas escaramuzas, y encuentros de Cavalleria, hasta que el Theniente General Albergoti le ocupò, venciendo antes un Destacamento de Piemonteses.

Vandoma mandò echar un Puente al Oreo, y tanto se

X 2

es-

estrechò Chiva, que se rindió: con esto tenian los Franceses tributaria la Provincia casi hasta las puertas de Turin. Mirabalo el Duque de Saboya desde un Montichuelo, donde hay un Convento de San Francisco: faltaba mucho para formar el Sitio, y se prevenia lo necesario. El Duque de Vandoma, para recoger sus Tropas, pasó à Pavia, y à Lodi: era preciso oponerse al Principe Eugenio, que estaba en Romanengo fortificado, y havia elegido un Campo lleno de Fossos, y cortaduras. Para dár quietud al Cremonés, pasó mas adelante Vandoma: echo dos Puentes al Oglio, y con continuos assaltos de Cavalleria tenia siempre en Armas à los Enemigos, nada seguros por la izquierda, despues que el Gran Prior ocupò à Marcaria, Caneto, y Ustiano, donde huviera podido encerrar quatro mil Alemanes, si huviera apresurado la marcha. Faltabanle Tropas al Duque de la Fullada para el Sitio de Turin, y no lexos del Oglio los Alemanes, podia recelarse el socorro, aunque los Franceses guardaban las orillas, porque los havia engañado Eugenio muchas veces. Al Duque de Vandoma, para estar mas prompto à todo, le pareció poner sus Tropas en Casàn, y ocupar los Collados. Con esto resolvió el Principe Eugenio atacar al Gran Prior de Vandoma: supolo el Duque por los Desertores, y con toda la Cavalleria fuè à socorrer à su hermano: dexò en Casàn el Thementie General Seneterre, y mandò à Don Francisco Colmenero, y al Señor de Luxemburg, que le siguiessen con gran parte de la Infanteria, por si se podian hallar en la Batalla. Todo sucedió à medida del deseo, porque se unieron las Tropas antes de ella; y estandò yà à la vista Eugenio, se vió precisado à darla. Era el dia 17. de Agosto, y en lo mas ardiente del Sol se ordenaron los Exercitos. Eugenio, que regia la derecha, cargò la izquierda de los Franceses, mandada por Don Francisco Colmenero, que aún herido, sustentò con valor la peléa: Llamò mas gente el Principe, y à Colmenero lo socorrió Albergoti; pero ni con esto pudo resistir el nuevo impetu de los Alemanes, y fue la siniestra de los Franceses deshecha: siguiéron los Vencedores hasta el Puente, y ocuparon unas rusticas casas, de donde à su salvo herian el centro de los Franceses. Recogió con gran celeridad los huidos Albergoti, y bolvió à empezar nueva Batalla, no

favorable à los suyos, mientras conservaban las casas los Alemanes: para echarlos de ellas, embió un gran Destacamento Vandoma, y lo consiguió. Ya todos en Campo abierto, cobraron brio los Franceses, y bolvieron al Campo, en que se combatia, retrocediendo Eugenio hasta el lugar, donde havia empezado à acometer: assi por la derecha de los Alemanes alternaba la fortuna: la de los Franceses la gobernaban los Señores de Praslin, y Faat-Sremond, impacientes de no poder pelear por lo escabroso del sitio. Duraba aún la sangrienta disputa con la izquierda de los Franceses, y sin desistir de ella el Principe Eugenio, movió el centro de sus Tropas contra Vandoma: flaquearon las primeras filas, y retrocedieron un poco los Franceses: acercò la segunda Linea el Duque, y se exasperò la accion con tanta tenacidad, que yà se peleaba solo con Bayonetas. El Duque recibió una herida: esta le encendió mas, y tanto esforzó sus alientos, que retrocedió Eugenio à su lugar. Estrechabanle los Franceses con gran denuedo, y resolucion; y para alentar à los suyos, llamó à muchos por su proprio nombre, y uniendo mas las Lineas, pasó con ellos hasta las primeras filas: tambien recibió una herida, porque tratò el valor con desprecio; y tanto se adelanto peleando por su propria mano, que llegó hasta la mitad del Campo, valerosamente sostenido de los Franceses, sin que de él retrocediesse un passo. La noche pacificò la ira: nadie tocò à retirada; pero ambos Generales la mandaron con voz baxa. De los Alemanes murieron el Principe Joseph de Lorena, el de Witembergh, y el General Lena-gen. De los Franceses ningun Oficial General; pero fuè igual la perdida, quedaron en el Campo doce mil hombres, y mas prisioneros quedaron de los Franceses. Por nadie quedó el Campo, ni la victoria: los Franceses se gloriaban de no haver dexado passar el Oglio à los Enemigos: estos, de haver embarazado el Sitio de Turin: por esso se determinaron con mas vigor los Franceses, y acercaron à èl todo el Exercito. Salieronse de su Corte la Madre, Muger, è Hijos del Duque de Saboya. Temió mucho la Italia este Sitio, porque si rendian à Turin los Franceses, la imaginaban esclava. Sus Principes, estudiando cada uno su seguridad, favorecian por esso quanto era possible à los Alemanes.

No se le ocultaba esto à Luis XIV. y temiendo una Liga de Italia contra él, ò vencido de los ruegos de su Nieta la Duquesa de Borgoña, hija del Duque, embió por la posta al Señor de Dreuscen, mandando, se suspendiesse el Sitio de Turin. De esto se doliò altamente el Duque de Vandoma: representò se perdia la mayor oportunidad: propuso infalible el rendimiento de la Plaza, y que con ella nunca saldrían de Italia los Franceses, facilitandoseles qualquier empreña; pero la Señora de Maintenon, y Xamillar, contemplando à la Duquesa de Borgoña, hicieron persistir al Rey en el Dcreto, del que resultò, como verèmos, perder el Rey Catholico los Estados de Italia. Vandoma propuso, no servir mas en ella, y que se perdiessse en agenas manos; porque yà veía, que disirriendo el Sitiò à otra Campaña, se daba tiempo à los Enemigos de aumentar su Exercito, y conocia quantas inteligencias tenia en Paris el Duque de Saboya, y que no se hacia la Guerra con el dictamen del entendimiento, sino de la voluntad. Embiaronse à Quarteles de Invierno las Tropas, y algunas à Nissa, y Sussa, porque havia hecho el Duque de Saboya esparcir un falso rumor, que se prevenia una Armada en Londres à favor de los Calvinistas de Francia. El Governador de Asta la desamparò, porque diò, engañado, esta orden el Secretario del Duque de la Fuçada: luego la ocupò el de Saboya: el Principe Eugenio se fuè à Crema, y el Duque de Vandoma à Pizzigiton. No se podia proseguir operacion militar alguna por las continuas lluvias, rara vez vistas con tanto exceso, que pareció se sumergia la Italia. Salieron de madre el Pò, Adda, y Athesis, y mucho mas el Ticino: perecieron muchas familias, llevadas de la violencia del agua las casaf; se viò en este Rio arrebatado en su propria cuna, un Niño con un Perro, que con el dormia, y navegò assi por dos dias, hasta que un hombre del campo le facò. Lo irregular de las lluvias no retardó al Duque de Bervich el Sitio del Castillo de Nissa: impediàle el passo el Varo entumecido, y mandò reparar los Puentes, que se havian llevado las Aguas: traxeronse por Mar de Lengoadoc, y Provenza los Viveres, y Municiones, y se lavantò Trinchera. El Señor de Carail defendia el Castillo con dos mil Prisiarios, hombre valeroso, y experimentado. Havia

minado toda la Fortaleza, y hecho quanto cabia en el arte para dilatar la defensa; y como feneciò el año antes de cumplirse esta Expedicion, lo dirèmos en su lugar.

No ardia en menores llamas la Alemania, y Flandes. Los Bàvaros, mal hallados con el nuevo dominio, llamaron al proprio Dueño: transpirose el secreto, y padecieron mas dura servidumbre: demuelense las fortificaciones, y ni à la principal de Mónaco se perdonò. Los Franceses hacian sus Almacenes en Theonville, y Metz: haviafe reclutado con diligencia, y vino à mandar el Exercito el Mariscàl de Villars, que havia sido creado nuevamente Duque, y Par de Francia. El Señor de Halmen, Ministro Olandès, corriò las Cortes de Germania, para inflamrarlas à la Guerra: no era menester esto, porque el Rey de Romanos lo hacia con mayor eficacia. Los Coligados hicieron su Junta de Guerra en Treveris, y la fortificaron, para que fuesse mas libre la navegacion à la Mosela: edificaron un Castillo en el Monte, y se hicieron diques, para soltar las aguas quando fuesse preciso. El General Doph, Olandès, llegó con sus Tropas à la Mosela: aqui se juntaron las de los Principes de Alemania. Viendose inferior en fuerzas Villars, dispuso, que el Mariscàl de Villa Roy inflamasse la Guerra en la Olanda, para distraer à los Aliados; y estudiando su seguridad, echò del Puente de la Brilla à los Palatinos, sorprehendiendolos. El Señor de Rosèl, Francés, debastaba la Tierra del Ducado de Dupont, y obligò à sus Moradores à retirarse à Landau, y Maguncia: tambien ocupò à Hembergh, y Saarboursgh. Las Tropas de Suevia, y Franconia se acercaron à Philisburgh, que eran 237. hombres, à los quales se junto el Principe de Baden con 237. Aún no se havia determinado en Viena Expedicion alguna: embarazabalo la quebrada salud del Emperador Leopoldo, que yà daba señas del ultimo peligro, y por effo à 23. de Abril, prevenido con los Sacramentos de la Iglesia, al siguiente dia hizo su Testamento, en que, despues de Joseph su Primogenito, (si muriesse sin descendencia varonil) nombrò por Heredero de todos los Países Hereditarios à su segundo hijo Carlos. Diò las razones porque incluia en ellos los Reynos de Ungría, y Bohemia, explicando, que esta fuè ganado por Armas, vencido en la Batalla de Praga Ferdinando;

do; y aquella conquistada con grandes expensas, sacandola del poder de los Turcos, y que no havia dado Decreto alguno en que se les restituyesse la antigua libertad, ò derecho de eleccion. Diòle su hydropesia lugar à todas estas justas disposiciones, y à los 5. de Mayo murió, de edad de 65. años.

Este fuè uno de los mas esclarecidos, y afortunados Principes de su siglo. Era su aspecto magestuoso, la cara larga, y morena, poco pobladas las sienas, y el labio inferior un poco grueso, y levantado: la estatura mediana, y bien formado: era blando, prudente, recto, y religioso, aunque alguna vez dexò de parecerlo, porque las politicas de los Reyes tienen tan oculto fin, que hacen dudar de la verdad. Fuè siempre casto, veridico, sobrio, y taciturno: montaba bien à cavallo, y entendia la Musica; à la qual, y à la caza estaba inclinado. No era liberal, ni magnifico, ni propenso à la Guerra. Tenia tanta experiencia de los negocios, que podia gobernar bien, si quisiera; pero el temor de errar le embarazaba, y assi obedecia siempre à ageno dictamen. Ninguno fuè mas abierto transgressor de las Leyes del Imperio: creó Reyes, Electores, y Principes à su arbitrio, y se hizo respetar mas, que muchos de sus Predecesores. Conquistò la mayor parte de Ungria, y coronò dos hijos. De estos el Primogenito Joseph, Rey de Romanos, fue elegido por Emperador; pero antes yà havia tomado las riendas del Imperio, porque fuè immoderado deseo al Trono, no le dexò esperar las acostumbradas ceremonias. Reconociòle toda la Europa, menos los Reyes de España, y Francia, los Electores de Baviera, y Colonia, que aunque hicieron sus protestas, no fueron atendidas, ni ellos admitidos al Congreso de Ratisbona, como pretendian, trataronse como Rebeldes al Imperio, y creyeron los demàs Electores ser en bastante numero para hacer valida la eleccion. Con el nuevo Emperador, declinò la autoridad de todos sus Aulicos, y Dependientes, y mucho mas la de su Madre: su Muger Amelia nunca la tuvo: con la misma se quedaron el Principe Eugenio, el de Badèn, y Guido Starembergh. Tenialos por necesarios; y no le pesaba poco: creciò el cuidado de la Guerra; y yà no hablaban tan alto los Eclesiasticos, y los Principes de Italia. Mandó luego ha-

hacer reclutas, y pidiò nuevos donativos: presidiò à Ratisbona contra los Fueros de ella: daba la violencia el derecho.

Para no estar ociosas las Armas, se acercò con 175. Ingleses à la Mosela el Duque de Malburgh. En Mastrich mandaba el Exercito de los Olandeses el General Overkerker. Determinòse en el Consejo de Guerra sitiar à Theonville, y Kell: encargòse la empresa à Luis de Badèn, y à los Ingleses, y por esso passò por Cusambrik las aguas Sarrenses Malburg con mas de 1000. hombres, y puso su Campo à vista de los Franceses, teniendo por la derecha la Mosela, y por la siniestra à Carnoldo. Estaba atrincherado en Sirchèn el Mariscal de Villars: ocupaba la Cavalleria la llanura, y la Infanteria las eminencias del terreno: solo por la frente podia atacar el Inglès, si queria la batalla; pero ninguno la buscò: por esso estuvo ocioso Overkerker en la Mosa, porque èsta entonces dependia de la Mosela. Logrò de esta oportunidad Villa Roy, y mandò al Conde de Gazèn, pusiese Sitio à Huy, y se acampò en Viñamonte, esperando el èxito, juntamente se abrieron las Trincheras contra la Ciudad, y el Castillo; mandabanlas los Señores Bouzols, y Artanian, varones esforzados, y à un tiempo batian à los Baluartes de Picuart, y San Joseph. Rindiòse la Ciudad, y poco despues el Castillo, aunque bien defendido, y quedò prisionera la Guarnicion. Con esto se abrió à los Franceses todo el País de Lieja, y entrando en aprehension los Olandeses, traxeron de la Mosela mas Tropas. El Duque de Malburgh quiso juntar à las suyas las del General Tungén, y del Principe de Badèn, para dàr la batalla à Villars; pero no fuè obedecido, porque Badèn la creyò intempestiva. Tungén no podia moverse, porque le observaba el Conde de Marín. Mucho se enfureciò de esto el Inglès, y en el silencio de la noche retirò sus Tropas. Informò de esto el dia à Villars, y pìco la Retaguardia de los Enemigos, no sin alguna felicidad, y la Cavalleria tomò algun bagage. Para quitar à Villars toda aprehension Villa Roy, fingiò el sitio de Lieja, y puso sus Reales à vista de la Plaza. Precisiò esto à Malburgh à baxar à la Mosa, adonde tambien concurriò Villars. Los Ingleses se acamparon en Mastrich, y los Alemanes, y Prusianos en las lineas de Lautemburg. Los Westphalienses, y Palatinos en Trèveris, y los

Franceses en Theonville. Allí estaban los Ejércitos, quando el Duque de Baviera tomó à Lieja; pero no habiendo podido rendir el Castillo, desvaneció el Sitio.

Mas fuertes estaban en la Mosela los Franceses: de repente se movieron Villars, y Marsin: este ocupó à Werseo, y Seltz: aquel rompió las lineas de Treveris, y ocupó la Ciudad: juntóse à Marsin, para assaltar las lineas de Landau, pero fue en vano, porque se juntaron al General Tungén los Prusianos, Suevos, y Franconios, con que hizo un Ejercito igual al de los Franceses. No pudo estorvar esto que rompiesen las lineas de Wisemburgh, deshechos quatro Regimientos de Cavalleria, passaron à Lautemburgh, y se presentaron á los Enemigos. Cinco dias estuvo Villars formado en batalla, y no la quisieron los Alemanes, atentos à guardar à Landau. Hacia el Frances dilatadas correrias hasta el Rhin: tomaron à Homberga con 300. prisioneros; pero luego pararon sus progresos, porque se destacó del Ejercito de Villars gran parte de Tropas para Italia, y assi le fue preciso estár sobre la defensiva, y reparar las lineas de Haguenau. Entendió la infausta constitucion de las cosas Luis de Badén, entró en nuevas ideas, y se acercó à Maguncia. Otra vez bolvió la Mosa à arder. Sitiaron los Olandeses à Huy, y à vista del Duque de Baviera la rindieron: fortificóse este no lexos de Namur, y dió ocasion al Inglés para que le assaltasse. La noche del dia diez de Julio movió sus Tropas contra el Bavaro; y aunque ya havia amenacido, tuvo el favor de que hacia una niebla muy espesa, y de esta forma pudo llegar hasta las lineas sin ser visto: Dió el assalto por una sola parte: acudió el Bavaro à la defensa, y sin rumor de Tambores hizo el Inglés un Destacamento contra la parte que le pareció mas descuidada: rompióla, y por lo mas llano entraron los Olandeses, à los quales siguió todo el Ejercito. Dióse otra batalla; pero estaban desordenados los Franceses. Los mas esforzados concurren à sustentarla, y entre ellos Don Pedro de Zuñiga, hermano del Duque de Bejar, y el Señor de Grandin, con sus Regimientos, pelearon valerosamente; y habiendo entrado los Ingleses à perficionar con la bayoneta la victoria, no mostraron poco valor, los que retrocedieron con orden; y era tal, que bolvieron à reintegrar la pelea; pero

car-

cargados de la muchedumbre, fueron vencidos. Quedó no poca gente en el Campo, y muchos prisioneros Franceses. Dixose, haver sido causa de la victoria de Malburgh, el haver el Bavaro estendido la linea hasta la eminencia de Bajeo, cuya estremidad estaba guardada de solos cinquenta hombres; y que hubiera podido aguardar la batalla en campo abierto, yá que era igual en fuerzas à los Enemigos. La fama, entonces poco propicia à los Franceses, divulgó, que estaban vistiendose, quando los atacó el Inglés, y que la mayor parte de ellos estaban en la cama, otros al espejo acomodando los bucles de la caballera, y no pocos en chancletas.

De tan continuadas victorias tomaron gran brio los Aliados: nada les parecia difícil, y yá nada seguro à los Franceses. El Bavaro adelanto sus Tropas al Rio Dile, para cubrir al Bravante, y Antuerpia. El Inglés, que deseaba ocupar à Lobayna, determinó passar el Rio: defendióle el Bavaro, y se retiró Malburgh con algun desorden, porque havian pasado yá muchos sobre un Puente, que hizo de escabados troncos: y como era angosta la senda, fué la retirada precipitosa, y cayeron al agua muchos. Las Tropas del Señor de la Mota se juntaron con el Bavaro. El General Spaar mandaba un gran Destacamento de Ingleses, y Olandeses, que se hizo contra Sas de Gante: ocupó el Canal, y se infestaba todo el País de Bruges: acudió el Duque de Baviera, y se apartó Spaar con poco fruto. Juntas de una parte, y otra todas las fuerzas, se pusieron à la vista los Ejércitos en Overesil à 28. de Agosto: estaba el Bavaro formado en una eminencia ventajosa: passaron los Ingleses el Dile por donde corria menos furioso, para dár la Batalla, rehusaronla los Olandeses, y dieron à sus Tropas Cuarteles de Invierno, baxo el mando de Overkerker, despues de haverse perdido de una, y otra parte algunos Castillejos de poca consideracion. Esta fué en este año la Campaña de Flandes.

El Mariscal de Villars, aun con pocas Tropas, invigilaba contra el Principe de Badén: con militar estratagemas entendió por las Riberas del Rhin su gente, y la fingió mas numerosa: sacó los Presidios de la Alsacia, y determinó el no dár, ni rehusar la Batalla; y para explicarlo al Enemigo, obtentó formadas sus Tropas muchas veces. Luis de Ba-

dén

dèn tenía la misma idea, y ocupaba las Cumbres, y los Collados, porque el Valle estaba cortado de intratables lagunas, y pantanos. Deliberò sitiar à Hagenao, y lo encargò al General Tungèn. Villars conduxo su Exercito al Campo de Strafburgh, y se fortificò. El Alemàn erigió un Puente entre Drufkeim, y Ofendorf, para gozar de la feráz Isla de Dalandia, mas allà del Rhin. El Principe de Phrisia expugnò à Drufkeim. Tungèn bloqueaba solo à Hagenao, para rendirla sin sangre, sabiendo, que estaba la Plaza mal proveida, pero viendo que se resistia, empezò à batirla: ofreciò indecorosos pactos à su Governador el Señor de Perio, que no quiso admitir, y facendo con el favor de la noche los Cañones con sus Cureñas de los Baluartes, dexando para guardar la brecha al Coronel Harlin con pocos, saliò con todo el Presidio por la puerta de Saverne, con grande orden, y silencio. Era sumamente obscura la noche, y dispuso por Manguardia toda la Artilleria: seguianse las Tropas, y detras todo el bagage, para que sirviessse de impedimento al Enemigo, si lo advirtiesse: encontrò con la gran Guardia de los Sitiadores, compuesta de cinquenta hombres, quisieron hacer oposicion, pero fueron rechazados. Al amanecer viò Tungèn lo que ocultò la sombra: mandò seguir los que se retiraban, pero ya era tarde; porque havian passado el Soria, y no era facil vadear precipitosamente sus aguas. Rindiòse Hagenao: Mayores ideas concibiò el Principe de Badèn; pero se hizo de sus Tropas un gran Destacamento para Italia, porque clamaba por el Duque de Saboya el Principe Eugenio. Los Estados de Babiera bolvieron otra vez à armarse, y salieron à Campaña quinze mil hombres Ocupando de repente à Biburgh, Strambingh, y Braunavia, rindieron por escalada à Burgauso, y huvieran hecho mayores progressos, si se les huvieran unido los Bohemos, solicitados à la rebellion, que rehusaron. El Cesar, sin dilacion, embiò Tropas baxo el Palatino, y el Principe de Witembergh: El General Wentzio recobrò à Burgauso: resistianse los Sublevados, y fueron precisas algunas Capitulaciones para aquietarse.

Pasò el Duque de Malburgh à Londres, y recibìo no pequeños aplausos de Vencedor: confirmabase cada dia en la gracia de la Reyna, y se le dieron 100 libras esterlinas de pen.

penfion. Esto le cargò de embidia: no faltaba à sus Enemigos materia en que censurarle; y porque no podian en la conducta, y el valor, le notaban de Avàro, y poco legal en la administracion de los grandes caudales, que de Inglaterra se le remitieron, y de las contribuciones de las Provincias enemigas, que decian haverse aplicado para si; pero con la celebridad de los triumphos, y de la adquirida gloria, estaban los Ingleses Ciegos. Gastabanse sumas inmensas de dinero: contribuian cantidades nunca vistas los Pueblos: baxaban las Acciones de los Bancos, y se disminuia el Comercio: todo servia para inflamarse mas en el empeño, y en nuevos gastos: nombraronse siete Almirantes para las Esquadras, que se prevenian; y como faltaban Marineros, se traxeron con grandes expensas de Dinamarca. Diòse una Esquadra al Almirante Skiovel, para que corriessse las Costas de Francia: añadiéronse despues las Naves destinadas al Almirante Rooch, porque este havia hecha dexacion de su empleo: entonces se mandò al Almirante Binghs, que con su Esquadra invigilasse sobre los Puertos de Francia: otra se embiò à la America, y se mando à Skiovel passasse con la fuya à Lisboa, donde entrò faustosamente con ciento y treinta Velas, incluidas las de Transporte, porque llevaba doce mil hombres de desembarco, mandados por el Conde de Peterbourgh. Dieron vista à Portugal, donde luego se junto Consejo de Guerra, en que asistieron, à mas de los Gefes de ella, y los Ministros del Rey de Portugal, el Principe Jorge de Armestad, el Almirante de Castilla, y el Conde de la Corzana: estuvieron tambien presentes los Reyes de Portugal, y Carlos de Austria, el Principe del Brasil, y la Reyna viuda Catalina, con el Principe Antonio Leichtestein. Suscitòse la duda de qual havia de ser la Expedicion, y los pareceres fueron varios. Gallobay dixo: „ Se debia atacar à Lengua-
 „ doc, donde armados los Calvinistas, esperaban este socor-
 „ ro prometido de la Reyna: Que havia muchas inteligen-
 „ cias en Mompeller, Nimes, las Cebennas, y todo el Prin-
 „ cipado de Oranges: Que passaban los Rebeldes de diez
 „ mil, mandados por Rabanel, y Catinacio, Varones de va-
 „ lor, autoridad, y zelò por su Religion: Que estaba ya con-
 „ certada, luego que esta Armada pareciesse, sorprender à
 „ Mom.

„ Mompeller, Nimes, Adge, Pont de Lunèl, y Pefenàs, y
 „ hacer correrias desde el Puente de Sancti-Spiri tus à Nar-
 „ bona, infestar toda la Lengüadoc, el Bearnès, las Provin-
 „ cias de Fox, y Bigorra, hasta la Aquitania; porque aun en
 „ Burdeos, y Bayona no les faltaba Religionarios; y tenien-
 „ do amiga toda la tierra del Principado de Oranges á Me-
 „ rendol, y los Pueblos de la Montaña, era preciso, que ca-
 „ yesse Aviñon: Que se daba la mano esta conjura con la de
 „ la Rochela, y Normandia; y que tenian los Judios orden
 „ de Olanda de subministrar el dinero: Que de todo estaba
 „ entendido el Duque de Saboya, para atacar al mismo
 „ tiempo el Delphinado: Que este era el unico medio de
 „ foyugar la parte de la Francia, que baña el Mediterraneo,
 „ donde havia pocas Plazas, y desprovehidas: Que todas las
 „ Tropas estaban en el Rhin, en Flandes, y en Italia, y que
 „ se veria precisado el Rey Christianissimo, teniendo en el
 „ centro del Reyno la Guerra, no solo à facar à su Nieto de
 „ España, pero à otras indecorosas condiciones, que repug-
 „ naba, y à dexar en sus Reynos libertad de conciencia, que
 „ era lo proprio, que eterna semilla de inquietud: Que no
 „ se podia mantener la España sola, y que enflaquecida, ò
 „ abatida la Francia, se lograba el intento. De este parecer
 „ fueron todos los Ingleses, y Olandeses, y la Reyna Cathali-
 „ na, con algunos Ministros de Portugal,

El Principe de Armeftad dixo: „ Se debia ir contra Bar-
 „ celona, donde esperaban al nuevo Rey con ansia: Que es-
 „ taba formada la Conjura de la mayor parte de los Nobles,
 „ y Ciudadanos, sostenidos de las Casas de Centellas, y Pi-
 „ nos, esclarecidas, y autorizadas en aquel Principado: Que
 „ yà actualmente estaba la Plana de Vich sublevada, y que
 „ solo esta ofrecia ocho mil hombres: Que eran los Catha-
 „ lanes gente feròz, y pertinaz en la rebellion, que la tenian
 „ como por costumbre: Que el Virrey de Cataluña era D.
 „ Francisco de Velasco, hombre de poca autoridad, y abor-
 „ recido, que havia podido deprimir pocos Sublevados, por
 „ falta de Tropas, y de conducta: Que no era Barcelona
 „ Plaza fuerte, y que el deseo de mudar Dominio se havia
 „ estendido à los Reynos de Aragon, y Valencia, cuya re-
 „ belion tenia ofrecido el Conde de Cifuentes, si con un pro-

„ por-

„ porcionado Exercito viniessè el Rey Carlos: Que hasta los
 „ Religiosos, y todos los Eclesiasticos estaban por la Casa
 „ de Austria menos los Jesuitas, y que en toda la Nobleza
 „ havia una señal de conocerse entre si lo Austriacos, que
 „ eran cintas de color amarillo; y que sabia havian llegado
 „ à tal extremo los Confesores, que muchos no absolvian à
 „ los que no detestaban en su corazon la dominacion de los
 „ Borbones: Que rendida Cataluña, era facil el camino à
 „ todas partes, pues no havia en ella mas Plazas, que Tor-
 „ tosa àcia Valencia, y Girona àcia la Francia; porque Rosas
 „ era maritima, y puesta à un lado: Tarragona no era Plaza
 „ regular, ni estaba presidada: Que el Reyno de Aragon es-
 „ taba abierto todo; porque Lérida era un antiguo Castillo,
 „ mal formado, y de ninguna resistencia, por lo qual estaba
 „ tambien expuesto el Reyno de Valencia, cuya unica For-
 „ taleza era el Castillo de Alicante, en la orilla del Mar:
 „ Que havia junto à Phelipe de Borbón muchos traydores,
 „ que no lo parecian, de la primera orden de la Nobleza,
 „ cuyos nombres havia dado al Emperador; y que el salia
 „ por fiador, sobre su cabeza, del feliz exito de la empresa,
 „ sin que se hiciessè reparo sobre la infelicidad de la primera
 „ Expedicion del General Rook, porque no havia gente de
 „ desembarco, ni estaba el Rey, como se les havia ofrecido:
 „ Que la Expedicion contra la Francia, era una guerra pro-
 „ lija, dudosa, y de inciertas consequencias, aun vencien-
 „ do: Que el objeto era España, y que se debia ir directa-
 „ mente contra ella. De este parecer fuè el Rey Carlos, y
 „ todos los Alemanes, porque sabian, que esta era la mente
 „ del Cesar.

A ambos se opuso el Almirante de Castilla, queriendo
 „ probar: „ Que el golpe mortal para la España, era atacar
 „ la Andalucia, porque nunca obedeceria Castilla à Rey,
 „ que entrasse por Aragon, porque esta era la Cabeza de la
 „ Monarquia; y rendidas las Castillas, obedeceria forzosa-
 „ mente los demàs Reynos, y aun la Cataluña, y con mas
 „ facilidad, yà que estaba inclinada à los Austriacos: Que
 „ seria pertinaz en el amor à el Rey Phelipe de Castilla, si pre-
 „ sumian los Reynos de Aragon darle la Ley; y que entrar
 „ por la Cataluña no era mas que introducir la guerra ci-

„ vil,

vil, con la ruina del Imperio, que se iba à conquistar: Que las promessas del Conde de Cifuentes no tenian fundamento, y poco se podia prometer de lo que havia sembrado entre gente infima: Que era hombre de sangre illustre, mas no de los de mayor autoridad, ni Grande, y que su vanidad le hacia esperar imposibles: Que no se debia fiar el Rey à los Cathalanes, gente voluble, y traydora, y tan amante de si misma, que si les importasse, mudarian luego Partido; porque solo contemplaban el rostro de la fortuna, y no podrian executar quanto quiesessen, porquedian contigua la Francia, que embiaria socorros frequentes, y oportunos, para cerrar la Cathaluña entre dos fuegos: Que no era facil con doce mil hombres tomar tantas Plazas, ni eran de servicio alguno los del Pais, que solo sabien pelear como Ladrones, enteramente ignorantes de la disciplina militar: Que para rendir este Cuerpo de la Monarquia, se debia dar el golpe à la Cabeza, que era Castilla, y que la mejor puerta para ella era Andalucia, porque estaba en Cadiz, y Sevilla el Emporio de la America, la qual obedeceria al Dueño de ellas, y que se le quitaba de golpe à la España, sin gasto alguno, ni guerra, las Indias, y el manancial de quanto oro, y plata se gastaba oy en el Mundo: Que plantaria en Sevilla su Corte el Rey, lugar acomodado para el Comercio de Ingleses, y Olandeses; y que perdida la Andalucia, no tendria el Rey Felipe, ni dinero, ni Cavallos para formar sus Exercitos: Que tambien podian entrar los Portugueses à ella por los Algarves; y si este camino les parecia escabroso, avigorar la guerra por Estremadura, que era una fuerte diversion, y tambien atacaba el corazon del Reyno; y que al fin, que si el Rey llegaba à Madrid por el Betis, el Duero, y el Tago, afirmaria su Trono; pero si venia por el Segre, y el Ebro, no podria permanecer en el.

Este voto fuè de la aprobacion del Rey de Portugal, y de los mas de sus Consejeros; y se huviera inclinado à el el Rey Carlos, si no sostuviera la opinion del Principe de Armeitad el de Leichtheim. En este Congresso, nada se determino. Despues de haver desembarcado el General Skiovel, hubo otra Junta, y se resolviò ir à Barcelona, no dexando la

la Guerra de Estremadura. Para dar en ella algunas disposiciones, se embió à Estremoz al Almirante de Castilla, que apesarado, y con tedio de si mismo, porque no le salian favorables sus idèas, tuvo un gran accidente apopletico, con pérdida de los sentidos: bolviò à ellos à fuerza de cauterios, recibì los Sacramentos, é hizo Testamento: dexò por heredero al Rey Carlos, despues de cumplidos no pocos Legados, y Obras pias; y por Curadores Testamentarios al Padre Cafneri, y Cienfuegos. Al otro dia le repitiò el accidente à la misma hora en que le havia acometido, y espirò. El Rey de Portugal hizo magnificamente depositar su cadaver, à proprias expensas, fuera del Panteon de los Reyes, en la Iglesia de Bethlèn, hasta que se fabricasse el Sepulcro, que havia ordenado en su Testamento. Se dixo, que lo havia sentido poco el Rey Carlos, à quien le era pesado un hombre de tanta magnitud, que con nada se podia contentar.

Descubierta la Conjura de los Calvinistas de Francia, y entregados al Suplicio los Autores, con otros treientos Sequaces, no tenia ya mas lugar la opinion de Gallobay, ni aun la del Almirante, porque havia el Rey Catholico presidiado, y abastecido bien à Cadiz, y las Costas de Andalucia, y se havia descubierto en Granada la Conjura, que tramaba un indigno, y relaxado Religioso, de la Orden de los Minimios de San Francisco de Paula, llamado Francisco Sanchez, hombre iniquo, cuya futilidad de ingenio le servia solo para cometer los mas horrendos delitos. Ya sin contradiccion el parecer del Principe de Armeitad, aprobado por el Cesar, y sus Confederados, se hizo à la vela la grande Armada de Ingleses, y Olandeses, con el Rey Carlos, que dexò por su Ministro en Lisboa, con caracter de Embiado, al Padre Alvaro Cienfuegos: à 11. de Julio diò vista à Cadiz; y para fingir alguna idèa, empezaron las Naves à fondear las aguas de la Isla de Leon; embarazò la Artilleria de la Plaza, y por la noche se bolvieron à partir, enderezando la proa à Gibraltar: el tiempo les hizo dar fondo en Cabo Spartel: permanecieron alli cinco dias, y algunos despues se entretuvieron en Gibraltar: passaron el Estrecho, y à 9. de Agosto se dexaron ver en las aguas de Alicante: pusieronse à la capa, mientras bolvia la respuesta de unas Cartas, que

embiò con una Lancha el Principe de Armeftad al Governador del Castillo, y al Magistrado. La respuesta fue honrada, y conforme al yà prestado juramento. Passaron à Denia, y desembarcò, disfrazado en humilde trage (no improprio de su nacimiento) un tal Basset, Valenciano, que havia muchos años servia en Alemania, viviendo aún Carlos II. éste, perito en la Lengua, y en el Pais, concitò à la Rebelion à unos hombres de alguna autoridad en los Pueblos, valientes por su persona, y arrojados: tenian poco que perder, y assi, nada aventuraron en la sublevacion: estos eran Gil Cabezas, Vicente Ramos, y Pedro Dávila: no les faltaba Emisarios en el Pueblo, que ofrecian entera abolicion de tributos: tumultuose la Plebe, y se rindiò la Ciudad: no tenia el Castillo provisiones, y con solo amenazas, y promessas hizo lo propio: aclamòse al Rey Carlos, y mandaba por el Basset, con un Despacho de Virrey, y Governador de las Armas en todo el Reyno de Barcelona: no se descuidò de turbar los confines, y creciò el numero de los Sediciosos, mas de lo que se debia temer, porque concurrieron de todo el Reyno Facinerosos, y Foragidos, y los que por falta de bienes querian tentar nueva fortuna. Basset quitò las gabelas, y todo genero de tributos: de esto se regocijò mucho la Provincia: contribuia con todo lo necessario à la Guerra, pagaba mucho mas, pero no lo advertia, porque lo hacia voluntariamente, aborreciendo el nombre de tributo, ò porque se vistiò de un nuevo afecto, y empeño à la voluntad. (assi nos engañan nuestras passiones, quando no bien examinadas, las permitimos que empiecen) Con estas noticias se le embiaron à Basset dos mil Ingleses, que se huvieran internado en el Reyno, si no lo embarazasse Don Luiz de Zuñiga, à quien se juntò, con un Destacamento de Guardias de Cavalleria Don Joseph de Salazar. En Oliva se juntaron veinte Companias de Infanteria, y ocho de Cavalleria. Embióse al Duque de Gandia, autorizado Magnate en aquel Reyno, para mantener en fidelidad los Pueblos. Era Virrey el Marquès de Villa Garcia, hombre ilustre, bueno, maduro, y politico: havia sido Embiado en Genova, y Embaxador en Venecia; y assi, no era su profession la Guerra: esforzaba, quanto podia, su eloquencia, para mantener leales aquellos Nobles, que gran

par-

parte de ellos vacilaba, y por esso era menester armas, y no palabras.

A 22. de Agosto diò fondo en las Costas de Barcelona, à vista de la Ciudad, la Armada Inglesa: empezò à cañonear la Ribera, y se retirò la poca Cavalleria, que la guardaba. Hicieron su desembarco las Tropas; y aunque se prevenia para la defensa Don Francisco de Velasco, no tenia lo necesario para esto. La Ciudad fingiò mas miedo del que padecia, y todo era traicion. Los principales Conjurados fueron el Conde de Centellas, Don Joseph, y Don Miguél Pinos, los Clarianas, Don Antonio de Bujados, Conde de Zaballà, Don Francisco Amat, Don Pedro Semanat, Don Juan Antonio de la Paz, Berardo Joseph Sabastida, y otros muchos. Mostraronse fieles al Rey los Marimones, Cortadas, Oms, Copons, Taberners, el Marquès de Rupit, el Conde Bornonville, Don Geronimo Rocaberti, Don Francisco de Agullò, el Marquès de Argensola, la Casa de Gironella, Don Pedro Desbasch, Ilar, Cartellas, y otros; pero eran mas en numero los contrarios.

Acafo estaban en Barcelona el Duque de Populi, con su Compania de Guardias Italianas, que havia traído de Napoles, el Marquès de Risbourgh, y el de Aytona, hombres de incontrastable fidelidad, y valor: estos assistian à Velasco; pero faltaban Tropas, y las que havia, en parte adhirieron à la Conjura. La Gente que desembarcò, obedecia al Conde de Petesbourg; pero la disposicion de la Guerra estaba à cargo del Principe de Armeftad, que à cada instante despachaba Cartas, y Manifiestos à la Ciudad, y fu Comarca. Esperaban se sublevasse la Provincia, y assi iba lento el Sitio, y no formal, dilatandose las hostilidades veinte y cinco dias. Callaban con doble engaño los Nobles, que achecian al Rey Carlos; pero adelantaban, quanto les era posible, su partido. Dispusieron, que seis mil Rebeldes, y Foragidos llegassen hasta las Puertas de Barcelona, y aclamassen al Rey Carlos. Esta era una turba de los hombres mas perversos, y malvados de todo el Principado, que buscaban en la rebelion el perdon de sus delitos: enarbolaron Estandarte Austriaco, y ciñeron la Ciudad lo que bastaba à que no la entrassen Viveres del circunvecino Villaga, y à que probassen

Z 2

los

los Moradores alguna penuria, exagerada de los Traydores, para commover al Pueblo. Pidió Velasco dinero al Magistrado de la Ciudad, y descaradamente se le negó: estaba ya todo corrompido, y algunos Ciudadanos, y Nobles salieron à sublevar la Provincia con felicidad, pues ya todo el País abierto estaba por el nuevo Rey. Algunas Ciudades muradas esperaron de mala gana à que se presentassen Tropas enemigas, que no las tenían por tales, porque luego las abrian las puertas.

A 29. de Agosto desembarcó el Rey Carlos, avisando de esta novedad al Reyno con duplicada salva de Artilleria: Tratòse luego como Rey Catholico, y con estas ceremonias recibió, y dió pública Audiencia à los Embaxadores de las Coronas, que consigo traia: el Duque Moles, por el Cesar: el Conde de Methobin, por la Reyna Britanica; y el Conde de Azumar, por el Rey de Portugal. Plantòse el Real Pavellòn, y se abrió como una feria à la ambicion, y à la codicia; porque luego se dieron premios, y honores. Los Payfanos corrian, desde el Hospitaleto al Puerto. El Conde de Cifuentes se internò mas, y sublevando los confines del Principado de Cathaluña, y esparciendo Papeles en lengua Española, y Cathalana, no solo sediciosos, pero insolentes. Con la mayor brevedad se erigieron de tierra, y fagina dos Castillejos, contra las salidas de la Plaza, y de Monjuí. Batianse ya los muros, y se empezó el bombardèo por Mar, y Tierra: poco fuego hacia la Ciudad, por falta de Artilleros; porque los del País, ó huyeron, ó se escondian, ó disparaban sin bala. Aún desleal, queria la Ciudad conservar la imagen de fiél. Fuè el Pueblo à pedir armas al Virrey, aunque ya sabian, que no las havia: ofrecen defenderse, y todo era nueva traycion. Los Nobles mas desafectos fueron à ofrecerle su persona, y sus haberes, no solo porque se corrian los mas advertidos de quedar borron de la Historia, como por que no viendo todavia Sitio formal, aún dudaban de la felicidad de la empreffa. Nada ignoraba el Virrey; pero no lo podia remediar: faltabanle fuerzas para defenderse de los Estrangeros, y deprimir la insolencia de los Naturales: todo el mando se reducía à ruego, y aunque con los pocos, de quienes podia fiar, no descuidaba de su obligacion, todo era

en

en vano. Por horas sabian los enemigos lo que passaba en la Plaza, no solo porque se hacia gala de la desercion, sino porque tenían dentro tantos parciales, que por hacerse merito, iban à porfia à dár las noticias.

Quinientos Cavallos, y mil Infantes Ingleses fueron contra Figueras, donde havia setenta soldados, y ni una embaxada fuè menester para rendirla. Con sola ella lo hizo Girona, donde havia tres Compañias, que havian tomado ya partido antes de entregar las Llaves. El Governador de Rosas despreciò amenazas, y promessas, descubrió en su primer origen una conjura, que se iba formando, y mantuvo la Ciudad por el Rey Phelipe. Yá todo el Principado en armas, se enfureció contra si mismo: hallaron la mayor oportunidad los Facinerosos, y Malvados, y llenaron la Tierra de sacrilegios, violencias, adulterios, robos, y homicidios; y si acaso encontraban algun parcial de los Borbones, le trataban con piedad, si le daban luego la muerte. Passò la licencia à un furor, que lo atropellaba todo. Los mismos Catholicos violaban los Templos: buscaban à los que tenían fama de ricos, y à fuerza de tormentos querian exprimir, aun mas de lo que los infelices possèian. Atado à un leño el Padre, miraba violar à su hija, y el Marido el forzado adulterio de su Muger. Dudárase de la verdad, si la escrivieramos como es en si. No puede la ingeniosa malicia inventar atrocidades, y crimines, que no cometieffen los Cathalanes contra si mismo. Los Ingleses profanaron los Templos, y las Sacras Aras, haciendo las theatro de la torpeza. Servian las Imagenes para el escarnio, jurando con lo insensible la impiedad. Dios vivo en el Sacramento de la Eucharistia se dexò pisar de sacrilegas plantas, y aún mas ignominiosamente le trataron muchos Hereges, que tiene la pluma horror para escribirlo. Haciafe de los Templos pública casa de lascivia, lecho de los Altares, y alguna vez Cavalleriza: al fin, mas rabiosa, que regular aquella Guerra, enfurecida la Tierra contra si misma, tuvo todos los enfanches la malicia. Muchos Sacerdotes, y Religiosos, cuyas Ordenes, y nombres callamos, por veneracion al Santo Instituto, dexando los Sagrados Habitos de el, se vistieron de Vandoleros, cifieron armas, y no dexaron atrocidad, sacrilegio, y torpeza, que no cometieffen; muchos ayudaban

à los Hereges à sus execrandas violencias: era el pretexto la causa pública, y el amor al Rey Carlos, y hacian servir el nombre de un Principe piíssimo, y religioso à sus iniquidades. Hizose una injuriosa Expedicion contra Lèrida, y se presentaron à la Ciudad trecientos Infantes del País, que eran sus armas antiguas, y denegridas espadas, y mal prevenidas escopetas, palos, y lanzas: con poca diferencia armados venian otros ciento y cinquenta à caballo en mulas, y borricos con albarda. Este fuè el formidable Exercito, que sitiò à Lèrida, y con la amenaza de que les destruirian sus Huertas, y Jardines. Prevenido yà de algunos Emisarios el Pueblo, tumultuoso, pidió al Magistrado, que abrièsse las puertas: opusose con fidelidad constante el Obispo Don Francisco de Solis, Religioso de la Merced, hombre bueno, sabio, y que entendia lo que era de su obligacion: convocò el Clero, y se ofreció à la defensa; mas yà fardo, ò corrompido de promessas el Pueblo, aclamò al Rey Carlos, abrió las puertas, y convirtiò las armas contra los que le parecieron desleales: uno de ellos, que fuè Don Antonio Cabderilo, viendose perseguido de la muchedumbre, se escondió en una Cueva, huyó el Obispo à piè, con solo su Breviario, y dos Criados, y se retirò à Fraga. El Governador de la Ciudad, con veinte y quatro hombres, que tenia de presidio, se acogió al Castillo, y luego desertaron todos. Quedòse con seis enfermos; y estos, sin noticia del Governador, abrieron las puertas. Assi se perdió Lèrida, casi de la misma manera Tortosa, y todo lo restante de Cathaluña, pareciendo aquel espíritu de sedicion un fuego, que prendia en los áridos campos de las mieses: tan dispuestos estaban à la rebellion aquellos animos. Yà tenia Barcelona la brecha abierta, y havian hecho las bombas algun estrago en los edificios. El Virrey diò permiso para que saliesen las Mugerès, Viejos, Niños, y Enfermos: de las Señoras salieron muchas, y de los demás solo los que fueron al Rey Carlos. El Principe de Armestad determino atacar primero à Monjuí: à 14. de Setiembre por un Desertor supo el nombre del Santo, que havia aquella noche dado el Governador del Castillo, y fiado en las sombras, conduxo un buen numero de Tropas à sus Muros, disfrazado en Granadero: dió

en-

engañosamente el nombre del Santo: y aclamò al Rey Phe-lipe, para que se le abrièsse el Rastrillo: havia yà llegado al Fosso, y sin orden alguna, aclamaron imprudentemente sus Soldados al Rey Carlos. Conocieron los Españoles el engaño, y se pusieron en defensa: una bala de Artilleria hirió al Principe en un muslo: apartaronle en ombros de los suyos, para retirarle à su Tienda; y estando, al parecer, fuera de tiro, le pusieron en tierra, para que un Cirujano le tomase la sangre, que la vertia en gran abundancia, y atasse la herida. Estando en esto, un casco de bomba, que reventó no muy lejos, hirió otra vez al Principe en un ombro, y le matò. El ruido informò à Don Francisco de Velasco del hecho: hizo una salida, y rechazò à los Enemigs. Peterbourgh, antes de saber la muerte de Armestad, viendo la infelicidad de la primera empreffa, y queriendo perder al Principe, por envidia de la direccion, que se le havia encargado, repugnando trabajar para construir agena gloria, mandò embarcar todas las Provisiones, Armas, y Pertrechos, y que se bolvièsse al Navio el Rey Carlos, para atribuir la desgracia al Principe, no habiendo sido jamás de su aprobacion la empreffa de Barcelona. Mientras estaban alistando lo que se havia de llevar à la orilla del Mar, y recogiendo los equipages, supo la muerte del Principe, y mudò de dictamen; porque como veía que todo el peso del negocio se reservaba à su conducta, y se le atribuiria la gloria, no teniendo yà quien se la compitièsse, se aplicò con mas vigor, y tenacidad à la expugnacion de la Plaza: mandò, que nada se embarcasse, y se prosiguieron los ataques. Al otro dia batiò los Muros con mas fuerza, y el Castillo de Monjuí: una bomba diò en el Almacén de la Polvora de Barcelona, cayò la Muralla, y matò algunos Soldados: luego, sin perder tiempo, diò el assalto el Inglés, y se alojó, aunque en estrecho lindar: llenòse de lamentos, y confusion la Ciudad, exaltados de la traicion.

Adelantan los aproches los Sitiadores, y tambien batián la Muralla los Cañones de las Naves. Clama el Pueblo, pidiendo la rendicion, y al mismo tiempo huyen los mas de los Soldados, y se fueron, ò al Exercito Inglés, ò à los Rebeldes. Pocos leales acompañaban à Velasco, que juntado Consejo de Guerra, hizo llamada. A 9. de Octubre se capituló.

tuló con 49. Artículos. Estuvieron de acuerdo el Virrey, y los Militares, à quienes les quedaron todos los honores en la salida por la brecha, Bala en boca, y tambor batiente, seis Piezas de Artillería, veinte Mulos cargados, y sesenta Carros, quince de ellos cubiertos, sus Armas, y Cavallos à la Cavallería, y que con sus bienes pudiesen salir los Nobles, y Ciudadanos, que quisiesen seguir el partido del Rey Phelipe. La Ciudad no quiso entrar en estos pactos, y dixo, se entregaba à la clemencia del Rey Carlos: estaba mas segura con lo que yà havian tratado los Traydores, que con lo que la podian procurar los leales. Determinòse para el dia 14. el salir el Virrey, y los demás. Divulgòse maliciosamente, que se llevaria los que tenia presos en las Carceles. Con sola esta noticia se tumultuò el Pueblo; tocò al arma con una Campana, que le convoca: abrió las Carceles, sacò los presos, y yà embriagados en la ira, buscan los parciales del Rey Phelipe, saquèn sus casas, y las aplican fuego: algunos padecieron la muerte, otros mil escarnios en las públicas Plazas: Buscan al Virrey para matarle, el qual estaba encerrado en el Castillo, y creció el tumulto, porque entrò à saquear la Ciudad el Exercito de los Rebeldes con 800. Desertores. Pediafe à voces la muerte de Velasco, y asaltan el Castillo una turba de Albañiles, rompen las primeras puertas, y le aplican fuego. Tanto ruido llamò al General Inglés, que entrò para apaciguar el tumulto. Esto salvò à Velasco, sacandole por una puerta falsa al Mar, y à una de las Naves Ingleses. Opusose Peterbourgh al desorden de los Sublevados, y se llevó à su Tienda à los hombres de mas distincion, que seguian el partido del Rey Catholico. Estos fueron el Duque de Populi, con su familia, el Marqués de Aytona, el de Risbourgh, el Conde de la Rosa, Don Manuel de Toledo, y toda la Compañia de Guardias, que vino de Napoles, de los quales no desertò uno: todos eran Nobles, y los mas de las Casas mas Ilustres de aquel Reyno: Diò passaporte el Inglés à quantos quisieron ir à Madrid, que fueron las Casas de Gironella, de Rupit, de Argensola, de la Floresta, de Oas, de Llar, de Darnio, Cortada, Marimòn, Grimaos, Taberners, Don Juan de Josa, y Don Agustín Copons, que obtentaron la mas gloriosa, y constante fidelidad. Otros muchos

chos siguieron el exemplo, que fuera prolixo referirlos; y aunque no se hace aqui mencion de ellos, no se les quita cosa de su gloria. Tambien salieron muchos Eclesiasticos, Inquisidores, y Ministros, algunos Jesuitas, y Religiosos de San Benito. Desde su Real Pavellon confirmò los Privilegios del Principado, y de la Ciudad el Rey Carlos, y diò por nulos los Decretos, y Mercedes del Rey Phelipe: Creò Grandes al Conde de Cifuentes, al de Centellas, Zaballà, y Pinos: hizo algunos Marqueses, y Condes, y nombrò por Governador de Cathaluña à Don Pedro Samenat. Muchos, ambiciosos del premio, fingieron servicios, que no havian hecho: la codicia no les dexaba ver, que se imponian la nota de traydores. Algunos perseveraban fieles, y no pudieron mostrarlo, ò por amor à sus bienes, ò por remission de ànimo. Tratòse con desprecio el Retrato del Rei Phelipe: quemò la Ciudad los Privilegios, que le havia concedido; pero no dexò de guardar copias, por lo que podia suceder despues. (que los desleales, todo lo juzgan voluble, como su fee.) Rebofaba alegría la Ciudad quando entrò el nuevo Rey: parecieron Esfigies, y Estatuas injuriosas à los Franceses; y la humilde Plebe, y Mugercillas cantaban insolentes canciones en oprobio del Rey, que havian tenido. La Ciudad violaba sus Privilegios, en lo que contribuia; y ademàs de dár todo lo necessario para la Guerra, fundò Rentas para la Casa Real, y se cargò de insoportables no conocidas expensas: permitiòse à los Luteranos, y Calvinistas Cathedra pública, porque tambien obedecia el Rey Carlos à la necesidad.

La Ciudad de Tarragona tambien, à exemplo de su Capital, queria sacudir el yugo: presidiala con su Regimiento Don Pedro Vico, Cavallero Sardo; hizo un Destacamento de Ingleses; y apenas fueron vistos de la Plaza, quando se tumultuò el Pueblo, abrió las puertas, y se rindiò prisionera la Guarnicion. Partió el Almirante Skiové para sus Puertos, dexando 100. Ingleses en Barcelona de Tropas arregladas; y de las del País entraron hasta 90. hombres, que aunque escogidos, mas servian para la confusion, que para la defensa: fortificaronse los confines, y se embio à Lèrida, con un Regimiento de Cavallería Alemana, al Principe Enri-

que de Armeftad, hermano del difunto Jorge. Peterbourgh pafsò à Girona, y despues de fortificada, y hecho un nuevo Baluarte, (al qual puso por nombre *la Reyna Ana*) se dexò competente Guarnicion. Bolvió à tentar en vano la fee del Governador de Rosas: faltabale lo necessario para el Sitio, y assi se bolvió à Barcelona. Las Partidas de los Rebeldes, corrian los confines del Reyno de Aragón, y aun se internaban con el Conde de Cifuentes: diò la obediencia Caspe, y Alcañizas, y vacilo el Reyno. Para confirmarle fiel, hizo los mayores esfuerzos el Arzobispo de Zaragoza Don Antonio Ibañez, y la mayor parte del orden de los Nobles: levantòse gente à cargo de Don Martin de Espinosa, Governador de Xaca, y hicieron à su costa por el Rey muchas levas el Conde de Peralada, y el de Atarès, los Marqueses de Campo Real, Villa Segura, y de Liert, con Don Juan Perez de Muros, hombres nobilissimos, y facultosos. Con errado dictamen se llamó del Reyno de Valencia, para defender à Aragón, à Don Joseph de Salazar, con las Guardias de à Cavallo, porque era el que se oponia à Basset: formòse en Aragón un Cuerpo de doce mil hombres, mandados por el Principe de Sterclaes: Salazar se adelantò à Fraga, y mucho mas el Conde de San Estevan de Gormàs, porque pafsò hasta Lèrida, quando yà estaba fortificada de manera, que era menester Sitio formal, y entonces no havia prevenciones para ello. Por Hija queria penetrar en Cathaluña, Sterclaes, para dàr la Batalla à los Ingleses, si ellos quisiesfen; pero no tenian tal intencion: Recobró sin dificultad à Alcañizas, desarmò al Pueblo, y casi cogió alli al Conde de Cifuentes, que salió en una Litera. En Calandra se havian fortificado algunos Rebeldes: tomaronla los Españoles, y ahorcaron 50. de ellos: desde entonces, por un decenio, empezò à manar sangre de Cathalanes la Provincia. Toda la tierra, que està entre los Rios Cinca, y Segura obedecia al Rey Carlos, à quien tambien se rindiò Ribagorza, y los Valles de los Pyrineos; pero no se pudo adelantar à Xaca, porque los Bearneses predijaron su Castillo. Escarmentados quedaron los Rebeldes de atacar à Maella, y murieron muchos. El Conde de San Estevan de Gormàs: y el de Guaro asseguraron à Belgida, y Atienza, con la tierra circunvecina.

Def.

Despues de la ausencia de Don Joseph de Salazar creció la rebelion de Valencia. Perdióse Oliva, por arte del Coronel Don Joseph Nebot, que con todo su Regimiento, en el ardor de una Accion, se pafsò à las Tropas Austríacas, llevandole engañado. Algunos Capitanes, amantes de su honra, detestaron tan vil hecho, y quedaron prisioneros: los mas tomaron partido, y pocos supieron su deprobada intencion. Tambien diò la obediencia Gandia, y yà vacilaba la Metropoli del Reyno, donde la mayor parte de la Nobleza estaba por el Rey Carlos: Era el Autor de la sedicion el Conde de Cardona, hombre en aquella Ciudad nobilissimo, y de grande autoridad. El Arzobispo de Valencia defendia la parte del Rey, y con esfuerzo persuadia à la fidelidad: Sus Subditos le escuchaban poco, y los mas estaban contaminados, esperando cada uno, con el nuevo Gobierno, nueva fortuna, ó adelantar la que posseia: algunos Nobles sacaron la cara por el Rei Phelipe, los Condes de Palma, de Belgida, el de Escallen, el de Albayda, el de Parfent, el del Real, de Cerbellòn, y Carlet, los Marqueses de Suma-Carcel, Villanueva, y Almenara, con otras muchas Familias de Nobles; los Ferreres, Batteredas, Milanos, y otros, que por no ser prolixo omitimos: el Pueblo meditaba la rendicion: comovióse quando llegó Basset, llamado del Conde de Cardona. Salióse de la Ciudad el Virrey Marqués de Villa-Garcia. Furioso el Pueblo, abrió las puertas, y aclamò al Rey Carlos. Entrò Basset con quinientos Infantes, y trescientos de à Cavallo, y Don Joseph Nebot con mucho numero de Rebeldes: Poco Exercito rindiò à Valencia; pero no se podia resistir. Basset explicò su caracter de Virrey: substituyòle luego en el Conde de Cardona, y despues le confirmò el Rey Carlos. Dióse libertad para que saliesse qualquiera que quisiesse. Hizolo el Arzobispo, con el Inquisidor Don Diego Muñoz, y Muchos Nobles, Escrivàn, Castelvì, Armengòl, Don Luis Mercader, los Marqueses de Busiàn, y Castellar, à mas de los yà nombrados. De los Ministros, el Regente Garcia de Soto, y otros once. Tambien quedaron aqui parte de los Leales, que no tuvieron valor de probar la adversidad de la fortuna. Todo le era facil à Basset: creò en Marquesa à su Madre el Rey Carlos: era una vieja desconocida, que aun

Aa 2

vi-

vivia en la miserable fuerte con que nació. Dióla el Título, y Villa de Curella, con sus Pesqueras. (tambien tiene monstruos la fortuna) Mejor titulo la daban algunos Predicadores desatinados, que señalando con el dedo desde los Pulpitos, la aplicaban blasfemos las palabras de Marcela à la Virgen: *Beatus Venter, &c.* tratandola como à Restauradora de su Patria en su hijo Basset. A tanto havia llegado la ceguedad, y locura de aquella Plebe! Con haverse rendido Xativa, cayò todo el Reyno de Valencia, menos Alicante, y Peníscola, y aun se estendió la sublevacion à los Pueblos de la Mancha. Embióse al Conde de las Torres con alguna Cavalleria, à que entrasse por Requena en Valencia. Vinieron Tropas de Aragón por Monroy, que ocuparon los Españoles, y quedò prisionero su Governador Blas Ferrer, Cabo de Rebeldes: no le ahorcaron, porque tenia Despacho del Rey Carlos, y era empezar una Guerra sin Quartel. El Lugar de Monroy, despues de saqueado, se quemò enteramente, porque no hubo morador, que no se confirmasse en su perfidia. El Conde de las Torres puso su Campo en Moncada: era su intencion rendir el Lugar de San Matheo; pero penetrada por los Sublevados, le quisieron presidar con ochocientos hombres del Pais, y docientos Ingleses, llamados para este efecto. Yà puestos en marcha, les hizo una emboscada Don Antonio de Amezaga en lo eminente de la Selva, y en los passos mas estrechos puso el Regimiento de Navarra. Despues de haver entrado todos en el Bosque; ocuparon los Españoles la senda, y se acometiò à los Enemigos desprevenidos: travòse la Accion en un lugar angosto, y por todas partes ceñidos los Sublevados, fueron deshechos, los mas passados à cuchillo, y pocos pudieron escapar. Como las Tropas del Rey Phelipe no eran muchas, si se atendia à Aragón, crecia la sublevacion de Valencia, y si à esta, la de Aragón, porque todos los tres Reynos deseaban sacudir el yugo de los Borbones. Antonio Grau, Cabo de Rebeldes, entrando por Ribagorza, ocupò á Benavarre: era hombre valiente, y atrevidò: huviera tomado à Belgida, si no la socorriessen los Condes de San Estevan de Gormaz, y de Guaro: con todo, rindiò à Monzòn, atacò à Fraga, retiròse la Guarnicion al Castillo: pidió este Capitulacion, y las

negò Grau, perseverando en el sitio, hasta que un Soldado Español, gloriosamente atrevido, hizo con pocos una salida, y de proposito fue à agarrar por la corbata à uno de los principales Rebeldes, con tanta felicidad, que se le llevó al Castillo. Esto hizo condescender à los Sitiadores à capitular, dexando ir libre la Guarnicion. Huvieran hecho los Sublevados mayores progressos, à no haver embiado Tropas Francesas el Conde Monrevel, Governador de Aquitania. Con esto se contuvieron los Cathalanes en el Cinca, y Segre, y bolvió al dominio del Rey Catholico Fraga.

No descansaba la Provincia de Estremadura, porque se havian hecho grandes Reclutas en Portugal. A los principios de Octubre determinaron los Portugueses sitiar á Badajòz, y passando el Anna, tomaron los Puertos, y fortificaron una Linea, desde el camino, que và à Talavera, hasta San Gabriel, y San Roque. Eran los Gefes de las Tropas el Marqués de las Minas, y Gallobay; el Governador de la Plaza, el Conde de la Puebla. Cinco leguas distante estaba el Mariscal de Tese con pocas Tropas, aunque en buen parage. Havia sacado de Badajòz los Regimientos de San Vicente, y Cordova, con que enflaqueciò el Presidio, y el no pudo formar Exercito. Era Badajòz una fortificacion antigua, mal formada, y de poca fuerza sus Baluartes: por esso conociò Tese, que era menester mas gente, y se la bolvió quando los Señores de Geofrevil, y Barois se le unieron con las Tropas sacadas de Cadiz: entonces se acercò à Talaveruela, y plantò de forma su Campo, que aunque los Sitiadores havian hecho brecha à proposito para el asalto, no le dieron de miedo de Tese, el qual, con el favor de una noche obscura, y lloviosa, passò el Anna, y se acercò à Eborá, pequeño Rio que se le junta, y lame las Murallas de Badajòz. La luz mostrò à los Portugueses à Tese puesto en Batalla. Tambien estaban ordenados los Sitiadores, pero les impedia llegar al Rio la Artilleria de la Plaza; y porque no le pudiesse passar Tese, pusieron en la opuesta orilla una bateria, la qual no impidiò, que por un vado poco distante le passassen los Franceses, y se formassen baxo de un tiro de Cañon, para dàr allí la batalla, si los Portugueses la quisiessen. Una bala de Artilleria quitò un brazo à Gallobay; no por esso afloxò el

cuidado, y la aplicacion; toda la havia menester, porque no podia mantener el Sitio, ni irse, ni dar la batalla: en todo havia gran riesgo; pero mandò la necesidad elegir uno. Pusieronse los Portugueses en orden de batalla, y como para ella sacaron los Cañones de las Trincheras, recogieron sus bagages, y assi se mantuvieron dos dias: la noche del segundo, con gran silencio empezaron su marcha para retirarse: lo hicieron con orden, y pusieron toda la Cavalleria en la Retaguardia. Assi marcharon, hasta ocupar un sitio ventajoso, y se mantuvieron formados, deseando la Batalla, si los Españoles la diessen. Por la mañana los mandò seguir Tese; pero ya era tarde: algunos preparativos de Guerra se dexaron en el Campo. Assi se levantò el Sitio de Badajoz. Dixerón los Peritos, que podian los Portugueses dar el asalto antes que llegasse Tese, à quien debian disputar el passo del Rio, no rehusando la Batalla, porque eran superiores en fuerzas. Tese, y el Conde de la Puebla quedaron gloriosos.

Tambien tenia la Corte su Guerra, pues habiendo mandado el Rey Catholico dar al Principe de Sterclaes (como Capitan de la Guardia) un asiento en la Capilla Real, adelantado al Banco de los Grandes, è immediato à su Persona, esta novedad los hiriò sensiblemente, por lo que hicieron una suplica al Rey, en que manifestaban su agravio, y algunos declararon, no entrarian en la Capilla. El Rey dexò sobre esto libertad; pero el Duque de Montellano insinuò, que encontrarían mas con el agrado del Rey los que asistiesen. Los mas resistieron à esto, inflamando los animos el Duque de Medina-Coeli. Dexaron sus empleos de Capitanes de las Guardias el Duque de Sessa, y el Conde de Lemos, para manifestar la ofensa, que à los Grandes se hacia. Algunos cedieron luego al gusto del Rey, otros con el tiempo, y otros nunca. Esta disension, aunque pequeña, la exaltaban los Enemigos, y verdaderamente quedò enconado el Cuerpo de los Grandes, quexandose tambien, que se havia conducido prisionero à Francia, sin manifesto crimen, al Marqués de Leganès, solo porque en una familiar conversacion havia dicho: *Que era cosa fuerte sacar la espada contra la Casa de Austria, à quien tantos beneficios debia la suya.* El Rey tenia otros motivos, pero nunca los declarò, y obraba con severidad, è intrepidez.

Moviò-

Moviòse tambien otra question, que irritò mucho à los Españoles. Propuso Amelot en el Consejo del Gavinete, que sacando el actual Presidio, se guarneciese de Franceses San Sebastian, Santandér, y San Lucar, toda la Costa de Guipuzcoa, y Vizcaya. Eran Consejeros de Gavinete à esta sazón los Duques de Montalto, Medina-Sydonia, y Montellano, el Marqués de Mancera, los Condes de Monte Rey, y de Frigiliana. Callaron al principio todos, sorprendidos de la novedad. Montellano habló el primero, oponiendose à Amelot, y expuso al Rey los inconvenientes de *quanto era esto indecoroso à la Magestad, y de ofensa para los Vassallos, notados de inutiles, ó traydores, pues desconfiaba el Rey.* Menos Frigiliana, que habló obscuro, los demás adhirieron à Montellano, y el Rey à Amelot. Assi lo mandaba la infeliz constitucion de los tiempos. Los Franceses desconfiaban de todos los Españoles: y el Rey, no; pero habiendose puesto todo en manos de la Francia, no tenia arbitrio à muchas cosas que quisiera: ni, habiendo quedado Amelot superior en la disputa, templò su ira. Huvo una alteracion poco decorosa para ser oida del Rey; el ardor de la disputa, llevada con impetu del Ministro Francès, hizo que los Españoles hablasen mas claro, (aunque con modestia) pero à Amelot le ofendian las verdades: siaba toda la conservacion de la Monarquia à la Francia, y hablaba con desprecio de la Nacion Española. Esto sufrió mas el Marqués de Mancera; pero nada le quedò que decir. El Rey, para dar satisfaccion à la Francia, le mandò no asistiese mas al Consejo del Gavinete. Voluntariamente hicieron dexacion de èl el Conde de Monte-Rey, y el Duque de Montalto: à este ultimo se le quitò la Presidencia de Aragón, y se diò al Conde de Frigiliana, y fueron nombrados para el Gavinete el Duque de Veraguas, y Don Francisco Ronquillo. Quería tambien Amelot echar al Duque de Montellano; pero lo resistiò el Rey, y perdonò à la ingenuidad del dictamen, y à su bondad. Gozaba siempre del favor de la Reyna, aunque menos declarado, porque lo contradecia la Princesa Ursini, irreconciliable enemiga del Duque, la qual, para mantenerse con la Francia, avigoraba la persecucion à los Españoles; y porque havia muchos malos, trataba con igual aspereza à los buenos, y solo se

se lo parecían sus amigos, que eran raros, y los mas lisonjeros. La mayor infelicidad, que entonces padeció la España, fue, que aún teniendo un Rey santo, justissimo, y amigo de la verdad, esta no se podia proferir, porque ofendia á los Franceses. Vendían caro el auxilio que daban; y quanto mas interès mostraron por la España, queriendola dominar, confirmaban á los Ingleses, y Olandeses en el duro sistema de la Guerra, que no huviera sido tan pertinaz, ò no la huviera havido, si se huviesse conservado la España independiente.

AÑO DE M.DCCVI.

Contra los Principes pareció formada la constelacion de este año. Nunca en el Theatro del Orbe hizo tan varios papeles la fortuna: se mostraba favorable à quien tenia prevenido adversidades; rigida à quien aguardaba favores. Todo es erudicion de la Providencia, para que aprendan los hombres à usar bien de la esperanza, y del temor, para que, ni aquella exalte, ni este humille mas de lo justo el ànimo. Daba mucho, que pensar à la España la rebelion de Cathaluña, y Valencia. No estaba el Aula del Rey Phelipe tan tranquila, y entre sí conforme, como era menester para una aplicacion tan seria, y que tenia su mayor peiigro en la dilacion. Assaltaban al Rey cuidados, no solo grandes; pero aun del mas dificil expediente. Ni podia enteramente fiarse de sus Vassallos, ni devia abiertamente desconfiar. Los traydores traían mascara de leales, y por esso no se conocian; mas perjudiciales eran en lo oculto, que en lo manifesto. El amor, y la obediencia de los Vassallos era el fundamento del Trono. Estaba la dificultad en conocer los buenos, pues muchos de los que no querian ser traydores, eran defaectos, y esto les hacia servir sin aplicacion, ni zelo. No se ha visto Reyno en mas fatal constitucion: esta era su guerra. Por esso le fue preciso al Rey ponerse todo en manos de la Francia, y subordinarse. Con este motivo no tenian autoridad los Ministros Españoles, y estaban los mas afectos defabridos, quexosos,

y sin hacerle cargo del Gobierno. Este le tenia todo Amelot, y se havia tomado mas mano de la que le queria dar la Princesa Ursini, y los zelos de la autoridad la inquietaban no poco; pero disimulaba, porque temia à la Corte de Francia. En ella tenia tambien otra Guerra el Rey Phelipe, porque no toda estaba à su favor. Mantenian heroicamente el empeño el Rey Christianissimo, y el Delphin; y aunque parece que esto bastaba, tenia su faccion el Duque de Borgoña.

Embió el Rey Catholico à las Tropas de Aragón al Mariscal de Telsè. Nombrose por Virrey de Valencia al Duque de Arcos, en aquella poca parte que quedaba de aquel Reyno: las Tropas que en el havia las mandaba el Conde de las Torres, que estaba acampado en Moncada, de donde salian las Partidas contra los Lugares rebeldes, talando las Campañas, y quemando las Poblaciones: todo era destruir la España; pero era tal la enfermedad, que havia menester hierro, y llama. El Conde administraba este encargo con rigor: dixeron algunos, que con crueldad; como quiera, no sin justicia. En Caryonera juntò sus Tropas: dio señas de someterse al Rey Villa Real: despues, adhiriendo à la sugestion de los Rebeldes, que tenia dentro, perseveraba en su infidelidad: ofreceles el perdon el Conde, si se rindieffen, y lo desprecian: acerca las Tropas à la Muralla, que rabiosas, sin orden alguna, abrieron con hachuelas una puerta: trabòse sangrienta disputa, y se tiñò de sangre el fatal, y estrecho sitio: entran los Españoles usando con impiedad de la victoria, no dieron quartel, y no perdonaba la enfurecida bayoneta edad, ni sexo. Al mismo tiempo quemaron otra puerta las Guardias del Rey: defendiala un buen numero de Rebeldes, y yà la accion podia ser dudosa, si el Conde de las Torres no assaltasse à la Ciudad con todas sus fuerzas: vino forzado en ello, porque les pareció à las Tropas indecoroso, que se resistiesse un Lugar mal fortificado, y que le costasse sujetarle tantas vidas. Esto encendió los ànimos, y con la embriaguez de la ira le entregaron à las llamas, y passaron sus Moradores à cuchillo. Los Ingleses se retiraron al Castillo, y despues quedaron prisioneros; pero yà havian muerto 150. con el General Virtenfeld: tambien murió Rosno, Cabeza de los Rebeldes: Solo quedaron los Templos ileßos, y

costo gran trabajo à los Oficiales reservar lo Sagrado de la desenfrenada ira de las Tropas. Escarmentados de la agena tragedia se entregaron Morviedro, y Nules. Voluntariamente se quemò Quarto, una chica Aldèa, que despreciò el perdon ofrecido por Don Antonio del Valle. Havianse yà faldado gran parte de los Moradores, Viejos, Mugerès, y Niños; pero los Rebeldes, que quedaron, se compusieron con las propias manos la hoguera. Tanto pudo la desesperacion! El Conde de las Torres se acercò à Valencia: tentò en vano su rendicion con amenazas, y promessas. Basset embiò dos mil Ingleses contra Alicante, y muchas Milicias del País; pero fuè tan prontamente socorrida la Ciudad por los Obispos de Murcia, y Orihuela, de los Marqueses del Bosque, y de Raphàl, que huyeron los Ingleses, no sin perdida; porque viendolos estrechados, hizo una salida el Governador del Castillo, y les matò mucha Gente.

No estaba Barcelona tan feliz como se havia figurado: padecia robos, violencias, y adulterios: todo crimen era licito à la desenfrenada licencia de los Soldados: y no podia el Rey Carlos remediarlo, aun siendo un Principe rectissimo; porque las Tropas obedecian à Peterbourgh, y este à nadie. Los Negocios Politicos estaban à cargo del Duque Moles, y los Caseros al del Principe Antonio de Leictestein. Todos estaban desunidos, y la Ciudad poco gustosa de que nada se atendia à sus Privilegios, y de que se hacian tantas insolencias, y escandalos; porque el que se alojaba en una casa, no solo se llevaba los bienes, sino tambien las hijas de ella, y mudaba posada. Prohibian muchas veces al Marido entrar en su casa, otras al Padre, y Parientes, para hacer de ella un público lugar de lascivia: Robaban por las calles las Doncellas, y las tenian encerradas, hasta que se hartasse el desenfrenado apetito, y dandolas despues libertad, traian otras. Nadie osaba proferir la menor queixa, porque luego le tachaban de defaecto, y se tenia por enemigo del Rey Carlos el que repugnaba su ofensa, ò su deshonor, el que censuraba tanto desorden, y el que zeloso de la verdadera Religion impedia los progressos de la que pretendian introducir los Hereges. Por esto no fueron aceptos à aquel Gobierno los Jesuitas, cuyo zelo ardiente por la Religion Ca-

tholica Romana, hacia los mayores esfuerzos, para conservar la Iglesia, porque havia Cathedra pública de la errada doctrina de Luthero, y Calvino; y la Plebe, simplemente informada, Niños, y Mugerès, distinguiendo mal el error, bebían engañados el veneno. Aun estando expuesto el Señor Sacramentado, entraban los Hereges con desprecio en los Templos, y encaquetado el sombrero. Este miserable estado de cosas hacia infelices à los que se creían afortunados: ciegos en su empeño, nada veían los Cathalanes. Tomaron las armas quantos eran habiles para ellas. Las Ciudades, y hasta las pequeñas Aldèas, con firmeza de animo, cada uno havia hecho proprio empeño de sostener à los Austriacos, menos Cerbera, que siempre conservò amor al Rey Phelipe, aunque oprimida, y por esto tratada con inhumanidad. Renovose la conjura de Rosas, que aunque era su Governador fiél, corria peligro, porque la traicion se difundió entre los mas: descubrióse, y acudiendo con prontitud el Duque de Noailles, Capitan General de Francia en aquellos confines, se desvaneciò todo.

Del Rosellon, y Cerdania baxaron Tropas al Exercito, que en Aragón mandaba Telsé. Con mucha sangre de una, y otra parte tomaron los Españoles à Mirabet, y ahorcaron à su Governador, porque alargò la defensa hasta ser barbaridad, y fuera de las Leyes de la Milicia. Corria la Cavalleria Española por la derecha del Ebro, hasta Tortosa. El Duque de Noailles entrò por los Pyrneos con otras Tropas, ocupò toda la tierra de Ampurias, é hizo tributaria la Provincia hasta el Rio Tér: Esto distrajo mucho las Tropas Austriacas. El Principado hizo Coroneles de dos nuevos Regimientos, que formò à sus expensas, à Don Miguel Pinos, y à Don Jayme Cerdells: reclutaron Gente inexperta, y que aborrecia la disciplina. Havian las Tropas Austriacas de guardar muchas Plazas, y las Fronteras, y estaba el Exercito Veterano muy consumido; mas los vicios, que la Guerra, acababa con los Ingleses, y por esto se determinò en el Consejo del Rey Catholico sitiar à Barcelona: con este designio havian yà llegado à Aragón diez mil Franceses, y havia puesto el Rey Christianissimo en Colibre grandiosos preparativos para un Sitio, que los passaria en su Armada el Conde de

Tolosa, el qual con treinta Navios de Guerra, y seis Balandras, tenia orden de passar à Barcelona, cargando en la Francia tambien gran cantidad de Viveres, porque no podia el Rey Phelipe traerlos con seguridad, estando los caminos llenos de Rebeldes, ni los havia en Aragón con abundancia. Mandò el Rey passar las Tropas de Valencia, dexando al Conde de las Torres solo dos mil hombres.

A los 23. de Febrero salio el Rey Phelipe para el Campo de Telsè, seguido de gran numero de Magnates: Los de Aragón le encontraron con el Conde de San Estevan de Gormaz, Virrey de aquel Reyno. El Mariscal de Telsè le encontró en Caspe. Estaban las Tropas estendidas por las orillas del Ebro, al qual se le echò dos Puentes, y despues pasó el Rey con todo el Exercito à Fraga. Publicò un Indulto general, sin excepcion de personas; pero en vano. Moviòse la duda, de si se havia antes de sitiar à Lèrida, Monzòn, y Tortosa, para dexar guardadas las espaldas, si no se podia tomar Barcelona: este fue el parecer de Telsè. Los demàs Oficiales Generales, que tenian voto en el Consejo de Guerra, fueron de contrario dictamen, principalmente los Españoles, à los quales les parecia imposible, que se dexase de rendir Barcelona, porque sabian la poca Guarnicion que tenia la Plaza, y no imaginaron, que podia ser tan presto socorrida: por esto decian, que toda la felicidad de la empresa consistia en la brevedad, y que assi, no se debia perder tiempo, porque si cayesse Barcelona, todo lo demàs era llano. Prevalciò este parecer. El Rey se adelantò à Igualada: constaba el Exercito de diez, y ocho mil hombres veteranos. El Marquès de Gironella, de Argensola, Don Agustín Copons, y Don Juan Fofa, andaban por la Provincia exortando à que se rindiesen à la clemencia del Rey, y no perdieffen tan favorable ocasion para el Indulto. Nada, con toda su diligencia, adelantaron: crecia mas cada dia el odio à la Persona del Rey, y à los Castellanos, y sacrificaban sus vidas gustosos: quemaron los Payfanos todo el forrage, y quanto comestible podia servir al Exercito: retiraron à las Montañas su Ganados, y hasta las aguas envenenaron, quanto les fuè posible: los Niños, y las Mugerres se abrigaron de las Selvas, y quantos podian manejar armas se juntaron con el

Con

Conde de Cifuentes, que iba vestido en traje montaraz. Como iba marchando el Exercito del Rey, cerraba los passos Armeñad con la Guarnicion de Lèrida. Oponianse à los primeros Esquadrones de la Manguardia los Rebeldes; pero atacados por el Cavallero de Asfelt, desampararon el camino, y pudo el Rey adelantarse à Lobregat. Diòse al Conde de Tolosa la señal, en que se estaba de acuerdo, quando explicaria en cordon sus Naves, y assi lo hizo, adelantando las Balandras: juntaronse las Tropas del Duque de Noailles, y del Theniente General Legal à las del Rey, y todas las gobernaba Telsè. Se determinò abrir la Trinchera, desde Orta à la orilla del Mar: Esto fuè à los primeros dias de Abril, que no se pudo madrugarse mas. El Real Pavellon se plantò en Sarrà: ocupòse Santa Matrona, y los Capuchinos, y todos los Casines, que està entre Monjuì, y la Ciudad. Mostrò el èxito el error de atacar antes à Monjuì, y los que tanta prisa tenian de assaltar à Barcelona, perdieron el tiempo en una inutil Conquista. Al Castillo de Monjuì le presidiaban quinientos Ingleses, y doscientos Cathalanes: assaltaronle sin Trinchera los Españoles, y fueron rechazados. Tomòse à 4. de Abril un Castillejo junto al Rio, para poder traer de las Naves los Viveres al Exercito. Baxò el Conde de Tolosa à saludar al Rey, y se le ordenò empezasse el bombardéo à tiempo, que yà por Santa Matrona se batia la Muralla. Mandaba la Trinchera el Marquès de Aytona con el Theniente General Firmacòn, Francès. La Ciudad se puso en defenfa valerosamente, pero casi se tumultuò el Pueblo; porque corrió voz, que à instancias de Preterbourgh, y el Principe de Leichestein se queria salir de la Plaza el Rey Carlos, el qual mostrò una imponderable constancia. Decian à voces los Cathalanes, que havia de morir con ellos, yà que era causa de su ruina, porque havian determinado defender la Ciudad hasta el extremo, sin admitir pacto alguno, y no havia en toda ella quien sintiesse lo contrario, aun hasta las Mugerres. Los Religiosos, y Sacerdotes tomaron las armas, y atadas con una cinta sus barbas los Capuchinos, no eran los menos eficaces. Hicieron juntamente de la Plaza, y de Monjuì una vigorosa salida: fuè la accion viva, y ardiente; pero se defendieron con igual valor las Trincheras, distinguiendose

mu.

mucho los Señores de Legál, Fromboissart, y Bourdet. Después de dos días se dilataron los aproches, è hizo otra salida la Plaza à medio día, aplicò fuego à las Trincheras, que no favoreció poco el viento; pero los Sitiadores le apagaron con presteza. A los 23. de Abril se perficionò la Linea de circunvelacion, y la visitò muchas veces el Rey à distancia de tiro de fusil. El Ingeniero Lapara plantò mal una bateria en la que llaman Lengua de Serpiente: reprehendiòle el Rey, y queriendo enmendar el error, se acercò tanto al fuego de la Plaza, que le quitò un cañonazo la vida. Mejor puestas yà las baterias, cayò el opuesto Castillo, y el angulo del Baluarte de San Phelipe, y gran parte del de San Ignacio. Assaltaron los Sitiadores con felicidad el camino encubierto, y se alojaron en él, porque los Ingleses no le defendieron quanto podian. Yà à proposito la brecha, diò el assalto à Monjui el Marquès de Aytona, por la tarde, con gran valor, y passò à cuchillo à los primeros Defensores de la otra parte del Fosso. Estabalo mirando el Rey Phelipe, y no dexaba de dàr alientos su presencia. Perdidas las Fortificaciones exteriores, defendia el ultimo recinto valerosamente el General Dunnegal, Inglés, Governador del Castillo, y se encontró cara à cara con el Marquès de Aytona: enardecióse la peléa, y una bala de fusil matò à Dunnegal. Esto acabò de desalentàr à los Sitiados, y se rindiò el Castillo con treientos prisioneros. Este era el mas fuerte, y el Nuevo: quedaba otro, que llamaban el Viejo, que se resistió despues quatro dias. Pidieron treguas los Ingleses para buscar el cadaver de Dunnegal, que concedidas, le hallaron, è hicieron honrosas Exequias à su modo. Con 26. Barquillos intentò socorrer à Barcelona el Conde de Cifuentes, à quien può en huida Don Joseph de los Rios. Perdido Monjui, entrò en mayor aprehension Barcelona.

A 25. de Abril, en una noche obscura, determinó el Rey Carlos, con parecer de Leictestein, y Peterbourgh, salirse de Barcelona. Consentianlo las Tropas Estrangeras, por no obligarlas à la defensa, que yà la juzgaron desesperada, porque tenia la Muralla tres brechas abiertas, y todas capaces del Assalto. Penetrado esto por la Plebe, tumultuaron, y sitiaron el Palacio, y aun la Persona del Rey: Las Guardias

tomaron las armas, para que executasse su partida, alentandola Peterbourgh. Magnanimamente desistió el Rey Carlos, y dixo: *Estaba dispuesto à morir, ó ser prisionero*, y diò su Real palabra de no salir de la Plaza. Con esto se avigorò mas la defensa, aunque se perdiessen las vidas en ella. Hicieron una salida, y fingieron otras con el favor de la noche. Saliò una voz en el Campo, que havian atacado los Cathalanes el Pavellòn del Rey Phelipe: acudieron todos à el, y aun cargado de viruelas el Duque de Noailles. El Rey constante, aun no sabida la verdad, y solo avisado del rumor, esperaba el exito: toca el Exercito al arma, y solo estaba la Guerra en la aprehension, que durò hasta que las Guardias, que estaban de Trinchera, avisaron no haver novedad. Al otro dia se advirtió, que diez mil Cathalanes ceñian el Campo del Rey, y parte de ellos se pusieron à San Cucufato, baxo el Conde de Cifuentes: en San Geronymo Bromense otros, mandados por Mortàs, los demàs à San Geronymo Murtraense, con Don Miguel Pinos; y el Principe de Armetad se adelantò hasta la Gran Guardia de los Españoles. Nada faltaba para el assalto general, sino la resolucion de Tefsè, que mandaba las armas. Estaba el Rey impaciente de la dilacion, y se quexaban de ella los Españoles. Juntose Consejo de Guerra, y fue el sentir de Tefsè: „ El retirar al Rey à Perpignan, „ porque si no se rendia la Plaza, no llegando las Tropas ni „ aun al numero de quinze mil hombres, y estando los pas- „ sos cerrados por todo, sin Plaza alguna, ni palmo de tierra „ seguro, corria la Persona Real gran peligro; porque no „ se sabia, si la Gente, que quedaria, dados los necessarios „ assaltos, era bastante para contener la furia de una Provin- „ cia rebelde, viendose sitiados los Sitiadores, y que aun „ dado caso de que la Ciudad se ganasse, no queria encer- „ rar en ella al Rey, porque sin duda la bloqueria la Pro- „ vincia, cerrando por todas partes los passos, para que no „ entrassen Viveres; y no se podian estos esperar por Mar, „ porque el Conde de Tolosa era preciso que se retirasse à „ sus Puertos, luego que pareciesse la Armada Inglesa, de „ cuyo arribo à las Costas de España avifaban los Governadores de los Lugares maritimos, y que era facil huviesse „ yà passado el Estrecho, y que assi se debia apartar al Rey

„ del riesgo, y dar despues el asalto. Al Rey no le era grato este dictamen, no solo porque le parecia indecoroso, sino tambien por los estímulos de su propio valor. Los Gefes, y Ministros Españoles decian: „ Que se havia de vencer quando se presentaba la oportunidad, y fiar lo venidero à la „ suerte: Que la Ciudad no tenia Presidio para defenderse; „ y rendida esta, quedaria sin duda muerto, ò prisionero el „ Rey Carlos, y de qualquiera de estos dos accidentes naceria la Paz, y la entera consternacion de los Aliados: Que „ los Rebeldes de afuera no podian sitiàr la Plaza, por ser „ gente imperita, y sin preparativos para tan gran empresa, y no podia traer gente de desembarco para ella la Armada enemiga: Y que estos reparos actuales debían considerarse antes, ò despreciarse ahora.

Mientras embarazaban al Rey tan contrarios pareceres, estaba el Almirante Lake haciendo los mayores esfuerzos para llegar con su Armada à Barcelona, donde yà cayò enteramente la esperanza: Havian muerto infinitos de los Veteranos, faltaban Viveres, y Municiones; y lo que era mas pernicioso, que estaba la Ciudad entre sí dividida, y de muchos aborrecido el nombre del Rey Carlos, como el principal origen de tantos males. Por dictamen del Duque de Medina Sydonia, y del Conde de Frigiliana, adhiriendo todos los Gefes de Guerra Españoles, impaciente el Rey Phelipe, mandò, que se diessen aquella noche las disposiciones para dár al amanecer el asalto general; y mientras se estaban yà dividiendo à sus puestos las Tropas, un Navio de Aviso le diò al Conde de Tolosa noticia, (y este al Rey, y al Mariscal de Telsé) de que yà la Armada enemiga havia passado los Mares de Valencia. La Francesa puso luego los Viveres de las Tropas en tierra, y se hizo à la vela acia Tolón aquella misma noche, que era la del dia 6. de Mayo: luego mudaron las cosas de semblante, y se difundió esta noticia por todo el Campo, por lo que se determinò suspender el asalto, hasta saber que Tropas venian en la Armada Inglesa, porque solo con esta noticia havian cobrado brio los Sitiados.

Despues de dos dias diò fondo en Barcelona el Almirante Lake, y se divulgò, que traia diez mil hombres de desembarco, y dos mil Cavallos. Esto era falso; pero aunque siem-

pre

pre ilícita, nunca fuè mas provechosa la mentira, porque entrò una entera consternacion en el Exercito del Rey. Ni un Soldado veterano traia el Ingles. Vestida como las Tropas desembarcaba la Marineria, y bolviendo à la Mar por la noche los que havian baxado, repetian los desembarcos, fingiendo el numero, y la calidad de la gente. No ignoraba esto el Rey por los Desertores; pero yà no estaban las Tropas habiles para combatir con denuedo, creyendo ser mayores en numero los Defensores, y que los atacarian en el ardor del asalto los Cathalanes, que con Cifuentes, y los referidos Cabos estaban bloqueando al Exercito. Por estas razones se determinò levantar el Sitio. La noche del dia 11. de Mayo, antes de la media noche, se puso el Exercito en marcha, en cuyo centro iba el Rey, tan superior à aquella desgracia, que fuè admiracion de quantos lo veian. Guiaba el Cavallero de Asfelt la Manguardia, y la Retaguardia Telsé, no con mucha orden, porque eran angostas las sendas, y embarazadas de Rebeldes. Al amanecer salieron los de la Plaza con algazara, y jubilo igual à la angustia que padecieron, y hallaron en el Campo, sobre grandes preparativos para un sitio de Viveres, y Armas, ochenta Cañones de batir, y sesenta Morteros, grandes montones de balas, y de barriles de polvora, que todo lo havia descargado el Conde de Tolosa, creyendo, que no por la venida de la Armada se dexaria de proseguir hasta su remate el Sitio. Los Cathalanes seguian con poca ventaja la Retaguardia. Mayor daño se padecia de los que estaban como apostados en los collados de las sendas por donde havia de passar el Rey, y las Tropas. En aquel dia aconteció un Eclýpse de Sol, pocas veces visto tan tenebroso, pues por tres horas se vieron las Estrellas. Era tanta la obscuridad, que no podian marchar las Tropas, ni sabian en que parage recogerse. Se hizo mas prolixo este accidente, porque interpuesta perygea la Luna al Sol, (que estaba Apogeo) tardò tres horas en desembarazarse de lo que le impedia iluminar la Tierra, enteramente en aquel Emisferio obscura, porque sucedió en el Novilunio de la conjuncion de el Sol, y la Luna en el Signo, que llamamos Dragon. Algunas veces se parò el Cavallo del Rey como assombrado, por que ni aun los irracionales dexaban de estarlo; pero el valor

Tomo I.

Cc

del

del Rey, y su constancia de animo prevaleció á todo. Los que lifongeaban al Rey Carlos, sacaban de esto los mas tristes vaticinios contra el Rey Phelipe. Ni los Españoles creían lo contrario, porque empezaban à experimentar el efecto. Al fin, con gran trabajo, y no sin peligro, pasó el Rey los Pynineos, y llegó à Perpiñan, de donde acompañado de pocos à grandes jornadas pasó à España. Los mas seguian con lentitud, y las Tropas con sus regulares marchas; las de Francia, se quedaron en su País, muy disminuidas, porque fué grande la defercion. El Mariscal de Tefsé persuadia al Rey, que con la ocasion de estar en Francia, fuesse à Paris à ver à su Abuelo: era su intencion llevarle adonde las persuasiones del Rey Christianissimo le hiciessen consentir en el nuevo Proyecto de Paz, que havian los Aliados propuesto.

Este era, dar al Rey Phelipe los Reynos, que la España posseia en Italia, y las Islas de Sicilia, y Cerdeña, y à Carlos la España con la America, dexando indeterminado, si darian al Duque de Baviera la Flandes, y al Emperador sus Estados. No era esta division grata al Rey Christianissimo, ni al Delphin; mas por lifongear Tefsé al Duque de Borgoña, queria conducir al Rey à parage, en que corriessse peligro de convencido; pero este, siempre constante, respondia: *Que no havia de vér mas à Paris, resuelto à morir en España.* Esta fué la infeliz Expedicion contra Barcelona, en que los Franceses en las acciones militares mostraron gran valor. El Mariscal de Tefsé, no fué tan eficaz, como pedia la ocasion; porque contemplando al Duque de Borgoña, (que queria à toda costa hacer la Paz) le pareció, que dexando aquella espina de la rebellion de Cathaluña, no pudiendó haver dos Reyes en España, (porque ambos se juzgaban con legitima accion para el todo) vendria el Rey Phelipe en las condiciones que se le proponian, cansado de la prolixidad de la Guerra, ó de la desgracia. No ignoraba este traydor systema el Rey Catholico; pero lo dissimulaba su modestia, por no encender la dissension, que havia entre su Abuelo, y su Hermano.

El Rey Carlos usó con gran moderacion de animo de esta victoria, y con su acostumbrada piedad dió publicamente gracias à Dios de ella. Cierito es, que pareció milagrosa,

por-

porque nó pudo llegar à mayor extremo la angustia, y la asiccion en que aquel Principe se vió constituido, siendo sus defensores sus enemigos. No faltó quien meditasse por salvar la Ciudad, entregarle al Rey Phelipe; y como esto era impracticable, invigilaban tanto en que no se escapasse, que baxo pretexto de guardarle, le sitiaban el Palacio con tanta vigilancia, quanta ponian en las brechas. Cierito es, que huviera vencido el Rey Phelipe, si diera el assalto, porque no havia defensores, ni la Armada los traía; pero despues del artibo de esta, como tenian los Cathalanes libre el Mar, y las Naves por refugio, havian determinado en caso de ser vencidos, entregar à las llamas la Ciudad, y meterse en los Navios. No era enteramente posible conseguir esta idea; pero hizo la desesperacion el decreto, de que no cayesse alguno vivo en manos del vencedor. A este extremo dexó Dios llegar al Rey Carlos, para que fuesse manifiesta la providencia de salvarle.

Nada embarazado de las lluvias, y de la cruel Estacion del año, el Duque de Berych rindió el Castillo de Nissa, y le demolió de orden del Rey Christianissimo, contra el parecer del Mariscal de Catinat, diciendo, se debia dexar por antemural de la Francia. Estaban en mala constitucion las cosas del Duque de Saboya; porque despues de haver padecido los Alemanes una derrota en Monteclaro, y haver ocupado el Duque de Vandoma à Calcinato, estaban casi fuera de Italia. Para que no bolviessen à internarse en ella, guardaba los passos de los Montes el Señor de Medavi, Albergoti el Adda, y otras Tropas Franceses el Mincio, por donde declina el Lago de Garda, y porque no pudieffen los Alemanes ir à Verona, puso su campo junto à Mantua el Duque de Vandoma, fortificados los passos de Robigo, y Villa Buena, y assi tenian casi cerrada la Italia los Españoles, y Franceses. El Principe Eugenio, haviendo intentado por el Ferrarès passar el Adda, no pudo porque lo repugnó Albergoti, ni tampoco penetrar el Bresciano, porque tenia contrario el País, escarmetado de los passados desordenes; y assi le fué preciso, por el Lago de Garda, passar al Trentino à recoger sus Tropas. Mientras adelantaba las Trincheras contra Turin el Duque de la Fullada, guardaba los passos el de Vandoma;

Cc 2

pe.

pero fué al mismo tiempo llamado à Paris, y le substituyò en el mando de las Armas à Luis de Borbon, Duque de Orleans, Principe valeroso, joven, y de perspicaz ingenio. La Duquesa de Borgoña dispuso esto con arte, porque el de Vandoma estaba empeñado en echar de sus Estados al Duque de Saboya, y esperaba, que siendo el Duque de Orleans hermano de su Madre, trataria con mas piedad al Piamonte. La Fullada se alojò entre el Isara, y el Doria, à los Capuchinos, dilatada su siniestra al Bosque, que le havia cortado el Duque de Saboya, porque la Artilleria de la Plaza viesse los Sitiadores. A Turin la defendia el Conde Ulrico Daùn, Alemàn, hombre esforzado, y de experiencia. Los Franceses desde el Bosque à San Lucinato tiraron una Linea, para defenderse de las salidas de la Plaza, sobre la qual invigilaba mucho su Soberano. La muger, y toda su Familia passaron à Genova, donde fué recibida con galanteria, y obsequio: no quiso alojamiento en el recinto de la Ciudad, y le tomò en una Casa de Campo en San Bartholomè de los Armenios. Los Genoveses, no por amor al Duque de Saboya, sino mirando à su seguridad, deseaban asistirle, pero no podian; y aunque hallò algun dinero prestado fuè de Particulares, y sobre joyas.

A los 20. de Mayo passaron el Doria los Franceses, ocuparon el camino de Moncalier, y batian à un tiempo el Castillo, y la Ciudad con ochenta Cañones, y sesenta Morteros. El Conde Daùn lo defendia valerosamente: hizo vigorosas salidas, arruinando los trabajos; pero constantes los Sitiadores, proseguian el empeño. Ganaron tres medias Lunas del Castillo, y entre ellas, y el ultimo recinto, havian hecho una gran cortadura los Sitiados, sembrada de unos palos, tan bien escondidos como agudos, y la brecha la repararon con unos maderos fortissimamente entretexidos. En Salutzo hubo una Accion de Cavalleria, entre el Duque de Saboya, y los Franceses, vencieron estos. Buscò aquel refugio en los Montes de Lucerna, y acampòse en el Valle de Angroña con poca gente. Mandò el Duque de la Fullada ocupar el Castillo de Ceba: quiso socorrer el Conde Parelo, pero quedó prisionero del Conde de Sartirana, que se le opuso con un Destacamento de Españoles. Baxaron de Alemania nuevas Tropas al Exercito del Principe Eugenio, que de-

determinò socorrer à Turin, sin que esto pudieran creerlo los Franceses. A 16. de Junio passò el Athesis por Petrolaffo, y de alli fué à Polesin de Robigo, donde se fortificò. No imaginaron los Franceses, que havia por alli camino al Piamonte, porque la interpuesta tierra es sumamente pantanosa, y las aguas que baxaban del Rio Tartaro, no solo forman invadeables Lagunas, sino que està alli el Canàl Blanco, y assi descuidaron de aquel parage. Por veinte, y quatro millas en contorno los Alemanes, sin oposicion, parte andando, y parte sobre unas vigas, que echaban en las angostas separaciones, passaron las aguas, y ocuparon las orillas del Mincio. El Duque de Orleans se acercò à Corregio; pero los Alemanes hicieron en una noche de Verano una marcha tan larga, que igual no la cuentan las Historias, y es casi increíble, porque yà no se les podia impedir, que fuesen contra Reggio, que rindieron en cinco dias de sitio, sin que pudiesen los Franceses socorrerla: con esso tenian libre el camino por el Crostolo. Para assegurar à Milàn el Duque de Orleans, haviendo fortificado à Guastala, y Plasencia, se retirò al Cremonès. Descansò tres dias Eugenio, y se encaminò al Piamonte: lo propio hizo el Duque de Orleans. Pudo este adelantarse por mas breve camino, y cerrar el passo à los Alemanes, porque el dia 25. de Agosto havia llegado à Valenza, y passado las Tropas Vaudemont por un Puente que echó al Pó: quedaban atras los Alemanes, y estava el General Medavi, Francès, situado entre el Mincio, y el Oglio, aunque despues, con errado dictamen, descuidando del Mincio, se pudo juntar con el Principe Eugenio el de Hefecasèl. Estaba muy adelantado el Sitio de Turin, con brechas abiertas, y ocupado el Fosso de una Fortificacion de la Ciudad. En una Mina se encontraron à los Enemigos, y hubo en ella cruel Disputa. Diose el assalto al camino encubierto de la Ciudadela en una noche muy obscura, que obligò à los Sitiados à encender téas: alojaronse despues de larga, y sangrienta Accion los Franceses, y levantaron su texadillo, de maderos, y vigas contra el fuego, granadas, y peñascos, que se echaban del Muro. Preveniase baxar al Fosso, y entre tanto passando el Po, se pusieron ocho Batallones Franceses en los Capuchinos, y otros ocho en el camino, que va à Lucerna, para que

no bolviessè el Duque. Despues de hechas tantas cosas, todo estaba por hacer, y nada se hizo. No pudo haver para los Franceses suceso mas indecoroso: seria increíble, à no ser Historia de nuestros tiempos, en que no tenemos que dudar.

Estaba el Duque de Orleans adelantado al Principe Eugenio, que por Alta havia passado el Tartaro, yà por solas treinta millas distante de Turin. El Duque de Saboya, con un gran rodeo, se juntò à Eugenio, con 6y. Infantes, y 2y. Cavallos. Juntose tambien con el Duque de la Fullada el de Orleans: formò Consejo de Guerra, y era la duda, si havian de esperar dentro, ò fuera de las Trincheras al Enemigo, dexando en ellas, contra la Plaza, lo que bastasse à defenderlas, pues en este caso podia sacar à la Batalla el de Orleans 50y. Franceses: esta fuè su opinion, y darla en Campaña abierta. Lo contrario sintiò el Conde de Marsin, no pareciendole possible, que treinta mil Alemanes rompiesen unas Lineas, que guardaban sesenta mil hombres. De este dictamen fuè el Duque de la Fullada, para que no deshiciesen las Trincheras los Sitiados, y fuesse preciso empezar de nuevo el Sitio. La mayor parte de los votos le siguieron, y se conformò à el el Duque de Orleans. Venia muy de espacio Eugenio, para no cansar la Infanteria. Luego que pareciò, estendieron los Franceses 20y. hombres por la Linea: 10y. pusieron entre el Iara, y el Doria; otros tantos entre el Doria, y el Pò con Albergoti, los quales quedaron inutilis, porque fingiò el Duque de Saboya atacar el Puente, y el del Doria yà estaba de antemano cortado. A 7. de Setiembre, en dos columnas marchò en persona à la Linea, llevando la Manguardia. Regia Eugenio el centro: diòse el assalto con poca frente por dos partes, y fueron dos veces rechazados los Alemanes. Apeose el Duque de Saboya de su Cavallo, passò à la primera fila, diciendo à los suyos: *Este es el dia de vencer, ò morir: en vuestras manos està la libertad de Italia;* y diò con tal impetu, y valor el tercer assalto, que admirò à los mas esforzados. Saliòle al encuentro el Duque de Orleans, y se enardecì la mano de ambos con tanta viveza, que no podia ser mas sangrienta la Accion. Eugenio passò tambien luego à las primeras filas, y con el los Oficiales de mayor nombre, y con esto se exaltò la ira, y el valor por ambas partes. Eugenio

niò peleaba estrechando la Linea contra los Franceses, estendidos por toda ella; y el Duque de Saboya tuvo tanto ardimiento, que llegò con su mano à arrancar las estacadas, y lo consiguiò, aunque con gran pèrdida de gente: traian materiales prevenidos para llenar el Fosso, y se executò con increíble celeridad. Peleando con glorioso denuedo, fueron à un tiempo heridos los Duques de Saboya, y Orleans: para socorrer à este acudiò, poniendosele delante, el Conde de Marsin: à favor de aquel llegò Eugenio, y cada instante era mas tremenda la Batalla: ni heridos la dexaron los referidos Principes, y la vertida sangre ayudò al ardor. Rompe la fortificada linea Eugenio: defendia el passo intrepidamente Marsin, que cayò mortalmente herido: fuè preso, y luego espirò. Sustentaba el empeño el Duque de Orleans: ponese en su lugar: buelvenle à herir, y por fuerza le retiraron los suyos. Entrò la Fullada, y mantuvo por gran rato dudosa la Accion, que durò cinco horas, con igual pèrdida indecisa, hasta que yà mas ancha la entrada, pudo la Cavalleria Alemana cesar à la Infanteria Enemiga, en quien hizo un gran destrozò. Huyen vencidos los Franceses, y separanse las Tropas sin orden. Glorioso defensor de Turin Ulrico Daùn, sale con su gente, siguiendo à los que huian prohibelo Eugenio para no distraer la fuya, y ocupa las Trincheras, gozando de un precioso botin, porque abundaba el Campo de los Franceses de todo. Entra en su Plaza gozoso el Duque de Saboya, y sacandose una fortija de gran precio, la diò à Daùn. Los Franceses se retiraron à Carinãa, y sus Bagages à Pinaròl. De estos murieron 12y. y quedaron 6y. prisioneros. Mientras se peleaba, se passò el Coronel Pablo Diach con 2y. Franceses vilmente à los Alemanes: de estos quedaron 8y. muertos, y mil heridos. Mas decisiva que pedia la Accion fue la victoria: quedò à los Franceses un entero Exercito, que con los que estaban en varios Destacamentos, quedaron con los Españoles mas de 70y. hombres, y todas las Plazas de Milan, y la de Mantua. No tenia mas consecuencia esta victoria, que no perderse por entonces Turin; pero los Franceses, ò maliciosamente inspirados de muchos, que seguian el systema del Duque de Borgonia, ò consternados vilmente, tomaron el camino de la Francia, y persuadiendose à esto los

unos à los otros sin parar, echadas las Armas, se enderezaron al Delphinado. No tenian, ni Gefe que los guiasse, ni Viveres: no se ha visto Exercito mas descarrado: seguian los Oficiales por necesidad, por genio de dexar la Italia muchos: ni los detuvo haver à esta misma sazón deshecho Modavi à Hefsecasèl en una Accion, que hubo entre dos gruesos Destacamentos. No quisieron claramente conservar la Italia, creyendo les era esta Guerra de insoportables expensas, y que tenia el Rey Christianissimo no poco que hacer en atender à su Reyno, y mas haviendo Malebourgh en Brabante logrado una completa victoria. Los pocos Españoles se retiraron à las Plazas, y los Franceses, con el Duque de Orleans, à Francia. Aprobòlo todo Luis XIV. que yà estaba persuadido à que la Guerra de Italia le destruia, y assi, en una sola Accion, muy remota de tantas conseqüencias, la ganaron los Alemanes, (como verèmos) porque no quedò Exercito para defenderla, ni el Rey Catholico podia embiar Tropas, deshechas yà las que sirvieron al Sitio de Barcelona, y sin tener bastantes para la defensa del continente.

Sin perder tiempo passaron los Alemanes à Milàn, rindiòse luego la Ciudad, y quedò el Castillo, à donde se retiraron los que no querian estàr baxo de la dominacion Tudesca. Estaba bien presidado con quatro mil hombres, y no le faltaban Armas, ni Viveres. Disponiase al Sitio Eugenio; pero conociendo su dificultad, hizo con él treguas, y que se rendiria, si en seis meses no estaba socorrido: prohibiòsele la comunicacion con la Ciudad; pero se le permitió el que entrassen Viveres, y dinero. Rindiòse con poco trabajo Lodi, y passaron los Alemanes à Tortona: nada se resistiò la Ciudad, pero mucho el Castillo, aunque el Duque de Saboya fue contra èl; porque fue rechazado en un asalto, en el qual murió el Governador Don Francisco Ramirez. Era contraria la estacion del tiempo à adelantar las hostilidades, y assi se pudo defender mas de tres meses. Al fin se rindiò, è hizo lo proprio Asta, y Novàra: esta por tumulto del Pueblo inflamado de su Obispo Visconti, logrando la ocasion de estàr ausente, por orden del Principe de Uvademont, su Governador Don Francisco Pio de Moura, Principe de San Gregorio; y aunque hacia sus veces el Marquès Corio, no fue

fuè traydor, pero no defendiò la Plaza. Tambien cayò Pavia, y quedò preso su Governador el Conde de Sartirana, porque Luis Belcredi levàntò el Pueblo, y à todos los Frayles, y Sacerdotes, que hicieron la entrega de la Ciudad. Fuese à Mantua Wademont, que estaba en Pizzigton, la qual dexò encargada à su Governador Rubin, que llamando luego à los Enemigos, y haciendola sitiar, la entregò: buscaba con aquella ficcion el honor, que despreciaba.

De la misma fuerte defendiò Don Francisco Colmenero à Alexandria: era publica voz, que tenia antiguo trato secreto con el Duque de Saboya, y que solicitò muchas veces al Prelado de aquel Lugar para que adhirièsse à los Austriacos. Estos Papeles de Colmenero al Obispo, se leian publicamente en las Antecamaras de Paris, adonde los embiò aquel Prelado. Era tan fuerte la Plaza, que sin declarada traicion, no la podia Colmenero rendir; y assi no faltò quien dixo, que fiandose de uno de las Guardas del Almacèn de la Polvora, le mandò poner fuego: con el volò un Convento de Monjas, que havia vecino, de las quales quedaron catorce muertas, y estropeadas muchas: luego llamò à Capitulacion, como si aquello le sirvièsse à la posteridad de escusa. No hemos entrado à la exacta averiguacion de todo lo que de Colmenero se decia, por no ser necesario para estos Comentarios poner en claro su corazon. Los hechos posteriores arguyen contra èl, porque aunque quedò prisionero quando entregò la Plaza, luego tomò partido, y recibió no pocos premios, y entre ellos el Gobierno del Castillo de Milàn, que despues de tres meses se entregò, de orden del Rey Catholico, à los Alemanes, y se evacuò enteramente el Estado; y lo que es mas, por orden de Luis XIV. Mantua, sin necesidad, y Plaza agena. En ella estaba Wademont con diez mil Franceses: llegòle de improvizo esta noticia al Duque de Mantua, que estaba retirado en Venecia, y ni las rentas de su Estado le quedaron, castigando el Emperador el haver admitido Presidio Francès, pero poco despues murió. Parecerà increíble à la posteridad, que un Estado, que costò tanto dinero, y sangre à la España, con la possession del qual adquiria tantas ventajas la Casa de Austria, se haya dado como de regalo, y con èl toda la Italia, al arbitrio del vencedor.

Esta fuè una impensada tumultuaria resolucion de los Franceses, sin que à ella concurriesen los Españoles, antes rogaron les diessen solo sus Tropas, que ellos defenderian el Estado; porque el Duque de Orleans, aborreciendo la tierra de que havia sido vencido, la quiso entregar al Enemigo, para impossibilitar à los Franceses, que pudiesen volver à ella. Al Duque de Saboya se le diò en el Estado de Milan la Alexandria, y la Lomelina, y los Valles de la Valsesia: menos era de lo que le ofrecieron, porque pretendió el Vigevenasco. Desde el lindar de su ultima desgracia faliò, no solo con mas gloria, pero aun mas poderoso: (estas no conocidas bueltas tiene la fortuna) luego refucitaron contra la Italia los antiguos derechos del Imperio; y se echaron contribuciones à arbitrio del Emperador: entonces conociò su error. No disputamos las razones del Cesar; pero estas las vigoran el poder, y las Armas, que yà se estendian vencedoras.

Pareciòle al Duque de Malburgh conveniente passar la Guerra à la Mosela, pero los Olandeses, que deseaban tener el Bravante, lo rehusaron, y se acamparon en la Mosa. El Mariscal de Villa-Roy, que mandaba en vez de el de Boufflers, no se descuidaba de Lobayne, y de Namur, y estava con sus Tropas en Firlmond, passado el Rio Dile. Juntatonse las Tropas de los Aliados: tenia deseo de otra Batalla el General Inglés; y para cesar à los Franceses, y que estuviesen obligados à darla, tomò los passos, y sitios mas aventajados. Saliendo de Gosencourt Villa-Roy, le acometiò Malburgh de repente. Travose una sangrienta Batalla en Ramilli. Por una hora peleò con gran valor la Infanteria Francesa, rechazando à los Enemigos; y para resistirlos mejor, juntado à la primera linea el centro, peleaban unidos, teniendo à la derecha la Cavalleria, contra la qual se dexo caer Malburgh con tanto impetu, que la deshizo, y sin seguir à los Franceses, que huian, diò con espada en mano, contra el centro, del qual formò Villa-Roy dos frentes, peleando con esfuerzo, y arte: estendiò una linea corva, para encerrar la Cavalleria enemiga: flaqueò entonces la frente de su Infanteria, retrocedieron muchos, y se empezaban à desordenar, hasta que exortados, reintegran la Batalla, yà tan estrechada, que estaban ociosos los fusiles: se disputò mucho la victoria; pero ha-

haviendo perdido toda su Cavalleria los Franceses, quedaron vencidos enteramente, y à su arbitrio el Vencedor degollò los mas tardos en huir, y murieron cinco mil: quedaron prisioneros quatro mil, y perdieron cinquenta Piezas de Cañon, y todo el tren de Guerra, y Bagages. Mayor perdida se experimentò en la desercion; y es cierto, que en todo les faltò à los Franceses quarenta mil hombres. De esta Victoria de Malburgh se siguiò la perdida de Lobayna, Bruselas, Mechliua, Gante, Her, Brujas, Dendermunda, y Amberes, con todo el Brabante, y poco despues ganaron à Ostende. Estas desgracias se le referian al Rey Christianissimo muy poco à poco, porque en edad tan adelantada no le hiciesse mella la desventura: no se las pintaban como eran en sí, y todo por boca de la Señora de Maintenon, Muger del mayor artificio, y maña, que conociò el siglo. En Londres se fabricaron unas Medallas con la esfigie de la Reyna Ana, y del Rey Luis vencido, con esta inscripcion: *Una Muger mortal triumphò de un immortal Varon.*

Mejor le fuè en el Rhin al Mariscal de Villars, haviendo hecho levantar el Sitio de Castel Luis, precediendo una Accion, en que quedò victorioso. Tomò despues à Seltz, y Belheim: por manos del Señor de Bipont à Druskeim, y por las del Conde de Broglio à Hagenau: Esta fuè la seguridad de la Alsacia, porque desde el Rhin à Philisbourg descansaba el País. Corrian los Franceses libremente hasta Maguncia; y no dexaba de estar en peligro Landau, porque el Conde de Broglio havia ocupado à Hocsted; pero la desgracia de Ramilli llamò à los Franceses à Flandes, y quedò Villars sin fuerzas. Añadieronsele al Principe de Badén, embiandole gente de la Mosa: con esto quiso llamar à una Batalla à Villars, que se havia retirado à Spira, y atrincherado en Lautemburgh. No pudiendo Luis de Badén conseguir su intento, determinò passar el Rio por Castel Luis; pero havian los Franceses consumido los forrages de aquella tierra, hasta Landau. Enfermò gravamente Luis de Baden, y le sucediò en el mando de las Armas el General Tungén, que pasó con catorce mil hombres el Rhin; y mientras que Villars se prevenia en Vinsburgh à la Batalla, porque havia fingido el Aleman quererla dar, este se desvio, y fue à

introducir socorro à Landau, que carecia de Viveres, y Municiones, y aun le faltaba el justo Presidio, porque rezelaban, que se la llevassen los Franceses desprevenida. Con esto bolvió à passar el Rio el General Tungèn, y puso en Cuarteles de Invierno à las Tropas: lo proprio hicieron luego los Franceses.

Con el infeliz suceso, que tuvieron en Barcelona las Armas del Rey Catholico, cobraron mas brio los Españoles del Partido del Rey Carlos; y mientras aquel bolvió à Castilla por Navarra, este se adelantò à Aragon, que le obedeció sin violencia alguna: Era su mayor Exercito su apellido, y su felicidad. Pocos Nobles de Aragon dexaron sus casas. Rindiose Zaragoza, y los pocos Presidarios con el Governador se retiraron al Castillo, y como no era Fortaleza regular, se rindieron: los mas de los Soldados tomaron partido, pero no el Governador. Ya, en la Peninsula de España, poseia tres Reynos Carlos, Cathaluña, Aragon, y Valencia. Una sola chica Plaza le quedó en cada uno de ellos al Rey Phelipe: en Cathaluña, Rosas; en Valencia, Peníscola; y en Aragon, Xaca; porque la focorrieron los Franceses. A Peníscola la defendió con tenacidad, y valor su Governador Don Sancho de Chavarría, ceñido de enemigos, y aun lo eran los que no lo parecian, porque en aquel corto Pueblo no faltaban Parciales Austriacos, solicitados de Peterbourgh, y del Conde de Cifuentes, despues que los Ingleses tomaron el Castillo de Alicante. Estos tres Reynos, estrechamente unidos, y pertinaces, ponian en peligro à Castilla, que por la Estremadura tambien le tenia evidente, porque se havia formado un Exercito en Portugal de treinta mil hombres, mandados por el Marqués de las Minas; y aunque las reclutas se havian hecho de gente inexperta, y Estudiantes, havia doce mil Veteranos Ingleses, y Olandeses, mandados por Gallobay. Tenia esta Gente dos Gefes, de que resultó algun perjuicio: pusieron su Campo entre Alcantara, y Badajoz. No estaba lexos el del Duque de Bervich, pero muy inferior en numero, haviendo encerrado en Alcantara cinco mil hombres, escogidos para su defensa. Esto lo hizo contra el dictamen de los Españoles, y principalmente del Conde de Aguilar, que lo repugnó fuertemente, porque era infalible perder

des aquellos Regimientos en una Plaza mal fortificada, y sin defensa. Luego la atacaron los Enemigos, mas por hacer prisionera aquella Gente, que por tomar la Ciudad, la qual con poca hostilidad rindieron, quedando prisionera la Guarnicion, que se embió luego à Lisboa. Estas Tropas hicieron mucha falta, porque no quedandole à Bervich bastante Infanteria para oponerse à los Portugueses, dividida la poca que tenia en las Plazas, se retirò con solo la Cavalleria àzia Tierra de Madrid. Quedò el Marqués de Bay con poca Gente àzia Badajòz, hizo quanto pudo, è hizo mucho; pero no podia defender los Terminos de Castilla, por donde entrò faustosamente, y sin oposicion alguna el Exercito Enemigo, talando, destruyendo, è imponiendo contribuciones. Mantenianse las Provincias leales, y mas viendose ultrajadas de los Portugueses, que tienen con los Castellanos eterna emulacion; y assi no tenian los Enemigos mas tierra que la que pisaban, y quanto mas se adelantaban àcia Castilla, estaban ceñidos de la misma tierra, que los aborrecia. Despues que tomaron à Ciudad Rodrigo, se adelantaron à Salamanca, Ciudad en España cèbre, por ser el Emporio de las Ciencias, è insigne en la fidelidad à su Rey: como no està fortificada, cedió à la fuerza: entraron los Enemigos, y se entretuvieron poco, porque conócieron en los semblantes la averfion. Apenas la desampararon, quando bovieron à aclamar al Rey, y formaron Compañias à su costa para defenderse, y cerrar los passos de Portugal, que se hizo con tan exacta diligencia, que no pudo aquel Rey tener noticia positiva de su Exercito, porque no passaban Cartas interceptando los Correos aunque tomassen camino extraviado. Esto se debió à la fidelidad del País, que excede à toda ponderacion; y tambien tomaron una partida de dinero, que embiaba el Rey de Portugal à su Exercito. De estas correrias cuidaba el Marqués de Bay, y de Badajòz el de Risburgh, con buen presidio, despreciando las amenazas, y promessas de los Enemigos, cuyo Exercito seguia à Bervich, que con continuas escaramuzas en la Retaguardia, le retardaba las marchas, hasta que el Marqués de las Minas, à 22. de Junio, ocupó con 24. mil hombres al Espinár. Entonces le fué preciso à Bervich retroceder, y desamparando à Castilla la Vieja, se encamino à

Guadarrama, por donde llegó à Madrid, para retirar al Rey àzia Navarra, tierra mas remota del peligro, y confin de la Francia. Esto turbò mucho à la Corte.

Aùn no havia el Rey descansado de la infelicidad padecida en Barcelona, y de la penosa jornada, quando le amenaza mayor riesgo. Cierranse los Tribunales, habiendo determinado el Rey dexar la Corte, porque yà baxaba por el Monte el Exercito Enemigo, que luego ocupò las llanuras, y se acampò junto à la Virgen de Genesal. Juntòse Consejo de Guerra, y de Estado: fueron de dictamen muchos, de que passasse el Rey à Andalucia. El Embaxador Amelot, que queria retirarle àzia la Francia, persuadia, que fuisse à Pamplona. El Rey eligiò ir al Campo de Bervich, que estava en Sopenetràn con 50. Infantes, y 30. Cavallos. Hizose un Decreto de que passasse la Reyna à Burgos con todos los Tribunales y les diò libertad à quantos no tenían empleo, para que se quedassen donde les fuesse conveniente. Este accidente descubrió los corazones de los Magnates. Los verdaderamente afectos al Rey, ni un instante de duda tuvieron de seguirle, ò al Campo, ò adonde fuesse la Reyna. Los que pretendian parecer leales, y eran desafectos, estaban en mayores dificultades embarazados: pocos se quedaron en Madrid; algunos no muy lexos; otros tomaron el camino àzia el Campo del Rey lentamente: los mas aguardaban ver descubierta la cara à la fortuna: todos deseaban conservar su honra, y sin menoscabo de ella muchos, deseaban mudar Principe, mas cansados yà de los Franceses, y de la Princesa Ursini, que del Rey. El temor contuvo à muchos, y esto los preservò de declararse por los Austriacos. Los Ministros del Gavinete todos fueron con el Rey, Medina Sydonia, Montellano, Frigiliana, y Ronquillo, que era Presidente de Castilla. No faltaron los Gefes de las Guardias de la Persona Real, que eran el Duque de Populi, y el de Ossuna, el Conde de Aguilàr, el Principe de Sterclaes, y el Marquès de Aytona, que lo era de las Guardias de Infanteria: el Conde de Benavente, Sumillèr; y los Gentiles-Hombres de Camara, el Marquès de Quintana, el de Jamayca, el Conde de San Estevan de Gormàz, el de Baños, y Don Alonso Manrique: fuè tambien el Mayordomo Mayor Condestable de Castilla, y los

los Mayordomos de Semana. Sin tener empleo alguno, efectuò siempre con el Rey el Marquès de Làconi. Nadie de su Real Familia dexò à la Reyna. Era Mayordomo mayor el Conde de San Estevan del Puerto, y Cavallerizo el Marquès de Almonacid: passaron à Burgos todos los Presidentes de los Consejos, y algunos principales Magnates de crecida edad, que no podian seguir al Rey, como el Marquès de Mancera, el del Fresno, el Duque de Jovenazo, y el de Montalto: tambien estava el de Veraguas, y los mas de los Consejeros de Castilla, Indias, Italia, Aragón, Ordenes, y Cruzada, que fuera prolixo nombrarlos.

Apenas saliò el Rey de Madrid para Sopenetràn, quando los Grandes internamente desafectos al Rey, escribieron al Marquès de las Minas, que se apoderasse de la Corte, por que prestando esta la obediencia, seguiria su exemplo el Reyno entero; y que habiendo tenido noticia, que partia de Zaragoza para Madrid con 120. hombres el Rey Carlos, no podria Phelipe subsistir en España, estando unidas estas Tropas. Estas Cartas, que no eran pocas, el Marquès de las Minas las entregò despues al Rey Carlos para su disculpa; y no se guardò mucho secreto en reservar los nombres, antes se facò una nota de ellos, y se embiò à todas las Cortes de los Aliados. Hemos tenido en nuestras manos una copia, y pudieramos dexar aqui escritos sus nombres; pero nos ha parecido no descubrir lo que ha ocultado la fortuna, y assi, solo daremos noticia de los hechos publicos à la luz del Mundo, de lo que no puede resultar quexa, porque es preciso juntar en estos Comentarios materiales veridicos para la Historia; y si de lastima, y atencion à Varones principales llamamos ocultas infamias, perdonezenos el no disimular las públicas, yà que no las tuvieron por tales los que las executaron.

El Marquès de las Minas, alentado con estas persuasiones, aunque por regla de Guerra debia seguir al Rey hasta echarle à lo menos de Castilla, (este era el dictamen de Gallabay) embiò al Marquès de Villaverde con 20. Cavallos à Madrid, donde entrò el dia 25. de Junio, y se le prestò la obediencia de muy mala gana, cediendo à la fuerza, porque aquel Pueblo era amantissimo del Rey. Era Corregidor el Mar-

Marquès de Fuen Pelayo, y lo executò todo con prudencia y con fidelidad, tanto mas glorioso, quanto se dexaba conocer en un acro, que era reconocer otro Amo; pero era preciso conservar la Corte, y esta era la orden, y la mente del Rey Catholico. Despues de dos dias entrò el Marquès de las Minas con Gallobay en Madrid, nada aclamado, antes conociò en los semblantes de todos una profunda tristeza, y repugnancia: Puso sus Reales en el Pardo, estendiendo las Tropas por Manzanares, la derecha desde la Huerta de el Cerero, à la Quinta de los Padres Geronimos, y la siniestra al Pardo. Assi lo dispuso el Conde de la Corzana, que venia con los Portugueses, y havia orden del Rey Carlos, de que se governasse por su dictamen, en cosas de Guerra, el Marquès de las Minas. Erigieronse luego los Tribunales: nombrò Consejeros, y mandò assistir à los que se havian quedado en Madrid; pero fuera de la Corte no se obedecian las ordenes, ni hacia caso de ellas el mas pobre Lugarejo, sino forzado de Tropas. Pocos Grandes hallò en quienes mandar: muchos se fueron à sus estados. El Duque de Medina-Cœli tomo el camino de Burgos, pero à muy chicas jornadas. El Conde de la Corzana decia, que esperaba al Rey Carlos, y que por esso no se apresuraba. Ignoramos su intencion; cierto es, que tomò asiento pocas leguas lexos de Burgos, y que fue à ver dos veces à la Reyna. Otros Magnates se dividieron por Castilla la Nueva, en la parte que los Enemigos la havian dexado; y los mismos que havian escrito al Marquès de las Minas, no se atrevieron à verle en la Corte: de esto se quejaba con gran razon, y el despecho le hacia revelar el secreto. Creyeron los Portugueses, adulados de muchos Españoles, que la Corte era todo el Reyno; y esperando tener noticia del Rey Carlos, sin hacer operacion alguna, como pudieran en la paz, trataron la guerra: ni se abrian el camino para encontrarle, ni seguian al Rey Phelipe, que con muy pocas Tropas (y estas desertando cada dia) estava en Sopenràn. Un Destacamento del Exercito de los Enemigos le huviera podido echar de Castilla; pero lo reservaban, como cosa de ninguna dificultad, para quando se juntassen las Tropas del Rey Carlos, mandadas por Peterbourgh, el qual aun estava en Zaragoza, sin tener noticia alguna de lo que en Madrid passaba; porque la Cava-

leria

leria del Rey Phelipe, habiendo ocupado, y fortificado el Puente de Viveros, estendidas las partidas con toda vigilancia al confin, que era camino para Aragon, no dexaba pasar persona alguna, ni Correo.

En este ocio del Exercito de los Portugueses en la Corte, fue facil introducirse los vicios, y se entregaron à la embriaguez, à la gula, y à la lascivia las Tropas: esto consumió mucho el Exercito, y juntamente no dexaban los del Pueblo de matar algunos Soldados, que de noche entraban en Madrid, sin mas ocasion, que la que les daba la oportunidad, y lo que inspiraba el odio. Assi se perdiò la de seguir al Rey, el qual esperaba los ofrecidos socorros de la Francia. Sus Parciales divulgaron en la Corte la voz de que havia muerto en Aragon el Rey Carlos; y esto lo decian con tales circunstancias, que nombraban el Lugar, la Iglesia en que se havia sepultado, y los accidentes de su enfermedad; y hubo un Clerigo, que le dixo al Rey, que le havia visto sepultar. Todo esto era arte para que el Marquès de las Minas no saliese de Madrid, y diese tiempo al Rey para formar su Exercito. No fuè en vano el artificio, porque el Marquès lleno de dudas, no sabia salir de Madrid, no del todo ageno de sus delicias; porque de proposito las Mugerres publicas tomaron el empeño de entretener, y acabar, si pudiesen, con este Exercito, y assi, iban en quadrillas por la noche hasta las Tiendas, è introducian un desorden, que llamó al ultimo peligro à infinitos; porque en los Hospitales havia mas de 60. enfermos, la mayor parte de los quales murieron. De este iniquo, y pessimo ardid usaba la lealtad, y amor al Rey aun en las publicas Rameras, y se aderezaban con olores, y afeytes las mas enfermas, para contaminar à los que aborrecian, vistiendo trage de amor al odio: no se leerà tan impia lealtad en Historia alguna. Al contrario los Parciales del Rey Carlos divulgaron, que se havia ido el Rey à Francia, y havia dexado à Burgos la Reyna: fingieron una Carta del Duque de Híjar, Virrey de Galicia, escrita al de Jovenazo, en que le decia, se estava perdiendo aquel Reyno, por haverle ocupado diez, y seis mil Portugueses, y que havian entrado otras Tropas Enemigas con Juan Hurtado de Mendoza en la Andalucia.

En este tiempo se perdiò Cartagena; y porque el prin-

Tomo I.

Ee

ci-

principal motor fue Don Luis Manuel Fernandez de Cordova, Conde de Santa Cruz, es preciso referir como se pasó à los Enemigos. Hallabase sitiado, y con gran estrechez Oran de los Moros, y se mandò à Don Luiz Manuel Quatralvo de las Galeras de España, que con dos de ellas saliesse de Cartagena, y llevasse focorro à aquella Plaza, y la ordinaria conducta de 57½ pesos. Estava ya corrompido de varias promessas por los Emisarios de los Austriacos; y assi en vez de llevar dichas Galeras à Oran, fingiendo en Lugar Nuevo de esperar el tiempo, llamó à la Armada Inglesa, que estava en Altea, y sublevandose la Chusma, y todos los Oficiales, que ya estaban de acuerdo, se aclamò al Rey Carlos. Quiso resistir tan infame conjura el Capitan de la Capitana Don Francisco Grimau, y fué preso. Lo propio se hizo con Don Manuel de Fermosella, Capitan de la otra Galera, y con el Veedor Don Manuel de Grimau, hijo de Don Francisco; y es cosa singular, que solos estos tres Oficiales se mantuviesen en la debida fidelidad, entre tantos participes de la traicion, y que un secreto comunicado à una muchedumbre de gente ruin, y facinerosa se guardasse tan exactamente, porque las Chusmas no lo ignoraban, y se les havia ofrecido libertad; à Don Luiz Manuel el Generalato de las Galeras, y à todos los Oficiales darles ascenso à su grado. Las dos Galeras se conduxeron à Barcelona, y nada de lo ofrecido se cumplió, ni se hizo de Don Luiz Manuel gran caso por lo feo de la accion, y en tiempo, que, con grave perjuicio de los Christianos, corría tanto peligro Oran, Plaza ganada por el Arzobispo Cisneros casi de milagro, y que assegura de invasion de Africanos la España; faltole este focorro, que se le embiaba con las Galeras, y se rindió, padeciendo la Christiandad el daño de tener aquel gran Puerto los Moros, y poder armar Navas de mayor magnitud, que las que usaban por falta de Puertos. Un hermano de Don Luis Manuel, Arcediano de Cordova, detestando tan indigna, y abominable accion, se fué à buscar el Libro en que la Parroquia assienta los Baptizados, y arrancò la hoja en que estava notado serlo su hermano, diciendo con honrado furor: *No quede en los hombres memoria de tan vil hombre.* Este, pues, persuadió à los Ingleses, à ir à Cartagena, donde ya tenia dispuesta la conjura, y aunque decian, no les

fer.

servía Plaza tan remota, les facilitò tanto el que no costaria trabajo, que se resolvieron à esta empreña, lograda con felicidad, porque los pocos Franceses que havia, capitularon luego.

Entre tantas artificiosas mentiras, esta verdad se divulgò en Madrid, y aun en el Campo del Rey, con lo qual creyeron muchos, que estava la España perdida, y la Andalucía, y assi profugió la desercion, y mas haviendose publicado, que el Rey por dar gusto à su Abuelo, se iba à Francia, y que tenia orden de promover esta resolucion Amelot, el qual verdaderamente lo persuadia al Rey; pero siempre le oyó con desprecio, y assegurò, no saldria de la España. Viendo los Franceses, que no le podian convencer à dexarla, le persuadian à lo menos, que se fuesse à Navarra. Los Ministros Españoles, que le assistian, repugnaban el que el Rey dexasse las Castillas, porque sin duda se perderian, y seria la consecuencia perder Andalucía, y con ella à las Indias: que se consternarian los Pueblos, y los mas afectos, porque daba muestras de esso la continua desercion, y que debia el Rey hacer à los Soldados un público razonamiento, en que los asegurasse, no saldria de España. Assi lo executò, y juntando las Tropas, se quejó, se imaginasse de su Real magnanimidad tal resolucion, y que sobre su Real palabra les aseguraba morir con el ultimo Esquadron de Cavalleria, que le quedasse.

No dixo esto el Rey sin rasarsele los ojos en lagrimas, tan eficaces, que trascendió la ternura à los circunstantes, y le acompañaron con ellas, asegurandole, que pondrian todos sus vidas en defensa de su Persona, y Reyno, y que no havia mas desercion. Assi lo cumplieron, cobrando aquellos pocos Españoles tanto brio, que osaban resistir à muchos. Esta, que pareció corta diligencia, le afirmó la Corona en la cabeza, y mas haviendo llegado de Francia 1500 hombres escogidos, con los quales pudo el Duque de Berwick poner su Campo entre Xadraque, y Sopenán. A 23. de Julio se creyó en Madrid, (por voz falsamente esparcida) que entrasse en la Corte aquella tarde el Rey Carlos. Sus Parciales se previnieron à recibirle: otros salieron à encontrarle, y quantos llegaron al Puente de Viveros, quedaron prisioneros de la Cavalleria del Rey Phelipe, que aun estava allí: forti-

Ez

fics.

ficados los passos : conduxeronlos à varias Carceles , y fuè uno de los que se prendieron el Conde de Lemos , que iba en una Carroza con su muger Doña Cathalina de Sylva , hermana del Duque del Infantado , à la qual permitieron , que acompañasse à su marido al Castillo de Pamplona. Tambien fuè preso el Patriarca Benavides , y llevado à Francia con Fray Benito Salas , Obispo de Barcelona. Poco despues se cogió tambien à Don Balthasar de Mendoza , Obispo de Segovia , que venia disfrazo à la Corte , para obsequiar al Rey Carlos. Eran estos verdaderamente desafectos , pero mas incautos , que desleales , porque iban à prestar la obediencia à quien yà en Madrid havian tacitamente jurado , quando la prestò con publica aclamacion la Villa : no se les hallò haver cometido otro delito.

Yà le havia llegado al Rey Carlos la noticia de estar en Madrid el Exercito Portugués , y con ella partiò para la Corte , mandando sus Tropas Peterbourgh. Impaciente el Marqués de las Minas de ocio tan pernicioso , dexando dos solos Esquadrones de Cavalleria en la Corte à cargo del Conde de las Amayuelas , declarado Parcial Austriaco , saliò de ella con su Exercito azia Alcalà , y de alli passò à Guadalaxara , tomando despues las marchas por la izquierda , para encontrar con el Rey Carlos. En frente , ocupadas las alturas de Ira , puso sus Tropas Bervich , fortificado bien el terreno , y estendida la derecha al Monte de Xadraque , y la izquierda à Alcalà , con la intencion de dexar atrás cortado à Madrid. El Portugués dexò los Bagages en Guadalaxara , y se encaminò à Sopenràn el dia 28. de Julio , con el designio de assegurar el camino al Rey Carlos , para que no diesse con las Tropas del Rey Catholico , que yà eran superiores à las que venian de Aragón. El Rey dexando à Ira , determinò defender el Rio de Guadalaxara , sin dexar las alturas de Xadraque , de las quales con facilidad causaba con escaramuzas à los Enemigos , que yà havian retrocedido hasta Yunqueras , entrando en la Villa de Xadraque , y entregandola à las llamas. Llegòle al Marqués una Carta del Rey Carlos , escrita en Daroca : en que le daba noticia , que venia por Molina Peterbourgh con la Manguardia , y havia ya llegado à Pastrana : allí esperó quatro horas el Rey Carlos à que veniesse á pres-

tar.

tarle la obediencia el Duque del Infantado ; pero este no parecia , ni lo havia jamàs resuelto. El Conde de la Corzana lo havia escrito , imaginandolo por cierto , porque havia tomado el partido Austriaco el Conde de Galvez , hermano del Duque , y creia vendria toda la Familia. El Conde de Galvez se vengò en si mismo del enojo , que concibió , por no haver obtenido del Rey Catholico el empleo que deseaba , y hallandose sin él , le parecia podria , sin nota , seguir el contrario Partido. Este engaño padecieron muchos Nobles , que fuera largo el nombrarlos , y solo hacemos mencion de los mas principales. El Duque del Infantado , aun sabiendo la resolucion de su hermano , y desaprobandola , huyò siempre de encontrar con el Rey Carlos , y se internò mas en los Lugares , adonde no podia passar este Principe : fuesse à Mondejar , y tambien de alli se apartò. De este Lugar sacaron las Tropas Austriacas à dos hijos del Marqués de Mondejar , dexandole por viejo , y lleno de achaques : ni huviera este ido sino arrastrando , porque era hombre de la mayor , y mas sólida bondad , y serio , y uno de los Cavalleros mas entendidos de España. Sus hijos luego tomaron gustosos el partido contrario , y se fueron con el Exercito : poco despues murió el Padre. El Rey Carlos sintiò mucho haver en vano esperado al Duque del Infantado , el qual no se libro de hacerle unos cargos , bastantes à mandarle poner el Rey Catholico despues en la Torre de Segovia : el mayor fuè haver escrito al Presidente Ronquillo en su defensa una Carta libre , y poco respetosa , que se leyò en el Consejo del Gavinete del Rey , con lo qual encendiò el ànimo de aquel Ministro , à cuyo cargo corrian todas las Causas de disidencia , y se le hizo processo al Duque en sus formas , imputandole , que en Madrid havia hablado en el Convento de Copacabana con el Marqués de las Minas , y el Conde de la Corzana , fugiendo medios como promover la Guerra , y que despues havia tenido conferencias secretas con Preterbourgh. Nada de esto se pudo probar , antes lo contrario , y con los mismos cargos se manifestaba mas la inocencia del Duque.

Estendidas las Tropas del Rey Catholico entre Guadalaxera , y Alcalà , yà puesta à las Espaldas Madrid , sin poder ser socorrida de los Portugueses , embió el Rey al Marqués

de

de Mejora en quinientos Cavallos à cargo de Don Antonio del Valle , para recobrarla. Excede à toda ponderacion el júbilo de aquel Pueblo al ver las Tropas del Rey : pudieramos escribir muchas circunstancias à no parecer increíbles. Eran tantos los excessos de alegría , que parecia haver enloquecido la Plebe. Con doscientos hombres del Partido Austriaco se encerrò en el Real Palacio el Conde de las Amayuelas : no podia defenderle , aunque se resistió algunas horas : al fin se entregaron todos à discrecion , y se embió preso à Francia al Conde , hombre ilustre , y alentado , y de apreciables calidades : engañose , como muchos , en creer , no podia dexar de ser Rey de España Carlos de Austria ; y alimentando quejas de poco atendido en el presente Gobierno , buscaba mayor fortuna. No aún restituidos la Reyna , y los Tribunales à Madrid , empezó à inquirir Don Francisco Ronquillo severamente contra los Parciales Austriacos. Desterrò à quantos Nobles de distincion havian hablado con el Marqués de las Minas : quitò los empleos à los Ministros , que se havian quedado con algun pretexto en la Corte , y asistieron al Tribunal , que el Marqués havia formado : de este castigo se librò Don Pedro Colón de La Reategui , Consejero de la Camara de Castilla , ò por patrocinio de Duque de Veraguas , (que era algo pariente suyo) ò era verdadera la voz , de que se havia quedado en la Corte de orden del Rey , para informar de quanto passaba. Tambien se desterraron los que acompañaron el Estandarte Austriaco el dia de la Aclamacion de la Corte , porque la adversidad de la fortuna , bien disfrazada , propuso à los miseros Españoles un problema , que no podian entender : los menos fuertes temieron peligrar con el Rey : los avàros , perder sus haveres : los ambiciosos , llegar tarde à los premios : los quexosos , desahogar su ira : los abatidos , buscar mas alta fortuna : de estos se compuso el Partido del Rey Carlos : muchos , con mayor realce desleales , aún acompañando à los Reyes , escribieron à los Ministros del Austriaco Principe. Tambien à estos perdona la pluma , porque pudieramos nombrar algunos , mal guardado su nombre en los que hacian gala de tener muchos Parciales , y por esso los publicaban.

El Theniente General Legal , Franceses , recobró à Alcalá

à

à tiempo , que yà havia llegado à Guadalaxara el Rey Carlos , y como el Marques de las Minas havia passado mas adelante por otro camino , retrocedió el Exercito Austriaco , por si podia juntarse con el Portugués. De Guadalaxara mandò sacar el Rey Carlos al Conde de Oropesa , y à su Yerno el Conde de Haro con sus Familias : poca violencia huvieron menester , porque lo deseaban , aunque conociendo la gravedad del hecho el Conde de Oropesa , llorò al resolverse , porque lo hizo à impulsos de la Muger , hermana del Duque de Uzeda , que conservaba eterno odio contra los Franceses , y decia , que con esto se libraba de su tyrania. El Conde de Haro , hijo del Condestable de Castilla , no tuvo valor de quitar su Muger à los Padres , ni de dexarla : era muy mozo , y se dexò llevar de aquellas caricias , ò persuaciones , que faltandoles contraste , vencieron. Verdaderamente el Cardenal Portocarrero perdió al Conde de Oropesa , acusandole de mortal aversion contra la Nacion Francesa ; y permitió la justissima providencia de Dios , que no solo adoleciese el Cardenal de este achaque , y que estuviese el Rey desconfiado de él ; pero passò à tantos excessos su mal domada ira , y queixa , desde que le apartaron del Gobierno , que decia publicamente , que eran los Franceses tyranos , y ingrato el Rey. Con esto enagenò su animo de genero , que adhirió al Partido Austriaco , y esto lo manifestó en una obscura , y dudosa respuesta , que diò à la Ciudad , y Chancilleria de Granada , consultandòle sobre el modo de defender aquel Reyno ; y en una Carta artificiosa , y llena de ofrecimientos , que escribió al Duque de Medina Coeli , al qual , como juzgaba defaecto , se le ofrecia prompto à seguir su dictamen , y qualquier cosa que en esta ocasion determinasse. Y para que no huviese duda en su mudanza , quando de orden del Marques de las Minas fuè à ocupar à Toledo el Conde de la Atalaya , General de la Cavalleria Portuguesa , el dia que la Ciudad presto el juramento , y homenaje al Rey Carlos , nada le quedò que hacer al Cardenal , para manifestar su alegría : iluminò su Casa , entonò en la Iglesia Cathedral el Hymno , con que ordinariamente damos à Dios gracias : dispuso esta función con la mayor celebridad , y diò un esplendido Banquete à los Oficiales de Guerra , brindando à la

sa.

salud del Rey de España Carlos III. (assi le llamaban sus Parciales, y se veia impresso en la Moneda, que se fabricaba en Cathaluña) bendixo su Estandarte con las públicas ceremonias de la Iglesia, y esto lo executaba con tal modo, que fuè admiracion de los propios Enemigos; porque este era el mismo, que tantos oprobrios havia dicho de los Alemanes, tan poco respetoso havia sido en sus palabras con los Austriacos, y el que tantas diligencias havia hecho para poner el Cetro en manos de los Borbones. Este era aquel, que por menores causas havia perdido à tantos, que acriminaba un suspiro, ò un gesto, y hacia delito del silencio, y de las palabras. Reconciliòse entonces con la desgraciada Reyna Viuda de Carlos II. que tambien estaba en Toledo, como diximos, que incauta, creyendo las persuaciones del Cardenal, ò arrastrada de su afecto al hijo de su hermana la Emperatriz Viuda, parece, que adhirió el Partido Austriaco, con demostraciones, que evitaria el menos advertido. Dexò los Habitos Viudales el dia de la Aclamacion, y se vistió de Gala, mandando à toda su Familia, que assi lo hiciesse: adornò de fiesta el Palacio: escribió à su Sobrino el Rey Carlos, y le regalò con algunas joyas de alto precio. Haviale ofrecido el Conde de la Atalaya, que quedaria por Governadora del Reyno, mientras le disputasse en Campaña Carlos. Nada se le escondió al Rey Phelipe; y quando se retiraron sus Enemigos de Castilla, embió al Duque de Ossuna con docientas Guardias de à Cavallo, para que entregandola antes un Despacho del Rey, acompañasse à esta Princesa hasta Bayona. Las voces, ò terminos de la Real Carta eran los mas atentos, y reverentes; porque la suplicaba el Rey, que dexando las turbulencias de la Guerra, que tanto agitaba à la España, passasse à gozar de mayor quietud en la Francia, en donde estaria igualmente assistida como en Toledo. Este imperio, embozado en ruego, y en obsequio, la afligió infinito, y subordinada à la disposicion del Duque de Ossuna, passò con su Familia à Bayona. Quiso dexar la Mayordomia Mayor de su Real Casa el Conde de Alva de Liste, para mostrar al Rey su fidelidad, y quan ageno havia estado de adherir à los dictámenes de la Reyna, antes avisó por menor quanto passaba. El Rey satisfecho del proceder del Conde mandò, que la

prosiguiesse à servir, y no se hiciesse cargo alguno à los de su Familia, que hicieron alguna demonstracion de regocijo para complacerla. Estuvo poco satisfecha la Reyna del modo con que la conduxo el Duque de Ossuna, porque la obligò à unas jornadas incomodas: assi jugaba este año con los Soberanos la fortuna. Al Cardenal Portocarrero le perdonò el Rey sus excesos, por su edad, y los servicios, que havia recibido: de miedo hizo ultimamente otro, dando una cantidad de dinero, para reparar el daño, que havian ocasionado en Toledo los Enemigos, que no fuè poco.

El Marquès de las Minas, despues de haver desamparado la tierra de Guadalaxara, quiso por Aranjuez penetrar en lo interno de Castilla, por si podia bolver à Estremadura; pero como era preciso passar la Mancha, y el Marquès de Santa Cruz havia armado aquellos Pueblos, no le fuè facil executar su designio, seguido de las Tropas del Rey Catholico, y assi marchò por Loranca, protegido de la Ribera del Tajo, poblada de Arboles, y Huertas: aqui el Rey Phelipe quiso dar la Batalla, que tanto deseaban los Españoles: juntose Consejo de Guerra, y no fuè de esse dictamen Bervich, ni los mas de los Franceses. El Marquès de las Minas passò à Chiloeches, y Morata; y aunque el Pavellón Real del Rey Catholico estaba en Torrejón, le seguian los Franceses, y picaban la Retaguardia: passò el Rey su Campo à Cienpuzuelos, para defender las Riberas de Xarama, y obligar à los Enemigos à baxar à las llanuras del Tajo, en que podia mejor la Cavalleria Española mostrar su brio, porque la de los Portugueses, sobre ser de mala calidad, estaba cantada con incessantes escaramuzas, porque Don Juan de Cereceda no los dexaba reposar un momento. Sin saber fijamente adonde se encaminaba, movia el passo incierto el Portuguès, explicando su rabia en el fuego, que aplicaba à los Lugares, y en el saquèo, hasta de los Templos. El Rey Carlos, à quien havian dado esperanzas de socorro los Valencianos, se entretenia en los terminos de Castilla; y como viò el Marquès de las Minas, que era imposible bolver à Estremadura, determinò juntarse con el Exercito de Peterbourgh, y correr la misma fortuna, ò retirarle à Valencia; y aunque sabia, que no era este el gusto del Rey de Portugal, no tenia otro

remedio para conservar las Tropas, que le quedaban bien disminuidas, y enfermas. Luego que se juntaron estos Exercitos, se disputò sobre lo que se havia de executar. El Marqués de las Minas queria aplicar todo el esfuerzo para bolver à Madrid, y penetrar con el Rey Carlos hasta Estremadura, para tomar otro Exercito, que tenia el Portuguès prevenido, de hasta 150. hombres de Reclutas, (hechas con el dinero de Ingleses, y Olandeses,) y bolver à empezar mas dura Guerra. Gallobay dissentia de este dictamen, cansado de Portugal, y exponiendo la impossibilidad de bolver à penetrar las Castillas con un Exercito de Franceses, y Españoles, yà bien ordenado, al parecer victorioso, pues sacaba de Castilla à los Enemigos, sin haverlos dexado fixar el piè, con pérdida de tanta gente. De este parecer fuè Peterbourgh, que deseaba retirar à Valencia al Rey Carlos, y havian llegado tres mil Valencianos à Cuenca, para assegurar los passos. Este voto fuè el que se siguiò, contra el dictamen del Conde de la Corzana, y el de Galvez, y assi se encaminaron por la Mancha, y llegando al Lugar en que estava el Duque de Naxera, con ninguna repugnacion suya le mandaron seguir al Rey Carlos, aunque dexò à su Muger, y à su Hija. Assi parece que satisfizo à la queixa, que en el principio de esta Tomo apuntamos.

A grandes jornadas marchaba àzia Valencia el Rey Carlos, y quando entrò en ella, fuè recibido con el mayor aplauso, y regocijo. Todo lo que le aborrecian las Castillas, le amaban los Reynos de la Corona de Aragón. Luego se adhirió à su Partido el Conde de Elda, y su hermano el Marqués de Noguera. Llegò la Manguardia del Exercito que governaba Peterbourgh: salióle à recibir, como à su Restaurador, el inmenso gentio de aquella Ciudad. El alborozo fierico de la Plebe tuvo disculpa en el desatinado del Estado Eclesiastico, y Religioso: de este salieron todos, (excepto los Jesuitas,) y los Franciscos Observantes, y Capuchinos de Comunidad, y casi esquadronados, llevando la derecha los Observantes, llegando à la presencia del General Ingles, cada uno de los Guardianes le saludò con la ceremonia Militar, de jugar el Espontòn, que llevaban sobre los ombros los dos; sonrióse Peterbourgh, y bolviendose à los circun-

tan.

stantes, les dixo: *No estamos mal aqui, donde nos sale yà à recibir la Iglesia Militante.* Havia dexado Peterbourgh à Gallobay la Retaguardia, seguida incessantemente de un gran Destacamento de Franceses, mandados por el Señor de Legál, que se portò en esta Campaña con la mayor vigilancia, è importò no poco para ella el haverlos cogido à los Enemigos los Viveres, y hacerlos retirar à San Torquato, èl recobró unos Hornillos de cobre de Carlos V. que perdió Don Juan de Austria, quando fuè en Yelves vencido de los Portugueses, disponiendo la fortuna, que viniessen à dexarlos en España. A 15. de Setiembre havia passado yà el Xucar todo el Exercito Portuguès, y dexado enteramente à Castilla. Entonces puso su Campo en San Clemente el Mariscál de Bervich. El Rey Phelipe, desde Villatobas, por Ocaña, pasó à Aranjuez, y de alli à la Corte, donde fuè recibido con imponderables demonstraciones de jubilo. Importò este examen de la fidelidad de Castilla para defengañar à los Enemigos, de que no se podia conquistar, segun lo escribió Peterbourgh à Londres, con la expression de que no la dominaria el Rey Carlos, aunque tomase este empeño la Europa toda: pidió licencia para retirarse à su casa, y se la concedió la Reyna por influxo de Malebourgh. No podrán borrar los siglos, ni la Real Estirpe de los Borbones, que reynan en España, olvidar la fidelidad de los Castellanos, que desarmados, y sin Exercito, que los sostuviese, repugnaron de genero otra dominacion, que confirmaron al Rey en el Trono; pues si se huvieran declarado por los Austriacos, como lo hicieron los Reynos de Aragon, se subverteria sin duda el Imperio.

El Portugués se acampò en Buñol, y el Francès en Albacete. Como poseian los Alemanes à Cartagena, quisieron sitiar à Murcia: no fuè perfecto el Cordòn; però era mas que bloqueo, y se huviera rendido à no estar con la mayor promptitud focorrida por su Obispo Don Luis de Belluga, que no embarazado de sus Sacras Insulas, y sus años, montò à caballo, y juntando gente, no se desdeñò, por el zelo de la Religion, y seguridad de sus Feligreses; de manejar las armas. Tambien el Obispo de Calahorra defendió gloriosamente los confines de Navarra de las correrias de los Aragoneses.

Ff 2

Qui-

Quisieron otra vez los Portugueses , que estaban en los confines , ocupar à Salamanca ; pero se defendió resueltamente , y con empeño la Ciudad : no era ya la estacion à proposito para la Guerra ; pero no se dió en toda España Cuarteles de Invierno à las Tropas ; las de Bervich quedaron acantonadas. El Rey Carlos , à instancia de los Cathalanes , bolvió à Barcelona : la Reyna de España à Madrid , con todos los Tribunales : assi renovò el Pueblo su alegria , y regocijo. El Rey Catholico privò de sus empleos à los Gentiles Hombres de Camara , que no le havian seguido. Estos fueron el Duque de Bejar , los Condes de Fuenfalida ; y Peñaranda ; tambien se quitò la Cancilleria de Indias al Marqués del Carpio. No se bolvieron à admitir las Damas de la Reyna , porque no la siguieron , aunque se escusaban con haverlas la Reyna dexado , y que despues no estaba el passo libre para Burgos Esta razon no ablandó el ànimo de la Reyna , manteniendola en este Decreto la Princesa Ursini , que no era propicia à las Damas , quizà porque no la hacian tantos rendimientos , quantos anhelaba , y assi contuvo el Palacio , en que solo Camaristas sirviessen à la Reyna , que estaban mas subordinadas à la Camarera , porque no eran de la alta esfera de las Damas , sin las quales no hay duda le faltaba al Palacio aquel antiguo esplendor , y pompa , porque brilla mas qualquier Principe , quando se hace servir de los de mas alta gerarquía.

Don Joseph de Armendariz , aplicando con valor , y silencio de noche las escalas à Alcantara : la sorprendió , rompiendo con celeridad la puerta. En Valencia recobró el Obispo de Murcia à Orihuela , y partió con el Coronel Mahoni à recobrar à Cartagena ; que despues de cinco dias de batida con el Cañon , se rindió à discrecion.

No tenia aún noticia de su Exercito el Rey Don Pedro de Portugal , y esto aumentò tanto sus accidentes , y melancolia , que à los ocho de Diciembre murió : Principe mas feliz , que prometian los principios de su fortuna , fundada en la ruina de su hermano el Rey Don Alonso , de cuyas manos arrancó el Cetro , y la Muger ; y aunque los primeros años governò con severidad , despues fuè amantissimo de sus Vassallos ; hizo justicia , y la promovia mucho. Era hombre fuer-

te , y de buena comprehensión , tenaz , y exacto en lo que ordenaba : nadie , con él , tuvo tanto valimiento , que soltase las riendas del Gobierno , porque lo veia todo. Sucedió en el Reyno su hijo Primogenito Don Juan , Principe del Brasil , à quien luego los Aliados propusieron para Esposa à la Archiduquesa Maria Ana de Austria , hermana del Emperador , para estrechar con este vinculo la amistad ; pero los Portugueses siempre hacian de mala gana la Guerra , porque veian claramente quan poco provechosa les era , y que no salian las idéas de los que la persuadieron ; porque el Marqués de las Minas escrivió la incontrastable fidelidad de los Castellanos , y dió noticia de como era casi imposible , que ni un individuo de su Exercito bolviessse à la Patria , ya porque estaba arruinado , ya porque los passos los tenian los Castellanos cogidos , y los guardaban con la mayor vigilancia. Estas Cartas llegaron por Mar , y consternaron no poco aquella Corte , que sin operacion alguna perdia unas Tropas , recogidas con gran trabajo ; porque no es Portugal , por lo corto del Pais , lugar de grandes Reclutas , ni la gente es inclinada en este siglo à la Guerra. Gallobay , que no estaba muy de acuerdo con el Marqués de las Minas , escrivió al Ministro Britanico , que residia en Lisboa , casi un Diario de lo sucedido en España , dandole cuenta por menor , para que la diessse à aquel Rey , y embiasse otras Cartas adjuntas à la Reyna , en que cargaba al General Portuguès el mal exito de aquella Campaña , por haverse entretenido tanto en Madrid y dado quarenta dias de tiempo al Rey Catholico , para que le veniessen los socorros de Francia , quando antes podia echarle de las Castillas , è ir à sitiar à Pamplona , enteramente desprevénida , con lo qual , no pudiendose mantener la Rioja , y la Provincia de Alaba , se veia la Reyna obligada à passar à Francia , y el Rey à retirarse à los Pyrinèos , adonde le seguirian pocos. A esta negligencia del Portuguès añadia Gallobay , que pudo deshacer las Tropas del Duque de Bervich , dandole la Batalla antes de ponerse entre Guadalaxara , y Alcalà , y aún despues , porque tenia superior numero de Gente , y la del Rey no passaba de veinte mil hombres , con no poca penuria de Viveres , y dinero. Todo esto lo confirmaron en Londres las Cartas de Peterbourg , el qual añadia

la gran discordia de aquel Exercito , y los varios pareceres en los Consejos de Guerra , queriendo el Rey Carlos , que entrassen en ellos los Españoles , que seguian su Partido , aun que inexpertos en la Milicia. El Conde de Oropesa , el de Cifuentes , el de Galvez , el de la Corzana , los hijos del Marqués de Mondejar , y el Duque de Naxera , entraron en una Junta de Guerra , de lo qual irritado Peterbough , retirò las Tropas à Valencia. No faltó quien de estos le acriminasse en Inglaterra , por Cartas del Rey Carlos , que estaba inclinado , despues de la union de los Exercitos , à dar la Batalla à Bervich , y aunque de esta opinion fuè el Marqués de las Minas , y lo aconsejaban los Españoles , no fuè possible vencer al General Inglès , que desesperò de rendir las Castillas , y no tenia Almacenes prevenidos , ni copia de Viveres ; y pasó à tanto la ira contra Peterbough , que se le imputaba casi secreta inteligencia con el Frances : lo qual exactamente inquirido , hemos hallado ser falso.

Ni le faltò à Bervich su Crisis , por no haver dado en las Riberas del Tajo la Batalla al Marqués de las Minas , como queria el Rey Phelipe , y sus Ministros ; porque marchaban con tal desorden , y sin provisiones los Portugueses , que se podia probablemente esperar la victòria , y passaron los Rios hasta el Xucar en Partidas , y no formados. Esto acrecentò à los Españoles el odio contra los Franceses , acusando la negligencia de Bervich , y mostrando al Rey , que en quantas ocasiones llegaron à las manos con los Enemigos en esta Campaña , havian quedado vencedores , porque el Coronel Don Juan de la Paz , con solos quinientos Cavallos , havia atacado tres veces à la Cavalleria enemiga , y la havia puesto en huida , haciendo 300. prisioneros : Que solo Don Juan de Cereceda havia hecho detener , y mudar marcha al Exercito con sus correrías , cogiendo en Tarancón todo el Bagage de Peterbourgh : Que lo proprio havia hecho Don Francisco Cavallero , venciendo con pocos à muchos , y que assi , yà experimentado el valor de las Tropas , se debia aventurar la Batalla , que seria sin duda decisiva. Daba no pocas razones en su defensa Bervich , que se vieron en una Carta , escrita al Rey Christianissimò , diciendo , no havia querido aventurar aquel pequeño Exercito , unico Presidio de la España toda.

An-

Antes de concluir el año , recobró el Theniente General Gabriél Hesio à Cuenca , haciendo dos mil prisioneros. Tambien se tomó à Elche con otros mil , los mas Ingleses. Assi feneciò , sin descargar sus iras el nublado , que amenazaba à la España , combatida este año de tantas desgracias , no solo en su Continente , sino tambien en Italia , Flandes , y en las vecinas Islas ; y como està la mas inmediata à Cathaluña la de Mallorca , pocos Navios Ingleses , que se pusieron à vista de la Ciudad de Palma en cordon , hicieron tumultuar al Pueblo. Havia fomentado mucho tiempo antes esta conjura en Palma , Capital del Reyno , Don Juan Antonio Bojados , Conde de Saballà , Cathalan ; pero hombre de grande autoridad en Mallorca , por el ilustre , y antiguo Mayorazgo de la Casa Paz , que possèe en aquella Isla. Valióse para esto de Don Francisco Sola , Juez mas antiguo en aquella Real Audiencia , y del Doctor Pablo Balbona , administrador de su hacienda. Tomaron este partido Don Nicolaz Truyols , Marqués de la Torre , y casi toda su Familia , la de Escallar , Bordils , Net , Berard , Dameto , y Zoforteza. A estos siguieron hombres de menor representacion ; y à uno de ellos , llamado Salvador Truyols , se le eligiò por Caudillo del tumulto Popular , que se prevenia. Casi toda la Nobleza nueva era del Partido Ausiriaco , y no passaban de veinte , y cinco los Cavalleros , que seguian el Partido del Rey Phelipe. Contaminò la conjura à los Eclesiasticos , relaxados , por la mayor parte , desde que murió el Arzobispo Don Pedro de Alagón , hombre de la mas severa , y rigida disciplina Eclesiastica , lleno de virtudes , y defensor acerrimo de su jurisdiccion ; y aunque le sucediò en la Prelacia Fray Francisco Antonio de la Portilla , Religioso Observante , hombre exemplar , y de la mayor fidelidad al Rey , no tenia tanta autoridad , como su Antecessor , y assi los Eclesiasticos libremente se mancharon de la traicion , que trascendiò à los Regulares , principalmente à los Capuchinos.

No ignoraba el Virrey , Conde de Cerbellòn esta trama , y ayudado de Don Marcos Antonio Cotonér , Cabeza del Magistrado de la Ciudad , hombre ilustre , zeloso , y leal procuraba con buen modo , porque no tenia Tropas , apagar esta oculta sedicion ; pero los ocultos Emisarios de Cathaluña ,

y

y del Reyno de Valencia la mantenian viva, porque sabian, que havia de venir la Armada Enemiga, mandada por el General Lach, contra aquel Reyno. Al fin, pareció en ella el dia 24. de Setiembre, acordonada fuera del tiro de Cañon de Palma: todas eran quarenta Naves de varia magnitud. Venia en ella el Conde de Saballá, nombrado por Virrey, y Plenipotenciario del Rey Carlos. Embió una Faluca con Cartas al Virrey, y al Magistrado. La respuesta fué heroyca. Embiose con ella à Don Geronymo Pablo de Puidorfila, y Don Miguel Cotoner, ambos del Partido del Rey Phelipe. Indignóse el General Ingles, y mucho mas el Conde de Saballá, con quien por la noche fué à hablar secretamente Don Thomàs Saforteza, uno de los Conjurados. El dia 26. en que parecia estaba todo con quietud, salió à reconocer la Ciudad con algunos Cavalleros el Virrey: oíanse confusas voces, que aclamaban ambos Principes. Juntaronse ochocientos hombres, toda Gente del Mar, aclamaron al Rey Carlos, y ocuparon la puerta de afuera, que entra al Muelle. El Virrey se retiró à un Fortin, y despues al Palacio. Don Marcos Antonio Cotoner, quiso con Don Matheo Gual, y dos hijos de Don Antonio Sureda, atacar los Sublevados: Era su intento matar à Salvador Truyols, Caudillo de los Rebeldes; pero no pudo lograr esta fortuna, aunque Don Dionysio Rugerio le disparó dos caravimazos. Quiso tambien de un Baluarte hacer fuego contra los Sediciosos; pero por traicion de los Artilleros halló deshechas las Cureñas. A este tiempo llegó Don Gabriel de Verga con treinta Cavallos: era hombre alentado de la primera distincion en la Nobleza, y amante de su honra: entróse al tumulto con arrojo, disparó contra uno de los Sublevados su pistola, y este le respondió con un fusilazo, que le quitó la vida. Con este delito creció el tumulto, agregose mas gente, y aún entraba de fuera de la Ciudad, que ya estaba casi toda perdida, porque se havia formado tres Cuerpos, uno de Marineros, otro de Ciudadanos, y el tercero de Ecclesiasticos.

Viendose ya el Virrey ceñido de Enemigos, (aunque lo contradixo Don Marcos Cotoner à los principios) embió à la Armada al Conde de Montenegro, al Marqués de Belpuch, Don Juan Sureda, y Don Salvador Sureda, para pedir

capitulacion. Acordóseles facilmente, entregandose la Plaza y todo el Reyno, con la Fortaleza de San Carlos. El dia 27. se publicaron las Capitulaciones, que eran breves, con casi universal júbilo de aquel Pueblo: consistian estas en la observancia de los Privilegios, y à cada uno libertad de poder salir de aquel Reyno. Tomó possession de él por el Rey Carlos el Conde de Saballá. Luego salió Don Marcos Antonio Cotoner con los setenta Franceses, que estaban en la Fortaleza de San Carlos, y Don Geronymo Pablo Puidorfila, los quales fueron conducidos à Rosas. Despues salió el Virrey el dia 6. de Octubre, con su Familia, Don Miguel Bordils, Governador de San Carlos, Don Miguel Cotoner, Don Antonio Puidorfila, Don Dionysio Rugerio, Regente de la Audiencia, y Don Joseph Leysa, Ministro de ella, que desembarcaron en Almeria. El Obispo, por afecto al Rey Phelipe, fué llamado à Barcelona, donde murió. Tambien desterraron nueve principales Cavalleros, porque la rabia de los Rebeldes passaba à persecucion. Con facilidad tomó el Conde de Saballá à Menorca; pero no pudo por entonces rendir el Castillo de San Phelipe, que defiende à Puerto Mahón. Así se rindieron las Islas, y con solo una Carta del nuevo Virrey, la de Ibiza, adjacente à las que llaman Baleares, y la Formentera. En esta forma se iban perdiendo los Reynos de la Corona de Aragón, sin que costasse al Rey Carlos mas trabajo, que quererlos, porque sobre estar los mas indefensos, era contagio el error, y la infidelidad.

Mas gloriosa pagina ocupan en la Historia las Islas de Canarias, donde à 5. de Noviembre apareció con trece Naves de Guerra el Almirante Genings, dirigiendo la proa al Cabo de Santa Cruz, sin Estandarte, para que no se previniessen à la defensa sus Payfanos, que solo con la duda de que fuesen Enemigos, tomaron todos las armas, y coronaron la Ribera. Ya vecinas al Puerto las Naves, pusieron Vandera de Francia, y poco despues de Suecia; y quando era ya preciso cañonear à los Baluartes, porque hacian mucho fuego, explicaron Vandera Inglesa. Era esto en la Isla de Tenerife, que en ausencia de Don Agustín de Robles gobernaba Don Joseph de Ayala, á quien escribió una Carta muy cortesana el Almirante Ingles; pero estaban los ultimos periodos llenos de

de amenazas, si no se rendia la Isla al Rey Carlos. La respuesta fuè breve, y honrada, diciendo, que se defenderian, guardando al Rey Phelipe fidelidad, mientras durasse la vida. Lo demàs lo explicò el Cañon de la Plaza, que apartò à los Enemigos del tiro, y defengañados, se hicieron à la vela el dia 7. del mismo mes àzia sus Puertos.

AÑO DE M.DCCVII.

CON el Ducado de Milàn, se entregò tambien à los Austriacos el Marquesado del Final, no porque hicieron gran fuerza en esto los Alemanes, sino porque no se podia yá defender. Mudóse enteramente el teatro de Italia, y quando creyeron sus Principes haver roto una cadena, se ponian otra. Yá reflexionaba sobre si mismo el Duque de Saboya, menos atendido de los Alemanes, y poco satisfecho, por no haverle cumplido quanto le ofrecieron. Tenia yá acabada casi su Guerra, pues aunque los Franceses poseian la Saboya, y el Condado de Nissa, no podia recobrarlos por Armas, porque despues de la demolacion de algunas Fortificaciones, todo quedaba abierto, y à arbitrio de los Franceses: estaban acantonadas sus Tropas en la Raya; pero era en vano, porque los Franceses no querian de la Saboya mas, que consumirla à contribuciones, y desfrutarla. Se havia retirado à Paris, despues de haver perdido el Ducado de Milàn, el Duque de Orleans, y para restaurarle su opinion, fuè elegido al mando de las Tropas de España: baxaban otras de la Francia para confirmar aquella parte del Reyno, que yá claramente se veia no querer otro Principe; pero tuvo orden el Duque de Bervich de no dexar el Exercito, hasta que llegasse el de Orleans. Sobre el apartar à aquel, se discuriò variamente en la Corte, y se atribuia à no ser bien visto de la Princesa Ursini; cuya aspera conducta contra los Españoles desaprobaba el Duque, porque havia entrado en el conocimiento, de que sin ellos no se podia el Reyno mantener, y habló con ingenuidad al Rey en esto, no sin la aceptación de todos los afectos al Rey; y aún se creyò estimulando

do de Don Francisco Ronquillo, que quan severo era contra los que le parecian desleales, patrocinaba à los finos, y zelosos del bien del Reyno, y de la Persona del Rey. A ella verdaderamente se dirigieron los obsequios, y las finezas; pero no se puede negar, que sostuvo mucho el animo de los Castellanos la natural vanidad de no ser conquistados de Aragoneses, y Cathalanes, y ultrajados de los Portugueses, à los quales despreciaban, y aborrecian. Estas razones daba la Princesa Ursini à Amelot, y à algunos Italianos, para que nada se les agradeciese à los Castellanos, con lo qual creció la discordia, con no poco perjuicio, y assi padecia el Palacio alguna confusion. No estaba muy unida la del Rey Carlos en Barcelona, despues que se fue Peterbough, porque el mando de las Armas quedò al Marquès de las Minas, y à Gallobay, entre si enemigos, y hombres de menor autoridad, que necesitaban aquellas Tropas, compuestas de tantas, y tan varias Naciones, que reconocian distintos Gefes.

A los Cathalanes no les dexaban tomar tanta mano, el Principe Antonio de Leichtestein, y el Duque de Pareti; pero el mas introducido en la gracia del Rey Carlos era el Conde Stella, Napolitano, que no desayudaba à que la passasse el Rey divertido. No son à la Historia necessarios el referir los rumores, que esparcia la fama, quizàs falsos, aunque en Barcelona passaban por verdaderos, no sin descredito de alguna Familia. Estas voces alentaban los Castellanos, que seguian à este Principe, de embidia de que no se hacia de ellos tanto caso, como imaginaba su vanidad, y no fuè alguno admitido al Consejo secreto mas que el Conde de Oropesa, por instancias del Rey de Portugal su pariente, que aun le daba de su Real Erario assistencias. Estos tenian en alguna veneracion al Conde, al qual no desayudaban las artes de su Muger; pero à los demàs Españoles los tenia abatidos el Principe de Leichtestein, y havia el Emperador escrito à su Hermano, que no se fiasse de los Castellanos, y mas quando supo, que el Conde de Oropesa se escusò de asistir à muchas Juntas, diciendo estaba muy viejo, y cansado, y que votaba de mala gana contra Castilla. A los Cathalanes los sostenia Don Ramon Vilana Perlas, uno de los Secretarios de aquel Univerfal Despacho, porque Leichtestein, à todos procuraba

apartar del animo del Rey , y que solo à los Alemanes adhirieffen , y pedia para el gasto del Palacio à la Ciudad sumas inmensas , no sin quexa de los Cathalanes , con tan civil expression , que decian , se gastaba demasado en Musicos , porque el Rey Carlos tenia algunos para su diversion , llevandole su genio à la Musica , en la qual estaba bastantemente instruido. Todo lo que era deprimir à los Cathalanes , lo hacia Leichtestein con animosidad , y decia públicamente , no se debia fiar de gente enemiga de quien la domina , è inclinada à la rebellion , estando esta ultima concebida , no en el amor à los Austriacos , sino en el temor à los Franceses

Quando llegó à Londres Peterbough , proponia tan difícil la Conquista de la España , que huviera la Reyna suspendido los focorros , para continuar en ella la Guerra , à no ser de contrario dictamen Malburgh , que gozaba unicamente del favor , y havia crecido su credito , y autoridad , con tantas victorias , al ápice de la mayor felicidad. Este hacia vér à la Reyna quanto la importaba estar armada , y tener Aliados , no solo por la sublevacion sucedida aquel año en Escocia , sino porque no ignoraban los Parciales de la Reyna , quanto trabajaban en Francia los Escoceses , y los Jacobitas , para que tomasse el Rey Christianissimo la empresa de restituir al Trono al Rey Jacobo , y assi le era preciso à la Reyna estrechar la amistad con el Cesar , que era el alma de la Guerra , y la alentaba con el mayor esfuerzo : que como no tenia descendencia varonil , buscaba para su Hermano un Reyno , porque con esso quedaban los Estados Hereditarios para su hija la Archiduquesa Maria Josepha. Para assegurar mas en la Alianza al Rey de Portugal , dispuso , que la Reyna de Inglaterra le ofreciese por Esposa à su hermana la Archiduquesa Maria Ana , y el Rey Carlos en dote la Estremadura , y juntamente dos Puertos en Galicia , despues de conquistada la España. Como el Rey Don Juan no tenia mas que diez y ocho años , le assistian al Gobierno el Duque de Cadavál , los Marqueses de Alegrete , y Mariana , y el Conde de Diana , que no todos aprobaban este casamiento , porque le ganaba la Archiduquesa al Rey seis años : el Dote les parecia quimerico , y la nueva Alianza de sumo empeño ; porque estaban cansados de la Guerra los Portugueses , y quexosos

de

de que les havian quitado todas las Tropas Veteranas , y no reemplazadas las que havian entrado con el Marquès de las Minas , y Gallobay en Castilla , por lo qual quedaban indefensos los confines ; y aunque havian juntado otro Exercito , era de gente inexperta. El Almirante SkiovéI templò estas quexas , ofreciendo traer luego otras Tropas.

Havianse perdido , como diximos , en el presente año las Islas de Mallorca , y Menorca ; pero quedaba el Castillo de San Phelipe , que defiende à Puerto Mahon , donde haviendo entrado con seis Naves de Guerra el Conde de Villar , Francès , y desembarcando , armaba la Marineria , y la Guarnicion de los Navios , recobró la Isla de Menorca ; porque sobre haver pocos Presidarios Ingleses , los hombres mas principales de ella , que eran los Martoreles , y Esquellas , eran Parciales del Rey Catholico , cuyo nombre se bolvió à aclamar en aquella Isla inutilmente , porque haviendola desamparado los Franceses , siendo toda llana , y abierta , y como un Arrabal de Mallorca , perseverando esta en el Dominio del Rey Carlos , le fuè facil al Conde de Escallàr , con pocos Navios Ingleses , bolverla à recobrar. Corria estos Mares la Armada de los Aliados , y se dexo vér en Sicilia , por sí tomaba cuerpo una Conjura , que no ignoraban estaba tramada de algunos Ciudadanos , y otros hombres principales en la Plebe. No se le ocultò al Marquès de los Balvases , Virrey de aquel Reyno ; y haciendo algunos prisioneros , se desvaneciò por entonces la malignidad de la intencion. No era tampoco buena la de algunos Españoles domiciliados en aquel Reyno , de un Tercio antiguo , que llevaba à mal , que vinieffen à presidiarle los Franceses , y que à ellos los sacasen de Palermo à otros Lugares de menor importancia. No estaba el Reyno de Cerdeña libre de este contagio , aunque muy oculto , porque los desafectos , que eran los Parciales de la Casa del Marquès de Villazòr andaban con la mayor cautela , y se avigoró mas su intencion , quando vieron , que havia otros de su dictamen ; porque governando aquel Reyno el Marquès de Valero , se vieron prender à Don Joseph Zatrillas , Marquès de Villa-Clara , que estaba en sus Estados , y à Don Salvador Lochi , Juez de la Real Audiencia , y en un Gangil Frances embarcarlos , sin dilacion alguna

à

à la Francia. Despues se prendiò à un Medico, que era del Magistrado de la Ciudad, aguardando solo à que dexasse la Chia. Estos eran verdaderamente inocentes, y parecieron culpados. El caso passò de esta manera.

Hallabase en Zaragoza un Frayle Mercenario, llamado Trincas, quando se tuvo allà la noticia de que havia aclamado Madrid al Rey Carlos; y creyendo que yà estaba toda la España perdida, valiendose de unos Poderes, que traia de los referidos Sugetos, diò por ellos Memorial al Rey Carlos, los quales los embiò al Marquès de las Minas, para que en el Consejo de Aragón, que havia formado, se viesen, y los recibì, aunque tarde, Don Juan Geronimo Ricarte, Secretario en aquel Consejo, por lo tocante à los Negocios de Cerdeña, privado este de su empleo, porque despachò con el Marquès de las Minas; y reconociendo sus Papeles Don Pasqual de la Sala, à quien se confiriò, se hallaron estos Memoriales, en que el Marquès de Villa-Clara pedia el Gobierno de los Cabos de Callèr, y Gallura, que posseia Don Vicente Bacallar y Sanna; Don Salvador Lochi una Plaza de Regentè Provincial en el Consejo de Aragón, y los del Magistrado pedian confirmacion para otro año. Esta accion de dár los Memoriales, que era acto de reconocimiento en personas, que vivian en Cerdeña, era sin duda delito; pero solo le cometiò el Frayle, movido de la amistad que tenia con ellos, y creyendo la entera ruina del Rey Phelipe. Esto hirìo mucha parte de aquella nobleza, incluida en la Familia de los Zatrillas, una de las mas ilustres de aquel Reyno, y enagenò el animo de Don Salvador Zatrillas, hermano del Marquès, y del Conde de Villa Salto, su hijo, yerno de Don Antonio Genovès, Marquès de la Guardia, con lo qual se acrecentaba el Partido de los Descontentos, que solo aguardaban la ocasion para manifestarlo. Tambien diò el referido Trincas al Rey Carlos una memoria de los Nobles afectos à su Partido, y de los Parciales del Rey Phelipe, que se cogiò en los mismos Escritos de Ricarte, y la embiò el Rey al Marquès de Valero, para que informasse de ellos. Esta Memoria hemos tenido en nuestras manos, y no debemos propalar lo que à su arbitrio escribiò el Frayle, porque poniendo muchos de sus Amigos en el Partido del Rey Carlos,

creia

creia hacerles beneficio, mas no dixo en todo mentira. El blando, y piadoso animo del Marquès Valero, ò no quiso hacer mal à muchos por solas sospechas, ò se le escondiò la verdad; y pudiendo entonces sacar del Reyno à los que le perdieron, les dexò en quietud, ò despreciò su poco poder, (como decia) no teniendo aun Guarnicion aquellas Plazas para oponerse à las insolencias del Pueblo. Nada de esto ignoraban los Parciales Austriacos en Cerdeña, y ya los agitaba un nuevo temor, que hacia discurrir medios à su seguridad. Tenian sus protectores en la Corte, que mal informados, estendian su favor fuera de lo justo; pero perdieron este asylo, porque el Rey Catholico suprimiò el Consejo de Aragón, y agregó la Cerdeña al de Italia, en que era Presidente el Marquès de Mancera, casi solo de nombre, porque faltando el Ducado de Milan, era menor su autoridad.

Estaba proximo à la rebelion el Reyno de Napoles, que despreciaba igualmente al Consejo Supremo, y al Virrey Marquès de Villena, trabajando incessantemente el Cardinal Grimani en la Conjura, que tuvo exito mas feliz que la primera, porque la apoyaron las Armas. La Guerra de España alentaba à los Conjurados, que, ò no creian que el Rey Phelipe havia buuelto à la Corte, ò lo callaban, aunque estaba cansado de publicarlo el Virrey, y de exaltar las fuerzas del Exercito de Bervich. Este estaba acampado muy dentro de Valencia, haciendo irreparables correrias, ya igual à los Enemigos; porque estaba el Exercito del Marquès de las Minas, y Gallobay sumamente disminuido, y discorde. Entre los confines de Aragón, y Navarra, donde era Virrey el Principe de Sterclaes, havia una continua Guerra de pequeñas Partidas, y desde Egèa infestaban à Bardena los Aragoneses: por esso determinò el Virrey, que el Marquès de Salutzò sitiase à aquella, donde havia de Presidio seiscientos hombres. Pusolo en execucion, plantò Baterias, y Morteros, y aunque no muy perfecta la brecha, diò à un tiempo quatro asaltos por distintas partes, conduciendo las partidas los Coroneles Vizconde del Puerto, Don Francisco Mencos, Don Agustín Sola, y el Señor de Clarfuntan, Frances. Resistieron los Sitiados valerosamente por espacio de dos horas; pero al fin fueron vencidos. Se distinguieron en esta accion

accion los quatro nombrados Coroneles, Don Felix Marimón, y el Marqués de Santa Clara. El Marqués de Salutzó que era hombre de animo feróz, è implacable, mandó passar à cuchillo à los Moradores, exceptuando Niños, y Mugerés, y à algunos pocos, que se retrageron à los Templos, no del todo libres de la defenfrenada furia de los Soldados, à quienes se permitió el saquèo, y despues se mandò quemar enteramente la Ciudad. Assi solo de la infeliz Egèa quedaron tristes vestigios en la memoria. Con esto descansò Navarra. El Mariscàl de Campo, Conde de Ayanz, partiò de Sanguesa, contra un Lugar, que llaman, *un Castillo*: desampararonle sus Moradores, y le entregò à las llamas, y lo proprio hizo de Luesia. Los Moradores de los circunvecinos Pueblos se retiraron à la Montaña, y desde alli baxaron contra Verdum, que socorrido por Don Felix Marimón, puso en fuga à los Aragoneses. Ni aun con esto escarmentaron, porque un gran numero de ellos se interpuso entre Xaca, y su Castillo, à quien socorriò el Marqués de Salutzó; pero el poder llegar à tiempo se debiò al valor, y atrevimiento del Vizconde del Puerto; porque habiendo hallado las Tropas alto el Rio Javerre, y defendida la contraria Ribera de los Rebeldes, fuè el primero, que entrò en èl, llegando el agua à mas de la cintura: siguieron el heroyco exemplo los Coroneles Mencòs, y Durbàn, y se retiraron los Rebeldes à un vecino Bosque: alli los atacò el Marqués de Santa Clara, y los obligò à huir, habiendo antes muerto à muchos, y hecho prisioneros no pocos. Logrò Salutzó felizmente su Expedicion, y dexò bien abastecida à Xaca.

Todo el cuidado del Exercito del Rey Phelipe era Valencia, en cuyo Reyno estaban acampados los Enemigos, fatigados con correrias continuas de la Cavalleria del Rey, principalmente de las Partidas, que conducia Don Juan de Cereceda, que con ochenta Cavallos, ayudado del valor, y del ardid, venció muchas veces à quinientos. Con Reclutas continuas de la Francia, y de la España se aumentaba el Exercito de Bervich, que estaba aguardando al Duque de Orleans, el qual à 10. de Abril llegó á Madrid, y fuè recibido de los Reyes con el mayor agassajo: aunque al Duque le quedaba el sinfabor de que algunos de los Grandes de

Es.

España, que descenden de la sangre Real de Castilla, y Aragón, rehusaron el verle, por no darle tratamiento de Alteza: esto lo dissimulò el Rey con gran prudencia; pero no dexò de desagradarle, la que creia mas sobervia, que razon, y mas queriendo tener contento al Duque de Orleans, porque tenia las Armas de España en su mano. Estaban yà no lexos de Valencia los Exercitos à la vista, observando cada uno los movimientos de su Enemigo. En Yecla, y Caudete estaba el Marqués de las Minas, y en Montealegre, y Chinchilla Bervich, no queriendo este dàr la Batalla, hasta que el Duque de Orleans llegasse; pero con todo esto le fuè preciso moverse de Chinchilla, y juntar en Montealegre sus Tropas.

A los 19. de Abril, mientras los Portugueses passaban de Yecla à Villena, tomaron su Castillo, y despues le desampararon, y se acamparon en Caudete. Los Franceses, y Españoles en el Campo de Almanfa, dexandola atrás por la derecha, casi formados en Batalla, porque veian, que los passos de los Enemigos se enderezaban à ella: al fin, el dia 25. del mismo mes marchò, formado contra los Españoles, el Marqués de las Minas. Rehusaba, quanto podia Bervich venir à las manos, ò por esperar al Duque de Orleans, ò por no aventurar en una accion la Corona, porque en toda España no havia mas Exercito, y solo en Estremadura estaban algunos Regimientos; pero yà no daba lugar à mas reflexiones el Marqués de las Minas, que baxaba por un modesto Collado à la llanura, y tenia puesta su Artilleria en parage, que con poco abance estaban baxo de tiro los Franceses, que luego plantaron la fuya. Empezaronse à cañonear los Exercitos, con poco daño de una y otra parte, porque aun estaban las Lineas estrechadas, y marchaban unidos los Portugueses, è Ingleses, que regia Gallobay en la siniestra, donde cargò la mayor fuerza, porque la derecha de los Españoles la mandaba el Duque de Populi, con las Guardias del Rey de à Cavallo. La Infanteria de esta ala estaba à cargo de un Theniente General Francès, y de Don Antonio del Valle. En el centro estaba el Duque de Bervich, asistido de Don Miguel Pons; y en la izquierda el Señor de Lavare, Francès, y Don Carlos de San Egidio, contra el Conde de

Tom. I.

Hh

la

la Atalaya, porque el centro del Exercito Austriaco le tenían el Marqués de las Minas, y el Conde de Donna, Olandès. Estaban los Españoles firmes sin empezar el combate, al qual dieron principio impacientes los Ingleses por el centro, cubiertos de su Cavalleria, que cargó contra Bervich: luego movió su ala el Duque de Populi contra Gallobay, con tanto impetu, que desbarató la primera linea de los Enemigos, pero sosteniendo ferozmente la segunda, no solo hizo parar al Duque de Populi, sino que precipitadamente le obligó à retroceder hasta la segunda Linea, que regia el Cavallero de Asfelt, el qual la havia, con arte, ordenado con tantos espacios, y vacios, para que si la primera linea bolvia atrás, no le desordenasse la fuya; y viendo que venia huyendo, dixo à los suyos, que era arte, para acometerlos desordenados despues, y que no se moviessen, hasta que hiciesse con un lienzo la señal. A esta prudente disposición favoreció la fortuna, porque siguiendo à la primera Linea del Duque de Populi desordenadamente los Enemigos, y confusas las dos fuyas, encontraron con la de Asfelt, que los esperaba à pié firme, y havia puesto al Regimiento de Humena en parage, que recibió à los Enemigos con tan horrible fuego, que no solo les embargó el ardimiento, pero se confundieron de manera, que cargando sobre ellos toda la segunda, y la primera, que havia buuelto à reparar, à espaldas de la de Asfelt, el Duque de Populi, venció à Gallobay, y deshizo enteramente la izquierda de su Exercito, con muerte de muchos, seguidos en la fuga, y despedazados en la Batalla; porque las Guardias, para borrar la primera Accion, se arrojaron nuevamente, espada en mano, con el mayor impetu, aunque ya no hallaron resistencia, porque fueron en vano las persuasiones de los Cabos Ingleses para detener los suyos. Viendo Gallobay, que era imposible bolver à formar la izquierda, juntó los Infantes que pudo à espaldas del centro, y los introduxo en las filas con alguna Cavalleria, que havia quedado de Oficiales, y de gente mas amante de su honor, que los que havian precipitadamente huido. Esto avigoró las Tropas del centro, que peleaban valerosamente contra Bervich; y protegidos de su derecha, le havian hecho retroceder casi hasta Almanza, cediendo los Franceses, y Españoles

al

al brio de sus Contrarios: no dexaron el combate, ni bolvieron la espalda; pero rompió el Marqués de las Minas la primera, y segunda Linea, y pasó adelante, con mas que probables esperanzas de victoria, porque era inutil la que los Españoles havian tenido por la derecha, quando estaba su centro dividido en dos Cuerpos, donde los Oficiales mandaron formar dos caras, para coger en medio à los Enemigos. Este fué el acertado orden, que dió Bervich, corriendo valerosamente el Campo, que no solo reparó el daño, pero le dió la victoria; porque acometiendo por las espaldas del centro de los Enemigos con dos Regimientos de Cavalleria Don Joseph de Amezaga, los sorprehendió de genero, que fué menester valor para pelear con orden; entonces estrecharon las dos partes del centro divididas, y cogieron en medio à los que se havian internado tanto, que no podian escapar. Los Ingleses, y Alemanes sostuvieron la Accion con imponderable brio: Alentaba à sus Portugueses el Marqués de las Minas; pero era en vano, porque havian descaecido los animos, y ceñidos en circulo de sus Enemigos, rindieron las vidas: escaparon pocos, y entre ellos herido Gallobay, y algunos Oficiales. El Marqués de las Minas se pasó à la derecha, y la fortificó con quanta mas gente pudo. Estaba ya la victoria por los Españoles en el centro, y la derecha; pero no estaba el Exercito enteramente vencido, porque el Conde de Donna, que no se havia adelantado tanto, retiró à las alturas de Caudete trece Regimientos, y aún no havia peleado la derecha; pero fué con tanto denuedo acometida de la izquierda de los Españoles, que se travó un riguroso combate, y murió tanta gente de ambas primeras Lineas, que fué preciso ser focorridas de las segundas. Dos veces se separaron las Tropas bolviendo cada qual à su lugar; pero avergonzadas las del Rey Phelipe de no entrar à la parte de la gloria, acometieron de genero, que despues de bien sangrienta disputa, huyó herido el Marqués de las Minas, y fué el residuo del Exercito, y toda la ala derecha vencida. Hallaronse difuntos, todavia formados, algunos Regimientos Portugueses, y muy pocos de los de esta Nacion pudieron contar la desgracia. Tuvieron los Franceses, y Españoles una

Hh 2

com.

completa victoria, y decisiva, porque si la huvieran perdido, era probable la subversion del Trono.

Esta es la cèlebre Batalla de Almansa, à la qual dió eterna memoria el Rey con una Columna, que mando erigir, y entallar en Marmol su inscripcion. No será menos eterna la gloria, que adquirió el Duque de Beruich: parte de la qual tocó à los que se distinguieron, y fueron el Duque de Populi, el de Sarno, el Señor de Davarè, Don Carlos de San Egidio, Don Miguèl Pons, Don Antonio del Valle, Don Juan Caraciolo, Don Lelio Carrafa, el Marquès de Santelmo, y Pifaneli, quedando muchos de estos heridos. Sostuvo valerosamente el lugar de Don Diego Davila, Don Geronimo de Solis, y Gante, despues de muerto aquel. Tambien murieron en el ardor del combate el Señor de Polastròn, y Sileri, Franceses, no quedaron los Valones inferiores, y entre ellos el Señor de Bucoy, el Duque de Abrè, y Potelbergh: este ultimo, con un Batallon de Infanteria, resistió en la derecha à la furia de dos de los Ingleses, y los deshizo, que contribuyò infinito al triunfo de esta àla. Mucho mas que todos los Franceses hizo Asfelt, que al otro dia traxo prisioneros, con el Conde de Donna, trece Batallones, que sitiò en las alturas de Caudete, cinco de Ingleses, otros tantos de Olandeses, y tres de Portugàl. Quedò en el Campo rico botin à los Vencedores, donde se hallaron, sobre infinitas Armas, y Provisiones de Guerra, veinte Piezas de Cañon, trecientos Carros cargados de Municiones, y ciento y doce Vanderas. Se rindieron prisioneros cinco Thenientes Generales, siete Brigadieres, veinte y cinco Coroneles, treinta Thenientes Capitanes, y Subalternos ochocientos, Soldados prisioneros doce mil, sin los que murieron en el Campo, que fueron seis mil. Estos diez y ocho mil hombres perdió el Rey Carlos, y fuè tanta la deserçion, que en la Revista, que el Marquès de las Minas, y Gallobay mandaron passar en Tortosa, (adonde se retiraron) no llegaban à cinco mil, y estos los mas de Cavalleria, porque los Infantes no passaban de ochocientos. Dos mil y quinientos Españoles murieron, los mas de las Guardias del Rey, que hicieron maravillas, y mas de mil quedaron heridos. Esta tan cumplida victoria

toria abrió al Vencedor toda la tierra no fortificada, menos Alcoy, y Xativa, fiados en la eminente situacion, y en estar ceñidos de una, aunque simple Muralla, y tener Presidio de Veteranos. En Xativa estaba el Marquès de las Minas, que para entretener el curso de la victoria, inflamò aquellos ànimos, y se retirò à Tortosa. Luego se despachò esta feliz noticia al Rey Catholico con Don Pedro Ronquillo. Al otro dia llegò à Madrid el Conde de Pinto con cien Estandartes, los quales embió luego el Rey à su Capilla de nuestra Señora de Atocha: alli se veian las Armas de muchos Principes, la Inglaterra, la Olanda, Brandemburgh, el Palatino, Portugàl, Luneburgh, y muchos Principes del Imperio: tantas Naciones concurrieron contra la España, y lo que era mas lastimoso, la España misma, sirviendole al Rey Catholico de trophèo las Vanderas de Cathaluña, Aragon, y Valencia. Faltòle al Exercito vencedor Viveres, y por esso no se pudo seguir, antes que respirasse, y bolvièsse en sí el Enemigo. Prevenia yà su rendicion Tortosa; pero se confirmò en el Dominio del Rey Carlos, porque Gallobay metió en ella las reliquias del Exercito. No le quedaba yà que mandar al Marquès de las Minas, mas, que la poca Cavalleria, que havia quedado, que pasó despues à Barcelona, porque este sucesso consternò sumamente aquella Ciudad, no sin assomos de sedicion, y casi tumulto, que se apagò luego con arte, y ficciones, esforzandose los Nobles à fofegar la Plebe.

Llegò al Exercito el Duque de Orleans, disgustado de una victoria, en que no intervino, y empleò un Exercito vencedor de treinta mil hombres en rendir à Alcoy, y Xativa, para quitar à Beruich, si no la gloria, la ruidosa fama de la utilidad del triunfo. Con todo esso no permitió se fuesse del Exercito, por el conocimiento que tenia de la España, y porque qualquiera accion, se lo atribuiria yà al Duque de Orleans la fama. Dividiòse el Exercito en dos Cuerpos: Beruich, solo con presentarse, rindiò à Raquena, y quedò prisionero su Governador Don Joseph Inigo de Abarca. Asfelt marchò contra Xativa: casi todo el Reyno de Valencia estaba sin Tropas Austriacas, menos una poca de Cavalleria, que hacia en Carlet algunas correrias, y porque no se perdièsse la Infanteria toda en Tortosa, dexando alli el solo

Presidio, le passaron à Dènia, Alicante, y Barcelona. A 7 de Mayo se dexò vèr en Valencia el Exercito del Rey Catholico: huyó à Tortosa el Conde de la Corzana, y no quedò hombre de armas en su defensa. Implorò la clemencia del Rey la Ciudad, y el Pueblo, aunque mas eran sus lagrimas de rabia, que de dolor. A s. del mismo mes entregaron las llaves al Duque de Orleans, de quien consiguieron quanto pedian, y no se saqueò la Ciudad; si solo se embió à Don Antonio del Valle, con un Destacamento, para admitir el nuevo Omenage. El Pueblo, ò ambicioso, ò para dar señas de su arrepentimiento, quiso acometer à las casas de los Autores de la rebellion; pero yà havia escapado à Barcelona el Conde de Cardona con otros Nobles, tan acerrimamente Parciales del Rey Carlos, que, antes de salir, aplicaron fuego à las casas de los afectos al Rey Phelipe, porque querian destruir, y aniquilar la Patria, que yà no havian de volver à vèr.

Echando los Españoles un Puente al Xucar, fue contra Alcira el Duque de Bervich; y el de Orleans se retirò à la Corte, donde fuè recibido con el mayor aplauso: se antretuvo poco, y passò luego à mandar las Armas en la Raya de Aragón, cuyo Reyno amenazaba desde Fraga. En el de Valencia, todo se reduxo à la obediencia del Rey, menos Alcira, Xativa, y Alcoy. Comunicabanse por el Puente del Xucar las Tropas de Bervich con las del Cavallero de Asfelt, que sitiaba à Xativa, que estaba presidiada de Ingleses: hacia la empreffa difícil el estàr sus Moradores pertinaces, aun despues de alojados los Franceses en la brecha del Muro, y haver tomado los Baluartes de los lados. Daba la rabia valor à los de adentro, y obstinados, se dexaron dar el assalto, sin escuchar proposiciones de perdon, porque clamaban absolutamente, que solo querian morir. Enfurecido el Soldado, y vencida la brecha, no diò quartèl, ni à Niños, ni à Mugeres, aunque à estas las exceptuò la piedad de Asfelt. No se puede describir mas lastimoso Theatro: buscaban la muerte los Vencidos, y rogaban los mataassen: ellos, y los Vencedores aplicaban fuego à las casas: aquellos por desesperacion cruèl; y estos por ira: exortabanse reciprocamente à morir, creyendose mas felices acabando, que sirviendo al

Rey,

Rey, que aborrecian. No pudo discernir, quien con mayor tesòn aplicaba fuego, si los propios Moradores, ó los Soldados: no se perdonò ni aun à los Templos: pocos Sacerdotes escaparon: Mugeres pocas, y hombre ninguno. Nada quedò de Xativa, ni aun el nombre, porque en su reparacion el Rey mandò llamarla *San Phelipe*: ochocientos Ingleses quedaron prisioneros. Poco menor estrago padecieron Alcoy, y Alcira: tiene horror la pluma en escribir de tanta sangre derramada: rindiòlas la fuerza, y no se les diò quartel à los Vencidos, porque Asfelt lifonjeaba con la sangre su genio duro, y cruel. Desarmò à Valencia, y à todo el Reyno: prohibieronse con tanto rigor las Armas, que un solo cuchillo llevó centenares de hombres al suplicio. No puede haver hombre mas exacto en hacerse obedecer. Aun con haver sido tan grande el delito, ya el rigor de Asfelt padecia excessos, porque havia puesto su delicia en derramar humana sangre. Assi era feo escarnio de la suerte el Reyno fertil, y hermoso de Valencia, que no guardaban los Vencedores para el Rey, si solo le destinaron para misero despojo de su codicia, porque igualmente Franceses, y Españoles cometieron tantas tyrantias, robos, extorsiones, è injusticias, que pudieramos formar un libro entero de las vexaciones, que Valencia padeciò, sin tener noticia alguna de ellas el Rey, porque à los Vencidos no se les permitia ni el alivio de la quexa. De compassion callamos los nombres de los que injustamente defraudaron sus riquezas à aquel Reyno, y no nos atrevemos à decir la suma de dinero, que se facò de él, por no aventurar nuestro credito. Nada sirviò para el Rey: mancharon sus manos los que las havian gloriosamente ilustrado con la espada.

El Duque de Orleans, llamando àzia si todas las Tropas, corria libremente el Ebro: havia vencido algunos Rebeldes, que en cortas Partidas le infestaban, y los rechazò, hasta que se presentò con el Exercito ante Zaragoza: rindiòse la Ciudad, y casi toda la tierra abierta: aquello se executò con mas quietud, y menor estrago; pero no se podia evitar la licencia del Soldado Vencedor, siempre insolente. Los Rebeldes se retiraron à los Montes, y se limpiò de ellos tambien el Confin de Navarra. Estos hechos llegaban à Italia,

con.

confundidos de la ficcion de los Parciales Austriacos, y muy cercenadas las victorias; porque empezada ya à gustar la dulzura de sus Dominios, para adelantar en ella sus derechos el Cesar, determinó atacar el Reyno de Napoles: pidió passo al Pontifice para veinte mil hombres; y como era el numero tan superior à los que se podian oponer, no era menester pedirle, y assi lo creyeron los Gefes del Exercito; porque quando el Cardenal Grimani lo estaba exponiendo al Papa, ya las Tropas estaban en el Ferrarès, mandadas por el Conde Daùn, que eran solo nueve mil hombres; pero no tenian resistencia, y havia el Emperador mandado, que sin aguardar licencia, prosiguiesen la marcha. Turbòse al parecer la Corte Romana, y mucho mas el Pontifice, porque veia, que introducidos en Napoles los Alemanes, era preciso contemplarlos, ò experimentar sus extorsiones: Juntò una Congregacion; y aunque algunos fueron de parecer de resistirse, la mayor parte del Sacro Colegio adheria à los Austriacos, ò por necesidad, ò por amor. Estaba encargado en aquella Corte de los negocios de Francia el Cardenal de la Tremoglià; pero ni èl, ni el Duque de Uzeda, Embaxador de España, tenian autoridad alguna, y muy pocos Parciales desde que se perdió Milàn, porque ya sabian era la Puerta de Italia. No veian con gusto, sino con temor à los Alemanes; pero estos no cuidaban de ser amados, sino de ser obedidos, y assi se encaminaban ya à los Estados de Roma, desde donde avisaron su proximo peligro à Napoles. Era à este tiempo Virrey el Marquès de Villena, que no ignoraba el designio de los Enemigos, pero se prometia de los Napolitanos mas de lo que debiera. Juntò los que llaman Sergios, que son Colegios de Nobles, y à la Ciudad: llamò al Electo del Pueblo Lucas Puoti: todos prometieron fidelidad, y constancia, aunque solo en las palabras: ofrecieron cien mil ducados, si perdonaba el Real Fisco la tercera parte de sus Rentas. No consintio el Virrey; pero era imposible de otra manera hallar dinero, porque ya nadie fiaba de las asignaciones de la Real Caja en las Rentas Ordinarias, con el regular logro de seis, ò ocho por ciento; porque veian que se iba à perder el Reyno, al qual turbaba ya en los confines de Roma una quadrilla de hombres facinerosos, que tenian

por

por Gefes à Julio Cesar de Santis, al qual, por sus delitos, havia el Marquès de Villena desterrado, y se havia introducido hasta Valdepiedra: bien, que defendia los terminos del Reyno Don Francisco de Resta, baxo la mano del Duque de Atri, Vicario General de Apruzo, que passò con un Regimiento de Cavalleria, y trescientos Infantes à Celàn, y Avezano, porque el numero de los Vandoleros crecia cada dia, agregandose, quantos temian las satisfacciones de la Justicia. El Virrey, que meditò muy tarde la defensa, la queria agora apresurar con resoluciones, que tomaba precipitadamente; pero no todas eran adecuadas al caso, ni iguales al peligro, porque le faltaban Tropas, que son la mas segura defensa en un Reyno indiferente, y casi lo mas contaminado de las sugestiones de los Parciales Austriacos, que eran muchos, y de la primer Nobleza, no descuidandose el Cardenal Grimani de abrir con ofrecimientos los Theoros de las manos del Emperador, y del Rey Carlos. Creò Villena Oficiales Generales, Mariscales, y Brigadieres, con el poder que para esto tenia del Rey: embio à la Pulla al Marquès de la Roca, y diò el mando de todas las Armas al Duque de Bisacia: estos, con el Conde de San Estevan de Gormaz, fueron à fortificar à Gaèta, y se mandò al Duque de Atri, que recogiesse las Tropas de su cargo, y guardasse atentamente los confines. El Marquès de la Roca passò à Sorà, y despues se encaminò al mismo parage el Principe de Castillon, General de la Cavalleria, y el mismo Bisacia. Hizose Consejo de Guerra, y para qualquiera operacion faltaban Tropas. Huvo varios pareceres, y el mas aprobado fue cortar el Puente de Cypri, y con peñas, y arboles embarazar los caminos, despues de forragear, y consumir los Viveres de los confines, para dificultar el passo à los Enemigos; pero nada se executó, conociendo los Gefes la disgustada obediencia de las pocas Tropas, que ya havian interiormente tomado el contrario partido, engañados con promessas, y solo esperaban la ocasion de declararse. Embióse al Duque de Sorà, y otros Varones à sus Estados, para prevenir las Milicias Urbanas, y se bolvió Bisacia à Napoles, dexando la custodia de los confines al Marquès de la Roca, à quien ofreció el Virrey grandes socorros, que olvidó despues, ò no pudo embiarlos,

Tomo I.

Li

aten.

atento solo à fortificar à Gaeta, la qual destinaba para refugio, con mayores demostraciones, que convenia en un accidente, que el temor del Virrey acrecentaba el de los demás; pero no podia defender todo el Reyno, y assi lo hacia de una Plaza, que por su situacion, y fortaleza era mas habil para defenderse, y conocia ya la intencion de los Napolitanos, de quienes era preciso guardarse mas que de los propios Enemigos.

A los 26. de Junio entrò en el Reyno de Napoles el Exercito Austriaco, mandado por Ulrico Daùn, que constaba de nueve mil hombres, como diximos, porque solo eran cinco Regimientos de Cavalleria, y cinco de Infanteria, no completos. Desamparò el Marqués de la Roca los confines, con parecer de los Coroneles Caraciolo, Roso, y Carofolo: retiròse á lo interior de la Provincia, y ninguna se queria defender, por no exponerse à los estragos de la Guerra. Los Enemigos ocuparon à Sora, y San Germàn: retiròse con la Cavalleria el Principe de Castillón, porque solo tenia ochocientos Cavallos, y ya la Tierra enemiga.

Esta noticia constornò, al parecer, à Napoles, y toda era afeccion. Persuadieron al Virrey los mismos ocultos Austriacos, que solo atendiese à defender la Capital, y los Castillos, aunque el Torreón del Carmen, que gobernaba Don Pedro Niela estaba indefenso, porque sus pertrechos se havian passado à Gaeta. Parecieron à esta sazón quatro Navas Olandesas, que hacian navegacion incierta: no dispararon los Baluartes, aunque estaban casi à tiro, porque no quiso el Virrey dar este fomento mas al rumor, que ya empezaba en la Plebe, disfrazado en miedo. Mandò Villena, que el Conde de la Roca presidiasse à Capua: allí se encaminò Castillón, pero no havia Viveres para veinte dias. Venia con el Exercito, destinado para Virrey, Jorge Adàm, Conde de Martinitz, y se le jurò obediencia en San Germàn, aclamando al Rey Carlos, de quien traia los despachos. Adelantòse con su Regimiento el Coronel Vvaubon, para asegurar la marcha à las Tropas, que aun no havian gastado un grano de polvora. Llegò à Fiano el primer dia de Junio, y por los Desertores supo el infeliz estado de la Plaza de Capua, y la propension de los Moradores à mudar de do-

minio. Favia sacado de ella, con orden de Villena, Don Rodrigo Correa la Guarnicion Española: con que no havia modo de como defenderia, aunque clamaba su Governador Marqués de Feria, y havia el Conde de la Roca consultado desampararle; y mientras esta se disponia à ir à Napoles, pareciendole à Waubón la ocasion oportuna, con solo un Destacamento de Cavalleria se presentó à la Plaza, y ocupò el Puente. Corrió à defender la puerta el Marques de la Roca, y los demás Oficiales, con dos Compañias de Infanteria, que à fusilazos apartaban à los Alemanes, concurriendo con su Artilleria el Castillo; pero habiendo passado aquellos el Rio Vulturno por donde es mas baxo, se alojaron à la sombra de una arboleda, que los defendia del Cañon, la qual mandò entonces cortar el Governador, pero no havia gente que lo executasse. Ocupò Waubón el Rio, y parecia guerra de burlas, porque ni el tenia fuerzas para rendir la Ciudad, ni el Governador para defenderla, y mas quando yà el Pueblo empezaba à clamar por la rendicion, y havia traído à su dictamen muchos Soldados; pero los sosegò el buen modo del Marqués de la Roca, ofreciendo, que en su caso capitularia muy ultimamente à la Ciudad. Viendo Waubón la impossibilidad de la empreffe, se restituyò à Tiano para tomar Artilleria, y avisò, que se le embiasse Infanteria, porque sabia, que venia à socorrerla el Principe de Castillón, el qual llevo con seiscientos Cavallos tan à tiempo, que yà se estaba perdiendo la Ciudad, por haver tomado el Pueblo las armas contra la poca Guarnicion, que guardaba las puertas, y havian sucedido yà algunas muertes. Sosegòse el tumulto, con haver entrado un Destacamento de Cavalleria, à cargo del Mariscal de Campo Don Francisco Belvalet; pero no desistia con todo esso la Ciudad de clamar por la rendicion; y precediendo antes Consejo de Guerra, viendo no podia defenderse, la desampararon las Tropas Españolas, con el Marqués de la Roca, habiendo antes introducido focorros en el Castillo, donde se encerraron voluntariamente muchos Oficiales, y los nombrados Coroneles, que acompañaban à la Roca. Luego la Ciudad acelerò los obsequios, y llamò à las Tropas de Daùn. Mandò este, que bolviesse Waubon, y à pocos dias llegaron tambien Daùn, y Martinitz, y plantaron

contra el Castillo una bateria de Piezas de Cañon le Campaña, que nada amedrentaron al Marqués de Feria, y con los suyos hacia no poco daño à los que ocupaban el fuerte; pero faltandole lo necesario para la defensa, hizo muy honradas Capitulaciones, y salió con todos los honores Militares la Guarnicion, aunque ofreció no tomar en seis meses las armas. Luego se rindió Caserta, y casi todo el Pais abierto hasta Napoles.

Mayor guerra tenia con el Pueblo el Marqués de Villena: quiso privar de su empleo à Lucas Puoti, repugnó la Plebe, y no se executó el Decreto, porque ya veía el Virrey, que todos deseaban la dominacion Austriaca, y no querian defenderse. Por esso negaron los socorros de dinero, que se les havia pedido, y se oían vanos, è inciertos rumores, que obligaron à que la Condesa de Egmont, y la de San Esteban de Gormaz, Nuera del Virrey, passassen con otras Señoras en las Galeras del Duque de Turis à Gaeta. Salió con muchos Nobles à cavallo por la Ciudad el Marqués de Villena, para sosegar estos ruidos, que ni eran sedicion, ni dexaban de serlo, atizando el fuego los ocultos traydores, y no carecian de ellos las Tropas. Abasteció los Castillos, y encomendó el de San Telmo á Don Rodrigo Correa, quitando de el á Don Diego de Buydes: Castel Novo à Don Manuel de Borda, privando à Don Antonio Cruz; pero le dexó en el mismo Castillo, con errada opinion, de que serviria à Borda de freno, quando estaba Cruz herido de una injuria: à Castel del Ovo le gobernaba Don Antonio Carreras: estos tuvieron orden del Virrey, dada por el Duque de Bisacia en 3. de Julio, para que en caso de ser sitiados, disparassen contra la Ciudad, porque con esso ella tendria cuidado de los Castillos. Pareció un Edicto en nombre del Emperador, impresso en Roma de orden de Grimani, en que probaba los derechos Austriacos à aquel Reyno, y no tener algunos el Rey Phelipe: estaba concebido con clausulas insolentes, y poco atentas à la Nacion Francesa: vióse fixado en la Cathedral, y en el Real Palacio, y despues en varias esquinas.

Hallandose en este estado, escribieron al Conde de Marinitz, ofreciendose al servicio del Rey Carlos los Principes

de

de Monte Sarcho, Avelino, y Cariati, y el Duque de Monte-Leon: otros muchos Nobles hicieron lo proprio; pero los Autores de la Rebelion, y Conjura fueron aquellos, sin la qual no se huvieran atrevido nueve mil hombres à querer conquistar un Reyno. La Ciudad nombró por su Syndico al Duque de Monte-Leon, sin noticia de Villena. Las palabras de los que esto executaban no conformaban con la intencion: decian, que era solo poner al cuidado de los Nobles la Ciudad, y que esta se estaria indiferente à que la defendiesen las Armas del Rey. El Duque no quiso admitir el empleo sin el consentimiento de Villena, que no le quiso dár, ni las causas, que para negarle tenia, de lo que se ofendieron; pero no podia explicar el Marqués quanto justificaba su resolucion, porque todo era trama del mismo Duque, que se disponia para ser rebelde, y queria parecer leal. Los Alemanes, despues de tomada Capua, se encaminaron à Napoles. Corria la Provincia el Duque de Telesia, que venia con las Tropas Alemanes, y estaba desde la primer Conjura en Viena. Este dispuso, que Aversa llamasse la Cavalleria del Enemigo, para sorprehender la del Rey, y anticipadamente este Pueblo juró fidelidad, y obediencia al Rey Carlos. Viendo yá el Marqués de Villena, que era imposible la defensa, suspendió de su Oficio à todos los Ministros Reales, y los mandó salir de la Ciudad, para que no estuviessen obligados à despachar en sus Tribunales: ordenó, que las Galeras del Duque de Turis sacassen del Arsenal quantos Pertrechos pudiesen, y se previno para irse à Gaeta.

Estaba yá insolente la Plebe, y para contenerla, se encargó la Plaza del Mercado al Principe de Monte-Sarcho, porque yá havian tomado las armas mas de veinte mil hombres, y querian quemar el Palacio del Virrey por una falsa voz, esparcida con artificio, de que tenia preso al Electo del Pueblo, y à los quatro Diputados de los Sergios, que ofrecian al Virrey, para defenderse, quarenta, y quatro mil ducados, porque hasta el extremo querian parecer constantes. Bolvióse à mandar al Duque de Monte-Leon, que gobernasse la Vicaria, porque no se podia sufrir yá la insolencia del Pueblo, sin tener temor al castigo; mas todo fué en vano, porque habiendo llegado yá los Alemanes à Aversa,

esta

estaba perdido Napoles. El Marqués de Villena, embió al Principe de Castillón, con la poca Cavallería que le quedaba, (porque iban cada hora desertando) para que se juntasse con el Duque de Atri. La Ciudad pidió permisso al Virrey, para prestar la obediencia al Rey Carlos, yá que no havia tomado las providencias para defenderla, y expuso la urgentissima necesidad, desesperando yá del remedio. Con el Secretario Branconio escribió al Conde Daùn, escusandose de la retardada rendicion, porque tenian los Españoles los Castillos. Esta Carta se firmò en 6. de Julio, por mano de los Sergios, y de la Ciudad. En el mismo dia firmò otra Carta el Marqués de Villena, que entregò su Secretario Don Juan de Torres, dirigida à la Ciudad, en que decia: „Veia yá
 „ser imposible el salir à resistir al Enemigo, por falta de
 „Tropes, y no haver querido el Reyno hacer las Reclutas,
 „que desde el mes de Abril se tenia mandado: Que no ha-
 „via otro remedio, para conservar el Reyno, sino defender
 „los Castillos, y à Gaëta, desde donde esperaba bolver con
 „Tropas, que restituyessen al justo dominio del Rey aque-
 „lla Ciudad, cuyo Pueblo estaba mas de lo justo consterna-
 „do, porque se podia defender muy bien de nueve mil
 „hombres, no cabales, sin Viveres, ni Artilleria: Que es-
 „peraba daria la Ciudad lo necessario à los Castillos para
 „mantenerse, por no aventurar su ruina, porque havia
 „mandado assolassen la Ciudad, si esta no les subministraba
 „Viveres.

El mismo dia se embarcó el Virrey en las Galeras del Duque de Turís, y se pasó à Gaëta, quando yá en Averfa, havian jurado los Diputados de Napoles fidelidad al nuevo Rey, y en su nombre confirmò los Privilegios de la Nobleza, y Ciudad el Conde de Martinitz, al qual fué à recibir la mayor parte de los Nobles, gloriandose los Gefes del Exercito Austriaco, de que sin Armas, con solo el terror del nombre, havian rendido un Reyno tan vasto, y tan poderoso. Con el Marqués de Villena se fueron à Gaëta, à mas de los Oficiales Españoles, y Tropas, que embarcó el Duque de Bisacia, el Principe de Chelamàr, y Don Horacio Copula, General de la Artillería. Estos solamente fueron los que de la Nobleza Napolitana, que se hallaban en la Ciudad de

Na-

Napoles, siguieron el partido del Rey, abandonando sus casas, con heroico exemplo de fidelidad. Los Ministros Aragoneses se quedaron todos en Napoles, menos Don Joseph Zelaya: de los Castellanos ninguno; y se passaron à Gaëta Don Alonso Perez de Araciel, Presidente del Consejo de Santa Clara, Don Gregorio Mercado, Regente del Collateral, Don Pedro Mesones, Don Ambrosio Bernàl, Don Miguel Lesada, Don Luis de Alarcòn, Don Joseph Bustamante, Don Gonzalo Machado, Don Bartholomè Sierra, el Marqués de San Egidio, Don Geronymo Pardo, y despues Don Francisco Milàn: de los Ministros Napolitanos solo uno, que fuè Don Francisco Cernicala.

La mañana del dia 7. de Julio salió de Averfa para Napoles el Conde de Martinitz, à quien precedia con seiscientos Cavallos el Coronel Paté, y à passo mas lento seguia el Exercito, cuya Manguardia llevaba con dos mil Cavallos el General Carrafa: iba en el centro el Conde Daùn con Vvaubon, y cerraba con la Retaguardia el General Vezèl: marcharon por los lados ocho Piezas de Cañon; y aunque el Exercito era poco mas de ocho mil hombres, porque havian dexado quinientos en Capua, y havian muerto en su sitio algunos, eran mas de veinte mil los Alemanes, que entraron en Napoles, contando Niños, y Mugerres, porque es costumbre de aquellas Tropas marchar con ellas. El Pueblo salió algunas millas à recibirlos, con imponderable jubilo, y aclamacion: despoblòse la Comarca à ver esta entrada, mostrando en su immoderado gozo el desafecto, que tenian al Rey Catholico. Antes de entrar en la Ciudad, ocupò el centro, y la mano derecha Martinitz, como Virrey, no sin alguna emulacion del Conde Daùn, que parò en enemistad. Renovò el Pueblo su alegria, y las Mugerres texian coronas de flores à los Soldados, y les ofrecian al tiempo de passar frutas, y dulces, con grandes vasos de vino, no despreciados. Apeòse Martinitz en la Cathedral, para venerar las Reliquias de San Genaro, aunque mas era para lisonjear al Pueblo, que por devocion, porque la tiene particular à este Santo aquella Ciudad, y todo el Reyno. Teniafele al Virrey prevenido su hospedage en casa del Principe de San Severo, adonde pasó desde la Iglesia. Los que fueron en la primer Conjura

re-

rebeldes, y estaban fuera del Reyno, volvieron à él, y excitaban à la Plebe à incessantes aclamaciones. Estos eran el Duque de Telesia, el Marqués de Rofrano, y el Principe de Chufan: seguia innumerable Pueblo; y llegando à la Plaza de los Jesuitas, donde havia una hermosa estatua del Rey à cavallo, que estaba puesta desde el año de mil setecientos y dos, la acometió la Plebe por influxo de Telesia, y aun siendo de bronce, la hicieron con mazos, y martillos pedazos: con sacrilega insolencia herian con las espadas la cara, y no pudiendo deshacer la Imagen, la mancharon con tinta: estaba ya la cabeza dividida de lo restante del cuerpo, y uno del Pueblo, ò atento, ò ambicioso del metal, la robó à la ira, que la exercitò el Pueblo por largo rato, hasta que lo prohibió el Magistrado, fingiendo dolor del suceso, y mandò recoger los pedazos. Luego se aplicò la Plebe à saquear las casas de los Mercaderes Franceses, no con gran logro, porque havian reservado lo mas precioso. Assi espirò el dia 7. de Julio, observando los Historicos, que en este mismo dia, en el año de 1495. havian sido los Franceses, que ocupaban el Reyno, poseido de Carlos VIII. expulsos de Napoles por Ferdinando II. de Aragon; y que en el proprio dia havia sido la rebellion de Thomàs Angelo, el año de 1657. reparandose tambien, que para templar lo infausto de la constelacion del dia, muchos siglos antes se havia consagrado la Iglesia, en que estàn las Reliquias de San Genaro.

El Conde Daùn luego bloqueò los Castillos; pero no levantò Trinchera, y mandò à la Ciudad, que no se les permitieffen Viveres. El de San Telmo apartaba los Sitiadores, porque Don Rodrigo Correa cumplia con su obligacion, y preguntò al Governador de Castel-Novo, si era tiempo de executar la orden del Marqués de Villena, para disparar contra la Ciudad. Don Manuel de Borda embiò à comunicar con el Cardenal, y el Magistrado al Varon Darmèn, y à Don Christoval de Ibarra, para que se quitasse el bloqueo; porque sino, era preciso seguir la orden. Esto enfureció mucho al Virrey, y à Daùn. Despues se ajustò, que al otro bolviesfen, y cessaron las hostilidades; pero aplicaron los Alemanes mas fuerte bateria, solicitando à Borda con promessas mas eficaces, que las amenazas, que el dia 9. hizo Daùn à la

Guar-

Guarnicion de los Castillos, embiando al Varon Heidle: Correa las despreciò: Carreras dixo, que haria lo que Borda; y este yà no escuchaba con desagrado los partidos, que le ofrecian, aunque pidiò tiempo para hacer una Consulta al Marqués de Villena, que ya sabia no se lo havian de permitir. Juntó Consejo de Guerra, y todos fueron de parecer de capitular. Assi se executò, dentro del termino, que havia Daùn concedido. Saliò la Guarnicion con todos los honores Militares: de los pactos no cumplieron ninguno los Alemanes, ni Borda queria que los cumpliesen, porque poco despues tomò el Partido Austriaco, y las Armas contra su Soberano. Embiò con Don Francisco Manca las Capitulaciones al Marqués de Villena, que se enfureció en vano, porque Borda yà despreciaba sus iras. De los Oficiales, solamente quedaron prisioneros, por constantes en el Partido del Rey Phelipe Don Domingo Loy, Sardo, Don Francisco Rosillo, y Don Juan de Xarara, Castellanos. Carreras entregò, despues de dos dias, à Castèl del Ovo: quedò prisionero de Guerra, y aunque sobre su palabra, no salió de Napoles. Bolvió à amenazar à Correa el General Aleman, pero persistia en la defensa de San Telmo, y aunque era muy viejo, le assistia su Yerno Don Pedro Niela, hombre de valor, y de honra. Por esso convirtiò contra el Castillo de Baya las Armas Daùn. Embiò contra él al General Vetzèl. Era su Governador Don Joseph Pariente: defendióse este quatro dias, y como intimò el Aleman la rendicion, con pena de no dár quartel si se d.feria, juntó Consejo de Guerra, y se determinò rendir el Castillo, quedando prisionera la Guarnicion, y el Governador, que mantuvo siempre la debida fidelidad al Rey Catholico. San Telmo se defendia con tesòn; pero yà, haviendo los Alemanes ocupado à Santa Lucia, y el Bosque de San Martin, no podia ser focorrido el Castillo. Llamò el Governador à Consejo, donde, sino es él, y Don Pedro Niela, todos fueron de dictamen de rendirle; porque yà estaba la Guarnicion impaciente, y deseaba tomar partido: Mas rezeloso de ella Don Rodrigo Correa, que de los Enemigos, se rindiò, quedando prisionera la Guarnicion: todos tomaron partido, menos Don Pedro Niela, y cinco Capitanes, Pratz, Landaecio, Ayala, Aldaneo, y Lezcano. El Governador mostrò heroyco

Tomo I.

Kk

exem-

exemplo de fidelidad , padeciò mucho ; pero al fin murió en una Batalla en servicio del Rey Phelipe , como verèmos.

Con esto estaba enteramente la Ciudad de Napoles à la obediencia del Rey Carlos , à quien se despachò con la noticia al Marquès de Rosfrano , à darla al Emperador fuè el Coronèl Daùn. Por engaño del Principe de Avelino , Vicario General por el Rey Phelipe en algunas Provincias de aquel Reyno , fuè sitiado de los propios Payfanos en Caba el Principe de Castillòn : alli se rindiò prisionero à persuaciones del Obispo , que le diò à conocer su peligro : los mas de los que le seguian tomaron partido : algunos Oficiales se mantuvieron en el del Rey Catholico con el heroyco exemplo de su Gefe. El Duque de Atri se fuè à Pescàra , que la gobernaba Don Estevan Billet , hombre fuerte , y de conocida fidelidad. En estos mismos dias se cubrió Napoles de ceniza , y de tan espesas sombras , que se atemorizaron los Alemanes , y durò tanto , que el dia ultimo de Julio , en que se hizo la solemne Aclamacion , fuè uno de los mas horrendos Vomitorios de Betùn el Vesubio , y se oyeron formidables estruendos por mas de cien millas en contorno : caian del Cielo piedras , elevadas de la violencia del fuego , y despues llovió agua de color de sangre. Desde el año de 31. del passado siglo no se havia visto mas sañudo , ni mas horrible el Monte. Sacaronse las Reliquias de San Genaro , y venerandolas , se desmayò Martinitz , aturdido de aquella , que para èl era la mas formidable novedad : pidiò , que le sacassen de Napoles ; confortole el Arzobispo , diciendo eran solos efectos del Monte , que respiraba. Esto tomaron muchos por infausto aguero , y como ademàn de castigo , tanto , que no dexo de entristecer à los propios Autores de toda la traycion ; pero mucho mas à Don Manuel de Borda , Don Antonio Cruz , y Don Christoval Ibarra , que tomaron partido en aquel dia.

Pasò el General Walis à sitiar à Pescàra , que con Gaèta era solo lo que de aquel Reyno faltaba à rendirse enteramente ; porque todos los demàs Governadores del Reyno entregaron con una carta sus Plazas. Acudiò Julio Cesar de Santis , y otros Napolitanos , con ciento y sesenta Payfanos , à cerrar los passes contra Pescàra ; creían ganarla sin levantar

Trin-

Trincherà , pero el Cañon de la Plaza los desengañò , con pérdida de los mas atrevidos. Hicieron despues un Puente de Barcas , y passado el Rio , empezaron à trabajar en la Linea. Estaba el dia 27. de Agosto adelantada , y desde un pequeño Collado se batia con ocho piezas. Junto Consejo el Duque de Atri , è hizo la Plaza llamada : formò las Capitulaciones , y mientras se consultaron con Daùn , hubo tregua. Este no quiso permitir los honores Militares à la Guarnicion , ni el Duque de Atri rendirse sin ellos , y assi se renovaron las hostilidades. Erigieron los Alemanes dos Fuertes de tierra , y fagina , que quitaban casi à la Plaza la comunicacion con el Mar , porque los Sitiadores guardaban lo extremo del Rio , aunque los sitiados havian erigido una pequeña Fortaleza en la Isla de Canicio , que defendia la orilla del agua , y los focorros , que pudieran llegar , si hubiera havido quien los hubiera embiado : Hizo una salida Don Estevan Billet , en que mostrò valor , y experiencia. Irritado de esto Uvalis , acometio à la Isla por la noche con ochenta Barcos , para ganar la Torre , y aunque con trabajo , lo logró. Entonces desmayaron los Sitiados ; pidieron , que se les escuchasse , y se capitulò , como el Duque de Atri quiso , saliendo la Guarnicion armada , y con bala en boca. El Governador Don Estevan Billet se embarcò en Putzòl , pero ningun Oficial de su Regimiento tomò partido , avergonzandose muchos de los que le havian tomado de ver la honra de Don Estevan. Al Duque de Atri se le permitiò ir à Ascoli à buscar à su muger , è hijos , y con toda su familia se pasò à Roma , donde murió despues , siempre firme en el juramento prestado al Rey de España.

Yà no quedaba mas que Gaèta , donde estaba el Marquès de Villena con mil y quinientos hombres ; y para dàr mayor explanada à los Batuartes , arruinò algunas casas ; y la Iglesia , y Convento de Capuchinos. Daùn con su Exercito se acercò à Tessa , mandaba en escabados troncos passar el Rio , para quitar el forrage à los Españoles. Despues pasò à Scabolio , y tomò à Mola , que aun la ocupaban aquellos. El Cardenal Grimani embiò de socorro à Daùn un Regimiento nuevamente formado , cuyo Coronèl era Don Nicolas Caraciolo , gente toda Napolitana , è inexperta ; pero

Kk 2

algo

algo servia. Yá se meditaba sitiar en sus formas à Gaéta; y a sí echaron los Alemanes un Puente al Garrillano, donde tenían antes una Nave del Corsario Joseph Fumo, porque lo copioso del Rio sufre, que le entren del Mar los Barcos, aunque no largo trecho. Esto no era bastante à prohibir el Mar à los Sitiados; pues desde Liorna, en quatro Galeras, hizo el Marqués de Villena traer cantidad de Trigo, y todo genero de Viveres de Sicilia. El dia 30. de Agosto se empezó à levantar Trinchera; pero como era terreno arenoso, la Artilleria de la Plaza la destruía facilmente, y así desde lexos se traía tierra, y con grande trabajo se formò la linea, y se plantò Artilleria. Concedió el Conde Daùn à 3. de Setiembre una pequeña tregua, para que saliesen de Gaéta con las Galeras de Sicilia la Condesa de Egmont, muger del Duque de Bisacia, y la de San Estevan de Gormáz, con otras Señoras Españolas. Desampararon tambien el Puerto las Galeras del Duque de Turfis, à cuyo cargo se entregaron las de Napoles, de las cuales era Governador Don Carlos Grillo, Genovès, que lo repugnò mucho, y diò por escrito su dictamen, que por lo que se podia ofrecer, debian quedarse en aquel Puerto: venció el del Duque, y todas se retiraron al de Genova. Ambos siguiéron heroycamente el partido del Rey Phelipe, aunque el Duque tenia todos sus Estados en Napoles, y Don Carlos sus alimentos en los de su hermano el Duque de Mondragòn. Despues se hizo General de las Galeras de Napoles al Duque de Turfis, y Governador de las de Sicilia à Don Carlos Grillo. Se batia Gaeta con treinta, y seis Piezas de Cañon, y à 22. de Septiembre yá estaba la brecha à proposito para el asalto, aunque ruda, y no llana: fuè à reconocerla Daùn, y arrancò de ella con gran valor un palo, porque en todo lo abierto havian formado los Sitiados una estacada, y se pusieron los que llaman Cavallos de Phrisia por donde era mas peligrosa la brecha, y tenia yá tres la Muralla. La linea no se havia estendido azia la Ciudad, ni hecho los aproches, ni se havian quitado los fuegos de los lados: y así parecia imposible, que el Sitiador quisiese dar el asalto con tanto riesgo, segun las Militares reglas.

Estos discursos no eran irracionales, pero no por esso se debía descuidar tanto la Guarnicion; porque el General Ale-

man,

man; informado por los Desertores la negligencia de los Españoles, determinò dar intempestivamente el asalto, que no lo huviera executado à saber, que estaban con vigilancia. Era Governador de la Plaza Don Joseph Caro, hombre de edad muy crecida, y no à proposito para tan incessante trabajo, y custodia; y valiendose los Enemigos de todas las oportunidades, que ofrecia la fortuna, el ultimo dia de Septiembre dieron un general asalto à poco mas de medio dia, quando estaban en la mesa todos los Oficiales Generales de la Plaza, y el Marqués de Villena. Acometieron tambien à un tiempo à las Puertas de Tierra; y de Mar: la brecha solo la guardaban catorce hombres, y así fuè facil al primer impetu montarla: acudiò mas gente; pero como en la Plaza no se esperaba esta novedad, hubo una confusion, y desorden tan raro, que de nadie defendidas, ocuparon los Enemigos las Puertas, y lo alto de la brecha. Mandose á los Valones acudir à la Puerta del Mar, quando estaban destinados à la brecha: Todos los Gefes negaron haver dado esta orden; pero en fin se diò; y llena de turbacion la Ciudad, se defendia mal de los que yá se adelantaban à tomar los Baluartes. Opusieron el Principe de Chelamar, y el de Bisacia la gente, que se podia juntar; pero yá los Enemigos, adelantados à una Plaza, en que se formaron, hacian prisioneros à quantos se les resistian, porque estaba yá todo el Exercito dentro. Prendióse à Chelamar, y Bisacia; y queriendo el Governador Don Joseph Caro defender la entrada de la Puerta de Tierra, ofendido en la vista por la violencia de la polvora, que tomó fuego en un barril, le prendieron, con otros quinientos. Saliò à cavallo, para socorrer esta Puerta, el Marqués de Villena con los Soldados que le quedaban, y se travò sangrienta la disputa; pero le fuè preciso retirarse al Castillo: aunque disparò por dos horas, al cabo de ellas pidió Capitulacion, y no se le concedió, quedò prisionero de Guerra, con los Militares, que dentro estaban, y se le hizo tan crudo, y barbaro tratamiento, que no solo excedia las reglas de la Milicia, pero se mostraba en el Conde Daùn una rabia, indigna de su valor, y de su grado. La misma se executó con el Principe de Chelamar, y de Castillón, y Bisacia, los cuales fueron conducidos todos à Napoles, donde la vil Plebe hizo

mo,

mofa del Marqués de Villena, dandole epitectos, que pudieran mover qualquier animo menos constante.

Con Gaëta (donde executaron los Alemanes los mas exquisitos rigores) se acabó de perder todo el Reyno, haviendo descuidado de él los Ministros Españoles, y Amelot principalmente, que era el voto mas effencial en el Consejo de el Gavinete del Rey Catholico. Echaban muchos la culpa al Marqués de Villena, porque sacó siete mil Franceses, que havia antes en los Presidios del Reyno. El desembarazarse de esta gente no dexò de ser demasiada confianza, pero fuè por dár satisfaccion à los Napolitanos, que creían se apoderaban del Reyno los Franceses, por haversele cedido el Rey à su Abuelo. Esta voz la esparcieron los defaectos, y tomó tanto cuerpo, que yà era preciso hacer caso de ella, mas no por esso quitar al Reyno su defensa; porque despues, quando el Marqués de Villena embió à Don Tiberio Carrasa para impetrar socorros de la Francia, no los pudo conseguir, ni era yà mas à tiempo: ni tampoco quiso socorrerle el Virrey de Sicilia Marqués de Bedmar, aunque havia sido solicitado para ello, porque temió desguarnecer aquella Isla; y que se perdiessen ambos Reynos, si no se podia defender el de Napoles. Algunos culparon tambien à Villena, por haver entregado à Castel-Novo, y Castel del Ovo à personas conoçidamente defaectas, que las rindieron vilmente, y tan presto. El infeliz exito, aunque muestra los errores, acarrèa culpas, porque no favoreció à las disposiciones la fortuna.

En la Corte del Rey Catholico no hizo la impressiõ que debiera la perdida del Reyno de Napoles, porque aún era reciente el jubilo de la importantissima Victoria de Almanfa, y de que los Portugueses de las Tropas, que mandaba el Conde de San Juan, havian sido valerosamente rechazados por el Conde de Montenegro, y les salió costosa la nueva empreffa contra Salamanca, cuyas Milicias Urbanas, ayudadas de los Regimientos de Santiago, Chaves, y Pabõn, no solo se defendieron, pero siguieron à los Enemigos, y hicieron no poco estrago en ellos. No pudo tampoco el Conde de San Juan perseverar en el Sitio de Alcañizas, porque el Coronel Palominos, reforzado con el Regimiento de Santiago, le hizo levantar, y se retiraron los Portugueses à

Ciu-

Ciudad Rodrigo, cuyo Presidio molestaba algo la vecina tierra de Castilla; pero el Conde de Montenegro los hizo retirar à la Ciudad, y se puso dos veces en forma de batalla, por si querian los Enemigos darla; y como las cosas del continente de España iban mejor de lo que se esperaba, pareció de menor importancia el perder en la Italia un Reyno.

Regocijó mucho à la Corte, y à la España toda, de el Partido del Rey Phelipe, el haver la Reyna Maria Luisa dado à luz un Principe à 25. de Agosto, dos horas antes de el medio dia, al qual se le puso en el Bautismo el nombre de Luis Fernando, yà por renovar la memoria de dos tan grandes Reyes, como tambien porque nació en el dia de San Luis Rey de Francia. Diósele el Titulo de *Principe de Asturias*, que es el que pertenece à los Primogenitos de los Reyes Catholicos. Quando estaba la Reyna con los ultimos dolores de parto, fueron llamados el Cardenal Portocarrero, el Nuncio Apostolico Zondadari, los Ministros Estrangeros, y los Presidentes de los Consejos, segun costumbre, para que fuesen, en la possible, y mas decente forma, Testigos del verdadero parto de la Reyna, pues publicaban los Enemigos, que era fingido el preñado, para assegurar con la successiõ el amor, y fidelidad de los Pueblos. Vino à tiempo, sin duda, este Principe nacido en Castilla; porque yà los Españoles veían confirmada la Corona en Principe Español, y se empeñaron mas en sostener el Imperio en el Rey Phelipe, porque las razones del nuevo Principe de Asturias eran incontrastables, y en qualquiera caso tendria la España un eterno enemigo, si perdía el Rey Phelipe la Corona.

Estas reflexiones dieron grande aprehension à los de la Liga, y aún à la Casa de Austria. Hicieronse grandes fiestas en todos los Dominios del Rey Catholico, y se dió libertad à los Presos, y Desterrados: entre los primeros al Duque del Infantado, y al Conde de Lemos; y entre los segundos, al Conde de Palma, Puñon-Rostro, y Monte-Rey. A Palma, y Puñon-Rostro se les acriminò, haver tratado con los Enemigos, quando estaban en Madrid; y al Conde de Monte-Rey, que pidió Salvas Guardias para si, y para la Villa de Alcobendas al Marqués de las Minas. A otros muchos Titulos se alzó el destierro, como no entrassen en la Corte, lo qual

qual tampoco se permitió por entonces al Infantado. El nacimiento de este Principe se celebró mucho en Paris, y aunque declarado enemigo, se participó al Duque de Saboya: y como nueve meses antes havia nacido en Francia el Duque de Bretaña, de la otra Hija Maria Adelfia, Duquesa de Borgoña, se veía el de Saboya á un tiempo Abuelo de los dos legitimos Herederos de los mayores Tronos del mundo.

Ni el ver con esto confirmada la successión de España en la Casa del Rey Phelipe entibió al Duque de Saboya el ardor de la guerra, porque estaba empeñado en la empresa de Tolón, y en quitarle al Christianissimo, no solo una Plaza tan fuerte, y un Arsenal tan precioso, y abastecido, sino que tambien era la llave de sus Reynos, pues desde allí á Paris no hay una Plaza; y perdido Tolón, no se podia defender toda la Costa Maritima, que baña el Mediterraneo, hasta el Rosellón; y pudiera en este caso el Emperador, como ya poseía el Estado de Milán, socorrer á su Hermano por tierra, sin necessitar de Flotas Inglesas; y assi, por no depender de ellas, ni de los Olandeses, la Casa de Austria deseaba mucho la felicidad de esta empresa, sobre la qual havian los Ingleses fundado grandes ideas, ayudadas de los ofrecimientos, que hicieron los Calvinistas de Francia, de baxar por el Rhodano á vigorar el Sitio, y ocupar aquella tierra, que podia suministrar Viveres á la Plaza, que carecia de ellos, aunque tenia sobradas Municiones de Guerra. La empresa era difícil, no solo por lo fuerte de sus Bastiones, sino porque antes de entrar en el Puerto, es preciso passar por dos Radas angostas, torcidas, y defendidas de varios Fortines, y Castillos, que es casi imposible penetrarlas. Estaban dentro todas las Naves del Rey, y las de el Comercio, que eran numerosas, y si fueran presas de el Enemigo, ninguna victoria les seria mas util, no solo por el saqueo de Marsella, sino aun por la extincion de el Comercio, y harian los Ingleses solos todo el de Levante. Estos mismos discursos hacian los Franceses, y assi, no descuidaron de su defensa.

Vino la Armada Inglesa, y Olandesa á este efecto al Mediterraneo: tuvieron orden de sus Gefes de obedecer á el Principe Eugenio, y al Duque de Saboya, y con sesenta mil hombres se encaminaban á la Francia por la Provenza. Los

Mon-

Montes del Estrel, que allanó el Christianissimo, para poder baxar Artilleria contra el Duque de Saboya, aora le servian á este contra la misma Francia; porque dexando atrás á Antibio, tomó el camino por la derecha, y bolvió despues á baxar á la orilla del Mar, para tener siempre á la vista la Armada, que trala las provisiones de Guerra, y Boca, y el Cañon de batir, y navegaba por aquellas Costas con quanta arte era possible, para suministrar al Exercito lo necessario; pero como desde el Mar Ligustico á Tolón, no ay Puerto capaz de esta Armada, corrió algunos peligros de separarse. Muchos dias estuvo el Duque de Saboya sin saber de ella; porque debiendo las Naves huir del Cabo de San Torpè, y de las Islas de Hieres, havian entrado mas ázia lo alto del Mar, y el Golfo de Frixus los havia rechazado dos veces. Por esso marchaba lentamente el Duque, por no hallarse ante Tolón sin provisiones, pues aora las daba la Provincia, por donde executaba sus marchas. Esta dilacion, que á muchos les pareció artificiosa, y era precisa, salvó á Tolón, porque tuvo tiempo de prevenirse para la defensa, è introducir Viveres, y numeroso Presidio, y acampar las Tropas en parage, que no pudo hacer jamás el Duque la perfecta linea de circunvalacion, quitando la comunicacion con Marsella, que fue por donde le vinieron los socorros, y se embarazo poner las Baterias contra lo menos fuerte de la Ciudad. Nunca creyeron los Franceses, que seria contra Tolon el designio, hasta que vieron Tropas en la Provenza, porque les parecia imposible, que se internassen por quarenta leguas en la Francia, dexando atrás asperissimos Montes, y sendas muy estrechas; pero se fió el Duque de Saboya, en que no podian juntar en este parage los Franceses Tropas iguales á su Exercito: assi marchó por Canua, despreciando los cañonazos del Castillo de Santa Margarita: guiaba él la Manguardia, y quedó en la Retaguardia el Principe Eugenio, que marchava separado por lo alto de la Provenza, para ponerla toda en contribucion. El Rey Christianissimo, nada turbado con esta noticia, mandó guardar el Rodano, poniendo á trechos Cavalleria, desde el Puente de Sancti-Spiritu, hasta Arlés, porque no passassen los Ugonotes, ni se pudiesen juntar: por esso quitaron las Barcas del Rio de Aviñon, y se

Tomo I.

Ll

pro-

prohibió el passo del Puente de Lunel, si no se mostraba Passaporte del Duque Rocloire, ó del Conde de Grifan, Gobernadores de Lenguadoc, y Provenza. Se guardaron los passos del Monte, que está entre Tolón, y Marsella, para que no passassen mas adelante los Enemigos, á los quales con buenas, aunque no muchas Tropas, (porque solo constaban de ocho mil hombres) fue á encontrar el Teniente General Medavi, por la parte que venia el Principe Eugenio, porque en Tolón se havia ya fortificado, no lexos de la Plaza, el Mariscál de Tefsè con quinze mil hombres. De todo el Reyno acudiò la Nobleza, á la defensa de Lugar tan importante, y determinaron baxar los Duques de Borgoña, y de Berri. Ofrecieron sus caudales los hombres mas ricos del Delphinado, Provenza, y Lenguadoc; y las Provincias embiaban Viveres tan en abundancia, que les sobraron á las Tropas, y á la Plaza (tanta aprehension les diò este Sitio) Hicieronse luego dos Fortificaciones exteriores de tierra, y fagina con la Chusma de las Galeras, y se sacaron de los Navios las Piezas mayores, para assentarlas en los Muros, y en la parte que dominan las dos Radas del Puerto; y las demás Naves, menos quatro, se echaron á pique, dando á los leños barreno, porque siempre se podian extraher del Mar, y estas servian para embarazar el Puerto.

Tres mil Piezas de cañon defendian la Ciudad, y el Puerto, y havia Municiones para tres años de Sitio; y de estas sobraban tantas, que se retiraron á lo interior del Reyno: se echaron varias cadenas á lo mas angosto de la entrada, y se pusieron en ella dos Naves, con cien Piezas de cañon cada una, y diez y nueve Galeras, que levantaron sus Castilletes en la Proa, y otras dos Naves enderezaban sus tiros á la tierra. Seis mil hombres veteranos era el Presidio, y dos mil Gastadores: los Artilleros eran mas de tres mil y seiscientos. Sacò el Governador de la Plaza, que era el Señor de San Pater, á los Viejos, Mugerres, y Niños, y aún á las Milicias Urbanas, que havian entrado mientras llegaban las Tropas arregladas. Todo esto se executò en quinze dias, y solo el gran poder de la Francia podia hacer estos preparativos en tan breve tiempo, y entre tanta confusion.

A 24. de Julio embistiò á la Plaza el Duque de Saboya,

ocu.

ocupò las alturas mas vecinas, y se fortificò, temiendo que baxassen mas Tropas de todo el Reyno: solo se quedò con mil Cavallos, porque havian quemado los Franceses los Forrages, y no se podia mantener la Cavalleria. Baxaban de la Armada los Viveres al Exercito con gran trabajo, porque impedia las mas veces la marea, que se acercassen las Lanchas, y estaban arieigadas las Naves, bordeando algunas, y otras dadas fondo en lugar poco seguro. Estaba abierta la puerta por donde se sale á Marsella, porque no pudo el Exercito enemigo, sin venir á una Batalla con Tefsè, y Medavi, ocupar aquel terreno. Prevenianse contra la Ciudad Morteros, no siendo facil abrir Trinchera, repugnandolo mas de mil Piezas de Cañon, que disparaban á un tiempo contra los que intentaban levantar tierra. A 29. del referido mes determinò el Duque ocupar el Castillo de Santa Cathalina, en que havia mil y quinientos Franceses: la Fortaleza era chica, è irregular, aunque havian hecho, para mayor defensa, los Franceses una linea hasta el Montezuelo de Santa Elena, azia el Occidente. Al amanecer acometiò á esta linea, y aunque al primer assalto fuè valerosa la defensa, ocuparon el Collado de Santa Elena los Alemanes. Fueron socorridos de dos Regimientos los Franceses, que huian por la cuesta, y se renovò la pelea con mas vigor por una, y otra parte. Movióse el Exercito para socorrer á los suyos, y despues de quatro horas se rindiò el Castillo. Por una linea de comunicacion, que havian hecho desde la altura de Santa Ana á su Campo los Franceses, se retiraron los Vencidos, y quedò el Duque dueño del Monte de Santa Elena, y del Castillo de Santa Cathalina. En esta accion estuvo mortalmente herido el Principe de Hessecaesèl. Luego se plantaron en la eminencia Baterias contra la Ciudad, y yá cubiertos, se adelantaban los Enemigos, por si podian, con el favor de la noche, levantar Trinchera: el suelo, cubierto de peñas, no permitia abrir la tierra. El ultimo dia de Julio, al anochecer, acometiò el Duque á la Puerta, que llaman de las Viñas, que tiene una simple cortina, y sin retirada; pero previniendo este caso, havia puesto el Governador de la Plaza quarenta Piezas sobre la Puerta, que llaman de Montillón, que miraba á la otra, y de genero batia á los Enemigos, que con gran

Ll2

nu.

numero de achuelas intentaban romper la Puerta, que no pudiendo resistir la furia de la bala menuda, se arrodillaron, porque el terreno los cubria un poco, pero no tanto, que no quedasse expuesta la cabeza; y assi les fue preciso, despues de haver perdido ochocientos hombres, retirarse pecho por tierra, y desistir de la empresa. Havia el Duque acercado el Exercito dos millas mas á la Plaza, estendido por la derecha á la Valleta, y por la siniestra al Monte de Santa Cathalina. El Principe Eugenio estaba seis millas mas adentro, guardando los passos por donde podia sitiarse la Retaguardia del Exercito de Medavi, que con el suyo estaba en San Maximo, para que no contribuyesse Viveres la Provincia. Para guardar á Aix, y Marsella, puso su Campo en Gemenoso el Mariscal de Telsé, detras de Aubaño. Batian los Sitiadores las Naves del Puerto, que les embarazaban mucho, con trece Cañones, á la Ciudad con veinte, y al Fuerte de San Luis con quince; y como el Castillo de Santa Ana batia al de Santa Cathalina, le desampararon; pero era tanto el fuego que hacia la Plaza, que á cada momento se desmontaban los opuestos Cañones, y no acertaban tiro los Artilleros, poseidos del miedo, porque murió gran numero de ellos. Ni era facil levantar Trinchera, porque la Artilleria de la Ciudad parecia fusileria en la presteza, y forma con que disparaba, y havian muerto en Tolón muy pocos Artilleros, porque la Bateria levantada contra la Ciudad hacia poco efecto, por estar lexos, y aunque desmontó algunas Piezas, no hizo impressión alguna en el Muro. La que disparaba á las Naves, hasta entonces fué vana, è inutil. La que á la Fortaleza de San Luis, hacia mas efecto, pero no podia abrir brecha; y como guarda el Puerto, no podian, sin expugnarla, entrar Naves enemigas, y aun despues era menester ganar muchos Castillos, que la adornan. Por esta razon estaba alli indecorosamente ociosa tan formidable Armada, que ni aun el Castillo de Santa Margarita pudo tomar, pues aunque lo intentaron, no cedió, ni á la fuerza, ni á las amenazas del Duque de Saboya el Governador. Una á una havian de entrar las Naves en el Puerto, y antes que penetrasen la segunda Rada, era preciso sufrir mas de quinientos cañonazos, porque todo el Collado estaba lleno de Artilleria,

ria,

ria, y estas alturas no se podian tomar, sin rendir antes la Ciudad. Esto obligó á la resolucion de arruinar el Fuerte de San Luis, lo qual iban consiguiendo, porque havia ya caido la opuesta cortina. Era su Governador el Señor de Dillon: levantó en la brecha un Trincheron, que se podia bien defender, è hizo una linea de comunicacion á la Plaza, para retirar el Presidio, en caso que toda la Fortaleza cayesse. En todo esto se pasó la mitad del mes de Agosto, y á los quinze dias determino el Mariscal de Telsé echar á los Enemigos del Monte de Santa Cathalina, rompiendo sus Trincheras, que estaban guardadas por seis mil hombres. Yá bien alto el Sol, destacó en tres Partidas ocho mil hombres: guiaba èl la primera: la segunda, y tercera el Conde de Villars, y el Señor de Dillon: acometieron por tres distintas partes á un tiempo con armas blancas: padecieron mucho los Franceses á la primera descarga de los Enemigos; pero hecha ésta, se arrojaron á las Trincheras con tal impetu, que se travó con las bayonetas, y Alfanges una de las mas sangrientas disputas de la presente Guerra. Resistian mal los Alemanes tres distintos acometimientos, y se empezaron á desordenar. Vinieron á alentarlos los Principes de Vitembergh, y Saxonia: Gotha, que murieron alli gloriosamente. Socorria á los suyos facilmente el Exercito Frances; pero no lo podia hacer el Duque de Saboya, porque havian de pasar baxo del Cañon de la Plaza las Tropas, y esta disparaba incessantemente. Despues de muchas horas, vencieron los Franceses, y se hicieron dueños del Monte, y de la Artilleria enemiga, no atreviendose el Duque de Saboya á salir de sus atrinchamientos, porque era preciso dar una Batalla baxo del Cañon. Sin perder tiempo, fortificaron los Franceses el recobrado Castillo, y yá no padecia mas la Ciudad, porque de parte alguna la podia el Duque batir. De genero estaban sobervios con tan heroyca defensa los Franceses, que por mayor desprecio de los Enemigos, dormian sobre la Muralla los Soldados; y no se cerraba, ni aun por la noche, la Puerta de Marsella.

Toda la ira convirtieron los Sitiadores contra la Fortaleza de San Luis, y las Naves llamadas San Phelipe, y al Tonante, que casi quemadas, las echaron á pique: yá arrui-

na,

nado, acometieron al Fuerte de San Luis; y aunque fueron al principio rechazados, despues la ganaron. Retiraronse à la Plaza los Franceses, y nada possayeron los Alemanes, porque estaba destruido; pero faltando estos Cañones, pudo la Armada Inglesa acercarse mas à la orilla, y bombear con mas facilidad à la Plaza, que padeciò la ruina de trescientas casas. Intentò dos veces, con viento en popa, entrar en las Radas; pero fue en vano, porque los Baluartes, à la primera descarga defarbolaban las Naves. A esto se añadia, no haver podido el Duque abrir Trinchera; y haverse aumentado el Exercito de Tefsè hasta el numero de quarenta mil hombres: las Tropas de Medavi, hasta el numero de quinze mil, con Payfanos bien armados, que traxo el Varon de Myon, hombre rico, y afectissimo à su Principe, y faltar los mas dias Viveres en el Exercito de los Alemanes, porque no siempre estaba el Mar tan quieto, que permitieffe desembarcarlos. Faltabanle yà al Duque de Saboya doce mil hombres, porque no solo en guerra abierta, pero traydoramente los mataban los Payfanos, si salian de la linea. Supo el Duque, que el Governador de Antibo havia roto los nuevos Puentes del Varo, y que Medavi cogia los passos, para encerrar el Exercito, porque no pudieffe escapar de Francia, sin venir à una Batalla, que la deseaba Tefsè. Todas estas complicadas razones, que cada una de ellas era de gran consideracion, determinaron al Duque, y al Principe Eugenio à levantar el Sitio el dia 21. de Agosto, despues de haver juntado Consejo de Guerra: fingiendo porfiar en abrir Trinchera, se tomò con gran silencio, al favor de las sombras, la Marcha. Regia la Manguardia el Principe Eugenio, que partiò antes, porque el Duque el dia 22. hizo ademàn de querer dár la Batalla, y por la noche moviò lo restante del Exercito por el mismo camino, que havia venido. Creyeron muchos, que quieren acreditarse de ingeniosos, pensando siempre lo peor, que no quiso el Duque tomar à Tolón, por no deprimir demasiado à la Francia, y exaltar à los Austriacos, perdiendose el equilibrio. Esto lo probaban con haver los Franceses dexado salir libre el Exercito de los Aliados, pudiendo cerrar tan estrechamente los passos de las Montañas, y principalmente la que llaman del Estrèl, que le costasse una

una Batalla cada marcha; pero lo cierto es, que no pudo el Duque no tomar la Plaza, ni imaginò jamàs, que la Armada Inglesa pudiera entrar en el Puerto, aún à costa de perder algunas Naves; ni se creyò tan vigorosa defensa en una Plaza, muy poco fuerte por tierra, y mal abastecida. No pudo Tefsè embarazar la retirada, la qual no la supo hasta la mañana del dia 23. y quando quiso seguir la Retaguardia, hallò ocupados los passos, porque marchaban los Alemanes con tal orden, que solo hacian alto donde se podian fortificar, y defender, siendo esto facil en aquel terreno, por lo muy montuoso; y en el ultimo Regimiento de todo el Exercito marchaba el Duque, que reglò la retirada con la mayor prudencia, siendole mas gloriosa de lo que esperaba, aunque saliò tan defayrado de la empreffa. Creyeron los mas expertos fuesse mal premeditada, y haverse el Duque lifonjeado mucho de que no le quedaba poder à la Francia, sorprendida, para resistir à su Exercito: Fiò tambien algo de los Ugonetes; pero estos nada podian, y solo dos Regimientos bien apostados, los tuvieron à raya. Los que querian anublar la gloria de esta defensa al Mariscal de Tefsè, ponderaban, que podia embarazar al Duque el no salirse de Francia, y muchos añadian, que esto lo hizo por complacer à la Duquesa de Borgoña, de quien era Cavallerizo Mayor. Esta fue la malograda Expedicion de Tolón, que si se huviera perdido, huviera enteramente consternado la Francia.

Era contra la España toda esta guerra menos feròz, que la que en la misma España se hacia. Havia tomado el Duque de Ossuna à Moura en Portugál, è impuesto à ochocientos prisioneros la ley, de que no tomassen en seis meses las Armas. Se havia vanamente empleado mucho tiempo en el bloqueo de Olivenza, que havia yà puesto el Marquès de Bay, y aun ganado el Puente: puso en contribucion la Provincia; pero por falta de Almacenes no se pudo hacer el Sitio, y se convirtieron las Armas contra Ciudad-Rodrigo, porque era mas facil en los Terminos de Castilla tener los Viveres necesarios, que se mandaron conducir de la tierra circunvecina, y los Cañones de Badajòz, Zamora, y Salamanca. Formaronse Regimientos de Milicias Urbanas, à los quales se passò muestra el dia 15. de Septiembre en Peral; embistiose

la Plaza el dia 20. y Don Joseph de Armendariz se acampò contra Almeyda, para evitar fuesse por alla socorrida, como en efecto tomò una conducta de Viveres. A los 22. se ocuparon los Conventos de Santo Domingo, San Francisco, y Santa Clara; y à 24. el de la Santissima Trinidad, distante ochenta passos del camino encubierto, y se plantó una Bateria de doce Cañones. No havian podido los Sitiados retirar à Almeyda la Cavalleria, y les servia de embarazo. Intentò socorrer la Plaza el Presidio de San Felix; pero se opusieron los Sitiadores, à los quales socorrió con cantidad de Viveres Castilla, y el dia 30. llegó el Conde de Aguilár al Campo. A 4. de Octubre se diò el asalto general, y se disputò muy sangrientamente la entrada: vencieron al fin los Españoles, y recobraron á Ciudad-Rodrigo. Sirvieron en esta Expedicion Aventureros muchos de la primera Nobleza de Salamanca, y entre ellos estaba Don Joseph Enríquez, Conde de Ablitas. Luego pasó el Marqués de Bay à socorrer à Moura, que las Tropas Inglesas, y Portuguesas intentaban sitiar en vano. Cesò assi la Guerra en Estremadura, y se convirtió en correrias, porque de una, y otra parte entraban, con daño de los Pueblos, à robar ganados, y debastar la tierra.

Acciones de mayor relieve se hacian en los Reynos de Aragón, y Valencia, yà sujetos al Rey Phelipe, menos Denia, y Alicante: Quitáronseles los Fueros, y Privilegios concedidos por los Reynos de Aragón: desarmaronse los Pueblos, y gobernaba los de Valencia con tanta severidad el Cavallero de Asfelt, que parecia le faltaban arboles para ahorcar à quantos miseros transgredian sus Edictos: todos se trataban como Rebeldes; y como se publicaron en los dos Reynos las Pragmaticas de Castilla, y que una fuesse la Ley en toda la Monarquía, llevaban esto mas duramente, que morir, los Naturales de aquel País, acostumbrados à sus Fueros, que por grandes, los criaron insolentes. Ventilòse en el Consejo del Gavinete del Rey Catholico la question, de si convenia quitar con Decreto estos Privilegios, y Fueros; ò viniendo la ocasion, no observarlos, por no exasperar con esta Real deliberacion los animos de los Cathalanes, que se sacrificarian mil veces por sus Fueros. De esta ultima opinion fueron el Duque de Medina Sydonia, el de Montellano, y el

el Conde de Frigiliana; pero prevaleció la contraria, seguida de Amelot, Don Francisco Ronquillo, el Duque de Veraguas, y el de San Juan, y se formó, y publicó el Decreto con terminos, que quitaban toda esperanza al perdon. Esto tuvieron muchos Politicos por intempestivo, y perjudicial al Rey Phelipe, porque añadia el temor otra razon, à la pertinacia.

Marchò contra Denia el Cavallero de Asfelt, sitiòla quanto permitia el no ser dueño del Mar, por donde le venian al Castillo, y à la Ciudad los socorros de Barcelona: abrió con quatro Cañones una chica brecha: diò tres assaltos, y fue rechazado siempre, con perdida considerable: con mayor ignominia huyò, dexando en el Campo todos los preparativos, y el Cañon, porque le iban à sitiar en su linea las Tropas enemigas.

Determinado por el Duque de Orleans el Sitio de Lerida, bolvió de Francia el Duque de Bervich para asistirle; y porque con mayor cuidado se aplicasse à su servicio, le creò el Rey Catholico Duque de Zyria, y Grande de España en premio de la Victoria de Almanfa. Para este Sitio se hicieron los Almacenes en Fraga. Era Governador de Lerida el Principe Enrique de Armeftad, y la havia añadido algunas Fortificaciones: tenia dos mil Presidarios, con bastantes Municiones de Guerra, y Boca; y aunque el Pueblo no era mucho, tomò las armas con la misma obstinacion, que los demàs Cathalanes. El ultimo dia de Agosto marchò en tres columnas el Exercito del Rey Phelipe, guardadas de la Cavalleria: ocupò el Puente de Balaguer, pasó azia Belcayre, é Yvars, y llegando al Collado de Ferròs, acampò, poco distante de las Tropas del Rey Carlos: no faltò mucho para dar una batalla, si advertidos de los que batian la Campaña los Alemanes, no huvieran retrocedido. Por la derecha marchò el Duque de Orleans, para encontrarlos en Cervera, pero tomaron el camino de Ciudadilla, y no fuè possible seguirlos, por lo escabroso del País, y lo angosto de las sendas. Defengañados de no poder venir à batalla, ocuparon el Campo de Lerida los Franceses, y Españoles. Para distraherlos, baxò Gallobay hasta Tarragas; pero como era tan inferior en numero, no le diò aprensiòn al Duque de Orleans, y formò su linea de circunvalacion, cuyo extremo por la derecha miraba al Convento de San Francisco, y por la izquierda al Rio Segre, donde se echò un Puente azia Balaguér, y otro de no vulgar ar-

tificio junto à Lerida, era de madera, y estaba de tal forma compuesto, que en pocos momentos se podia deshacer. A 29. de Septiembre se empezó à abrir Trinchera, baxo el mando del Señor de Legál. A 3. de Octubre se perficionaron las paralelas, mandando el Señor de Davarè: distaban yá solo quarenta passos del Muro. La noche del dia 6. hizo la Guarnicion de la Plaza una vigorosa salida contra la izquierda azia el Rio: corrió voz de que havian ganado los Sitiados el Puente, y que le estaban quemando: acudiò alla la mayor fuerza de las Tropas, que casi descuidaban de la verdadera parte, donde acometieron los Cathalanes; pero todo se defendiò igualmente, y quedaron las Trincheras. Prosiguiòse à batir el Muro, que era una simple cortina sin Fosso, y la noche del dia 12. se diò el asalto. Defendieronse con fortissimo denuedo los Sitiados, mas cedieron à lo superior del numero, y fueron vencidos: alojaronse en la brecha los Españoles: despues de una hora fueron acometidos del Presidio; pero mantuvieron el puesto, se acabaron de fortificar, y pusieron Bateria contra lo interior de la Plaza, la qual desampararon aquella misma noche los Moradores, dexando solo Niños, Viejos, y Mugerres. El Presidio se retirò al Castillo, desde donde el Principe de Armetad implorò compassion para la Ciudad, y para aquella misera gente, à toda la qual (menos à las Monjas) se obligò à entrar en el Castillo, porque consumiesen mas presto los Viveres. A las Iglesias, y Monasterios se les diò Salvas-Guardias, y se pusieron Baterias contra el Castillo: al principio se prohibiò el saqueo; pero habiendo hecho la Guarnicion algunas salidas, como traydoramente, por los angulos de las calles, de que tenian practica, y muerto muchos Españoles, y Franceses, se mandò saquear la Ciudad. Divulgose, que venia Gallobay, y esto daba mas aliento à los Sitiados. El Duque de Orleans embiò toda la Cavalleria à guardar el Rio, y prosiguiò à batir el Castillo: aplicòse el Minador al Baluarte de San Andres, y el dia 25. se le diò fuego à la Mina; cayò el Bastion, y volaron los que le guardaban: alojaronse en sus ruinas los Franceses. Estaba yá mas estrechado el Castillo, y havia caido la principal Torre; pero con todo se defendia gloriosamente el Principe, y hacia frequentes salidas, levantando siempre dentro de la empalizada fortines de tierra, y fagina, y haciendo cortaduras.

El

El dia 29. se puso otra Bateria junto à la Puerta de Santa Elena: toda la esperanza de los Sitiados estaba en lo lluvioso de la estacion: que deshacia frequentemente las Trincheras, pero havia el Duque determinado à toda costa concluir la obra, y se daba quanta prisa era possible, porque se havia ya movido Gallobay, por ver si podia passar con Barcas el Segre, haviendose puesto entre el Cinca, y Noguera gran cantidad de Cathalanes que llamaban Miqueletes. Avisaba de su peligro con continuos coetes voladores el Castillo; pero no bastaba esto para entenderlo Gallobay, porque las Tropas, que havia adelantado para assegurar la marcha, havian sido auyentadas por Cereceda, que las acometiò de improvizo, y estaba en una de las Partidas Inglesas el mismo Gallobay, que havia venido à reconocer el Campo del Duque, por si podia con repentino asalto romperlo: pero viendo que era esto impossible, aplicò su cuidado à guardar à Tortosa. El dia 7. de Noviembre se resolviò hacer otra Mina por la derecha del Castillo, porque las Baterias hacian poco efecto contra el ultimo recinto de èl y tan alto, que las Piezas no estaban en su justa proporcion, y se caian de las Cureñas, aunque estaban aniazadas con unas cuñas, y elevadas todo lo possible. No se podian plantar para batir perfetamente en la brecha, por lo desigual, y escabroso del terreno, y assi, toda la obra estaba fiada al Minador, que felizmente se iba adelantando. El dia 10. se prendiò fuego en el Castillo à unos barriles de polvora, por negligencia, y cayò una cortina del Muro del principal Baluarte, y con ella muchas Piezas de Cañon. Arrimò gente el Duque, por si daba oportunidad al asalto este accidente; pero aun era preciso allanar mas la ruina. Entonces fuè herido de un fusilazo en una mano el Conde de Pinto, hermano del Duque de Offuna. El dia 11. estando yá perfecta la Mina, se mostrò la mecha encendida à los Sitiados, y se determinò al anochecer prenderla fuego, y que se siguiesse luego el asalto. Haviafe yá puesto el Sol, y à instancia de los suyos mandò hacer llamada el Principe Enrique, y pidiò capitulacion, la qual le negò el Duque de Orleans, si no entregaba juntamente con este el Castillo de la Guarda, que estaba situado en una eminencia, distancia de Lerida una milla, y havia menester nuevo Sitio. Tardò algunas horas à resolverse el Principe; pero al fin vino en ello, porque

Mm 2

en-

entre otras cosas, le faltaba el agua, que la sacaban los Soldados de un pozo muy profundo. Dexòse salir libre la Guarnicion à Barcelona, con todos los honores Militares, y se ganó enteramente à Lèrida, lo qual puso en no poca consternacion à Cathaluña.

En el Rhin, y la Mosa no hubo accion remarcable. Alternaba la dicha en algunos pequeños encuentros en Flandes entre el Exercito del Duque de Malburgh, y el del Duque de Vandoma, que se mantuvo gloriosamente sobre la defensiva, despues que se destacò de sus Tropas alguna parte para socorrer à Tolòn. Todo el arte fuè el modo de acampar: solicitabale à una Batalla el Inglès: retiròse aquel à Cambray; y èste, dexando à Nivella, se fuè à Soignes.

Mas util guerra hizo en Alemania el Mariscàl de Villars, aprovechandose de los grandes Destacamentos, que mandò hacer el Emperador para la Italia, y la Francia: Rompiò las lineas de Stolfen, y se internó tanto, que puso en contribucion la Suevia, la Franconia, el Ducado de Virtemberg, el Principado de Badèn Durlach, el de Armestad, el Palatinado inferior, Francfort, y hasta Maguncia. De estas contribuciones facò grandes sumas de dinero, que costearon la Campaña; y huviera passado adelante, si no se le opusiesen el Vicario General del Imperio, Duque de Hannover, los Prusianos, y Luneburgenses.

AÑO DE M.DCCVIII.

Despues de destrozada, y dividida en varias gentes la Monarquia de España, aun la faltaba en el Meditarraneo, y la Italia, que perder: estas eran las dos Islas de Sicilia, y Cerdeña. Governaba la primera el Marqués de los Balbafes, aunque las Armas corrian por cuenta de Don Francisco Pio de Moura, Principe de San Gregorio, su Yerno. No dexò de haver en ella alguna conjura, que fuè apagada à tiempo con el suplicio de quatro Capitanes Españoles: era la trama entre gente baxa, y de ninguna autoridad, y la descubrie-

ron

ron facilmente los Ministros de Roma, porque eran las inteligencias con los que alli tenian los Austriacos: vino al castigo sin recelo, y se aquietò el Reyno; bien, que por la sedicion passada del Pueblo de Palermo contra los Franceses, passò à Mecina su residencia el Marqués de los Balbafes. No dexaba de padecer su oculto incendio Cerdeña, donde era à este tiempo Virrey Don Pedro de Portugal, y Colon, Marqués de Jamayca, hombre sumamente avisado, ingenioso, astuto, è inteligente, inclinado al negocio, y à atesorar riquezas. No havia muchos meses, que havia sucedido al Marqués de Valero, y comprehendiò luego, no solo los genios de los Sardos, sino tambien sus particulares inclinaciones. Esto decimos contra los que creen haya sido engañado del Marqués de Villazòr, y del Conde de Monte-Santo, de los quales entendiò el desafecto, pero no podia mas, ni juzgó, podia sacar la cara contra ellos sin Tropas, que no las havia en el Reyno, y por esso las pidió reiteradamente de la Francia, y de España; pero Amelot despreciò, no el Riesgo, sino el Reyno, porque decia, importaba muy poco à la Monarquia, y que servia mas de gasto, que de util, si se havia de presidar. Esto lo contradecian en el Consejo del Gavinete del Rey Catholico los Ministros Españoles; pero como no havia mas Tropas que embiar, si no las daba la Francia, era arbitro de esta resolucion Amelot, y ofreció à Jamayca, admitiria el Rey sus disculpas, quando, por falta de Tropas, perdièse aquel Reyno, porque previendo el peligro à que estava expuesto, protestaba, no poderle sin ellas defender. Pareciòle, que con sus mañas, y artes le conservaria à lo menos el tiempo de su gobierno; y assi procurò atraer à sí al Conde de Monte-Santo, y confiarle; pero à este, en el arte de fingir, y dissimular, no le excedia Jamayca, y se mantenía en ambos Partidos con tal artificio, que correspondió la fuerte al deseo. Havia muchas veces entregado al Marqués de Valero, y aun à Jamayca cartas, que su hermano el Conde de Cifuentes le escrivia, solicitandole à la Conjura; pero no las mostraba todas, y reservò las mas importantes: sacrificò algunos Emisarios, protegiò à otros, y assi era tenido en Paris, y Madrid por leal, en Barcelona por Austriaco: sabia quales eran de su partido, y no se fiaba de ellos hasta la ocasion, porque à muchos adheridos à

su

su casa los tenia por seguros: guardabala mucho de los que conocia afecto al Rey Phelipe; y aunque en ellos havia hombres de mucha autoridad, la minoraba con Jamayca, à quien queria persuadir, que la de su casa era la mayor, y la que solo podia defender el Reyno, que yà veia se havia de perder; porque lo mas de la Nobleza era indiferente, y no havia Tropas, que contuviessen el temor de los Pueblos al primer amago de guerra, no acostumbrados por espacio de quatrocientos años à ella.

Havia hecho un Proyecto para ganar la Cerdeña el Conde de Cifuentes, exponiendo las utilidades, que de esto resultarian, por su situacion, su fertilidad, y Puertos: fue aprobado en Viena, y Barcelona, y no desaprobado en Londres, como no se diessen Tropas de desembarco, ni tuviesse larga demora la Armada. Mientras esta venia al Mediterraneo, mandò el Rey Carlos à Cifuentes, cultivasse en aquel Reyno las inteligencias; porque se gloriaba de tener muchas; y que no le faltaria su hermano el Conde de Monte-Santo. Adonde echò la primera centella fuè à la Gallura: embiò algunos Frayles Sardos por Emisarios, que se hallaban en Barcelona, y les entregò varias cartas. Despues passaron con cinquenta hombres à Corcega Don Gaspar Mogica, y otro Borrás Calaritano. Estos echaron las primeras raices de la rebellion en Tempio, Villa Capital de la Garulla, la mas fuerte Provincia de todo el Reyno, y de gente armigera, parte del Marquesado de Orani, que posee el Duque de Híjar. Algunos Cavalleros, y hombres principales de aquel Lugar se hicieron Autores de la Rebellion, y se quedò de acuerdo en aclamar en aquella Provincia al Rey Carlos el dia 20. de Enero, despues de sorprehendida la Torre de Longonsardo, y ocupado Castillo Aragonés, que ofrecia entregarle un hombre llamado Lucas Manconi, al qual la falta de medios le hacia discurrir en estos desvarios.

Por uno de los mismos conjurados, que fuè Don Estevan Serafino, supo el Marquès de Jamayca todo el negocio, y embiò, para apagar este pequeño fuego, al Conde de Monte-Santo, que no lo ignoraba; porque Lucas Manconi le embiò con su hijo unas cartas del Conde de Cifuentes, que no las mostrò à Jamayca, como otras de menor importancia. Fuè el Con-

de

de à la Gallura con despacho de Alternos del Virrey, y no dexò de causar admiracion el que se fiasse este grave negocio à un hombre claramente desafecto al Rey Catholico; pero Jamayca entendiò ganarle haciendo confianza de el, y lo errò; porque hecho dueño de la materia el Conde, detuvo en el Reyno à los Rebeldes, los hizo presentar judicialmente ante el Virrey, con palabra de no ser molestados, y se les diò por arresto la Ciudad de Callèr. Los que no quisieron fiarse del Conde, huyeron à Barcelona, y se vengò en ellos, assolandoles las casas, y confiscando sus bienes, mas en pena de no someterse, que del delito. Con esto diò apariencias de castigarles, y se fofegò la Gallura, sobrefanada la llaga; porque conservados los Rebeldes, desirieron para mejor ocasion el ponerse en Campaña, y quando lo juzgaron à proposito, bolvieron, huyendo de Callèr, aunque estaban sobre su palabra. Entoces, de orden del Rey se embiò por Vicario General del Virrey à la Gallura al Governador de los Cavos de Callèr Don Vicente Bacallàr, que trayendo à su devocion la Provincia, obligò à los Rebeldes à retirarse à Corcega, y los que quedaron, no podian ser de consecuencia alguna, ni daban cuydado. Toda esta Rebellion no bastaba à perder el Reyno; porque para esso era preciso rendir à Callèr: y aunque à estos Rebeldes no les faltaban Protectores en muchas Ciudades, la Capital daba la ley, y esta dista de la Gallura cinquenta leguas; ni podian atreverse à ella los Gallureses, por ser los mas gente pobre, y de ninguna autoridad en aquel Reyno.

Formando D. Vicente Bacallàr el processo contra los Reos, descubriò los fondos de la Rebellion de Tempio, y hallò sus raices en Callèr; y por esso escriviò al Virrey: „ Que importaba mucho sacar luego del Reyno, y embiar à Francia al „ Marquès de Villazòr, al Conde de Monte Santo, à Don „ Antonio Genovès, Marquès de la Guardia, à Don Miguel „ de Cerbellòn, Marquès de Conquistas, y à Don Gaspar „ Carnicér, Maestre Racional del Real Patrimonio, porque „ no hallasse la Armada enemiga los Parciales, en que fiaba, „ que aunque quedaban otros, eran de menor autoridad, y „ se amedrantarian: Que Don Vicente, al mismo tiempo, cogidos de repente, y à la misma hora, sacaria en los Barcos „ mas promptos algunos Cavalleros de Sasser, Alguèr, Gas-

„tillo Aragonès, y Tempio, y que assi purgado el Reyno
 „de los parciales Austriacos estaba seguro, si no traía la Ar-
 „mada mucha gente de desembarco. Al Marqués de Jamay-
 „ca le faltò brio para executar esto, ò le pareció se perderia
 el Reyno mas presto, y assi se descuidó del todo; y viendo,
 que no se le embiaban de España Tropas, determinò entre-
 gar à Callèr à la primera vista, que diessen los Enemigos, y
 capitular su libertad. Estas reflexiones le hicieron adherir
 mas al Conde de Monte-Santo, y escribió al Rey tan à su fa-
 vor, que le hizo Grande de España à su suegro el Marqués
 de Villazòr, que era lo que tanto deseaba. Ni esta honra le
 hizo agradecido, ni por ella recordò el Conde, porque la
 misma le ofreció el Rey Carlos, si con su autoridad promo-
 via sus intereses, entregandose aquel Reyno.

En este estado pareció en sus Costas à nueve de Agosto
 la Armada enemiga, mandada por el Almirante Lake; traía
 quarenta Navas de Guerra, y dos Valandras; pero sin mas gen-
 te de desembarco, que un Regimiento, que llamaban de Cla-
 riana, nuevamente formado en Barcelona. Venia destinado
 por Virrey el Conde de Cifuentes, y tenia Lake orden de ten-
 tar la rendicion de Callèr solo desde el Mar, sin permitir mas
 desembarco, que del referido Regimiento; y que si no salian
 verdaderos los ofrecimientos del Conde de Cifuentes, bom-
 beasse la Ciudad por todas partes, y se restituyesse à Barce-
 lona, embiando con un Navio presos al Final à Cifuentes, à
 Don Francisco Paz, y à Don Juan Valentin, Autores de la
 meditada Rebelión en la Gallura, que venian con él. Estos
 ofrecieron, que baxarian sus Parciales con dos mil hombres
 de Armas, à facilitar el desembarco de las Tropas en Callèr,
 y assi lo avisó al Governador de los Cabos de Callèr el Virrey,
 quando le dió noticia de haver parecido la Armada. Este, lue-
 go dispuso su gente de forma, que no solo los Rebeldes de la
 Montaña no podian salir de la Provincia, pero, ni aún de un
 Monte, que llaman Limbara, adonde se havian refugiado;
 y asseguró à Jamayca: „Que no serian de consecuencia
 „alguna para Callèr, añadiendo: Que aunque esta Ciudad
 „se perdiessse, se passase el Virrey con los Nobles, que le
 „querian seguir, à Sasser, que sin duda se mantendria el
 „Reyno; porque havia embiado al Castillo Aragonès un
 „hom-

„ hombre de su satisfaccion, llamado Don Joseph Deo; y so-
 „bre Alguèr vigilaba. Don Miguèl Ruiz, hombre leal, y ene-
 „migo del Governador Don Alonso Bernardo de Cespedes, à
 „quien disponia prender, porque no ignoraba su intencion.

A 12. de Agosto se vió la Armada en la Bahía de Callèr,
 entre los Promontorios de Carbonara, y Pula, que forcejaba
 para acercarse al Puerto, aún con viento contrario: llenòse
 de confusion la Ciudad, y nadie meditò la defensa. Era Co-
 missario General de la Artilleria el Conde Mariani, Milanès:
 iba este à cumplir con su obligacion, y buscando en los Ba-
 luartes los Artilleros, no halló à ninguno; porque como estos
 dependian del Maestro de la Casa de la Moneda, que era Don
 Gaspar Carnicèr, y los mas tenian officio en ella, estaban yà
 prevenidos de como se havian de contener en la ocasion; à
 otros los tenia corrompidos el Marqués de la Guardia, y el
 de Monte-Santo, por medio de algunos allegados à su casa, y
 assi se vieron despoblados los Baluartes, aún quando yà las
 Navas enemigas estaban baxo del tiro de Cañon. Esto con-
 ternò mas al Virrey, y descubrió claramente la Conjura. Acu-
 dieron à su Palacio los Nobles de mas autoridad, y entre ellos
 el Marqués de Villazòr, el Conde de Monte-Santo, el Mar-
 quès de la Guardia, Don Domingo Branchifort, Conde de San
 Antonio, Siciliano, y otros muchos, que mas le iban à per-
 suadir la rendicion de la Plaza, viendo impossible la defensa,
 que asistirle à ella, à la qual se ofrecieron prompts, y con
 sincero animo Don Felix Masotes, Conde de Montalvo, y su
 Primogénito Don Joseph, D. Dalmao Sanjust, Conde de San
 Lorenzo, y sus hijos, D. Francisco Manca, Conde de San Jor-
 ge, y D. Felix Nin, Conde del Castillo. Este, mas vigoroso, que
 otro alguno, estrechaba al Virrey, à que mandasse lo que se
 havia de executar; pero no siendo Jamayca hombre de Guer-
 ra, se embarzò en las ordenes; y yà no le obedecian los po-
 cos Soldados de quatro Compañias de Infanteria, que havia
 en Callèr. Dos Capitanes, que fueron D. Andrés Alberto, Es-
 pañol, y Don Antonio Pereyra, Portuguès, adhirieron secre-
 tamente à los Conjurados, y alentaban el tumulto, para que
 se abriessen las puertas, ayudados del Sargento Mayor de la
 Plaza D. Antonio Diaz, Portuguès. Dióse orden, para que vi-
 nieffe la Cavalleria del País, y la revocò el Conde de Monte-

Santo, que era General de ella, y à este obedecieron, porque yà velan que prevalecia su autoridad, y su desseo.

El Almirante Inglés embió una Lancha con Cartas para el Virrey, y Magistrado de la Ciudad: su contexto era breve, è injurioso à la Francia: pedia con amenazas la rendicion de Callèr, cuyos Privilegios, concedido hasta el tiempo del Rey Carlos II. confirmaria Carlos III. El Magistrado embió su Carta à Jamayca, diciendo se conformaria con su dictamen, ofreciendose à la defensa; pero yà aquel consultaba el modo de la rendicion con el Conde de Monte-Santo, el Arzobispo de Callèr D. Bernardo Carriñena, y el Conde de San Antonio. No havia sido declarado Austriaco el Arzobispo; pero no se havia descuidado en dár à entender à los Austriacos su genial afecto al Rey Carlos: era su animo verdaderamente indiferente, y solo aspiraba à que le dexassen gozar de su Mitra quieto, y assi vivia con todos. El Virrey, solo pretendia, que le dexassen ir con su equipage libre à España; y lo demàs, que miraba à la utilidad de la Ciudad, dixo, que pertenecia al Magistrado; y añadiò, que se debia dár libertad à qualquiera, que se quisiessse salir del Reyno. Assi lo significò en voz al Conde de Monte Santo, al qual le diò autoridad para que tratasse con los Enemigos, y sacasse estas condiciones. No se descuidò este; y para vender caro el servicio al Rey Carlos, no expuso al Almirante Inglés tan liano el ajuste; porque Jamayca havia tomado un dia de plazo para responder, y Monte-Santo callaba los Poderes, que tenia de este para capitular; y porque pareciessse mas dificil, aconsejó, que sin aguardar respuesta del Virrey, se bombeasse aquella noche la Plaza. Otros dixeron, que este dictamen de él havia salido de una Junta, que se tuvo en casa del Arzobispo, donde asistiò Francisco Esgrèchio, Cabeza del Magistrado, Don Gaspar Carnicèr, y el Conde de San Antonio: expediente tomado, para no quedar tan desayrada la Ciudad, rindiendose sin hostilidad alguna. Dieron estos el modo de desembarco en la falda de San Elias, y ofrecieron, que los del Arrabal, que llaman de la Marina, abririan la Puerta de Villanueva, para que la ocupassen luego las nuevas Tropas, con lo qual se impossibilitaba à Callèr la defensa de la Ciudad. Esta solo pedia confirmacion de sus Privilegios, y libertad por seis meses à los que se quisiessen salir del Reyno,

su-

sujetandose à la confiscacion de sus bienes, si passaban à los Dominios del Rey Phelipe. Esto se embió à decir al Almirante Lake con D. Geronimo Sanjust, que fue luego à bordo de la Nave Comandante, y el elegido, por su intima adhesion à la Casa de Villazor; con el qual, sin riesgo de ser descubierto, embió à decir el Conde de Monte-Santo à su hermano el de Cifuentes lo que entonces se le ofrecia, porque era tal su arte, que hasta en los extremos queria parecer leal. Creia el Pueblo, que estaba yà ajustada la rendicion, y dormia seguro, quando despertò despavorido à quatro horas de noche, al ruido, y estrago de algunas Granadas Reales, que mandò disparar Lake. Turbòse confusa la Ciudad, que no estaba acostumbrada à semejantes riesgos, y por la Puerta que llaman de Buen Camino saliò en tropel, abandonando sus casas la Nobleza. Todos dexaron al Virrey, menos D. Joseph Masones, y el Conde del Castillo, aun haviendose retirado aquel fuera del recinto, al que llaman Baluarte del Viento. Desembarcò el Regimiento de Clariana en el lugar prefinido; abrióse la Puerta de Villanueva, y otros Sediciosos abrieron la del Muelle, y entregaron el Fortin que le guarda.

Sucedìo esto antes que amaneciessse el dia 13. de Agosto. No havia aun capitulado el Virrey en forma; y yà tenia perdida la Ciudad, y el Castillo, porque los Soldados que guardaban las puertas del ultimo recinto, las abrieron, y diò su palabra Lake de que se cumpliria lo ofrecido, aunque no se havian hecho Capitulaciones. Despues arrestaron à Jamayca en su proprio Palacio, porque corriò voz de que salia por el camino de Aritzó à encontrarse con el Governador de Callèr, como se lo persuadia eficazmente el Conde del Castillo, entregandole las Cartas del dicho Governador. Pareciòle à Jamayca, que no se podria mantener en parte alguna sin Tropas, y se entregó à Lake, que con un Navio de Guerra le embió à Alicante. Lo proprio hizo de los que salieron, que fueron pocos, y solo se reducian al Conde del Castillo, D. Joseph Masones, y dos Capitanes de Infanteria. De los Ministros Togados solamente saliò Don Juan Antonio de Navas, Español: los demàs (aunque muchos de mala gana) exercieron sus empleos baxo la orden del Conde de Cifuentes, que jurò luego el de Virrey, y se explicaron con los premios los mas desleales al Rey Phelipe.

Nn 2

pe,

pe, porque luego se hizo Grande al Marqués de Villazór: al Marqués de la Guardia se eligió por Governador de los Cabos de Callèr, y Gallura: se confirmó por Procurador Real al de las Conquistas: à Don Gaspar Carnicèr se le dió la Plaza de Consejero de Aragón; y se crearon Titulos à D. Francisco Pez, y à D. Juan Valentin. Despachò Cifuentes Cartas circulares à todo el Reyno, y se le rindió sin resistencia. Entregò la Plaza de Alguèr su Governador Don Alonso Bernardo; y porque se resistian Don Miguèl, y Don Antonio Ruiz, fueron presos, y se embiaron cargados de cadenas à Callèr. Se sublevò Castillo Aragonès, y fuè obligado à salir de la Plaza el que havia puestò en ella el Governador Don Vicente Bacallar, que habiendo tenido esta noticia, y que estaba yà todo el Reyno à la obediencia del Rey Carlos, excepto la tierra que pisaba, se salió de la Gallura, y embarcandose secretamente en Puerto-Torres, se pasó à Bonifacio, y luego à Madrid, donde fue creado Marqués de San Phelipe, en premio de su fidelidad. Por la misma razon fuè tambien honrado con el empleo de Gentilhombre de Camara el Conde del Castillo; y à Don Joseph Mafones se le confirió el Titulo de Marqués de Isla Rosa. Tan facilmente, y sin hostilidad alguna se perdió el Reyno de Cerdeña con dos Cartas del Almirante Lake, que solamente cerrar las puertas de Callèr estaba defendido; pero como no havia Tropas, pudo el Pueblo assentir à las sùgestiones de los que para particulares fines, à estímulos de su ambicion, deseaban mudar dominio.

Pasò despues la Armada, dexando en Callèr el Regimiento de Clariana, à las Costas de Sicilia, por si vencia con la misma facilidad. Tocò aprisa el desengaño, del que resultò no poca gloria al Marqués de los Balvases, y al Principe de San Gregorio. Tomò Lake el rumbo de España, y de passo intentò ganar à Menorca, y el Castillo de San Phelipe, que guardaba à Puerto Mahòn, uno de los mas espaciosos, y seguros del Mediterraneo: era su Governador Don Diego Davila, que succediò à Don Geronimo de Nueros, de quien injustamente desconfiaron Don Francisco Ronquillo, y el Marqués de Gourmay Amelot, y fue llamado á la Corte. Havia de Presidio quinientos Franceses, y doscientos Españoles: no trala gente de desembarco la Armada, pero se ar-

ma-

maron dos mil Marineros, y baxaron por tierra à la Isla: ocuparon à Ciudadela, y passaron al Castillo: fingieron de abrir Trinchera, y mandando desembarcar quanta gente era possible, hasta los Timoneros, creyò el temor de los que dentro estaban, que los sitiaba un Exercito, y sin mas hostilidad que su aprehension, instaron al Governador los Franceses, que hiciesse llamada: assintió torpemente Davila, entregò el Castillo, y pasó la Guarnicion à Cartagena: el Coronel Francès fuè degradado, y reformado el Regimiento. Davila fuè preso, y acusado de haverse sin razon rendido: conociò su error, y desesperado, arrojandose por un balcon de la Torre, en que estaba, se hizo pedazos, vengando en sí mismo su culpa. Los Ingleses, ni por reiteradas instancias del Rey Carlos dexaron esta pequeña Isla, y su Puerto, necesario para su Comercio del Mediterraneo, y de Levante. El Emperador pasó la queja à Londres; pero no fuè escuchado, porque se fundaba la respuesta en los mismos pactos de la Liga, que los Puertos quedarian en sequestro à los Ingleses, que yà empeñados en no soltar à Mahòn, no confestaron mas sobre la demanda, y assi se vieron en dos pequeñas Islas dos Dueños, importandola no poco à la Reyna Ana dar algunas señas de utilidad à su Reyno, cansado de insoportables gastos, que por superiores à las rentas, se impuso nuevo tributo sobre las mercaderias de Indias, y los Campos de Labranza. Con esto pudo el Parlamento conceder para la Guerra de Cathaluña, y Portugal el subsidio de un millón, y ciento y cinquenta mil libras esterlinas: poco menos se daban à los Principes de Alemania, y quinientas mil al Duque de Saboya: sin las expensas continuas de dentro del Reyno, para Armamentos de Mar, y Tierra, que igualaban à las sobredichas sumas, tomadas à daño de las Compañias, y Bancos de los Tratantes. Este esfuerzo era preciso, por no desfistir del Empeño, y restaurar el Exercito de Cathaluña, que estaba, desde la Batalla de Almanza, destruido. De ella se hizo cargo en Londres à Gallobay; y aunque se escusaba con la orden del Marqués de las Minas, que era el General, y à quien havia dado el Rey Carlos el mando del Exercito, no pudo por entonces ajustar bien con la Reyna sus dependencias, aunque no cayó de la gracia. Fuè nombrado para

sobf.

sobstituirle Diego de Stanop , à quien se le diò tambien el caracter de Embiado de la Reyna al Rey Carlos. Levantaronse para Cathaluña quatro Regimientos en Escocia , y se tomaron del Palatino siete mil hombres: otros cinco mil de los Principes de Germania , y algunos Italianos. Los del contrario Partido à la Corte llevaban mal estos gastos , quando estaba la Inglaterra amenazada de invasion , porque el Rey Jacobo III. (llamado el Cavallero de San Jorge , ò como los Ingleses decian , el Pretendiente) havia pasado à Dunquerque , donde , baxo el mando del Gefe de Esquadra el Señor de Forubin , se prevenian veinte y seis Naves de Linea , y otras diez Fragatas , con muchos Fusiles , Pertrechos , y Municiones , y siete mil hombres Veteranos , cuyo Comendante era el Señor de Gazè. Era la idéa hacer en Escocia un desembarco , adonde llamaban con instancia al Rey Jacobo , y para esto havian venido à Paris dos de los primeros Magnates de aquel Reyno.

Antes que en Inglaterra , penetraron esta Expedicion en Olanda , y para socorrer à sus Aliados previnieron Naves , y pusieron Tropas en Milbrough , porque se divulgò la voz de que queria el Francés atacar la Zelandia , y temian ser engañados con la verdad. La Reyna , toda aplicada à su seguridad , mandó , que no saliesfen Tropas del Reyno : embió muchos Regimientos à Escocia , y puso en ella tantos Ingleses , que le pareció estar segura. Ordenò à el Almirante Jorge Bingsh , que invigilasse con una Esquadra de veinte y cinco Naves sobre las Costas de Dunquerque ; y dispuso tantos Navichuelos de aviso en el Canàl , que no passaba dia sin noticia. Todas las Naves se previnieron en los Puertos , y se trabajaba de noche con teas encendidas : se aplicò al fin el cuidado à proporcion del peligro , que se creía grande , porque Jacobo tenia Parciales aun en Inglaterra , y los Escoceses estaban de acuerdo con la Irlanda. Quando el Rey estaba para embarcarse en Dunquerque , enfermò de viruelas ; no era la calentura muy ardiente , y queria partir con ellas ; pero se lo prohibió el Rey de Francia. Insto otra vez , dando por razon , que se prevenian cada dia mas los Ingleses , y que yà se havia visto en las Costas de Francia el Almirante Bingsh : al fin partiò el dia 17. de Marzo , sin embarzarlo la Ar-

ma-

mada enemiga , que se havia retirado con arte al Puerto de Brilla , y luego se puso à la vela para seguir à Fourbin , que le precedia el solo termino de quince horas. Tomò el rumbo de la Escocia , no ignorando era contra ella la Expedicion , porque yà se decia , que Milord Abelli havia ofrecido à Jacobo diez mil hombres de Armas. Mudòsele el viento à la Armada Francesa junto à Escocia , que no dexò acercar las Naves ; quando yà Bingsh le havia tenido en el Canàl favorable , y havia dexado por un lado los Franceses , à los quales no quiso atacar , hasta que tomasse bien el Barlovento. El tiempo era favorable à Fourbin para ir à Irlanda , como lo instaba Jacobo ; pero lo contradecia la orden del Rey Christianissimo , porque en las instrucciones solo se le mandaba ir à Escocia , y no pudiendo lograr este desembarco , bolver à Francia la Persona del Rey , porque con sola ella hacia guerra à los Ingleses , teniendolos en continuo movimiento , con innumerables gastos. Tenia Fourbin viento en popa para bolver à Dunquerque , y assi diò al ayre todas las velas : lo proprio hizo Bingsh , siguiendole , y alcanzò algunas Naves de la Retaguardia à tiro de Cañon ; pero la noche separò una , y otra Armada , y la de Francia tomò sus Puertos , restituyendo al Rey à su antiguo hospedage , tan dolorido , que le vieron llorosos los ojos muchas veces. Esta malograda Expedicion avigorò el animo de la Reyna Ana para la Guerra ; y aunque dentro de su Reyno no la faltaban cuidados , los mas defaectos se mostraron mas leales , viendo no havia podido el Rey desembarcar , y con el castigo de pocos , se sometieron los Escoceses , que se havian retirado à las Montañas.

Desde 19. de Abril del año passado havia conducido de Wolfemburél à Bamberg el Conde de Poar à la Princesa Isabel Christina de Brunsvich , destinada para Esposa del Rey Carlos , donde , en manos del Arzobispo de Moguncia , abjurada la Secta Protestante , abrazò la Religion Catholica Romana : passò à Viena , y fué hospedada en casa del Emperador , hasta que bien educada en el Sagrado Rito , pudiesse ir à Barcelona , adonde havian dudado embiarle , por los felices progressos de las Armas del Rey Phelipe , y no exponerla à las contingencias de la Guerra.

El Rey Carlos , impaciente , y enamorado , con razon ,
de

de su Esposa, por ser una de las mas célebres hermosuras de su tiempo, aunque solo havia visto su Retrato, embió por ella con las mayores instancias. Haviafe determinado, que partiese el dia 9. de Marzo; pero como tambien havia de passar à Lisboa la Archiduquesa Maria Ana de Austria, hermana del Emperador, y Muger yá del Rey Don Juan de Portugal querian embiarlas juntas; pero se reparó luego, que los Principes Italianos no tendrian dificultad en tratar à la Archiduquesa, como Reyna; pero si à la muger de Carlos, porque este no estava todavia reconocido por Rey en Italia, sino solamente por el Duque de Saboya, y para embarcarse era preciso passar por los Estados de Venecia, y Genova; y assi, para evitar este desayre à la Princesa Isabel, se mudò de idea.

El dia 23. de Abril se desposò por Poderes del Rey Carlos con el Emperador: fué el Ministro el Cardenal de Saxo-zeith, que le diò à la nueva Reyna el Sacramento de la Confirmacion; y el dia 26. del mismo mes partiò para el Tiròl, servida de Lothario Carlos, Obispo de Osnabruch: el dia 15. de Mayo llegò à Trento, passò à Brescia incognita, porque no haviendo los Venecianos querido tratarla como Reyna, rehusò todo obsequio. Por Milán passò à San Pedro de Arenas, Arrabal de Genova, y tampoco fuè tratada como deseaba, ni admitiò las Galeras de la Republica, que la ofrecieron, el dia 13. de Julio partiò en la Armada Inglesa, que mandaba el Almirante Lake, y à 2. de Agosto llegò à Barcelona, adonde fuè recibida con las mayores demonstraciones de júbilo por el Rey su Esposo, nuevamente enamorado de su belleza, y de las altas calidades de modestia, prudencia, y virtudes morales, que la servian de adorno, haviendo tan de veras abrazado la piedad de la Religion Catholica, que parecia, que havia sido educada desde su infancia en ella.

No pudiendo yá sufrir mas el largo Sitio la Plaza de Orán, y faltandole Viveres, y Municiones, se rindiò à los Africanos; pero la lexania hizo despreciar esta pérdida, aunque era mayor de lo que los Franceses ponderaban en la Corte del Rey Phelipe, donde vivia de asiento la discordia, y ayudaba à que echasse estas raices el Duque de Orleans, declarado enemigo de la Princesa Ursini, à la qual queria de nuevo echar del Palacio; pero como no la podia apartar de la

Rey.

Reyna, eran inútiles sus esfuerzos, aunque se havia conjurado con los del contrario partido à la Princesa, que no eran pocos. Su madre la Palatina lo solicitaba en París, por medio de la Señora de Maintenon, y del Delphin, que cansado de oír tantas quejas de los Españoles, assentia al dictamen del Duque. El Rey de Francia no se resolvió à embiarla à llamar, por no disgustar à la Reyna, dando credito à las cartas de Amelot, favorables à la Princesa con quien se havia estrechamente coligado, para resistir al poder del Duque de Orleans, que con tener las Armas en las manos, era casi demasiado, y pretendia reglarlo todo à su arbitrio, aunque el Rey no le dexaba tratar mas que en cosas de Guerra. Esta la queria hacer à su modo el Duque, y lo repugnaba Amelot, de quien, y de la Princesa dependian las assistencias para el Exercito, sin las quales, todas las ideas eran inútiles. Esta discordia huviera acabado con la España, si no la huviesse preservado una oculta providencia, porque parece que tiraban todos à su ruina. Havia traído à sí el Duque muchos Magnates Españoles, como eran el Duque de Montalto, y el de Montellano, el Marqués de Mancera, y otros, adversos à la Princesa. No querian estos mas que el bien del Rey: pero el Duque le posponia à sus particulares fines, como los mas de los mortales, que se sirven à sí mismos, gloriandose de que sirven al Rey. Esta es una infelicidad de los mas de los Principes, con no pequeña injuria de los Vassallos.

El Reyno de Valencia le governaba el Cavallero de Asfelt. Haviafe buuelto à Francia el Duque de Bervich, que havia sido llamado para el Exercito del Delphinado, y quedò arbitro de la Guerra el de Orleans, que havia procurado apartassen à Bervich, porque le daba alguna sujecion su dictamen, y su presencia. No lexos de Fraga, en Torrente, se juntò el Exercito, y parte de él se destacò con el Conde de Estain azia Castellón de Farfana, para juntarse con el Duque de Noailles, que tenia intencion de poner su Campo en Urgel. El Señor de Mombasar ocupò las Montañas, y los Regimientos de Asturias, y Pamplona à Benavarre, por ser dueños del Puente, y del Valle de Venasque. Para mandar su Exercito havia el Rey Carlos llamado al Conde Guido Starembergh, porque era solo entonces Stanop el Gefe de las Tro-

Tomo I.

Oo

pas

pas de Cataluña, habiendo muerto el Conde de Noyelles, no sin alguna sospecha de veneno, teniendola el Rey Carlos de que estaba el Conde corrompido del oro de los Franceses.

Los Alemanes cortaron la llanura de Tarragona con una bien fortificada linea; y aunque estaba tan adelantado el tiempo, y ya en Campaña las Tropas del Rey Phelipe, desde 10. de Mayo, no parecia el Exercito Austriaco, aún habiendose divulgado la voz de que el Duque de Orleans pensaba sitiar à Tortosa, y echando un Puente en Flix, passar el Ebro; pero se lo impidió lo poco firme del terreno, por lo mas pantanoso, y se hizo un Puente de Barcas en Mora: pusieronse doce Batallones de la otra parte del Rio, y se mando venir à Asfelt de Valencia con sus Tropas, y el Destacamento del Conde de Arenes. A 27. de Mayo llegó à Barcelona Starembergh, y se acampò en Montblanch: el Duque de Orleans se adelantò à Genestàr, y el de Noalles al Tèr: no pudo ocupar el Puente, porque le defendia el Principe Enrique de Armeftad. No traxo la Armada de Lake gente de desembarco, porque la havia menester la Reyna Ana para guardar su Casa; y assi solo tenia el Rey Carlos diez mil hombres, estando por la frente acometido de los Españoles, y por un lado de los Franceses, azia Girona.

De Gineftàr se destacó à D. Francisco Caetano con ochocientos Cavallos, y dos mil Infantes, para ocupar à Falfet, que le presidiaban novecientos Alemanes con quinientos Cavallos. Salieron estos del Castillo para oponerse: travòse una pequeña Batalla, y luego huyó sin jugar Armas la Cavalleria Austriaca: la Infanteria pelò valerosamente una hora; pero al fin fuè de los Españoles vencida: la mayor parte quedò prisionera, y ocuparon los Vencedores à Falfet. En esta accion se distinguieron Don Manuel Sello, el Conde de Gimes, Cereceda, los Marqueses de Lambert, y Sandricurt. Se embió à reconocer à Tortosa à Don Joseph Vallejo, que lo executò puntualmente, y bolvió con gran cantidad de ganado, que quitò à los Enemigos. La mayor dificultad que tenia Tortosa, era llegar à ella, por lo angosto de los passos, donde no tenia refugio el vencido. Haviate de subir Artilleria por collados asperissimos, Municiones, y Viveres, para tiempo indeterminado, porque estaba bien fortificada la Plaza, y pre-

ve.

venida à sufrir el Sitio desde la Batalla de Almanfa. Diez mil Cathalanes guardaban los passos, gente à proposito para esto, acostumbrada à las Selvas, y à andar descalzos, ò con alpargatas por los riscos. Estas dificultades no amedrentaron al Duque de Orleans, aunque el Exercito desaprobaba la empresa. En 10. de Junio marchò la mayor parte de las Tropas azia Bitem con el Señor de Davera, otra con el Señor de Giofreville, mas allà de Tortosa, passando el Ebro, para que quedasse bloqueada. Un Destacamento, como formando con Giofreville una paralela (dexando el Rio à la derecha) se acercò à la Plaza, y echò un Puente. Opusieronse los Cathalanes à estas marchas; pero fuè en vano, porque ni sabian disputar los passos, ni se formaban: daban en pequeñas divididas partidas una descarga, y huian: cien Granaderos hacian boiver la espalda à un millar de ellos. El Duque de Orleans siguiò con lo restante de la gente, y à 12. de Junio ya tenia el Exercito estendida la derecha al camino, que vâ à Tarragona, la izquierda se dilatò hasta el Puente; y por donde la Ciudad està como defendida del Bosque, se alojaron sin dificultad los Españoles, cuya Cavalleria corria hasta el Mar, por quitar à la Plaza los focorros, que querian introducir diez Naves Inglesas.

Starembergh estaba con su Exercito en la llanura de Tarragona; havia en él gran numero de Cathalanes, que los llamaban Caravineros de Campaña, y solo servian para consumir Viveres. Los Franceses ocuparon el Convento de los Capuchinos de Tortosa, y tomaron los Alemanes, que los Enemigos tenian de reserva. Asfelt embió la Artilleria por el Ebro en Barcas; y para comunicarse con sus Tropas, mandò erigir el Duque de Orleans otro Puente, que à 20. de Junio ya estaba concluido. La noche de este dia se abrió la Trinchera: tirose una paralela, que abrazaba el Convento de los Carmelitas; y para que no lo impidiese la Plaza, se fingió un assalto. Aunque el Cañon enemigo jugaba con felicidad, perficionaron los Franceses sus obras: plantòse la Artilleria en dos ordenes, y en una los Morteros: despues se quisieron aumentar, y costò mucha sangre: entonces morió el Coronél Moncanao, Francès, hombre del mayor brio. Una bomba quemò el Convento de los Carmelitas, donde estaba la mayor fuerza de la Plaza. Tres horas durò el fue-

go, y confundió el Edificio. La misma noche hicieron los Sitiados una salida en dos partidas por ambos extremos de la Trinchera: fue la acción viva, y sangrienta: llegaron à las Baterías, y las defendió valerosamente el Regimiento de Barois, el de Guardias, el de Rosellón Viejo, y Milán: quedaron presos algunos del Regimiento de la Reyna Ana, y muertos muchos: la pérdida de los Sitiadores fue igual. En uno de estos dias, acabando de decir una blasfemia un Soldado Español, que jugaba con otros, una bomba le quitó la cabeza, con escarmiento de los demás.

Mandando la Trinchera el Duque de Abré con el Mariscal de Campo Duque de Sarno, y el Brigadier Lambert, hicieron de la Plaza otra salida la noche del dia 30. duró poco el combate, pero fué cruel: nada de los trabajos deshicieron los Sitiados, y se retiraron con pérdida. Esta noche movió su Campo Starembergh, de Való à Reus, para dar alguna aprehension à los Sitiadores; pero estos no la tuvieron, y prosiguió el Sitio, aunque con gran trabajo, y dilacion, por lo duro del terreno, lleno de peñas, mucho mas frecuentes, quanto mas cerca de la Plaza. Era preciso traer de lejos la tierra, y así costaba mucha sangre los aproches, y mucha mas los ramos, que se formaban contra el camino encubierto. La noche del dia primero de Julio fué tanto el estrago, que ya no querian los Soldados trabajar, y lo hicieron heroicamente los Oficiales, tomando la Zapa. Cayeron muchos; pero se perfeccionó en aquella noche la Obra, que la visitó muchas veces intrepidamente el Duque de Orleans, repugnandolo los ruegos de los suyos. Todo el trabajo era infructuoso, porque faltaban Cañones de batir, que por agua se traían desde Miravet, y por esso se destacó con seiscientos hombres al Señor de Giofreville, para asegurar los caminos, que infestaban los Cathalanes; y para echarlos del Hospitallet, se embió à Cereceda, que socorrió à tiempo à D. Francisco Areciaga, el qual, con solos treinta hombres, mantuvo un puesto, atacado de quatrocientos y sesenta Cathalanes, y nunca vencido. Ya se batía en brecha contra el Baluarte de la derecha, los fuegos de los lados, y la cortina; pero mas terror ponía en los habitadores el estrago de las bombas. La noche del dia 6. de Julio avisaron con coetes de su riesgo à los su-

yos;

yos: esto puso en mayor esperanza à los Sitiadores. Como estaban las Trincheras guarnecidas de palos, y faginas, se prendió facilmente fuego à una parte, volando del fogón de un Cañon la llama, de fuerte adelantada en lo àrido de la materia, que estando lejos del agua, corrió riesgo de llevarse el fuego las Trincheras, si el Regimiento de Normandia, despreciando el proprio peligro, no le huviera atajado, con pérdida de mucha gente.

El dia 9. de Julio se dió el asalto al camino encubierto: fué atròz la disputa, por los fuegos artificiales de pez, y betún, que se desplomaba ardiente de los Muros, de donde echaban tambien cantidad de Piedras, y Granadas: nada les embarazaba à los Españoles, y se llegó à las Bayonetas. Governó esta acción Don Antonio de Villarroél con grande arte, y valentia, que lució mas en lo obstinado de la defensa, quedando bien ensangrentada la arena. Viendo que por una hora no se adelantaban los suyos, asistió el mismo Duque de Orleans con heroica intrepidez, y añadió gente: venció al fin, y se alojó en el deseado parage, pero no muy seguramente, porque no lo permitia el fuego de los Sitiados, que luego asaltaron à los Sitiadores, se renovó mas feròz la disputa; pero sin dexar de pelear, se alojaron mejor, y se retiraron los Defensores. Tuvieron en la Plaza Consejo de Guerra, y el dia 10. hicieron llamada: se formaron las Capitulaciones, y al fin de ellas no quiso venir en lo acordado el Duque, si no se le entregaba juntamente el Castillo de Arès, y la Torre de San Juan, que está junto al Mar: vino en lo primero el Governador de la Plaza; pero sobre la Torre no tenia jurisdiccion: dieronsele honrosas Capitulaciones, y se entregó Tortosa, con la qual se tenia mas en freno à los Rebeldes del Reyno de Valencia, que se havian unido à los Cathalanes. Mordió la fama al Governador, por poco defendida, pues podia aún mantenerla una semana, que bastaba para que el Duque levantara el Sitio, porque no tenia Viveres, ni Municiones para dos dias mas, por maliciosa traycion à su persona, que le hacian la Princesa Ursini, y Amelot, para que perdieffe el credito; y le sacasse el Rey Christianissimo de España. (tan monstruosas como esto son las Cortes, donde el primer idolo es el proprio interés) No concurrió la prudencia à hacer feliz

el.

esta empresa, porque en ella el Duque atropellò mil dificultades, no sin riesgo: toda la gloria se debió à la fortuna, y al valor. Los que juzgaban por el èxito, engrandecian al Duque: sus émulos le notaron de temerario, è inconsiderado: al fin, la gloria de vencedor no se la debemos quitar.

Importabale al Duque de Saboya mantener viva la Guerra, y assi, determinò atacar al Delphinado por Granoble. Oposofele el Marqués de Villars, quando el Duque estaba acampado en el Valle de Moriana, y havia hecho un Destacamento, adelantando seis mil hombres con el General Scoblemergh, à quien ordenò, que por el Collado de Rove baxasse al Valle de Oluges. Todo se executò felizmente, assegurando los caminos los Barbeas, que tenia muy à su devocion el Duque. Los Franceses, fortificando à Exilles, y Fenestellas, ocuparon à Sezana, y el Monte de Ginebra: mandaba estas Tropas el Señor de Muret. No se le escondió à Villars, que queria el Duque sorprehender à Briancon, pues con esso cerraba los passos para el Piamonte, y los abria al Delphinado; y assi, mandò al Señor de Artañan, que ocupasse el Collado de Briancon, y fortificando lo angosto de las sendas, impossibilitasse al Duque su designio: con esto tambien aseguraba à Muret. El Duque se acercò à Sezana, acometiòle Villars, venciòle, y fuè obligado à retirarse: no fuè grande la pèrdida, pero le desvaratò sus idèas. Entonces convirtiò el Duque las Armas contra Exilles, y Fenestellas: la primera Plaza la gonò con poco trabajo, pero con mayor la segunda, porque tenia mil Presidarios: defendieronse quanto fuè possible, pero al fin quedaron prisioneros. Lo demás de la Campaña (que no fuè dilatada, por lo frio del parage) se passò en acciones de poca entidad, porque lo escabroso del terreno no permitia venir muchas veces à las manos. Esta Guerra confirmaba en su fervidumbre à la Italia, donde ya explicaban los Alemanes lo àspero de su genio. Gemian sus Principes, y sus Republicas; pero en vano, porque estaban por todas partes ceñidos de Tropas, y à ellos les faltaban, no teniendo valor, ni aun para la queixa, (tanto los asombraba el poder de los Austriacos.

El Pontificè pensò alguna vez sacudir el yugo, que à sus Estados amenazaba; pero no hallò aprobacion en los Carde-

na.

nales, porque los mas eran de la faccion del Imperio, y los neutrales no amaban la inquietud de la Guerra. Don Horacio Albani, hermano del Pontifice, dividiò sus hijos en ambas facciones, de Francia, y Alemania, para afianzar la seguridad de su Casa, que la estaba construyendo sin mucho ruido y atesorando riquezas. El Cardenal Grimani, y el Embaxador Cesareo, Marqués de Priè, llenaban la Corte Romana de amenazas. Los Hereges inflamaban esta Guerra contra el Pontifice, mas por odio particular, que por interès, porque ni los Ingleses, Olandeses, y Protestantes de Germania le tenian en que el Emperador ajasse, y destruyesse la Italia. Pidiò passo à sus Tropas, de Napoles para el Milanés: acordosele con nunca observadas condiciones, porque havia el Virrey de Napoles Conde Daùn (que sucedió à Martinitz) ordenado oprimir de intento à los Vassallos del Papa, y à imitacion de lo que hizo el Principe Eugenio en Milàn, havia confiscado los bienes, y la renta de los Beneficios Eclesiasticos de los que estaban ausentes, prohibiendo para Roma toda extraccion de dinero, ni aun por Bulas; y para buscar pretextos, se quexaba de que havia presidiado el Pontifice à San Cyprian, Frontera de Napoles, con quatrocientos hombres, y erigido dos Fortines. Embió Daùn quinientos Cavallos, que pasaron despues à Ferrara. Con este apoyo suscitò sus antiguos derechos el Duque de Modena, y todas eran trazas para amedrentar à los Romanos.

Viòse en muchos Lugares de Italia, y en Roma un Manifiesto, que con arte hicieron los Alemanes: „ Daba las razones por que se debia despojar al Pontifice de la prerrogativa de que fuesen Feudos de la Iglesia las dos Sicilias: Que no debia el Rey de Napoles pagar el sòlito reconocimiento, ò tributo; y que se le debian quitar los Estados de Avignon, y Benevento, como usurpados de Clemente Sexto, y Pio Segundo: que no tenia valor alguno la transaccion entre Carlos Quinto, y Clemente Septimo, sobre la eleccion de los Obispos, que pertenecia enteramente al Rey: Que se havia de extinguir la alternativa entre ellos, y la Curia Romana, à quien no tocaba dár Beneficio alguno en los Dominios Reales, si solo à los Prelados, sin que pudiesse aquella imponer pensiones, ni tomar el Papa dinero por „Bu-

» Bulas: Que se havia de suprimir el Tribunal de la Nunciatura en Napoles, y el que tiene à su cargo las Obras Pias, y las Mandas para la Fabrica de la Iglesia de San Pedro, reservando à los Obispos el administrarlas. Todo esto no se havia decretado en Barcelona, ni en Napoles; pero lo amenazaban los Tudescos, y dispusieron, que en la Dieta de Ratisbona se declarasse, no tener la Iglesia accion alguna à los Estados de Aviñon, y Benevento, y que se adjudicasse Mantua al Emperador, sin oír la Parte, porque aun vivia el Duque, que murió poco despues en Padua.

Como los Alemanes daban muestras de quererse aquartelar en el Ferrarès, mandò el Pontifice juntar sus Tropas, y llamò à sus Subditos, que servian en los Exercitos de otros Principes. Obedecieron pocos, porque qualquiera desea servir à un Principe grande. Levantaronsè en Aviñon dos Regimientos, que passaron con las Galeras Pontificias: fortificòse à Ferrara, y todo era un aparato inutil de Guerra, de que hacian burla los Alemanes, porque nunca podia el Pontifice juntar Tropas que los resistiesen. Passò el Principe Eugenio de Saboya à Viena, y fuè llamado à Milàn el Conde Daun, à quien succediò en el Virreynato de Napoles el Cardenal Vicente Grimani, hombre aspero, turbulento, y poco atento al Sumo Pontifice, como debia, por muchos titulos, serlo: partiò sin despedirse, y esto le diò al Papa aprehension porque parecia declarar la Guerra. La hacia el Emperador à la Iglesia; pero no la confesaba. Todo lo aplicaban los Alemanes à la necesidad de assegurarè en Italia, y al desorden de los Soldados, mal reprimidos, de industria, ò adversos à la Santa Sede, porque havia en los Regimientos de los Principes de Alemania gran cantidad de Hereges, y muchos Cuerpos de Tropas lo eran enteramente, las de Saxonia, Hefsecasèl, Hannover, y de los Circulos de Suevia, y Franconia.

El Papa nombrò por General de sus Tropas al Conde Marfìlli: fortificò las Fronteras de Napoles, y juntò hasta quince mil hombres. Los Alemanes propusieron ajuste, como se decidiesse en Ratisbona la duda de si eran Parma, y Ferrara Feudos Imperiales: el Emperador escribiò à todos los Cardenales del Sacro Colegio, menos à los de la contraria faccion, justificando, que debia declarar la Guerra al

Pon-

Pontifice, si no desistia de tener por Feudos à Ferrara, y Parma; y empezò sus razones, ocupando à Comachio, para apretar mas à Ferrara. Esto era yà despojar de sus Estados à la Iglesia, con el pretexto de un pretendido alto dominio, que sobre Comachio tiene el Cesar, alegando, que nada, sin la junta de los Principes del Imperio, y su consentimiento, pudo dár à la Iglesia Carlo Magno de los Estados Imperiales, porque los derechos à lo alienado no se perdian, ni con la benigna tolerancia de tantos siglos. Todo era infundirle mas terror al Pontifice, à quien mantenian algo las persuasivas del Cardenal de la Tremoglie por la Francia, y el Duque de Uzeda por la España: ofrecieronle 150. hombres, si hacia con ambos Reyes liga ofensiva, y defensiva: yá sabia, que no se los havian de dár; pero le soñenian con esperanzas, para hacer alguna distraccion à las Armas Austriacas. No entendió luego esta politica el Pontifice, y creyò poder tener un Exercito de treinta mil hombres, si se le daban los que le prometian, y esperaba traer à la Liga algunos Principes de Italia. Para confiarle mejor, embiò el Rey Christianissimo à Roma por Embaxador Extraordinario al Mariscal de Tefsè: por España, passò sin caracter el Marqués de Monte-Leon, que era Embiado del Rey Phelipe en Genova, para que ayudasse al Duque de Uzeda, cuya quebrada salud no era capaz de grande aplicacion, ni la tuvo assidua à los Negocios de España despues que se perdiò el Reyno de Napoles, y èl la esperanza de poder lograr aquel Virreynato, al que aspirò siempre. De sugetos que le trataban intimamente, sabemos, que desde entonces enagenò su animo del Rey Catholico, y adhirió secretamente à los Austriacos; pero con tal cautela, que lo penetraban pocos, porque le veian Ministro del Rey, y con no vulgar aplauso en la Corte, donde enteramente se ignoraba la perversa intencion del Duque. A las Juntas, que por las dos Coronas se hacian en Roma, assistian el referido Duque, el Mariscal de Tefsè, el Cardenal de la Tremoglie, el Decano de la Sacra Rota, D. Josefì Molines, y el Marqués de Monte-Leon; pero el Papa havia menester Tropas, y no discursos, ni consejos: moderaban su animo su Hermano, y Sobrinos, à quienes no convenia la Guerra, porque se gastaba el dinero; y aunque se sacò del Theforo de Sant-Angel; mucho de lo su-

Tomo I.

Pp

yo

yo gastaba el Papa, y aplicaba à la Causa pública algunos arbitrios, que producian dinero. Determinò sitiar à Comachio; pero viò la impossibilidad, haviendose fortificado, àun mas de lo preciso, los Alemanes, que sorprendieron à Ostelato, para internarse mejor en los Estados Pontificios, donde executaban los Hereges tan horrendas, y sacrilegas insolencias, que osaron matar à un Sacerdote, estando celebrando el Sacrificio de la Misa, y en las heridas le metieron, por desprecio las Hostias Consagradas, que estaban en el Cópón, por ver (decian) si Dios, que en ellas estaba, le bolvia la vida. El Emperador despreciaba estas quejas, y respondia, que esto no era Guerra, y que la havia prohibido contra el Pontifice: que era insolente militar licencia de los Soldados, que mandaria castigar; pero que podia restituir à Comachio, por no dexar indecisas las razones del Duque de Modena, à cuya Familia lo havia dado Federico III.

Diciendo esto, se adelantaban las Armas, porque tambien tomò à Bondeno, y detuvo prisionera la Guarnicion, y con todo esso asseguraban sus Ministros en Roma, que no era Guerra; bien, que luego tomò tambien à Stellata, y se acampò juntó à Ferrare el Conde Daùn. Retiraronse las Tropas Pontificias. Con esto estaba Ferrara bloqueada, y debastada cruelmente toda la Tierra de Boloña. Tomo Cuarteles en los Estados Pontificios el Alemàn, corriendo la Cavalleria hasta Immola, y Faenza. Conternòse Roma, cerraronse de ella tres puertas, y se introduxo Presidio. Los Franceses, y Españoles no le daban al Papa mas que palabras, quando los Alemanes, yà mas vecinos, obligaron à Marsili à retirarse à Pefaro.

Defendia con treinta mil hombres el Rio Mosa el Principe Eugenio: con setenta mil marchaba el Duque de Malburgh, contra el de Borgoña, y Vandoma. Este se le dio à aquel por Consejero; pero el sistema del Duque de Borgoña era conservar el Exercito, y nunca exponerle à una Batalla, porque no tenia otro la Francia. De aqui nacieron algunas diffensiones, siendo de contrario dictamen Luis de Vandoma, cuyo genio ardiente, y desembarazado tocaba en lo temerario, alentado de que constaba el Exercito de los Franceses de ochenta mil Veteranos. El Inglés se adelantò à Lobayna, y

tenia como por antemural el Rio Ischia. Ambos Exercitos querian ocupar su fertil llanura; pero madrugò mas el Inglés, se alojò en ella, y se fortificò, echando tambien dos Puentes al Dile. Con quatro mil hombres sorprendiò à Gante el Duque de Borgoña. Retiròse el Presidio al Castillo, que llaman Sas de Gante; pero al fin se rindiò despues por falta de Viveres. Igualmente feliz el Mariscal de la Mota, tomò à Brujas.

Avisado de esto Malburgh, se moviò à vigilar sobre Meringa. Entraron los Aliados en aprehension del poder de el Exercito Francès, y se llamò al Principe Eugenio, que vino con toda la Cavalleria; pero la situacion del Exercito de los Aliados no podia embarazar sus progressos al Duque de Borgoña, si passaba la Esquelda, y àun corria peligro Malburgh de ser vencido, obligado en aquel parage à una Batalla: por esto partiò de improviso el dia 9. de Julio, y passando por Ath el Dender, acercandose à Odenarda, y sorprehiendo las Centinelas abanzadas del Francès, y la Granguardia, echò dos Puentes à la Esquelda, y luego empezaron à passar sus Tropas.

Havia el Duque de Borgoña, ignorante de esto, embiado por Gravèn al General de Viròn con treinta Esquadrones, para que passasse el Rio, mientras con lo restante del Exercito seguia el Duque; pero llegò á tiempo, que havia casi pasado la Vanguardia de los Enemigos. Informado el Francès de esto, mandò atacarlos; pero no podia Viròn hacer mas, que cansarlos con escaramuzas: los Ingleses, y Alemanes las sostenian mientras passaba la Infanteria. El Duque de Borgoña marchò à rienda suelta à focorrer à Viròn; la Infanteria no pudo apresurar tanto sus passos; pero acudieron los Oficiales con el Duque de Vandoma, y el de Berri: el terreno estaba cortado de canales, y tan angosto, que no se podia dàr batalla, explayando en la debida forma las Tropas; y assi era tan estrecha la pelèa, que ni en la boca del fusil servia la bayoneta, y la tomaban los Soldados con la mano. Los Franceses padecian mayor estrago, porque como entonces toda su fuerza estaba en la Cavalleria, y esta no podia combatir, tenian gran ventaja los Ingleses, ademàs de que estaban los Franceses sobre una margen de arena muy alta, y ru-

da, que les impedía los necesarios movimientos. Por momentos entraban à la Accion nuevas Tropas Alemanes; y aunque llegó yà la Manguardia de los Franceses, defendian sus enemigos la orilla del Rio con mas felicidad, por estar mas bien situados, y porque no podia estenderse en linea el Francès, por lo estrecho del parage. Llegò la noche, y cesò la batalla. En el mismo lugar en que peleaba se quedò Malburgh. El Francès se retirò al confin de la Selva, à distancia de tiro de fusil; pero vencido, porque no pudo echar à los enemigos de las orillas del Rio, y porque perdiò doble gente. Los Alemanes perdieron dos mil hombres. Antes que amaneciese el dia 12. le llegó todo su Exercito al Duque de Borgoña; y luego, al favor de la sombra, passando en Gante los Rios, se acampò detràs del Gran Canál, estendida la derecha à Brujas, y la izquierda à Gante; y porque no faltasse la comunicacion entre Brujas, y Neoport, sorprendió à Plasental, pequeño Castillo, situado al extremo del Canál de Brujas, donde empieza el de Neoport. Assi se comunicaban tambien Gante, y Dunquerque. Temió ser sorprendido del Señor de la Mota el Governador de Ostende, y llenò de agua la Ciudad. Mucho celebraron haver passado el Rio los Aliados, permaneciendo un ingrato rumor contra la fama del Duque de Borgoña, que lo havia permitido. De este hecho diò cuenta por extenso al Rey Christianissimo el Duque de Vandoma, y del descuido tan pernicioso à sus intereses, porque muchos dias antes havia sido Vandoma de dictamen de passar la Esquelda, y atacar à los Enemigos. Algunos creyeron en el Duque de Borgoña siniestra intencion, y afectado descuydo, no queriendo vencer, por obligar à la Paz à su Abuelo; pero esto es difícil de averiguar.

El Duque de Bervich sacò veinte y cinco mil hombres del Rhin, y los juntò al Exercito del de Borgoña. El dia 14. passò Malburgh el Rio Lisa, y ocupò las alturas de Varenton, y Comines, y con esto puso en contribucion el Pais de Artois, y casi hasta Arràs: su Campo tenia à Meminga la siniestra, y la derecha à Roufellar. A los que à él passaban desde Odenarda, incomodaba mucho la Guarnicion de Tournay, à la qual añadió gente el Duque de Bervich. Lo propio hizo con Ipre, y se passò à Lilla. Ocuparon las lineas de

Co.

Comines los Alemanes, è Ingleses, que estaban yà desfamparradas del Francès. Por una, y otra parte se encendian las hostilidades contra la Flandes, fatigada de agravios, y contribuciones. Juntòse con Malburgh el Principe Eugenio, y passaron a Bruselas ciento y diez Piezas de Artilleria por el Canal de Brujas: aún estaba oculto el designio; pero corria voz de que se intentaria el Sitio de Lilla, donde se encerrò el Mariscál de Boufflers. Con sus marchas tambien amenazaba à Mons Malburg, y por effo puso Bervich su Campo entre esta Plaza, y Nivelli. A 5. de Agosto se juntò al grande Exercito el Conde de Tilli: traxose de Bruselas gran cantidad de Viveres, y yà no havia duda de que se enderezaba todo contra Lilla. Para guardar las Plazas que dexaban los Ingleses atras, se mandò al Principe Hereditario de Hessecaesèl, que con un Cuerpo de Tropas se acampasse en Bruselas.

A 14. de Agosto se presentò à vista de Lilla el Principe Eugenio, que era quien mandaba el Sitio, y no pudo, sin gran sangre, ocupar los puestos, porque el Mariscál de Boufflers le disputaba qualquier palmo de tierra, y perdiò antes de tomarlos 11300. hombres, 120. tenia la Plaza de Guarnicion. y 11500. Cavallos. Nada le faltaba para una larga, y vigorosa defensa, sino Viveres. Malburgh observaba el Exercito del Duque de Borgoña, que estaba en Maldeguen à quien se juntò Bervich con 400. hombres, sacados de las Plazas mas vecinas al Mar. El dia 14. atacaron los Sitiadores el Castillo de Cantelech, situado en la alta Ribera del Rio Dola, sin el qual no podian formar la linea; pero fueron rechazados. Intentaron cortar un Dique, que havia formado Boufflers, para inundar el Campo enemigo à su tiempo, si se estendia à la parte inferior de la Ciudad: la noche del dia 16. embió la gente necesaria para esta obra; pero habiendo sido avisado de las Centinelas Boufflers, hizo una emboscada de 50. hombres, que acometiendo de improvisò à los que vinieron, mataron de ellos 20. y los demàs se retiraron. Estas primeras desgracias endurecieron mas el animo de Eugenio, y profinguiò el Sitio. A los 20. de Agosto yà tenia formada la linea de circunvalacion, abierta Trinchera, y plantadas las Baterias. A 5. de Septiembre el Duque de Borgoña embió el Bagage à Tournay, Valencenas, y Conde; desembarazado el Exercito.

to,

to, marchò à Marchea, que es una altura, que tiene sujeta la parte inferior del Rio, cuyo Puente ocupaban los Ingleses, y habiendo sido acometidos, le perdieron. Esto hacia el Francès, por si podia traer à una batalla al Duque de Malburgh, que no pensaba en esto, y havia fortificado bien su Campo, adelantando un gran Trincheròn en Templemaro, y Entier; y tenia ocupadas ambas orillas del Rio: este Trincheròn, y puestos fortificados ganaron los Franceses, y plantaron Baterias contra el Campo enemigo; pero no se podian acercar à el, porque Malburg, para assegurar à los Sitiadores, se havia fortificado con Fossos, y empalizadas, estendida la derecha azia Seclin, detrás de un Lago tan cenagoso, que era imposible passarle: otro eligió por antemural de la izquierda en Fretin, junto à Marquea, y estaban de genero dispuestos los Reales, que era temeridad atacarlos, y assi se causaba en vano el Francès, provocandole à una batalla.

Atento solo à su Sitio el Principe Eugenio, la noche del dia 7. de Septiembre atacó el Fosso de la Puerta de la Magdalena, y fué tres veces rechazado, con gran perdida; pero à la quarta ocupò dos angulos sobrefalientes; y antes que se pudiesen los Vencedores alojar, prendió fuego Boufflers à tres Minas, que alli havia hecho, y volaron los Alemanes, y Olandeses al ayre: saliò luego de la Plaza un Regimiento de Granaderos, y echò de aquel lugar à los que quedaron. Esta funcion fuè tan sangrienta, y costosa, que yà se queixaban los Olandeses de haver emprendido Sitio tan difícil, y prolixo. El Principe Eugenio se obstinaba mas en su empeño, y no le hacian fuerza estas representaciones, ni la pérdida de la gente. Pidiò mas Regimientos al Duque de Malburgh para formar los aproches, porque por los Desertores havia sabido, que los Sitiados havian levantado una Trinchera, que abrazaba los Baluartes de la Magdalena, y San Andrés: tenia alguna dificultad traer Viveres al Exercito de los Aliados, y mas despues que el Duque de Borgoña se acampò en las alturas de Odenarda, y con varias Partidas embarazaba los caminos, embiando à este efecto un gran Destacamento, que se pusiese entre Ath, y Odenarda: con el Marquès de Senetera passò otro à Nall; pero el mayor le gobernaba el Conde de la Mota en Brujas, y Ostende, porque rotos los canales,

se prohibia à los Olandeses embiar Armas, y Viveres à Bruselas, y no podian bolver las Barcas, que yà havian passado.

Ambicioso de gloria, ò estimulado de la dificultad Eugenio, la noche del dia 19. diò el assalto al camino encubierto con ocho mil hombres, que fueron no pocas veces rechazados del valor de los Defensores, y se retiraron, dexando muertos dos mil. La noche del dia 21. bolvió al mismo assalto con quince mil Soldados escogidos, que embió Malburgh, y no tuvo entonces mejor suerte, porque havian cobrado tanto horror los Sitiadores, que yà no obedecian à los Oficiales. (Tan vivo, y tan tremendo era el fuego de la Plaza, y con tanta vigilancia, y esfuerzo la defendia su Governador) Mandò el Principe dar beverage à las Tropas en mayor porcion, que la acostumbrada, para que el ardor del vino hiciesse despreciar el peligro. Con esto mandò se diese un general assalto à las Fortificaciones exteriores, y principalmente à una tixera bien construida, que estaba junto à la Puerta de la Magdalena: no acometieron al camino encubierto, que estaba à una, y otra parte contra las Fortificaciones exteriores: la tixera no le tenia; y como sobre ella estaba un Bastion, que la dominaba, y otros à los lados, era ardua, y difícil la empreffa, aunque las brechas estaban à propósito para ser assaltadas, porque se batia con cien Cañones. Tres veces echò fuera del Muro la Guarnición à sus enemigos, nuevamente rebeldes al precepto, y amedrentados de tanto estrago.

Viendo esto el Principe Eugenio, se encaminò el primero con una Compañia de Granaderos al mayor peligro, para dar el quarto assalto, que fuè tan impestuoso, que no cabe la ponderacion en la pluma, pues al exemplo del Principe, todos los Oficiales ocuparon la primer fila: disputòse acerrimamente, y ocuparon los Sitiadores el angulo externo, que sobrefalia de enmedio de la tixera; fuè el Principe levemente herido de un fusilazo en la frente, sobre la ceja izquierda, y murieron alli mas de dos mil hombres, la mayor parte Oficiales atrevidos, y esforzados. Ni aún con haver ganado este poco sitio estaban libres del peligro, porque la cortina del Muro, que estaba un poco detras de la tixera, y los dos Bastiones de los lados disparaban incessantemente.

El dia 22. con no menor sangre, se alojaron los Sitiadores

res en el labio exterior del Fosso, y procuraban llenarle de faginas. El Principe se retiró à sus Tiendas para curarse, porque el ayre le encrudecia la herida, y acudia humor, y assi les faltò à los Sitiadores un gran Gefe. Padecia hambre el Exercito, y yá casi no podia venir mas que de Inglaterra socorro, porque el Conde de la Mota cerraba los passos, aunque no con gran vigilancia, y assi se encargò al de Albemarle el que introduxesse ochocientos Carras de Viveres en el Campo del Duque de Malburgh: lo que executò con tanta destreza, y felicidad, que passando por caminos extraviados, y venciendo siempre las Partidas abanzadas de los Franceses con continuadas escaramuzas, llegò à su Campo, que yá no tenia Pan de Municion, y era preciso levantar el Sitio, y àun recibir la Batalla, ò darla al Duque de Borgoña, que la deseaba. Aqui se culpò mucho el descuido del Conde de la Mota: Con igual valor introduxo à la Plaza socorro, rompiendo un Quartel de la linea por la noche, el Cavallero de Lusembourg, que con el Idioma Alemán engañò à las Guardias abanzadas: no pudo entrar toda la polvora, porque à uno de los sacos de piel en que venia se prendió fuego, y se descubrió ser Enemigos. Tomaron los Sitiadores las armas: la parte, que yá havia passado las Trincheras entrò en Lilla, y la que quedò fuera se retirò à Duay. Hizo el Cavallero de Lusembourg, con la gente nuevamente introducida, una salida contra las Trincheras, de las cuales no pudo arruinar alguna, porque los Sitiadores invigilaban en ellas, y havian ocupado algunos caminos encubiertos de las exteriores Fortificaciones: despues, con gran dispendio de sangre, las ganaron todas, y adelantaron sus Baterias al Cuerpo de la Plaza, hallandose presente yá el Principe Eugenio, por estar mejorado de su herida.

El dia 16. de Octubre batieron con sesenta piezas de Cañon, y despues construyeron otra Bateria de quarenta. Yá tenia el Sitio sesenta dias, y les faltaba à los Sitiados los Viveres. Estaba abierta en su justa longitud la brecha, y llenado el Fosso. Todo havia costado gran sangre, sin haver el Mariscal de Boufflers omitido circunstancia para la defensa, executando quanto pide el arte, y el valor militar. A instancias del Pueblo pidió el dia 22. Capitulacion, y ofreció entregar la Ciudad, reservandose el Castillo. Constatò en esto el Prin-

ci.

cipe Eugenio, y nada negò de quanto se le havia pedido, diciendo: *No era razon negar cosa à Defensor tan esclarecido.* Los Articulos fueron setenta, y quatro, y el primero de ellos fuè, que se conservaria en la Ciudad la Religion Catholica.

Retirò Boufflers al Castillo, seis mil hombres de Infanteria que le quedaron, y las necessarias Municiones. Empezaba nueva Guerra, porque el Castillo es uno de los mejores de Flandes, ceñido de dos Muros, y de dos Fossos, y guardado de los mas bien estendidos Baluartes. La Cavalleria pasó à Duay con todos los honores Militares. El dia 29. se empezó à abrir la Trinchera, no con tanta celeridad, porque estaban cansados los Sitiadores, y faltaba polvora, y balas, mayor penuria havia de pan, y assi se embió al Principe de Hessecaesèl, para que de qualquier forma embiasse Trigo del País de Artois, porque el que estaba en Ostende, traído de Inglaterra, no le dexaban passar los Franceses, yá mas avizados del escarmiento, y se havia estendido el Exercito del Duque de Borgoña como bloqueando la Esquelda, para que no pudiesse subsistir el de los Enemigos. Puesto en este extremo Malburgh, era preciso, ò passar el Rio, ò perecer. Toda la esencia de este hecho consistia en guardarle bien, con lo qual eran casi vanos todos los passados triunfos de los Aliados.

Vino desde París el Señor de Chiamillar, Ministro de la Guerra, al Exercito del Duque de Borgoña, y el Duque de Baviera pasó à Mons. Junto se Consejo de Guerra, y asistieron à el los Duques de Borgoña, Berri, Vandoma, Berwich, el Señor de Chiamillar, y el Conde de Bergueich, Ministro del Rey Catholico en Flandes. Dividieronse los dictámenes: al del Duque de Borgoña se opuso Vandoma, con libertad mas que de Vassallo, llavado de su zelo, y su experiencia, porque las disposiciones no eran las mas proprias para guardar el Rio, en que consistia toda la gloria de la Campaña, y toda la utilidad. Los mas de la Junta lo entendian como Vandoma; pero la necesidad, ò la lisonja imponia silencio, viendo claro el systèma del Duque de Borgoña, de querer con desgracias obligar à su Abuelo à la Paz. No lo ignoraban los Enemigos: y aunque estrechados en un angulo de tierra, en que sin batalla, havian de perecer, con solo prohibirseles la opuesta orilla del Rio, no dexaron el Sitio

Tomo I.

Qq

del

del Castillo de Lilla. El Duque de Baviera no creyó tan contraria política à sus propios interesses en un Nieto del Rey Christianissimo, heredero de la Corona. Sabia el infeliz estado del Exercito enemigo, y que yá no les dexaba sacar de la Artesia lo que querian el Señor de Cheladet, Francés. Los Señores de Langueron, y Fourbin prohibian los Canales por donde desde Ostende, passaban algunos Viveres: tambien estaba roto el que hay desde Neoport à Plasental, y desde este à Brujas. Ocupaban los Franceses los Puentes de Slippen, y Lessingen; y aunque el Duque de Malburgh havia embiado al Conde de Cadogan con siete mil hombres à ocupar el gran Canal, que hay desde Ipre à Neoport, el qual, haviedo echado à los Franceses del Puente, corria hasta Loo, facendo con violencia quantos Viveres era possible; pero luego el Duque de Vandoma, rompiendo el Canal, inundò las Campañas de Neoport, y hacia el agua irreparable guerra. Por todas estas razones entrò el Duque de Baviera en Bravante con diez mil hombres, ó para llamar allà los Enemigos, ó para tomar à Bruselas; y como aquellos no querian, ni podian salir de su Campo, empeñados en Lilla, y solo por la Esquelda debian romper, para socorrer el hambre, se presentó el Duque à vista de Bruselas el dia 23. de Noviembre. Tenia la Plaza dos mil y quinientos Olandeses, y no fiaba el Bavaro su felicidad tanto à las Armas, quanto el amor de aquel Pueblo al Rey Catholico. El dia 26. batiò la cortina del Muro, que està entre las Puertas de Lobayna, y Namur: por la noche ocupò el camino encubierto, y la parte del Fosso, que no tiene agua, como tambien una media luna, que sobrefalia. En este estado cargò sobre el Exercito enemigo la dura necesidad de passar la Esquelda, por no perecer de hambre: propusolo assi en una Carta, que escrivio desde Lilla à Malburgh el Principe Eugenio, aun haciendo „ se cargo de todas las dificultades, y que serian indubitablemente vencidos; pero que era mas glorioso morir con „ las armas en las manos, que de hambre en las Trincheras: „ Que dexaria muchos Batallones, para guardar las que se „ havian erigido contra el Castillo, y que el seguiria los pasos de Malburgh, para estar presente à los riesgos. No tenia el General Inglés otro partido que tomar; y assi, estendien-

do su Exercito en varias partidas à la orilla del Río, y echando de noche un Puente à Berhem, y Laure, (puestos mal guardados de los Franceses) intentò con gran temor passarle, y por esso fueron pocos los que llevaban la Manguardia, recelando alguna emboscada; pero viendo que nadie se oponia, y que el Exercito Francés fingia ignorarlo, ò lo ignoraba, passò todo el fuyo Malburgh à vista de ochenta mil Enemigos.

Esta advertida negligencia del Duque de Borgoña no la creeràn los que estos Comentarios leyeren; y por respeto à tanto Principe, no ponemos aqui la Carta, que el Duque de Vandoma, transportado de ira, y rabia de ver descaecer, no solo la gloria, pero los interesses de la Francia, escrivio al Rey Christianissimo, culpando al Duque, y con un Desertor embiò copias de esta Carta al de Malburgh, y al Principe Eugenio, quitando de sí el borròn, porque se reia de las expresiones de sus émulos. El de Borgoña se quexò de la insolencia de Vandoma en tan libres escritos, y palabras. Conociò el Rey Christianissimo la intencion de su Nieto; pero lo dissimulò, siempre sostenido el Duque de la Señora de Maintenon, ganada por las artes de la Duquesa su Muger. Vandoma fuè llamado à la Corte, y solo el Delphin estaba de su parte, que como amaba tanto à su hijo el Rey Phelipe, y conocia quan en su perjuicio era lo que obraba el Duque de Borgoña, aun siendo este su Primogenito, abominaba su dictamen. Se vieron muchas satyras en Paris, injuriosas al Duque, y se diò garrote à aun Clerigo, que esparció una en el Loure. Sacando el Inglés las Tropas, que tenia en el País de Artois, y Furnembach, aumentò su Exercito: tomó de Meminga muchas Piezas de Cañon, y dexando à Roselauro, puso el Campo à la otra parte de la Esquelda: luego dexò el Sitio de Bruselas el Bavaro, y se restituyò á Mons. El Principe Eugenio echò à los Franceses, que estaban en los Collados de Odenarda. El Duque de Borgoña passò à Duay, y mandò, que marchasse allà el Exercito, adonde se retiraron todos los Franceses, y el Conde de la Mota, muy poco gloriosos. Con esto estaban todos los caminos, y canales abiertos, para traer Viveres al Campo de los Aliados.

Viendo esto el Mariscál de Boufflers, y que yá havia perdido el camino encubierto, y el Fosso, y tenia la brecha abier-

ta, capituló la rendición de la Ciudad de Lilla, y salió con todos los honores Militares. Costó este Sitio mas de treinta mil hombres à los Aliados, y quatro millones de libras à los Olandeses, que tomaron possession de la Ciudad, quedandole solo el nombre al Rey Carlos.

Esta infausta Guerra de Flandes ponía siempre en mas infeliz estado à la España, porque le escafeaba la Francia los socorros, atenta solamente à su seguridad. Con todo esso se mantenían los Franceses, que con el Duque de Orleans estaban, y se proseguía con calor la Guerra contra la Cathaluña, y Valencia. Governaba este Reyno Asfelt, (como yá diximos) y no le havia perdonado à la fortuna el desayre recibiendo en Denia; y para restaurar lo que allí perdió de su opinion, determinò sitiara. Pidió Tropas para este efecto al Duque de Orleans, que las embió en 4. de Octubre con Don Francisco Gaetano: à las que quedaban se les permitió Cuarteles de Invierno.

A los primeros dias del mes de Noviembre dió vista à la Plaza con quince mil hombres Asfelt: no gastó mucho tiempo en abrir Trinchera, ni plantar Baterias, porque no disparaban los Baluartes, hasta que se empezó à batir en brecha. El dia 12. por la tarde se dió un asalto general à las Fortificaciones exteriores, y en dos horas las ganaron los Franceses, aunque se resistió quanto pudo la Guarnicion, que constaba de mil y quinientos Alemanes, é Ingleses: rindióse la Ciudad, y se retiraron al Castillo; pero habiendo Don Pedro Ronquillo ocupado el Convento de San Francisco, pocos dias antes fortificado de los Enemigos, se les prohibió à los Sitiados el Mar. Reconociendo los ataques, fué Asfelt levemente herido; pero prosiguió con su empresa, aunque los frios de aquel Invierno eran horribles. Perfectos yá los aproches, à los 17. pidió el Castillo Capitulacion, y no se le concedió à la Guarnicion mas, que el ser prisionera de guerra, y al Pueblo ninguna condicion. Esta noticia llevó al Rey Phelipe D. Geronymo Solis y Gante, de quien dió tan honrados informes Asfelt, que fué elegido Brigadièr. Alentado con esta victoria, intentó el Sitio de Alicante, y sin perder tiempo, embió al Mariscàl-de Campo Don Pedro Ronquillo, para que tomasse los puestos, lo que assi executó el primer dia del mes

de Diciembre. Siguió todo el Exercito el dia 3. y en el 7. se empezó à abrir Trinchera. La Plaza hacia gran fuego, y havia levantado, y fortalecido un Trincheron, que incomodaba mucho à los Sitiadores. Asfaltaron estos el Arrabal murado, y le ganaron. Desde allí se batía el Trincheron, que cubria al otro Arrabál; pero le desampararon los Ingleses: en él se alojó luego Ronquillo con todos los Granaderos, y se aplicó el Minador al Muro sin riesgo, porque estaba lexos el Baluarte, que era una simple cortina. Los Nobles, y hombres principales de la Ciudad se salieron, y embarcaron para Mallorca: la Plebe instó la rendición al Governador Don Juan Ricarte, y se capituló, entregando la Ciudad: los Presidarios se retiraron al Castillo, y hubo tregua de quatro dias: se dexaron salir à los Soldados de Cavalleria sin cavallos, y no se le permitió al Pueblo Capitulacion alguna: era toda la dificultad prohibirles à los Sitiados el Mar, porque venian veinte Navas Inglesas à focorrerlos. Por esso se construyeron en la orilla de él dos lineas, y se pusieron dos Baterias contra el Castillo, y contra el Mar, haciendo mas fuerte la de contravalacion, porque se temia algun desembarco. Está el Castillo puesto en una gran eminencia; y aunque con ramos obliquos, subia la linea à plantar el Cañon à tiro; ni esta podia passar por donde era necessario, por los peñascos de el Monte, ni se podia dar asalto à un Muro elevado, al qual, por largo espacio, era preciso subir descubiertos, y fixar el piè en un derrumbadero: por esso determinò Asfelt minar el Castillo. Esta obra parecia imposible, porque se havia de penetrar un Monte, cuyas entrañas eran de peña viva, y de marmol basto; pero tan duro, que apenas se dexaba labrar: se havia de elevar la Mina à estado, que rebentando el Monte, cayesse el Muro: havia de ser tan larga, y ancha, que hiciesse efecto; y para esto era menester cantidad de polvora, que no tenían prompta los Sitiadores.

Ni aun, si cayessen algunos lienzos de Muralla en lugar tan escabroso, era cierto el poder dar el asalto, porque la misma ruina lo impediria, y assi no eran muchos de este dictamen, solo si de bloquear el Castillo, y rendirle por hambre; pero firme en su opinion Asfelt, bien fortalecido antes el lugar en que havia de empezar la Mina, y bueltas todas las Ba-

terias contra el Mar, dió principio à la obra, quando yà fenecía el año, y así escrivirémos su exito en el que se sigue.

Conociendo Guido Starembergh quan mala guerra podía hacer, habiendo perdido todo el Reyno de Valencia, y Aragón, y adelantados los Españoles à Tortosa, intentò sorprehenderla: sacò de su Exercito à todos los Granaderos el primer dia del mes de Diciembre, y con cinco mil hombres, y una gran partida de Cathalanes passò à Tortosa: antes de amanecer el dia 4. ocupò una cercana Hermita, y puso Artilleria por donde declina el Ebro: ocupò algunas Fortificaciones, que no tenian aun perficionado el recinto en la Puerta de San Juan, y el rumor avisò à la Guarnicion del peligro en que se hallaba, acudieron luego à la puerta, que pretendian con hachuelas abrir los Alemanes, y con efecto la hicieron pedazos; pero no pudieron pisar el lindar, porque por dos horas le defendieron con brio los del Regimiento de Blaysoisa, Francès: Otros assaltaron por la Puerta, que llaman de Temple, la qual defendió gloriosamente el Regimiento de Murcia, con no pequeño estrago de los Enemigos. Con mayor felicidad los que acometieron por la Puerta, que llaman de Remolino, ocuparon el Arrabal, y una gran cortadura, que le separa de la Ciudad: Acudiò alli luego, con lo mas del Presidio su Governador Don Adrian Betancour, y se arrojò sobre los Enemigos con tal impetu, que à los primeros encuentros quedò muerto, y huvieran flaqueado los Defensores, si la luz del dia no les diesse mas aliento, porque era tan intrincada, y ciega aqueilla accion, que se recibian las mas de las heridas de los propios amigos, y no podia (por ser aún de noche) jugar la Artilleria de la Plaza. Los Alemanes ocuparon las casas del Arrabal, y se previnieron para batir la opuesta cortina, aunque un Baluarte hacia tanto fuego, que no los dexaba trabajar; pero ocuparon el Convento de San Juan, y se fortificaron para proseguir los ataques. No les dexò tomar piè el Theniente de Rey, Señor de Longcamp, y los atacò con tanta resolucion, con los Granaderos, el Marqués de Ordoño, que despues de una sangrienta disputa, quedaron prisioneros los que ocupaban el Arrabal. Se distinguieron en esta accion Longcamp, Ordoño, D. Francisco Quiròs, D. Diego Amarillo, Don Pedro Sanches, D.

Joseph Felvio, que hicieron retirar à los Enemigos al Convento de San Juan, donde yà se peleaba lexos de la Ciudad. Contra la Torre de las Campanas de la Iglesia apuntò la Artilleria Don Andrès Patiño; y las piedras que caian, maltrataban tanto à los que se querian mantener en las Trincheras, que, para no quedar obruidos de la mole, que se desplomaba, fuè preciso desampararlas; pero se peleò hasta la noche, y al favor de las sombras retirò su gente Starembergh, y con la que le quedò, se restituyò à Barcelona, disgustado de la infeliz expedicion, que con su acostumbrada futilidad de ingenio creyò lograr.

Nada de remarcable hubo este año en Estremadura: Mandaba en ella en Gefe el Marqués de Bay, que el dia 7. de Mayo se acampò de la otra parte del Campo de Eborá. Los Portugueses se acamparon en Olivenza. Los Españoles eran doce mil Infantes, y seis mil Cavallos: con mil y quinientos de ellos se embiò à Don Antonio de Leyva à hacer varias correrias, que no las olvidaban los Enemigos. Toda la Guerra de la primera Campaña se reduxo à asfijir los Pueblos, à robar Ganados, y à cansar en vano las Tropas, que à 9. de Julio se retiraron à Quarteles. La segunda Campaña empezò por Octubre. El Portuguès se acampò en el Almenrál, y los Españoles se adelantaron à Villagoyna; y despues de saqueada, Don Joseph de Armendariz tomò à Barbacena, en que havia cien Soldados: no se dexò Presidio, y se assoló à Villaquina, y la Atalaya, y nada mas hicieron las Tropas del Rey Phelipe: Las del Rey Don Juan passaron hasta Xerez, de donde las echò Don Luis de Solis.

Bolviò à entrar con mil Cavallos en los Estados de Portugal Don Pedro Serrano, debastò los Campos de Moura, y passò saqueando hasta Serpa: Don Diego Gonzalez traxo gran cantidad de Ganado. Acudieron en gran numero los Portugueses, y echaron à los Españoles, que hicieron barbaridades en la Tierra enemiga, no perdonando, ni aún à lo Sagrado. Incendios, violencias, estrupos, y robos eran todas las hazañas de una, y otra parte; y al fin, se vieron obligados los Gefes à convenir, en que los Labradores, y Pastores gozassen de una general Salvaguardia en ambos Reynos; y que no huviesse hostilidad, sino solamente entre las Tropas; pero co-

mo los Cabos Militares deseaban aprovecharse, duró poco este ajuste, y se empleaba tan baxamente el valor.

A los fines del año murió en Londres el Principe Jorge de Dinamarca, Marido de la Reyna Ana de Inglaterra; pero no Rey, como diximos; porque hizo siempre una vida privada, con mas amor à los banquetes, que à la Campaña. Importable à Malburgh, y à todo su Partido, que no tuviesse parte en el Gobierno, porque le iba bien con la Reyna, à la qual impossibilitaban segundas Bodas, yà porque su edad era incapaz de successión, y yà por no admitir en Londres Principe de mas alto espiritu, que se valiesse de los derechos de la Reyna para mandar; ni esta queria entrar en nuevo sistema de vida, satisfecha de las adoraciones del Sòlio, en el qual no mandaba, si solo servia à Malburgh, y à los de su facción: tambien hacia la Reyna alguna reflexion sobre su hermano el Rey Jacobo, siendo cierto, que le deseaba por Successor de la Corona, aunque en la apariencia adheria à la Casa de Hannover. Era el Principe Jorge Grande Almirante de Inglaterra; y aunque solo tenia del empleo el nombre, y el sueldo, no faltaban ambiciosos à la pretencion: confirióse al Conde de Pembroch con la misma autoridad, y con menores emolumentos: rehusò admitirlo, si no se daban à la Marina las assignaciones acostumbres, y se quitaba la subordinacion al Consejo de Estado, reservandola solo al Parlamento. Llevò esto la Reyna muy mal, pero vino en ello, porque nunca tuvo el Parlamento mayor autoridad, que en su Reynado. El Conde quitò à muchos los empleos por inhabiles, y eligió otros, aunque con disgusto de los Presbyterianos, porque era de contraria facción. Amenazaban estos alguna inquietud, y por esso pretendió el Gobierno unir los rigidos, y los moderados, aunque esto era difícil. La Camara Baxa favorecia à los primeros, la Alta à los segundos, y quedó en pié la discordia. Ni querian los Nobles extinguirla, porque de conservarse contrarios partidos, crece su autoridad, y tiene oposicion la del Rey; pues si no huviesse mas que uno, y este con beneficios le pudiesse vencer el Reynante, se haria despòtico, y perderia la Inglaterra enteramente la libertad. A esso aspiraba Malburgh, no creyendo, que le podia faltar el favor de la Reyna, con el qual adelantaba la guerra, quanto le importaba à su ambicion.

Todo esto era contra el Rey Phelipe; y por esso nos hemos dilatado algo en esta narracion, que podia parecer fuera de nuestro assumpto.

ÑO DE M.DCCIX.

NO tenian los Mortales memoria de tal exceso de frio, como el de este año: elaronse muchos Rios tan vecinos al Mar, que formaba margen de yelo: secaronse, por lo intento de el, los arboles. Toda la Francia, y la Costa del Mar Ligustico padeciò este daño. No corria liquida el agua, ni la que se traía en las manos para beber: endurecianse las Carnes, y los Pescados en muchas partes, que era preciso cortarlos con hachuela. Morian las Centinelas en las Garitas, y no hallaba casi reparo la humana industria contra tan irregular inclemencia. Como havia espirado con la misma destemplanza el pasado año, no hicieron progreso los sembrados; y se introduxo el hambre en los Países mas frios, principalmente en la Francia, donde se formaron, de orden del Rey, varias Compañias, para traer Trigo de Levante, que por la suave del Clima padeciò menos. No pocos infortunios agitaban el magnanimo corazon de Luis XIV. nunca rendido, pero cansado de las instancias de sus Vassallos, de que no se podia mantener mas la Guerra. Alentaba estas voces el Duque de Borgoña, con gran numero de nuevos Parciales, porque efectivamente creian los mas de los Franceses, que caminaban à su ruina. El Señor de Chiamillár, Ministro de la Guerra, seguia la opinion del Duque: tanta falta de dinero dieron à entender al Rey, que se vió obligado à embiar à la Casa de la Moneda las hermosissimas Estatuas de plata, que adornaban sus Palacios; y se publicò un Decreto, que reservada la necesaria, todo Vassallo reduxesse en dinero la suya. Obedecieron los primeros los Principes de la Real Sangre, el Conde de Tolosa, y los mas allegados al Rey.

No faltaba en la Francia dinero, y nunca havia havido mas, porque tantos años tenia como libre el Comercio de las Indias, que no lograban otras Naciones; pero no estaba

el Real Erario en buena fee, ni credito alguno porque los Villetes de Moneda, que se daban en aquella Theforeria, no se pagaban à sus destinados plazos, y havian quebrado muchos Bancos, que por negocio acumularon una inmensa suma de ellos. Estas infelicidades, ponderadas con vivissimos colores por la Señora de Maintenon, inclinaron el animo del Christianissimo à querer oír unos Tratados de Paz, que por medio del Conde de Bergueich, querian proponer los Olandeses. Ofrecieron con arte razonables proposiciones de palabra, para que se diese casi por vencida la Francia, queriendo entrar en Ajustes, que propuestos por los Vencedores, no podian dexar de ser indecorosos à los Vencidos. Con gran maña hizo entender esto à Bergueich el Pensionario Heinsio, porque, siendo Ministro del Rey Catholico, creyessen todos, que venia la Paz como rogada de ambas Coronas, à las quales abatian mas, quitandolas el credito, y con esto desmayaban los Subditos en la defensa, principalmente los Castellanos, que eran los que la Liga temia, y los que imaginaba invencibles.

No desesperaban los Coligados de traer à indecorosos partidos al Rey de Francia, porque sabian quanto deseaban sus Reynos la Paz, y quanto secretamente la promovia el Duque de Borgoña con la Señora de Maintenon, y Chiamillar, cuyas artes politicas tenian inquieta, y dividida el Aula. No le importaba sacrificar à su Hermano, como descansasse la Francia, y aún pretendia, que se le declarasse enemiga, para obligar al Rey Catholico à dexar la España, y contentarse con los Estados de Italia, y las Islas. Para qualquier resolucion que debiesse tomar el Christianissimo, importaba tener al Rey de España sujeto, y apartar de él los mas zelosos, è ingenuos Ministros, y assi tuvo Amelot nuevas instrucciones de dexar solo en el Gavinete del Rey los que no repugnassen à su dictamen. De lo proprio quedó encargada la Princesa Ursini, è inspiraba en la Reyna dictámenes, enteramente contrarios à los del Rey, porque este havia determinado, no dexar la España, y defenderla hasta el ultimo aliento; ni escuchar proposiciones de Paz, que le mudassen à otro Trono, aunque se le declarasse enemigo el Abuelo; y assi, nadie se atrevia à proponerle al Rey Phelipe expedientes adversos à su genio; pero los Franceses lo gobernaban de for-

ma que se viesse obligado à dexar por fuerza, lo que voluntariamente no queria. Los Españoles de mayor inteligencia nada ignoraban: veian la politica traycion del Ministerio Frances, sabian la repugnancia del Rey; pero éste no creía, que los Franceses usassen de mas Armas contra él, que las de la persuasion, y no de un systèma cruèl de desear fuesse vencido, y desentronizado. Este era todo el engaño, y el gran laberinto, que ocultaba la Corte, entendido de pocos, porque Amelot, que lo gobernaba en España todo, afectaba el mayor zelo, y tenía à los mas zelosos de la nota de defaectos al Rey, y de poco respetosos en el hablar, porque desaprobaban el methodo del Gobierno. Para quedarse mas libre, suprimió el Consejo del Gavinete, en que estaban los Duques de Medina Sydonia, Veraguas, S. Juan, Montellano, el Marquès de Bedmar, el Conde de Frigiliana, y D. Francisco Ronquillo; pero solo fuè para sacar de él al Duque de Montellano, y al de S. Juan, Ministro de la Guerra, porque luego bolvió el Rey à formar el mismo Consejo de los mismos que estaban antes, exceptuando à los dos: al Duque de S. Juan, porque queria ser à Amelot el arbitro de la Guerra; y al de Montellano, porque se oponia à todo lo que juzgaba no convenia al Rey, bien informado del designio de la Corte de Francia.

De esta novedad se alterò la Corte, transcendiendo al Reyno el temor de que convirtiesse contra él las Armas la Francia, por lo que se renovaron los antiguos odios entre las dos Naciones, con tanto ardor, que deseaban las Tropas Españolas el haver de combatir con los Franceses. Públicamente se censuraba en la Corte su conducta, y era el assumpto de todas las conversaciones. Como à la casa del Duque de Montellano (hombre versado en todas letras, y de llanissimo trato) acudian muchos à una conversacion, mas literaria, que politica, no dexaba la frecuencia de tantos de discurrir sobre las presentes ocurrencias: pocos con dissimulo, los mas con libertad, y todo se venia à reducir à culpar à Amelot, y à la Princesa Ursini, à la qual heria con impiedad un Agente del Duque de Uzeda, llamado Don Antonio de Sylva, que fuè por este motivo desterrado de la Corte, y assi lo expresaba el Decreto. No hablaban con mas moderacion el Duque de Montellano, el Conde de Frigiliana, y

el Duque de Montalto. Amelot los reprehendió de orden del Rey: Frigiliana respondió con sumisión, y ofreció la enmienda; pero los otros dos con orgullo, aunque con el mayor respeto al Rey, dixeron: *Que era zelo, y amor el censurar lo pernicioso al bien de la Monarquía; bien, que podía ser propia utilidad, porque estaban embarcados en la propia Nave del Rey, la qual se iba à pique, y la procuraban hundir los que la havian de defender.* Esta ingenuidad no desagradó al Rey, pero sí à Amelot, y à la Princesa, que à estímulos de su odio, quería que se desterrasse de la Corte à Montellano; pero lo impidió la Reyna, que le conservó siempre su especial protección. Los Magnates Españoles, que imaginaban que cargaria sobre la Nación Española todo el peso de defender al Rey, abiertamente pedian, que se apartassen del Gobierno los Franceses. El Duque de Medina-Coeli se atrevió à decirlo al Rey, ofreciendole la Paz con los Ingleses, y Olandeses, si convirtiesse las Armas contra la Francia, exponiendole, que ésta lo haria para hacer la suya. El Rey oyó esto con desagradó, y horror, y dixo: *No creía le desamparasse su Abuelo, y que en todo caso, nunca tomaria las Armas contra la Francia, y contra quien, despues de Dios, le havia colocado en aquel Treno.* Haviale escrito su Padre el Delphin, que eran vanas las voces de la Paz, y que nunca creyesse, que le havian de faltar los focorros de la Francia. Lo proprio le escribió su Abuelo, aunque con mas obscuridad. Esto le quitaba al Rey parte del temor; pero siempre con el rezelo de las instancias del Duque de Borgoña.

Profeguia el Sitio del Castillo de Ali ante con la misma costancia en los Sitiados, y Sitiadores: le havia dexado à cargo de Don Pedro Ronquillo el Cavallero de Asfelt, que se retiró à Valencia, para proveer desde allí lo necessario. Se profeguia la Mina, y sin haver todavia estendido los ramos, tenia ochenta palmas la primera entrada de ella, y era menester una cantidad inmensa de polvora: toda la esperanza fundaban los Sitiados en el socorro de las Naves Inglesas. El dia 15. de Enero cañonearon cinco de ellas la parte de las Trincheras, que declinaba al Mar; pero estas respondian con sus Baterías, y casi echaron à pique un Navio, con lo qual desistieron de la empresa.

No

No pudo estar perfecta la Mina hasta el dia 14. de Febrero: llegó al Campo Asfelt, y el dia 28. se cargó, y aviso à la Plaza de su peligro: baxaron dos Oficiales à reconocerla, y como se havia en dos dias cargado, creyeron no lo estaba sino en la boca, y que era ardid para que se rindiesse: ni discurrieron podia tener fuerza la polvora, dividida en tantos ramos, para echar el Castillo, porque el Monte llevaria todo el estrago; y así respondió su Governador, que podian, quando quiesse, aplicar el fuego, y antes de amanecer el dia 29. se executó. Voló gran parte del Monte, tembló la vecina tierra, y el Castillo, y de él cayó el Baluarte opuesto à la Ciudad, la Casa del Governador, y el segundo recinto, que mira à Poniente; pereció la parte de la Guarnicion, que en estos parages se hallaba, y entre ellos el Governador Ricardo Siburch, Ingles, cinco Capitanes, tres Thenientes, y el Ingeniero Mayor: ni con esso se rindió el Presidio, que havia quedado, aunque le faltaba Viveres, y al violento rebentar de la mina se le abrieron las cisternas. Las ruinas no dexaban assaltar la brecha, y aunque yá confusa mole todo el Castillo, se le plantaron nuevas Baterías de Cañones, y Morteros. Con glorioso tesón los Presidarios despreciaban las iras de Asfelt, y dilataron tanto la defensa, que el dia 15. de Abril vino à focorrerlos la Armada Inglesa, y Olandesa, con gente de desembarco, mandada por Diego Stanop; pero no se atrevió à hacerle, porque los Españoles se formaron en la orilla del Mar: batianse reciprocamente las Trincheras, y los Navios, pero sin fruto alguno. No quiso la Armada dexar en riesgo à los Presidarios, y así Stanop capituló la rendicion del Castillo, saliendo la Guarnicion libre, y con todos los honores Militares, gloriosa, aunque le perdia. Costable años al Rey Catholico la recuperacion de lo que perdió en un dia. Esta ventaja tenia el Rey Carlos, que le costó poca, ò ninguna guerra lo que poseia, y el pertinaz empeño de los que se lo entregaron, lo defendia con obstinacion hasta el extremo.

En la Iglesia de San Geronymo, el dia 7. de Abril, se juró fidelidad, y reconoció por legitimo Successor de la Monarquía de España à *Luis de Borbón*, Principe de Asturias, juntandose como en Cortes los Reynos de Castilla, y de la Co-

10-

rona de Aragón, precediendo aquella: tambien estaba allí el Cuerpo de la Nobleza. Huvo alguna dificultad en el Ceremonial, porque jamás se havian juntado en un Congreso los Reynos de Castilla, y Aragón, y aunque esta ultima Corona fuè antes establecida, y erigido en Reyno sus Estados, quando los poseia Don Garcia Ximenez, y à este tiempo Castilla, ni era Condado; pero la magnitud, y opulencia de esta, con la agregacion de tantos Reynos, y su inmutable fidelidad, la hacen mas digna; y assi se antepuso à Aragón, y los Diputados de Zaragoza se sentaron despues de los de Burgos, porque los de Toledo tenian assiento en otra parte, no estando la antigua question decidida: siguiò Valencia, y las demás Ciudades fortearon sus assientos.

El Fiscál Regio pidió luego, se diese al *Principe de Asturias* la absoluta possession de sus Estados, con entera soberania, è independencian, como los havia dado el Rey Don Juan el Primero al Principe Don Enrique, quando el año de 1388. se casò este con Cathalina, hija del Rey de Inglaterra, que fuè el primer Principe de Asturias, el qual, siendo despues Rey, mandò à su hijo Don Juan el Segundo, hiciesse lo proprio con su Primogenito Enrique Quarto. Pidió tambien, se reintegrasse en lo usurpado el Principe *Don Luis*, con el exemplo, de que siendo Principe de Asturias Enrique Quarto, havia despojado de sus usurpados bienes à Pedro, y Suro de Quiñones, jurando en Avila, no desistir de lo determinado. Esta súplica del Fiscál se remitió al Consejo Real de Castilla, que con ingenua libertad consultò al Rey: *No convenia darle al Primogenito mas, que el nudo nombre de PRINCIPE DE ASTURIAS, porque de tener otro Soberano incluido en los Reynos, podrian nacer muchos, y no pocas veces vistos inconvenientes, aún con el proprio exemplo de Enrique Quarto, contra su Padre Don Juan el Segundo: Que en quanto à inquirir sobre lo usurpado, era muy justo, y que todo se debía agregar à la Corona, dandole al PRINCIPE los alimentos proporcionados à su edad, y à su celsitud.* Conformòse el Rey con este parecer, siguiendo el exemplo de Ferdinando el Catholico, y de los quatro Reyes Austriacos, desde Carlos V. à Phelipe VI. No faltaban Cortesanos, y Magnates, que querian dos Soberanos en un proprio Palacio; porque se vio claro, que era fundar eterna discordia.

Mal.

Mal satisfechos reciprocamente uno de otro, el Rey Catholico, y el Duque de Orleans, fuè este llamado à Paris: sus Parciales negaban esta circunstancia, y que espontaneamente havia dexado el mando de las Tropas. Las Españolas las mandaba el Conde de Aguilar, y las Francesas el Mariscál de Bessons. Nunca se viò Exercito mas discorde: la defunion empezaba desde los Gefes al ultimo Soldado, con tales demonstraciones, que cobraron no poco aliento los Enemigos. Lo que se encargaba à los Franceses, lo echaban à perder los Españoles; lo que à estos, lo desbarataban aquellos, no por emulacion de gloria, sino por odio: y estaban pertinaces las Tropas Españoles en querer que se fuesen los Franceses, y que solas defenderian el Reyno.

A 12. de Abril el Conde de Estain sorprendió à Venasque, pero quedaba el Castillo, y le faltaban al Francés Viveres, y Municiones: con pocos Cañones de Campaña le batia inutilmente: abrió una Mina, y aunque la huviesse perficionado, faltaba polvora: los Catalanes ceñian à los Sitiadores, y estos al Castillo, que estaba no poco arriesgado, y en un sitio áspero, y estéril. Havia ya salido con veinte y tres mil hombres à Campaña Guido Starembergh, y assi Bessons mandò retirar à Estain, que lo hizo con bizarría, y no sin riesgo; porque los Catalanes le tenian cerrado los passos, y solo con las armas en las manos se pudo executar la marcha. Era de gente escogida la Infanteria del Rey Carlos: pero no a proposito la Cavalleria, porque los Cavallos forasteros se hacen luego en España bulzos, y fuè preciso tomarlos de Cerdeña; embió el Conde de Cifuentes ochocientos, que no servian mas que para Dragones; porque el Cavallo Sardo tarda à sujetarle à la disciplina Militar, y no resiste inmovil al fuego. Juntaronse las Tropas del Conde de Aguilar, y de Bessons, y se llamó à las de Asfelt, que estaban en Valencia, y aún à los Franceses del Exercito de Estremadura, donde quedaron, baxo el mando del Marquès de Bay, y diez y seis mil Españoles, poca gente, pero Veterana. Esta se acampò en Ehora à 19. de Abril; y los Portugueses en Yelves: eran veinte mil, y de ellos los ocho mil Ingleses: La Cavalleria mandaba el Conde de San Juan; y el Marquès de la Frontera todo el Exercito, cuya fuerza estaba solo en los Infantes; porque las Tropas embiadas ultimamente de In-

gla.

glaterra eran las mas escogidas. Para buscar à los Españoles (como decian) determinò el Marquès passar el Rio Caya, y se acampò en una llanura. Los Españoles, que deseaban la Batalla, se acercaron à la Atalaya del Rey, no lexos del Rio, adelantandose la Cavalleria, porque venian à mas lento passo los Infantes, hasta ver qual era la intencion de los Portugueses, que andaban estendidos por la Ribera, habiendo echado nueve Puentes, para que con repentino assalto pudiesen acometer. Nada ignoraba el Marquès de Bay; y para traer à una Batalla à los Enemigos, mandò forragear los sembrados de Campo Mayor: huyeron los Portugueses, que los guardaban, y se diò tiempo para que se adelantasse à la Atalaya el Marquès de Aytona. Poco despues siguió con todas las Tropas el de Bay: passò sus Puentes el Portuguès, y se formò en la misma orilla del Rio el dia 7. de Mayo, poco antes de medio dia. Hicieron lo proprio los Españoles. Governaba la derecha el Marquès de Aytona, y el de Queyús; el Conde de Fienes, y Don Balthasar de Moscoso la izquierda. Para herir de lado à la derecha de sus Enemigos, estendiò mucho la izquierda el Portuguès, mandada por el Conde de San Juan, à quien sostenia Gallobay, en segunda linea, con tres Regimientos Ingleses. El Marquès de la Frontera ocupaba el centro, aguardando la Batalla, porque no veia linea alguna de Infantes Españoles, los quales estaban lexos de la Cavalleria, y de las Piezas de Cañon, que precedian: no havia centro, y toda la fuerza del Exercito estaba en dos àlas muy separadas. No podian los Portugueses pelear, si empezaban ellos, mas que con la Cavalleria Española, mas diestra, y experimentada, à la qual havian cobrado horror, porque en todas las escaramuzas quedaban vencidos.

Impaciente el Marquès de Bay de que pretendiesen los Enemigos con su izquierda quererle encerrar, aunque tenia su Infanteria lexos, mandò, que atacasse la Cavalleria; y lo hizo con tanto brio el Marquès de Aytona, que à los primeros encuentros huyò la Cavalleria Portuguesa, que procurò reparar en la segunda linea el Conde de San Juan; pero el impetu de la primera, la desordenò. Con todo, hizo otra vez frente, ayudado de Gallobay: se combatiò poco, y quedò prisionero el Conde de San Juan; siguiò à los vencidos el Marquès

quès de Aytona, hasta Campo-Mayor: murieron mil y setecientos, y traxo mil y trecientos prisioneros, con poca perdida de los Españoles. En una casa de Campo pretendiò hacerse fuerte Gallobay con tres Regimientos Ingleses: el huyò, y estos quedaron prisioneros, porque poniendo piè en tierra los Dragones, y àun los Oficiales de la Cavalleria, perficionaron la obra de su àla derecha. Con menos trabajo vencieron en el àla izquierda el Conde de Fienes, y Moscoso, porque luego que acometieron, huyò la primera Linea de los Enemigos, y antes que esta, yà havia huido la segunda. Procurò el Marquès de la Frontera ordenarlos, y recogerlos; pero fuè en vano: solo à la velocidad del huir fiaron su seguridad. El centro de los Portugueses, yà despojado de Cavalleria, antes que pudiese llegar la Infanteria Española, que estaba àun lexos, retrocediò velozmente, y dexando el Campo con todos sus Pertrechos Militares, y Cañones, passò la Caya, tan desordenado, que ni se acordò de romper los Puentes.

Esta es la Batalla del Campo de la Gudiña, y la infructuosa Victoria de los Españoles, porque el Marquès de Bay no tuvo espera en acometer, y lo hizo estando tan lexos la Infanteria, que ni viò la Accion, ni llegò en muchas horas. Pudo la Cavalleria Vencedora assaltar al centro, y travar una dura disputa, mientras llegaban los Infantes. Pudo, yà dueño del Campo, romper los Puentes, y entretener à los Portugueses, para que no passassen el Rio; pero ni los esfuerzos, que hicieron el Marquès de Aytona, y el Conde de Fienes, fueron bastantes para detener à los Españoles, que seguian con tanta rabia à los Vencidos, que despreciaron el precepto, ò se fingieron sordos à el. Esta felicidad tuvo, àun perdiendo la Batalla, el Rey de Portugal, que si se huviera dado con mas prudencia, huviera perdido enteramente su Exercito, y no le quedaban à sus Plazas bastantes Guarniciones. El dia 2. de Julio, habiendo dado à luz la Reyna Luisa Gabriela de España, otro Infante, à quien en el Bautismo se le puso el nombre de Phelipe, diò aprehension al tiempo del parto, porque era en ocho meses, y no se podia averiguar, si havia tocado de la nona Luna. Todo el peligro se convirtiò contra el recien nacido, que solo vivió seis dias. Al abrirle para embalsamarle, le hallaron desordenadas las entrañas, y fuera del pericardio el corazon. Dios

fele la acostumbrada sepultura en el Pantèon de los Infantes.

Despues de la rendicion de Lilla, y la retirada del Duque de Baviera de Bruselas, dexando en la Plaza nuevamente rendida al Principe de Nassau, passò el Principe Eugenio à Gramont, y Malburgh à Odenarda. Ni los horrendos frios de este año hicieron, que se diese Quarteles de Invierno à los Soldados. Consintieron los Olandeses en sitiar à Gante; y aun no ignorando esto, despues de passar muestra à su Exercito, que constaba de noventa mil hombres, se retirò à Paris el Duque de Borgonia. El Rey de Francia mandò fortificar, y presidar à Ipre, Neoport, Furnes, Dunquerque, Santomér, Arràs, Betunas, y Cambray, Valencianas, Fornay, y Condé. Mucho les faltaba que vencer à los Enemigos, antes que penetrasen el corazon de la Francia, porque decia el Principe Eugenio, *que siaba visitar su Patria*. Esta era Paris, de donde, no bien satisfecho del Rey Christianissimo, passò à servir al Emperador.

Era Governador de Gante el Varon de Capri, por el Rey Phelipe, y se encargò el Sitio à Malburgh, que la atacò por cinco partes, por el alta, y baxa Ribera de la Esquelda, por el Lis, y por los Canales. Antes de espirar el passado año, yà estaban abiertas las Trincheras, y tirada una paralela contra el camino encubierto, entre la Lis, y la Esquelda. La principal Bateria estaba à cargo del Duque de Virtemberg, y la linea entre una, y otra Ribera de la Esquelda, al del Mariscal de Campo Evansè, guardada de Ingleses. Contra esta hizo una vigorosa furtida el Varon de Capri, passò á cuchillo dos Regimientos Ingleses, è hizo prisioneros à Evansè, y al Coronel Grovè. En el mismo dia quiso hacer otra; pero fuè con mucha pérdida rechazado. Los Sitiadores rindieron el Castillo, que llaman Roxo, que està sobre el Canàl de Sas de Gante, y esto quitò al Varon de Capri la esperanza de resistirse, y pidió Capitulacion el dia 4. de Enero: obtuvola con todos los honores Militares, y entraron los Olandeses en la Plaza: tambien ocuparon à Brujas, y Plasentàl, dexadas del Presidio Francès: con esto se diò Quarteles de Invierno en la Mosa à los Alemanes. El Principe Eugenio, y Malburgh, llenos de glorias, y triunfos, passaron al Haya, mas para estorvar la Paz, que para promoverla, porque no solo les importaba proseguir la Guerra, sino que les inspiraba su sobervia nuevas victorias; mas remotas de

lo que los lisonjeaba su esperanza. Ninguno de los Aliados queria la Paz, con la ambicion de nuevos progressos. El Rey Christianissimo tampoco la queria, ni assintió jamás interiormente à ella; pero para engañar à los Enemigos, y librarle de las continuas persuaciones de muchos de sus Aulicos, fingia quererla. Este secreto à nadie le revelò sino à su hijo el Delphin, y al Rey Catholico, previniendoles, verian todas las apariencias de Paz, y de desamparar la España; pero que proseguiria la guerra. Despues que tambien, engañado el Conde de Bergueich, assegurò à los Olandeses, que queria el Rey Christianissimo la Paz, permitieron estos, que el Presidente Rouler, Francès, fuese al Haya, à tratarla. Pidió Preliminares, y se los dieron los Olandeses, tan sobervios, è impracticables, que pareciendole à Rouler aun indecoroso el leerlos, y ponerlos en noticia de su Amo, pidió otro Ministro, y se le embió al Marquès de Torfi, Secretario del Despacho Universal del Rey. Viò este Preliminares tan altaneros, y fuera de la razon, que conociò no querian los Olandeses la Paz, y así lo escribió à su Corte. Querian estos una Paz particular, ventajosa à sus intereses, y hecha traydoramente; y no atreviendose à explicar, por miedo de los Ingleses, dieron unas proposiciones, que ya sabian no havia de admitirlas la Francia. El Rey, con la siniestra intencion, que hemos dicho, diò libertad à sus Ministros de firmar los Preliminares, reservandose à ratificarlos en termino de un mes. Esto no lo creian, y lo veian los Aliados; pero estaban tan ciegos de su fortuna, que al fin se persuadieron à que la trataba sinceramente el Rey Christianissimo, cansado de tantas pérdidas, y yà agotados los thesoros de la Francia. Antonio Heinsio, Gran Pensionario, estaba enteramente subordinado al Emperador, y à la Reyna Ana, y así todo se formò à gusto de las Cortes de Viena, y Londres. Para que se conozca la sobervia immoderada de ánimo de los Aliados, pondremos un resumen de los Articulos Preliminares, que fueron quarenta.

I. Que no se dexaria precaucion, medio, ni disposicion alguna para hacer eterna, è immutable esta Paz.

II. Que havia de ser sobre los presentes Preliminares, y no sobre otros, sin añadir, ni quitar.

III. Havia de reconocer el Rey de Francia à Carlos de Austria por Rey Catholico, y dueño de todos los Reynos de la

Monarquía Española en virtud del Testamento del Rey Phelipe IV. exceptuando lo que estaba ofrecido à los Portugueses, Olandeses; y Duque de Saboya, observando perpetuamente la Francia, en quanto à la successión, todas las Cláusulas de el dicho Testamento.

IV. Havia de entregar por sus manos el Rey Christianissimo la Sicilia al Rey Carlos; y que dentro de sesenta dias, que havian de empezar à contarse desde primero de Julio, havia de salir de España Phelipe de Borbon, Duque de Anjou, con su Muger, è Hijos, y los que le quisiessen seguir; y passado este plazo, que havia de tomar las Armas el Rey de Francia, junto con los Aliados, para obligarle à dexar la España.

V. Havia de llamar sus Tropas la Francia de qualquier parte de los Dominios de España, en que estuviessen, dando palabra Real de no focorrer à su Nieto con Armas, ni dinero.

VI. Havian de ceder los Borbones, para siempre, los derechos à la Monarquía de España, reconociendo por legitimos Herederos à los Austriacos, y su Casa, proclamado aora Carlos III. como verdadero Successor de Carlos II.

VII. Se havian de abstener del Comercio de las Indias los Franceses.

VIII. Se havia de entregar al Emperador à Strasburgh, y Kell.

IX. Que por el Artículo de la Paz de Riswich se havia de entregar tambien al Cesar à Brisac.

X. Que havia de poseer la Alfacia el Christianissimo, no violados los Privilegios del Imperio, restituyendo las Plazas al estado en que estaban antes de la irrupcion de los Franceses, menos Landau, que se havia de entregar al Emperador.

XI. En virtud de la Paz de Vvestphalia se havian de demoler las Fortificaciones del Rhin, desde Balesia à Philipburgh, Huninguen, nuevo Brisac, y Castell-Luis.

XII. Se havia de dar al Principe de Hefecasèl à Rinsfelt.

XIII. Se havia de reservar à la Paz General la execucion del Tratado de Vvestphalia, en virtud del Artículo quarto de la Paz de Riswich.

XIV. Havia de reconocer el Rey de Francia por Reyna de Inglaterra à Ana Stuarda.

XV. Havia de reconocer por Successores à la Gran Bretaña à los que havia declarado el Parlamento, y la primera de ellos à Sophia Hannoveriana.

XVI.

XVI. Se havia de restituir à los Ingleses en las Indias à Teranova, y à los Franceses quanto alli se les havia quitado.

XVII. Se havia de demoler à Dunquerque, y cegar su Puerto en espacio de quatro meses; y en el de dos, concluirse la mitad de la obra.

XVIII. Se havia de sacar de la Francia al Principe de Gales Jacobo, y no se le havian de dar auxilios contra la Inglaterra.

XIX. Sobre el Comercio se havia de establecer las Leyes en la Paz.

XX. No havia de oponerse el Christianissimo à los aumentos de la Corona de Portugal, como se convino con ella.

XXI. Havia de reconocer la Francia por Rey de Prusia al Marquès de Brandemburgh, à quien se debian entregar el Principado de Neuphastel, y el Condado de Valenguein.

XXII. Se darian à los Olandeses Turnes, Frabach, Heno, Meminga, Ipre, Warnethon, Comines, Worvich, y Properenghen, con sus Confines: reservando à los Franceses à Casèl, Lilla, Tornay, Condè, Maubergh, menos Duay: señalando à los Olandeses de la Flandes Española la Barrera, como se lee en los Pactos de la grande Alianza; y en el Artículo duodécimo de la Paz de Munstèr, y mas se les concederia la Gueldria Superior.

XXIII. Se restituiria à la Monarquía de España quanto en Flandes han usurpado los Franceses.

XXIV. No se facaria de las Plazas la Artilleria quando se entreguen.

XXV. En el Comercio las Aduanas se debian computar como se estableció en la Paz de Riswich.

XXVI. Havia de reconocer la Francia nuevo Elector del Imperio al Duque de Hannover.

XXVII. Se le havian de restituir sus Estados al Duque de Saboya.

XXVIII. Se daria al Duque de Saboya à Exelles, Fenestellas, Chaumont, el Valle de Pragellen, y lo que està de esta parte mas allà del Monte de Ginebra por Barrera.

XXIX. Se discutirian en el Congreso las razones del Duque de Baviera, y Elector de Colonia, quedando al Palatino el alto Palatinado, y el Condado de Chiamensù, confirmando à Donavert los Privilegios Imperiales, y pudiendo el Cesar presidar à Huit, Bona, y Lieja.

XXX.

XXX. El cuidado de observar estos Preliminares sería en todos reciproco.

XXXI. No se romperian las treguas por proposición alguna de los Aliados, y solo se havia de discurrir.

XXXII. El Cesar, y sus quatro Circulos confederados, como tambien los Prusianos, Portugueses, y Saboyanos, podrán proponer lo que quisieren en el Congreso.

XXXIII. En dos meses se ha de establecer la Paz general.

XXXIV. Hauria tregua general dandose execucion à estos Articulos.

XXXV. El Rey de Francia, luego que confirmasse estos Articulos, entregaria á Namur, Charleroy, y Mons, à 15. de Junio; à Lusburgh, Condè, Tornay, y Mauberg, antes de medio de Julio; à Neoport, Furnes, Quesnò, e Ipres, antes de dos meses: demoleria à Dunquerque, y empezaria à cegar el Puerto.

XXXVI. Ofrecerá el Christianissimo observar religiosamente lo ofrecido.

XXXVII. Cedida al Rey Carlos toda la España se entenderá la tregua hasta la Paz general.

XXXVIII. No se contará gasto alguno en evacuar las Plazas.

XXXIX. Se confirmarán los Preliminares antes del dia 15. de Junio, y el Emperador antes del dia 30.

XXXX. Será el Congreso en el Haya, y empezará à 15. de Junio.

Estos sobervios, y arrogantes Preliminares, firmados en 28. de Mayo: Por parte del Cesar, del Principe Eugenio, y Phelipe Luis, Conde de Sincerdorf: Por la Reyna Ana, del Duque de Malburgh, y Fousenden: Y por los Olandeses, de Werderén, el Varon de Renden, Heinsio: el Señor de Lier, Goringa, Sterfum, Vichers Buis, y Ovardendissen, presentó al Rey de Francia por su mano el Marqués de Torfi, y aunque concibió la mayor ira el Rey, como le importaba disimular, y tomar tiempo, dixo: *Que no los firmaria como estaban; y que explicassen el Capitulo quarto, sobre tomar armas contra su Nieto el Rey Catholico, lo que jamás haria; si que le desampararia, y sacaria de España las Tropas: Que quitassen el dicho Artículo, y que se disputaria sobre los demás.*

Esta respuesta se leyò en Olanda; y replicaron, que si la Francia descansaba de la Guerra, dexandola à los Aliados, bol-

veria à ella con mas tesòn, y que socorreria secretamente al Nieto, reformando Tropas que fuesen à servirle. Enteramente discordes los ànimos, se rompiò este Tratado; y como la soberbia de los Olandeses, se havia hecho en la Europa odiosa, publicaron estos las razones que tenian para haver formado aquellos Preliminares, y el Rey Christianissimo de no admitirlos. En secreto trataban todavia algunos Olandeses con el Conde de Bergueich, y ofrecieron la Sicilia, y la Cerdeña al Rey Phelipe, para que no bolviesse à una vida privada. Esto fuè mal oïdo de Luis XIV. y aún los Franceses, que adherian al Duque de Borgoña, llevaban mal tan injustos Preliminares, que irritaron mas al Rey, y al Delphin, y juraron profeguir la Guerra hasta el extremo.

No ignoraba esto el Rey Catholico; y viendo, que su Abuelo convenia en desampararle, desconfiò enteramente de la Francia, y de Amelot, temiendo, que con sus dictámenes perdieffe la España; y assi adhirió el Rey mas à los consejos de los Españoles, y determinò sacar todos los Franceses de sus Dominios, assintiendo à esto la Reyna, y la Camarera, que para empezar à reconciliarse con los Españoles, hacia grandes agasajos al Duque de Medina-Coeli, y le quiso hacer del Consejo del Gavinete del Rey, lo que rehusó, si no salia de España Amelot. La Camarera, que temia caer con los Franceses, tomó abiertamente el partido de los Españoles, atenta à su seguridad. Los Pueblos, ayudados de las sugestiones de los Parciales Austriacos, flaqueaban ya en la constancia de defender al Rey, viendo que no le querian dexar parte de la Corona, y que le desampararia la Francia, juzgando por imposible, que sola la España se pudiesse defender de tan poderosos Enemigos. Por esto, y por acallar las insolencias de muchos, le fuè preciso al Rey Phelipe nombrar por sus Plenipotenciarios al Duque de Alva, y al Conde de Bergueich, aún sabiendo, que no serian en el Congreso del Haya admitidos, pues tampoco el Rey Carlos los tenia. Con esta demonstracion respiraron los Españoles, menos informados, viendo, que se trataba al Rey como tal entre los Aliados. Mas alientos les diò el saber havian ya bueltos à Paris el Marqués de Torfi, y el Presidente Rouler.

El Tratado de la desvanecida Paz inflamo los ànimos, y se determinò entre los Aliados el Sitio de Tornay, del qual se

encargò Malburgh. El Delphin de Francia, porque no fuese à Flandes su hijo el Duque de Borgoña à acabarla de perder, se la reservò à si, y se publicò, que con el Mariscàl de Harcourt iria el Duque al Rhin, por mantener su decoro: con esto el Delphin cediò el mando del Exercito de Flandes al Mariscàl de Villars, hombre de honra, y ardimiento, y contrario à las maximas del Duque de Borgoña, que yà entendia la constancia de su Abuelo, y del Padre, y no podia poner en execucion sus ideas. No pensò el Rey embiarle à la Alfacia, sino dexar correr la voz, porque permanecian en Paris ingratos rumores contra ella, fomentados del Duque de Vandoma. El Exercito de Villars se componia de cien mil hombres: tuvo orden de no venir sino forzado, ò en favorable oportunidad à batalla, porque havia determinado el Christianissimo ir poco à poco perdiendo la Flandes, y consumir à gastos los Enemigos, guardando el beneficio del tiempo, si abria favorable resquicio à una decente Paz.

Baxo la mano de los Generales Fagel, Scolembourgh, y Lothum, abrió las Trincheras Malburgh à 8. de Julio contra Tornay: era Governador de la Plaza el Marquès de Survill, y por la Puerta de Lilla hizo una valiente salida, costosa à los Sitiadores. El dia 12. se empezó à batir. Como el Mariscàl de Villars havia sorprendido à Warnetò, guarnecieron los Aliados mejor à Comines, y Puente Roxo. Pidió Villars permiso al Rey para socorrer à Tornay, mas no se le concediò. A los 21. hizo otra surtida el Governador, penetrò la linea, deshizo las Trincheras, y quedaron muertos muchos. El General Witors, Inglès, que las defendia, quedò mortalmente herido. No hacian gran efecto las Baterias, por no estàr bien puestas, haviedo faltado el Ingeniero Mayor Roque, à quien una bala de Cañon de la Plaza quitò ambos muslos. Hicieron los Sitiadores una Mina contra las Obras exteriores; pero tan mal dispuesta, que retrocediò el fuego al dispararla, y levantò parte de las Trincheras, volando treinta Cañones, y muchos sacos de Municiones: con todo esso dieron assalto al camino encubierto, y le ocuparon: fueron rechazados; pero con nuevo acometimiento vencieron, y entraron despues por la Puerta, que llaman de Maruya: estaba esta libre de los mayores Baluartes, pero uno que heria por un lado, los echò de aquel parage: levantaron los Sitiados un Trincheron à la Puerta que llaman de Valencienas,

y.

y aun no offaban los Enemigos assaltar el Fosso, porque estaba todo minado, y no lo ignoraban. Dieron el tercer assalto por la Puerta de Siete Fuentes, y al segundo acometimiento ocuparon el Fosso, alojados con gran trabajo en un angulo, porque el Governador disputaba con denuedo, y arte qualquier palmo de tierra. No sabia, que le estaba prohibido à Villars socorrerle, y assi daba tiempo à que lo pudiesse hacer. Con todo esso, el Exercito Francès hacia inciertas marchas, para cansar mas à los Contrarios. Destacò al Marquès de Nangis, y tomò la Abadia de Hasnon, donde se havian fortificado trecientos Ingleses, que passò à cuchillo; pero murió el Sobrino del General Albergoti, que hizo costosa la empreffa, por ser joven de altas esperanzas. Acercòse despues à Condè, y entrando en aprehension el Principe Eugenio, se moviò con sus Tropas para socorrer à Malburgh. El dia 26. assaltaron los Ingleses el camino encubierto, y vencieron: yà alojados acometieron à las Fortificaciones exteriores inmediatas à la Muralla, y las ganaron. Ya libres de todos los Baluartes, descansaron todo el dia, y al anochechar atacaron la obra coronada. Aqui se disputò sangrientamente el fatàl Lindar; y aunque yà le havian ocupado, se echaron con tal furia sobre los Enemigos los Francèses, que yà estaban casi desalojados, si con presteza, y brio no los socorriese el Duque de Argille, Inglès, con una Manga de Soldados, que estaban de reserva: luego, reintegrados los Sitiadores; baxaron al Fosso, quando yà tenia tres brechas la Muralla, que era el ultimo recinto de la Plaza. Los Ciudadanos rogaban al Governador la rendicion, que se pactò à 24. con todos los honores Militares, y los mismos Articulos en que se convino en Lilla. Quedaba que ganar el Castillo, adonde se retirò parte del Presidio, y sin dilacion se plantaron contra el las Baterias. Era su Governador el Señor de Megrin, y tenia tres mil y quinientos Presidarios. Este Sitio empezó à los primeros dias del mes de Agosto. Hizo una salida el Governador Survill, y deshizo las labores; pero fueron muy presto reparadas. Despues de varias, y sangrientas disputas, ocuparon los Ingleses el primer labio del Fosso, è intimaron à la Plaza la rendicion con modo el mas arrogante, y de no dar quartel, si no aceptaban los Articulos, que proponian. Pidieron los Sitiados tiempo para consultarlos al Rey, que los despreciò, ordenan-

Tomo I.

Tt

do,

do, que se defendiesen hasta el ultimo extremo, aunque pereciesse toda la Guarnicion. Obedecieronle puntualmente, y se hizo una heroyca defensa, con muchas, y bien ordenadas falidas; pero la constancia, y valor de los Sitiadores lo vencia todo. Hicieron los Sitiados una Mina debaxo del alojamiento de sus Enemigos, que la ignoraron, hasta que la llama los avisò del peligro: volaron gran multitud de cuerpos de miseros Ingleses por el ayre, y se llenò de horror todo aquel sitio, de genero que pidió Malburgh una tregua para enterrar los cadaveres, y se le concediò por quatro horas. Tenian felicidad en hacer las Minas los del Castillo, porque volaron muchas, con ruina de los Sitiadores, de genero, que las Trincheras, que mandaba el General Lothum, retrocedieron quarenta passos; pero ni aun todo esto bastaba, si no huviesse determinado Malburg el contraminar: de que resultò el haver tenido los Minadores varios encuentros en las entrañas de la tierra, como si la quisiesse la ira de los hombres penetrar. No querian los Granaderos Alemanes entrar à proteger la Mina, si el oro de Inglaterra no lo allanasse: en fin, en toda la Guerra no havian encontrado los Aliados Sitio mas arduo; y aunque miraba distante la victoria Malburgh, determinò no desistir de la empresa. Embiò mas gente el Principe Eugenio, y vino à ver el Sitio, ò consultar que se debia hacer, habiendo el Mariscàl de Villars fortificado las Lineas de la Scarpa, y se determinò, que el Principe Eugenio pusiesse su Exercito en Orquies, levantando Trinchera, para que no pudiesen los Franceses dar la batalla hasta que se ganasse la Ciudadela. Faltabales à los Sitiados Viveres, por engaño de Chiamillar, aun quando creia el Rey que les sobrarian, y por effo se viò el Governador obligado à pedir Capitulacion el dia 30. de Agosto. No queria dár el Ingès libertad al Presidio, y se bolviò à las hostilidades, pero yá se daba por onzas el pan al Soldado, que deseaba ser vencido, para huir el hambre. Diò el Sitiador el assalto al camino encubierto: fué dos veces rechazado, pero venciò à la tercera. El dia 3. de Septiembre pidió Capitulacion Surville, y faliò con la Guarnicion prisionero de Guerra, aun mas presto de lo que el Rey quisiera, porque solo iba ganando tiempo.

Con nuevo desìgnio los Aliados passaron la Esquelda: el modo de las marchas significaba querer sitiar à Mons, ò Char-

leroy. El Mariscàl de Villars se acampò en Montplaquet, y porque estaba en mejor parage, y yá à la vista los Alemanes, escogió por antemural un Bosque, donde formò la Infanteria, y levantò un Trincheròn de maderos junto à un natural Fosso, que partia el Bosque; puso à los lados la Cavalleria, y el dia 10. de Octubre dispuso los Cañones con mayor felicidad, que los de sus Enemigos, que hacian poco efecto contra el Bosque. Desde este dia estaban los Exercitos sobre las Armas. Regia el Principe Eugenio el centro: la derecha el Duque de Malburgh, y el Principe de Nassao la izquierda. Toda la Cavalleria estaba à cargo del Principe de Hessecaesèl, pero en la Retaguardia, porque Eugenio havia determinado empezar la batalla con los Infantes. Los Franceses separaron mucho las dos àlas: la derecha la mandaba el Mariscàl de Boufflers, en la Selva, que llaman de Sansart; y la siniestra Villars en Blaugies; pero acudia tambien al centro: puso en la izquierda la mayor fuerza, porque viò, que con Malburgh estaban los Ingleses, Prusianos, y Irlandeses, con la Infanteria mas escogida. No por effo dexaban Villars, y Eugenio de correr todo el Campo, y havia este formado un Cuerpo de reserva de los Presidios, que mandò sacar de las Plazas. Veinte mil hombres mas tenian los Aliados, porque los Franceses solo eran noventa mil. Todo el dia 10. jugò el Cañon, aunque no con mucho estrago, y se prohibieron por una, y otra parte las escaramuzas, para, que no se diese intempestivamente la Batalla. A ella quiso concurrir el Rey Jacobo de Inglaterra; y aunque algo aquejado de unas leves calenturas, se presentò à Villars de Aventurero, con el titulo de Cavallero de San Jorge, para obftentar su valor à vista de los Ingleses. Estaban tan cerca las Centinelas, y las Guardias abanzadas, que se hablaban, no sin jocosidad, y arrogancia.

Estando yá para ponerse el Sol el dia 11. con los Cañones hizo la señal de la batalla el Principe Eugenio. Luego se dexò caer sobre el àla derecha de los Franceses el Principe de Nassao con sola la Infanteria, y gran numero de Granaderos: rabiòle con esfuerzo Boufflers, y le rechazò del Bosque muchas veces, porque tenia la ventaja de la Cavalleria, y los Aliados havian de romper la Trinchera de los troncos con los Infantes, obra de gran valor, y del mas glorioso atrevimiento. Se

combatìo con bizzaria por ambas partes. No se peleaba con menos en la que mandaba Malburgh, y defendia Villars, à quien acometieron por los lados, à la derecha el General Scolembourgh, y por la izquierda Lothum, por donde no havia Cavalleria, porque toda la de su à la tenia Villars à su mano derecha, que era la que cerraba el Bosque. Scolembourgh formò estrechas las filas, las quales solo usaban de la bayoneta, con arte pocas veces visto, porque no podia hacer impressiõ la Cavalleria, que mandò Villars passasse à socorrerle. Aqui, à los primeros assaltos, perdieron los Alemanes gran gente, y de la mas esforzada. Se defendia el Francès con denuedo, partidas en dos frentes sus Tropas; y aunque peleaban ambos centros, era preciso, para romper la Trinchera, vencer el à la derecha de Boufflers, porque esta tambien, acercandose al centro, le defendia, al qual governaban el Rey de Inglaterra, y el Señor de Artañan: ni àun por la parte à el mas vecina dexaba Villars de cuidarle, porque yà havian los Enemigos, que impugnaban su mano derecha retrocedido, y àun estava deshecha la primer linea de Scolembourgh, la qual procuraba reparar con la segunda el Principe Eugenio, y sustentaba la batalla vigorosamente, no pudiendo adelantarse, porque toda la mayor fuerza la tenia consigo Malburgh contra Boufflers, sin que en dos horas pudiesse ganar terreno. Para proseguir à deshacer la derecha de los Enemigos, facò Villars del centro veinte mil hombres, y se enardeciò la batalla, porque Eugenio, mas estrechamente formado, resistia el impetu de los Franceses, y de genero estava yà inclinada la derecha de los Aliados, que Villars tomò muchas Vanderas, y Estandartes. Entonces acudiò à ella Malburgh, y el Principe de Tili. Viendo el Principe de Hefsecasèl, que casi toda la guerra se havia passado à un lado, atacò con toda su escogida Cavalleria la frente del centro de los Franceses, adonde estaban sustentando la pelea con el mayor valor el Mariscàl de Boufflers, y el Rey Jacobo. Añadiòsele à Hefsecasèl el Conde de Westfrisia con nuevas Tropas, y rompieron las primeras dificultades de la frente del centro, deshaciendo la Trinchera, y arruinandola principalmente à la siniestra del centro, sobre donde cargò lo restante de la Cavalleria Enemiga, que àun no havia peleado. Acudiò allà el Señor de Artañan, que hizo maravillas, y le mataron successivamente tres

èavillos, que montaba; pero las balas del fusil, solo le passaron el vestido. Passò Eugenio con promptitud al centro, porque por la izquierda ya havian los Alemanes roto la entrada de la Selva, y retrocedido la primer linea de los Franceses. Tambien acudiò alli Villars, dando con muchos Batallones buelta por la derecha; y con esto heria à la Cavalleria Enemiga por un lado, y la puso en confusiõ, pero no pudo vencerla; y para hacerlo se internò tanto, que fuè herido de un pistoletazo en una rodilla, que con el ardor del combate lo despreciò, esforzandose, para que no se reparasse la primer linea de los Enemigos, ni se rompiesse la segunda de su centro, y acudiendo à todas partes, iba derramando mucha sangre. El Principe Eugenio fuè herido tambien en una mexilla levemente, y prosiguiò à sostener à Hefsecasèl, y Nassao, que todo el tiempo del combate estuvieron valerosamente peleando. Tanta sangre vertiò por su herida Villars, que cayò desmayado, y le creyeron difunto. Esta voz se esparciò en ambos Campos, aunque los que le retiraron asseguraban que vivia.

Esto desalentò à los Franceses, y se esforzò Malburgh à reparar la primera linea de los Alemanes, que havia flaqueado; y tanto trabajò, que la bolviò à ordenar, y à arrojarla sobre la izquierda Enemiga, adonde corriò Boufflers, quando creyò que havia muerto Villars, porque por esta parte àun havia vislumbres de esperanza de vencer, aunque yà todo el Trincheron estava abierto, y se peleaba en el llano mas allà de la Selva, porque havian hecho retroceder los Alemanes à los Franceses, y podia jugar mejor aquella Cavalleria, que con ferocidad iba destrozando à la Infanteria Enemiga; pero esta sufria el estrago sin desordenarse, buscando à su Cavalleria para que la protegiesse. Para reparar la ruina, assaltò tres veces à los Contrarios con escogidas Tropas Boufflers, y otras tantas fuè rechazado. Ayudabale con imponderable arrojò el Rey Jacobo, y quedò herido en un brazo. Las Guardias del Rey Christianissimo hicieron prodigios, sustentando la ya perdida Batalla, para que no bolviessen los Franceses la espalda, yà que iban perdiendo el Campo; pero quedaron estos Regimientos de Guardias destruidos, y sobraron pocos al furor de la Guerra, cada instante mas encendida; pues aunque havian perdido los Franceses mucho terreno, todo el Exercito peleaba, hasta que el Principe Eugenio

nio traxo à la Batalla los treinta mil hombres , que tenia de reserva , los quales entraron de refresco contra los que yá havia siete horas que estaban peleando , y no tenian Gefe , aunque servia de tal el Mariscàl de Bouffers. Con todo el reciente impetu de los que nuevamente entraron , àun sostenian la Accion los Franceses con mas brio , quando yá estaban vencidos , retrocediendo , sin bolver la espalda. Viendo esto Bouffers , tocò à retirada , sin que dexassen de combatir , estrechando las Lineas , no solo para que se evitasse la ruina , si se bolvia la espalda , sino tambien para hacer gloriosa , quanto era possible , la desgracia. Todo el Exercito de los Enemigos cargaba victorioso , para deshacer al de los Franceses ; pero no pudieron conseguir mas , que sacarlos del Campo , porque el Rey de Inglaterra , Bouffers , Artañan , y Albergoti , con los demàs Oficiales , ceñian el Exercito , que retrocedia , y le mantenian ordenado , para prohibir la fuga ; y se reparò , que al retirarse cerraban el ultimo Esquadron el Rey de Inglaterra , y Bouffers. Ya fuera del marcado Campo los Franceses , viendo el Principe Eugenio , que se desordenaban los suyos , queriendolos seguir , siendo imposible deshacerlos , mandò hacer alto à su Exercito , para gozar plenamente de la victoria sin nuevos riesgos. No tomò mas prisioneros , que los mortalmente heridos , que à casi todos librò de la prision la muerte : ganò el Campo , el tren de Artilleria , algunos Carros de Municiones , y nueve Vanderas : le costò la Victoria mucha mas gente de la que perdieron los Vencidos , porque la Trinchera del Bosque no se ganò sin gran dispendio de sangre. Algunos Regimientos Alemanes , que no oyeron la orden del Principe Eugenio , ò para distinguirse mas , siguiéron à los Franceses hasta la llanura de Babayen , pero con solas voces , y algazara , porque no se atrevieron à atacarlos. Bouffers retirò la Cavalleria à Valencianas , y la Infanteria à Kefnoy.

Esta es la celebre , y sangrientissima Batalla de Malplaquet , en que tan gloriosos quedaron el Principe Eugenio , y el Duque de Malburgh : no lo quedò menos Villars , que quando bolviò del desmayo pregunto , si se havia acabado de ganar la Batalla ; y al saber que se havia perdido , dixo : *To medio ganada la dexé.* Quedaron muertos en el Campo mas de treinta y tres mil hombres entre una , y otra parte , y se retiraron mas de quince mil

he-

heridos. Luegò se acampò el Mariscàl de Bouffers en Keuran para observar à los Enemigos , que por fruto de su Victoria intentaban sitiar à Mons , enfermo de unas calenturas , y le sucediò en el mando del Exercito Artañan , que era nuevamente creado Mariscàl de Francia , en premio del valor , y arte , con que se havia portado en la precedente Batalla. El Rey Christianissimo mandò añadir al Exercito las Guarniciones de Ipre , Dunquerque , y las Plazas vecinas al Mar , que fueron veinte y cinco Batallones. Añadieron al Presidio de Mons dos mil hombres. Era su Governador el Marquès Ceba Grimaldo , y hallabanse tambien en la Plaza el Varon Malknegr , y el Conde de Bergueich , Ministro de Hacienda del Rey Catholico. El dia 24. de Octubre fuè embestida de los Enemigos , que estaban acampados en el Molino del Bosque. Mandaban el Sitio los Generales Pletendorff , Rantzau , y Donna , y governaba la Cavalleria Scolembourgh. La noche del dia 25. se abrió Trinchera contra la Puerta de Bettamont , y desde alli se tirò una paralela de quinientos y ochenta passos , y una linea de comunicacion à la Villa de Hyon. Tambien se levantò otra Trinchera en Havrè , y el Ingeniero Boufey meditò una paralela igual al declive del Miuro. El dia 26. hizo la Plaza una salida , destruyò el Regimiento de Hily , y los trabajos hechos socorriò con presteza el Principe Albregth , è hizo retirar à los Franceses , despues de una no breve disputa , en la qual quedò herido el Conde de Cadogan. Prosiguiò la Trinchera contra Havrè , y à la izquierda una paralela de ciento y cinquenta passos , perfeccionada yà la comunicacion. Plantòse la Artilleria en el Collado contra una media Luna , y una retirada , que tenia detràs. La noche del dia 28. se tirò una linea en la Trinchera de Berramont , desde la primera paralela , detràs de la Calzada , à la Cruz : se puso con gran trabajo la Artilleria à espaldas de la paralela , porque el terreno era peña. La noche del dia 29. se construyò otra de quatrocientos y cinquenta passos , desde la Cruz , à la Calzada , àzia la declividad del labio del Fosso de la media Luna : alli se plantaron ocho Morteros , y quatenta Cañones de diez y ocho se pusieron sobre el Monte , y otros contra los Molinos de San Pedro. Havian inundado la Campaña los Sitiados , y no podian , sin gran trabajo , divertir el agua los Sitiadores , porque tambien era llovioso el Ojòño ; pero todo lo vencia la constancia,

y

y el empeño. Asfaltaron el Angulo, que salia del Fosso de un Ornabeque, y se alojaron: aqui padecieron mucho los Olandeses, à quienes tocò la Accion, por los grandes fuegos de la Plaza, hasta que se cubrieron. Luego dieron el asalto al camino encubierto de Havré, y fueron los Franceses vencidos, aunque despues de bien disputado el parage. La propria suerte tuvieron en el Fosso de Bertamont. La mas sangrienta accion fuè al otro camino encubierto de Havré, que les costó mucho à los Olandeses, y fueron dos veces rechazados. Para el asalto de Bertamont vinieron el Duque de Malburgh, y el Principe de Nassao: su presencia inflamò los animos, y se alojaron à la izquierda del Baluarte de la media Luna: despues era menester ocupar el otro labio del Fosso, que havian los Enemigos minado: y assi fuè preciso quitar antes la comunicacion de los Baluartes, y batir la cortina. Ya abierta la brecha, hizo la Plaza llamada: diòse honradas Capitulaciones, y salio la Guarnicion libre. Assi cayò Mons, siempre mas prospera la fortuna de los Coligados. Inquiriendo el desorden de la fuya el Rey Christianissimo á persuaciones del Delphin, hallò el engaño, en que le tenia enredado Xamillar, porque decia, estaban abastecidas las Plazas, y no daba exacta quenta de los caudales, porque quedaba deudor de ocho millones de libras tornesas. Era grave el cargo. Dixo la Señora de Maitenon, que ella le havia tomado, y podia tanto en el animo del Rey, que se exonerò de este cargo Xamillar; pero con privacion del empleo, y destierro de la Corte. La reverencia al Padre imponia silencio al Delphin, y à los Pueblos irritados contra este Ministro.

Nunca la fortuna movió tan diversas guerras contra Principe alguno, como las que suscitò contra el Rey Phelipe, porque toda la defunion de la Aula de Paris, y de Madrid era guerra, que no podian en ella quedar vencedoras las Armas, porque su ira, ó lentitud se concibe en la Corte, y se executa en la Campaña, adonde trasciende todo el desorden de los Palacios. Esto se experimentaba en Flandes, y no menos en Cataluña, donde la defunion de las Tropas del Conde de Aguilar, y del Mariscàl de Bessons, hacia una guerra, no por el Rey Catholico, sino contra el. Tenia Bessons orden de mantenerse sobre la defensiva, y por esso no podian los Españoles hacer progreso alguno, porque dividido en dos Gefes el Exercito, no havia obedi-

dien.

diencia. Aprovechado de la ocasion Starembergh, y mal alojado, si no passaba el Segre, se acampo con veinte y ocho mil hombres entre Balaguèr, y Pons; pero invigilando los Españoles sobre el Rio, bolvió atras, esperando oportunidad. En Ribagorza pretendian los Cathalanes hacer alguna diversion, para lo qual embiaron seis Regimientos veteranos, que inquietasen la Provincia con correrias. Don Miguèl Pons, Oficial de gran valor, y arrojo, los atacò, y deshizo en el Puente de Montañan; hizo prisioneros doce Oficiales, y quarenta Soldados, tomò muchas Vanderas, y escarmentò à los Rebeldes Payfanos, con muerte de muchos.

El dia 7. de Agosto mandò Starembergh acercar al Segre ocho mil hombres: pusieronse en mayor vigilancia los Españoles; y por si intentaba sorprender à Lèrida la fortificaron de nuevo, y presidaron: alguna voz corria de secreta inteligencia en esta Plaza con los Alemanes; pero despues dirèmos como se desvaneciò: El dia 8. se acampó à la orilla del Rio todo el Exercito Austriaco, con la derecha à Palau, y la izquierda à Miral Campo: despues mudó los Reales, y estendido en quatro columnas, llegaba la izquierda à la Ermita de Grinian, y la derecha à Villanueva: todo era marchar incierto, para enganar à los Enemigos; no tenia su intencion contra Lèrida; pero la fingia. Movieron sus Tropas el Conde de Aguilar, y Bessons, y solo el Rio separaba ambos Exercitos. Tenian los Españoles la derecha à Lèrida, y la izquierda à Menarge. Los Alemanes fingian buscar la llanura, para llamar à lo inferior del Rio à los Enemigos. No se engañò el Conde de Aguilar, y fuè de dictamen de que todo el Exercito estuviesse à la vista de Balaguèr: Bessons entendia lo contrario, y que se debia ocupar la llanura, por si daba la batalla el Exercito Austriaco, para que pudiesse la Cavalleria Española combatir. No creia el Conde, que aunque passassen el Rio los Alemanes querian Batalla, y que si baxaban à la llanura los Españoles, les faltaria despues tiempo para focorrer à Balaguèr, passando de repente el Rio los Enemigos, que no era facil, estando el Exercito bien acampado. Noticioso de esta discordia Starembergh, y mal guardado el Rio por los Cavallos Españoles, juzgando que buscaria lugar de dar Batalla el Alemàn, por la noche passò con la Cavalleria el Segre, junto à Balaguèr, y echando dos Puentes de Barcas,

Tomo I,

VV

que

que tenia prevenido, seguia sin dilacion la Infanteria. La luz de la mañana mostrò su descuido à los Españoles. Avisò el Conde de Aguilar à Bessons, para que fuesen à atacar à los Enemigos, y lo rehusò éste. Los Españoles con voces provocativas querian obligar à los Franceses à dar la Batalla, sin duda al mas oportuno tiempo, porque aún estaba passando el Rio el Alemán. Obstinòse Bessons, y no se quisieron los Franceses mover. Acabò de passar el Rio Starembergh, y tomò à Balaguér, con seisientos prisioneros, y yá en mejor parage, se formò en batalla. Sabia no la podian los Españoles dar, con la desunion de los Franceses; pero como si èl los atacaba se defenderian, no se atrevio à esto: bastabale, para gloria, haver provocado à los Enemigos, y ganandoles mejor sitio. Creció la discordia en el Campo Español: separaronse los Pabellones de los Franceses, y reynaba tanto la enemistad, que à traycion se mataban reciprocamente los Soldados. Entonces tuvo Starembergh mas fortuna, que atrevimiento, porque si atacara en esta desunion à los Enemigos, lograra infalible la victoria.

Con un extraordinario avisò luego el Conde de Aguilar al Rey Catholico, diciendo, que si no unia este Exercito con su presencia, estaba perdido. Con la mayor celeridad passò en posta el Rey Phelipe al Campo el dia 2. de Septiembre, con la poca Comitiva, que le pudo seguir. Alegrronse las Tropas Españolas, è informado el Rey de los cargos que se hacian à Bessons, le habló en secreto: el positivo descargo que diò se ignora: es probable le mostrasse la orden de su Amo, de no dar Batalla precisa, si defendia el Rio. Quexòse el Rey à su Abuelo: llevo las quejas con algun calor el Delphin. Callò el Rey Christianissimo, con quien se escusò Bessons de no haver reprehendido Accion alguna desconfiando de los Españoles, porque en el ardor de ella, en vez de disparar à los Enemigos, matarian à los Franceses. El Christianissimo llamò à Bessons, y todas sus Tropas. El Rey Catholico no debió de quedar mal satisfecho de este Oficial, porque antes de partir le diò el Toysón de Oro: ni con los Franceses, ni sin ellos podia subsistir en el Campo.

Estaba el Rey Christianissimo altamente indignado con los Españoles, por el odio, que tenian à sus Vassallos, y persistia en querer facar todas sus Tropas de España. Con grandes ruegos consiguió el Delphin, que dexasse por entonces doce

mil

mil hombres al sueldo del Rey Catholico, que mandò con el mayor rigor, se hiciesen Levas por toda España. Introduxo una aparente concordia entre las dos Naciones, y se acampò junto à Noguera, desde Alguayre, al Puente de Alfaràs. No era bueno el Campo, ni estaba seguro el Rey, si no huviesse hecho tantos Destacamentos Starembergh; porque embió gente à Cerbera, y à Ribagorza, contra el Coronel Caylús, y mucha mas contra el Duque de Noailles, que infestaba la Provincia de Ampurias, y havia aumentado sus Tropas con los Franceses del cargo del Conde de Stain, que estaban en Aragón. Dos mil Cavallos Alemanes se havian, con poca vigilancia, acampado no lexos de Girona, entre Palau, y Santa Eugenia. Atacòlos Noailles, y con facilidad los deshizo; y si no huvieran tenido prompto el refugio de Girona huviera sido mayor la ruina; pero murieron muchos, perdieron el Bagage, y Pertrechos, y quedó herido, y prisionero el General Frakembergh.

El dia 24. de Septiembre passò el Rey el Segre por el Puente de Lèrida, buscando à los Enemigos, que estaban bien fortificados en Balaguér. Importò aquello para restaurar la opinion del Exercito; pues aún despues que faltaban tantos Franceses, solo podian estar sobre la defensiva los Alemanes. Viendo que no los podia obligar à una Batalla, intentò quitarles los Viveres, y se acampò entre Fontanella, y Palau, corriendo el Campo Don Joseph Vallejo, y azia Agramont, Zereceda. Acercòse mas à los Enemigos hasta Villanueva; pero no se atraviaron à salir de las Trincheras, ni el Rey las podia forzar, porque eran impenetrables, por esto restituyò su campo à Lèrida, y el dia 2. de Octubre bolvió à la Corte, llevandose consigo al Conde de Aguilar, por dar satisfaccion à los Franceses, que servian baxo su mano disgustados, porque solo estaban sepultados en el disimulo los odios no apagados. El mando de estas Tropas se diò al Principe de Esterclaes, Flamenco, que confrontaba mas con los Franceses, y amaba à los Españoles. Este, passando otra vez el Segre, se acampò en Alguayre, sin que huviesse de una, ni otra parte accion alguna remarcable.

El mismo dia, que el Rey Phelipe salió de la Corte para el Campo, la dexò el Embaxador Amelot, y se fue à Francia; parecióle estar expuesto à algun desayre, si quedaba sin el Rey: salió rico, no porque huviesse abiertamente usurpado de las

Vv 2

Ren-

Rentas Reales, ni de los Españoles; sino por la gran negociacion, que se le permitia hacer en Indias, sacando de la generosidad del Rey permisiones, perjudiciales à aquel Comercio. Tambien salieron con él otros Franceses, instrumentos de este negocio, y solo quedaron los de menor importancia, y algunos en el Palacio, protegidos de la Princesa Ursini. No la pesaba à esta la ausencia de Amelot, porque crecia su autoridad, y por conciliarse à los Españoles, hizo, que eligiesse el Rey por unico Ministro de todos los Negocios Estrangeros al Duque de Medina-Cœli: este era, en virtud del Decreto, su particular encargo; pero nada se hacia sin él; porque no solo entraba tambien en el Consejo de el Gavinete, sino que despachaba solo algunas veces con el Rey, el qual no se fiaba enteramente del Duque, y lo mas secreto se reservaba à la Reyna, à la Princesa, y al Marqués de Grimaldo, à quien siempre el Rey tuvo particular inclinacion: El Duque de Medina afectaba amor, y zelo; el Rey confianza, y nada de esto havia, porque el Duque tenia ageno el ànimo de los intereses del Rey; y aunque para satisfacer su vanidad se hizo de rogar para admitir el empleo, le admitió de buena gana, porque con esto agigantaba su autoridad: hacia cada dia nuevos Parciales, y tenia mas poder sobre el Reyno. Todo lo entendia el Rey, pero haviendole desamparado los Franceses, era preciso valerse de los Españoles; y para enganar el Cuerpo de los Grandes, se eligió uno de los mas autorizados. Creyeron los Enemigos, que poner el Gobierno en manos del Duque, havia sido arte para perderle. Esto era improprio de la benignidad del Rey: cuyo sincero ànimo, y cuya intrepidèz, no buscaba tantos rodèos, si tenia que castigar. La Princesa era mas capáz de armarle este lazo; pero era aventurar mucho, buscando un delito incierto, à tiempo que combatian al Rey las mayores dificultades, porque le faltaban los socorros de Francia; y en esto mostraba tener el Rey Christianissimo intencion de la Paz, con la qual se cargaba toda la fuerza de los Enemigos contra la España, y no la podia defender el Rey solo. Obstantaba sus rigores à este tiempo la fortuna, afligiendo al Rey con nuevos cuidados, pues entraban por necesidad en nuevos disgustos, y empeños con la Corte de Roma.

Impossibilitado el Pontifice de restituir al Emperador, y perdiendo cada dia algo de sus Estados, dió oídos el dia 9. de Fe-

bre.

brero à las proposiciones de ajuste, que embió la Corte de Viena; estas eran: „ Que havia de reformar sus Tropas el Pontifice, quedandose con las que tenia antes de las nuevas Levayas: Havia de reconocer por Rey Catholico, y de toda la Monarquia Española, al Rey Carlos de Austria: Se le havia de dar la Investidura de Napoles: Se havia de señalar Cuarteles à quince mil Alemanes en los Estados Pontificios, que para no padecer vejacion, se havian de pagar cien mil escudos Romanos: Se havia de restituir al Pontifice lo que se le havia tomado, si tenia claro derecho à ello: Havia el Fiscal Regio de bolver sus Rentas à los Eclesiasticos ausentes: En privada, y amigable conferencia se havia de decidir sobre Comachio: Havian de proteger perpetuamente el Emperador, y el Rey Carlos, contra qualquier Principe, à la Sede Apostolica.

Estos poco ventajosos Articulos vió el Papa con precisa tolerancia, y se eligió al Cardenal Fabricio Pauluci, para que confiriesse sobre ellos con el Embajador Cesareo, Marqués de Priè, y lo que mas embarazaba era, reconocer à Carlos de Austria por Rey Catholico, quando yà estaba Phelipe de Borbon reconocido, y tenia muchas Bulas Pontificias, que le trataban como tal, siendo este titulo indivisible; y à esto se seguia, reconocerle al Rey Carlos por dueño de quanto poseia el Rey Phelipe, lo que repugnaba à la razon, y à la justicia; no porque esso fue decidir, sino porque en los Reynos, en que Phelipe dominaba, no se le podian negar las Bulas de los propuestos Beneficios, y Mitras, y era notoria contrariedad reconocer dos Reyes de España; en lo que se aventuraba tambien, que esta negasse al Pontifice la obediencia, pretextando de todas sus resoluciones. Esto ponderaba Pauluci al Marqués de Priè con mas bien limadas razones, y ofrecia reconocer à Carlos por Rey en abstracto; pero no con el titulo de Rey Catholico. Los Alemanes, que conocian la poca constancia del Papa en materias politicas, el temor de los Romanos, y sus tenuas fuerzas, instaban: Que si luego no se hacia este reconocimiento, tenia orden el Conde Daun, para ir à Roma con veinte mil hombres. Nada aprovechaban las representaciones de Telsè, y del Duque de Uzeda por la España, porque eran solo papeles, y palabras, y los Alemanes mostraban la bayoneta. Los Mi-

nist

nistros del Papa daban à los Españoles por escusa: *Que estaba violentado, y por esso era mila la recognicion, la qual nada le quitaba al Rey Phelipe, ni se le negaria el Titulo, y à una vez dado, las Bulas en sus Dominios: Que no era este el primer Pontifice, que havia reconocido dos Reyes de Napoles; y que era preciso ceder à la fuerza, (y en secreto decian, que à la tyrania) porque no debia el Pontifice exponer el Estado Ecclesiastico por un punto politico aereo, y una question solo de nombre: Que eran los Españoles, y su Rey muy Catholicos, para quitar por esso la obediencia à la Santa Sede; y que si tal sucediesse, no seria culpa de un Papa oprimido, y obligado.*

Apretaban por las respuestas los Ministros Austriacos, y la dió el Pontifice en esta forma: *Que havia de reconocer genericamente por Rey à Carlos de Austria, y que se formaria una Junta de quinze Cardenales, para deliberar el Titulo: Havia de retener el Papa cinco mil hombres de Armas: se havia de dar una contribucion para diez mil hombres, que haviam de tomar Quarteles de la otra parte del Pó, fuera de los Estados Pontificios: Se havia de hacer una Congregacion, que definiria sobre los Estados, que son Feudos de la Iglesia, Comachio, Parma, Ferrara, Placencia, y otros Estados de Principes Romanos, que se pretenden Feudos Imperiales, y que hasta que se definiessè, presidarian à Comachio los Alemanes: Que havia de proponer Carlos de Austria para los Beneficios Ecclesiasticos à los sujetos dignos, de los dominios que possèia; y havia de anular el Cesar los Decretos hechos sobre Parma, y Placencia.*

Estas proposiciones las despreció el Marquès de Priè. Lo propio sucedió en Viena. Para determinar el Titulo de Rey, nombró el Pontifice à los Cardenales Achiajoli, Carpegna, Galeazo Marefcoti, Espada, Panfiatici, San Cesareo, Gabrieli, Ferrari, Domingo Paraciani, Caprara, Carlos Agustin Fabroni, Benito Panfilio, Fulvio Astali, Bichi, y Joseph Renato, Imperial. Estos quinze eran hombres sabios, y prudentes, tenidos por neutrales: no se debia desconfiar de ellos; pero tampoco debia el Cesar sujetarse à su arbitrio. Protestó el Rey Phelipe de nulidad de qualquier Decreto, que hiciesen, y presentò las protestas Don Joseph Molinès, Decano de la Sacra Rota por España, al Decano del Sacro Colegio, al Vice Chanciller Cardenal Otobono, y al Cardenal Camarlengo. Hablabase el Pontifi-

ce muy embarazado, y tuvo orden el Arzobispo de Damasco, Nuncio en España, de ablandar el animo del Rey, exponiendo, sus razones, que todas se reducian à estar violentado, y serle imposible redimirse de la vejacion, sin condescender en gran parte con lo que pedian los Alemanes. El Rey Catholico conocia la opression, pero havia de hacer justicia à su propria dignidad, y sin faltar à la debida veneracion à la Santa Sede, tomar aquellas satisfacciones, que tuviesen los Theologos por licitas.

El Emperador estaba impaciente de las dudas del Pontifice, y mandò estrecharle con amenazas, que las proferian el Conde Daun, y el Marquès de Priè, aun superfluas al temor del Pontifice, que rendido à el, aun quando fingia con los Ministros de España, y Francia indecision, se convino secretamente con el Cesar, allanandose à las primeras proposiciones, que le vinieron de Viena; solo en la recognicion del Rey Carlos se moderó, porque le reconoció por Rey Catholico en aquella parte de los Dominios de España, que possèia, sin perjuicio del Titulo ya adquirido, y de la possession de los Reynos, que gozaba el Rey Phelipe. Esta convencion se hizo tan secreta, que hay quien diga, estaba ya concordada, quando se mandaron hacer en Roma Rogativas, para que Dios iluminasse al mayor acierto. Tuvieron esta noticia los Ministros Españoles, y Franceses; y el Mariscal de Tessè escribiò al Pontifice dos Papeles, agenos de la veneracion debida à la Cabeza de la Iglesia. Por no dexar à la posteridad el pésimo exemplo de hablar con tan irreverente libertad al Vicario de Christo, no ponemos copia de ellos, pues siendo inseparable la altissima dignidad de Pontifice Sumo, del Varon, aunque este puede en lo politico errar, no se debe violar el respeto à representacion tan alta. Estos Papeles solo tuvieron aprobacion entre los Hereges, ò los poco Catholicos. La piedad del Rey Christianissimo, y del Rey Phelipe no los aprobó. El Pontifice to erò la injuria con christiana paciencia, é hizo pública la concordia, estendida en los mismos Capitulos, que havia propuesto el Cesar, que tuvo compassion de no executar algunos, porque no tomaron quarter en el Estado Ecclesiastico tanto numero de Tropas, ni la contribucion fuè tan grande.

El Rey Catholico no deliberò nada antes de oír al Consejo de Estado, à los Consejeros del Gavinete, y à algunos Minis-

nistros del Consejo Real de Castilla; y para asegurar mas su conciencia, mandò, que el Padre Rubinet, de la Compañia de Jesus, su Confessor, juntasse los Theologos mas acreditados, y que dieffen su dictamen, sobre si se podia desterrar de los Reynos de España al Nuncio, y prohibir su Tribunal. En esta ultima circunstancia batia toda la dificultad; porque considerandole como Embaxador del Pontifice, yà se le havia insinuado, que no usasse del Ministerio, ni entrasse en Palacio, y por dictamen del Duque de Veraguas se havia quitado de la Capilla Real el asiento destinado à los Nuncios. Los Theologos (entre los quales estaba el Padre Blanco, Dominicano, y el Padre Ramirez, Jesuita, hombres muy sabios, y exemplares) respondieron, que podia el Rey quitar el Tribunal de la Nunciatura, erigido à instancia de los Reyes Predecesores; por comodidad de los Subditos, administrando los negocios, como antes, por el Ordinario, sin que esto fuesse faltar à la debida obediencia à la Santa Sede. De esta misma opinion fue el Obispo de Lèrida, Solis. En virtud de esto, mandò el Rey, que saliesse de sus Dominios el Nuncio Arzobispo de Damasco, con todos los Ministros de la Nunciatura, prohibiendo este Tribunal, y se dieron Letras Circulares à todos los Obispos de España, para que usassen de la misma jurisdiccion que tenian antes de estàr establecido. Contra la persona del Nuncio no explicó el Rey nada, y para honrarle, mandò, que le acompañassen hasta la Raya de España cinquenta Cavallos, y Don Gaspar de Giròn, su Mayordomo de Semana, y fuesse alojado à expensas del Real Erario, hasta que saliesse de ella. Era digno de toda esta distincion el Arzobispo Zondadari, por su sangre, y su virtud; y como muchos le havian teñido de la nota de desafecto, quiso el Rey, dandose por satisfecho de este Ministro, explicar, que no havia dado credito, à estas voces emanadas del Duque de Uzeda, sin fundamento, y alentadas en Madrid por D. Francisco Ronquillo, y el Duque de Veraguas, poco amigos del Nuncio. Este passò su Tribunal à Aviñon, pretendiendo exercer desde alli la Nunciatura de España, pero fuè en vano; porque por Real Decreto estaba prohibido acudir à ella. Quitòse el Comercio con Roma, mandando no admitir mas Breves Pontificios, que los que el Rey pidiesse, que se havian de conceder sin estipendio. Se ordenò salir de aquella Corte al

Du-

Duque de Uzeda, y al Marquès de Monte-Leon: voluntariamente lo hizo tambien el Cardenal Francisco Judice, por mostrar el afecto, y la particularidad por el Rey, y passò à Genova, adonde se restituyò Monte-Leon, y llegó poco despues Uzeda, que havia sido creado Plenipotenciario en Italia, padeciendo el Rey equivocacion en el credito de su fidelidad, porque el Duque no la tenia. Yà lo havia insinuado el Pontifice al Rey Catholico, pero no fuè creído. Cierto es, que tenia inteligencia con los Alemanes; pero lo executaba con tanta reserva, que tenia en España la mayor opinion de leal. No tenia el Rey Phelipe en Italia mas, que la Isla de Sicilia, y dos Presidios de Toscana, Longòn, y Puerto Hercules, y assi, parecia superfluo el Plenipotenciario, del qual hacian alguna burla los Alemanes; pero pareció alentar à los Reynos de Italia con este nombramiento, que insinuaba, no haverlos olvidado el Rey Phelipe, porque no estaban contentos baxo el yugo de los Alemanes mismos, que los havian llamado: importunando al Rey Phelipe por su recuperacion muchos Magnates Napolitanos, Milaneses, y Sardos. Por estos ultimos instaban continuamente en la Corte el Conde del Castillo, el de Montalvo, y el Marquès de San Phelipe, que dieron un Proyecto de como se podia recobrar el Reyno: fuè aprobado en Madrid, y Paris; y ofreció el Rey Christianissimo, si se proseguia la Guerra, algunos Navios, y dos mil hombres. Para mantenerle en este proposito, y que se executasse, se embiò à Francia al Marquès de San Phelipe, y à Corcega al Conde del Castillo, porque estando mas vicino à Cerdeña, pudiesse cultivar aquellas inteligencias. Tambien desde Genova cultivaban las de Milàn el Marquès de Monte-Leon, y las de Napoles el Duque de Uzeda, mas para saber lo intimo del secreto, que para adelantar el servicio del Rey Catholico. Conociendole muchos Napolitanos, no se fiaban del Duque, y mantenian su correspondencia con Don Joseph Molinès, que havia quedado con su empléo de Auditor de la Rota en Roma, y era hombre seguro, eficaz, y del mas constante afecto al Rey de España. Entrò este en nuevos empeños, porque yà reconociendo Carlos de Austria por Rey Catholico en Roma, embiò por su Embaxador al Principe de Avelino, Napolitano, cuyos primeros passos fueron pretender la Casa, que para sus Embaxadores tiene en Roma el Rey de España,

Tomo I,

XX

ña,

ña, que la defendió, pasando a ella con gente armada. Don Joseph Molinès; y para sostener el empeño, se le embiaron de Longón doscientos Oficiales.

No cessaba en París el Duque de Orleans de procurar componer con aquella Corte a la Princesa Ursini, porque esperaba bolver a España, si salía aquella. Deseaba ardentísimamente el imperio de aquellas Tropas; y mucho más, después que havia buuelto a París Amelot, dando por pretexto, que solo él era capaz de unir las dos Naciones, por tener en España tantos Parciales de la primera Nobleza, y de los más distinguidos Oficiales en las Tropas. No se le ocultaba esto a la Princesa, que tenia el favor de la Señora de Maintenón, y conservaba secreta inteligencia con Amelot: esta era otra Guerra, en que padecian ambas Cortes, pues nada cansa más a los Reyes, que instarles con sofisticas razones lo que es de su desagrado, por que como los más quieren hacer siempre lo mejor, temen ser de su propia voluntad engañados. La Princesa, para defenderse de esta persecucion, inquiría mucho sobre los pasos, y operaciones de los que imaginaban más adheridos al Duque de Orleans en España, que no eran muchos, pero su aprensión abultaba el número: creía, que havia dexado Espias en la Corte, y en el Exercito, y no se engañaba: solicitaba con cuidado ocasiones para malquistarle más con el Rey; y sobre todo, le daban cuidado un Secretario, y un Ayudante Real, que havia dexado el Duque de Lèrida, llamados Flot, y Renò, Franceses, para lo qual mandò al Governador de la Plaza, Conde de Luvini, que vigilasse en ellos. Esta prevención, o la natural advertencia del Governador, que era hombre fidelísimo, y puntual, hizo reparar, que aquellos dos Franceses salian frecuentemente de noche de la Plaza, y les puso Espias, para que los siguiesen: averiguò, que iban al Campo enemigo, y al Pavellon de Diego Stanop, General Inglés: avisò de esta novedad a la Princesa, y el Rey no quiso se prendiesen por entonces, sino que se estuviese a la mira, para que no pudiesen salir de España; pero queriendolo estos executar, fueron presos, y tomados sus Papeles: uno se escogió en el viage, que se encaminaba a Bayona: llevaronlos al Castillo de Pamplona, y en sus escrituras se hallaron muchas Cartas en cifra, que les escribía el Duque de Orleans, y otras respuestas de Stanop. De las ci-

frás se hallò la llave, y se pudo poner en claro: „ Que el Du-
que, viendo como infalible, y necessaria la Paz del Christianí-
simo con los Aliados, y que se desampararia al Rey Pheli-
pe, para obligarle a dexar el Trono, havia ofrecido a los In-
gleses el entregarles las Plazas de Lèrida, y Tortosa, y el
Castillo de Pamplona; y como suponía, que havia de tener
el mando de las Tropas de España, prometía perder con arte
tan enteramente una Batalla, que no le quedassen al Rey
Tropas con que subsistir, de genero, que se veria obligado
a restituirse a Francia, y que él se levantaria con las que que-
dassen, salvando los Regimientos, y Gefes, que tenia a su de-
voción; y que ocupando la parte más principal de España, la
entregaria a los Ingleses, que ayudados de las Tropas Aus-
triacas, la poseerian toda; pero que al Duque se le daría el
Reyno de Valencia, y Navarra, con Murcia, y Cartagena,
reconociendole por Rey, para que él cediese a la Casa de
Austria los derechos que tenia a la Corona de España, des-
pués de la Linea del Rey Phelipe; advirtiéndole, que este Tra-
tado no queria tenerle con otro, sino con los Ingleses.

Esta era la idea del Duque, admitida de los Ingleses con engaño, porque no le cumplirian la palabra, ni convenia a su sistema dexar en la España un Rey de la Casa de Borbón, el qual, que se llamasse Phelipe, o Luis, era question de nombre. Tenia entablado este Tratado antes de salir de España; y para que creyese fácil lo que ofrecía, diò una Nota de sus Parciales, y puso en ella no solo muchos Cabos Militares, sino aún a los primeros Magnates. Esta Memoria no se hallò en los Papeles que se cogieron; pero el contexto de las respuestas de Stanop, la suponía. Como fuè obligado a salir de España, continuò este negocio por manos de los referidos Flot, y Renò. Un Clerigo Cathalan, que iba, y bolveria de Lèrida al Campo Enemigo, y traía las Cartas, fuè tambien preso. Quando los Ingleses vieron salir de España al Duque, desconfiaron de que pudiese cumplir lo ofrecido, porque mandaba las Tropas el Conde de Aguilar, hombre fidelísimo, de la más illustre Sangre en España, è incapáz de tal infamia. Después las mandaba Sterclaes, Sugeto de semejantes circunstancias, y así se enfrió Stanop en este negocio: viendo lo qual, y discurriendo la causa, queria el Duque bolver a España a mandar sus Tropas,

y executar su designio. Los Presos en el Castillo de Pamplona lo confessaron todo de plano; pero que estaban engañados, porque el Duque les decia era orden, y consentimiento del Rey Christianissimo, de quien eran Vassallos. No confessaron en la materia complices, porque no los havia menester el Duque, que no se havia fiado de Español alguno; y aunque fueron presos, por la gran adhesion que tenia à el Don Bonifacio Manrique, Don Antonio de Villarroel, y el Marqués de Fuente Hermosa, fueron luego puestos en libertad, conociendo su inocencia, y que de nada de esto eran sabidores. De todo lo referido dió aviso individual à su Abuelo el Rey Phelipe. Tuvo Luis XIV. la pesadumbre mayor, avigoraba su ira el Delphin, y se determinó la ultima sangrienta resolucion contra el Duque; pero no la dexaron executar los ruegos de la Maintenon, de la Duquesa Madre, y aun de su Muger, hija natural del Rey, que mal avenido con su propria benignidad, no podia esconder su sentimiento: era preciso un exemplar castigo, ó un alto dissimulo, porque el Duque se escusaba diciendo:

„ Que este Tratado era solo en el caso de hacer Paz con los
 „ Aliados el Christianissimo, y de resolver, y consentir, que
 „ saliesse el Rey Phelipe de España, porque no quería el
 „ Duque renunciar sus derechos, si no le daban alguna por-
 „ cion de los Reynos, à los quales tenia accion por su Abue-
 „ la Ana Mauricia, hermana de Phelipe IV. heredera indu-
 „ bitable, si no lo fuesse Maria Theresia, y que en esta for-
 „ ma estaba declarada en las Cortes de España la succes-
 „ sion, por la qual no era delito conservar de aquellos Rey-
 „ nos la parte que pudiesse, si no se mantenía en el Trono
 „ el Rey, prompto siempre à restituirlos, quando bolviessse
 „ à el. Estas razones, aunque sophisticas, era preciso passar-
 „ las por buenas, y admitir la disculpa, yà que no se havia
 „ de castigar el delito. Aun queda la duda, de si favoreció al
 „ Duque de Orlean el de Borgoña: no faltó quien lo afirmas-
 „ se; pero al fin sepultó un politico silencio el negocio, y el
 „ Rey de Francia explicó al de España su determinacion, y estar
 „ necesitado à executar una benignidad casi injusta. Por su na-
 „ tural clemencia, y por dar gusto à su Abuelo; à todo se acomodó
 „ el Rey Phelipe, y dió libertad à los dos Franceses, que tenia
 „ presos en Pamplona. Hay quien diga, que nada de este Trata-
 „ do

do sabian en Barcelona, y Viena; pero esto no es probable: cierto es, que se calló siempre el haverse querido valer de este medio.

Yà divulgada la voz de Paz, y no concluida, temieron los Olandeses, que no la hiciesen particular con el Rey de Francia los Ingleses, porque tomaba cuerpo la faccion contraria à Malburgh, aunque este siempre prevalecia. Valianse los Torris contra los Vigtz, de un hombre de mucha eloquencia, llamado el Doctor Enrique Sciacheverel, que abiertamente disputaba sobre los derechos al Reyno, y no dexaba de dar cuidado. Recelaban tambien en Olanda los precisos movimientos de la Germania, habiendo llamado sus Tropas muchos Principes, despues que vencido en la Batalla de Pultova, por los Moscovitas, el Rey Carlos de Suecia, se havia retirado à Andrinopoli, y aprovechandose de la ocasion, se coligaron contra su Reyno el Rey de Prusia, el de Dinamarca, y Polonia: llamóse esta la Liga de los tres Federicos; y aunque todas las iras se dirigian contra Suecia, tenia el Rey Carlos Estados en Alemania, que eran los Ducados de Bremen, y Werdèn, que se estaban yà poniendo en defensa, y su Circulo los protegía. No estaba enteramente extinguida en Polonia la faccion del Rey Stanislaw, y assi dudaban en Olanda, que muchos Principes Alemanes retirassen los Regimientos, que havian dado al Sueldo del Emperador, y de los Ingleses, con lo qual se enflaquecian sus fuerzas, teniendo siempre la Francia un poderoso Exercito en piè. Esto los obligó à usar de sus acostumbres artes, y à insinuar al Christianissimo, que bolviessse à entrar en Tratados de Paz: que se moderarian mucho los propuestos Articulos; y que quando hallassen ventaja, la harian particular. Para esto era menester engañar à los Ingleses, y confiarlos: no estaban estos muy assegurados de los Olandeses; y assi, por descubrir su intencion, y estrecharlos, ambas partes creyeron les convenia una nueva particular Liga entre Inglaterra, y Olanda, que se firmó el dia 29. de Octubre, estendida en veinte y un Articulos. Los principales eran, sostener la succession de Inglaterra en la Linea Protestante, y elegir una Barrera formidable en Flandes los Olandeses. No fué difícil el Ajuste, porque no daba cosa de lo fuyo la Inglaterra, y la succession en la Casa de Hannover le importaba tambien à la Olanda. Se hicieron reciprocos pactes de no tratar paz uno sin otro, y ambos tiraban à engañarse, porque

la Olanda estaba cansada de la Guerra, y queria la Paz: tambien la deseaban en Londres los emulos de Malburgh, para quitarle la autoridad, y el poder; pero como la repugnaba el Cesar, porque le faltaba mucho que vencer à su hermano para ser Rey de España, donde solo tenia un pequeño pedazo de Cataluña, no explicaban sus deseos los Aliados, antes se recataban uno de otro.

No havia sucedido cosa de gran entidad en el Rhin, porque de uno, y otro Exercito se havian hecho numerosos Detachamentos para Flandes. Mandaba el de los Aliados el Duque de Hannover, y el de los Franceses el de Harcourt, que echando tres Puentes al Rhin, pasó nueve millas de Kell, para forragear los Campos de aquellas Provincias, sin que pudiesen los Alemanes embarazarlo. Para penetrar estos en la Alsacia Alta, y ponerla en contribucion, destacó el Duque de Hannover al General Mercy con ocho mil hombres, para que pasando de improviso por los Estados de los Esquizaros: diese el giro con la mayor celeridad à la Alsacia. Marchò la noche del 21. de Agosto con dilatadas, y continuas jornadas, entrando por Basseen; y passando por San Jacobo, y Gundendinguen, llegó à la Alsacia, se adelantò à Neoburg, y se juntò con el General Latour: luego echò un Puente al Rhin, y se empezó à fortificar, con lo qual ponía en peligro à Heninguen, y sus confines, porque yà tenia casi bloqueada la Ciudad. Era Embaxador de la Francia en los Esquizaros el Conde de Luch, y habiendo alcanzado à tiempo esta noticia, la participò con extraordinario al Duque de Harcourt, que sin dilacion destacó al Conde del Burgo con diez mil hombres, para cortar el passo à los Enemigos, que se estaban moviendo àzia Romeskeim, para buscar mejor sitio, pues no se havian podido aun fortificar, ni perfeccionar la Trinchera. A la primer vista, casi cogidos sobre la marcha, los atacò con la mayor resolucion el Frances, formado en batalla: dispusieronse con promptitud para ella los Alemanes, y sostuvo el primer encuentro con gran valor el General Breverén, que mandaba la izquierda; y tanto se esforzò, que deshizo tres Esquadrones de Franceses; pero al repararse estos, se adelantò demasiado à buscar al Conde del Burgo, que venia à salirle al encuentro, y perdió la vida gloriosamente. Regia la derecha de sus Tropas Mercy; pero yà, con la muerte de Bre-

verén, vencida su izquierda, cargaron los mejores Regimientos de los Franceses à pelear en su siniestra, y se travò cruentissima guerra. Mataronle à Mercy el Cavallo, que montaba; y al caer, le cogió debaxo, y tuvo gran peligro. Este rato que dexò de pelear, le saltò à aquella ala un Gefe tan esforzado, y vigoroso, que pudieron los Franceses deshacerle enteramente: y como los vencedores del ala izquierda advirtieron cortar el Puente, les faltò à los Vencidos este refugio. Mercy se salvò, passando el Rio à nado; quedaron de los Alemanes mas de mil muertos, doble numero de prisioneros, y padecieron gran defercion, aunque el General Witterskein retirò las reliquias à Fribourgh: los que siguieron à Mercy, se recogieron con él à Rehinseum. Puso la tierra enemiga en contribucion el Frances; y aunque esta Victoria fuè pequeña, por el corto numero de los que pelearon, importò mucho, porque ocupada la Alsacia Alta de los Alemanes, se huvieran podido adelantar, hasta dár la mano al Duque de Saboya, para que atacasse el Delphinado, poner en contribucion à Leon, y en peligro la Borgonia. Diò el Rey de Francia la queixa à los Esquizaros, y respondieron, haver sido sin su noticia: lo proprio respondió à ellos el Cesar, y se debió todo à la vigilancia del Ministro, que residia en Helvecia, y al valor del Conde del Burgo.

Sintió mucho este accidente el Duque de Saboya, porque no podia en los Alpes hacer progreso alguno. Havia el Duque de Bervich fortificado bien à Brianzòn, el Castillo de Barran, y el Rio Varo. El Conde Daùn intentò tres veces passar por los Montes contra el Delphinado, pero fuè en vano. Estaba el Conde de Broglio, Francès, acampado en los Collados de Brianzòn, con bien fortificada Trinchera, contra la qual partiò improvisamente Daùn; pero saliendo de ella à encontrarle el Conde de Broglio, le derrotò, y rechazò hasta los vecinos Valles, con pérdida de mil, y quinientos hombres: no se atrevieron despues los Alemanes à poner su Campo al otro lado del Montmillàn, ni penetrar en la Moriena; y para que no los encerrasen los Franceses, pusieron un gran Detachamento en Conflans. Quiso el General Rhebinder, Alemàn, passar el Puente de Vachet, junto à Brianzòn; pero le defendió con tanto esfuerzo el Señor de Dillon, que desistió del intento, dexando ocho cientos hombres. Estos progressos, que negabà al Duque

de Saboya la fortuna, defalentraron à los Calvinistas de Lenguaudoc, porque el Duque de Recluire abatiò con gran rigor el orgullo de las Cebenas, de donde yà bolvian à formar sediciosas Quadrillas los Hereges. Con esto se pudieron embiar mas Tropas al Duque de Noailles, que debastaba la Cathaluña, que alinda con el Rosellon, y tenia en continuo movimiento à aquellos Rebeldes, que nunca retirados à Quarteles, ni àun en el rigor del Invierno, corrian por todos los Lugares, que se havian restituido al dominio del Rey Phelipe.

En Portugál, nada digno de la Historia hizo el Marqués de Bay, despues de la Batalla de la Gudiña, pues aunque bloqueò à Olivenza, nunca la pudo sitiar, porque cortò el Puente, y esto mismo sirviò à los Portugueses de defensa. Vino de Gurumena el Marqués de la Frontera, y levantò tres Atrincheramientos junto al Rio, que impidiò à los Españoles acercarse, y fueron precisados, instando yá el tiempo de dár Quarteles, à retirarse á ellos.

En este año, á 14. de Septiembre murió en Toledo su Arzobispo el Cardenal Portocarrero: Propuso el Rey á Don Antonio Ibañez, Arzobispo de Zaragoza; pero no quiso dár las Bulas el Pontífice, disgustado de quanto en España se executò contra el Nuncio Zondadari: Con lo que damos fin á el año, y primer Tomo de estos Comentarios.

LAUS DEO

